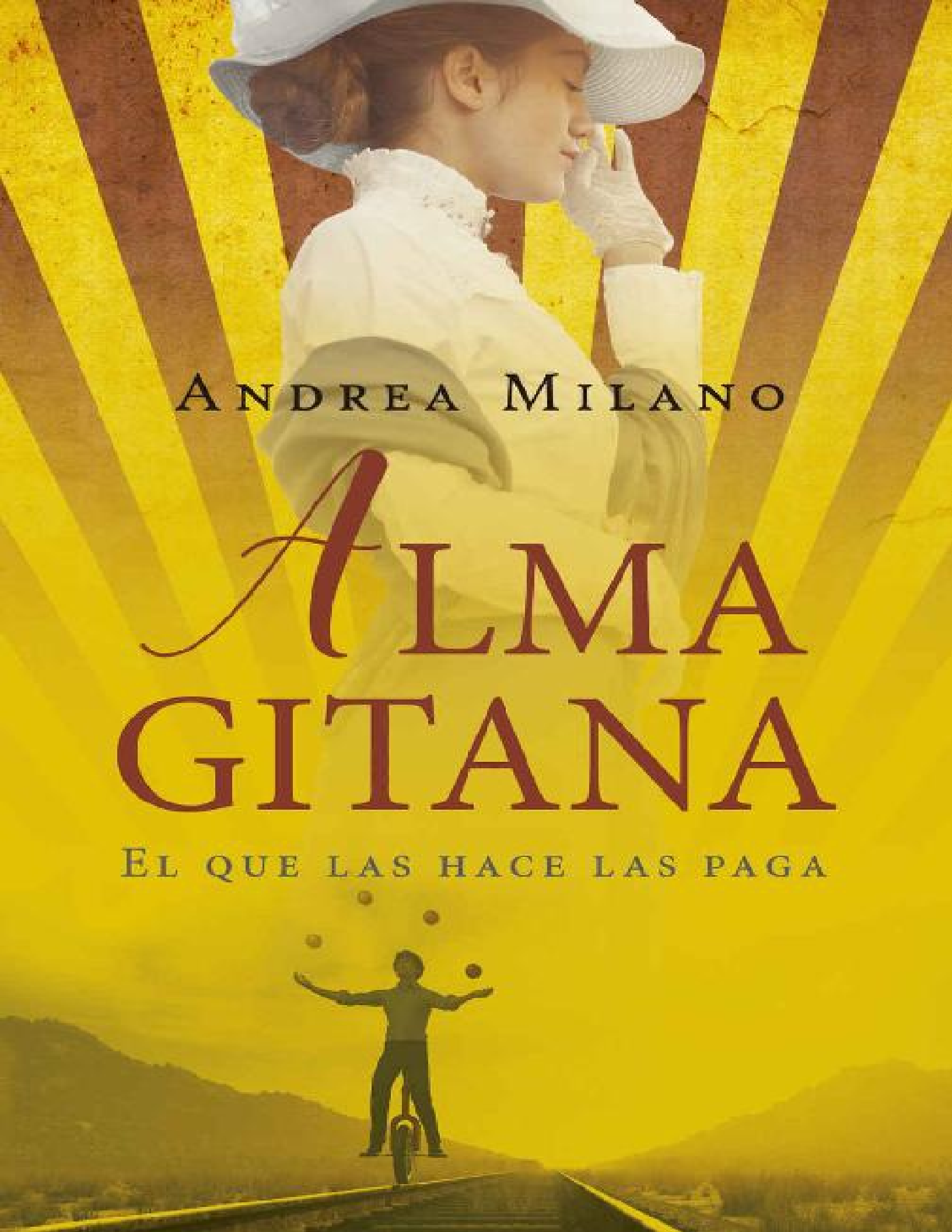
ANDREA MILANO
ALMA GITANA
EL QUE LAS HACE LAS PAGA

Andrea Milano

Alma gitana

El que las hace las paga

P&J

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A **Susana Giménez**

Porque una noche, hace doce años,
cuando sonó el teléfono en casa,
ella, con su cálida voz y su simpatía,
me tocó con su varita mágica
haciendo realidad el sueño de publicar
mi primera novela cinco meses más tarde.
A ella,
a la diva de los teléfonos,
a mi hada madrina literaria,
va dedicada esta historia…

“Hay muros que solo la paciencia derrumba
y puentes que solo el amor construye”.
Cora Coralina, poeta brasileña

Primera parte

DESTINOS MARCADOS

Buenos Aires, abril de 1867

El circo de los Marchena se había instalado más allá del Bajo después de una exitosa gira por el norte del país. Muchas noches, la inmensa carpa se abarrotaba de gente de todos los estratos sociales; asistían familias de alcurnia y también aquellas que quizá ahorraban durante toda la semana hasta el último centavo de su pobre salario para poder disfrutar de un buen espectáculo.

Pablo Medrano, encaramado en lo más alto de un sauce colorado añejo, sonreía satisfecho después de otra función exitosa. Su número con las clavas de madera seguía siendo el más vitoreado. Payasos, malabaristas, domadores de animales, todos hacían que valiera la pena gastarse unas cuantas monedas cada noche. Mucha gente también se acercaba al carromato de los Amaya, antes o después de la función central, para que le leyeran la buenaventura, y algunas señoras, hasta las más copetudas de la sociedad porteña, sabiendo de la buena fama que tenían los brebajes milagrosos de la gitana Coral, la buscaban para calmar sus dolencias. Un suspiro quebró el silencio de la noche al pensar en ella. Imaginó que estaría en el carromato con su madre, procurando sin éxito que descansara después del ir y venir de otra jornada agotadora. Sin lugar a dudas, el más contento por el interés que había suscitado el circo en un lugar tan remoto como Buenos Aires, era don Cándido Marchena. La estadía en aquellas tierras le había otorgado excelentes

dividendos y se lo pensaría dos veces antes de decidir subirse a un barco para regresar a España. Todos en el campamento aseguraban que, por las noches, luego de contar el dinero, don Cándido se dormía abrazado a él como si fuera su amante.

Se acomodó mejor, con las piernas colgando a ambos lados del tronco, y comenzó a silbar una melodía gitana. Él podría llevar también sangre paya en las venas; sin embargo, su alma siempre sería *calli*. No importaba que los demás dijesen lo contrario, los recuerdos que guardaba de su infancia, al lado de su madre gitana, valían mucho más que cualquier agravio que pudiese recibir por haber sido engendrado por un hombre de otra ralea.

Dejó de silbar apenas distinguió a Coral avanzando despacio por el pasillo central en donde se habían dispuesto las mejores atracciones, para dirigirse luego hacia la zona del río. Llevaba esa falda de color escarlata que a él le encantaba y resaltaba el rojo de su cabellera. Reprimió el impulso de saltar del sauce y salir a su encuentro, pero parecía que se había alejado para buscar un poco de tranquilidad. El bullicio del circo estaba cada vez más lejano y unos pájaros empezaron a batir sus alas muy inquietos. Coral también se dio cuenta, aunque todavía no lo había visto. Se sentía extraño, contemplándola desde las alturas, como si estuviese espiándola. De repente, ella intentó echarse a correr, como si algo la hubiese asustado. Un segundo después, descubrió que ya no estaba sola. Román Marchena avanzaba hacia Coral con una sonrisa en los labios.

—Coral, no esperaba encontrarte aquí —escuchó que le dijo, plantándose delante de ella sin dejar de mirarla.

—Decidí salir a dar un paseo, Román. —Coral había retrocedido unos pasos para poner un poco de distancia entre ambos.

—Es muy peligroso que te hayas alejado del campamento en medio de la noche. ¿Acaso has quedado con alguien para verte aquí?

Pablo apretó los puños. Se debatía entre seguir espiando o intervenir.

—¿No vas a responder a mi pregunta, Coral? —insistía Román.

Ella no le respondió, y cuando trató de regresar al campamento, Marchena la sujetó del brazo, impidiéndoselo.

—Espera, quiero aprovechar esta oportunidad para hablar contigo.

Coral trataba de soltarse, pero no lo conseguía.

—Román, déjame ir, debo regresar al campamento, mis padres deben estar preocupados y…

Román soltó una carcajada que retumbó en el aire y asustó a la gitana.

—A mí no me vengas con esas; yo no soy el idiota del Payo. Esta noche vas a escuchar todo lo que tengo para decirte. —La tomó por la cintura, pegándola a su cuerpo—. Coral… mi hermosa *chabí*. No sabes lo tortuoso que ha sido para mí tenerte tan cerca y no poder decirte lo que siento… me vuelves loco, Coral.

Pablo sintió tanta rabia, que lo hubiese matado con sus propias manos antes de que osara tocarla. Coral estaba aterrada y el miedo la había paralizado. Cuando vio que la sujetaba del cuello, con la intención de besarla, se levantó y saltó al suelo desde una altura de casi tres metros. Cayó sobre la hierba, pero se dobló el tobillo debido al impacto. Como pudo, se incorporó y echó a correr. Rengueaba y el dolor era insoportable. Al levantar la cabeza, vio cómo el cerdo de Román le propinaba una bofetada a Coral mientras le gritaba que iba a hacerla suya. Ella estaba en el suelo, con la falda por encima de las rodillas.

—¡Socorro, alguien que me ayude!

El Payo tenía que hacer un gran esfuerzo para correr con el tobillo adolorido. Solo unos pocos metros lo separaban de su amada Coral. Rojo de furia y envalentonado por salvar al amor de su vida, se olvidó de su momentánea incapacidad, y maldiciendo a Román Marchena por su vil comportamiento, se abalanzó sobre él. Sujetándolo por los hombros, consiguió apartarlo de la gitana. Ambos se enfrascaron en una riña cuerpo a cuerpo.

Coral, completamente aturdida, se acurrucó en un rincón. El Payo y Román rodaban por el suelo, levantando polvo con cada movimiento. Pablo había logrado reducir a Román; sin embargo, el hijo de don Cándido, de reflejos más rápidos, se arrojó sobre él, ahorcándolo con ambas manos. Pablo apenas podía respirar. Intentó quitárselo de encima, y al hacerlo notó un objeto punzante amarrado al cinturón de sus pantalones. Se estaba quedando sin aire y no iba a morir en manos de ese maldito hijo de puta. Hurgó entre las ropas de Román y se encontró con el mango de una daga. Se apoderó de ella y la hundió en sus carnes hasta que sintió que la hoja de metal chocaba contra sus costillas.

El grito desgarrador de su contrincante no lo amilanó. Lo siguió apuñalando hasta que su cuerpo inerte cayó sobre el suyo. Cuando comprobó que ya no respiraba, se deshizo de él, arrojándolo a un lado. Se levantó, y de rodillas contempló, desencajado, sus manos cubiertas de sangre… la sangre tibia del hombre que había estado a punto de mancillar el honor de Coral. Como si le quemara la piel, dejó caer la daga al suelo. Ni siquiera se dio cuenta de que Coral estaba ahora junto a él. Tomó su mano, temblaba tanto o más que ella.

—Pablo ¿qué hiciste?

Él sacudió la cabeza mientras retrocedía.

—No quise matarlo, no quise. —Sus ojos verdes por fin la miraron—. No sabía que tenía una daga.

—Sé que no quisiste matarlo, solo estabas defendiéndome. —La gitana acarició su rostro bañado en sudor—. Fue un accidente, un fatídico accidente. Nadie te culpará por ello, buscaremos a los demás y les contaremos la verdad, que Román quiso… quiso abusar de mí y tú saliste en mi defensa.

El Payo apretó sus manos con fuerza; Coral lo notó más desesperado que antes.

—No, nadie va a creerme, me enviarán a prisión y me fusilarán. —Miró hacia el campamento, nadie parecía haberse percatado aún de lo que sucedía a

la orilla del río—. Debo escapar, Coral.

Ella negó con la cabeza.

—No, Pablo, eso empeoraría las cosas. Busquemos a mi padre, él sabrá qué hacer, además debemos avisarle al señor Marchena de la muerte de su hijo.

—¡Coral, tienes que ayudarme! No voy a dejar que me atrapen, seré condenado, lo sabes. Prométeme que me ayudarás. —Ella dudaba y eso lo inquietaba aún más.

—Está bien, está bien. Te lo prometo —aceptó por fin al verlo tan asustado.

Pablo besó sus manos en señal de agradecimiento.

—¿Qué demonios sucedió aquí?

Tanto Coral como Pablo se dieron vuelta de un sopetón cuando escucharon la voz de uno de los tramoyistas de la compañía.

El hombre se acercó y se agachó junto al cuerpo sin vida de Román. Se tiró hacia atrás cuando comprobó que el hijo del señor Marchena estaba muerto. Se persignó y sus ojos escudriñaron a la pareja que permanecía quieta a un par de metros de distancia.

—¿Quién de vosotros lo ha matado?

Ni Coral ni el Payo respondieron a su pregunta.

El tramoyista se puso de pie, notó entonces la daga ensangrentada; se acercó y la recogió.

—Es de Román. —Sus ojos se posaron en la camisa del malabarista; estaba manchada de sangre. Ya no había duda alguna, sobre quién había empuñado la daga y había acabado con la vida del joven Marchena—. Has sido tú, Payo…

Pablo apretó con fuerza la mano de Coral. Sin mediar palabra, le estaba recordando la promesa que acababa de hacerle.

—Las cosas no son como parecen —dijo la gitana, tratando de convencer al tramoyista.

—Román está muerto y las evidencias hablan por sí solas. —Sus ojos saltones se posaron en la ropa manchada de sangre que llevaba Pablo—. Debo

avisar a su padre; él se encargará seguramente de que todo el peso de la ley caiga sobre tu cabeza, Payo. —Retrocedió dispuesto a correr hacia el campamento, pero Coral fue más rápida y se prendió de su brazo.

—¡Por favor, no lo hagas, Pablo solo estaba defendiéndome! —rogó al borde del llanto una vez más.

—Debo hacerlo. Él tiene que pagar por su crimen.

Pablo sintió el odio en su mirada. Quería desaparecer. No había nada que Coral pudiese hacer para interceder a su favor. No cuando acababa de quitarle la vida a un hombre.

La joven estaba dispuesta a todo y Pablo se quedó de piedra al oír la maldición que profirió el tramoyista cuando ella le clavó las uñas en el brazo. Cuando trastabilló, Coral aprovechó para empujarlo. Al hacerlo, su cabeza golpeó contra una roca y perdió el conocimiento.

—¡Corre, Pablo! ¡Corre! —le gritó desesperada.

Pero el Payo no se movió de su sitio.

Coral fue hasta él, le dio un sacudón para hacerlo reaccionar.

—¡Vete, Pablo! ¡Es tu oportunidad de huir! —lo exhortó a que se alejara.

—Coral ¿qué va a suceder contigo cuando despierte? —Miró al tramoyista, quien continuaba tendido en el piso.

—No te preocupes por mí ahora; él estará bien, solo ha sido un golpe.

Pablo no podía irse sin saber la suerte que correría Coral por su culpa.

—No puedo…

—Escucha, prometí que te ayudaría y eso es lo que estoy haciendo, debes marcharte ahora antes de que alguien más aparezca; yo estaré bien. —Se quitó el medallón y lo colocó en el hueco de su mano—. Para que donde quiera que vayas, sigamos estando cerca.

—No puedo aceptarlo.

Ella negó con la cabeza.

—Quiero que lo tengas tú.

Pablo lo apretó con fuerza. Se le partía el corazón al tener que dejarla allí. Se inclinó, tomó las manos de Coral entre las suyas y las besó. Ni siquiera había podido confesarle cuánto la amaba.

—Coral…

—¡Ya vete!

El Payo escondió el medallón en la parte interna de la faja y lanzó un fugaz vistazo a los dos hombres que yacían en el suelo; uno de ellos, muerto por sus propias manos, y tras ver el rostro de Coral por última vez, desapareció bajo el amparo de la noche sin siquiera saber hacia dónde ir.

EL JURAMENTO

Buenos Aires, fines de septiembre de 1869

Esa cálida tarde de primavera, lo primero que escuchó Almudena apenas despertó fueron la risa y los gritos de sus sobrinos que llegaban desde el patio y se colaban en su habitación a través de la ventana. A pesar de la diferencia de edad, la traviesa de Manuela y Leandrito, quien no cumplía todavía los dos años, se habían vuelto inseparables. Cuando su madrina venía de visita y traía al pequeño Julián, la paz en casa de los Izaguirre se evaporaba en un santiamén. Ella envidiaba la inocencia de los niños que no alcanzaban a comprender la tristeza en la que se había sumido la familia tras la inesperada muerte de su padre. Habían transcurrido cuatro meses desde su partida y aún no lograba resignarse. Cada uno hacía el duelo a su manera. Ella lo extrañaba de día y lo lloraba por las noches. Su hermana Victoria prefería evadirse del dolor leyendo sus libros de poesía. Gabriel, su hermano mayor, quien se había hecho cargo del negocio, se pasaba buena parte de la jornada en la hiladora o se refugiaba en el campo. Coral paliaba la tristeza, aferrándose a su hijo, y su madre, la inconsolable viuda, se encerraba en la habitación para llorarlo a escondidas. Ella ya ni siquiera tenía deseos de hacer vida social. Por las tardes, asistía a la Casa de Niños Expósitos, en donde le enseñaba a leer y a escribir a los huérfanos. Los domingos asistía a misa y luego visitaba la tumba de su padre en el Cementerio de la Recoleta. El resto del tiempo se lo pasaba

encerrada en la casa, preparando sus clases o jugando con sus sobrinos. De pronto, la algarabía que había inundado la casa de risas y gritos toda la tarde, dio paso al más desconcertante de los silencios. Inmediatamente después, escuchó que Leandrito lloraba mientras Manuela juraba que ella no se había robado su soldadito de plomo.

Almudena dejó la cama y se aproximó a la ventana para observarlos.

Leandro estaba sentado en el jardín, junto a las lilas. Lloraba desconsolado, y con sus manos sucias de tierra arrancaba la hierba de uno de los canteros. Manuela tenía ambos brazos cruzados sobre el pecho y negaba con la cabeza. En medio de ellos, se encontraba arrodillada Coral, quien trataba de apaciguar los ánimos, convenciéndolos de que si hacían las paces, tendrían doble ración de postre esa noche. Como si de un truco de magia se tratase, la niña sacó un pequeño objeto del interior de la manga de su vestido y se lo entregó a su primo en señal de reconciliación. Leandro se apoderó de su preciado soldadito de plomo y salió disparado hacia el establo, haciendo caso omiso a los gritos de su madre que le ordenaba que volviese a su lado. Almudena advirtió que Manuela le decía algo a Coral, pero ella permanecía todavía de rodillas, muy quieta. Comprendió que algo andaba mal cuando su cuñada se llevó la mano a la cara e inclinó la cabeza hacia abajo. Sin perder tiempo, dejó la habitación y salió al patio.

—Coral, ¿qué pasa?

—¡Tía Almu, la tía Coral no puede moverse! —exclamó Manuela, toda asustada.

Almudena le pidió que corriera a buscar a su madre y le avisara a la criada que enviase a buscar al doctor Argerich. Cuando se quedó a solas con ella, se sentó a su lado.

—Coral, no me asustés.

La pelirroja apartó la mano del rostro y la miró. Estaba muy pálida, respirando con dificultad.

—Creo que estuve a punto de perder el conocimiento —balbuceó, al tiempo que intentaba sonreír para tranquilizar a la joven, que parecía más impresionada que la pequeña Manuela.

—¿Podés levantarte?

Coral asintió. Con la ayuda de Almudena consiguió ponerse de pie. De su brazo, llegó hasta uno de los bancos de hierro y se sentó. En ese momento, aparecieron Victoria y la negra Eudocia, que había oído cómo la niña, a viva voz, repetía una y otra vez que la tía Coral se había puesto malita.

—¿Qué ocurrió?

—Casi se desmaya —le dijo Almudena a su hermana mayor.

—No exageres —intervino Coral, restándole importancia a lo sucedido. Se había armado un gran revuelo a su alrededor y veía tantas caras preocupadas que se sintió un poco culpable. Ella sospechaba la causa de su malestar, sin embargo, había preferido esperar para darles la noticia. Con la ayuda de sus dos cuñadas logró llegar a la habitación. Almudena le alcanzó un vaso con agua y azúcar, y Victoria se encargó de aflojarle el vestido para que pudiese respirar mejor. Cuando llegó el doctor Argerich y pidió que lo dejasen a solas con su paciente, no tuvieron más remedio que obedecer.

Coral observó al doctor mientras sacaba su estetoscopio del maletín y se acomodaba las gafas. Sentado en la cama se inclinó hacia delante y la auscultó a la altura del pecho.

—Respirá hondo… una vez más.

Ella obedeció en absoluto silencio.

—¿Perdiste la conciencia?

Coral negó con la cabeza.

—La criada me dijo que te desmayaste.

—La conoces mejor que nadie, Juan Antonio, le gusta exagerar las cosas.

—No te desmayaste, entonces.

La pelirroja lo volvió a negar.

—Si no perdiste el conocimiento y veo que tus pulmones están saludables a pesar de que Almudena me aseguró que te había visto respirar con dificultad, ¿qué fue lo que pasó?

—Creí que tú me lo dirías —manifestó con cierta picardía antes de beberse el agua con azúcar que le había traído Almudena.

Juan Antonio se volteó y la miró.

—¿Cuánto tiempo pasó desde tu última regla?

Coral dejó el vaso vacío encima de la mesita de noche y le sonrió.

—Ya hace dos meses.

—¿Y qué otro síntoma has tenido?

—Los mismos que tuve cuando estaba esperando a Leandrito —le aseguró.

El doctor Argerich supo en ese momento que nadie en la casa sospechaba que Coral estaba nuevamente encinta. Presumió que su amigo Gabriel tampoco sabía nada. Lo confirmó cuando ella le pidió que no se lo dijera, que quería hacerlo cuando volviese del campo. Deseaba que su esposo fuese el primero en conocer la noticia para luego compartirla con el resto de la familia. La muerte de don Vicente Izaguirre era todavía muy reciente y nadie se sentía con ánimos de celebrar. Esa fue la razón que esgrimió cuando el doctor Argerich le preguntó por qué nadie sabía de su estado.

—Creo que la llegada de otro niño será motivo de gran alegría. Tu suegra y Almudena saldrían de su ostracismo si supiesen que en tu vientre crece otro Izaguirre —comentó Juan Antonio. No mencionó a Victoria. Hacía tiempo que él se había resignado a que jamás le iba a dar la oportunidad de acercarse como hombre, y ese constante rechazo lo había orillado a buscar el amor en los brazos de otra mujer. Llevaba dos años casado y ya estaba esperando a su tercer vástago.

Le dio un par de indicaciones a Coral y dejó saludos para su amigo Gabriel. Cuando salió al patio, se cruzó con Felicitas Guerrero. Intercambió un par de palabras con ella y partió raudo hacia el dispensario de la calle Larrea, en

donde llevaba años atendiendo a sus pacientes.

*

—Deberías aceptar la invitación de Felicia, Almudena —sugirió Victoria, sin apartar la mirada del bastidor. Le había prometido a su hija que bordaría el vestido de una de sus muñecas y la niña ansiaba que lo terminase pronto.

—Tu hermana tiene razón, Almudena —insistió la joven esposa de don Martín de Álzaga, mientras hojeaba el último ejemplar de *La Flor del Aire,* un periódico literario ilustrado, dedicado *al bello sexo*, que estaba dirigido por Juana Manso.

Almudena apenas bebió un poco de su té de manzanilla y regresó la taza a su sitio. El susto que se había llevado un rato antes con Coral le había cerrado el estómago.

—Podemos ir hasta el Tortoni con la excusa de tomarnos un rico chocolate caliente mientras comentamos las últimas novedades —arremetió Felicitas quien no pensaba dar el brazo a torcer. Como Almudena seguía sin decir nada añadió—: La tristeza no es buena consejera y estoy segura de que, esté donde esté, tu padre no aprobaría jamás que te quedases encerrada entre estas cuatro paredes, dejando de lado tu vida social para llorar su muerte.

Victoria celebró su comentario. A pesar de su juventud y de su aspecto tan frágil, Felicitas le imprimía tanta firmeza a sus palabras que estaba convencida de que lograría hacer cambiar de idea a la necia de su hermana.

Almudena sonrió. Era evidente que ambas se habían confabulado en su contra. Si bien Felicitas y Victoria compartían más tiempo de amistad, ya que se conocían desde niñas, ella también había entablado una relación bastante estrecha con Felicia —como la llamaban los más cercanos— a partir de sus frecuentes visitas a la casa.

—Debería cambiarme de vestido —manifestó Almudena, a punto de

claudicar ante el carácter voluntarioso de su amiga.

—¡Nada de eso! —Felicitas agitó la mano—. Así estás hermosa. —Le guiño el ojo a Victoria—. Además, corremos el riesgo de que te arrepientas si subís a cambiarte de ropa.

—Vuelvo enseguida. —Las dejó conversando en el salón y reapareció unos minutos después con un bolso de terciopelo verde que combinaba con el discreto tocado que había elegido para adornar su cabello. Se había dejado el mismo vestido, aunque llevaba una manta ligera por si refrescaba más tarde.

Victoria llamó a Ceferino para que alistara el landó y se despidió de su amiga con un abrazo. Le susurró un "gracias, querida Felicia" al oído y permaneció en el umbral de la casa hasta que el carruaje se perdió por la Calle Larga en dirección al centro porteño.

Llegaron al Gran Café Tortoni cerca de las cinco de la tarde. De inmediato, atrajeron las miradas de los concurrentes masculinos: aquellos que estaban solos y los que compartían la mesa con alguna dama. Era inevitable no voltearse a verlas. Avanzaban con elegancia, destilando soberbia a cada paso e inundando el aire con sus delicadas fragancias importadas de París. Todo el mundo conocía a Felicitas Guerrero, la joven que había logrado conquistar el corazón y la fortuna de don Álzaga. Por lo bajo, esa gente que admiraba su belleza y su temple, murmuraba en los salones y tertulias que tenía un amante. Un hombre joven y apasionado que le brindaba lo que su esposo no era capaz de darle.

Solícito, uno de los mozos se acercó y las acompañó hasta una mesa ubicada debajo del vitral de colores. Se deshicieron de los sombreros y los rebozos, y dejaron los bolsitos en una silla vacía.

—¿Es impresión mía o ese caballero no deja de mirarte? —comentó Almudena, señalando con disimulo hacia el fondo del salón.

Felicitas oteó por encima de su hombro para ver al sujeto en cuestión. Al hacerlo, y sin que pudiese evitarlo, se topó con un par de ojos negros que le

provocaron escalofríos. En un gesto instintivo se acarició el vientre en donde apenas se insinuaba su embarazo de poco más de tres meses. Lo reconoció de inmediato. Se llamaba Enrique Ocampo y ambos habían coincidido en una que otra tertulia, incluso antes de que ella contrajera enlace con don Álzaga. No era la primera vez que se lo cruzaba al margen de algún evento social, y tenía la sospecha de que él podía anticiparse a todos sus movimientos. ¿Acaso la espiaba? Una mezcla de temor y excitación la obligó a darle la espalda.

—Por tu reacción intuyo que sí lo conocés.

Felicitas asintió.

—Se llama Enrique Ocampo y ya me he cruzado con él antes —manifestó, preocupada—. La otra tarde me lo encontré en la Plaza de la Victoria mientras paseaba con mi tía Tránsito, y tuvo la osadía de hablar conmigo en público, sabiendo que soy una mujer casada.

Almudena, que desde su ubicación podía observar al tal Ocampo sin llamar demasiado la atención, comprobó que no había apartado la mirada de su amiga en ningún momento. Estaba solo y fumaba un habano. Sin comprender exactamente por qué, le dio muy mala espina. Ordenaron dos tazas de chocolate con masitas inglesas e intentaron olvidarse de él. Lo vio hacerle señas al mismo camarero que acababa de atenderlas y luego se puso de pie.

—Viene hacia acá —le avisó a Felicitas.

La esposa de Álzaga no tuvo tiempo de reaccionar. Enrique Ocampo se plantó a su lado y extendió el brazo derecho hacia ella con el propósito de besar su mano.

—Qué placer volver a verte, Felicitas.

Ella lo dejó con el brazo en el aire y respondió a su saludo con un cortante "buenas tardes".

Ocampo, ofendido por su frialdad, escondió la ira detrás de una sonrisa.

—¿No vas a presentarme a esta bella señorita? —la increpó, negándose a dejarla.

—Por supuesto. Almudena, te presento a Enrique Ocampo. Señor Ocampo, ella es Almudena Izaguirre, una de mis mejores amigas.

Él hizo una leve inclinación de cabeza a modo de saludo y trató de recordar de dónde le sonaba el apellido. Haciendo un poco de memoria, se dio cuenta de que se trataba de la hermana de Gabriel Izaguirre, un reconocido empresario textil de la ciudad que solía coincidir con él en el Club del Progreso.

—Encantado, Almudena.

—Un gusto, señor Ocampo.

Ni Felicitas ni Almudena sentían deseos de permanecer más tiempo en el Tortoni. No habían probado siquiera el chocolate. Con la imprevista aparición de Enrique, habían perdido el apetito. Lo único que ambas esperaban era que él ya no las perturbase con su presencia. Él pareció notar la incomodidad de las jóvenes y, a regañadientes, se despidió de ellas con la excusa de que lo esperaban en su casa. Sonrieron aliviadas cuando Ocampo dejó el café.

—Ese hombre es bastante extraño —comentó Almudena cuando volvieron a quedarse a solas.

—Tengo la sensación de que me persigue —le confió Felicitas—. No se lo dije a nadie porque pensaba que eran suposiciones mías, pero ahora estoy segura de que lo ha estado haciendo desde hace mucho tiempo.

—Es evidente que está interesado en vos y no parece importarle el hecho de que seas una mujer casada.

—A eso me refiero, mi querida amiga. Se acerca a mí con cualquier pretexto y me mira de una manera tan intensa que me eriza la piel.

Almudena, inexperta en asuntos amorosos, percibió que a Felicitas le brillaban los ojos. Supuso que saberse deseada por un hombre joven y atractivo como Enrique Ocampo provocaba en ella sentimientos encontrados. No podía culparla, no cuando su padre la había obligado a casarse con un hombre que rondaba los sesenta años.

—Pero no hablemos más de ese caballero, no tiene caso. —Le dio una suave palmada en la mano—. Quiero saber de vos, de tu trabajo en el hospicio y, sobre todo, de ese amor imposible al que no consigues olvidar.

Almudena respiró muy hondo. Siempre que alguien le recordaba que sufría por un hombre que ni siquiera pensaba en ella, se sentía una tonta. Prefirió no mencionar el nombre de Pablo, por eso le contó sobre sus clases en la Casa de Niños Expósitos, del afecto que los huérfanos le demostraban a diario y de la amistad que había trabado con la madre de Coral. Mientras le relataba la última travesura de uno de sus alumnos, pidieron otro chocolate. Ensimismadas en la charla, ninguna se percató de que Carlitos, uno de los hermanos de Felicitas, había irrumpido en el Tortoni.

Cuando las vio, caminó presuroso hasta su mesa y le anunció a Felicitas que debía regresar a la casa de inmediato porque su hijo se había despertado de su siesta con mucha fiebre y dolores en el cuerpo.

La angustiada madre se despidió de Almudena y salió del local de la calle 25 de Mayo, prendida del brazo de su hermano.

Tan solo tres días después, la ciudad de Buenos Aires se apiadaba de Felicitas Guerrero y de don Martín de Álzaga, tras la repentina y terrible pérdida de su primogénito.

*

Guadalajara, España, diciembre de 1869

El hedor reinante en el carromato presagiaba lo peor. Una gran cantidad de ramitos de saúco verde colgaban de ambos lados del lecho del enfermo, y un humo espeso se elevaba del pequeño caldero ubicado en un rincón. Completaba la dantesca imagen la silueta diminuta de una gitana que, sentada

junto al moribundo, recitaba un extraño conjuro que había aprendido de sus ancestros. La retahíla de palabras que pronunciaba no era para evitar a la parca, sino para que el alma de don Cándido no terminase condenada a vagar en los infiernos.

Faltaba muy poco para el fatal desenlace. Unas fiebres mal curadas habían minado la salud de don Cándido Marchena, y llevaba semanas postrado en su camastro. Las hierbas y los empastes de Pastora apenas servían para calmar el dolor y mantenerlo dormido.

La gente del circo preguntaba todos los días por él. No había mal que la gitana Pastora no curase, se decían para darse ánimos. Sin embargo, el tiempo pasaba y don Cándido no mejoraba.

El moribundo comenzó a inquietarse. La gitana se inclinó hacia adelante y le cambió la friega seca de ruda que le cubría la sien por una nueva. Tenía la piel amarillenta y el rostro huesudo. Poco quedaba de ese hombre al que tantos temían y muchas mujeres deseaban. Ella misma había estado en sus brazos durante sus años mozos, cuando todavía quedaba un poco de amor en ese corazón que se endureció tras la muerte de su hijo Román.

—Diego… —balbuceó el enfermo. Tenía la voz pastosa, producto de las altas fiebres.

—El muchacho no está, Cándido.

Don Marchena abrió los ojos apenas. La luz del farol lo encandilaba.

—Dile que venga, Pastora. —Le apretó la mano—. Necesito verlo antes de abandonar este mundo.

—Mandaré a buscarlo. Tú no te preocupes —prometió. Permaneció a su lado hasta que volvió a dormirse y salió del carromato para dar con el paradero del joven. Esperaba que pudiese llegar a tiempo para hablar con su tío. Apenas abandonó la construcción de madera, Aitana Heredia le salió al paso. No le gustaba la muchacha. Era demasiado soberbia y todos en el campamento sabían que ella más que nadie esperaba la muerte de don

Cándido.

—¿Cómo sigue?

Pastora no le contestó. Pasó por su lado con la intención de alejarse, pero la gitana se lo impidió, sujetándola del brazo.

—Le he hecho una pregunta.

—Si lo que deseas saber es cuándo morirá, eso solo lo sabe el Todopoderoso. Le queda poco y mi única intención es que no sufra tanto.

Por mí que sufra como el cerdo que es y se pudra en el infierno por toda la eternidad deseó Aitana con todas las fuerzas de su ser. Ignoraba si el maldito le había dejado algo, pero después de tener que soportarlo durante los últimos tres años, tenía derecho a recibir al menos una parte de su fortuna.

—¿Sabes dónde está Diego?

—Si lo supiera, no se lo diría.

Las palabras de la gitana quedaron suspendidas en el aire cuando Pastora la agarró de la muñeca y la apretó con fuerza.

—Si conoces su paradero, será mejor que me lo digas —le advirtió—. Es menester que Cándido hable con él antes de que la parca se lo lleve.

Aitana alzó la cabeza y se atrevió a desafiarla con la mirada. Le tenía miedo, a ella y a sus conjuros, pero no se lo iba a demostrar. Logró soltarse, y con manos temblorosas empezó a acomodarse la falda del vestido.

—No lo he visto hoy —respondió—. Si no me cree, puede preguntarles a los demás.

Aunque la gitana era una arpía, Pastora no tenía por qué dudar de su palabra. La dejó sola en medio del claro y se dirigió hacia la fogata para preguntar si alguien había visto al muchacho.

Aitana, aprovechando que no había nadie por los alrededores, se introdujo en el carromato de Marchena. No bien puso un pie en el interior, soltó uno de los pañuelos de colores que colgaba de su cintura y se cubrió la nariz. El olor era nauseabundo. Se acercó al catre para comprobar que el dueño del circo

durmiese. No se movía y apenas respiraba. Le quedaba muy poco y lo celebraba. Barrió el lugar con ojos inquisidores. Había estado allí en numerosas ocasiones, compartiendo la cama de ese hombre al que odiaba profundamente, y sabía que en algún rincón del carromato escondía una cuantiosa fortuna que había amasado durante todo el tiempo que estuvo al frente del circo tras la muerte de su padre.

Debía encontrarlo antes de que alguien más lo hiciera. Hurgó en el armario, pero no tuvo suerte. Se agachó y observó con cuidado debajo de la cama. Al hacerlo, el pañuelo cayó al suelo. Estaba tan nerviosa que no se dio cuenta. Había una bacina y dos maletas. Tomó la más grande y, forzándola un poco, consiguió abrirla. No había más que papeles y recortes de periódicos con anuncios del circo. Escuchó voces cerca del carromato y no tuvo más remedio que dejar de buscar. Regresó la valija a su lugar y ocupó la silla de madera que estaba junto a la cama.

Cuando Pastora apareció, permaneció un momento en el umbral, sorprendida por la presencia de la gitana en el carromato. Oteó el lugar y de inmediato se dio cuenta de que la puerta del armario estaba entreabierta. También vio uno de sus pañuelos de colores tirado junto a la cama. Entró y se acercó al enfermo.

No venía sola. Diego Guzmán, el sobrino de don Cándido, la acompañaba.

Aitana no se movió de su sitio. La anciana no tenía ningún derecho a decir nada; después de todo, para el resto de la *troupe*, ella era la mujer del dueño. Observó con disimulo al recién llegado. Vestía un chaquetón azul con los botones prendidos hasta el cuello y pantalones anchos. Las botas de caña alta estaban cubiertas de lodo, y en la mano llevaba un sombrero. Recordó la primera vez que lo había visto, cuando llegó al campamento, meses atrás, buscando al único pariente vivo que le quedaba. Por supuesto, el viejo Cándido, quien nunca se había recuperado de la muerte de su hijo, lo recibió con los brazos abiertos. Diego lo ayudaba a administrar el circo y rápidamente

se convirtió en su mano derecha.

—Está dormido —dijo el joven sin prestarle la más mínima atención—. Quizá es mejor que regrese más tarde.

La gitana Pastora negó con la cabeza.

—Él quiere verte. —Lo sujetó de la mano y lo conminó a acercarse.

Diego se sentó junto a su tío mientras Pastora se encargaba de atizar el fuego del caldero. Desde su rincón, en el más absoluto de los silencios, Aitana no le sacaba los ojos de encima al recién llegado. Tenía el cabello oscuro y ensortijado. Su rostro era de rasgos fuertes y una incipiente barba le cubría el mentón. *Nada que ver con el viejo decrépito de su tío*, pensó mientras sus ojos se detenían un segundo en las manos del joven. Eran grandes, con dedos delgados y largos. Tuvo que contener el aliento cuando se las imaginó acariciándola. Nunca se había acercado demasiado por temor a que Marchena se diese cuenta; sin embargo, tras su muerte, lo más lógico era que Diego tomara las riendas del circo y heredara su dinero. No le costaría nada seducirlo y convertirse también en su amante.

Don Cándido abrió los ojos y sonrió al ver a su sobrino.

—Diego…

El muchacho tomó su mano y le devolvió la sonrisa.

—Aquí estoy, tío. No se agite que no es bueno para su salud —le pidió.

Cuando Marchena descubrió a Aitana sentada en un rincón del carromato, guardó silencio. Pastora, adivinando cuál era su intención, le dijo a la gitana que la acompañase a buscar más hierbas al monte. De mala gana, Aitana se fue con ella.

—Necesitaba verte, hijo. —Don Cándido, haciendo un gran esfuerzo, se incorporó y apoyó la espalda en la almohada.

—Debería descansar…

—Ya descansaré cuando muera —lo interrumpió—. Ahora debemos hablar. Es hora de que cumplas esa promesa que me hiciste. ¿Te acuerdas?

Diego asintió. ¿Cómo olvidar el momento en el cual le había jurado que el asesino de su primo recibiría su castigo? El juramento se hizo allí mismo, entre las cuatro paredes del carromato, la misma noche en la que él había llegado al campamento. Don Cándido sabía que le quedaba poco tiempo de vida, por esa razón le había encomendado la difícil tarea de vengar la muerte de su primo. Él había sido incapaz de negarse porque aprendió a odiar al Payo desde el primer momento en el que escuchó su nombre. Estaba dispuesto a cumplir su promesa, y aunque tuviese que buscar hasta debajo de las piedras, daría con el paradero del maldito gitano y le haría pagar por lo que había hecho.

—Sí, tío, claro que lo recuerdo.

Cándido asintió.

—Sabía que podría contar contigo.

—¿Qué planes tiene? —le preguntó, a sabiendas de que apenas le quedaban pocas horas de vida.

Marchena le apretó la mano y, entre balbuceos, le contó lo que debía hacer apenas él muriera. Luego, cerró los ojos y, con la ayuda de Diego, se acomodó en la cama hasta descansar la cabeza en la almohada. No tardó en volver a dormirse. Lo hizo con una sonrisa… la sonrisa de un hombre que sabe que muy pronto el asesino de su hijo pagaría con su propia vida por habérselo arrebatado.

RELACIONES PELIGROSAS

Cruz del Eje, provincia de Córdoba, Noche Vieja de 1869

Don Casimiro abandonó por un momento la lectura del periódico para observar a través de la ventana cómo el patio de la estancia empezaba a prepararse para la celebración de esa noche. Blanca era la encargada cada año de engalanar las dependencias de la casa con adornos alusivos, y de supervisar el menú que degustarían en la cena. No importaba que fuesen pocos, ella siempre procuraba que nada faltase. Hacía apenas unos minutos que había salido del despacho tras anunciarle que Pablo acababa de llegar y que se reuniría con él en un rato, cuando estuviese presentable. Lo había enviado a la ciudad de Córdoba para que cerrase un acuerdo con un prominente ganadero de la región, y le provocaba una gran dicha saber que había llegado a tiempo para compartir la cena con sus invitados.

Regresó al escritorio y encendió su vieja pipa. Aprovechaba la ausencia de Pablo para fumar a sus anchas. Desde que el doctor del pueblo le había asegurado que, si no se cuidaba, su corazón no resistiría mucho más tiempo, debía hacerlo a escondidas para evitar que lo regañasen. Nadie entendía que era uno de los pocos placeres que le quedaban. Aspiró bien hondo y soltó el humo. No planeaba morirse todavía, al menos no hasta que su muchacho sentase cabeza y lo convirtiese en abuelo. Ese era su mayor anhelo. La vida le había negado la posibilidad de tener hijos, y tras quedarse viudo, a una

temprana edad, se había resignado a pasar el resto de su existencia en soledad.

Todo eso cambió el día que su camino y el de Pablo se cruzaron en una pulpería de Bragado, dos años atrás, y él lo salvara de una muerte segura en manos de unos forajidos que intentaron quedarse con su dinero. Como una manera de retribuirle lo que había hecho por él, lo buscó y le propuso viajar con él a Córdoba para trabajar a su lado. Al principio, no le importaba su pasado ni de dónde había salido. Después, a medida que fue ganándose su confianza, fue el mismo Pablo quien le contó lo que había hecho para salvar el honor de la mujer que amaba. No lo juzgó ni le dijo qué hacer; en cambio, le enseñó todo lo que debía saber sobre la cría de ganado y la vida de campo. Ahora era su mano derecha, el que administraba sus tierras y viajaba a la hora de cerrar importantes tratos de negocios. En el pueblo nadie sabía de su origen gitano. El cabello rubio y los ojos claros camuflaban su verdadera esencia. A él nunca le importó ese detalle, pero había sido el mismo Pablo quien le pidiese, apenas llegaron a Cruz del Eje, que no dijese nada. Acostumbrado a ser visto con malos ojos debido a su casta, prefería mantenerlo en secreto, y por supuesto, el viejo accedió sin cuestionar su decisión. Alcanzó a esconder la pipa en uno de los cajones del escritorio cuando escuchó su voz en el pasillo.

Al ingresar al despacho, Pablo lo encontró hojeando un libro. De inmediato percibió el olor a tabaco. Haciendo caso omiso de los consejos del doctor y de sus advertencias, había vuelto a fumar. No tenía caso regañarlo. Sabía que de nada serviría. Por el momento, y para no enfrascarse en otra discusión sin sentido, fingiría que no se había dado cuenta. Rodeó el escritorio y le dio un abrazo. Había estado ausente durante tres días; sin embargo, cada vez que regresaba a La Querencia, y por culpa de su intransigencia, temía no volverlo a ver. Su salud se resentía, pero don Casimiro solo quería vivir a su manera lo poco o mucho que le restaba de vida. Y por ese mismo motivo, en varias ocasiones, hacía la vista gorda, como ahora.

—¡Qué alegría verte, muchacho! —le dijo, dándole unas cuantas palmadas en la espalda—. Pensé que no llegarías para despedir el año, los Balbuena no te lo hubiesen perdonado.

Pablo se separó y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Los ha invitado?

—Tenía que hacerlo —se justificó el viejo—. Después de pasar Nochebuena en su casa, era lo menos que esperaban de nosotros. Tanto Álvaro como Trinidad están encantados de compartir la cena con nosotros. ¡Ni hablar de sus hijas!

Pablo se sentó sobre uno de los extremos del escritorio y cruzó una pierna encima de la otra. ¡Las hermanas Balbuena! Eran un encanto, pero las conocía demasiado bien, sobre todo a la mayor de ellas, Eugenia, a quien don Casimiro veía como la perfecta candidata para que él por fin abandonase el bando de los solteros. El viejo ni siquiera se imaginaba cómo era la muchacha en realidad.

—¿Acaso no te agradan? —indagó Casimiro Larrea ante su falta de entusiasmo.

Pablo se tocó el anillo de plata que llevaba en el meñique de su mano derecha. La rueda roja con finos bordes dorados representaba a uno de los signos del zodíaco gitano, el suyo, y se lo había entregado su madre, poco antes de morir.

—No le voy a negar que son simpáticas, don Larrea, pero usted sabe muy bien que no deseo involucrarme con nadie.

—El recuerdo de esa mujer no te permite ser feliz, hijo —se quejó. Aunque no los uniese un lazo de sangre, el cariño que sentía por él le daba el derecho suficiente de hablarle sin tapujos.

Pablo permaneció cabizbajo, perdido en sus propios pensamientos. Había perdido la cuenta de las veces que ya habían sostenido esa misma conversación, que siempre terminaba igual. Él, asegurándole que no

necesitaba una mujer para ser feliz, y el viejo recriminándole que no le hiciera caso. Por más que lo intentase, no conseguía olvidar a Coral. Aunque la supiese ajena y feliz, al lado de otro hombre, continuaba queriéndola. ¿Cómo pretender a otra cuando su corazón latía por alguien más?

—No quiero hablar de ese asunto, don Larrea. —Vio que el viejo asentía con la cabeza, resignado a que, una vez más, perdía la contienda. Abandonó la comodidad del escritorio y se plantó frente a la ventana—. Las negociaciones salieron mejor de lo esperado. Logré aumentar el número de cabezas de ganado a un precio muy favorable; ya no tendremos que preocuparnos por la baja producción de leche de este año. Las piezas que adquirimos son de primera calidad y prometieron enviarlas la semana que viene.

Don Casimiro esbozó una sonrisa de satisfacción. Mientras Pablo le relataba con pelos y señales sobre su viaje a la ciudad de Córdoba, el orgullo desbordaba en su mirada. Hablando sobre los excelentes ejemplares de raza Holstein que habían sido importados de Europa, el tiempo se les pasó volando. Empezaba a oscurecer cuando Blanca entró al despacho y le avisó a Larrea que su baño de tina estaba listo. Lo primero que hizo Pablo apenas se quedó a solas fue inspeccionar el escritorio en busca de la dichosa pipa. La encontró oculta en el último cajón, debajo de unos documentos. Estuvo a punto de llevársela, aunque comprendió que era inútil. Al viejo le bastaba chasquear los dedos para que el capataz se montase sobre su ruano y cabalgara hasta el pueblo para conseguirle otra. La dejó en su sitio, deseando que el propio don Larrea se diera cuenta del daño que le provocaba. Miró su reloj de bolsillo. Faltaba poco para la cena y él todavía no estaba listo. Se dirigió a su habitación y buscó en el interior del ropero una de sus mejores camisas.

De repente, como si el destino se empeñase en burlarse de él, por el rabillo del ojo vio la caja de madera en la cual guardaba las cartas de Coral. Seguramente la criada, en uno de sus tantos descuidos, la había dejado olvidada encima de la cómoda mientras aseaba su habitación. Por un instante

logró reprimir el impulso de volver a leerlas. Nunca le había respondido. Él había sido quien diera el primer paso un año antes, al ponerse en contacto con ella mediante un escueto telegrama en el cual le enviaba su dirección y le decía que se encontraba bien. Apenas un mes después, llegó la primera carta. Después recibió dos más, pero él seguía sin contestarle.

Se aproximó a la cómoda, tomó la caja y se sentó sobre la cama. Allí estaban… tres sobres raídos, con su nombre elegantemente garabateado en tinta azul. Conocía el contenido de las cartas casi de memoria. Abrió la primera y comenzó a leer.

Mi querido Pablo,

Espero que cuando recibas esta carta te encuentres muy bien. ¡No imaginas la alegría que sentí cuando llegó tu telegrama después de tantos meses de silencio! ¡Tengo muchas cosas que contarte y no sé por dónde empezar!

Creo que lo primero que deberías saber es que me he convertido en madre de un niño hermoso llamado Leandro. ¡Me gustaría tanto que pudieses conocerlo! Es un ángel y se parece mucho a Gabriel, aunque él y sus hermanas aseguran que tiene mi sonrisa. ¡Y eso no es todo! ¡Encontré a mi madre y lo hice en el lugar menos pensado! Se llama Rosa María, aunque su nombre eclesiástico es sor Davinia y es una sierva del Señor que ahora cuida de los huérfanos de la Casa de Niños Expósitos. Ella me contó la dolorosa verdad sobre mi origen, y así supe que Enrique de la Cruz, el esposo de la madrina de Almudena, era mi padre. Era un mal hombre y ahora está muerto. Que Dios me perdone, pero nunca lamenté su pérdida, tampoco la de mi abuela, que se fue detrás de él apenas le dieron la terrible noticia. Lo único que le agradezco a ese señor es que me haya dado un hermano. Su esposa, después de desearlo durante tanto tiempo, logró quedar encinta. Lo

supo semanas después de la muerte de ese hombre al que ni siquiera puedo llamar padre. Julián tiene dos años y es el compañero de juegos de mi Leandrito.
No quiero extenderme demasiado porque cuanto antes termine de escribir esta carta, más pronto llegará a tus manos.
Recibe un abrazo cariñoso de tu amiga Coral que nunca te ha olvidado.

Dobló la carta y la colocó en su sitio, en el fondo de la caja. Sin darse cuenta, buscó la siguiente. Estaba fechada dos meses después.

Querido Pablo,
No recibí respuesta y por esa razón me atrevo a escribirte otra vez. Espero que mi anterior carta no se haya extraviado. Las cosas por aquí no están bien. Mi suegro sufrió un ataque al corazón y el doctor asegura que solo resta esperar lo peor. En la casa solo se respira tristeza e incertidumbre. Gabriel se hace el fuerte, pero por las noches, cuando ni su madre ni sus hermanas lo ven, llora como un niño entre mis brazos. Hasta mi Leandrito está triste y ni siquiera juega con la pequeña Manuela.
Ruego que me escribas, aunque sea unas pocas líneas, para saber de ti.
Te mando todo mi cariño, deseando que te encuentres bien.

La tercera y última misiva había sido enviada durante el invierno de ese año y era la más breve de todas.

Pablo, me angustia no tener noticias tuyas. Yo, con la esperanza de que contestes pronto, continúo escribiéndote. Mi suegro murió pocos días después de enviarte mi última carta, y su partida nos dejó desconsolados. La que más ha sufrido es mi querida Almudena. Gabriel

ha tenido que hacerse cargo de todo y sé que ha sido muy duro para él también, aunque se muestre fuerte delante de nosotras. Te ruego que respondas, necesito saber que estás bien.
Con todo mi afecto,
Coral

Se llevó el arrugado papel a la nariz y aspiró fuerte. Olía a madera y a una esencia floral que le recordaba vagamente al perfume de su entrañable gitana. No la culpaba por no volver a escribir. Seguramente se había cansado de esperar una respuesta que nunca llegaba. ¿Acaso no era mejor así? Sus vidas tomaron rumbos diferentes el día en que descubrió que jamás se iría con él a Córdoba porque se había enamorado de Gabriel Izaguirre. A pesar de que nunca fue suya, le dolió perderla. El tiempo y la distancia le habían dado la resignación necesaria para aceptar la realidad. Coral era ahora una mujer felizmente casada y madre de un niño pequeño al que adoraba. ¿Por qué insistía en saber de él?

Guardó las cartas y cerró la caja de un manotazo. Cuando se topó con su imagen en el espejo, se vio invadido por los recuerdos. El cabello suelto, cayendo en gruesos mechones por encima de su hombro, lo regresaba a la época del circo en la que había sido tan feliz. Los juegos malabares, el aplauso de la gente y la sonrisa de Coral después de cada función… Añoraba todo eso que el destino le había quitado la noche en la que Román Marchena murió. Tomó una cinta de cuero y se lo recogió a la altura de la nuca. Se contempló otra vez mientras respiraba ligero. El pasado había quedado atrás. No importaba cuánto lo añorase, el circo ya no era su mundo.

El Payo estaba enterrado en el pasado y ahí era donde pertenecía.

*

La familia Balbuena al completo llegó a La Querencia a la hora acordada. Antes de la cena, se dispuso que degustarían un aperitivo en el salón. Don Casimiro se enfrascó con Álvaro Balbuena en una charla sobre cuitas políticas. A una corta distancia, la suficiente como para escuchar la conversación sin entrometerse, Trinidad y sus hijas bebían una copita de jerez.

Pablo no había aparecido aún y Larrea se puso inquieto. Por eso, cuando llegó y se acercó a saludar a las damas presentes, le volvió el alma al cuerpo. Había asegurado que él los acompañaría y no podía quedar mal con sus invitados. No le caía en gracia Balbuena, pero se rumoreaba en el pueblo que deseaba postularse para ocupar el cargo del primer presidente municipal, y a un sujeto con poder siempre era mejor tenerlo de su lado.

—Me comentó Casimiro que acabás de regresar de la capital —deslizó el comerciante con ínfulas de político—. ¿Cómo están las cosas por allá?

Recostado contra la pared de la chimenea, Pablo revolvió el jerez que le quedaba en la copa y se lo bebió de un sorbo antes de responder.

—Córdoba, así como el resto del país, aumentó de manera significativa la producción de carnes y cereales durante los últimos tiempos. —Observó a don Casimiro antes de continuar—. El tendido de nuevas líneas ferroviarias que confluyen en el puerto ha hecho que ahora todo sea más sencillo. También están todos muy entusiasmados con la posibilidad de que se realice la gran Exposición Nacional, gracias a la ley que sancionó hace poco Sarmiento.

—No debemos olvidar que nuestra benemérita provincia es la más importante después de Buenos Aires —se vanaglorió Balbuena—. El último censo, que también impulsó Sarmiento, así lo demostró. Córdoba no tiene nada que envidiarles a los porteños, se volverá más próspera y civilizada. Estoy convencido de que la llegada del ferrocarril nos hará mucho más grandes aún.

Don Casimiro y Pablo no dijeron nada. Solo el viejo asintió con un leve movimiento de cabeza para demostrar que estaba de acuerdo con él. Una línea ferroviaria que pasara cerca del pueblo no podía perjudicar a nadie. Las

mujeres celebraron la oportuna aparición de la criada, avisándoles que la cena estaba servida. Álvaro Balbuena se acercó a su esposa y le ofreció su brazo para entrar juntos al comedor. Consuelo iba detrás de ellos mientras que Eugenia, aprovechando que Pablo todavía no se había movido de su sitio, se arreglaba una arruga imaginaria de la falda del vestido, esperando el momento para quedarse a solas con él. Miró con disimulo al dueño de casa, quien no tardó en darse cuenta de lo que pretendía la jovencita. A don Larrea no le parecía muy correcto su comportamiento, sin embargo, hizo la vista gorda porque tenía la ilusión de que la hija mayor de Balbuena y el terco de Pablo se entendieran. Dejó la puerta entreabierta y, antes de reunirse con el resto de los invitados, echó un último vistazo al salón.

—Un día, tu padre se dará cuenta de cuál es tu juego y terminarás lamentándolo —aseveró Pablo sin dejar de sonreír.

Eugenia negó con la cabeza. Se acercó y le rozó la mano.

—Para eso te tengo a vos, mi querido Pablo. Sé que nunca me pondrías en evidencia.

Pablo debía darle la razón. Aunque estaba cansado de formar parte de un plan que podía acabar mal, jamás le jugaría sucio. Eugenia tenía el don del convencimiento y no le había costado nada involucrarlo en sus mentiras; tanto así que ahora no sabía cómo salirse sin perjudicarla a ella o a su reputación. ¿Qué demonios había pasado por su cabeza cuando aceptó su propuesta?

—Don Casimiro me mira con muy buenos ojos —deslizó, esperando su reacción.

—El pobre viejo ve lo que quiere ver —le aseguró. A veces se sentía mal por él. Estaba seguro de que cuando la verdad saliera a la luz, sería el primero en enojarse—. Será mejor que vayamos al comedor. Tu familia debe estar preguntándose dónde te has metido y no quiero tener que dar explicaciones que ni yo mismo me creo.

Eugenia hizo un gesto de “no te preocupes” con la mano y se tomó el ruedo

del vestido para permitirle pasar. Lo observó mientras se dirigía a la salida. Era un hombre condenadamente atractivo y capaz de enloquecer a cualquier muchacha. Una pena que él no se diese por enterado.

La irrupción de los jóvenes en el comedor provocó un incómodo silencio. Detrás de sus pesadas gafas, Consuelo, la hija menor de Balbuena, miró con rencor a su hermana. Le molestaba mucho que Eugenia aprovechase cualquier ocasión para exhibirse delante de Pablo. Su inquina no se debía a una razón de celos —a ella no le interesaba el muchacho—, lo que lamentaba era que jamás tendría la suerte de su hermana. Eugenia despertaba la admiración masculina, mientras que ella, con su aspecto poco agraciado, solo provocaba burlas, o en el peor de los casos, la lástima de los demás. Don Casimiro se apresuró a alzar su copa de vino y proponer un brindis para evitar cualquier contratiempo indeseado.

—Que 1870 sea un año próspero para esta bendita nación y para nuestras familias. —Se le hizo un nudo en la garganta cuando miró a Pablo. La vida le había negado un hijo de sangre, carne de su carne, pero el destino se encargó de ponerlo a él en su camino. Lo único que lamentaba era que su adorada esposa muriera antes de conocerlo.

Todos unieron sus copas a la suya, augurando lo mejor para el año que estaba a punto de comenzar.

Eugenia bebió un sorbo de vino y le guiñó un ojo a Pablo. Él le devolvió el atrevimiento con una sonrisa. Ninguno de los dos se percató de que don Álvaro Balbuena los observaba atentamente.

*

Diego corrió la cortina y contempló el agreste paisaje que iban dejando atrás para internarse en la aldea. A su lado, adormecida por el cadente traqueteo del carruaje, se encontraba Aitana Heredia. En ese momento, lo asaltó la duda.

¿Habría hecho bien en permitir que lo acompañase? La gitana había insistido tanto en ir con él que no tardó en aceptar su petición. Hacía poco más de una hora que habían abandonado Madrid y, según el cochero, no tardarían en llegar a La Hiruela, un pueblecito situado a varias leguas de la capital española. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un papel. Estaba arrugado y tenía un nombre escrito en él: Luisa Aquino. Según le había contado su tío en su lecho de muerte, la mujer rondaba los setenta años y su salud estaba bastante deteriorada por una afección en los huesos. Vivía en la aldea, bajo el cuidado de una vecina que, a cambio de algunas pesetas, procuraba que nada le faltase. El único detalle sobresaliente era el hecho de que la anciana era pariente de Pablo Medrano y, por ende, la única capaz de informarle sobre su paradero actual. Por supuesto, no se presentaría en su casa contándole quién era en realidad. El plan que habían urdido no podía fallar. Solo debía pronunciar las palabras correctas, poner su mejor sonrisa y tratar de convencerla de que le urgía encontrar al antiguo volatinero estrella del circo, al que todos llamaban el Payo.

Una hondonada en el sendero provocó que el carruaje se estremeciera. La sacudida despertó a la gitana. Se acomodó el rebozo encima del hombro y lo miró.

—¿No hemos llegado todavía?

Diego negó con la cabeza.

Aitana emitió un bostezo y le sonrió. Habían conversado poco desde que dejasen el campamento. Lo único que tenía en claro era que iban a visitar a una pariente lejana de Pablo. Aunque no le había dicho el motivo de esa misteriosa salida, Aitana sospechaba que don Cándido Marchena, desde el mismísimo infierno, estaba detrás de todo aquel asunto. Cuando intentó indagar, Diego le contestó que no se metiera en donde no debía. Sin embargo, utilizando su habitual labia de gitana mañosa, había logrado convencerlo de que la dejase acompañarlo, con la excusa de que podría serle de alguna

utilidad. Cuando estuviesen en casa de esa mujer, se enteraría para qué la estaba buscando. Desistió de entablar una conversación con él porque apenas le prestaba atención y eso era algo que la desconcertaba. ¿Acaso el encanto que había seducido a su tío no era suficiente para un hombre cómo él? Diego Guzmán le gustaba y tenía todo el tiempo del mundo para averiguarlo.

Unos minutos más tarde, el carruaje se detuvo a la entrada del pueblo. Diego se bajó y le indicó al cochero que preguntase por ahí dónde vivía una mujer llamada Luisa Aquino. Decidió esperarlo junto al pescante para no tener que hablar con la gitana. Al ser un poblado de pocos habitantes, el cochero no tardó en volver con la información que necesitaba. La casa de la mujer se encontraba al final del camino principal, frente a la plaza, y hacia allí se dirigió. Cuando miró por encima de su hombro, observó con un dejo de fastidio que Aitana abandonaba el carruaje para seguirlo. Intentó acelerar la marcha, pero comprendió que sería inútil. Ella lo alcanzó y se le puso a la par.

Tuvieron que atravesar todo el pueblo para dar con la humilde vivienda de Luisa Aquino. Llamó dos veces y esperó una respuesta. No venía nadie a atender. Aitana farfulló que quizá no había nadie, pero Diego hizo caso omiso a su comentario. Volvió a golpear la puerta y su insistencia tuvo sus frutos. Una señora ataviada con un delantal blanco se lo quedó observando de arriba abajo antes de preguntarle quién era o qué buscaba. Cuando se percató de la presencia de la gitana, abrió muy grande los ojos.

—¿Se encuentra la señora Aquino? —Diego confirmó en este instante que había sido un error llevar a Aitana con él. Bastaba ver la expresión de espanto de la mujer al verla a su lado.

—¿Quién es usted, joven? ¿Qué quiere con mi señora Luisa?

—Ella no me conoce. —Diego se subió el cuello de la chaqueta. —¿Le importa si entramos? Está helando aquí afuera…

La mujer volvió a mirar a Aitana con recelo; sin embargo, el joven que iba con ella parecía decente. Se hizo a un lado y los invitó a pasar. Entraron a un

saloncito lleno de muebles y adornos de porcelana, en donde se destacaba una chimenea en el rincón. La gitana se acercó y acercó sus manos para calentarlas.

—Le avisaré a la señora que desean verla. —Se estaba yendo cuando se volteó con un gesto inquisidor en su rostro—. ¿A quién debo anunciarle?

—Dígale que la busca Diego Guzmán y que necesito hablar con ella sobre un familiar suyo llamado Pablo Medrano.

Aitana empezaba a tener ciertas sospechas sobre la razón por la cual el sobrino de Marchena se había presentado en la casa de esa mujer.

Se alejó de la chimenea y guardó silencio. Le hacía ilusión descubrir en dónde se había metido Pablo durante todo ese tiempo. ¿Acaso estaría con la mosquita muerta de Coral?

El golpeteo de un bastón atrajo la atención de los visitantes. Una anciana de cabellera blanca y cuerpo encorvado estaba de pie, bajo el quicio de la misma puerta por la que había desaparecido la otra mujer hacía apenas unos minutos. Durante un buen rato permaneció allí, en el más absoluto de los silencios, sin siquiera moverse. Luego, de repente, comenzó a andar, golpeando la punta de su bastón contra el suelo para no llevarse nada por delante.

—Lo lamento, ni mis huesos ni mis ojos son los de antaño —dijo por fin.

Diego se acercó y, sujetándola del brazo, la ayudó a sentarse en la mecedora que estaba al lado de la chimenea.

—¿Es verdad que han venido a verme para hablar de mi sobrino nieto?

—Así es, señora. Mi nombre es Diego Guzmán y esta muchacha que me acompaña se llama Aitana Heredia.

La anciana trató de enfocar la vista, pero las nubes blancas que le cubrían los ojos no le permitieron ver demasiado.

—Tomen asiento, por favor.

Diego se acomodó en un sillón y le indicó a Aitana que se ubicase a su lado.

—Lamento tener que molestarla, señora Aquino…

—Luisa, a secas, por favor —le pidió.

Aunque apenas podía verlo, Diego asintió.

—Sé que le debe extrañar mi presencia en su casa, pero usted es mi última esperanza para dar con el paradero de Pablo Medrano. —Miró de soslayo a la gitana porque sabía que se sorprendería mucho con lo que estaba a punto de escuchar. —Hace unas semanas, mi madre, en su lecho de muerte, me contó la verdad sobre mi origen. Me dijo que el hombre que me había criado no era mi padre, y que era hijo de un marinero que pereció en altamar cuando ella todavía me cargaba en su vientre. —Se detuvo para ver la reacción de la anciana, quien guardaba silencio, atenta a su relato—.Ese hombre nunca supo de mi existencia, yo tampoco sabía que tenía un hermano hasta esa noche en la que mi madre, quizá para alivianar su alma atormentada, me confesó la verdad. Me suplicó que lo buscara porque no quería que me quedase solo cuando ella ya no estuviera en este mundo.

Doña Luisa Aquino, que conservaba una lucidez envidiable, empezó a atar cabos. Su sobrina Rosario se había enredado con un grumete que había llegado desde Córdoba, y tras prometerle el oro y el moro, se había embarcado rumbo al continente africano, en donde terminó perdiendo la vida. No quería adelantarse a los acontecimientos, por eso prefirió que el muchacho continuase con su relato.

—Mi madre me contó que él tenía otra mujer, pero siguió visitándola hasta poco antes de su muerte. Cuando él ya no volvió, hurgando entre sus pertenencias, encontró un acta de matrimonio. Entonces supo que mi padre no solo tenía a otra, estaba casado y el nombre de su esposa era Rosario Aquino.

—Mi sobrina Charito…

—Sí. En el acta de matrimonio también decía que había nacido en este pueblo y por eso he venido hasta aquí a buscarla. —Estaba tergiversando parte de la historia en su propio beneficio. Él sabía que la tal Rosario estaba muerta, pero la anciana no debía ni siquiera sospechar la verdad. Su tío había

sido claro: no podía mencionar ni su nombre ni el del circo para no alertar a la mujer. Ignoraban si Rosario, antes de su muerte, le había hablado de él.

—Charito murió hace muchos años —dijo la dueña de casa, angustiada.

En ese momento, la mujer que la acompañaba entró en el salón cargando una bandeja con una tetera humeante.

—Creo que una taza de té caliente les vendría bien —manifestó con una sonrisa de oreja a oreja. Nadie se lo había pedido, pero su intuición no le fallaba y sabía que la doña la iba a necesitar. Habían mencionado el nombre de su sobrina y ya estaba lagrimeando. Le sirvió una taza a su amiga y luego hizo lo mismo con las visitas.

—Lamento mucho oír eso, Luisa. —Diego bebió un sorbo de té y dejó la taza encima de una mesita de madera—. ¿Ha tenido alguna noticia de su hijo?

La anciana asintió.

—Cuando Rosario murió, se encontraba de gira con el circo de un tal Marchena. No me pregunte cómo terminó en un lugar como ese. Creo que la belleza exótica que heredó de su padre, un gitano andaluz de apellido Cortés, que enloqueció a mi hermana, la llevó por esos derroteros. Poco después de su muerte, recibí la carta de mismísimo Cándido Marchena, propietario del circo y según sus propias palabras, "el hombre que había estado con mi sobrina hasta su final". Me dijo que, si la voluntad del niño era venirse a vivir conmigo, él mismo me lo traería al pueblo, pero Pablo no deseaba abandonar el circo. ¡Imagínese lo que podría decidir un pequeño de apenas siete años!

—¿Qué ocurrió entonces?

—Debí resignarme a que mi sobrino nieto era igual que su madre, un espíritu libre, incapaz de atarse a ningún sitio—. La mujer sonrió con cierta nostalgia—. Unos años después, seguramente cuando aprendió a escribir o a pensar por sus propios medios, me mandó una carta. No me había equivocado. Pablo amaba la vida del circo y no estaba dispuesto a abandonarla. Una tarde de primavera, cuando era un muchachito de once años, apareció por esa

puerta, con el cabello largo, tan rubio como el de su madre, y una expresión de susto en sus ojos verdes. Se quedó dos días conmigo mientras el circo acampaba en una villa cercana. Cuando se marchó, supe que ya no volvería a verlo. A partir de entonces, tuve que conformarme con sus cartas.

—¿Sigue escribiéndole?

La anciana asintió y le hizo señas a la otra mujer para que le trajese alguna cosa. Minutos después, apareció con un manojo de cartas, atadas con un lazo de seda amarillo.

—Recibí la última hace seis meses. Pablo dejó el circo y se estableció al otro lado del océano, en un pueblo de la provincia de Córdoba. ¿No es irónico que hubiese terminado en un lugar que lleva el mismo nombre de aquel en el que nació su padre?

Diego no era capaz de apartar la mirada del manojo de cartas que la anciana sostenía en su mano. Estaba a un paso de conocer el paradero del asesino de Román, sin embargo, debía actuar con cautela. Confiaba en que Aitana secundaría su mentira. Si no había dicho nada hasta el momento, era porque no pensaba ponerlo en evidencia.

—En su última carta me cuenta que se encuentra muy a gusto, viviendo con un hombre al que aprendió a querer como a un padre. —Doña Luisa suspiró profundo—. Supongo que perder al suyo siendo tan pequeño debe haber calado muy hondo en él.

—¿No le dijo por qué abandonó el circo?

—Es extraño, pero hace tiempo que ya no menciona al circo en sus cartas. Cuando escribe solo habla de su vida, allá, en esa otra Córdoba que lo recibió con los brazos abiertos. Según me ha contado, ahora se dedica a cuidar de los campos del señor que le dio cobijo en su casa.

—¿Sabe su nombre?

—Pablo lo llama “don Larrea”.

Diego asintió. Con cada detalle que la anciana sumaba, el enigma empezaba

a esclarecerse. Ya tenía un lugar y un nombre. Era mucho más de lo que contaba antes de poner un pie allí. No se conformaba y, por eso, se animó a jugar su última carta.

—No quisiera abusar de su confianza, doña Luisa —dijo, volviendo a utilizar el "doña" en señal de respeto—. La única razón que me empujó a venir a este pueblo es descubrir el paradero de mi hermano. Aunque no crecimos juntos, compartimos el mismo padre y es su sangre la que corre por nuestras venas.

Las palabras de Diego conmovieron a doña Luisa.

—Comprendo, muchacho. Ni tú ni él tienen la culpa de los pecados o el mal proceder de sus padres. —Sacó la carta que estaba más arriba y puso el sobre vacío en su mano—. Vive en una estancia a unas pocas leguas de Cruz del Eje, un pueblo al norte de Córdoba. Si vas a buscarlo, por favor, dile que no se olvide de mí, que esta vieja sueña con volver a abrazarlo antes de que el Señor me lleve a su lado, y no falta mucho para ese momento.

Diego se guardó el sobre en el bolsillo de su chaqueta y le sonrió.

—No hable así, usted es una mujer fuerte y Dios no permitirá que abandone este mundo sin antes abrazar a su sobrino nieto. Le prometo que haré lo posible para traérselo de regreso. —Tomó las débiles manos de la anciana mientras por dentro se regocijaba por su suerte. Pablo Medrano jamás volvería a España, y si lo hacía, sería en un cajón—. No deseo quitarle más tiempo, doña Luisa. Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí, sin embargo, no puedo irme sin antes pedirle un último favor.

—El que quieras, muchacho.

—No le hable de mí a Pablo cuando le escriba. Me gustaría darle una sorpresa. Estoy seguro de que se alegrará de saber que tiene un hermano.

—Cuenta con mi absoluta discreción. —La anciana, sin sospechar de sus oscuras intenciones, le devolvió la sonrisa e insistió en que terminase de beber su té.

Salieron de allí cuando estaba anocheciendo. El cochero que los había llevado los estaba esperando en la plaza para conducirlos de regreso al páramo en donde se había instalado el circo. Ya en el interior del carruaje, Aitana, con el derecho que daba haberse quedado callada mientras le mentía impunemente a esa pobre mujer, dijo:

—Si vas a ir a buscar a Pablo, quiero ir contigo.

Diego le lanzó una mirada cargada de rencor. Había cometido un gran error al hacerla partícipe de su plan, y ahora no tenía manera de deshacerse de ella… Bueno, en realidad, sí había un modo de hacerlo, pero la gitana era tan astuta que debía andarse con cuidado.

—No nos precipitemos…

—Después de la dramática escena que montaste para esas dos viejas, es obvio que tu intención es viajar hasta allá y cobrar venganza en nombre de tu tío —lo interrumpió ella—. Podría haber abierto la boca y desbaratar tus planes, pero no lo hice.

—Y te lo agradezco mucho, Aitana. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Comprobó que la gitana se estremecía. Sonrió satisfecho. Después de todo, no resultaría tan complicado quitarla del medio—. Lo que sucede es que nunca quise involucrarte.

—Demasiado tarde, querido —respondió, acariciándole la mano mientras le sonreía de manera seductora.

Diego, aprovechando la ventaja que le estaba ofreciendo, se aproximó y posó el dedo índice en su boca, obligándola a separar los labios.

—¿Dejarías el circo para irte conmigo al otro lado del mundo? —quiso saber. Se excitó cuando ella comenzó a chupar su dedo. Lo hacía de una manera tan sensual que apenas podía controlarse.

Aitana apartó su mano, pero él sonrió cuando descubrió cuál era su intención. Ella la llevó hasta uno de sus pechos y la dejó allí, apretando hasta que el pezón se endureció.

—Ya no hay nada que me retenga en el circo, Diego. Mis hermanos no me necesitan, yo tampoco a ellos —afirmó con la mirada nublada por el deseo.

—Todos te consideran la mujer de mi tío. Les va a parecer extraño que te marches conmigo.

Ella tenía que convencerlo. De la manera que fuese. Por eso, sin darle tiempo a reaccionar, se montó encima de él y se subió la falda del vestido.

—Eso ya no importa. Tengo derecho a rehacer mi vida como me plazca. —Se inclinó hacia delante y le susurró al oído—: Y en este momento, lo único que deseo es sentirte dentro de mí.

Como pudo, porque el vestido de la gitana se le había enredado en los brazos, Diego se abrió la bragueta del pantalón. Aitana colaboró, alzándose un poco para que él pudiese encontrar el camino hasta su sexo palpitante. La penetró con tanto ímpetu que ella estalló en un grito. Amparados por el traqueteo del carruaje y la oscuridad de la noche, los improvisados amantes dieron rienda suelta a la pasión.

CON LA NOCHE DE CÓMPLICE

Pablo llevaba encerrado en el despacho desde hacía un par de horas y la casa estaba envuelta en el más sepulcral de los silencios. Don Casimiro se había ido a acostar después de la cena, y los criados, al constatar que él no necesitaba nada, también se habían retirado. Había puesto como excusa la lectura de unos documentos que debía firmar para autorizar la venta de cincuenta cabezas de ganado a un matadero del sur de la provincia. Con la inminente llegada del ferrocarril, planeaban traspasar las fronteras de Córdoba y llegar incluso hasta la ciudad de Buenos Aires.

La verdad es que ya había revisado los dichosos documentos tantas veces que se conocía el texto de memoria. Lo que lo había empujado a recluirse entre esas cuatro paredes era su falta de decisión. Se debatía entre escribirle por fin a Coral o desaparecer de su vida de una vez y para siempre. En su última carta había percibido que estaba enojada y hasta triste por su falta de respuesta. Y eso era precisamente lo que ahora lo tenía en una encrucijada: saber que ella se encontraba mal por su culpa. Sacó esa última carta del bolsillo de su pantalón y la desplegó. La había guardado allí con el propósito de releerla cada vez que la soledad lo abrumaba. Habían transcurrido ya siete meses y Coral no había vuelto a escribir, seguramente esperaba que él lo hiciera. ¿Habrían logrado salir adelante tras la muerte de don Vicente Izaguirre? Según le contaba Coral, la más afectada parecía ser Almudena, la hermana menor de Gabriel. Trajo a su memoria esa tarde en la que habían salido a dar un paseo y la muchachita escuchaba embelesada cómo él le

relataba sobre su vida en el circo. Días después, regresaba a Córdoba con el corazón destrozado al comprobar que Coral estaba enamorada de Izaguirre. Desde entonces, había sido incapaz de sentir lo mismo por otra mujer. A la hora de satisfacer sus necesidades de hombre, visitaba el único burdel del pueblo.

Una ventisca hizo que la cortina se elevara por los aires. Se aproximó a la ventana y respiró hondo. El calor bochornoso de las últimas jornadas no daba tregua, aunque el capataz aseguraba que no tardaría en llover porque las vacas se habían amontonado esa tarde junto a uno de los molinos. Regresó al escritorio y, sin meditarlo demasiado, buscó papel y pluma. Tenía que escribirle a Coral antes de cambiar de opinión. Permaneció un momento observando el tintero. Ni siquiera sabía cómo empezar.

Después de escribir el lugar y la fecha en el margen derecho, garabateó las primeras palabras sobre el papel.

Cruz del Eje, 27 de enero de 1870

Mi querida Coral:

Sé que no tengo perdón de Dios, mucho menos merezco que tú me perdones por no escribirte antes. No es sencillo explicártelo a través de una carta; me hubiese gustado hacerlo mirándote a los ojos, pero la distancia que nos separa es tan grande como el dolor que aún lacera mi corazón. Nunca pude resignarme a perderte, mi querida Coral. Por eso preferí mantenerme al margen de tu vida, para que seas feliz con quien tú escogiste. Celebro el nacimiento de tu hijo y lamento mucho la muerte de tu suegro, a quien recuerdo como un hombre estricto pero afable. Dile a Almudena que sea fuerte, que no deje que la tristeza la venza, no a ella, que fue capaz de desafiar a la mismísima muerte y salir airosa. Me alegró saber que has encontrado a tu madre y que

ambas puedan recuperar el tiempo perdido. Yo añoro tanto a la mía. Daría lo que fuera por tenerla a mi lado, quizá con ella viva, no cometería tantas tonterías. Don Casimiro trata de cumplir el rol de padre lo mejor que puede. Aunque lo siento como tal y le agradezco todo lo que ha hecho por mí, muchas veces tenemos nuestras diferencias. Me pregunto cómo habría sido crecer con el amparo de un padre o la complicidad de un hermano. La vida me arrebató demasiadas cosas y seré el más egoísta de los hombres, pero estoy cansado de perder.

Cruz del Eje, el lugar desde donde te escribo, es apenas un poblado con un puñado de casas y mucho afán de grandeza. Tiene su encanto y no está lejos de la ciudad de Córdoba. Parece que, dentro de poco, un ramal del ferrocarril pasará por estas tierras y todos por acá están muy entusiasmados.

Mientras redacto esta carta, me pregunto si después de no responder las dos anteriores, volverás a escribirme. Nunca dudes, ni siquiera por un segundo, del inmenso cariño que aún siento por ti, mi querida Coral. Sigues en mi corazón, tan presente como entonces. A pesar de todo, lo único que me reconforta el alma es saber que has alcanzado la felicidad junto al hombre que amas, y contra eso, no hay nada que hacer.

Perdóname si puedes, mi bella gitana, que yo me quedaré aquí, esperando recibir noticias tuyas muy pronto.

Tu amigo que no te olvida,

Pablo

Cuando dejó la pluma a un lado y observó la carta, se asombró de todo lo que había escrito. Ni siquiera tuvo el valor de releerla por temor a arrepentirse. Abrió el primer cajón del escritorio y sacó un sobre. La introdujo en su

interior, la selló y garabateó la dirección con letra bien grande para evitar que se perdiera. Lo primero que haría por la mañana sería entregársela al capataz para que la llevase al pueblo.

*

El muchacho consiguió escabullirse entre las sombras de la noche, justo antes de que comenzaran a caer las primeras gotas. No le importó mojarse, mucho menos si era por causa de una hembra que le gustaba. Se encaramó al paredón y, de un salto, cayó en el patio de los Balbuena. Había estado pispeando un buen rato hasta que vio la volanta de don Álvaro salir de la casa y perderse por la calle principal. Con la ausencia del viejo, era más sencillo poder meterse en su propiedad. Al menos no tenía que preocuparse de que lo sorprendiera en pleno escarceo amoroso y lo sacara de allí a escopetazo limpio. Ramiro Flores podía ser el mejor soldado raso perteneciente a la Guardia Nacional y estar bajo el mando del mismísimo general Urquiza en la provincia de Entre Ríos, sin embargo, era cuando regresaba a casa, al lado de su madre y su hermana, que se encontraba más a gusto. Sobre todo, si cada vez que volvía de licencia, lo esperaba una mujercita como Eugenia Balbuena. Faltaba pocos días para que se reintegrara a las filas de la Guardia Nacional y no pensaba irse sin antes probar las mieles de su amor. Miró hacia la casa, esperando verla aparecer de un momento a otro, con ese andar sensual que lo volvía loco. Había luz en su habitación, pero ningún movimiento. De pronto, escuchó el chirrido de la puerta que daba a la cocina, y que Eugenia utilizaba para salir al patio. Tuvo que escudarse detrás de la higuera cuando descubrió que no se trataba de ella sino de doña Trinidad, su madre.

La mujer, quizá buscando un poco de alivio para tanto calor, tenía puesto solamente un camisón blanco que, aunque era largo hasta los tobillos, le marcaba la curva de las caderas y la redondez de los pechos. Llevaba el pelo

negro suelto y alborotado. Ramiro quedó embobado con esa apetecible visión. La comió con la mirada mientras se acercaba al aljibe con un andar ligero y luego se echaba un poco de agua en el rostro para refrescarse.

Ramiro experimentó una excitación desconocida con la imagen de esa mujer a la que espiaba entre las sombras. ¿Cómo no había reparado antes en su belleza? La sobriedad de su vestimenta, el rigor de sus peinados y ese gesto siempre adusto en su semblante escondían a una hermosa y sensual mujer.

La vio alejarse en dirección a la galería, y cuando doña Trinidad entró a la cocina, la perdió de vista. Imaginándola desnuda se dejó caer de rodillas en el pasto.

Se incorporó rápidamente al escuchar que alguien se acercaba. Era Eugenia que venía a su encuentro. Salió de su improvisado escondite y la recibió en el medio del patio, bajo una suave llovizna que le proporcionó alivio a su acalorada piel.

—Perdón por no venir antes —se excusó ella, dándole un apretado abrazo.

Ramiro agradeció su tardanza. Debido a su falta de puntualidad, había gozado del privilegio de contemplar la belleza de su madre. La apartó un instante para mirarla y, por primera vez, notó el parecido con doña Trinidad. Ambas tenían ojos negros, algo rasgados y el cabello oscuro ondulado.

—No tenés que disculparte, bonita. —Sintió que temblaba entre sus brazos y sabía que esa noche le costaría horrores no ceder a sus deseos. Eugenia se jactaba siempre de ser una muchacha que seguía sus impulsos sin importarle el qué dirán; sin embargo, a la hora de la verdad, cuando intentaba avanzar demasiado, le salía con alguna excusa tonta como que tenía la regla o que necesitaba un poco más de tiempo para hacerse a la idea de perder su virtud.

—¿Te pasa algo? —preguntó Eugenia, descansando ambas manos en el pecho masculino. Ya no llovía, pero unas cuantas gotas le habían empapado el rostro.

Ramiro respiró hondo. Ya no se conformaba solamente con un encuentro

furtivo y los besos fogosos que Eugenia le daba… Quería más. Esa noche en particular, y después de excitarse con la madre, deseaba obtener por fin lo que ella le venía prometiendo desde hacía tiempo.

—Pasado mañana me voy del pueblo, Eugenia —comentó con pesar. Estaba dispuesto a valerse de cualquier artilugio para que accediera a ser suya antes de partir a la milicia.

Ella bajó la mirada. No quería que se fuera, no todavía. Su mayor temor era que encontrase a otra mujer en Entre Ríos y la olvidase.

—¿De verdad tenés que irte?

—Sabés que sí. El viernes debo estar en la ciudad de Córdoba. Ese mismo día, mis compañeros y yo partimos hacia Entre Ríos para ponernos a las órdenes del general.

Eugenia se recostó en su pecho y dejó que él pusiera los brazos alrededor de su talle. No hizo nada cuando Ramiro descendió hasta tocarle el trasero. Alzó la cabeza y lo miró. Tenía los labios entreabiertos y respiraba más ligero.

—Te quiero, Ramiro, más que a nada en este mundo —musitó, sin apartar la vista de la boca del soldado.

—¿Por qué no me lo demostrás, entonces? —replicó él, presionando un poco más las manos en las caderas femeninas y empujándola hacia su cuerpo.

Eugenia emitió un tímido gemido cuando sintió que su miembro estaba más grande de lo normal. No era una reacción nueva para ella, sin embargo, cada vez que Ramiro se excitaba de esa manera, se decía a sí misma que no podía entregarse a él hasta no estar completamente segura de su amor. Ya era bastante angustioso para ella verse a escondidas porque su padre tenía predilección por Pablo Medrano, como para que encima la dejase después de conseguir lo que tanto buscaba de ella. En vez de darle una respuesta, buscó sus labios y lo besó. Se perdía en una marea de sensaciones tan placenteras cada vez que Ramiro invadía su boca con la lengua, que las piernas apenas

lograban sostenerla. Le rodeó el cuello con los brazos y le permitió meter la mano debajo de la falda. Tampoco lo detuvo cuando la arrinconó contra la pared y le deslizó muy despacio el calzón hasta dejar al descubierto sus partes íntimas.

Ramiro hundió el rostro en su cabello y le mordisqueó el lóbulo de la oreja, haciendo que Eugenia se estremeciera. El pudor y los miedos fueron derrotados rápidamente por el fuego de la pasión. Ramiro estaba abriéndose la bragueta del pantalón cuando ella lo sujetó de la muñeca para detenerlo.

—No, por favor —fue la débil súplica de Ramiro.

—Shhh. —Ella se puso el dedo en la boca y le hizo señas de que se volteara.

Al hacerlo, descubrió una sombra que se escabullía a través del pesado cortinado de una de las habitaciones del primer piso.

—Alguien nos vio —murmuró Eugenia, al tiempo que acomodaba los calzones en su sitio y se bajaba la falda del vestido.

Ramiro llevó una mano a su entrepierna insatisfecha y maldijo por lo bajo.

—¿Quién fue? —preguntó, cuando pudo recuperar el aliento.

—No estoy segura —le mintió. La ventana era de la habitación de sus padres, pero prefirió no decírselo. —Quizá se trató de la criada. Avelina suele levantarse por las noches para ver si mi hermana necesita alguna cosa antes de dormirse.

La respuesta de Eugenia tranquilizó a Ramiro. Sabía que don Álvaro no estaba en la casa y la insulsa de Consuelo se acostaba temprano.

—Será mejor que te vayas —sugirió Eugenia interrumpiendo sus alocados pensamientos.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—¡Te espero mañana en el lugar de siempre, junto a la ermita! —Le dio un último beso y regresó corriendo a la casa.

Ramiro se quedó viendo la ventana un rato antes de marcharse. Las luces

continuaban encendidas. Cuando saltó el paredón, no se dio cuenta de que el pesado cortinado se movía.

*

Trinidad se alejó de la ventana antes de que alguien la viera. No podía dar crédito a lo que acababa de suceder. Tampoco era capaz de apartar de su mente la escena que había presenciado casi por casualidad. ¡Qué descaro el de Eugenia! ¡Encontrarse con el hijo de la modista del pueblo en el patio de su propia casa!

Se giró sobre sus talones y contempló la cama. El vacío entre sus sábanas iba más allá de la ausencia de su esposo. Si él estaba, el frío era el mismo. Hacía tanto que no la buscaba en la intimidad. Ya ni siquiera la tocaba. Apenas le daba un beso en la mejilla delante de sus hijas o cuando quería aparentar frente a la gente del pueblo. Esa noche, como en tantas otras ocasiones, estaría en el burdel, retozando con alguna puta mientras ella se quedaba despierta, esperándolo. No para recriminarle su comportamiento, tampoco para reclamarle que cumpliera con su papel de esposo. Aguardaba su llegada para asegurarse de que estaba bien y que no hubiese muerto en una riña a manos de algún borracho. A pesar de todo, y aunque le doliera en el alma, seguía siendo su esposa. Los primeros años de matrimonio habían sido idílicos y luego, con el nacimiento de las niñas, decidieron dejar Portugal para embarcarse hacia la Argentina. Tras rodar por Buenos Aires y la ciudad de Córdoba, por causa de las ambiciones políticas de su esposo, terminaron en un sitio como Cruz del Eje, un pueblo que comenzaba a crecer y en el que pudiese cumplir su sueño de convertirse en presidente municipal. ¿Qué diría Álvaro si se enteraba de lo que hacía su hija preferida mientras él se iba de juerga? Eugenia se les estaba yendo de las manos y acababa de traspasar los límites de la decencia al dejar que ese muchacho la tocase de esa manera tan atrevida. Se

ruborizó al recordar lo que había visto. A pesar de que las sombras de la noche los mantenían a salvo, ella pudo percibir que el tal Ramiro tenía las manos debajo de la falda de su hija. Podía entender que Eugenia se sintiera atraída por un joven como él, sin embargo, no justificaba su conducta. Se preguntó hasta dónde habrían llegado si ella no hubiese movido la cortina. Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza. No podía ni siquiera imaginárselo. Descubrió que su respiración se había acelerado. Se acercó al ropero y contempló, de costado, su imagen en el espejo. A sus treinta y cinco años todavía conservaba la misma figura que tenía a los veinte. Esa que había encandilado a Álvaro. ¿Por qué ahora prefería acostarse con una vulgar prostituta en vez de hacerle el amor a ella, si no había perdido ni la belleza ni la juventud? La maternidad ni siquiera había dejado huellas en su cuerpo. Desató el lazo del camisón y lo abrió. Sus pechos níveos se bambolearon al quedar expuestos. Las atrevidas caricias que Ramiro Flores le había hecho a su hija le provocaron un cosquilleo en el vientre. ¿Cómo se sentiría que otro hombre la tocase ahí donde su esposo ya no lo hacía? Sacudió la cabeza en un gesto de autocensura. ¿En qué diablos estaba pensando? De un manotazo se cerró el camisón y caminó presurosa hacia la cama. Se acostó, pero como sabía que no podría conciliar el sueño tan fácilmente, se puso a leer un rato. ¡A ver si la Sagrada Escritura apartaba de su mente esos pensamientos tan escandalosos! Menos de una hora después, y con la Biblia entre las manos, se quedó profundamente dormida. Tan así, que no escuchó a su esposo cuando llegó a la casa a altas horas de la madrugada.

*

Consuelo Balbuena avanzó insegura por la vereda de la iglesia mientras estrujaba uno de sus mejores pañuelitos de seda entre sus sudorosas manos. ¿Cómo era posible que se hubiese dejado convencer por la insensata de su

hermana? Cuando esa mañana Eugenia entró toda nerviosa a la habitación, lamentándose de que su madre no le diera permiso para salir, no se imaginó que le pediría semejante favor. Ella sospechaba que andaba en amoríos con Ramiro, el hijo de la modista. Porque, aunque le hiciera creer a sus padres que quien realmente le interesaba era el protegido de Casimiro Larrea, se estaba viendo a escondidas con el soldado Flores. Había pactado un encuentro con él y ante la negativa de su madre de dejarla salir, le había suplicado que fuese en su lugar para entregarle una nota a su enamorado secreto. Y allí estaba. Toda nerviosa, con la dichosa nota guardada en su bolso y muchas ganas de regresar a la casa o al menos de meterse en la iglesia para rezar. No hizo ni una cosa ni la otra. Cuando vio a Ramiro junto a la ermita, vistiendo su atuendo militar, fue incapaz de dar un paso más. Se santiguó y cruzó el terreno baldío en donde se erigía la ermita de la Virgen para cumplir con el encargo de su hermana. Mientras se acercaba, pudo comprobar dos cosas: la expresión de desconcierto en el rostro de Ramiro que no esperaba verla a ella y lo buen mozo que lucía con el uniforme de la Guardia Nacional.

Se levantó el ruedo del vestido para avanzar más de prisa y casi termina en el suelo al tropezarse con una piedra. Se enderezó y alzó la barbilla. Colorada debido al esfuerzo y a la vergüenza, llegó hasta donde estaba Ramiro y se plantó delante de él.

—Consuelo, ¿qué pasó? ¿Por qué no vino tu hermana?

Ella no pudo evitar estremecerse cuando Ramiro mencionó su nombre. Ahora que lo tenía tan cerca, se quedó embelesada con el azul intenso de su mirada. ¡Con razón su hermana había perdido la cabeza por él!

—Nuestra… nuestra madre no le dio permiso —tartamudeó. Sacó la nota que llevaba en el bolso y se la entregó—. Me pidió que te diera esto.

Ramiro la leyó y luego la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Me hubiese gustado verla antes de irme —se lamentó.

—¿Te vas?

Él la miró de arriba abajo. El vestido que había elegido para lucir esa tarde no la favorecía demasiado. Tampoco esos dos rodetes a ambos lados de la cabeza, separados al medio por una delgada raya que acentuaba la redondez de su rostro.

—El deber me llama y no puedo posponer mi viaje a Córdoba —respondió —. Decime, Consuelo, ¿por qué doña Trinidad no la dejó venir?

—Mi madre quería que Eugenia la ayudara en el almacén. Creo que estaba enojada con ella y esa fue su manera de castigarla.

—¿Castigarla por qué? —quiso saber.

Consuelo se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ramiro se dio cuenta de que podía utilizar a la hermanita de Eugenia para satisfacer su curiosidad. La sujetó suavemente del brazo y le pidió que lo acompañase. Se sentaron en un banco de piedra que el cura había mandado a construir para los feligreses que visitaban la ermita. Allí estaban al resguardo de cualquiera que pasara por la calle y Consuelo se sintió un poco intimidada. Sobre todo, cuando Ramiro se sentó tan cerca de ella que casi le rozaba la falda del vestido con la punta de sus botas.

—¿Tu madre se enoja a menudo con ella?

Consuelo bajó la mirada. El corazón le latía tan de prisa que parecía que estaba a punto de estallar.

—Eugenia tiene un carácter difícil —respondió, al tiempo que jugaba con las puntillas del bolso—. Mi madre a veces no sabe cómo lidiar con ella.

—¿Y vos? ¿Sos más dócil? —Ramiro la tomó de la barbilla para que lo mirase. Era difícil ver de qué color eran realmente sus ojos detrás de esas gruesas gafas que llevaba. Se las quitó y le sonrió—. Así está mucho mejor.

Consuelo contuvo el aliento. Lo hizo durante un instante tan largo que casi se ahoga con su propia saliva. Cuando comenzó a toser, Ramiro le devolvió las gafas. Ella se apresuró a ponérselas mientras imploraba en silencio que

ese ardor intenso que sentía en toda la cara no se manifestara en sus mejillas.

—Perdón si te importuné con mi comentario —se disculpó él, haciendo un gran esfuerzo para no reírse de la situación. Sin dudas, las hermanas Balbuena eran tan dispares como el día y la noche. Lo que Eugenia tenía de osada, Consuelo de tímida.

—No… no es nada. —Se acomodó las gafas y se entretuvo contemplando sus zapatos. Quería irse, sin embargo, algo se lo impedía.

—Espero que tu madre no se enoje con vos por lo que estás haciendo —comentó Ramiro en un último intento de sonsacarle información.

—Le dije que venía a la iglesia. Ella sí se fía de mí; con mi hermana es otra cosa.

—¿Creés que doña Trinidad sepa de nuestro romance?

—No sabría decirte, Ramiro. Esta mañana cuando entré al comedor, ellas hablaban en voz baja. Mi madre se calló de repente al verme llegar, sin embargo, era evidente que habían estado discutiendo. Luego, durante el desayuno, quizá intimidadas por la presencia de mi padre, no se dirigieron la palabra.

Ramiro se quedó pensando en lo que Consuelo acababa de revelarle. No era descabellado imaginar que la persona que los había sorprendido a Eugenia y a él la noche anterior fuese doña Trinidad Balbuena. La única que podía dilucidar esa incógnita era la propia Eugenia… o su madre. Quizá no tuviese la oportunidad de otro encuentro a solas con la muchacha antes de abandonar el pueblo. Sin embargo, nada le impedía pasar por el almacén de ramos generales y tantear el terreno con la esposa de Álvaro Balbuena.

—Me sabría muy mal que se enojara con vos por mi culpa, Consuelo. Deberías irte o pasar por la iglesia en caso de que el cura luego meta la pata con tu madre —le sugirió.

Consuelo levantó la cabeza y quedó embobada con la sonrisa que le dedicaba el soldado. Tardó en darle una respuesta porque las palabras se le

habían atorado en la garganta. ¡Se preocupaba por ella! ¡Ramiro Flores, ese muchacho buen mozo que pretendía a su hermana a escondidas y que le robaba el sueño por las noches, no quería que se metiera en problemas por su causa! No supo ni qué decirle, también tenía miedo de volver a tartamudear delante de él, por eso, optó por guardar silencio.

—Decile a Eugenia que la voy a echar mucho de menos y que le escribiré apenas me sea posible. Le enviaré una carta junto con la de mi madre para que no caiga en las manos equivocadas.

Consuelo asintió. Por dentro, deseaba estar en el lugar de su hermana y ser la destinataria de esa carta.

—Se lo diré —le prometió.

Ramiro tomó sus manos entre las suyas y ella no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos.

—Gracias, Consuelo. Sos una persona muy especial para mí. —Vio cómo la jovencita se sonrojaba. Creyó incluso que se volvería a quedar sin aire, por eso la soltó, aunque continuaba sonriéndole—. Me gustaría acompañarte hasta la iglesia, pero no es prudente que alguien nos vea y piense mal de nuestra amistad.

Amistad. Aunque le supiese a poco, se conformaba con ser solo su amiga. ¿A qué podía aspirar una muchacha poco agraciada y patosa como ella en comparación con la belleza y el carácter voluntarioso de su hermana mayor? Le costaba despedirse de Ramiro, porque pasaría muchas semanas antes de que lo volviera a ver. En ese momento, poco le importó parecer una tonta, allí parada, esperando quién sabe qué, de un hombre que jamás se fijaría en alguien como ella. Articuló un tímido “adiós, Ramiro” y se alejó rápidamente en dirección a la iglesia para rezar un rato antes de regresar a su casa. Cuando salió, pasó por la ermita con la esperanza de verlo una vez más, pero él ya no estaba.

Ramiro, para no perder tiempo, cortó camino por el terreno baldío que

pertenecía a la parroquia y llegó hasta el almacén de ramos generales. La puerta estaba abierta de par en par. Escuchó la voz de Fortunato, el empleado de Balbuena, que salía en su carreta a entregar la mercancía en el pueblo y los alrededores. Desde donde se encontraba, no podía ver si había más gente en el almacén o estaba hablando con los propietarios. Esperaba que la presencia de don Álvaro no arruinase sus planes.

—¡Vuelvo enseguida, doña Trinidad! —gritó Fortunato, encaramándose con cierta dificultad al pescante de su carreta, que iba cargada de bolsas de harina y frascos de conservas.

Se aproximó con sigilo al almacén. Sabía que no sería sencillo encontrarla a solas, tampoco lo más prudente. Aun así, estaba dispuesto a correr el riesgo. Como fuera, necesitaba verla antes de reintegrarse a las filas de la Guardia Nacional. Revisó sus bolsillos para comprobar si llevaba dinero encima y entró al almacén. Permaneció un momento en el umbral, estudiando la situación. El lugar estaba vacío. A esa hora, seguramente don Álvaro se encontraría en la pulpería del correntino, endulzando el oído de los pueblerinos, alabando la inminente llegada del ferrocarril a la provincia, con el único propósito de ganarse sus votos en las próximas elecciones. Que él no estuviera era un gran punto a su favor. Ahora solamente faltaba que no fuese Eugenia la que apareciera cuando se anunciara. Entró y esperó. Como nadie aparecía, golpeó las manos con vehemencia. Se acercó al gran mostrador de roble macizo y se inclinó sobre él. Estaba hojeando un ejemplar atrasado de *El Eco de Córdoba* cuando lo envolvió una delicada fragancia floral. Ni siquiera la había oído llegar. Sus inquisidores ojos azules se posaron en el rostro de doña Trinidad, y de inmediato percibió el rubor en sus mejillas. ¿Había algo más adorable y excitante para un joven como él que una mujer de su edad se sintiera perturbada por su presencia? Se incorporó, cuadrando los hombros. Antes de abrir la boca, le sonrió.

—Buenas tardes, doña Trinidad. —Después de haberla visto en camisón

hacía apenas unas cuantas horas, ese "doña" le pareció demasiado formal.

—Buenas tardes, Ramiro. ¿Qué puedo hacer por usted?

Tantas cosas, pensó. Se pasó la mano por el cabello para echárselo hacia atrás. Le había crecido más de lo permitido y tendría que pasar por el barbero antes de presentarse con el general Urquiza.

—Me envió mi madre —le mintió—. Necesita dos metros de muselina celeste y un carretel de hilo del mismo color. —Al menos la compensaría por hacerla partícipe de su locura. Sabía que quería hacerle un vestido nuevo a su hermana y cuando llegase con la tela no tendría tiempo para regañarlo por ausentarse durante tanto tiempo de la casa ahora que faltaba tan poco para dejarlas.

Trinidad apartó la mirada de esas manos fuertes y varoniles al darse cuenta de que llevaba un rato observándolo mientras se atusaba el cabello. Sin decir nada, se dirigió al sector en donde estaban los rollos de tela, consciente de que él venía detrás de ella. La pieza que requería doña Adela se encontraba en la parte más alta. Ignoraba que Ramiro se la había pedido exactamente por ese motivo. Acercó la estrecha escalera de madera que utilizaban para llegar a los estantes más elevados, y la apoyó muy bien. Se sujetó con fuerza de los laterales y puso el pie derecho en el primer escalón. No era la primera vez que se subía a la dichosa escalera; sin embargo, la inquietante cercanía del joven no le permitía actuar con naturalidad. Cuando atinó a colocar su otro pie, trastabilló con el borde del vestido y casi pasa de la incomodidad al más absoluto de los ridículos. No alcanzó a darse de bruces en el suelo porque esas manos que había admirado un rato antes, las mismas que acariciaron íntimamente a su hija la noche anterior, la tomaron de la cintura para evitarlo.

—Tenga cuidado —le dijo Ramiro muy cerca del oído.

Sentir su tibio aliento contra la piel de la nuca le erizó los vellos del cuerpo. No era solo eso, la tenía agarrada del talle y las puntas de sus dedos le rozaban la parte baja de los senos. Azotada por una oleada de inconfesable y

prohibido placer, se aferró a la escalera con tanta fuerza que los nudillos se volvieron casi transparentes. ¿Qué demonios le ocurría? Debía recomponerse, darle las gracias por su oportuna intervención y cumplir con el pedido que le había encargado su madre. Sin embargo, no lo hizo.

Ramiro, aprovechándose de su debilidad, acercó el rostro hasta hundir el mentón en el hueco del hombro femenino. Trinidad respiraba ligero, haciendo que el escote de su vestido se abriera y se cerrara, hechizándolo con su acompasado movimiento. Evocó la forma redondeada de sus pechos debajo de la delgada tela del camisón y sintió el primer ramalazo de deseo. Se apoyó detrás de ella y esas mismas manos que hasta ahora la tenían prisionera por la cintura, se fueron deslizando hacia arriba hasta alcanzar esa parte de su anatomía que deseaba conocer.

—No —le suplicó—. Por favor…

—Por favor, ¿qué? —preguntó Ramiro en un susurro.

La luz de la tarde que comenzaba a caer, y que se colaba por la ventana, se posaba en el cuello de Trinidad, haciéndolo brillar. El contraste con las sombras no le permitía ver del todo su rostro, pero cuando sus mejillas entraron en contacto, sintió el ardor en su piel. No tuvo que obligarla a nada. Ella volteó la cabeza y lo miró. Con miedo… con pasión. Ramiro se acercó hasta que respiraron del mismo aire. La primera vez que sus labios entraron en contacto, Trinidad se resistió. Con el poco de vestigio de cordura que le restaba, trató de apartarlo. Él no se rindió y ante una nueva embestida, la esposa de Álvaro Balbuena terminó cediendo: a los avances del joven y a sus propios deseos.

Mientras respondía a su beso, las manos de Trinidad continuaban apretadas alrededor de la barra lateral de la escalera. Tenía la sensación de que, si se soltaba, las piernas no le iban a responder. No cuando el novio secreto de su hija invadía su boca de esa manera tan audaz que le cortaba el aliento. ¡Y sus manos! Se movían por toda su anatomía, deteniéndose largo rato en el escote

de su vestido. Estaban cometiendo una locura, adentrándose en un camino sin retorno. Sin embargo, en ese momento, mientras el deseo les nublaba la razón, fueron incapaces de separarse. Fue el atrevido movimiento de Ramiro, hurgando debajo del vestido de Trinidad, lo que evitó el desastre. Porque lo que estaban haciendo no tenía otro apelativo. Ella lo apartó. Se miraron un instante, jadeando, abrumados por el fuego que los devoraba por dentro.

—Basta, por favor. Esto no puede ser —musitó Trinidad, llevándose la mano a la garganta. Su corazón latía desaforado… y esas intensas palpitaciones se replicaban en sus partes más íntimas.

Ramiro apoyó su frente en la de ella.

—Sé que anoche era usted la que estaba escondida detrás de la ventana. —Le parecía raro tratarla con semejante formalidad después de haberse besado con tanta pasión.

Trinidad meneó la cabeza. Se negaba a reconocerlo.

—No está mal espiar —le dijo—. Es más, apenas unos minutos antes de encontrarme con Eugenia, yo la estuve espiando a usted.

Ella abrió la boca en un gesto de sorpresa y Ramiro tuvo que reprimir el impulso de volver a saborear sus labios.

—Ese camisón banco le sienta de mil maravillas. —Se alejó solo para deleitarse con sus generosas curvas.

La mujer guardó silencio. No sabía si estaba más avergonzada por haberse dejado llevar por sus instintos o por el hecho de que Ramiro Flores la hubiese estado observando la noche anterior cuando salió al patio a refrescarse.

—No se preocupe, Trinidad. Nunca nadie lo sabrá. Se lo prometo.

Los cascos de unos caballos acercándose al almacén impidieron que Ramiro le robara un último beso antes de irse. Trinidad sintió que el suelo se abría a sus pies, cuando vio la volanta de su esposo detenerse frente a la puerta. Olvidándose de la muselina para doña Adela, se bajó de la escalera y buscó entre los carreteles de hilo, el que la modista del pueblo necesitaba.

Ramiro, al darse cuenta de que no había sido un cliente el que los había interrumpido, sino el mismísimo Álvaro Balbuena, con un rápido movimiento rodeó el mostrador hasta colocarse del otro lado.

—Buenas tardes —saludó el esposo de Trinidad no bien puso un pie en el interior del almacén.

Ella lo saludó con un ligero movimiento de cabeza. Ramiro, en una más de sus osadías, se acercó y extendió el brazo para estrecharle la mano.

—Don Álvaro, ¿cómo está?

El hombre lo saludó con un fuerte apretón y sonrió.

—Muy bien, muchacho. ¿Y tu madre?

—Trabajando mucho, como de costumbre. Precisamente vine por uno de sus encargos. —Miró de soslayo a Trinidad—. Su esposa ha tenido dificultades para alcanzarme la tela que mi madre mandó a comprar, casi se cae de la escalera.

Álvaro Balbuena frunció el ceño.

—Hay tareas que le van mejor a un hombre —comentó en un tono irónico.

Trinidad no respondió. Se limitó a sonreír para aplacar sus nervios. ¿Cómo había tenido el valor de mencionar lo de la escalera? ¡Después de lo que habían hecho! Sin dudas, Ramiro Flores parecía disfrutar de la situación.

—Me dio un mareo, *querido* —replicó, usando la misma ironía.

—No se preocupe, don Álvaro —terció el soldado, parado en medio de los dos.

—Usted vino a comprar y es justo que se lleve lo que precisa. —Pasó al otro lado del mostrador y se encaramó a la escalera—. ¿Qué tela necesita su madre?

—Dos metros de muselina celeste —respondió Ramiro, sin apartar la mirada de la mujer de Balbuena. Le dedicó una de sus sonrisas seductoras y le guiñó el ojo.

Don Álvaro bajó el rollo de tela y lo dejó encima del mostrador para que

Trinidad se ocupase de cortarla.

—Dígame, ¿le quedan más días de licencia o vuelve pronto a la milicia?

Ramiro se alisó la solapa de su chaqueta militar antes de responder.

—Mañana salgo para Córdoba para reunirme con parte de mi cuadrilla. Debemos estar en Entre Ríos el 1° de febrero. El general espera una visita muy importante en el Palacio. —No podía entrar en más detalles. El mismísimo Urquiza les prohibió hablar sobre un asunto al que le había conferido la categoría de "secreto de Estado".

Álvaro Balbuena se quedó observando al joven. Carecía de apellido ilustre y de fortuna, sin embargo, tenía a su favor el hecho de que pertenecía a la Guardia Nacional y que provenía de una familia de importantes militares que habían servido a la patria. Su bisabuelo, con apenas un par de años más que él, había peleado en la Batalla de San Nicolás durante las guerras de Independencia, convirtiéndose en el héroe del pueblo. Si no sintiera predilección por Pablo Medrano para que pretendiese a su hija mayor, le habría gustado como yerno. Pensó en Consuelo, pero de inmediato descartó la idea. ¿Quién, en su sano juicio, se casaría con una muchacha como ella? Lo más probable era que la desdichada acabara vistiendo santos o recluida en algún convento.

Trinidad seguía con lo suyo, sin inmiscuirse en la conversación, pero escuchando atentamente lo que Ramiro decía. Dejaba el pueblo al día siguiente. No sabría de él en mucho tiempo. Era mejor así. Con el muchacho bien lejos, se olvidaría de lo que había ocurrido. Esperaba que él hiciera lo mismo.

Lo que tendría que haberla tranquilizado, le provocaba cierto sinsabor. Envolvió la muselina y los carreteles de hilo con papel y se lo entregó. Al hacerlo, Ramiro le rozó la punta de los dedos. Apartó la mano, temerosa de que su esposo lo hubiese visto, pero Álvaro estaba preparándole la cuenta.

Ramiro pagó por su compra y no tuvo más remedio que retirarse. Antes de

hacerlo, y gracias a una distracción de Balbuena, le dedicó una última mirada a Trinidad. Y en esos penetrantes ojos azules ella vislumbró una promesa… La promesa de que, en el próximo encuentro, llegarían hasta las últimas consecuencias.

UN RAYO DE ESPERANZA

Era viernes por la tarde y el verano ya empezaba a despedirse. La humedad reinante de los últimos días había enardecido el humor de los porteños; sin embargo, el clima bochornoso de marzo no impidió que se acercasen hasta la Catedral para celebrar las exequias de uno de los habitantes más ilustres de la ciudad. Don Martín Gregorio de Álzaga, incapaz de soportar la pérdida de su segundo hijo, recién nacido, se había ido hundiendo en una profunda tristeza que poco a poco fue apagando sus ganas de vivir.

De pie y muy cerca del féretro, Felicitas, la joven viuda, ocultaba su dolor detrás de un velo oscuro. Hacía dos semanas que vestía de riguroso luto debido a la muerte de su hijo, quien solo había logrado sobrevivir algunas horas tras abandonar la calidez del vientre materno. Era demasiado dolor para soportar. Felicitas apenas había logrado superar la terrible tragedia de perder al pequeño Félix, por culpa de la fiebre, en el mes de octubre, cuando la vida volvía a quitarle lo que más amaba. Ahora estaba sola, sin hijos y sin un marido que la protegiese. Se había casado con Álzaga en contra de su voluntad, pero con el tiempo había aprendido a quererlo y, sobre todo, a respetarlo. ¿Cómo se hacía para seguir viviendo después de tanta tristeza?

Alguien le rozó el hombro y al levantar la vista, se topó con el rostro compungido de Victoria Izaguirre. A su lado, se encontraba Almudena. A pesar de las aciagas circunstancias que había vivido durante los últimos tiempos, no habría podido salir adelante sin el cariño y el apoyo de sus amigas. Aunque no tuviese cabeza para pensar en ello todavía, sabía que era menester aprender a

valerse por sí misma. Tenía veinticuatro años recién cumplidos y no iba a permitir que nadie le dijese cómo vivir su vida de ahora en adelante.

La carroza fúnebre estaba presta para trasladar los restos del difunto hasta el Cementerio de la Recoleta. Felicitas miró por encima de su hombro, buscando a sus amigas. Deseaba que fuesen en la misma volanta que ella, pero cuando su padre sugirió que era mejor que ambas muchachas acompañasen a su hijo Carlitos, no dijo nada. Se despidió de las hermanas Izaguirre anunciándoles que, tras el entierro de su esposo, se iría a pasar una temporada a la quinta de La Noria. Tanto Victoria como Almudena prometieron ir a visitarla pronto.

Dejaron que la multitud se dispersara para abandonar la Catedral. Estaba bajando las escalinatas cuando Felicitas escuchó que alguien la llamaba por su nombre. Sin necesidad de voltearse, supo de quién se trataba.

—Mi más sentido pésame, Felicitas —dijo Enrique Ocampo, abriéndose paso entre la gente hasta entrar en su rango de visión.

—Gracias, señor Ocampo —respondió ella. No lo miró, prefirió escudarse detrás del velo negro que le cubría el rostro.

Enrique buscó su mano y la sostuvo entre las suyas durante unos cuantos segundos antes de besarla. Felicitas no la retiró, lo que significó un gran triunfo para el joven y osado pretendiente. Cuando vio por el rabillo del ojo que su padre regresaba, soltó su mano y se perdió entre la multitud que poco a poco iba dejando la Catedral.

A pocos metros de allí, junto a la Pirámide de Mayo, Almudena y su hermana Victoria observaban el cortejo fúnebre. Antes de que se pusieran a buscarlo, Carlitos Guerrero se acercó y se ofreció a llevarlas en su carruaje. Ayudó a subirse a la mayor de las Izaguirre, y cuando llegó el turno de Almudena, la sujetó con suavidad de la mano al tiempo que le dedicaba una sonrisa. Ella se sintió algo incómoda. No era la primera vez que el joven se mostraba demasiado simpático.

—Si no es molestia, me gustaría llevarlas hasta Barracas después de enterrar a mi cuñado —dijo, antes de cerrar la portezuela. Se acomodó frente a ellas, pero solo tenía ojos para Almudena—. Quisiera aprovechar para saludar a mi amigo Gabriel.

—Por supuesto —respondió Victoria, echándose el velo sobre los hombros —. Precisamente mi hermano estaba preguntando por vos el otro día, ¿no es verdad, Almudena?

La muchacha asintió. No comprendía por qué razón Victoria la involucraba en la conversación cuando sabía muy bien que le molestaba la manera en la que el hermano de Felicitas buscaba cualquier excusa para acercarse a ella. Evidentemente, el hecho de que no hubiese encontrado pretendiente a su edad, era la mayor preocupación de su familia. Nadie la entendía. En realidad, había una sola persona que no la hostigaba con la idea de que ya era hora de formar una familia. Coral era la única que sabía de sus sentimientos y de la esperanza que albergaba aún en su corazón de que algún día Pablo regresara. De sus labios brotó un resuello. Cada vez que lo traía a su memoria, terminaba suspirando. Percibió que Carlitos seguía observándola. ¿Acaso pensaba que era el causante de ese suspiro? Se echó un poco de aire con el abanico y corrió las cortinas para evitar toparse de nuevo con sus ojos oscuros que no hacían más que incomodarla.

En el Cementerio de la Recoleta, ni Almudena ni Victoria lograron acercarse a Felicitas porque, rápidamente, la gente comenzó a amontonarse alrededor de la joven viuda para darle el pésame. Aunque Almudena intentó evadir la compañía de su hermano, Carlos no las había perdido de vista en ningún momento y, como ya habían acordado con él, permitieron que las llevase de regreso a la casa.

A Almudena el trayecto hasta el barrio de Barracas le pareció más largo de lo habitual. Victoria sostenía una conversación con el muchacho, quien alardeaba de que ahora que don Álzaga no estaba, él se encargaría de

administrar sus estancias. Ella intervenía poco y nada; solo respondía cuando Victoria la miraba con disimulo o le daba un suave codazo para indicarle que estaba siendo descortés, según sus propias palabras, "con el pobre de Carlitos". Sonrió cuando el carruaje dobló la esquina y divisó la mansión de los Izaguirre al final de la Calle Larga. *Terminó el suplicio*, pensó. Aunque Carlos se valiera de la amistad que tenía con su hermano para poder pasar más tiempo cerca de ella, el tiro le iba a salir por la culata. Apenas pusiera un pie en el umbral de su casa, inventaría cualquier excusa y se encerraría en su habitación hasta que se marchase. Salió tan rápido que no le dio la oportunidad al muchacho de que le tendiera la mano para ayudarla a bajar. Dejó que Victoria tuviese ese honor. Subió presurosa las escaleras, agarrándose el ruedo del vestido para evitar una caída aparatosa, y al ingresar al salón, le pidió a Eudocia que le llevase un té de menta a la habitación porque se encontraba agotada.

Victoria se quitó el sombrero y dejó los guantes encima de una mesita de arrime. No sabía con qué cara mirar al pobre de Carlitos después del evidente desplante que le había hecho Almudena. Por suerte, la oportuna aparición de su hermano la salvó de tener que sacar, una vez más, la cara por ella.

—¡Carlos, qué sorpresa! —Gabriel le palmeó la espalda. Pasó del asombro a la congoja en un abrir y cerrar de ojos—. Lamento mucho lo de Álzaga. Me habría gustado acompañarte, pero no quería dejar sola a Coral.

—No te preocupés —respondió oteando en dirección a las escaleras, quizá esperando ver de nuevo a Almudena antes de marcharse—. ¿Cómo está tu esposa?

—Mejor, aunque suele ponerse demasiado sensible los últimos meses del embarazo, por eso le pedí que no concurriese a la Catedral. Juan Antonio le recomendó reposo, pero ya la conocés.

—Iré a prepararles una limonada —Victoria miró a Carlos—. ¿Te quedás a cenar con nosotros?

—Me encantaría, pero prefiero regresar al lado de mi hermana cuanto antes.

Victoria asintió y enfiló hacia la cocina.

Se hizo un prolongado silencio en el pasillo cuando los amigos se quedaron a solas. Gabriel invitó a Carlos a pasar al despacho y esperase allí la limonada que le acababa de ofrecer su hermana. Lo notó algo inquieto e intuyó que no tenía que ver con la muerte de Álzaga. Estaba por preguntarle qué ocurría cuando él se le adelantó.

—Tu hermana no me hace ningún caso. —Apoyó las manos en la butaca y puso cara de fastidio—. Cada intento de acercamiento cae en saco roto.

Debía haberse imaginado que la cara de desconcierto tenía una única culpable.

—Almudena es una jovencita demasiado especial. Desde que ayuda dando clases en la Casa de Niños Expósitos, apenas tiene tiempo para la vida social. Su falta de interés en fiestas y tertulias empeoró tras la muerte de nuestro padre.

—Lo sé, Gabriel. Y por eso he sabido esperar el momento oportuno para demostrarle cuánto me gusta. La he invitado a salir y me rechaza, le digo cosas bonitas que halagarían a la jovencita más exigente y solo me responde con una sonrisa. ¿Es posible que haya otro en el medio?

Gabriel no supo qué contestar. Cuando Almudena no estaba en casa, se encontraba en el orfanato o tomando el té con sus amigas. Era casi imposible que pudiese conocer a alguien en un círculo tan estrecho.

—Ignoro la respuesta a esa pregunta, mi amigo. —Abrió la caja de puros y le ofreció uno. Carlitos lo rechazó—. Tal vez deberías esmerarte un poco o aguardar el momento indicado. El cumpleaños de Almudena es en menos de dos meses. Hemos decidido festejarlo en el Club de Progreso, con una gran fiesta. La pequeña de los Izaguirre cumple veintiún años y no podemos pasar por alto una fecha tan especial; además, sé que mi padre, desde donde esté, aprobaría nuestra decisión.

La noticia provocó un cambio en el semblante del joven Guerrero. Él sabía que se acercaba el cumpleaños de Almudena y, tras las palabras de ánimo de su amigo, estaba seguro que si se lo proponía conseguiría acercarse por fin a ella.

Victoria apareció con la limonada recién hecha, y tras refrescarse el gaznate, se pusieron a hablar de sus respectivos negocios. Gabriel, de la nueva sucursal que Hilados Izaguirre abriría en Barcelona; Carlitos, de los campos que heredaría su hermana ahora que Álzaga había muerto.

*

Diego exhaló con fuerza y el humo del cigarro formó una espesa nube a su alrededor. Lo espantó con la mano y se deleitó con la mujer que yacía en el catre. Tenía el cuerpo cubierto apenas con una sábana y el cabello alborotado encima de la almohada. Dormía plácidamente después de haber estado entre sus brazos. No podía negar que la gitana era hermosa y sabía cómo complacer a un hombre; sin embargo, se estaba tomando demasiadas atribuciones y eso empezaba a molestarlo. Aitana deseaba convertirse en su mujer y administrar el circo a su lado, como lo había hecho con su tío… pero él no planeaba malgastar su vida poniéndose al frente de un circo que se estaba cayendo a pedazos. Tras la muerte de Marchena, habían permanecido en las afueras de Madrid, esperando a que él, como único heredero del propietario, tomase las riendas del negocio. Los integrantes de la *troupe* se mostraban impacientes ante su falta de interés en la empresa familiar, pero como la mayoría de ellos no tenía adónde ir, preferían quedarse y esperar qué les deparaba el destino.

La verdad era que Diego no veía la hora de largarse del campamento y embarcarse rumbo a las Américas. Le importaba muy poco lo que ocurriese con el circo después de su partida. Podían hacer con él lo que quisieran. Eso sí, jamás verían un céntimo del dinero que había ganado su tío durante todos

esos años. Su fortuna le pertenecía solamente a él y a nadie más. Ni siquiera pensaba compartirla con Aitana Heredia.

Como si adivinase que acababa de mentarla en sus pensamientos, la gitana levantó la cabeza y lo miró.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

Diego le dio una calada al cigarro y chasqueó la lengua.

—No valía la pena despertarte. Está lloviendo y pensé que podríamos quedarnos aquí hasta mañana.

Aitana estiró los brazos fuera de las sábanas y se acomodó de costado para poder contemplarlo de frente. Las llamas del brasero que calentaban el carromato dibujaban sombras en su rostro. Aunque le sonreía, percibió otra vez ese brillo en sus ojos que le provocaba escalofríos. Lo siguió con la mirada mientras Diego se ponía de pie, arrojaba el cigarro en el brasero y se aproximaba a la cama. Se había puesto los pantalones, aunque no llevaba camisa. Se sentó junto a ella y le acarició los muslos por encima de la sábana.

—Eres tan bella, Aitana. —Fue deslizando la mano hasta alcanzar su entrepierna—. Entiendo que mi tío se haya vuelto loco por ti.

La gitana, sabiéndose poderosa ante cualquier hombre que posara sus ojos en ella, sonrió toda seductora. Diego no era inmune a sus encantos y no le había costado mucho meterse en su cama.

—Contigo soy feliz —se atrevió a confesarle—. Tu tío me colmaba de regalos y satisfacía cada uno de mis caprichos. Pero aquí —dio unos golpecitos en el colchón con el dedo índice—, no tenía nada que hacer.

Diego decidió pasar por alto su desafortunado comentario porque conocía de sobra los motivos por los cuales la gitana había permanecido al lado de su tío los últimos años. Se creía con el derecho de disfrutar de su dinero cuando él era el único heredero. Aunque hubiesen estado distanciados por culpa de la vida nómade del circo, siempre lo recordaba con mucho cariño. Cándido Marchena había velado por él, incluso antes de quedarse huérfano. Le debía

todo lo que era y esa poderosa razón lo impulsaba ahora a querer cumplir con su última voluntad.

—¿Qué es lo que pretendes, Aitana? —Profundizó el roce en la entrepierna femenina, provocando que ella se mordiera los labios—. Fuiste la mujer de mi tío, pero ambos sabemos por qué. Ni siquiera derramaste una lágrima cuando lo sepultamos.

—Nunca lo quise, Diego y eso también lo sabes. —Deslizó un dedo por su brazo desnudo—. Mi única ambición es dejar este maldito circo de una buena vez. Si es al lado de un hombre apuesto y con dinero como tú, mucho mejor.

Demasiado ambiciosa para mi gusto, pensó Diego mientras la sujetaba de la muñeca. Se inclinó hacia delante y le besó la palma de la mano. ¿Qué haría con ella? No podía llevarla y estaba seguro de que si la abandonaba allí era capaz de cualquier cosa. Incluso de ir a ver a la tía abuela de Pablo Medrano para ponerla al tanto de sus planes. De refilón, observó la valija que había escondido detrás del baúl de su tío. Allí guardaba todo su dinero y el billete de barco que lo trasladaría al otro lado del océano para llevar a cabo su venganza. No había lugar para la gitana, ni en ese transatlántico ni en su vida.

—¿Qué ocurre, Diego?

Cuando él no contestó, Aitana comprendió.

—No vas a llevarme contigo, ¿verdad? —Con un movimiento brusco apartó el brazo—. ¡Vas a dejarme aquí tirada! ¡No puedes hacerlo!

—Aitana…

La gitana, completamente desnuda, saltó fuera de la cama y le dio la espalda. Él tomó una manta, se la colocó por encima del hombro para cubrirla y se paró detrás de ella.

—No te enojes —le pidió, acariciándole los hombros. Conocía mejor que nadie su fuerte temperamento y no estaba dispuesto a soportar otra de sus rabietas. Debía entender. Si no lo hacía por las buenas, tendría que hacerlo por las malas.

Aitana se giró y lo atravesó con sus intensos ojos oscuros.

—¡No vas a dejarme aquí, Diego! ¡Me subiré a ese barco contigo o…!

—¿O qué? —Ya no la estaba acariciando, ahora la sujetaba con fuerza y empezaba a zarandearla.

—¡No juegues conmigo, Diego! ¡Te puede costar demasiado caro! —le advirtió.

Diego sabía que la gitana no amenazaba en balde y que era capaz de volver a La Hiruela para contarle la verdad a Luisa Aquino apenas él abandonase territorio español. Debía impedir que cometiera un error tan grande. Y debía impedirlo como fuera.

—¡No vas a hacer nada, Aitana! ¡No te dejaré! —Con un rápido movimiento, Diego se quitó el cinturón de los pantalones y lo enroscó alrededor de su cuello. Las fuertes manos masculinas, esas mismas que la gitana adoraba sentir en su piel, tironearon hasta arrebatarle el aire. La manta se deslizó por su cuerpo desnudo mientras él apretaba con ímpetu. De la garganta de la gitana brotó un sonido gutural, y con sus largas uñas, en un último intento de defenderse, le arañó el pecho, abriendo un surco por donde la sangre empezó a brotar. Diego ni siquiera sintió el escozor en la piel, solo era consciente del delgado cuello de Aitana estremeciéndose mientras su cuerpo iba perdiendo fuerzas. Solo dejó de apretar cuando ella cerró los ojos. Entonces la soltó y Aitana se desvaneció, cayendo estrepitosamente sobre el piso de madera del carromato. Diego permaneció de pie, a su lado, observándola durante un largo rato antes de reaccionar. En un acto irracional de piedad cubrió su cuerpo desnudo con la manta. En ese preciso instante, un relámpago iluminó el lugar, enceguecióndolo. Debía salir de allí antes de que alguien descubriera lo que acababa de hacer. Se vistió tan rápido como pudo, metió sus pocas pertenencias dentro de una valija y tomó la más pequeña en donde su tío había guardado todo su dinero. Se dirigió a la salida y antes de abrir la puerta, miró por encima de su hombro.

Aitana, empujada por la ambición, se había atrevido a desafiarlo y terminó pagando con su vida. No sentía ni culpa ni remordimiento, más bien una extraña excitación que lo recorría de pies a cabeza.

Respiró hondo y se cercioró de que no hubiese nadie merodeando por los alrededores del carromato. En medio de una lluvia torrencial, Diego Guzmán abandonó el campamento gitano para subirse a un barco que lo llevase al otro lado del océano.

*

Almudena se detuvo en medio del pasillo cuando vio la puerta de la habitación de Coral entreabierta. Se acercó y al espiar hacia el interior descubrió que estaba sentada frente a su secreter. Apenas Coral la vio a través del espejo, escondió rápidamente la carta que estaba leyendo debajo de un libro. Almudena se dio cuenta y, sospechando de qué se trataba, entró sin pedir permiso.

—¿No deberías estar acostada?

Coral se inclinó hacia atrás y se acarició el vientre por encima del camisón.

—Tu hermano exagera y lo sabes, Almudena —se justificó—. Juan Antonio aconsejó que no hiciera esfuerzos, no dijo que debía confinarme a esa cama las veinticuatro horas del día.

Almudena guardó silencio. Comprendía muy bien cómo se sentía. Gabriel la protegía demasiado, al igual que había hecho con ella cuando cayó enferma por culpa del cólera.

—No le diré nada a mi hermano si a cambio me mostrás qué fue lo que escondiste apenas me viste entrar.

Coral no tenía escapatoria. Cada vez que Gabriel se encontraba en la hiladora o estaba ocupado con visitas como en ese momento, aprovechaba para abandonar la cama y caminar por la planta alta de la casa sin tener que

preocuparse. Sabía que Almudena era capaz de contárselo y perdería esa escasa libertad que disfrutaba cuando su adorado esposo no estaba encima de ella para que cumpliese a rajatabla las indicaciones del doctor Argerich.

—Está bien, tú ganas. —Sacó la hoja que había ocultado debajo del libro y la colocó nuevamente en su sitio, junto al tintero—. Quería que fuese una sorpresa, pero evidentemente, y por culpa de la curiosidad de cierta señorita, no podrá ser.

A Almudena le saltó el corazón cuando alcanzó a ver el nombre de Pablo en el extremo inferior izquierdo del papel.

—¡Es una carta de Pablo! —Se abalanzó sobre el secreter y se la arrebató antes de que volviera a esconderla. Comenzó a leerla entusiasmada. A medida que iba conociendo el contenido de la carta, la sonrisa se fue borrando de su rostro. Cuando terminó, la dejó sobre su regazo. Tenía deseos de llorar, pero no lo hizo.

—Todavía te quiere, le duele que te hayas quedado con mi hermano —fue lo único que dijo, agachando la cabeza.

—Almudena, la distancia y el tiempo le han dado a Pablo la resignación necesaria para aceptar nuestros destinos. Él sabe que soy feliz con Gabriel y es lo que importa. Se ha acordado de ti, te menciona en sus líneas —agregó a modo de consuelo.

Ella asintió y le devolvió la carta. Coral la guardó a su sitio para evitar que Gabriel la encontrase. Prefería ahorrarse el disgusto y que se enterara más adelante. Tomó papel, pluma y se dispuso a escribir.

—¿Vas a contestarle ahora?

—¡Por supuesto! Quiero invitar a Pablo a tu cumpleaños. —Vio un brillo de esperanza en los ojos de Almudena—. No sé si podrá venir, por eso planeaba enviársela mañana mismo para que la reciba a tiempo y decida qué hacer.

—¡Deseo tanto que venga a Buenos Aires! —exclamó Almudena entre suspiros ahogados por la emoción.

—¡Yo también! —concordó Coral.

Hacía tres años que no lo veían. La primera noticia que habían tenido de él fue unos meses después de su intempestivo regreso a Córdoba, a través de un escueto telegrama, en el cual les enviaba su dirección y les avisaba que estaba bien. A pesar de su falta de respuesta, Coral insistía en escribirle. Ella, en cambio, nunca se había animado a hacerlo. ¿Para qué, si Pablo ni siquiera le contestaba a Coral? Y ahora, que por fin habían recibido noticias suyas, era evidente que todavía suspiraba de amor por su cuñada. ¿Qué caso tenía ponerse en contacto con él?

—No quiero que piense que fue idea mía —comentó de repente Almudena, ilusionándose con la posibilidad de que Pablo estuviese presente en su fiesta de cumpleaños.

Coral arrugó el ceño.

—¿Y eso por qué?

Almudena se encogió de hombros. Ni ella misma lo sabía. Quizá temía que si Pablo se enteraba de que había sido ocurrencia de ella, decidiera no venir.

—Que piense mejor que es una sorpresa que querés darme. Es posible que así se anime a aparecer de una vez por todas.

Coral sonrió.

—Creo que si eso no lo convence, añadiré que me parece un gran agravio de su parte que todavía no conozca a mi hijo —hizo una pausa y oteó hacia la puerta para asegurarse de que Gabriel no anduviese cerca—. Tu hermano aún no lo sabe, pero quiero pedirle a Pablo que sea el padrino del niño que viene en camino.

Almudena aplaudió la noticia. Eran demasiadas razones como para que Pablo no aceptase su invitación. Estaba segura de que vendría y saberlo la inquietaba sobremanera. Había vivido esos tres años alimentando su recuerdo, soñando con reencontrarse con él ¿Cómo sería tenerlo cara a cara después de imaginárselo tantas veces? Mejor no pensarlo.

Coral le preguntó por Felicitas y le contó lo justo y necesario. No tenía caso trasmitirle la angustia de la joven viuda en su estado.

—Me hubiese gustado acompañarla —se lamentó—. ¡Ha padecido tanto, la pobre!

Almudena asintió. Sabía que todavía estaba impresionada por la muerte del primogénito de los Álzaga porque había ocurrido cuando su hijo Leandro tenía poco más de un año. A esa terrible tragedia se sumó el fallecimiento de la abuela de Felicitas en el mes de noviembre. Luego, como si el destino se hubiese ensañado con esa muchacha que era considerada la más hermosa de la República, la parca se había llevado a su esposo y a su segundo hijo, en un intervalo de apenas dos semanas. Cuando percibió que hablar del asunto entristecía a Coral, le ayudó a escribir la carta y se marchó a su habitación para dejarla descansar. Rogaba que su hermano no hubiese tenido la brillante idea de invitar a cenar a Carlitos. Se deshizo de los zapatos y se acostó. Ni bien apoyó la cabeza en la almohada, se le apareció la imagen de Pablo, de esa última vez que se habían visto en el patio de su casa y él le pidió que le entregase a Coral su medallón. Respiró hondo. ¡Lo echaba tanto de menos! Debía hacer algo para acortar esa distancia que los separaba. Resuelta, abandonó la cama y se sentó frente al secreter. Tomó papel y pluma y comenzó a escribir…

VERDADES OCULTAS

Estancia San José, Concepción del Uruguay, Entre Ríos

El soldado raso silbó tres veces y esperó. Su sombra se recortaba contra uno de los tantos árboles que el general había mandado a traer de Australia y que adornaban el patio principal de esa magnífica construcción de estilo poscolonial al que todos llamaban *palacio* y que estaba emplazada en medio del monte entrerriano. Su agilidad le permitía colarse en ciertas dependencias de la estancia sin llamar demasiado la atención. Sus ojos claros se desviaron hacia el zaguán. Las habitaciones destinadas a las hijas mujeres de Urquiza se encontraban en el ala norte de la propiedad. A pesar de su carácter atrevido, no había tenido el valor de traspasar la galería para visitar a su conquista de turno en sus aposentos. Y no lo había hecho por la simple razón de que no se trataba de algunas de las criadas. Esa vez había apuntado mucho más alto. Dolores de Urquiza Costa, quien había nacido un día antes de que se sancionara la Constitución Nacional, era la hija número trece del general y la primera con su legítima esposa, que llevaba su mismo nombre y lo había embrujado a don Justo José durante una tertulia con su gracia al bailar.

Dolorcita, que era una de las hijas predilectas de Urquiza, no se destacaba precisamente por su belleza. Tenía el rostro redondeado con mejillas pronunciadas y una frente tan ancha que hacían que sus ojos negros se viesen siempre hundidos. Sin embargo, a sus diecisiete años, era dueña de una figura

envidiable entre sus pares y sumamente tentadora ante las miradas masculinas.

La hora de la siesta, cuando había menos movimiento en el palacio, era el momento elegido para sus encuentros clandestinos. Él silbaba tres veces y Dolorcita respondía a su señal, abriendo el postigo de su habitación. Si ella no lo hacía, regresaba a las barracas. El sitio elegido para verse a escondidas era bajo la sombra de la alameda que conducía al lago artificial.

Los escarceos amorosos que sostenía con la hija de quien fuera el primer presidente de la Confederación Argentina, le traían recuerdos de aquellos vividos en su pueblo, cuando saltaba el paredón de los Balbuena para reunirse con Eugenia. Aunque pensaba en ella todavía, era otra mujer la que rondaba en su cabeza a diario y le robaba el sueño por las noches. Una sonrisa se dibujó en su rostro al evocar a doña Trinidad. Ignoraba cuándo volvería a verla, pero mientras tanto soñaba con ella y seducía a la coqueta de Dolorcita de Urquiza.

Comprobó complacido que la ventana de su habitación se abría, y sin perder tiempo partió raudo hacia el sitio del encuentro.

Dolores lo estaba esperando en el mismo sitio de siempre. Arrancó una flor por el camino y al acercarse le rozó la mejilla con sus pétalos. Ella se volteó, fingiendo sorpresa y le sonrió.

—Pensé que no vendría. —A pesar de que durante sus encuentros clandestinos habían compartido más que unos castos besos, seguían tratándose de usted.

Ramiro se puso a su lado, y de inmediato sus ojos se posaron en el pronunciado escote del vestido. Si no hubiesen estado a plena luz del día, la habría arrinconado contra uno de los tantos árboles frutales que rodeaban el lago para deleitarse con la forma y la suavidad de esos pechos que lo volvían loco.

—¿Por qué no iba a venir, Dolorcita? Usted mejor que nadie sabe que las horas se me hacen eternas cuando no la veo. —Se inclinó hacia ella y aspiró su perfume—. Dirá que soy un atrevido, pero me muero de ganas de besarla.

—Es peligroso, y lo sabe —repuso ella, echándose aire con el abanico para aplacar ese calor intenso que le recorría el cuerpo cada vez que el soldado Flores se le acercaba.

—Tiene razón, Dolorcita. Dejemos los besos y las caricias para más tarde. —Le tomó las manos y le clavó la mirada—. ¿Puedo ir a visitarla esta noche?

—No lo sé, Ramiro —respondió, jugando a la damisela recatada—. Con mi hermana Justa le prometimos al tata que tocaríamos el piano antes de la cena. Además, recuerde que estamos en Semana Santa y nuestra madre nos obliga cada tarde a que recemos con ella en la capilla.

—¿Y después? —insistió, confiado de que estaba a punto de convencerla—. Puedo hacer tiempo en la pulpería y cuando ya no la escuche al piano, me escabulliré por el patio del parral y, si deja la ventana abierta, treparé hasta su habitación.

Dolores batió las pestañas y miró al suelo. Sabía que bastaba un sí de su parte para que esa noche él cumpliera cada uno de sus deseos. Sin embargo, siendo hija de quien era, debía hacerse de rogar un poco más.

—No le prometo nada, Ramiro. —Como quien no quiere la cosa, deslizó los dedos muy despacio por el escote del vestido. Alzó la vista y le dedicó una sonrisa—. Si quiere venir, puede hacerlo.

Su fingida reticencia y ese gesto de tocarse cuando le hablaba, le dieron la pauta de que ella sí iba a esperarlo esa noche con la ventana abierta. Oteó por encima de su hombro para asegurarse de que nadie los viera y le robó un beso, que, aunque fue breve y ligero, dejó a Dolores Urquiza sin aliento. Ramiro se alejó rumbo a la pulpería mientras ella se quedaba un rato más junto a la orilla del lago hasta que se le pasara el sofoco.

Después de dos vasos de aguardiente y el ánimo achispado por causa de una discusión con uno de sus camaradas que lo había acusado de hacer trampa durante una partida de truco, Ramiro logró desentenderse de la situación antes de que pasara a mayores. Le pidió al pulpero que le anotase los tragos en su

cuenta y salió todo entusiasmado hacia el encuentro de su adorada Dolorcita. Sabía que el general estaba reunido con el ministro Baltoré en la secretaría y alguien de la servidumbre había dicho que doña Dolores y sus hijas acababan de salir de la capilla. Se cruzó con el jardinero y aprovechó para pedirle un cigarro. Era una noche calurosa y la tierra aún estaba mojada tras cinco días de intensas lluvias. Sonrió al escuchar la música que provenía del salón. Se imaginó a Dolorcita sentada al piano junto a su hermana mientras pensaba en él. Los hijos más pequeños del general correteaban por toda la casa y los criados se movían de acá para allá, ultimando los preparativos de la cena.

De repente, el silencio que reinaba en esa cálida noche del mes de abril se vio perturbado por el tropel de unos caballos que irrumpieron en el palacio. Ramiro arrojó el cigarro encendido y alcanzó a esconderse en un rincón. Un grupo compuesto de varios jinetes atravesó el patio al grito de "¡Abajo el tirano! ¡Viva el general López Jordán!" antes de empezar a disparar.

Ramiro se tapó los oídos. Estaba temblando. Se asustó cuando un hombre vestido de gaucho, que había venido a ver al general por la venta de unas vacas, pasó corriendo a su lado, huyendo de los disturbios. Se echó hacia atrás para evitar que lo descubriera. Algunos de sus compañeros estaban intentando repeler el ataque, pero los facinerosos les doblaban en número. Distinguió al capitán de la Guardia del Palacio y a su hermano y sintió vergüenza de sí mismo. Él debía estar allí, luchando a brazo partido junto a ellos y no escondido como lo que era: el más patético de los cobardes. Más por tozudez que por valentía, se sentó de cuclillas y miró a su alrededor. Entonces lo vio. El general Urquiza, vestido de blanco, corría a través del patio en medio de una lluvia de balas y entraba en su habitación. Los atacantes también lo habían visto y se precipitaron sobre él como una bandada de buitres alrededor de su presa. Doña Dolores, empuñando dos cuchillos, pasó entre medio de la turba. Detrás de ella estaba Dolorcita, sosteniendo entre sus temblorosas manos una de las espadas de su padre. La imagen de esas dos mujeres defendiendo lo

suyo lo hizo sentirse aún peor. Cuando las vio correr hacia la habitación del general, salió de su improvisado escondite y se acercó a la galería, escudándose en las sombras de la noche.

Ramiro Flores, soldado raso de la Guardia Nacional, fue testigo del momento exacto en el que una bala que le dio de lleno en la boca, acabó con la vida del caudillo entrerriano. También le tocó presenciar uno de los momentos más dramáticos de la noche, cuando Dolorcita, abrazada al cadáver de su padre, blandió la espada contra uno de los asesinos, haciéndolo retroceder. No conformes con lo que habían hecho, y pasando por encima de la joven, tres de los insurrectos apuñalaron el cuerpo inerte de don Justo José de Urquiza, ultimándolo sobre el regazo de su hija.

Ramiro permaneció quieto, esperando a que todo se calmara. Mientras tanto, las mujeres de Urquiza —su esposa, sus hijas y su anciana madre— rodeaban al difunto entre llantos y oraciones.

No supo cuánto tiempo transcurrió, solo estaba seguro de una cosa: debía irse del palacio cuanto antes. Pero no podía irse con las manos vacías. Aprovechó que los hombres de López Jordán continuaban en el otro patio para deslizarse hasta el salón de armas. Oteó en todas las direcciones y entró en el lugar a tientas. Encendió un cerillo y tomó la primera pistola que encontró. La cargó y escondió el resto de las balas en el bolsillo de su pantalón. Con uno de los paños que se utilizaba para la limpieza de la artillería, se envolvió el brazo. Si alguien lo veía y preguntaba, diría que había sido herido durante el enfrentamiento en el palacio. Corrió hacia el lago artificial y se ocultó entre unos arbustos. Antes de que amaneciera, se escabulló por uno de los paredones y saltó al vacío. Mientras corría por el monte entrerriano para ponerse a salvo, los asesinos de Urquiza permanecían aún en el lugar de los hechos.

Al otro día, cuando llegó al pueblo más cercano, supo que casi a la misma hora en la cual había muerto el general, dos de sus hijos, Justo y Waldino,

habían sido apuñalados en la ciudad de Concordia.

*

Cruz del Eje, provincia de Córdoba,
26 de abril de 1870

Hacía frío y llovía desde el amanecer. A pesar de las inclemencias del tiempo, una pequeña multitud se había acercado hasta el cementerio del pueblo para despedir los restos de don Casimiro Larrea. Una espesa cortina de agua impedía ver más allá del grupo de personas apiñadas alrededor del féretro del difunto. Tras las sentidas palabras de despedida enunciadas por el sacerdote, los asistentes al entierro se fueron acercando al joven de semblante circunspecto y puños cerrados que se encontraba junto a la tumba.

Recibió el pésame de la gente del pueblo casi sin inmutarse. Permaneció callado, escuchando palabras de consuelo que en ese momento le parecieron vacías. Él no recordaba a su padre, había muerto en altamar cuando tenía apenas tres años. Ahora, con la prematura e injusta muerte de don Casimiro, volvía a sentirse huérfano.

—Lo lamento, muchacho. —Álvaro Balbuena extendió el brazo hacia él—. Don Casimiro no merecía morir de esa manera.

Pablo estrechó su mano por pura cortesía. Dudaba seriamente que un hombre de escasos escrúpulos como Álvaro Balbuena lamentase de verdad la muerte de don Casimiro. Cualquier estratagema era bienvenida si pretendía conseguir el voto de los vecinos en las venideras elecciones.

—Gracias, señor Balbuena —musitó Pablo, al tiempo que le soltaba la mano. La multitud se fue dispersando bajo la lluvia, pero él no parecía tener la intención de irse todavía. Por eso, se sobresaltó cuando el sacerdote le tocó el

hombro.

—Hijo, será mejor que vuelvas a la estancia si no querés enfermarte.

Pablo lo miró, luego sus ojos verdes se clavaron en la tumba de don Casimiro.

—Ya no hay nada que puedas hacer por él —le dijo el cura a modo de consuelo—. Casimiro se encuentra ahora en brazos de nuestro Señor Jesucristo.

Pablo guardó silencio. No tenía sentido ponerse a discutir sobre asuntos celestiales con el cura. A pesar de no ser muy devoto, él creía en Dios, por eso no entendía cómo había permitido que un hombre bueno perdiera la vida de esa manera. Si hubiese sospechado que la tragedia se desataría sobre sus cabezas, jamás habría permitido que el viejo hiciera ese maldito viaje. Había sido uno de los primeros vecinos de Cruz del Eje en subirse al tren. Las líneas ferroviarias estaban apenas inauguradas y don Casimiro, entusiasmado hasta el tuétano con su primer viaje en tren, decidió ir en persona hasta la estancia de uno de sus mejores socios, que se encontraba en la provincia de Santa Fe. La formación ferroviaria que lo trasladaría hasta Rosario había salido de Río Segundo esa mañana de domingo muy temprano. El jefe de la estación de Laguna Larga no había sido advertido y dio paso en sentido contrario a un tren de carga que venía del litoral. Aunque el maquinista se había percatado del peligro y levantó una señal colorada, no pudo evitar la colisión. Los vagones y las máquinas sufrieron daños de diversa consideración, mientras que los pasajeros solo se llevaron un susto. Don Casimiro no corrió con la misma suerte. Su debilitado corazón no resistió el impacto y murió en el lugar, convirtiéndose así en la única víctima fatal del siniestro.

Respiró hondo y se caló el sombrero. Todavía no había derramado ninguna lágrima. Primero por el estupor de la noticia, después, porque se negaba a aceptar la realidad. Quizá con el tiempo, cuando cayera en cuenta de que ya no lo volvería a ver y comenzase a extrañar sus charlas y el olor de esa vieja

pipa que fumaba a escondidas, pudiese al fin llorar por su partida.

Miró a su alrededor. El pequeño cementerio de Cruz del Eje se había quedado vacío. Divisó al capataz, quien, respetando su deseo de quedarse a solas, lo aguardaba en la volanta. Con el paso cansado se dirigió hacia él. Le hizo señas de que emprendiera el regreso a la estancia y cerró la portezuela, corriendo las cortinas para dejar el estrecho cubículo en penumbras. Recién en ese momento, a solas, lloró hasta quedarse vacío. El dolor por la pérdida era tan grande que llegó a creer que nada podría compensar esa tristeza que, sabía, no lo abandonaría en mucho tiempo. Cuando el carruaje se detuvo y escuchó ladrar a los perros, se limpió el rostro con un pañuelo para borrar cualquier rastro de su debilidad y cuadró los hombros. Se apeó de la volanta y, sin mirarlo a los ojos, le dijo al capataz que él se encargaría de alimentar a los caballos. No quería entrar en la casa todavía. Desenganchó a los animales y los llevó al establo. Estaba junto a los fardos de heno cuando escuchó un ruido. Paró bien la oreja, solo para constatar que provenía de uno de los gallineros. Miró a través del ventanuco, pero no logró ver nada porque ya había oscurecido. Cuando las gallinas empezaron a alborotarse, supo que algo andaba mal. Podría tratarse de un zorro o de uno de los tantos perros cimarrones que vagaban por las sierras. Buscó la escopeta que guardaba en el establo y se cercioró de que estuviese cargada. Salió por una puerta del costado para sorprender al intruso. Si se trataba de un animal, dispararía un tiro al aire para espantarlo. Con la escopeta por delante, se acercó al gallinero. Entre las sombras, distinguió un bulto que se escondía detrás de la casita de madera que él mismo había construido para las ponedoras.

—¿Quién anda ahí?

Lo que sea que fuese que había alborotado a las aves, se movió con la intención de escaparse. Pablo le apuntó. La oscuridad no ayudaba, pero estaba demasiado cerca como para no fallar el blanco.

—¡Salga y no lo lastimaré!

La silueta que había comenzado a moverse se quedó quieta. Enfocó la vista y, al hacerlo, descubrió que no se trataba de un animal. Era muy pequeño para que fuese un hombre.

—Patrón, ¿qué pasa?

La aparición del capataz, cargando un candil, iluminó buena parte del gallinero. Entonces lo vio. Un niño estaba acurrucado con el cuerpo pegado al alambrado. Tenía la cabeza metida entre las rodillas y permanecía muy quieto. Junto a él, había varios huevos rotos.

—¿Quién es ese, patrón?

—No lo sé. —Pablo bajó la escopeta y la apoyó en el suelo. Temía que, si intentaba aproximarse al niño, este saldría corriendo o algo peor. Podía tener un cuchillo y atacarlo ante cualquier avance, por eso optó por una táctica diferente.

Se agachó para estar a su altura, pero siempre manteniendo la misma distancia.

—No voy a lastimarte —le dijo en un tono menos áspero.

Pablo le pidió el candil al capataz y lo dejó en el suelo, entre ambos, para poder verlo mejor. Su rostro estaba sucio y la lluvia había dejado marcas en sus mejillas. Tenía la piel cobriza, como la de los indios, aunque la suya era un poco más clara. Cuando el niño finalmente levantó la vista se sorprendió. Sus ojos, grandes y de un azul intenso, lo escudriñaban con curiosidad. Pablo no supo en ese momento quién observaba a quién. ¿De dónde habría salido?

—Mi nombre es Pablo. —Se tocó el pecho con la punta de los dedos y luego señaló al capataz—. Y él es Tomás.

El niño no dijo nada.

—¿Cuál es tu nombre? —insistió.

Seguía en silencio, mirándolo con susto. Sus pies desnudos se hundían en el lodo. Pablo pensó en el frío que debía estar sintiendo, descalzo y con la ropa mojada.

—No vamos a hacerte daño. Aunque meterse en propiedad ajena para robar no es bueno, lo has hecho porque tenías hambre. —Le sonrió—. Apuesto a que esos huevos no fueron suficiente. Puedo pedirle a Rita que te prepare un suculento plato de puchero.

—El patroncito dice la verdad, gurí —terció Tomás para intentar quitarle el miedo—. Mi mujer es la mejor cocinera de estos pagos.

—¿Qué dices? ¿Quieres entrar a la casa o prefieres quedarte aquí?

El niño se levantó despacio. Era más alto de lo que parecía. En la parte de arriba llevaba una especie de túnica gruesa que, sin dudas, había visto mejores tiempos. El pantalón, que no le llegaba a los tobillos, tenía algunos agujeros. Pablo se incorporó y retrocedió unos pasos. Se mostró complacido cuando el niño comenzó a caminar detrás de él. Intercambió una mirada con el capataz y le entregó el candil. Mientras atravesaban el patio en dirección a la galería, Pablo espiaba por encima de su hombro para cerciorarse de que no se había escapado. Entró a la cocina y dejó la puerta abierta.

—Ya está de vuelta, patroncito… —Rita se quedó muda cuando se dio cuenta de que no venía solo. La mujer y el niño se observaron durante un largo rato. Cuando salió de su asombro, preguntó—: ¿De dónde salió?

El capataz se acercó y le dio un beso en la frente a su esposa.

—Lo encontramos robándose unos huevos en el gallinero.

—El Toño y el Negrito estuvieron inquietos toda la tarde —comentó, refiriéndose a dos de los perros que vigilaban la estancia y que dormían en el umbral de su casa—. Pensé que era por la tormenta, pero parece que sabían que había un extraño rondando.

El niño seguía bajo el quicio de la puerta. Ya no se vislumbraba temor en su mirada; sin embargo, algo en la cocinera había captado su atención porque no le quitaba los ojos de encima.

—Le dije que ibas a prepararle tu famoso puchero, Rita —dijo Pablo quitándose el sombrero y el abrigo.

—¡No puede sentarse a la mesa con esa mugre! —replicó la mujer.

Pablo lo miró.

—Tendrás que quitarte esos harapos y darte un baño antes de comer. —Esperó a ver si lo había entendido—. No sé de dónde sacaremos algo de tu talla, pero podría prestarte alguna de mis camisas.

—Usted no se preocupe por eso, don Pablo. —Rita miró a su esposo—. Todavía guardo algunas prendas de mi Miguelito, que en paz descanse. Tal vez habrá que ajustarlas un poco, pero yo me doy maña con la costura.

Mientras hablaban, el niño al que todavía no le conocían la voz, había traspasado el umbral de la cocina y se hallaba de pie, junto al fogón. Rita se acercó y cuando intentó tocarlo, Tomás le advirtió que no lo hiciera, que el muchachito podría salir corriendo. Sin embargo, él se quedó quieto.

—No hay nada de que asustarse. —Levantó la mano hacia él y la apoyó en su hombro. Quedó prendada de esos enormes ojos claros que la miraban con cierto embeleso—. ¿Cuál es tu nombre?

—No ha dicho ni una sola palabra todavía —le informó Pablo, asombrado por la facilidad que tenía la mujer para acercarse al pequeño.

—Pero debe tener un nombre…

—¡Claro que debe tenerlo, mujer! —exclamó el capataz.

—Eso no es lo que importa ahora, Rita —adujo Pablo, saliendo de la cocina—. Ocúpate de darle un baño y que se alimente bien. Mañana decidiremos qué hacer con él.

—Puede dormir en la pieza de Miguelito.

—Como quieras, Rita. Por mí no hay problema.

Al capataz, la idea no le agradó demasiado. Habían pasado ya dos años desde la muerte de su hijo y no creía conveniente que un intruso viniese a ocupar su lugar. Aunque fuera solamente por una noche. ¿Qué pretendía su esposa al ofrecerle la cama de su Miguelito a un niño que no conocían de nada?

*

Pablo se acuarteló en el despacho y le dijo a Blanca que esa noche no iba a cenar. El nudo en la garganta le había hecho perder el apetito. Al respirar hondo, le llegó el olor del tabaco almizclado que fumaba Larrea en su vieja pipa, en los últimos tiempos, cuando nadie lo vigilaba. Se acercó al escritorio y contempló la butaca vacía. Se dejó caer en ella con pesadez. El cansancio físico y la tensión de los últimos días habían causado estragos en su cuerpo. Llevaba la misma camisa del día anterior, y al tocarse el rostro, descubrió que le tocaba afeitarse. Pero no tenía deseos de nada, ni siquiera de irse a su habitación y echarse a dormir. Sabía que no le resultaría sencillo conciliar el sueño; por esa razón estaba allí, encerrado en la habitación favorita de su querido viejo. Cuando se le nubló la vista, se restregó los ojos y se obligó a no flaquear. No podía hacerlo. Ahora que don Casimiro no estaba, le tocaba a él hacerse cargo de todo para que las cosas siguieran igual, o que al menos, no se notase tanto su ausencia. No eran momentos para echarse a llorar como un niño o mostrarse débil. Sabía que Larrea era un hombre previsor, que siempre procuraba tener sus asuntos legales en regla. Todavía no había logrado salir del estupor que provocó su inesperada muerte, pero confiaba en que no se encontraría con ninguna sorpresa. Abrió el primer cajón y colocó todos los papeles que había encima del escritorio para leerlos con calma.

Contratos que él mismo había firmado en su nombre, algunos pagarés de gente que les debía dinero, la escritura de la estancia y también la de una propiedad que don Casimiro poseía en Buenos Aires. Debajo de todo ese papeleo, encontró un sobre marrón sellado que no había visto antes. Intuyó que se trataba de su testamento y volvió a dejarlo en su sitio. Lo correcto era que lo abriese un notario. Se dispuso a regresar los documentos a su sitio cuando un papel se deslizó entre los demás hasta terminar en el suelo. Se inclinó para

levantarlo, y como no tenía ningún sello, lo desplegó para conocer su contenido.

Descubrió que era una carta que don Casimiro había escrito hacía casi un año. Si estaba todavía allí, era porque nunca se había animado a enviarla a su destinatario. Se trataba de una mujer a la que saludaba con un cariñoso "mi querida Mariana".

La curiosidad lo conminó a seguir leyendo.

> *Mientras redacto esta carta, me pregunto si tendré el valor suficiente para hacértela llegar.*

Parecían las palabras de un hombre enamorado; sin embargo, al seguir con la lectura, descubrió una historia totalmente diferente.

> *Sé que nunca me has perdonado el abandono. Aunque procuré durante todos estos años que nada te faltase, no te brindé lo que más necesitabas, el amor de un tío amoroso que solía velar tu sueño cuando eras pequeña.*
> *Las diferencias irreconciliables con tu padre y la traición que sufrí de su parte, provocaron que dejase Buenos Aires y me viniese a instalar en un pueblito perdido al pie de las sierras de Córdoba. Hay ciertos asuntos escabrosos que no debería tratar con una jovencita de tu edad, pero imagino que, a estas alturas de tu vida, ya estarás al tanto del motivo por el cual nunca volví, ni siquiera cuando me avisaron que, en su lecho de muerte, mi hermano pedía por mí.*
> *Hoy, después de casi una década, te escribo estas líneas, implorando tu perdón. Sé que no debí desentenderme de vos, mi única sobrina, sangre de mi sangre, pero el rencor que sentía hacia tu padre me lo impedía. Cumplí con el requerimiento de mi difunta esposa, de velar por tu*

bienestar cuando te quedaste sola. La casa en la que vives sigue estando a mi nombre y será tuya hasta el momento en que decidas dejarla. La cantidad de dinero que dispuse te sea entregado mensualmente, habrá cubierto todas tus necesidades y caprichos durante los últimos años. Mientras permanezcas soltera, seguirás recibiéndolo.

Comprendo que con dinero no se compra el cariño y el respeto de nadie; por eso, vuelvo a pedirte perdón, querida sobrina. Espero que aún guardes en tu corazón esos bellos momentos que compartimos cuando todavía éramos una familia feliz, ajena a las envidias y a la traición.

Te quiere y te recuerda siempre,

Casimiro

Pablo se quedó de una pieza. ¿Una sobrina? ¡Don Larrea tenía una sobrina! Durante los tres años que vivió a su lado, nunca la había mencionado. ¿Qué le habría hecho su único hermano en el pasado para que se alejara de ella? Se preguntó por qué la carta continuaba allí, oculta entre sus documentos y se sintió dolorosamente reflejado. La guardó en un rincón del cajón y lo cerró con llave. Permaneció en el despacho, barruntando sobre lo que acababa de descubrir, hasta que el cansancio finalmente lo venció.

SUEÑOS QUE SE CUMPLEN

Debido al clima tenso que se vivía en el país tras el asesinato del general Urquiza, Gabriel había resuelto regresar a Buenos Aires antes de lo previsto. Llevaba una semana en Las Rosas, pero tras leer los periódicos, y siguiendo el consejo de uno de sus peones, dejó la estancia de noche para evitar contratiempos en el camino. La muerte del caudillo entrerriano había provocado la intervención de la provincia y caldeado los ánimos de quienes pensaron que, al eliminarlo, también lograrían sacarse de encima a Sarmiento. Apenas tres días después del asesinato, Ricardo López Jordán, acérrimo rival de Urquiza y líder del movimiento revolucionario que acababa de dejar acéfala a la provincia del litoral, fue elegido como gobernador constitucional por la Legislatura de Entre Ríos. Existía un temor generalizado de que el conflicto terminase afectando al resto del país, y muchos, incluso, sospechaban que la próxima cabeza que rodaría sería la del sanjuanino. Sobre todo, después de su visita al Palacio San José, apenas dos meses antes de que Urquiza fuese ultimado de un balazo en el rostro.

Si la buena fortuna lo acompañaba, estaría en la ciudad antes del mediodía.

Nadie sospechaba de su regreso, por lo tanto, le ordenó al cochero que se detuviera a unos pocos metros de la casa para darles la sorpresa. Cargó con sus bártulos —apenas una valija de mano y una caja con varios frascos de conserva que Coral le había encargado— y se dirigió por el camino lateral para entrar por la cocina. Encontró a las criadas en plena elaboración del almuerzo y recibió un fuerte abrazo de su querida Eudocia apenas lo vio.

—No lo esperábamos tan pronto, mi niño. —Abrió la caja que traía y sonrió al ver las deliciosas conservas que les enviaban desde la estancia.

—Decidí adelantar mi regreso, Eudocia —respondió sin dar más detalles. Con lo aprehensiva que era la mulata, no podía trasmitirle sus miedos. Si sabía que corría riesgo su vida debido al avance de los malones, era capaz de rogarle que ya no viajara al campo.

—Misia Coral se va a poner muy contenta de verlo, mi niño. ¡Y ni hablar del Leandrito!

En ese momento, el pequeño entraba a la cocina, prendido de la mano de su nana Inés.

—¡Papi! ¡Papi! —Corrió a su lado y lo abrazó.

Gabriel lo sujetó por debajo de las axilas y lo levantó, haciendo varias piruetas en el aire.

—Leandrito, tu padre debe estar cansado del viaje —manifestó Inés, tratando de apaciguar su euforia.

—Dejalo, Inés. No estoy tan cansado. Extrañaba tanto a este pequeño bravucón que, si no muriese de ganas de ver a mi Coral, me quedaría jugando con él hasta la hora del almuerzo.

—Coral está en el cuarto de bordado, con su hermana y su sobrina —le informó Inés.

Gabriel bajó a Leandrito y se lo devolvió. Abandonó la cocina y se dirigió al encuentro con su esposa. Estaba acercándose al cuarto de bordado cuando escuchó la voz de su hermana.

—Creo que Gabriel debería saberlo.

—No tiene caso preocuparlo, Victoria. Juan Antonio dice que no volverá a pasar…

Gabriel abrió la puerta de par en par y se las quedó mirando.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es eso que debo saber?

Coral y Victoria se miraron. Ninguna de las dos se animó a abrir la boca.

Entonces Gabriel entró y se arrodilló frente a su esposa.

—¡Coral, por favor! —De inmediato sus ojos oscuros se desviaron hasta el vientre de su mujer. Posó su mano para cerciorarse de que su hijo continuaba moviéndose. Sonrió aliviado cuando le dio una suave patada.

Victoria, quien era partidaria de no esconderle a su hermano lo que había ocurrido, y ante el silencio de Coral, fue la que finalmente respondió.

—No es nada grave, Gabriel. No te asustés —lo tranquilizó—. Hace dos días, Coral tuvo una pequeña pérdida y creímos que el parto se había adelantado.

—¿Qué dijo Juan Antonio?

—Que nuestro niño no corre ningún peligro —intervino Coral, acariciándole las manos—. Sugirió que hiciera reposo hasta el momento de dar a luz.

—¿Entonces por qué no estás acostada? ¡Si tu doctor recomienda reposo, no deberías ni siquiera salir de la habitación! —saltó Gabriel, visiblemente enojado.

Coral no dijo nada. Tenía derecho a enfadarse, pero estaba exagerando. El reproche que vio en su mirada le provocó deseos de largarse a llorar. Victoria, presintiéndolo, volvió a intervenir.

—No ganás nada enojándote, hermano. Si querés, yo mismo la acompaño a la habitación para que se acueste un rato —se ofreció, guardando su bordado en la canasta.

—¡Nada de eso! —Gabriel se incorporó, le quitó a Coral el bastidor que tenía sobre sus piernas y la cargó en brazos.

—¡Gabriel! ¿Qué haces? ¡Bájame!

—¡Gabriel, no seas loco! ¡Es peligroso que subas las escaleras con tu esposa en ese estado!

Ni la súplica de Coral ni el sermón de Victoria sirvieron de nada. A grandes zancadas, quizá impulsado más por el miedo que por la rabia, Gabriel la llevó

hasta su habitación y la depositó con cuidado sobre la cama. Le hizo un gesto con la mano a Victoria para que los dejara a solas y se sentó junto a ella. Se arrepintió de la dureza con la que había hablado cuando percibió la humedad en sus ojos. Le acarició la mejilla.

—Lo siento, mi amor. Es que me asusté tanto. Anticipé mi vuelta a la ciudad porque tenía el presentimiento de que algo estaba ocurriendo.

Coral tomó su mano y se la besó.

—No quiero verte angustiado. Si te tranquiliza, prometo que a partir de ahora seguiré las recomendaciones del doctor Argerich al pie de la letra, pero no te enfades conmigo. ¿Estás muy cansado? —le preguntó, jugueteando con el cuello de su camisa, buscando congraciarse con él.

Gabriel sonrió. Con la preocupación se había olvidado del cansancio y de la falta que le hacía un buen baño de tina para quitarse el polvo del camino y relajar los músculos entumecidos después de tantas horas de viaje arriba de la volanta.

—Le voy a pedir a la criada que ponga a calentar el agua. Necesito asearme antes de almorzar. —Atrapó la mano de Coral y besó la punta de sus dedos—. Imagino que tu oferta es más tentadora, pero te recuerdo que hace apenas unos segundos me juraste que harías reposo.

Como pudo, Coral se inclinó hacia adelante y le rodeó el cuello con ambos brazos.

—Extrañé a mi esposo y lo único que deseo en este momento es compartir un rato con él. Por ahora me conformo con un beso, señor Izaguirre.

Gabriel se movió para que ella lograse acomodarse mejor y cumplió con su deseo. Se apoderó de esa boca que sabía a miel y que añoraba tanto cuando se marchaba al campo. Sus manos se movían por el vientre redondo hasta alcanzar sus pechos que reaccionaron con sus caricias.

La poca intimidad que venían compartiendo, siempre por recomendación médica, los obligaba a improvisar. Coral se apartó y lo conminó a levantarse.

Estaba quitándole el cinto de los pantalones cuando alguien llamó a la puerta.

Gabriel maldijo por lo bajo y ella ahogó una risa.

—Adelante —dijo, al tiempo que lo soltaba para reacomodarse en la cama.

La que vino a interrumpirlos fue la negra Eudocia. Entró a la habitación con la boca abierta, tratando de recuperar el aliento. Era evidente que había subido corriendo las escaleras y ahora apenas podía hablar.

—¡No va a creer quién está en la sala, misia Coral! —exclamó apenas tuvo el aire suficiente para decir algo. —¡Usté tampoco lo va a creer, mi niño!

—¡Eudocia, no des más vueltas y decinos ya quién ha venido! —le ordenó Gabriel perdiendo la paciencia.

—¡Cuando abrí la puerta y lo vi, pensé que el mismito mandinga lo había enviado! —siguió diciendo mientras se santiguaba.

—¡Eudocia, por favor! —Esta vez fue Coral la que le suplicó para que pusiera fin a tanto misterio.

La negra miró a Gabriel, luego a Coral. Se aclaró la garganta antes de responder.

—Es su amigo, misia Coral… el del circo.

La primera reacción de Coral fue saltar de la cama. Alcanzó a dar unos pasos antes de que Gabriel la sujetase del brazo para impedírselo.

—No vas a bajar ahora —repuso. No quería ni pensar lo que una emoción tan fuerte le podría provocar en su estado. ¿Qué hacía Medrano en su casa? ¿Por qué se aparecía así, sin avisar, cuando nunca había respondido las cartas que Coral le enviaba?

—Gabriel, por favor, quiero verlo —le suplicó ella, tratando de soltarse.

—No voy a impedir que lo veas —le aseguró, muy a su pesar—, pero no sabemos lo que pueda suceder cuando te reencuentres con él después de tanto tiempo. Prefiero que al menos estés acostada, y si es necesario, mandaré a llamar al doctor.

—No hace falta, me siento bien —insistió ella, haciendo un gran esfuerzo en

contener las lágrimas.

Gabriel negó con la cabeza. No quería arriesgarse, por eso, resolvió que él bajaría a hablar con Pablo primero. Coral no estuvo de acuerdo y haciendo caso omiso a sus órdenes, se prendió al talle de la negra Eudocia para que la acompañase hasta el salón. Él trató de hacerla entrar en razón, pero no lo consiguió. Volvió a proferir otra maldición; sin embargo, mientras iban bajando las escaleras, rezaba en silencio para que nada malo le ocurriese.

*

Almudena salía de la casa de la modista cuando alguien gritó su nombre. Fingió que no lo había escuchado y siguió su camino. Apresuró el paso con la intención de doblar en la calle Piedras, pero comprendió que de nada serviría. Tuvo que detenerse para permitirle el paso a un vendedor ambulante y en ese preciso momento, por el rabillo del ojo, observó cómo Carlitos Guerrero se apeaba de su carruaje y se acercaba a ella dando grandes zancadas.

—¡Hola, Carlitos! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

Él se quitó el sombrero y le sonrió.

—Ahora que te veo, mucho mejor —respondió, atrevido.

Almudena bajó la mirada.

—¿Puedo llevarte hasta tu casa?

—No es necesario, puedo caminar.

—Mi hermana me comentó anoche que vendrías a probarte el vestido para tu fiesta de cumpleaños y como andaba por acá cerca, pasé con la intención de poder verte —le confesó.

Almudena adoraba a Felicitas, pero le molestaba mucho cada vez que jugaba el papel de la Celestina. ¡Ya se encargaría de reprochárselo cuando la viese! ¿Qué le inventaría ahora a su hermano para no aceptar su invitación? Podía decirle que deseaba caminar, pero se había nublado y parecía que en

cualquier momento los sorprendería un chubasco. Volvió a lamentar su tonta idea de ir caminando hasta la modista cuando Ceferino había insistido tanto en acompañarla, presagiando que el tiempo se iba a torcer. Sin ninguna excusa creíble que la salvase del asedio de Carlitos Guerrero, aceptó que la llevara de regreso a su casa.

Trató de mantener una conversación con él; sin embargo, no era sencillo cuando no dejaba de lisonjearla con comentarios acerca de lo bonita que se había puesto o de la cantidad de festejantes que le pedirían un baile en el lujoso salón del Club del Progreso donde se celebraría su fiesta de cumpleaños. Sin saber cómo, le arrancó la promesa de que bailaría con él al menos una pieza.

Tras un prolongado silencio, él le tocó el brazo, tomándola por sorpresa.

—Almudena…

Ella se vio obligada a mirarlo para reprocharle su osadía; sin embargo, antes de que pudiera hacer o decir alguna cosa, le besó la mano por encima del guante.

—Perdón, pero no pude resistirme. —La soltó despacio, sin dejar de mirarla a los ojos.

—No deberías haberlo hecho —le recriminó.

—¿Por qué no?

—Porque no es correcto —dijo muy seria—. Además, yo nunca te he dado mi consentimiento para que te acerques a mí de esa manera. Sos el hermano de Felicitas y uno de los mejores amigos de Gabriel, solo eso.

El discurso de Almudena fue la más amarga de las sentencias para el joven Guerrero. Sentía que perdía la batalla sin que le diesen siquiera la oportunidad de luchar por lo que quería.

Para alivio de Almudena y desazón de Carlitos, el carruaje detuvo su andar.

—Te acompaño —se ofreció, con la única intención de disfrutar un poco más de su compañía.

—Prefiero que no —dijo ella, apresurándose a bajar. Ni siquiera permitió que la ayudase.

—Nos vemos mañana en tu fiesta de cumpleaños. Prometiste que bailarías conmigo —le recordó.

Almudena lo miró.

—Siempre cumplo mis promesas. Hasta mañana, Carlitos. Dale mis recuerdos a tu madre.

Se tomó el ruedo del vestido y atravesó el camino empedrado que llevaba hasta la entrada principal a toda prisa para escapar de las primeras gotas que ya comenzaban a caer. Colgó el abrigo humedecido en el perchero y mientras se quitaba el sombrero vio que su sobrina Manuela salía del comedor. Llevaba en la mano a su muñeca preferida y la boca torcida en un expresivo puchero. Le hizo señas de que se acercara. El rostro de la pequeña se iluminó.

—¡Tía! ¡Qué bueno que ya volviste! ¿Querés jugar conmigo?

Le acarició la cabeza y miró hacia las escaleras.

—¿Dónde está Leandrito? ¡No me digas que se pelearon otra vez!

La niña negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué no está con vos?

—La tía Coral lo mandó a llamar cuando llegó ese señor —se quejó.

—¿Qué señor?

Manuela se encogió de hombros.

—No me acuerdo cómo se llama, pero dijeron que venía del circo. ¿Vino a buscar a la tía Coral?

Almudena no le respondió. No pudo. Cuando su sobrina mencionó la palabra “circo” el corazón le saltó dentro del pecho. Se llevó la mano a la garganta. Si Manuela continuó hablándole, ella ya no la escuchaba. Con pasos tambaleantes, se dirigió hacia el salón. El pasillo le pareció más largo que nunca. Desde lejos, vio que la puerta estaba abierta. Escuchó la voz de su hermana Victoria y la risa de Coral. Entonces, una figura masculina se movió y

captó toda su atención.

Estaba de espaldas y tenía el cabello rubio atado en la nuca. Llevaba un sobrio traje gris con un brazalete negro a la altura del codo y botas de caña alta.

—Pablo… —susurró.

Si en ese preciso instante Manuela no le hubiese tironeado de la falda del vestido, habría creído que estaba soñando. Antes de que la niña abriese la boca, se la cubrió con la mano. Se agachó junto a ella y, en voz baja, le dijo:

—Vamos a jugar a las escondidas.

Manuela asintió con la cabeza ya que la mano de Almudena le impedía responder.

—Empiezo a contar yo. —La arrastró hasta el despacho de Gabriel y le dio la espalda. Iba por el número siete cuando descubrió que la niña ya había ido a buscar un escondite. En silencio y con las piernas temblorosas, volvió a salir. Se sentía una tonta, allí, de pie en medio del pasillo, mirando a hurtadillas lo que ocurría en el salón a través de la puerta que alguien había olvidado cerrar. No se animaba a entrar. El miedo era tan grande como la agitación que sentía en el pecho por la inesperada presencia de Pablo en su casa. Se acercó para poder oír lo que estaban hablando.

*

Coral no podía dejar de llorar. Acababa de abandonar los brazos de Pablo, aunque seguía aferrándose con fuerza a sus manos, como si tuviese miedo de que volviera a desaparecer de su vida. Los años de ausencia se reflejaban en los ojos humedecidos de ambos y ese ligero temblor en la boca provocado por la emoción. Gabriel podía comprender la dicha que embargaba a su esposa tras el reencuentro con su amigo de la infancia; sin embargo, no le agradaba demasiado la efusividad con la que el Payo la había estrechado entre sus

brazos. ¡Si hasta tuvo que carraspear muy fuerte para que él por fin la soltase!

—No puedo creer que estés aquí —repetía Coral una y otra vez sin dejar de mirarlo.

Pablo tampoco era capaz de apartar los ojos de ella. La encontró más hermosa que nunca, con una expresión de dulzura desconocida para él y que atribuyó a su maternidad. Sintió el deseo de tocar su vientre, pero se abstuvo cuando se topó con la mirada hierática de Gabriel Izaguirre.

—¿Ha venido para quedarse? —la pregunta la formuló Victoria, y era la misma que carcomía el cerebro de su hermano. ¡No podía creer que todavía tuviese celos del Payo!

Él se volteó para mirarla.

—Estoy en Buenos Aires solo de paso, señora Victoria. Me vi obligado a volver por causa de una noticia muy triste.

Coral le rozó el brazalete negro que llevaba en el brazo.

—¿Quién murió? ¿Acaso…?

No hizo falta decir nada. Ella supo de inmediato que se trataba de don Casimiro Larrea, el hombre que se había cruzado en el camino de Pablo en el peor momento de su vida. Le dio las condolencias en medio de otro abrazo.

—Lamentamos su pérdida —dijo Gabriel, tras oír el trágico final que había tenido el tal Larrea al morir en un choque de trenes.

Victoria hizo sonar la campanita para que viniera alguna de las criadas y pidió una ronda de chocolate para todos. Pablo le devolvió el pésame a la familia por el fallecimiento de don Vicente y cuando preguntó por su esposa supo que, desde lo ocurrido, apenas salía de su habitación. En un rincón del salón, echado sobre la alfombra, el pequeño Leandro observaba al desconocido con gran curiosidad.

Coral, haciendo caso por fin al pedido de Gabriel, se sentó en el confidente. Pablo agradeció el chocolate humeante que le sirvió la criada y se ubicó en la butaca frente a ella. Una mezcla de celos e incomodidad lo invadió cuando vio

que Izaguirre se sentaba al lado de su esposa y le tomaba la mano. Sus miradas se encontraron en una silenciosa contienda que, a pesar del paso de los años, continuaba avivando la inquina entre ambos.

—¿Recibiste mi carta? —le preguntó después de beber un poco de chocolate. Estaba demasiado dulce para su gusto, pero la tensión que se respiraba en el aire le había resecado la garganta y no le importó. Si no era bienvenido en esa casa, se marcharía apenas Coral se lo permitiera.

Ella miró por lo bajo a Gabriel antes de responder.

—Sí, y te escribí ese mismo día para invitarte al cumpleaños de Almudena.

Por el gesto de sorpresa que se reflejó en el semblante de Izaguirre, era indudable que recién se enteraba.

—No me lo habían mencionado —repuso Gabriel, forzando una sonrisa.

Coral no supo qué decir. Pablo, sin quererlo, acababa de ponerla en evidencia. No había sido su intención ocultarle la carta a Gabriel. Convencida de que querría leerla, y para evitar una discusión sin sentido por causa de su contenido, había preferido quedarse callada.

—Esa carta llegará a su destino mientras usted se encuentra en Buenos Aires, Pablo —manifestó Victoria, interviniendo en la conversación.

Pablo asintió. Gabriel, por su parte, no dijo nada. Molesto, le soltó la mano a su esposa y se cruzó de piernas, quedándose en un rincón del confidente.

—Te quedas a almorzar, ¿verdad? —Coral ignoró la reacción de Gabriel y le sonrió a su amigo del alma—. No te lo he preguntado, pero nos complacería mucho si durante tu estadía en la ciudad te hospedas con nosotros. —Miró a su esposo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Verdad, cariño?

Él sabía que nada de lo que dijese o hiciera, impediría que Pablo Medrano se instalara en su casa si ese era el bendito deseo de su esposa. Resignado, asintió con la cabeza, dando su aprobación. Apenas unos segundos más tarde, todos fueron testigos de la expresión de satisfacción que iluminó su rostro cuando el ex volatinero rechazó el ofrecimiento de Coral. Ella, adivinando

cuáles eran sus razones, no insistió. Sin embargo, no aceptó un no como respuesta cuando reiteró su invitación para que los acompañase a almorzar. Miró hacia la puerta y alcanzó a ver que Almudena se alejaba en dirección a las escaleras. ¿Por qué no había entrado al salón para saludar a Pablo? ¿Había estado espiándolos durante todo ese tiempo? Tenía ganas de ir detrás de ella y preguntarle qué le pasaba, pero aún no se había repuesto de la emoción de volver a ver a Pablo y no creía tener las fuerzas suficientes para subir a buscarla.

*

Almudena entró en su habitación como una tromba, cerró la puerta de un golpe y se arrojó sobre la cama. Llevó ambas manos hasta su pecho y notó cómo se movía agitado al ritmo de su corazón desbocado. Inspiró profundamente, pero no logró apaciguarse. Al cerrar sus ojos, se le presentaba una y otra vez la imagen de Pablo. Aunque lo había visto solo de espaldas, recordaba cada uno de sus rasgos. ¿Cómo no hacerlo si había sido el protagonista de sus sueños durante los últimos cinco años de su vida?

Coral la había descubierto espiando, por eso salió huyendo. Sabía que la llamaría y no estaba preparada todavía para enfrentarse a Pablo. Contempló el cielo raso con ojos soñadores. ¿Habría venido a Buenos Aires para estar presente en su cumpleaños? La ilusión le duró menos que un suspiro cuando recordó que su hermana Victoria había comentado que era demasiado pronto como para que hubiese recibido la carta de Coral con la invitación. Pensó en el brazalete negro que Pablo llevaba en su brazo. Seguro su regreso a la ciudad estaba relacionado con la muerte del tal Casimiro Larrea. Había oído mencionar su nombre, pero había perdido el hilo de la conversación en más de una ocasión por estar contemplando a Pablo.

Como impulsada por un resorte, abandonó la cama y se plantó delante del

espejo. Llevaba el cabello recogido a la altura de la nuca con una cinta del mismo azul celeste del vestido. Se lo soltó y lo acomodó sobre sus hombros. Le cubría los pechos y llegaba hasta su talle. Después de padecer los cruentos embates del cólera, enfermedad que la había dejado débil y sumamente delgada, su cuerpo empezó a transformarse. La palidez y los huesos marcados en la piel, dieron paso a un color rosado saludable en sus mejillas, y curvas generosas en donde hacían falta. Se puso de costado para seguir mirándose. Su padre siempre proclamaba que no había en Buenos Aires una muchacha más bonita que ella, y aunque nunca fue vanidosa, ahora se encontraba preguntándose por primera vez en mucho tiempo, si en verdad lo era. Después de su lenta recuperación, cuando empezaron a invitarla a las tertulias, tal vez por el miedo a un posible contagio o a su frágil aspecto físico, nadie se le acercaba demasiado. Solía quedarse en un rincón, conversando con sus amigas porque ningún muchacho había anotado su nombre para pedirle un baile. El único que bailaba con ella era Carlitos Guerrero. Para no quedar mal con su hermano y no hacerle un desaire, aceptaba a regañadientes su invitación. La verdad era que nunca le había importado no ser el centro de atención de las miradas masculinas, no cuando ella pensaba solamente en Pablo.

Tenía una silueta armónica, con caderas no muy anchas y pechos bien formados. Era un poco más alta que las jóvenes de su edad, aunque ese detalle nunca la había incomodado. Volvió a quedarse de frente al espejo para contemplar su rostro. El tono verdoso de sus ojos, herencia de la abuela materna, se tornaban más oscuros cuando se enojaba o algo la entristecía. Sus mejillas eran redondas como una manzana y estaban cubiertas de pecas doradas. Los labios, vírgenes porque todavía no habían sido besados, eran gruesos, con el arco de cupido bien marcado. Se pasó la lengua para humedecerlos, mientras se preguntaba cómo se sentiría que la boca de un hombre los probase. Así, con el cabello suelto cayéndole por encima de los hombros y el rostro ruborizado por el rumbo que habían tomado sus

pensamientos, creyó en las palabras de su padre. Se inclinó hacia el espejo y le estampó un beso. Casi le da un síncope cuando la puerta se abrió de repente y su hermana Victoria entró a la habitación.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó, al sorprenderla con el rostro pegado al espejo.

Almudena no le respondió; se apresuró a sentarse frente a la cómoda y empezó a cepillarse el cabello.

—Quería probar un nuevo peinado —dijo por fin, rogando que su respuesta saciara la curiosidad de su hermana.

—¿Hace mucho que llegaste? —Victoria se sentó en el borde de la cama, descansando ambas manos sobre su regazo.

—¡Manuela! —Almudena soltó el cepillo y puso cara de culpa.

—¿Qué hizo mi niña esta vez?

—Estábamos jugando a las escondidas y… —Se puso de pie y caminó hasta la puerta. Movía la cabeza de un lado a otro—. ¡La pobrecita debe pensar que me olvidé de ella!

—No te preocupés por Manuela. La encontré detrás de uno de los cortinados mientras venía a buscarte y le pedí que bajara al salón para que acompañe a Leandrito.

—¿Al salón?

Victoria asintió. Contempló a su hermana menor mientras regresaba junto a la cómoda y se sentaba en la banqueta para continuar cepillándose el cabello. La notó inquieta y sospechaba el motivo de su extraño comportamiento.

—A mí no me engañás, hermanita. Sé que estás enterada de que hemos recibido la visita de Pablo. —Recién entonces Almudena la miró—. No entiendo por qué viniste a encerrarte en tu habitación en vez de ir a saludarlo. Creo que no es precisamente Manuela quien ha estado jugando a las escondidas.

Almudena dejó caer el pesado cepillo de mango de carey encima de la

cómoda, y soltó un resuello.

—¿De qué tenés miedo? Coral te vio, estabas espiándonos.

La menor de los Izaguirre asintió con la cabeza.

—No tuve el valor para reunirme con ustedes en el salón —le confesó—. Cuando Manuela me dijo que alguien del circo había venido a ver a Coral, sentí que me moría. No me lo esperaba, Victoria. Mi corazón ya empezaba a resignarse a la idea de que nunca más lo volvería a ver.

—Preguntó por vos.

Almudena sonrió.

—¿De verdad?

Su hermana asintió.

—Coral le mencionó en sus cartas que te sentías muy triste aún por la muerte de nuestro padre y quería saber cómo estabas.

—¿Y qué le dijeron? —preguntó atropelladamente, presa de la emoción de saber que Pablo se acordaba de ella.

—Le contamos que empezaste a dar clases a los niños del hospicio y que eso te ha ayudado a despejar tu cabeza.

—¿Qué más? —Estaba agarrándole las manos, ansiosa de que le contase todo con lujo de detalles.

—Como no alcanzó a recibir la carta que Coral le envió, lo invitamos formalmente a tu fiesta de cumpleaños.

Almudena se quedó con la boca abierta. Le brillaban los ojos. Cuando se recuperó de la sorpresa, preguntó:

—¿Qué contestó? ¿Vendrá mañana al Club del Progreso?

—Al principio se negó, porque está de duelo por la muerte del hombre que le tendió una mano hace tres años, cuando se fue de Buenos Aires.

La rubia dejó escapar un suspiro lastimero. Era pedir demasiado.

—Coral le insistió tanto ¡que Pablo terminó aceptando!

Almudena se arrojó a sus brazos y empezó a dar vueltas en el lugar,

saltando de alegría, haciendo que Victoria casi tropezara con el borde de la alfombra.

—¡Cuidado! ¡Vamos a terminar en el suelo! —gritó, contagiándose rápidamente de su alegría.

Almudena la soltó, pero no podía dejar de sonreír. ¡Tanto soñar con su fiesta de cumpleaños, bailando entre los brazos del hombre que amaba y ahora Pablo estaría allí, acompañándola en una noche tan importante!

UN GUIÑO DEL DESTINO

Pablo le indicó al cochero que se detuviera y permaneció un rato en el interior de la volanta antes de bajarse. En el bolsillo de su abrigo llevaba la carta que había hallado junto a los papeles de don Casimiro. Esperaba que la dirección continuase siendo la misma. Corrió la cortina y observó hacia la casa. Una criada se encontraba en el jardín, lidiando con un colchón de hojas secas. A su lado, un niño de color la ayudaba a hacer pequeños montones que luego echaban en el interior de una bolsa de arpillera. No distinguió otro movimiento. Miró su reloj de bolsillo. Habían pasado veinte minutos de las nueve. No era demasiado temprano ni una hora inoportuna para presentarse ante la sobrina de Larrea.

Coral lo esperaba nuevamente esa tarde en su casa de Barracas para poder conversar con él a solas. El día anterior, durante el almuerzo que compartiera con la familia Izaguirre, no habían podido charlar con soltura. ¡Y había tanto que decirse! Pensó en ese momento en la ausencia de Almudena en la mesa. Su hermana Victoria se había disculpado en su nombre, alegando que se sentía indispuesta. Lamentaba no haberla visto, pero esa noche tendría el placer de estar presente en su fiesta de cumpleaños.

Cuando el niño que ayudaba a la criada con las hojas secas le apuntó con el dedo, Pablo comprendió que era el momento de presentarse ante la tal Mariana Larrea y finiquitar aquel asunto de una buena vez. Descendió de la volanta y le dijo al cochero que lo esperase. Llevaba en la mano la carta que nunca había sido enviada. Se acercó a la propiedad y, de inmediato, el negrito

le abrió la cancela para que pudiese entrar.

—Pase, señor.

Pablo le sonrió y lo siguió.

—¿Qué desea, caballero? —le preguntó la criada mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Necesito ver a la señorita Larrea, por favor.

La mujer se sorprendió.

—¿No es esta su casa? —insistió en saber Pablo.

—Sí, la señorita Mariana vive aquí mesmo. Es solo que no suele recibir muchas visitas. —Intercambió una mirada cómplice con su ayudante antes de volver el rostro hacia él—. ¿Pa' qué quiere verla?

—Mi nombre es Pablo Medrano y vengo de la provincia de Córdoba, de Cruz del Eje para ser más preciso.

Una mujer, vestida completamente de negro, bajaba las escalinatas en ese momento. Le hizo un gesto con la mano a los criados y ambos se alejaron hacia el interior de la casa sin mediar palabra con la recién llegada.

—Pase por aquí, señor Medrano.

El semblante severo de la mujer le provocó cierta desconfianza. Obviamente no se trataba de la sobrina de don Casimiro. La siguió hasta el vestíbulo, en donde le hizo colgar su abrigo y luego lo escoltó hasta un pequeño despacho al final del pasillo. Tras preguntarle si deseaba beber algo, lo dejó a solas para ir en busca de, según sus propias palabras, "la niña Mariana".

El lugar olía a rancio, como si permaneciera cerrado muchas horas al día. Había una biblioteca junto a la ventana, en donde unos pocos ejemplares cubiertos de polvo descansaban olvidados en los estantes inferiores.

La puerta se abrió y junto a la mujer que lo había recibido, había una joven de cabello castaño y piel muy blanca. Detrás de ambas, apareció una perrita, que después de mover el rabo durante unos segundos, se echó sobre la

alfombra, a los pies de la más joven.

—Me dijo Úrsula que usted quería verme.

La tal Úrsula continuaba a su lado, con la misma expresión adusta en su rostro.

Pablo le tendió la mano, pero la sobrina de Larrea lo dejó con el brazo extendido.

—Mi nombre es Pablo Medrano y he venido para cumplir con una de las últimas voluntades de don Casimiro. —Percibió que la muchacha se estaba poniendo más pálida de lo normal.

La mujer de negro la ayudó a sentarse y le echó un poco de aire con sus propias manos. La perra que la acompañaba saltó encima del sillón.

—¿Última… última voluntad?

Pablo asintió.

—Lamento tener que darle esta triste noticia, pero su tío falleció hace una semana, en un choque de trenes en Laguna Larga. —Por la forma en la que Mariana se echó hacia atrás, él pensó que estaba a punto de desmayarse—. ¿Se siente bien?

—No se inquiete, es solo la impresión —dijo Úrsula al tiempo que le daba unos suaves golpecitos en la mejilla a la joven para ayudarla a reaccionar.

—He traído esto conmigo. —Pablo le mostró la carta que tenía en la mano —. La encontré entre los documentos del viejo. Está dirigida a usted, señorita Mariana. No sé por qué nunca la envió.

—¿La ha leído? —inquirió ella, apenas logró componerse.

—Quizá no debí leerla y le pido disculpas por eso, pero de no haberlo hecho, jamás me habría enterado de que usted existía.

—¿Don Casimiro no le habló nunca de mí?

—Nunca, señorita Larrea.

Ella elevó la cabeza y tragó saliva. No iba a llorar delante de un extraño.

—¿Por qué ha venido a Buenos Aires realmente? No creo que sea solo para

darme una carta de ese hombre.

Aunque tenía los ojos húmedos, hablaba con rencor.

—El abogado de su tío me mandó a buscarla.

—¿A buscarla? —intervino la mujer vestida de negro.

—Para la lectura del testamento. No podrá abrirlo si no está usted presente —le informó.

—No quiero viajar a Córdoba. Tampoco me interesa la herencia de ese señor —dijo tajante la joven.

Después de leer el contenido de la carta, Pablo se esperaba una reacción semejante.

—No sé qué fue lo que ocurrió entre usted y su tío, yo solo vine hasta aquí para cumplir, con el que creo, era mi deber. Lo quiera o no, es la única pariente de don Casimiro y, por lo tanto, la justa heredera de todos sus bienes.

—¡Ya le he dicho que no quiero nada de ese hombre! —replicó, apartando a la perra de su regazo para ponerse de pie—. ¡Jamás le importé y me alegro mucho de que se haya muerto!

Úrsula le sujetó del brazo con fuerza para hacerla callar.

—Querida, no digas algo de lo que luego te puedas arrepentir —le advirtió. Miró a Pablo—. Le pido que disculpe a mi niña, señor Medrano. La noticia la ha afectado más de lo esperado.

—No hay nada de que disculparse. Entiendo que se sienta dolida con él por abandonarla durante todos estos años.

—¿Es usted uno de los empleados de don Casimiro? —quiso saber Úrsula.

Pablo la miró. Aún ignoraba qué relación tenía esa mujer con la sobrina de Larrea. Supuso que sería su dama de compañía por el modo en el que se dirigía a ella.

—He estado a su lado los últimos tres años de mi vida. Nos conocimos de casualidad y no dudó ni un momento en brindarme su ayuda cuando yo más la necesitaba. Me convertí en su mano derecha, en el hijo que nunca tuvo.

—¡Y jamás le dijo que tenía una sobrina! —replicó Mariana con sarcasmo.

Pablo negó con la cabeza.

—A través de esta carta y de los libros de contabilidad, descubrí que él ha estado enviándole una suma de dinero todos los meses.

—¡Es lo menos que podía hacer!

—Yo viajé a Buenos Aires para notificarla personalmente sobre la solicitud del abogado, señorita Larrea. No creí pertinente hacerlo por carta, mucho menos, avisarle de la muerte de su tío.

—Se lo agradecemos, señor Medrano.

Él le entregó la carta a la mujer porque Mariana estaba todavía demasiado perturbada. Úrsula la dejó encima de una repisa y le preguntó si deseaba quedarse a almorzar. Sospechando que su visita no le había caído bien a ninguna de las dos, declinó la invitación. Les anunció que pasaría a verlas antes de abandonar Buenos Aires para que le dieran una respuesta. Creyó oportuno aclararles que no era necesario que se precipitaran en tomar una decisión. Tampoco quería que viajaran con él. Cuando regresara a Cruz del Eje hablaría con el abogado para pedirle un poco más de tiempo. Mientras esperaban la lectura del dichoso testamento, las cosas en La Querencia podían seguir tal como estaban.

Úrsula lo acompañó a la salida y le pidió disculpas nuevamente por la reacción de Mariana. Le prometió que tendrían una respuesta para él antes de que dejase la ciudad.

Pablo miró su reloj. Coral lo estaba esperando y ansiaba tanto volver a verla que se subió de un salto a la volanta. No fue directamente al barrio de Barracas; pasaría primero por la pensión y luego le preguntaría al cochero por alguna tienda distinguida para comprar el obsequio de cumpleaños de Almudena.

A través de la ventana de su habitación, Mariana se quedó contemplando la volanta hasta que desapareció. Se acercó a la cama y se sentó, cuando escuchó

pasos en el pasillo.

Úrsula entró, cerró la puerta y la observó.

—No voy a obligarte a hacer nada que no quieras, Mariana…

—¿Pero? —la interrumpió la muchacha.

—Pero no podemos permitir que todo su dinero termine en las manos equivocadas.

—¿Te referís a Pablo Medrano?

La mujer asintió.

—Él mismo aclaró que era como un hijo para Larrea. Es muy probable que le haya dejado parte de su patrimonio. No es justo que se quede con lo que, por ley, te pertenece solo a vos. —La muchacha no era ambiciosa, pero tampoco tonta—. Creo que sería una muy buena forma de vengarte del viejo. Viajaremos a ese pueblucho de Córdoba y estaremos presentes durante la lectura del testamento. Quizá corramos con suerte y te haya heredado sus tierras. ¡Deben valer una fortuna!

—¿Para qué quiero yo unas tierras en un lugar como ese? —retrucó, cruzándose de brazos.

Úrsula sonrió. ¡A veces parecía tan ingenua!

—No hace falta que te quedes con ellas, Mariana. Podrás venderlas al mejor postor y regresar a Buenos Aires con las manos llenas de dinero.

Los ojos castaños de Mariana se iluminaron. La idea no le disgustaba. Si bien desconocían aún la última voluntad de su tío, el hecho de que su abogado mandase a buscarlas, debía significar que sí estaba incluida en su testamento.

—¿Tenemos fondos suficientes para afrontar los gastos de un viaje a Córdoba? —La cantidad que Larrea le enviaba no alcanzaba para cubrir todas sus necesidades. Aunque no solía dilapidar el dinero en fruslerías, sí le gustaba aparentar lo que no tenía. Debido a la poca liquidez de los últimos meses, había dejado de asistir a eventos sociales. Si Úrsula tenía razón y lograba sacarle provecho a la muerte de su tío, volvería a brillar en los

salones de baile porteños.

*

Gabriel puso mala cara cuando se vio obligado a ausentarse de la casa porque lo requerían en la hiladora. Coral le dijo que no había nada de qué preocuparse y bromeó con él, asegurándole que lo esperaría en caso de que su hijo se atreviera a nacer esa tarde. La insistencia de su esposa despertó las sospechas de Gabriel. Estuvo a punto de preguntarle si esperaba la visita del Payo, pero optó por no hacerlo. Se enteraría de todos modos. Se despidió de ella con un beso y le prometió que estaría de regreso a tiempo para prepararse para la fiesta de cumpleaños de su hermana.

Almudena se encontraba en su habitación en compañía de la modista. En el Club del Progreso estaba todo listo para celebrar los veintiún años de la hija de uno de sus socios más queridos y recordados. La lista de invitados era abultada y de lo más selecta. Entre los nombres que la integraban se destacaban: don Carlos Tejedor, ministro de Relaciones Exteriores del gabinete presidencial de Sarmiento, y Diego de Alvear, uno de los fundadores del club. También estaban los Pereyra Iraola, los Robles, los Anchorena y los Sáenz Valiente. Tras una difícil negociación, habían logrado contratar al gran tenor alemán Giulio Perotti para que deleitase a los invitados con su increíble voz.

Se esperaba que fuese uno de los acontecimientos del año.

Para la festejada, sin dudas, lo sería.

La costurera, de rodillas en el suelo, hacía maravillas con las manos mientras hilvanaba una delicada blonda de color rosa pálido al ruedo del vestido. El modelo lo había elegido la propia Almudena tras hojear varias revistas de moda que recién acababan de llegar del extranjero. Estaba cansada y aburrida de tantas pruebas, pero solo faltaban un par de detalles para

terminarlo. El vestido era regalo de su hermana Victoria, quien, entre la tela, los accesorios y el trabajo de la modista, se había gastado un dineral.

—¿Le subo un poco el escote o así está bien?

Almudena estaba tan absorta en sus pensamientos que no se había percatado de que la costurera ya estaba de pie, con el alfiletero en mano para seguir con su labor en la parte delantera del vestido. Se miró al espejo.

—Me gusta así —respondió. El escote era un poco más atrevido de lo que estaba acostumbrada a usar, pero la exclusividad del diseño y la ocasión especial en la cual lo llevaría, ameritaba el riesgo. Le importaba poco lo que dirían los demás. Era su cumpleaños y tenía todo el derecho del mundo de ir vestida como quisiera. Además, le provocaba cierta excitación ver la cara que pondría Pablo cuando la viera. ¿La invitaría a bailar? Le había prometido una pieza a Carlos Guerrero, pero no planeaba pasar toda la velada a su lado. Cavilando sobre lo que sucedería esa noche en el Club del Progreso se le pasó el rato volando. La modista le ayudó a quitarse el vestido y la joven la invitó a dirigirse al cuarto de bordado para que lo pudiese terminar con calma. Estaba cambiándose cuando Eudocia entró a la habitación con una sonrisa de oreja a oreja en su rostro.

—Menos mal que te veo, ¿podrías llevarle algo de tomar a la modista mientras trabaja en mi vestido?

—Ahora mismo voy, mi niña, pero primero tengo que decirle algo que sé que la va a poner muy contenta. —La negra apenas podía aguantar la emoción —. ¿A qué no adivina quién acaba de llegar y está esperando a misia Coral en el salón?

Almudena se volteó y la miró.

—¿Ha venido Pablo? —Se quedó a medio vestir, con la enagua por la cintura.

La criada asintió.

—Me imagino que hoy no se va a esconder, ¿verdad, mi niña?

Como respuesta, solo recibió un gesto de exclamación de parte de la joven.

—No pensaba verlo hasta esta noche. ¿Qué está haciendo acá?

—No vino solo…

Almudena la fulminó con sus ojos verdes.

—¿Cómo que no vino solo?

—¡No se asuste, niña Almu! Llegó cargando algunos paquetes, por lo que oí, son regalos para su cuñada y el niño Leandro. Supongo que también habrá traído algo para la cumpleañera de la casa.

—¿Será que acaso se arrepintió y no irá al Club del Progreso esta noche? —No quería siquiera pensar en esa posibilidad. ¡Deseaba tanto contar con su presencia!

La negra se encogió de hombros mientras le ataba el lazo del vestido.

—No lo sé, niña. Deberá bajar y descubrirlo usté misma.

Almudena quería tener el valor de vencer todos sus temores para poder correr hasta el salón y abrazar Pablo después de tres largos y tortuosos años. Sin embargo, una razón poderosa se lo impedía. Las palabras cargadas de sentimientos que él le había escrito a Coral, todavía laceraban su alma. En todo ese tiempo no la había olvidado y ella continuaba suspirando por su causa.

—Vaya, mi niña. Hágame caso —le aconsejó la negra, apretándole la mano. Nadie sabía más que ella de su sufrimiento; tampoco imaginaban cuántas noches había permanecido a su lado, enjugando su llanto mientras se adormecía en su regazo, musitando el nombre de ese amor imposible que le había robado el corazón.

—No puedo hacerlo. No tengo el valor de enfrentarlo todavía, Eudocia.

—Él preguntó por su merced —le dijo para ver si lograba convencerla.

Se sentó en la cama y se cruzó de brazos. Pablo estaba a tan solo unos pocos metros de distancia, quizá esperando verla antes de la fiesta y ella solo era capaz de pensar en el amor que todavía sentía por Coral.

—Bajá y decile que me es imposible verlo ahora porque estoy con las últimas pruebas de mi vestido —le pidió. En parte era verdad y eso aminoraba la culpa. Después, para justificar su falta de valor, añadió—: No pretenderás que me vea con estos rulos de metal en la cabeza, ¿no?

La negra puso mala cara.

—¿Por qué le tiene tanto miedo, niña?

Almudena se mordió el labio.

—Porque él sigue enamorado de la esposa de mi hermano, y contra eso no hay nada que yo pueda hacer. —Se acostó y le dio la espalda. Cuando escuchó que Eudocia cerraba la puerta de la habitación, cubrió su rostro con ambas manos y se echó a llorar, más por su cobardía que por el hecho de amar a un hombre que jamás correspondería a sus sentimientos.

*

Cuando Coral ingresó al salón y vio que solo Pablo la estaba esperando, lamentó que su cuñada se hubiese escondido nuevamente de él. Ni siquiera el poder de convencimiento de la negra Eudocia había dado resultado. Sabía que la modista se encontraba en la casa para terminar su vestido y apostaba que le había servido de excusa a Almudena para justificar su ausencia una vez más.

Pablo estaba sentado en el sillón de tres cuerpos. Había unos cuantos paquetes amontonados a su lado y por la parte superior de uno de ellos se asomaban dos palos de madera. Supo de inmediato que se trataba de dos clavas como las que solía utilizar en uno de sus números más aplaudidos en el circo. Con una mano en la espalda y la otra en el vientre, se acercó. Él rápidamente se puso de pie y la alcanzó en el medio del salón. Se fundieron en un abrazo tan emotivo como el que se dieran el día anterior, y Coral, más sensible de lo habitual debido a su estado, no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Al separarse, él se las secó con las yemas de sus

dedos.

—No llores, mi adorada Coral. —Ahora que Izaguirre no estaba presente, podía llamarla del modo que quisiera. Quizá no tenía derecho de tratarla con tanta intimidad, pero a ella no le importó—. Me alegra que tu esposo no se encuentre en casa, mirándome con esa cara de perro rabioso a punto de saltar sobre mi cuello —se atrevió a bromear. Logró que al menos Coral esbozara una sonrisa.

—El destino se puso de nuestro lado —se prendió de su brazo y la acompañó a sentarse—. Gabriel no planeaba salir de la casa hoy, pero vinieron a avisarle que uno de los proveedores lo esperaba en la hiladora y no tuvo más remedio que irse. Necesitaba tanto estar a solas contigo. Ayer no pudimos hablar casi nada y no alcanza con una carta para recuperar todo el tiempo que hemos perdido.

A Pablo lo puso nervioso la mención de la carta, por esa razón, creyó conveniente hablarle de ella primero.

—Ahora que estoy aquí, quisiera pedirte disculpas por lo que escribí.

—¿Por qué deberías hacerlo? Simplemente expresaste lo que sentías y eso no es motivo para pedir disculpas —lo tranquilizó—. Supe de tus sentimientos cuando mi corazón ya le pertenecía a Gabriel.

—¿Crees que las cosas habrían sido distintas si te hubiese confesado antes lo que sentía por ti?

—No tengo la respuesta a esa pregunta, Pablo. El habría no existe, mucho menos cuando el destino mueve sus hilos a su antojo. —Se tocó el vientre cuando sintió que su hijo se movía—. Nunca dudé que el mío era estar junto a Gabriel. A ti te quiero mucho… eres mi mejor amigo, el hermano que nunca tuve. El hombre que desgració su vida para salvar mi honra.

Pablo no quería arruinar el encuentro hablando de Román Marchena, pero ahora que ella había sacado a colación ese escabroso asunto, tenía que preguntar.

—¿Has tenido noticias del circo?

—No, desde ese día en el que lo abandonamos, no supe más de ellos.

—¿No han regresado al país?

—De haberse presentado en Buenos Aires, lo sabríamos. Gabriel, gracias a uno de sus contactos que trabaja en la Aduana, ha estado al tanto de la entrada de algunos circos provenientes de España, pero el de Marchena no se encontraba entre ellos.

—¿Izaguirre lo sabe todo?

—Sí. También se lo conté a Almudena…

—¿A ella? ¿Por qué? —replicó Pablo.

Coral no podía poner en evidencia los sentimientos de su cuñada, así que pensó en una excusa creíble.

—Porque no entendía la razón de tu alejamiento. Almudena no es tonta y dedujo que estabas huyendo de alguna cosa. Tengo la confianza suficiente con mi cuñada como para habérselo contado —se justificó.

A Pablo no le agradaba demasiado la idea. Era entendible que su esposo lo supiera, pero Almudena no tenía por qué estar al tanto de lo que había hecho. ¿Qué pensaría de él?

—Si lo que realmente te inquieta es lo que Almudena cree de ti después de saber que mataste a Román para impedir que abusara de mí, puedes quedarte tranquilo que ella jamás te va a ver como un mal hombre, mucho menos como un asesino —le aseguró.

—Pero lo soy, Coral. Acabé con su vida… me manché las manos con su sangre. —Agachó la cabeza. Sentía vergüenza de mirarla a los ojos.

—Pablo, mírame —le pidió.

Él obedeció.

—Si Román hubiese empuñado esa daga, serías tú quien estaría muerto ahora y eso jamás me lo habría perdonado. Yo no fui siquiera capaz de imaginar los oscuros sentimientos que Román tenía por mí. No quiero que

sigas cargando con la culpa de algo que ninguno de los dos buscamos. Él pagó el precio de su vileza, nada más.

Pablo admiraba la capacidad que tenía Coral para dejar el pasado enterrado. Deseaba hacer lo mismo; sin embargo, la muerte de Román Marchena pesaba en su conciencia y estaba seguro de que jamás lo abandonaría.

—Deberías olvidarlo, Pablo. —Le rozó la mano y él la tomó entre las suyas. Notó que reprimía las ganas de besarlas—. Eres un hombre maravilloso que merece ser feliz. Estoy segura de que, por allá, en ese pueblito de Córdoba en el cual te has recluido, dejaste un tendal de señoritas casaderas aguardando tu regreso.

El comentario le sacó una sonrisa.

—No hay ninguna señorita casadera —le aclaró. Obvió mencionar el nombre de Eugenia Balbuena. Lo que había entre ambos era solo un inocente juegos de apariencias.

Ella lo miró incrédula.

—¿Vas a decirme que, en todo este tiempo, un hombre tan apuesto como tú, no ha podido conquistar el corazón de ninguna damisela cordobesa? ¡No lo creo!

—Es verdad y no debería sorprenderte —respondió, bajando la mirada para contemplar sus manos que todavía continuaban entrelazadas.

—¿Cuándo vuelves a Córdoba? —le preguntó, atrayendo nuevamente su atención.

En un arranque de locura, a Pablo se le cruzó por la cabeza el deseo de robarle un beso. Si Coral no estuviese casada y a punto de dar a luz a su segundo hijo, sabía que habría sido capaz de cometer semejante osadía. Después vendría el arrepentimiento y el pedido de perdón, pero al menos se llevaría en los labios el dulce sabor de su boca.

—En un par de días dejo Buenos Aires. No puedo pasar más tiempo lejos

de la estancia, hay algunos asuntos que debo tratar personalmente. Hay que comenzar cuanto antes con los arreglos de la nueva escuela.

—¿Nueva escuela?

—Así es. Como te comenté en mi carta, Cruz del Eje es un pueblo joven, con ansias de crecer. Una de las necesidades más urgentes es abrir una escuela. Ese era el sueño de don Casimiro y yo voy a concretarlo.

Mientras Pablo hablaba, Coral ya empezaba a trazar un plan. ¿Una escuela? Almudena trabajaba como maestra. Se le iluminó el rostro cuando descubrió que tenía al alcance de la mano la posibilidad de juntar por fin a esos dos necios.

—Y dime, ¿cuándo podrá funcionar la escuela?

—Espero que pronto. —Se sorprendió por su repentino interés—. Hace falta algunos arreglos pero, en general, la casa está en buenas condiciones. También hay que conseguir el material necesario para amueblar el aula y, por supuesto, contratar a un maestro para que imparta las clases.

—¿Ya tienen un maestro a la vista?

—No.

—Podría ser mujer —susurró Coral, quien ya tenía en su cabeza la excusa perfecta para que Almudena estuviese cerca de Pablo.

—¿Qué has dicho?

—Que podrían contratar a una maestra.

—¿Una maestra?

Coral asintió.

—¡Y tengo a la candidata perfecta!

Por el modo en el que le brillaban los ojos, Pablo sabía que estaba tramando alguna cosa. Siempre era así cuando vivían en el circo y ella quería darle una sorpresa.

—¿De quién se trata?

—De Almudena, por supuesto.

Él arrugó la frente.

—¿Tu cuñada?

—Sí. Ella está colaborando con la congregación de mi madre, dando clases a los niños del hospicio. Te puedo asegurar que es una excelente maestra, muy cariñosa…

—Coral, no dudo de que lo sea —la interrumpió Pablo, sorprendido por su entusiasmo— pero Almudena jamás aceptaría dejar Buenos Aires para irse a vivir a un lugar como Cruz del Eje. Ella está acostumbrada a los lujos de la gran ciudad; allí no se sentirá cómoda.

—Eso lo sabremos solamente si se lo preguntamos a ella, ¿no te parece? —Ante la falta de respuesta de Pablo, agregó: —Si no tienen a nadie en vista, creo que Almudena podría ser la mejor opción para ocupar ese cargo.

—No hemos hablado todavía sobre el posible candidato.

Coral celebró en silencio la noticia. Sabía que quizá su plan era algo arriesgado. Ni siquiera había barajado la posibilidad de que Almudena se negara a aceptar. Mucho menos aún; si ella finalmente accedía a viajar a Cruz del Eje para convertirse en la primera maestra del pueblo, había un escollo más grande que sortear: Gabriel. Si él no daba su permiso para que la pequeña de la familia emprendiera su propia aventura lejos de casa, su sueño de ver a Pablo y a Almudena juntos jamás se concretaría.

La aparición de Victoria y los niños en el salón dejó la conversación inconclusa. Pablo salió de la mansión Izaguirre de prisa para no toparse con el esposo de Coral. Mientras atravesaba la vereda en dirección al coche de alquiler que lo estaba esperando, tuvo la imperiosa necesidad de voltearse. Cuando lo hizo, descubrió que alguien lo espiaba a través de una de las ventanas de la planta alta. A pesar de los trapos anudados en el cabello y la sombra que proyectaba el roble sobre la pared, la reconoció.

La saludó con un ligero movimiento de cabeza, pero como ella no respondió, se subió al carruaje y le ordenó al cochero que se pusiera en

marcha. Antes de desaparecer por la Calle Larga, y al igual que esa tarde de verano, cuando sus miradas se encontraron por primera vez en la quinta de San José de Flores, Pablo le guiñó el ojo a Almudena.

LA MAGIA DE ESTAR ENTRE TUS BRAZOS

Esa noche, mientras Eudocia la ayudaba a entrar en el vestido que luciría en la fiesta, Coral permanecía en silencio, cavilando sobre la manera más eficaz para convencer a Gabriel de que le permitiera a su hermana viajar a Cruz del Eje. Todavía no había hablado con Almudena. Prefería enfrentarse primero a su esposo para no decepcionarla ante una posible negativa de su parte. Ahogó un grito de dolor cuando la negra apretó de más el lazo que rodeaba el inmenso talle del modelo que se había mandado a confeccionar y que ahora, al probárselo, le costaba cerrar.

—Usted está más gorda, misia Coral. —El lazo no alcanzaba a cubrir la circunferencia de su vientre y no había manera de acabarlo en un moño.

Coral puso cara de inocente. La verdad era que, durante las últimas semanas, cuando nadie la veía, se colaba en la despensa para embadurnarse los dedos con dulce de leche. Su madre lo elaboraba en el convento y era su perdición.

—Esta criatura es la culpable, Eudocia —respondió, acariciándose la panza —. Con Leandrito no aumenté mucho de peso.

—Y cuando lo estaba esperando a él tampoco se escondía para comer — adujo la otra, quien sabía de sus escapadas a la despensa.

Las mejillas de Coral se tiñeron de un rojo tan intenso como la tonalidad de su cabellera. No imaginaba que ella estuviese al tanto de sus visitas nocturnas a la despensa.

—¡No lo puedo evitar!

La negra le sonrió de manera comprensiva.

—No tiene que decir nada. Tampoco preocuparse por unos cuantos kilos de más que, estoy segura, perderá después del nacimiento de Sarita. —Aunque el sexo de su segundo hijo era incierto, Coral alegaba que esta vez serían bendecidos con la llegada de una niña, quien llevaría el nombre de su querida mamá gitana.

—Gabriel no se ha quejado —manifestó la pelirroja, ahogando la risa.

—¡No se ría que no puedo ajustar el lazo! —le advirtió la negra, divertida.

Coral contuvo la respiración un segundo mientras ella maniobraba con la tela de raso en su espalda. Cuando comprendió que no lograría atarla, la eficiente Eudocia optó por una solución más simple: buscó un par de imperdibles y lo enganchó en el bies de la cintura, doblando la tela hacia adentro.

—¡Ya está! ¡Nadie se dará cuenta!

Coral la miró a través del espejo. Lucía extenuada y se sentía culpable por ello.

—No deberías esmerarte tanto en mí, Eudocia. Después de todo, me la pasaré toda la noche tirada en algún sillón rogando que mis piernas no se hinchen demasiado y mis riñones me den una tregua. La reina de la fiesta es Almudena… ella es quien va a brillar en el salón del Club del Progreso. —Al decir esto último, hizo un gesto con la boca que dejó intrigada a la negra. Iba a preguntarle qué estaba tramando, pero su esposo entró a la habitación y le pidió que los dejara a solas.

Gabriel contempló a Coral de arriba abajo, ponderando la elegancia y sobriedad de su vestido. Fue hasta el perchero, dejó el saco y empezó a quitarse la camisa.

—Me contó un pajarito que recibiste una visita esta tarde —comentó sarcástico.

—Te han contado bien, querido. Pablo ha vuelto y lo ha hecho cargado de

regalos.

—Ya lo sé. Vi a Leandro jugando con dos palos de madera en el patio. Estaba lanzándolos por el aire. No sé cómo no se ha dado un coscorrón en la cabeza.

—Son clavas —le explicó—. Con ellas, Pablo se lucía en el circo, haciendo malabares.

—¿Y qué pretende Medrano al regarle a nuestro hijo algo semejante? ¡Ya me imagino las ideas que le meterá en la cabeza! ¡No me extrañaría que Leandro me pida ahora que lo lleve a conocer el circo!

—No exageres, Gabriel. —Coral le habló con voz queda, acompañando sus palabras con una sonrisa. Estaba alterado y parecía que no se iba a conformar con lo que ella le dijese—. Pablo se las regaló con la mejor intención. No tienes por qué enojarte.

Vestido solamente con su ropa interior, Gabriel se sentó en la cama.

—¿Por qué aprovechó que yo no me encontraba en casa para venir a verte? Pensé que con la visita de ayer era suficiente. —Le apuntó con un dedo—. ¡Y no me digas que vino para traer los regalos porque sé que no es así!

—¡Aunque no lo creas, vino a eso! Fue casualidad que llegara cuando tú estabas ausente. Sin embargo, reconozco que me alegra que lo haya hecho. Hablamos largo y tendido. Pudimos aclarar algunos malentendidos, y lo más importante, comprendió por fin que eres el hombre que amo. El más testarudo y celoso del mundo, pero a quien elegí amar por el resto de mi vida.

Las palabras lisonjeras de Coral apenas lograron aplacar el mal humor de Gabriel. Usando una táctica que sabía tendría más eficacia, se acercó y se sentó a su lado. Guardó silencio, esperando escuchar lo que tenía para decirle.

—Me molesta que el Payo haya regresado —reconoció—. No esperaba volver a verlo, mucho menos cuando creía que ni siquiera había respondido a tus cartas.

—Me contestó solamente una —le aclaró ella.

Gabriel se cruzó de brazos.

—¿Y por qué nunca me lo contaste?

Coral sabía que había obrado mal al ocultarle la existencia de la carta, por esa razón, hizo algo impensado. Fue hasta el secreter, sacó un sobre del interior de uno de los cajones y se lo entregó.

—No debí esconderla de ti, lo siento. —Volvió a sentarse junto a él y lo observó mientras leía la única carta que había recibido de Pablo; esa en la cual le confesaba que aún no la había olvidado. Notó la expresión de furia en su rostro, incluso tuvo la sensación de que deseaba romper la carta y que no lo hizo para no molestarla.

Gabriel se puso de pie y le dio la espalda.

—Por eso no me dijiste nada, ¿verdad? No querías que supiera que Medrano sigue enamorado de vos.

—¿Qué habría ganado si la leías en ese momento? —retrucó. Odiaba cuando le hablaba y no la miraba—. Pablo ha pasado por una experiencia muy dura; no olvides que asesinó a un hombre para impedir que me deshonrase.

Dominado por la ira y la impotencia, Gabriel apretó los puños hasta estrujar el papel entre las manos. Aunque odiaba la idea de que el Payo se acercara a Coral, no podía ignorar lo que había hecho por ella en el pasado.

—No soporto la manera en la que te mira.

Ella se acercó y le acarició el rostro.

—Y Pablo prefiere no cruzarse contigo porque detesta tus ínfulas de señorito de sociedad —le soltó, a sabiendas de que podría empeorar la situación.

Gabriel arrugó la frente.

—¿Eso es lo que piensa de mí tu querido amigo?

Ella asintió.

—Tú no le caes bien y él tampoco te agrada. Sin embargo, Pablo jamás se atrevería a hacer nada que atentara contra mi felicidad. Se ha resignado a

verme a tu lado y eso debería conformarte a ti también, ¿no crees?

—¿Cuándo se marcha? —preguntó Gabriel, ansioso de verlo regresar a Córdoba cuanto antes.

—De eso precisamente quería hablarte…

—Supongo que después de la fiesta de esta noche dejará Buenos Aires.

Coral le contó sobre la sobrina de Casimiro Larrea y la intención de Pablo de convencerla para que viajara a Cruz del Eje para la lectura del testamento.

—No tienes nada de qué preocuparte, Gabriel. La conversación que hemos tenido Pablo y yo más temprano ha servido para que él acepte por fin que mi felicidad está a tu lado.

Gabriel prefirió guardarse su opinión. Después de leer lo que le había escrito, dudaba seriamente que Medrano renunciara a ella con tanta facilidad.

Coral vislumbró el cambio que se produjo en su semblante y esa especie de tregua repentina la animó a contarle sobre su plan.

—Pablo me ha comentado que allá en Cruz del Eje están remodelando una casa para convertirla en escuela. Era el sueño de don Larrea y él quiere concretarlo. —Como Gabriel no dijo nada, continuó con su relato—. Todavía no han encontrado un maestro que imparta las clases a los niños del pueblo, por esa razón, me atreví a sugerirle el nombre de tu hermana. —Se preparó para una reacción explosiva, pero el silencio en el cual se sumió su esposo la dejó perpleja—. ¿Hice mal?

Primero la observó con incredulidad, luego, cuando se dio cuenta de que ella no estaba bromeando, comenzó a agitar la cabeza.

—¡No podés estar hablando en serio!

—¡Claro que estoy hablando en serio! —Ahora ella la que se cruzaba de brazos, en una clara actitud beligerante—. No sé si te habrás dado cuenta, pero durante todos estos años, Almudena ha estado enamorada de Pablo. Creo que es una muy buena oportunidad para que se acerque a él y logre que por fin se olvide de mí.

Gabriel no salía de su asombro. ¿Almudena enamorada de Medrano? ¿Cómo era posible que jamás lo percibiera? Ahora comprendía muchas cosas: su escaso interés en los eventos sociales a los que era invitada o ese constante rechazo que mostraba ante las atenciones de su amigo Carlitos Guerrero. La muerte de su padre la había sumido en la tristeza, pero ahora venía a descubrir que la pequeña Almudena sufría mal de amores.

—Ni siquiera lo sospechabas.

Él negó con la cabeza.

—Almudena se enamoró de Pablo desde el primer momento en que lo vio, pero sabía de los sentimientos que él abrigaba hacia mí y nunca se atrevió a confesarle que lo quería. Todo este tiempo esperó noticias suyas; por más que la insté a que le escribiera, no lo hizo.

—Y ahora pretendés enviarla lejos para que intente conquistarlo y así él deje de quererte —repuso con disgusto.

A Coral le sonó mal lo que acababa de decir. Su único propósito al sugerir que Almudena impartiera clases en la escuela de Cruz del Eje era que pudiera pasar tiempo con Pablo. Estaba segura de que esa cercanía entre ambos propiciaría un romance. Gabriel podía decir misa, pero ella no iba a desistir de su plan.

—¿Has hablado con ella, al menos? ¿Qué piensa Almudena de esta locura?

—No se lo he dicho todavía. —Se inclinó un poco hacia atrás porque su hijo había empezado a moverse. Se masajeó el vientre—. Quería que tú lo supieras primero para darle la buena noticia.

Él la miró, incrédulo. Era evidente que estaba dando por sentado que daría su consentimiento.

—¡Jamás lo permitiré! —bramó, al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Por qué no? Almudena tiene derecho a buscar su felicidad y no me cabe la menor duda de que está al lado de Pablo.

—¿Al lado de un hombre que piensa en otra? —le recordó.

—Sé que eso va a cambiar. Ellos trabaron una amistad muy bonita hace tres años; es solo cuestión de tiempo y de mucha paciencia. Pablo terminará loco por tu hermana —esgrimió, en un último intento por convencerlo—. No querrás convertirte en un obstáculo entre Almudena y el hombre que ama, ¿verdad? ¿Acaso te has olvidado de todo lo que tuvimos que pasar nosotros para poder estar juntos?

Gabriel se quedó callado. Coral sabía qué palabras usar exactamente para dejarlo sin argumentos. Se resistía a la idea de que Almudena se marchara lejos, sin embargo, ¿quién era él para impedírselo? Se preguntó qué habría hecho su padre en una situación semejante. Entonces recordó que él no era tan intransigente. Si Coral tenía razón y la felicidad de su hermana estaba junto a Medrano, era mejor aceptarlo cuanto antes. Con lo testaruda que era su querida esposa, estaba convencido que no lo dejaría en paz hasta que diera su permiso.

—Si Almudena está de acuerdo, puede hacer ese viaje. Eso sí, dejará Buenos Aires recién después de tu alumbramiento.

—¡Por supuesto! ¡Ella no querría perderse el nacimiento de su sobrina por nada del mundo! —respondió Coral, sonriendo de oreja a oreja, feliz de haberlo hecho cambiar de idea tan pronto.

—Otra cosa más. —Elevó el dedo índice de su mano derecha hacia ella—. El asesinato de Urquiza y el resurgimiento de los malones han convertido la campaña en un territorio peligroso. De ninguna manera voy a dejar que mi hermana viaje sola, y no voy a dar mi brazo a torcer al respecto. Creo que Ceferino es la compañía indicada para que la escolte hasta Cruz del Eje. Si pudiera, yo misma iría con ella, pero no podré alejarme de Buenos Aires. No con nuestra hija recién nacida y la hiladora en pleno proceso de expansión.

Coral estuvo de acuerdo con él. Cualquier cosa con tal de que Almudena pudiese reencontrarse con Pablo en la provincia de Córdoba.

—Hablaremos con ella mañana —sugirió Gabriel—. Esta noche es su

cumpleaños y lo único que quiero es que disfrute de la fiesta.

Coral notó la emoción en su voz. Se aproximó y recostó la cabeza en su pecho desnudo.

—Gracias. Sé que te dolerá dejarla partir, pero es lo mejor que puedes hacer por ella.

Gabriel le acarició la espalda y cerró los ojos. Esperaba no estar cometiendo un error. La felicidad de su hermana pequeña dependía de la decisión que acababa de tomar.

*

La noche estaba cálida y una suave brisa que traía el olor del río soplaba sobre la ciudad de Buenos Aires, presagiando tormenta. Ajenos a los vaivenes del clima en ese atípico otoño porteño, los invitados a la fiesta de cumpleaños de Almudena Izaguirre comenzaban a llenar las instalaciones del distinguido Club del Progreso para celebrar a la hija menor de una de las familias más poderosas de la ciudad. El gran salón rojo, con sus despampanantes arañas de bronce, sus butacas de terciopelo y cortinados de seda, había sido adornado con flores y guirnaldas de colores.

En un rincón del lujoso recinto, con una copa de ponche en la mano, un hombre trataba de no llamar demasiado la atención.

Pablo había llegado temprano, demasiado quizá, y ahora se sentía perdido en medio de toda esa marea de gente pituca que sonreía mientras se movía de un lado a otro, mareándolo con sus atuendos pomposos y sus perfumes caros. Él, que había hecho ese viaje a las apuradas, trayendo consigo apenas una muda de ropa para cambiarse, tuvo que desembolsar parte del dinero para comprarse un traje acorde a la ocasión. Le costaba acostumbrarse a usar una prenda tan distinguida, pero debía hacerlo para no quedar mal con Coral y la familia Izaguirre. Bebió un sorbo de ponche mientras oteaba por encima de la

copa hacia la entrada principal. La festejada todavía no había llegado y era evidente que todos aguardaban con impaciencia su aparición. Una orquesta compuesta por cinco músicos deleitaba a los presentes con una melodía clásica que rápidamente le provocó cierto sopor. De vez en cuando, el talentoso tenor Perotti salía para entonar alguna canción de su repertorio más selecto. Por un instante tuvo el deseo de marcharse. Nadie notaría su ausencia, mucho menos Almudena, quien, estaba seguro, apenas se acordaría de él. El silencio que se hizo de repente, seguido por el murmullo de los invitados, evitó que se moviera de su sitio. Al volver a clavar sus ojos verdes en la puerta de acceso al salón rojo, quedó totalmente embelesado por la mujer de figura angelical que ingresaba al lugar de la mano de su hermano Gabriel. Le costó reconocerla. Poco quedaba de esa niña paliducha y enferma que había dejado de ver tres años atrás. Almudena caminaba entre la gente con una sonrisa en los labios. El vestido, que parecía tener vida propia, se iba moviendo al compás de su andar pausado y elegante. Tenía el cabello recogido en lo alto de la cabeza, adornado con una diadema de perlas blanquísimas, y un chal de seda le cubría los hombros desnudos. La imagen lo dejó boquiabierto, pero comprobó que no era el único. Cuando fue capaz de apartar la mirada de la cumpleañera, descubrió que detrás venían Coral y su cuñada Victoria. No habían reparado en su presencia y no fue capaz de hacerse notar todavía. Prefería contemplar a Almudena desde su rincón, escudado detrás de una pareja cincuentona que llevaba un buen rato discutiendo. La vio acercarse a un grupo de muchachas de su edad que la llenaron de besos y abrazos. Izaguirre se había apartado de ella para regresar al lado de su esposa. Coral también estaba muy hermosa. Su cabello rojo fulguraba bajo la luz de los candelabros. Ni siquiera el abultado vientre que acariciaba con una de sus manos, le quitaba un ápice de belleza. Su esposo la tomó del brazo y la condujo hacia uno de los únicos canapés vacíos que había en el lugar para que descansara. Fue en ese preciso momento, mientras Coral se echaba aire con un

abanico, cuando lo vio. Ella le hizo señas de que se acercara y no tuvo más remedio que hacerlo. Avanzó entre los invitados a paso firme. A pesar del traje costoso y las botas lustradas, tenía la incómoda sensación de que todos lo observaban. Se inclinó sobre Coral y la saludó con un beso en el dorso de su mano. Hizo una reverencia al dirigirse a Victoria y una inclinación de cabeza cuando le tocó el turno de saludar a Gabriel Izaguirre.

—Deberías ir a saludar a Almudena —fue lo primero que dijo Coral apenas recuperó el aliento. La humedad reinante en el ambiente y la pesadez de sus piernas la tenían a mal traer.

—Prefiero esperar.

La orquesta comenzó a tocar nuevamente y, poco a poco, las primeras parejas se acercaban al centro del salón para bailar al son de la música. Cuando Pablo le volvió a prestar atención a Almudena, descubrió que el grupo de jovencitas que la asediaban se había dispersado. Ahora estaba conversando con un hombre que le resultó familiar.

—Ese es Carlitos Guerrero, uno de los mejores amigos de Gabriel —acotó Coral—. Ha estado detrás de Almudena desde hace tiempo.

Pablo asintió. Bastaba ver de qué manera le sonreía a la festejada para corroborar lo que acababa de contar Coral.

Gabriel comprendió de inmediato cuál era la intención de su esposa y no le pareció correcto que usara al enamoradizo de su amigo para jugar a su favor. Era evidente que pretendía hacerle creer a Medrano que entre él y su hermana había algo más que una relación de amistad.

Coral le hizo una seña a Victoria.

—Hermanito, ¿sería mucho pedir que bailaras conmigo?

Gabriel no pudo negarse cuando Victoria extendió el brazo hacia él. Constató que Coral estaba bien y tomando de la mano a su hermana, la condujo hasta la pista de baile.

—Está realmente radiante, ¿no crees?

Pablo escuchó la pregunta de Coral, pero no se animó a responder. No quería que ella notara el impacto que le había provocado Almudena al verla entrar al salón.

—Siempre ha sido bonita —dijo por fin, esperando conformarla con su respuesta.

—Por supuesto, pero esta noche se ha esmerado en arreglarse. Carlitos la mira todo embobado. ¡Se muere por bailar con ella! —deslizó al tiempo que comenzaba a abanicarse otra vez.

Apenas Coral terminó de decirlo, ambos fueron testigos de cómo Almudena se prendía del brazo del amigo de su hermano para concederle esa pieza que le había prometido. Unos segundos después, se mezclaron con el resto de los bailarines y los perdieron de vista.

Con disimulo, mientras tomaba una copa de ponche de la bandeja de uno de los mozos, Pablo la buscó con la mirada. Distinguió su rubia cabellera al otro lado del salón. El tal Carlitos la llevaba del talle mientras que su mano derecha sostenía la de Almudena en el aire. Él le dijo algo al oído, arrancándole una sonrisa. Se bebió el ponche de un solo trago y por fin, después de desearlo durante toda la noche, se aflojó el nudo del corbatín.

A su lado, atenta a cada uno de sus movimientos, Coral sonreía feliz por lo que estaba sucediendo. ¡Quizá esa noche se obrase ese milagro que tanto ella como Almudena esperaban!

*

Almudena intentaba prestarle atención a lo que decía Carlitos, pero la verdad era que desde que había puesto un pie en el salón, no podía pensar con claridad. No tenía idea de lo que estaba hablando, y para no ser descortés, sonreía cuando veía que él también lo hacía. Solo era consciente de la presencia de Pablo en el lugar. Cada fibra de su ser era consciente de su

cercanía. Lo sentía en la piel y en ese cosquilleo de la nuca que le provocaba su mirada. Porque la había estado mirando, de reojo, sí, pero se sabía observada por él.

Ella lo había visto al llegar. Estaba en un rincón, perdido entre los invitados, como si quisiera pasar desapercibido. Esperó ilusionada que se acercase a saludarla, pero como no lo hizo, había aceptado bailar la primera pieza con Carlitos.

Ahora Pablo estaba al lado de Coral y aunque no se lo notaba cómodo, su atuendo era magnífico. Llevaba un saco de paño fino de algodón de color borravino, con cuello de terciopelo sobre un chaleco negro de seda bordado, y pantalones de sarga oscuros. Dejó escapar un suspiro. Todavía soñaba con bailar entre sus brazos. Pero ¿cómo podría ser posible si ni siquiera la había buscado para desearle feliz cumpleaños? Tenía la terrible certeza de que estaba allí solamente para estar cerca de su cuñada. Aprovechando que Carlitos la hizo girar, los observó por encima de su hombro. Él tenía una copa vacía en la mano mientras que Coral se echaba aire con el abanico. Intercambiaban algunas palabras y de vez en cuando sonreían. No notó nada fuera de lugar. Eran la imagen de dos amigos que disfrutaban estar juntos. Nada más, salvo por el doloroso detalle de que Pablo continuaba enamorado de Coral.

—¿Estás bien? Te noto algo distraída —manifestó Carlos Guerrero, aproximándose a su rostro para que pudiese escucharlo.

—Sí, lo siento. Es la emoción. En una noche así es cuando más extraño a mi padre. —En su interior lo único que ansiaba era que la pieza terminara lo antes posible. Por eso, un suspiro de alivio brotó de sus labios cuando la orquesta terminó de tocar y anunció que tomaría un descanso. La oportuna aparición de sus hermanos logró lo imposible. Ella se prendió al brazo de Victoria mientras Gabriel se llevaba a su amigo con la excusa de que era requerido por un puñado de hacendados que se había agrupado en un sector

alejado del salón rojo para hablar de política y otros menesteres.

Almudena aminoró su andar y apretó el brazo de su hermana hasta que sus dedos se tornaron blancos.

—Almudena, tarde o temprano tendrás que enfrentarte a él —le advirtió.

Ella asintió. Victoria tenía razón. Ya no podía seguir huyendo. Puso la mejor de sus sonrisas y atravesó el salón con el corazón revoloteándole en el pecho. Lo vio ponerse de pie y dejar la copa en la mesita. Aunque sus ojos permanecieron en contacto durante pocos segundos, Almudena sintió que había transcurrido una eternidad. Se acercó y ella sintió cómo sus piernas empezaban a temblar.

—Almudena, ¿cómo has estado?

Esa voz… la que tantas veces había oído en sus sueños. ¡Pablo estaba allí, era real y le hablaba a ella! Un suave gemido se escapó de su garganta, pero él se mostraba tan contento de volver a verla que ni siquiera lo notó.

—Hola, Pablo —fue lo único que pudo decir. Se quedó esperando algo más, quizá un abrazo, pero él solamente le sonreía.

—Pasó mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano, sin sospechar siquiera lo que ese gesto generaba en la muchacha.

Almudena asintió. ¿Cómo iba a olvidar esa tarde si había sido una de las más desdichadas de su vida?

Detrás de ellos, Coral tosió.

—¡Pero qué cabeza la mía! —Pablo metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una cajita envuelta en una cinta de raso azul—. Espero que te guste. No estoy habituado a elegir obsequios para una dama.

Almudena tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar delante de él.

—¡Feliz cumpleaños, Almudena! —Debido a la diferencia de estatura, tuvo que agacharse bastante para sorprenderla con un beso en la frente—. No pude

darte mi regalo más temprano porque fui esta tarde a comprarlo.

Ella ya no sabía cómo contener las lágrimas. Sus manos temblorosas desataron el nudo del lazo, y cuando abrió la caja, se encontró con un relicario de plata tallado. Le pareció la joya más bonita y delicada del mundo.

—¿Te gusta?

—Es hermoso, Pablo. Muchas gracias. —A pesar del miedo que sentía de que él descubriese que estaba a punto de echarse a llorar, lo miró a los ojos.

—Lo menos que puede hacer mi querida cuñada ahora es bailar contigo una pieza, Pablo —dijo Coral entrometiéndose en la conversación. Quería aprovechar el mutismo de la agasajada para propiciar un acercamiento entre ambos—. Bailarás con él ¿verdad, Almudena?

—No es necesario comprometerla, Coral.

—Sí, Pablo. Por supuesto que bailaré con vos —respondió la cumpleañera por fin, tratando de no tartamudear. Se enfocó en el paquete. Estaba tan nerviosa que tenía miedo de cometer alguna torpeza. Se lo entregó a su hermana Victoria y soltó un suspiro cuando Pablo la tomó de la mano para llevarla al centro del salón.

—Hace mucho tiempo que no hago esto —le confesó—. Temo ponerte en ridículo.

—No te preocupes. Si no te importa, yo te enseñaré cómo hacerlo.

Pablo asintió. Nadie les prestaba atención, aun así, se sentían observados por todo el mundo. Por eso, Almudena se acercó a él y colocó ambas manos en los hombros masculinos.

—Tendrías que tomarme de la cintura —le explicó.

Pabló vaciló un instante, pero como no quería avergonzar a la protagonista de la fiesta, obedeció sin chistar. La sujetó suavemente del talle y apenas pudo reaccionar cuando Almudena le tocó la mano. Al mirarla, comprendió cuál era su intención. Los dedos femeninos, pequeños y delgados rozaron los suyos, fuertes y ásperos. Ese simple contacto hizo que ella contuviera el aliento.

Pablo cerró su mano alrededor de la de ella, cubriéndola en su totalidad y la dejó marcar el ritmo. Con pasos simples y bien estudiados, fueron acoplándose al ritmo que proponía la orquesta.

Estaban a muy pocos centímetros de distancia, apenas los necesarios para mantenerse dentro del decoro que exigían las normas. Si alguien los observaba, ellos no se dieron por aludidos.

—¿Qué tal lo hago? —quiso saber él.

Almudena sonrió.

—¡No tenés nada que envidiarle al resto de los invitados! —lo elogió. Pablo podía moverse con cierta torpeza y equivocarse en algunos pasos, pero ella estaba feliz. Había cumplido el sueño de estar entre sus brazos. Aunque él volviera a irse y ya no lo viera nunca más, atesoraría esa noche para siempre en su corazón.

—Tu amigo parecía bailar muy bien —le comentó, inclinándose un poco sobre ella.

Almudena se estremeció al sentir su aliento en el cuello. No esperaba que le preguntase por Carlitos Guerrero.

—Le prometí que bailaría una pieza con él. Es amigo de la familia.

—Por lo que me dijeron, no se conforma solamente con tu amistad.

¿A qué había venido eso? ¿Cómo sabía de las intenciones de Carlos? Sospechó que Coral había hablado con él. Seguramente mientras bailaba con el hermano de Felicitas, había aprovechado para mencionarle su interés en ella.

—Carlitos suele ser bastante insistente —respondió. Vio que Pablo fruncía el entrecejo—. He tratado de ser amable con él; después de todo, no solo es amigo de Gabriel. Su hermana Felicitas también es amiga mía.

Por la manera en la que ella acababa de referirse al muchacho, usando un apelativo tan familiar, no supo si creerle. Decidió no insistir en el asunto. No debía importarle si el tal Carlos Guerrero la pretendía. Almudena era una

joven muy bella y seguramente no tardaría en encontrar marido.

La orquesta dejó de tocar, y ellos permanecieron quietos en su sitio mientras el resto de los bailarines comenzaba a retirarse. Al pasar, alguien empujó a Almudena y ella terminó nuevamente entre los brazos de Pablo. No deseaba abandonar la calidez de su pecho, de haber sido posible se habría quedado allí para siempre. Él la apartó cuando se percató de que estaban llamando demasiado la atención. La tomó de la mano con la intención de reunirse con los demás, pero ella lo frenó.

—Necesito tomar un poco de aire antes de volver. —Más allá de un leve sofoco que había elevado la temperatura de su cuerpo, se sentía estupendamente bien. Su única intención era prolongar esa magia que había experimentado al estar entre sus brazos. Sonrió cuando él se desvió de su camino y la condujo hacia una de las salidas. Antes de atravesar la puerta, se dio media vuelta y miró a Coral. Ella también tenía una sonrisa en los labios.

Algunos de los invitados habían salido a la terraza para fumar o alejarse un poco del barullo de la fiesta. La oscuridad también les proporcionaba cierta intimidad a un par de parejas que conversaban en el jardín.

Cuando una de ellas comenzó a hacerse arrumacos, Almudena comprendió que quizá había cometido un error al sugerir dejar el salón. Hizo como que no los había visto y se arrebujó en el chal de seda que le había obsequiado su madrina.

—¿Tienes frío?

—Un poco —reconoció.

—Tal vez deberíamos entrar.

No quería, porque sabía que entonces ya no podría volver a estar a solas con él. No era capaz de abrirle su corazón por miedo al rechazo. ¿Qué pensaría Pablo si ella le confesaba que lo amaba desde el preciso instante en el cual le había guiñado el ojo, esa tarde en la que había ido a buscar a Coral a la quinta de San José de Flores?

—Es solo un momento —respondió, mirándolo a los ojos.

Pablo asintió.

—¿Qué deseas para tu vida?

La pregunta la descolocó.

—¿Qué querés decir?

—Es la noche de tu cumpleaños y supongo que habrás pedido un deseo. —Extendió el brazo para apoyarse en la pared.

Almudena siguió atentamente sus movimientos mientras pensaba una respuesta. Su mayor deseo se lo había cumplido él, al bailar con ella, pero no podía decírselo.

—Si te cuento cuál es, no vale —retrucó, para salir del paso. Notó cierto aire burlón en su sonrisa.

—Tienes razón —concedió—. La curiosidad es uno de mis peores defectos.

Ella tragó saliva cuando Pablo se apartó un mechón de cabello de la frente y le clavó la mirada. Recordó en ese momento lo bien que le sentaba la melena suelta. Parecía bastante incómodo de llevarla atada en la nuca. Mientras sus pensamientos se desbordaban, dejó escapar un profundo suspiro que quebró el silencio de la noche. Pudo sentir el calor subiendo por sus mejillas y volteó la cabeza para evitar que Pablo lo notara. Fingió contemplar la luna con la esperanza de sosegar su corazón.

—¿Qué ha sido de tu vida durante estos tres años, Pablo? —Fue lo primero que dijo apenas tuvo el valor para volver a mirarlo.

Él se apartó de la pared en la cual se encontraba recostado y se acercó un poco más. Entonces reparó en el rubor de sus mejillas. Cuando elevó un poco la vista y sus ojos se encontraron, tragó saliva. Eran más bonitos de lo que recordaba. Las pestañas, largas y ligeramente arqueadas hacia arriba, enmarcaban una mirada profunda de color verde esmeralda.

—Me convertí en un hombre de campo. Si bien al principio fue la mejor manera que encontré para darle las gracias a don Casimiro por todo lo que

hizo por mí, terminé trabajando codo a codo con él, luchando en las buenas y en las malas para sacar adelante el negocio. Con mucho esfuerzo, hemos logrado que las cabezas de ganado que criamos en La Querencia, después de casi dos décadas, hoy tengan el reconocimiento que se merecen. Con la llegada del ferrocarril a Córdoba, el sueño del viejo era que nuestra carne y nuestros cereales se comercializaran en el mercado nacional. Nunca imaginamos que ese maldito tren terminaría con su vida.

—No quiero que te pongas triste, Pablo.

—No es fácil resignarse a que don Larrea ya no está —confesó, retomando su relato—. Precisamente vine a Buenos Aires para darle la noticia a su sobrina. La tal Mariana sentía mucho resentimiento por él.

—¿Y eso por qué? —preguntó Almudena arrugando el entrecejo.

Pablo se encogió de hombros.

—Hubo un conflicto en la familia hace años que nunca lograron resolver. Yo supe de su existencia hace muy poco, a través de una carta que encontré por casualidad. El abogado requiere de su presencia para la lectura del testamento, y así se lo hice saber. Antes de dejar Buenos Aires volveré a pasar por su casa para ver qué han decidido.

—¿Han decidido? —Le despertaba curiosidad la sobrina de Larrea. ¿Estaría casada? ¿Sería bonita?

—Sí, Mariana y la mujer que vive con ella. Presumo que es su dama de compañía, se llama Úrsula y la verdad es que la primera impresión que me llevé de ella no ha sido muy buena.

Almudena no lo escuchaba, algo detrás de él había captado toda su atención.

—¿Qué ocurre? —Pablo se dio media vuelta y descubrió lo qué había provocado que Almudena ahora estuviese con la boca abierta. Una de las parejas que había salido al jardín buscando un poco de intimidad, había pasado rápidamente de unos tímidos arrumacos al más osado de los besos. La muchacha, quien debía tener la misma edad que ella, estaba atrapada entre el

cuerpo de su pareja y el tronco del árbol que los escudaba. Se besaban con pasión, como si el mundo a su alrededor no existiera—. Será mejor que entremos. —La tomó del brazo sin previo aviso y la escoltó a través de la galería.

Ni bien pusieron un pie en el salón, se toparon con Caritos Guerrero.

—Si el caballero me permite, me gustaría bailar con la agasajada.

La orquesta había empezado a tocar nuevamente, pero Almudena no tenía deseos de bailar, mucho menos con él.

Después de la presentación formal entre ambos, fue el propio Pablo quien la conminó a aceptar la invitación. Prácticamente se deshizo de ella y la dejó en los brazos del amigo de su hermano.

Mientras bailaba con Carlitos al ritmo de un vals de Johann Strauss, observó con tristeza cómo Pablo abandonaba el Club del Progreso sin siquiera despedirse de ella.

AMBICIONES

Lo primero que hizo Almudena al día siguiente apenas despertó, no fue husmear en las páginas de sociales de los principales diarios porteños para ver qué decían de su fiesta de cumpleaños. Indiferente a los comentarios que seguramente había suscitado su presentación oficial en sociedad, corrió hacia la ventana para ver si Pablo había llegado.

A esas horas tempranas, la calle estaba desierta. Llamó a la criada para que le preparase un baño con sus sales favoritas mientras ella escogía uno de sus mejores vestidos. Se negó a recogerse el cabello cuando la negra insistió en sujetárselo en una cola de caballo. Solamente permitió que le colocara dos broches a ambos lados de la cabeza para impedir que le cayera sobre la cara.

—Ayudame, Eudocia, por favor —le pidió Almudena, sentándose frente a la cómoda. Le entregó el relicario que le había regalado Pablo la noche anterior. Quería que se lo viera puesto cuando viniese a despedirse de la familia.

—¡Qué pieza más bonita, mi niña! —exclamó la negra, admirando la delicada joya.

—Fue Pablo quien me la obsequió —contestó mientras se levantaba el cabello para facilitarle la tarea a la criada—. Creo que es uno de los relicarios más bonitos que he visto en mi vida.

—Aunque no lo fuese, usté lo adoraría, niña Almu. —Eudocia la miró a través del espejo y le guiñó el ojo.

Almudena sonrió.

—¿Qué tal estoy?

—¡Tan hermosa como anoche, mi niña! —la elogió Eudocia, aplaudiendo contenta. Le gustaba su cambio de actitud. Ya no temía enfrentarse al tal Pablo Medrano y ese era un gran avance. Solo esperaba que cuando el gitano se marchase, no volviera a dejarse abatir por la tristeza.

Almudena se puso unas cuantas gotitas de su perfume francés y abandonó la habitación para dirigirse al comedor.

Todos se la quedaron viendo durante unos segundos mientras rodeaba la mesa para ocupar su puesto. La pequeña Manuela estaba con la boca abierta. Nunca antes había visto a su tía tan bonita. Iba a decir algo, pero Coral se le adelantó.

—Vaya, parece que hoy nos hemos esmerado.

Almudena respondió a su comentario con una sonrisa.

Coral y Gabriel intercambiaron miradas.

El extraño mutismo de su hermano y la actitud sospechosa de su cuñada, le indicaron a Almudena de que algo estaba ocurriendo. Pensó en Pablo ¿Acaso se iría de Buenos Aires sin despedirse de ellos? Por fortuna, esa terrible incertidumbre se evaporó cuando escuchó que llamaban a la puerta principal.

—¡Debe ser Pablo! —saltó Coral, quitándole la palabra de la boca.

—Qué oportuno —dijo Gabriel tras beber un poco de café.

Coral le lanzó una mirada reprobatoria por su desafortunado comentario.

—No lo arruines —le rogó en voz baja.

Gabriel respiró resignado. Ya había accedido a secundar el plan de su esposa, de nada le valía ahora echarse para atrás.

Pablo irrumpió en el comedor, seguido de Eudocia.

—Buenos días a todos, lamento haber llegado en mal momento. —Como si una fuerza desconocida lo hubiese atraído hacia ella, posó su mirada en el rostro de Almudena. Le complació verla con el relicario que le había regalado.

—Llegaste en el mejor momento, Pablo —replicó Coral—. Quiero que nos

acompañes a desayunar. —Miró de reojo a su cuñada—. Tenemos una gran noticia para darle a nuestra querida Almudena y me alegra que puedas estar presente cuando la oiga. —Le hizo señas de que se sentara en la silla vacía que solía ocupar su madre, y antes de que se lo ordenara, Eudocia corrió a servirle el café.

Almudena se secó los labios con una servilleta y contempló la tostada con mermelada que todavía no había probado. La presencia de Pablo la había puesto nerviosa. Él se encontraba a tan solo a unos pocos centímetros de distancia. Leandro estaba sentado en medio de ambos, retorciéndose en su silla porque ansiaba irse a jugar. Aunque no quería perderse el momento en el cual le comunicasen a Almudena la posibilidad de viajar a Córdoba, Victoria comprendió que era mejor llevarse a los niños para que no molestaran o se entrometieran en la conversación de los adultos. Las protestas de Manuela de nada sirvieron para evitar que su madre la sacara del comedor con la excusa de que la acompañase a darle los buenos días a su abuela.

—¿De qué se trata? —preguntó Almudena apenas el lugar volvió a quedarse en silencio.

Coral se aclaró la garganta. Estaba tan emocionada por ella que sentía hasta ganas de llorar.

—Almudena, sé que disfrutas mucho de tu trabajo en el hospicio, que quieres mucho a esos niños. —Se detuvo un instante para mirar a Pablo—. Tu vocación de enseñar es tan fuerte y verdadera que estamos seguros de que aceptarás la propuesta que Pablo tiene para hacerte.

Ahora era Almudena quien dedicó toda su atención al invitado. Se dio cuenta de que no había tocado su café todavía.

—La idea fue de Coral —se apresuró a aclarar—. Ella fue quien sugirió que podrías ocupar el cargo de maestra en la escuela que estamos a punto de abrir en el pueblo.

La propuesta la dejó sin palabras. De repente, sintió todas las miradas

puestas en ella, esperando a ver qué decía, pero ella no podía hablar.

—Si te preocupa la opinión de tu hermano, puedes quedarte tranquila. —Coral le tomó la mano a Gabriel por encima de la mesa—. Ha dado su consentimiento para que viajes a Cruz del Eje.

—Con dos condiciones —intervino él—. Te marcharás después de que Coral dé a luz, y lo harás acompañada por Ceferino. De ninguna manera permitiré que hagas semejante travesía vos sola.

Almudena los escuchaba mientras el corazón le saltaba en el pecho. Alejarse de Buenos Aires para cumplir el sueño de tener su propia escuela; poder estar cerca de Pablo cuando creía que ya no lo volvería a ver ¿Qué más podía desear en la vida?

—Yo debo regresar mañana mismo a Córdoba. Si Izaguirre está de acuerdo, te instalarás en la estancia hasta que la casa en donde funcionará la escuela se encuentre en condiciones de ser habitada. Faltan algunos arreglos, creemos que en pocas semanas más podrías empezar con las clases, si aceptas mi oferta, por supuesto.

A Gabriel no le gustaba demasiado que su hermana compartiera el techo con él; sin embargo, no objetó su sugerencia. Confiaba en el buen juicio de Almudena, además, le pediría expresamente a Ceferino que la vigilara bien de cerca.

—¿Qué dices, Almudena? —A esas alturas, Coral estaba más nerviosa que ella. Era la oportunidad que estaba esperando, no podía dejarla pasar. Jamás se lo perdonaría.

Almudena suspiró. Miró primero a su cuñada y luego a Gabriel. Por último, posó sus ojos verdes en el hombre que llevaba amando en silencio desde los últimos cinco años.

—Me sorprende y me halaga la propuesta, Pablo. —Esbozó una suave sonrisa. Le brillaba la mirada—. Si bien me he encariñado con los niños del hospicio, ellos cuentan con el amparo de las monjitas. Sé que podrán

arreglárselas sin mí. Además, estoy segura de que los niños de tu pueblo también me necesitan.

—Muchos de ellos preguntan a diario cuándo estará terminada la escuela —le contó Pablo, contagiándole su entusiasmo—. Desean empezar lo antes posible. Son muchachitos de todas las edades, algunos pertenecen a las familias acomodadas del pueblo, otros, vienen de hogares muy humildes.

Almudena era consciente del gran cambio que significaría para ella abandonar las comodidades de una ciudad como Buenos Aires para irse a vivir a un lugar desconocido, a cientos de leguas de distancia. A pesar de eso, estaba más que preparada para aceptar el ofrecimiento. Y ya no era solamente con la única intención de seguir viendo a Pablo, la idea de convertirse en la primera maestra de esos niños le daba el valor suficiente para enfrentarse a cualquier desafío. Por esa razón, no tenía que pensar demasiado en su respuesta.

—Estoy feliz de que hayan pensado en mí. —Miró a su cuñada, sabiéndola artífice de todo—. Es una gran oportunidad y no la voy a desaprovechar.

Pablo había llegado hasta allí, convencido de que ella no aceptaría. Que prefería quedarse enseñando en Buenos Aires para permanecer cerca de sus afectos. Irremediablemente pensó en el tal Carlos Guerrero. ¿Estaba dispuesta a dejar de lado los eventos sociales y el cortejo de los jóvenes porteños que la pretendían para irse a vivir al campo? Cuando Almudena pronunció un *sí* rotundo, desprovisto de cualquier duda o temor, comprendió que realmente no la conocía. Sintió una repentina y profunda admiración por esa muchacha de apariencia frágil a la que ni siquiera una enfermedad tan traicionera como el cólera había podido doblegar.

—Me alegra que hayas aceptado, Almudena. —Le sonrió—. Cruz del Eje te recibirá con los brazos abiertos.

Ella también le dedicó una sonrisa. La felicidad que la embargaba era tan grande que le iluminaba el rostro. El sonoro carraspeo de Gabriel quebró esa

especie de hechizo que los tenía mirándose en silencio.

Pablo se puso rápidamente de pie y Almudena experimentó un vuelco en el pecho. A pesar de que pronto lo vería de nuevo, no podía evitar inquietarse ante su partida.

—Si me disculpan, es hora de retirarme. Debo pasar todavía por la casa de la sobrina de don Casimiro antes de abandonar la ciudad.

Coral extendió el brazo hacia él, dándole a entender que se acercara. Pablo fue hasta ella y se arrodilló a su lado.

—No sé cuándo volveremos a vernos —dijo, lagrimeando—, pero espero que no pase mucho tiempo esta vez.

—No puedo prometértelo, mi bella gitana. —Olvidándose de Izaguirre, Pablo le tomó las manos y se las besó—. Escríbeme y no tardaré en responder, eso sí te lo puedo jurar.

Almudena, sobrepasada por los celos, tuvo que apartar la mirada. Envidiaba mucho a Coral, pero no podía culparla. Lo que acababa de presenciar no era más que un gesto puro de amistad y cariño.

Gabriel también estaba celoso. ¡Medrano se había atrevido a llamarla *mi bella gitana* delante de él! Apretó los puños y contó hasta cinco. Nada pudo hacer cuando el Payo se fundió en un largo abrazo con Coral. Cuando por fin se apartó de ella para saludarlo con un fuerte apretón de manos, se tragó la rabia.

—Hasta pronto, Izaguirre.

—Que le vaya bien, Medrano.

Cuando le tocó el turno de despedirse de Almudena, se acercó a ella y la miró desde arriba.

—Nos veremos pronto, Almudena.

Oír su nombre en los labios de Pablo le provocó una sensación muy agradable. Abandonó la silla y le devolvió la mirada. Ni siquiera se preocupó si el amor que sentía por él se reflejaba en sus pupilas. En ese momento, lo

único que deseaba era recibir un abrazo tan afectuoso como el que le acababa de dar a Coral.

—Buen viaje, Pablo —musitó con la voz temblorosa.

Una sonrisa fue todo lo que obtuvo Almudena como gesto de despedida. Volvió a sentarse y empezó a jugar con la servilleta para tratar de calmar los nervios.

—Si les parece bien, hablaré con Ceferino antes de irme.

—Lo encontrará en la cocina —respondió Gabriel.

Pablo asintió. Antes de dejar el comedor, miró a Coral por última vez y Almudena envidió no ser ella la destinataria de esa mirada.

*

Úrsula cerró la puerta y se recostó en ella. Una sonrisa cargada de satisfacción le curvó los labios. Pablo Medrano acababa de irse con la certeza de que Mariana cumpliría la última voluntad de su tío. Ese hombre que no dudó un instante en desentenderse de ella cuando su hermano lo traicionó. ¿Qué culpa tenía Mariana de que su padre defraudara la confianza que Casimiro Larrea había depositado en él al ponerlo al frente del negocio? ¿Por qué la pobre de Mariana debía cargar con el estigma de ser la hija de un desgraciado ladrón?

Baldomero Larrea era el hermano menor. Tras la muerte del padre, Casimiro se hizo cargo de administrar los saladeros que formaban parte del patrimonio familiar. Estaba recién casado y conocía mejor que nadie el manejo del negocio. Ante la insistencia del joven e inexperto Baldomero, Casimiro le ofreció incorporarse a la empresa con el propósito de que aprendiera lo necesario para convertirse luego en su socio.

Y ese fue el mayor error que cometió.

A Baldomero le gustaba el dinero, le gustaba mucho, pero no se empeñaba demasiado en trabajar para ganarlo. Aficionado al juego y a los burdeles, no

tardó en malgastar parte de la fortuna que le había dejado su padre. Casimiro, harto del estilo de vida que llevaba su hermano, le lanzó un ultimátum: o abandonaba las noches de parranda o jamás volvería a ver un peso.

Durante los primeros meses hacía buena letra, llegando temprano al despacho y yéndose a última hora. Había empezado a cortejar a una muchacha de buena familia que ignoraba su pasado licencioso y tras seis meses de noviazgo, llegó el casamiento. Casimiro creía que su hermano menor realmente había cambiado. En apariencia, así parecía ser. Sin embargo, ignoraba que, aunque ya no asistía a las casas de juego ni frecuentaba los burdeles de mala muerte en el Bajo, seguía fomentando sus vicios bajo su propio techo.

Úrsula sonrió.

Ella ya trabajaba con los Larrea, cuidando de la pequeña Mariana, cuando Baldomero comenzó a organizar partidas clandestinas en el sótano de la casa. No conforme con apostar el dinero que ganaba como gerente de uno de los mataderos más productivos de Buenos Aires, se había enredado con la niñera de su hija. Gracias al carácter enfermizo de su esposa, Úrsula rápidamente se convirtió en la amante del patrón. Él la colmaba de regalos caros a cambio de un poco de placer… el placer que ya no recibía en el lecho marital.

Todo acabó cuando Baldomero perdió una fortuna en manos de un hábil jugador de cartas que lo desplumó en tan solo tres partidas de póker. Para saldar la cuantiosa deuda que había adquirido, falsificó la firma de su hermano y cometió un desfalco que casi los deja en la ruina. Casimiro, con la única intención de evitar que lo mataran, se encargó de finiquitar la deuda. Después de ese episodio, nunca más volvió a confiar en él. Lo echó fuera del negocio y cortó toda relación con él, marchándose a Córdoba con su esposa para labrarse un porvenir lejos de su hermano. Poco tiempo después, su cuñada moría, víctima de un corazón enfermo, dejando huérfana a Mariana, de tan solo cuatro años. Baldomero, sin un centavo y con una niña a su cargo, terminó

volviendo a las andadas. Y en una noche de juerga, cuando quiso hacerse el vivo con uno de los clientes del burdel, recibió una puñalada en el pecho. Agonizó durante dos días, clamando por el perdón de su hermano hasta el último aliento. Úrsula estaba convencida de que el destino se había encargado de hacer justicia a su manera: Baldomero había muerto de un puntazo en el corazón, precisamente él, que había perdido a su esposa por causa de un corazón débil.

La pequeña Mariana se había quedado sola, en una casa enorme y vacía, bajo el cuidado de su niñera. Con un tío que se había desentendido de ella por causa de los errores de su padre, no iba a ser fácil salir adelante. Armándose de coraje, Úrsula le escribió a Casimiro para avisarle de la muerte de su hermano. Cómo única respuesta, había recibido una fría nota en la cual le garantizaba que todos los meses depositaría una suma de dinero para que a la niña no le faltase nada. Y así, Mariana creció bajo el amparo y la sobreprotección de una mujer que siempre soñó con lo que no podía tener. Aunque no era su hija, la quería como si lo fuera. A su modo, había amado a su padre y ese amor la había sostenido durante todos esos años.

El peculiar ladrido de Lolita la trajo de regreso al presente. Había estado jugando en el patio y ahora exigía entrar a la casa. Le abrió la puerta y la perra subió las escaleras a los saltitos para ir al encuentro de su dueña.

Iba atravesando el pasillo cuando escuchó que Mariana se reía, seguramente festejando alguna gracia de la perra. Pasaba tanto tiempo con ella que incluso hasta sentía celos del animal. Entró sin llamar a la habitación y la encontró tendida en el suelo, sobre la alfombra, con Lolita encima de ella.

Mariana se incorporó rápidamente cuando se dio cuenta de que ya no estaba sola. Apartó a la perra y se acomodó el cabello. A pesar del rato de algarabía que acababa de pasar, se le notaba la preocupación en el semblante. Úrsula sabía que estaba asustada con la idea de viajar a Córdoba. Desgraciadamente, Mariana había heredado el carácter débil de su madre.

—Deberías empezar a preparar tu equipaje —le dijo mientras se acercaba a la ventana.

—¿Tan pronto? —Se puso de pie y dejó a Lolita a un lado de la cama para que se entretuviera con una de sus muñecas viejas.

Úrsula se giró sobre sus talones y la miró.

—Cuanto antes nos vayamos, mejor. ¿Acaso no querés saber lo que ese viejo te dejó?

Mariana no respondió.

—Iremos hasta allá para estar presentes durante la lectura del testamento y según lo que haya dispuesto tu tío, decidiremos qué hacer. —Se aproximó a ella y le acarició la mejilla. ¡Era tan parecida a su amado Baldomero! Tenía el mismo color de sus ojos, y al igual que él, se le formaban dos graciosos hoyuelos cada vez que sonreía—. No hay nada que temer, querida.

Mariana asintió. Con dieciocho años apenas cumplidos seguía siendo una niña en muchos aspectos. Dependía demasiado de Úrsula y eso, a veces, no le permitía tomar decisiones por su cuenta. La mujer se aprovechaba de su falta de carácter para manejarla a su antojo, según ella, con la única intención de procurar su bienestar.

Le pidió que empezara a preparar la valija porque partirían muy temprano al día siguiente. No se lo había comunicado todavía, pero era muy probable que ya no volvieran a Buenos Aires. Ignoraba lo que decía el dichoso testamento, pero Mariana era la única pariente del viejo y eso le daba todo el derecho de reclamar sus bienes.

Si Casimiro Larrea había amasado su fortuna lejos de allí, planeaba quedarse en Córdoba y disfrutar de su dinero.

Segunda parte

UN VIAJE AGITADO

Llovía a cántaros y él odiaba los días grises. La diligencia que había tomado en Buenos Aires tenía un desperfecto en una de sus ruedas y el conductor se había visto obligado a detenerse en una posada para tratar de repararla mientras esperaban que amainase la lluvia. El lugar estaba a unas pocas leguas del camino y les ofrecía a los cansados viajeros un buen plato de comida y un catre para dormir a cambio de unas pocas monedas. Le hizo señas a la posadera para que se acercara. Acababa de llegar y estaba hambriento.

—¿Qué tiene de bueno para comer?

La mujer sonrió. Acostumbrada a escuchar a diario a tanto gaucho bruto, ese delicado acento español era un verdadero deleite para sus oídos.

—Acabo de preparar un locro que está para chuparse los dedos.

Diego arrugó el entrecejo.

—¿Locro? ¿Qué es eso?

La posadera se carcajeó. Debió suponer que aquel mozo no sabía nada de gastronomía criolla. Resolvió que no iba a perder el tiempo explicándole lo que era.

—Si le parece bien, le sirvo un plato y usted mismo verá de qué se trata.

Diego aceptó. Cualquier cosa le venía bien en ese momento para callar a su estómago. Ordenó una botella de vino y de un solo sorbo se bebió medio vaso. Se dedicó a observar el lugar mientras la posadera aparecía con el dichoso locro. Un sujeto sentado junto al único ventanuco por el cual se colaba un poco de claridad, llamó su atención. Tenía el cabello largo hasta la cintura y

un parche cubría su ojo derecho. Entre sus manos tenía un jarro, al cual miraba fijamente, como si sus pensamientos estuviesen muy lejos de allí.

La posadera le trajo un plato de locro y lo dejó sobre la mesa. Permaneció a su lado un momento para ver su reacción. No tenía mal aspecto y tampoco olía mal. Aun así, lo probó con cierto recelo. Se sentía incómodo con la presencia de la mujer. Parecía que estaba esperando su aprobación. Tragó muy despacio un trozo de zapallo y le sonrió. Como no dijo nada, la mujer entendió que prefería que lo dejara solo. Engulló un poco más de ese plato que le resultó similar al cocido andaluz que le preparaba su madre cuando era niño.

De repente, un intenso aroma floral inundó sus fosas nasales. Volteó la cabeza cuando escuchó el frufrú de un vestido detrás de él. Una mujer pasó a su lado y se dirigió hacia la mesa en donde estaba el hombre con el parche. Se sentó frente a él e intercambiaron un par de palabras. Apartó el plato de locro y se dedicó a observarla. Era hermosa y de modales delicados. Una muñequita de porcelana fina en medio de ese ambiente tan tosco. Movía las manos mientras hablaba; tenía dedos largos y delgados. No llevaba ningún anillo, y aunque parecía estar a gusto con su acompañante, era evidente que no pertenecían a la misma clase social. Dedujo que el hombre, de rasgos indígenas, era su criado.

Estaba tan absorto contemplando a la muchacha que no se dio cuenta de que el conductor de la diligencia había entrado a la posada y se había acercado hasta su mesa.

—Señor, ¿me escucha?

De mala gana, Diego lo miró.

—¿Qué sucede?

El hombre estaba todo mojado.

—No he podido arreglar la rueda. Tendré que esperar a que escampe para ir hasta el pueblo y conseguir una nueva. Sé que le aseguré que saldríamos esta misma tarde, pero va a ser imposible.

—¿Quiere decir que tendré que pasar la noche en este lugar? —inquirió Diego, malhumorado.

El hombre asintió y agachó la cabeza.

—Lo lamento mucho, señor.

—No soluciona nada con lamentarlo —replicó. ¡Lo único que le faltaba! ¡Perder un día de viaje por la ineptitud del maldito cochero!

—Iré… iré a avisarles a los otros pasajeros. ¡Permiso, señor!

Tras la molesta e inoportuna aparición del cochero, Diego continuó observando a esa bella damita que tanto le había llamado la atención. La posadera se acercó y le preguntó si le ofrecía algo. La vio negar con la cabeza. El hombre que la acompañaba pagó por lo que había consumido y se puso a conversar con la mujer. No alcanzaba a oír lo que decía el indio, pero sí llegó hasta sus oídos, claro y fuerte, la respuesta de la dueña de la posada.

—No falta mucho para llegar a Cruz del Eje. Si salen ahora mismo, estarán por allá antes de que anochezca.

Diego sintió que la suerte se torcía a su favor. La joven que lo había encandilado con su singular belleza compartía su mismo destino. No podía ser casualidad. Cuando la posadera pasó junto a él, dejó unas monedas en la mesa y se puso de pie. Según le había anunciado el cochero, le quedaba todavía un día más en esa inmunda posada. Si lograba que la muñequita de porcelana fina accediera a su petición, sacaría provecho por partida doble: llegaría a Cruz del Eje antes de lo previsto y disfrutaría de su compañía el resto del día. Se aproximó a la mesa con una sonrisa en los labios.

—Disculpe mi atrevimiento, señorita. —Inclinó levemente la cabeza a modo de saludo. Miró fugazmente al indio y volvió a dirigir toda su atención a la hermosa desconocida—. He oído que os dirigís a Cruz del Eje. Yo también voy hacia allí, pero la diligencia en la cual me trasladaba ha sufrido un grave percance y el cochero me acaba de decir que no será posible retomar el viaje hasta mañana… y yo necesito llegar al pueblo hoy mismo. —Y, por último,

agregó—: Puedo pagar lo que sea.

Almudena y Ceferino intercambiaron miradas.

—¿Qué le pasó a su transporte? —quiso saber Ceferino, sin preocuparse en disimular su desconfianza.

—Una de sus ruedas se rompió y no podrán cambiarla hasta mañana.

—Nosotros estamos a punto de partir, señor…

—Mi nombre es Diego Guzmán, señorita. —Le tendió la mano—. ¿Con quién tengo el gusto?

—Almudena Izaguirre. —Señaló al indio—. Y él es Ceferino, mi acompañante.

Le extrañó que no se refiriese a él como un criado. Aunque lo parecía, quizá se había equivocado y había entre ellos otro tipo de relación.

—¿Viajáis solos, señorita Izaguirre?

—La señorita y yo también viajamos en diligencia —le aclaró Ceferino, respondiendo por ella—. Somos los únicos pasajeros y como le acaba de mencionar, nos pondremos en marcha apenas el cochero tenga listo los caballos. Ha empezado a escampar y no tiene caso esperar; nosotros también queremos llegar a Cruz del Eje antes de que caiga la noche.

—¿Me permitiríais acompañaros? —Metió la mano dentro del bolsillo interno de su chaqueta y sacó una bolsa de cuero—. Si es cuestión de dinero, puedo pagar.

—No es necesario, señor Guzmán —respondió el indio, haciéndole un gesto de que regresara la bolsa a su sitio—. Si la señorita Izaguirre no tiene ningún inconveniente, creo que puede ir con nosotros.

Diego la miró. Ahora que la tenía más cerca pudo ver el color de sus ojos.

—Mi destino depende entonces de vuestra merced, señorita.

Almudena sonrió. Su fuerte acento español y las palabras que acababa de pronunciar, le hicieron acordar a Coral… también a Pablo.

—Espero que esa hermosa sonrisa sea señal de que me dejará viajar con

vosotros.

—No veo por qué debería negarme, señor Guzmán. Sería muy descortés de mi parte decirle que no cuando vamos al mismo lugar y hay espacio suficiente en la diligencia para que se nos una. —Se puso de pie—. Vuelvo en un momento.

Cuando pasó cerca de él, dejó una estela con olor a flores. Con cierto disimulo, la contempló hasta que desapareció por la puerta que llevaba a las habitaciones.

—Puede sentarse, si lo desea —le ofreció Ceferino.

Diego tenía pocas ganas de compartir la mesa con el indio; sin embargo, debía fingir lo contrario. Ocupó la silla que acababa de dejar Almudena y miró a través del ventanuco cómo la lluvia comenzaba a ceder.

—Es usted español, ¿verdad?

—Sí —fue la escueta respuesta de Diego. Tampoco era necesario entablar una conversación con el sujeto.

—La cuñada de la señorita Izaguirre también es española.

La coincidencia le provocó curiosidad.

—¿De veras? —El parche en el ojo le confería al indio un aspecto realmente temerario. Comprendió entonces que era mejor andarse con cuidado. No le costaba nada tratarlo bien.

Estaba a punto de decirle algo cuando, por el rabillo del ojo, vio que Almudena regresaba trayendo con ella un libro en la mano. También se había puesto un rebozo de lana sobre los hombros.

—Ceferino, ¿podrías llevar el equipaje para que el cochero lo vaya cargando en la diligencia?

El indio dudó un momento. No quería dejarla sola con él.

—No se preocupe, Ceferino —lo tranquilizó Diego—. Puede ir y cumplir la orden que acaba de darle su patrona. Yo le haré compañía mientras tanto.

Ceferino masculló algo entre dientes y se caló el sombrero. Al levantarse,

se hizo evidente su imponente altura. Le dirigió una última mirada a Almudena y enfiló hacia su habitación para recoger sus bártulos.

—¿Llueve todavía? —Almudena rodeó la mesa para espiar a través del ventanuco.

—Casi nada —respondió Diego, deleitándose la vista con la silueta femenina. Un moño en la parte trasera de la falda le ceñía el talle y acentuaba la curva de sus caderas—. De todos modos, habrá que ir con cuidado. No sabemos en qué condiciones están los caminos.

Almudena concordó con él y al voltearse se topó con su intensa mirada. Cuando Diego se dio cuenta de que la estaba incomodando, resolvió ir en busca de sus pertenencias para estar pronto a la hora de la partida.

—Regreso enseguida.

Ella se arrebujó con el rebozo y ocupó nuevamente la silla. No esperaba encontrarse con alguien como el tal Diego Guzmán durante su larga travesía. Habían salido hacía cuatro días de Buenos Aires y le quedaban todavía varias horas de camino por delante hasta llegar a Cruz del Eje. El viaje había sido tranquilo, sin grandes sobresaltos. Uno de los mayores temores de su hermano Gabriel era que pudiesen sufrir el ataque de alguno de los malones que, aprovechando la confusión que había generado el asesinato de Urquiza en Entre Ríos, estaban azotando buena parte de la provincia. Si bien se enteraron de que un grupo de indios andaba maloqueando por la zona de Junín, tuvieron la buena fortuna de no cruzarse con ellos. Ceferino iba armado y sabía que la protegería con su propia vida si fuese necesario. Esperaba mantenerse a salvo hasta llegar a su destino. Se había mostrado valerosa delante de su familia, absolutamente segura de la decisión que tomaba. A pesar de estar satisfecha consigo misma por haberse arriesgado a dejar atrás su vida llena de lujos y comodidades en Buenos Aires, le asustaba mucho lo que vendría.

Vio salir a Ceferino, cargando con su equipaje, y apenas unos segundos después, apareció Diego Guzmán con el suyo. Le lanzó una breve mirada antes

de seguir al indio afuera. Revisó el interior de su bolso de mano para cerciorarse de que no olvidaba nada y esperó. La posadera volvió a preguntarle si se le ofrecía algo más y como no sabía si se detendrían en otro lado o seguirían derecho hasta Cruz del Eje, le preguntó si tenía algo dulce para degustar durante el viaje. La mujer entonces le trajo una canastita de mimbre con unos cuantos pastelitos en su interior.

—Yo misma los preparo, señorita —se jactó.

Sin dudas, se veían apetitosos. Almudena sacó unas monedas y le pagó.

—Que tenga buen viaje y cuídese mucho. Uno nunca sabe lo que puede encontrarse allá afuera. —Era una advertencia que le hacía a todo aquel que pasaba por su posada, pero se arrepintió enseguida de abrir la boca cuando vio la expresión de temor en el rostro de la muchacha—. No me haga mucho caso, a veces exagero demasiado.

—Gracias por todo, señora.

—Vaya con Dios, señorita.

Con la canasta de pastelitos colgando del brazo dejó la posada y se dirigió hacia la diligencia que ya estaba pronta a partir. Ceferino la estaba esperando. Con su ayuda, se subió al coche y se quitó el rebozo antes de acomodarse en el asiento. No había señales del tal Diego en ningún lado. Movió un poco la cortina para mirar hacia afuera. Ya no llovía y un brillante arco iris se recortaba contra el horizonte. Almudena sonrió. Quizá era una tontería, pero creyó que era una buena señal. Distraída con sus pensamientos, apenas se dio cuenta de que ya no estaba sola. Ceferino se había ubicado frente a ella y también lucía contrariado por la repentina desaparición del español.

En ese momento la portezuela se abrió y Diego Guzmán se unió a ellos. Como Almudena había dejado la canasta con su tan preciado botín en el asiento junto a ella, no tuvo más remedio que acomodarse al lado del indio. Llevaba un bolso de cuero algo gastado que colocó en el piso de la diligencia, entre sus piernas. La miró y le sonrió.

—Os agradezco nuevamente por permitirme ir con vosotros.

Ella no dijo nada, solo asintió. No quería ser descortés, pero tenía pocas ganas de hablar. La noche anterior no había dormido bien y nada tenía que ver el delgado colchón del catre de la posada o los sonidos que provenían del campo y que la despertaban a cada rato. Era el inminente reencuentro con Pablo el que la tenía tan inquieta. Cerró los ojos y evocó la noche de su cumpleaños, cuando había bailado con él en el Club del Progreso. Dos semanas después, todavía se estremecía al pensar en su cuerpo pegado al suyo… al deseo que experimentó de que Pablo la besara. Con el traqueteo del carruaje y el silencio a su alrededor, no tardó en adormecerse. Mientras Almudena soñaba con un beso del hombre que amaba, el extraño sentado frente a ella no dejaba de contemplarla.

*

—¿Qué significa eso exactamente?

El abogado deslizó un poco sus anteojos a través del prominente puente de su nariz y observó a la mujer que acababa de formularle la pregunta. Se llamaba Úrsula Pacheco y generaba cierta inquietud esa manera que tenía de clavarle la mirada mientras le hablaba. Tenía el cabello negro bien estirado en un rodete a la altura de la nuca y vestía rigurosamente de negro. A su lado, la sobrina de don Larrea no había pronunciado palabra todavía a no ser para devolverle el saludo. En su regazo, descansaba una perra de pelo largo grisáceo que de vez en cuando levantaba la cabeza, bostezaba y se volvía a adormecer. En un rincón del despacho, recostado en un sillón, se encontraba Pablo Medrano.

—Don Casimiro estipuló que la señorita Mariana herede la mitad de su patrimonio, que incluye esta estancia y unas tierras de varias hectáreas al otro lado del pueblo. La casa en la que han estado viviendo en Buenos Aires será

puesta a su nombre y seguirá recibiendo la misma cantidad de dinero todos los meses; por supuesto, esta última disposición quedará nula al momento en que la sobrina del señor Larrea contraiga matrimonio.

—Hay algo que sigo sin entender, doctor. Si Mariana es la dueña de la mitad del patrimonio de su tío, ¿tendrá derecho también a tomar decisiones y hacer lo que quiera con su parte de la herencia?

—Don Casimiro estableció una cláusula en la cual delega toda responsabilidad legal al señor Medrano. Cualquier decisión que ella tome, deberá consultarla primero con él.

Tanto Úrsula como Mariana le echaron un vistazo a Pablo, quien seguía sin intervenir en la conversación. Parecía tan sorprendido como ellas con la lectura del testamento.

—Si no tienen ninguna otra duda, me marcho. —El abogado esperó un momento antes de ponerse de pie. Como nadie habló, guardó una copia de los documentos en su maletín y se acercó a Pablo para saludarlo con un apretón de manos—. Buenas tardes, señor Medrano.

—Hasta luego, doctor.

Se despidió de las mujeres con una ligera reverencia y salió del despacho.

Pablo abandonó el sillón y rodeó el escritorio.

—Si les parece, nos encontramos en un rato para cenar. Yo tengo unos asuntos que atender. Si necesitan alguna cosa, no duden en pedírsela a Blanca o a cualquiera de las muchachas. Están en su casa. —Les dedicó una sobria sonrisa y las dejó a solas.

—¡Esta es *nuestra* casa! —masculló Úrsula apenas Pablo cerró la puerta.

Se puso de pie tan abruptamente, que Lolita se asustó. Mariana le acarició la cabeza para que se calmara.

—No te enojes, Úrsula —le pidió la muchacha, conociendo de sobra sus explosivas reacciones—. La mitad de todo esto es mejor que nada.

—Mariana, no podés conformarte con ser la dueña de la mitad, sos la única

pariente de sangre de ese maldito viejo, y como tal, la legítima heredera de todo su patrimonio. ¿Qué diantres pinta ese hombre en este lugar? ¡Si ni siquiera tiene aspecto de estanciero!

—Debió ser alguien muy importante en la vida de mi tío como para que ahora tenga que compartir la herencia con él.

—Eso ya lo sé, querida. A lo que me refiero es… ¿de dónde salió? Por su acento, deduzco que es andaluz. ¿Has reparado en su aspecto? Tiene el cabello demasiado largo y aunque sus ojos son claros, el color de su piel me hace sospechar que es un mestizo o algo así.

Mariana estaba asombrada por la capacidad de observación de Úrsula. Ella apenas se había detenido a verlo y aunque debía reconocer que poseía cierto atractivo, no le llamaba su atención su apariencia física. Lo que en verdad le preocupaba era qué harían a partir de ahora. Por lo pronto, ansiaba irse de ese maldito y aburrido pueblo para regresar a Buenos Aires.

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Irnos? ¿A dónde? —la increpó Úrsula mientras recorría el despacho de un lado a otro, con los brazos en jarra—. ¡No nos vamos a mover de acá, al menos no todavía! Antes debemos elaborar una estrategia para poder quitarle a ese intruso lo que nos ha robado.

A Mariana ni siquiera le molestaba el hecho de que Úrsula se incluyera en la ecuación, como si ella también tuviese derecho de gozar de la fortuna de su difunto tío. Se había ocupado de ella desde muy pequeña y la consideraba parte de su familia. No le agradaba en lo más mínimo quedarse en la estancia del hombre al cual le habían enseñado a odiar desde la cuna. Sin embargo, para evitar cualquier conflicto con ella, le haría caso. Después de todo, lo que Úrsula hacía era siempre por su bien.

Bajó a Lolita al suelo y se arregló la falda del vestido.

—De acuerdo, nos quedaremos —aceptó de muy mala gana.

Úrsula se aproximó con una sonrisa en los labios.

—Estaremos bien, te lo prometo. —La abrazó y luego la acompañó hasta su habitación. Debían arreglarse para cenar con Pablo Medrano.

Cuando salieron al pasillo, un niño pasó corriendo entre ambas y casi le hizo perder el equilibrio a Mariana. Lolita empezó a gruñir, pero el muchachito salió corriendo en dirección a la cocina.

—¿Quién diablos era ese mocoso? —gritó Úrsula viéndolo desaparecer delante de sus narices.

—No lo sé, Úrsula —respondió Mariana, agachándose para evitar que su perra fuera detrás de él.

—Imagino que será el hijo de alguna de las criadas que se ha metido en donde no corresponde —dedujo, al borde de la indignación—. Hablaré con el señor Medrano al respecto.

—No creo que sea necesario…

—Si vamos a vivir bajo el mismo techo, debemos establecer ciertas normas para que nadie se sienta incómodo —la cortó, acostumbrada a hacer siempre su voluntad.

Mariana asintió. Tomó a Lolita nuevamente entre sus brazos y la siguió escaleras arriba hasta su habitación.

*

Almudena abrió los ojos sobresaltada cuando la diligencia se detuvo abruptamente. Diego Guzmán, quien parecía no haberse percatado de nada todavía, dormía plácidamente. A su lado, Ceferino estaba atento a lo que ocurría afuera. Se cubrió la boca con el dedo, haciéndole señas de que guardase silencio y hurgó entre sus ropas en busca de la pistola que había recibido de manos de Gabriel Izaguirre. Muy despacio abrió la portezuela y saltó fuera del carruaje, cerrándola tras de sí. Almudena corrió la cortina para ver qué sucedía, pero ya era de noche y el campo parecía una boca de lobo.

De inmediato pensó en la terrible posibilidad de la que tanto le habían advertido: el ataque de un malón. Sin embargo, había demasiado silencio a su alrededor y era más inquietante todavía. Miró al desconocido que se les había unido unas cuantas leguas atrás. Dudó en despertarlo o no. ¡Y Ceferino que no regresaba! Entonces creyó escuchar un gemido. Se apoyó contra la pared del carruaje y agudizó bien el oído. Otra vez ese quejido lastimero que le hizo pensar en un animal sufriendo. El corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Y si alguien había atacado a Ceferino? ¿Por qué no volvía? Desesperada, comenzó a zamarrear a su acompañante.

—¡Por favor, despierte!

Diego abrió los ojos y sonrió ante la visión que tenía delante de él.

—¡Tiene que ayudarme! ¡Creo que hay alguien afuera y le hizo daño a Ceferino! —le dijo Almudena mientras continuaba sacudiéndole el brazo.

Se incorporó y trató de despabilarse. Lo primero que hizo fue comprobar que el bolso con el dinero seguía entre sus pies. Para resguardarlo de cualquier mirada indiscreta, lo empujó debajo del asiento. Si lo que la muñequita de porcelana fina sospechaba era cierto, debía asegurarse de que nadie lo viese. Se asomó por la ventana y le costó distinguir algo en medio de la noche.

—Quédese aquí —le ordenó—. Por ninguna razón salga del carruaje. Iré a ver qué es lo que ocurre.

Almudena volvió a sujetarlo del brazo.

—¡No me deje sola, por favor!

Diego se tomó el atrevimiento de rozarle la mano.

—No se inquiete. Guarde silencio y si es necesario, ni siquiera se mueva —le sonrió para tranquilizarla y ella lo soltó—. Volveré enseguida.

Almudena levantó las piernas y se acurrucó en el asiento. Sacó el rosario que le había entregado la negra Eudocia antes de dejar Buenos Aires, y comenzó a rezar.

No supo cuánto tiempo estuvo en esa incómoda posición, recitando una retahíla de Padre Nuestros y Ave Marías, temblando como una hoja y con el corazón atravesado en la garganta. El único sonido que provenía del exterior era el constante *cricrí* de los grillos. No se oían voces, tampoco ese extraño gemido que la había asustado tanto. Aunque Diego Guzmán le había ordenado que no intentara hacer nada que la pusiera en peligro, no podía quedarse allí, sin saber qué estaba ocurriendo. Besó el crucifijo del rosario y lo guardó en su bolso. Lo dejó a un lado y se inclinó hacia adelante para espiar mejor. Corrió la cortina muy despacio. Era una noche cerrada y solo pudo distinguir la silueta borrosa de unos cuantos árboles al costado del camino.

De repente la portezuela a su espalda se abrió y al voltearse se encontró cara a cara con un salvaje. Atinó a escapar, arrojándose afuera, pero el intruso la sujetó de la falda del vestido y se lo impidió. Almudena empezó a patearlo. Las manos del indio ahora estaban alrededor de sus caderas, apretándola contra el suelo del carruaje. Tenía el rostro pintado de negro y una gran pluma sobresalía por detrás de su cabeza. El mango de un hacha se asomaba por encima de sus pantalones. Se abalanzó encima de ella y le tocó el cabello.

—Aleantü[1]…

Cuando acercó su rostro para olérselo, Almudena dio la vuelta la cara. Su aliento fétido casi la hace vomitar. El indio la tomó del mentón y la obligó a mirarlo. Ella cerró los ojos y empezó a llorar. Los abrió nuevamente al sentir sus manos de piel áspera rozándole las mejillas.

—Por favor, no me lastime —le suplicó con un hilo de voz.

—Inché Curunao pingen.[2]

Almudena negó con la cabeza.

—No entiendo.

La mirada del indio se tornó iracunda.

—¡Eymi, chiñura[3]! ¡Inche, wentru![4] —repitió, tironeándole de la falda del vestido.

Comprendió entonces que su intención era que se moviera para llevársela con él. Almudena se retorció para intentar soltarse; sin embargo, no lo logró. La sacaría muerta de allí, porque estaba dispuesta a luchar hasta el final. Se agarró con fuerza a uno de los asientos, y al hacerlo, vio el bolso que Diego había escondido antes de irse. Con el forcejeo, se había abierto. Almudena nunca antes vio tanto dinero junto. Tomó uno de los fajos y se lo mostró al salvaje.

—¡Tome, hay mucho más si quiere! —le ofreció, moviendo los billetes delante de sus narices. Sabía que no entendía su lengua, pero no era necesario.

El indio le arrebató el dinero de las manos y, como había hecho con su cabello, empezó a olfatearlo. Si lograba llegar a un acuerdo con él, quizá pudiera salvarse. Aprovechando que estaba distraído, metió la mano de nuevo en el bolso y sacó otro poco.

—¡Es todo suyo, solo tiene que dejarme ir! —arrojó el segundo fajo encima de uno de los asientos, pero no le provocó el mismo entusiasmo. Lo vio guardar el dinero en el interior de sus pantalones, al lado del hacha, y supo que de nada serviría su plan cuando arremetió contra ella nuevamente, sujetándola de las piernas para arrastrarla hacia afuera.

—¡No, suélteme! —gritó desesperada. Trató de golpearlo en el pecho con el taco de sus zapatos, pero el indio, adivinando su intención, se los quitó de un fuerte tirón y se deshizo de ellos. Sus manos transpiradas resbalaban a través del cuero del asiento mientras su cuerpo era arrastrado. Comprendió que sin la intervención de Ceferino o de Diego Guzmán, estaba perdida. No quería pensar siquiera en ello, pero era muy probable que, a esas alturas, ambos estuviesen muertos. Haría un último esfuerzo para evitar que se la llevasen. Se estiró hasta alcanzar el apoyabrazos que tenía más próximo a ella. Cerró la mano a su alrededor, aferrándose con fuerza. El indio escupió una maldición y de un manotazo le rasgó la falda del vestido, dejando al descubierto las enaguas blancas de algodón. Se dirigió a ella pronunciando

esa extraña palabra que le provocaba escalofríos. Estaba a punto de tirársele encima cuando algo se lo impidió. Ya no se movía, y la boca se le había torcido en un rictus macabro. Cuando un profuso hilo de sangre comenzó a manar por la comisura de sus labios, Almudena supo que estaba por fin a salvo.

El cuerpo del salvaje cayó pesadamente sobre el asiento. Tenía clavado un cuchillo en la espalda. Detrás de él, estaba parado Diego Guzmán.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, respirando con cierta dificultad.

Almudena asintió. Quiso decir algo; sin embargo, no le salió la voz. Estaba temblando demasiado. Observó cómo Diego sujetaba el cuerpo inerte del indio por los brazos para tironearlo hacia afuera. Cuando se deshizo de él, subió de un salto a la diligencia y la ayudó a incorporarse. Almudena aceptó la mano que le ofrecía porque apenas tenía fuerzas para regresar a su sitio. Se acomodó el vestido lo mejor que pudo para cubrirse la ropa interior y se acurrucó en su rincón. Tenía miedo de saber. No había señales de Ceferino todavía y no quería enfrentarse a la terrible posibilidad de que hubiese muerto.

—¿La ha lastimado ese salvaje? —le preguntó Diego fijando su atención en la falda rasgada.

—No… no —susurró, avergonzada por lo que sugería su mirada.

—Regreso enseguida, iré a buscar a su criado.

Almudena lo asió del brazo.

—¡Ceferino! ¿Qué le hicieron?

Diego tomó su mano.

—No se preocupe, recibió un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó desvanecido, pero se pondrá bien. Supongo que no lo han matado porque era igual a ellos —la tranquilizó sin dejar de acariciarle los dedos—. Cuando salí a ver lo que ocurría, uno de los salvajes me atacó por la espalda; era el mismo que acababa de golpear a Ceferino. Nos enfrascamos en una pelea cuerpo a cuerpo en la que, por fortuna, salí airoso. Fue entonces que su cómplice

aprovechó para venir por vuestra merced. Eran solo dos. Si hubiese sido uno de esos peligrosos malones de los que todos hablan, la situación habría sido muy distinta.

Almudena estaba tan concentrada escuchando su relato, que no se dio cuenta de que él continuaba apretándole suavemente la mano. Cuando se quedó callado y el silencio se hizo incómodo, le soltó el brazo. Hurgó en el interior de su bolso y sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente.

—¿Y el cochero? ¿Dónde se metió?

—El muy cobarde salió huyendo apenas vio que dos jinetes se acercaban. Se llevó uno de los caballos.

—¿Qué haremos ahora?

—Yo ocuparé su lugar en el pescante. Debemos movernos ante la posibilidad de otro ataque. No sabemos si ese par de salvajes cabalgaban solos o eran parte de un grupo. —Saltó fuera de la diligencia—. Iré por Ceferino y saldremos de inmediato. Cruz del Eje no debe estar muy lejos.

—¡Espere, lo ayudaré!

Diego no pudo ni quiso impedírselo. El indio era grande y dudaba que consiguiera meterlo al carruaje sin su colaboración. Espero que se colocara los zapatos y le tendió la mano para que bajara. Buscó el quinqué que había dejado en el pescante y la llevó hasta el páramo en donde había quedado tirado su acompañante. No conocían el terreno que pisaban y esa desventaja los obligaba a avanzar despacio. Llegaron hasta una hondonada en la que tuvieron que agarrarse de unos pajonales para evitar perder el equilibrio.

Diego se arrodilló al lado del indio y acercó el quinqué para que pudiera verlo mejor. Aunque le había asegurado de que no había sido tan grave, Almudena se impresionó. Ceferino estaba boca arriba, tenía un corte en la sien de donde fluía un hilo de sangre y el parche que siempre le cubría el ojo se había movido de su sitio, exponiendo una horrible cicatriz.

—Intentaremos despertarlo —sugirió Diego—. Será más sencillo si

colabora. —Lo zarandeó de los hombros con fuerza. Como no reaccionaba, le propinó una bofetada.

—¡Tengo una idea! —exclamó Almudena, ansiosa por prestar su ayuda. Sacó un pequeño frasco de su bolso y lo abrió—. Me lo dio mi nana para que lo use en caso de cualquier eventualidad.

Diego sintió curiosidad.

—¿Qué es?

—Una esencia que preparó Coral, mi cuñada, y que sirve para espantar a las alimañas —le explicó—. Contiene una mezcla de hierbas aromáticas y alcohol. Eudocia, así se llama mi nana, insistió en que la trajera conmigo. Ella seguramente pensó en que le daría otro uso, pero no perdemos nada con intentarlo.

Retiró el corcho y, de inmediato, el fuerte olor de su contenido se esparció por el aire. Acercó el frasco al rostro de Ceferino y lo colocó justo debajo de su nariz. Durante unos cuantos segundos no hubo ninguna reacción. Almudena entonces se mojó la yema del dedo con la esencia y se la impregnó en las fosas nasales para un mayor efecto. Sonrió aliviada cuando Ceferino comenzó a toser. Logró sentarse por sus propios medios y se tocó la sangre que seguía manando de su cabeza.

Sin dudarlo, Almudena le entregó su pañuelo de seda para que lo apretase contra la herida y así detener el sangrado.

—¿Cómo te sentís?

—Me duele mucho la cabeza, señorita —contestó. Un molesto zumbido en el oído hacía que su propia voz le sonase muy lejana. Profirió una maldición cuando descubrió que el parche que usaba para esconder la deformación en la cuenca de su ojo colgaba de su rostro. Se lo acomodó de un manotazo ante la mirada de disgusto del español. Mientras lo ayudaban a ponerse de pie, le fueron dando detalles de lo que había ocurrido. Volvió a maldecir cuando se dio cuenta de que su pistola había desaparecido. Seguramente el hombre que

lo había atacado se la habría quitado después de dejarlo inconsciente. Era inútil buscarla en medio de esa oscuridad tan inmensa. Desanduvieron el camino de regreso y con gran esfuerzo consiguieron que Ceferino se metiera en el carruaje. Almudena se sentó a su lado para asegurarse de que ya no sangraba. Daba pena ver su fino pañuelo blanco teñido de rojo.

—Debemos llegar a Cruz del Eje lo antes posible. Es peligroso quedarnos mucho tiempo en el mismo lugar —aseveró Diego con el ceño fruncido. Acababa de ver un fajo de billetes junto a los pies del indio. Rápidamente lo recogió y lo guardó en el bolso.

—Tuve que usarlo para tratar de engañar a ese hombre —manifestó Almudena.

—No se preocupe. —Para evitar otro percance que pusiera en peligro su tan preciado botín, decidió que lo llevaría con él en el pescante. No desconfiaba de la muchacha, pero su acompañante era otra cosa. A pesar de su vestimenta y su educación, no dejaba de ser un salvaje.

Estaba a punto de bajarse cuando Almudena lo detuvo, sujetándolo suavemente del brazo.

—Muchas gracias, Diego. No sé qué habríamos hecho sin su ayuda.

—Jamás habría permitido que nadie la lastimase, Almudena —respondió, satisfecho. Le agradaba la mirada cargada de gratitud que vislumbró en los ojos de la joven. Haber arriesgado su vida en mano de esos indios quizá resultase beneficioso después de todo.

Ella le dedicó una sonrisa antes de soltarlo, luego volvió al lado de Ceferino para vigilar su herida. Diego la miró una vez más antes de saltar fuera del carruaje y cerrar la portezuela. Contaban con un solo caballo; sin embargo, faltaba muy poco para llegar a su destino. Lo escucharon azuzar al animal y, de inmediato, la diligencia se puso en marcha.

1. Lumbre de sol.
2. Yo me llamo Curunao.
3. ¡Vos, mujer blanca!
4. ¡Yo, hombre!

EL REENCUENTRO

Pablo y sus invitadas estaban terminando de cenar cuando el capataz irrumpió en el comedor para anunciar que un carruaje se acercaba al casco de la estancia.

—¿Espera visitas, señor Medrano? —quiso saber Úrsula, molesta por la llegada de extraños a esas horas tan inapropiadas.

Pablo no le respondió. Pidió disculpas y se levantó de la mesa. Al salir a la galería oteó en dirección al camino principal. En efecto, alguien había decidido hacerles una visita. No reconoció el carruaje y le llamó poderosamente la atención que estaba siendo tirado por un solo caballo. En ese momento pensó en Almudena. Aunque no sabía exactamente cuándo llegaría a Cruz del Eje, la esperaba por esos días. No pudo evitar sentirse inquieto ante la posibilidad de tenerla ya en La Querencia.

Los perros le salieron al paso a los recién llegados, ladrando detrás del carruaje hasta que se detuvo frente a la casa. Se abrió una de las portezuelas, pero no apareció nadie. Si realmente era Almudena, significaba entonces que Coral ya se había convertido en madre por segunda vez. Un hombre fue el primero en bajarse. No le quedaron dudas cuando vio a Ceferino, el indio que trabajaba para los Izaguirre. Sin perder tiempo, se acercó para darles la bienvenida. Al pasar junto al cochero, lo saludó con un breve y adusto “buenas noches”. Cuando Almudena finalmente abandonó la diligencia, se quedó petrificado. La falda de su vestido estaba hecha jirones y llevaba el cabello desarreglado. El terrible cuadro se completaba con la herida que Ceferino

tenía en la frente y un pañuelo manchado de sangre que sostenía en su mano.

—¿Qué sucedió? —exigió saber, olvidándose por el momento de los saludos.

Almudena se retocó el peinado con nerviosismo. ¡Qué falta le hacía un espejo! Por la manera en la que Pablo la miraba, su aspecto debía ser deplorable. Esbozó una sonrisa, tratando de restarle importancia al hecho de que había estado a punto de ser raptada por unos salvajes.

—Tuvimos un pequeño percance a unas pocas leguas antes de llegar al pueblo —le explicó sin entrar en detalles. Miró al indio—. Ceferino y yo estamos muy cansados, Pablo. Si te parece, después de darnos un baño y comer algo, yo misma te contaré qué fue lo que pasó.

Su respuesta no lo dejó más tranquilo. Pensó en ese momento en Gabriel Izaguirre y en los reparos que había puesto en que su hermana emprendiera semejante viaje por temor a lo que pudiese ocurrirle. Ahora que la veía llegar en esas condiciones, se preguntó por enésima vez si había hecho lo correcto en pedirle que viniera. Dejando de momento a un lado sus preocupaciones, se aproximó a ella y le puso una mano en el hombro.

—Bienvenida a La Querencia, Almudena. —Deseaba darle un abrazo, pero no se animó. Saludó a Ceferino con un fuerte apretón de manos y los invitó a entrar a la casa—. Díganle al cochero que deje su equipaje en la galería que alguno de los criados se encargará de llevarlo hasta sus habitaciones.

Almudena negó con la cabeza.

—Diego no es nuestro cochero —aclaró—. Lo conocimos en una posada en las afueras de Córdoba. Él también venía a Cruz del Eje y cuando la diligencia en la que viajaba tuvo un desperfecto que lo mantendría más tiempo de lo previsto varado en ese lugar, nos pidió si podía acompañarnos. ¡La verdad es que ha sido una bendición! —exclamó, suspirando aliviada—. Nuestro cochero terminó huyendo y él se hizo cargo de traernos hasta aquí.

Pablo ahora sí estaba realmente consternado. Al aspecto desaliñado de

Almudena y la herida de Ceferino también se sumaba un cochero fugitivo y un extraño que se había hecho cargo de la situación y que, al parecer, les había caído como llovido del cielo.

—¿Dejarías que pase esta noche en la estancia? Es lo menos que podemos hacer por él.

No era capaz de negarse. No cuando Almudena lo miraba con esos ojos tan intensamente verdes en los cuales no le costaba nada perderse y olvidarse del mundo que lo rodeaba. Había pensado mucho en ella últimamente. Sobre todo, después de esa noche en el Club del Progreso, cuando la tuvo entre sus brazos mientras bailaban.

De repente, notó que Almudena desviaba la mirada. Algo o alguien, había captado su atención. Cuando se giró sobre sus talones, vio al hombre que confundiera con un cochero, parado justo detrás de él.

—Mi nombre es Diego Guzmán. En otras circunstancias no me atrevería a abusar de su generosidad, caballero, pero si me permitiese pasar la noche aquí, le estaría muy agradecido.

Pablo reconoció de inmediato su acento andaluz. Le tendió la mano para presentarse.

—Soy Pablo Medrano, señor Guzmán. Encantado de encontrar a un compatriota en este rincón tan alejado de España.

Diego guardó silencio. En su mente, estaba tratando de asimilar que, por fin, y casi por pura casualidad, se hallaba junto al asesino de su primo Román. Pablo continuaba con el brazo extendido, esperando estrechar su mano.

—Diego, ¿se encuentra bien? —le preguntó Almudena, preocupada por su reacción. Se había puesto pálido de repente.

Él la miró. ¿Quién iba a decir que la muñequita de porcelana fina se convertiría en su caballo de Troya? Sin saberlo, Almudena Izaguirre lo había llevado hasta el hombre contra quien ejecutaría su siniestro plan de venganza. Respiró hondo y esbozó una sonrisa cuando se dio cuenta de que estaba

poniéndose en evidencia innecesariamente. Debía tener la cabeza fría y actuar con calma. El éxito de su misión dependía solamente de él.

—La verdad es que no, Almudena. Estoy un poco cansado y me duele la cabeza. —Respondió al saludo de Pablo, apretando su mano y luego se tocó la sien para dar énfasis a lo que acababa de decir.

—¿Puede quedarse, no es así?

Pablo la miró.

—Por supuesto que sí. La casa es grande, además, jamás le negaríamos hospedaje a quien lo necesite.

—Señor Medrano, si le parece, yo me instalaré en el área de la servidumbre.

—Nada de eso, Ceferino. Aquí eres nuestro invitado y ocuparás una de las habitaciones de la planta alta. —Notó el gesto de disconformidad en el rostro magullado del indio—. Apuesto a que Almudena piensa lo mismo que yo. —La miró, buscando su complicidad.

—Pablo tiene razón, Ceferino. Has venido conmigo en calidad de acompañante, por lo tanto, es lógico que seas tratado como tal.

—Haré lo que usted diga, señorita Izaguirre —respondió, resignado a acatar su voluntad.

—Será mejor que entremos. —Pablo se puso al lado de Almudena—. Enviaré ya mismo al capataz para que recoja sus pertenencias. —Vio que el tal Diego llevaba un bolso en la mano—. Puede dejarlo en la diligencia, si le resulta más cómodo.

—No hace falta, prefiero que se quede conmigo.

Pablo no objetó su decisión. Le ofreció el brazo a Almudena para llevarla hasta la casa y ella, tratando de no parecer demasiado ansiosa, aceptó con un leve movimiento de cabeza. A pesar del dolor que sentía en todo el cuerpo tras las largas horas de viaje, alzó la barbilla y caminó con la elegancia que la caracterizaba, feliz de estar donde más quería. El mal sabor de boca que le

había dejado el ataque sufrido por los indios se disipó rápidamente mientras avanzaba prendida al brazo de Pablo. Detrás de ellos, a una corta distancia, Ceferino y Diego los seguían.

Una mujer que se presentó como Blanca salió a la galería para darles también la bienvenida. Pablo le indicó que los acompañase hasta la planta alta para que se refrescaran y él regresó al comedor para terminar de cenar.

Tras instalar a Diego y a Ceferino en sus habitaciones, ambas al final del pasillo, Blanca condujo a Almudena hacia el otro extremo de la casa para que ocupase la habitación que ella misma había preparado cuando Pablo le contó que pronto recibirían a la nueva maestra del pueblo.

Abrió la puerta y las recibió un exquisito perfume a flores frescas.

—Yo misma las corté esta mañana.

—Pero usted no sabía que llegaba hoy —repuso Almudena dirigiéndose a la mesa en donde un tupido ramo de coloridas fresias parecía querer desbordarse del florero de porcelana que lo contenía.

—Es que el señor Pablo me pidió que tuviese lista la habitación en caso de que apareciera. Debía mantenerla limpia y colocar flores frescas cada mañana —le explicó mientras dejaba sus pertenencias encima de un enorme baúl ubicado al pie de la cama.

Almudena sonrió. Le pareció un detalle muy bonito de su parte. Nunca antes nadie había hecho algo así por ella.

—Supongo que la señorita tomará un baño.

Almudena se miró en el espejo de la cómoda y casi le da un patatús.

—¡Por Dios! ¡Estoy hecha un adefesio! ¿Qué habrá pensado Pablo al verme así?

Blanca no dijo nada. Estaba bastante despeinada y con el vestido algo maltrecho, pero eso no le restaba un ápice a su belleza y dudaba que al señor Medrano le hubiese parecido lo contrario.

—¿Bajará a cenar más tarde o prefiere que le suba un refrigerio? —

preguntó en cambio.

Almudena supuso que su llegada había interrumpido la cena y no quería causar más molestias, pero no podía irse a dormir sin antes darle las buenas noches a Pablo. Optó por pedirle que le trajera algo liviano a su habitación y luego saldría a buscarlo. La criada fue por el agua caliente para prepararle el baño y ella aprovechó para recorrer el lugar a sus anchas. Lo primero que hizo fue tirarse sobre la cama. El colchón era mullido y de gran alivio para su espalda adolorida. Respiró hondo para absorber el perfume de las fresias. Se incorporó hasta apoyarse sobre los codos y miró a su alrededor. El moblaje, conformado por la cama con dosel, dos mesitas de noche con sus respectivas lámparas, un ropero de tres puertas, la cómoda y un elegante secreter, era de madera maciza en tonos negruzcos. Una alfombra con arabescos de estilo persa cubría por completo el piso de la habitación. Se deshizo de los zapatos, las medias y la rozó con sus pies desnudos. Era muy suave. Se levantó y caminó hacia una de las ventanas. Le gustaba que tuviese dos porque permitía que entrase más luz a la habitación. Las cortinas estaban cerradas. Se asomó a través de ellas y, a pesar de la oscuridad, comprobó que esa parte de la casa daba al camino principal.

Comenzó a quitarse la ropa mientras esperaba que la criada regresara con el agua caliente. Lamentaba mucho lo del vestido porque era uno de sus favoritos. Ella no se daba maña con la costura, pero le preguntaría a Blanca si sabía de alguien que pudiese hacer algo por él. Lo costó soltarse el cabello ya que uno de los broches se le había enredado. Rezó a la Virgen de la Merced y a todos los santos para no tener que cortarse un mechón. Con paciencia logró por fin su cometido. Estaba en ello cuando Blanca entró en la habitación, cargando una enorme jarra con agua. Le habló de su vestido y así supo que en el pueblo vivía una modista, que era la madre de Amparito, una de las criadas de la estancia, y que además tenía manos de hada para la costura. Resolvió entonces que la visitaría al día siguiente.

Acostumbrada a que su nana siempre estuviese con ella mientras se daba un baño, se atrevió a pedirle a Blanca que se quedase. La mujer aceptó con gusto. Llevaba años al servicio de los Larrea, y desde la muerte de la esposa de don Casimiro que no se ocupaba del aseo y menesteres del cuidado femenino.

—El señor Pablo estaba muy entusiasmado con su llegada. —Tomó un frasquito de sales perfumadas y lo vertió en el agua. Vio, complacida, que a la muchacha le brillaban los ojos—. Es la primera vez que lo veo tan contento desde que el señor Casimiro murió. Creo que la presencia de esas dos mujeres en la casa no hace más que incomodarlo…

—¿Qué mujeres? —la interrumpió Almudena. Recordó en ese momento a la dichosa sobrina de don Larrea.

—La señorita Mariana y su dama de compañía. Se llama Úrsula —y bajando un poco la voz, añadió—; por aquí, es más conocida como *el cuervo*. Llegaron para la lectura del testamento de don Casimiro y parece que planean quedarse a vivir en la estancia.

—¿Y eso por qué?

—Yo no entiendo mucho de esas cosas, pero según Rita, la mujer del capataz, el patrón le dejó a ella la mitad de todo. La otra mitad, por supuesto, la heredó el señor Pablo. Don Casimiro lo quería como si fuese su hijo, pero claro, al saber que le quedaba poco, le pesó en la conciencia haberse olvidado todos estos años de la sobrina huérfana que dejó en Buenos Aires. Por eso la incluyó en el testamento —afirmó, muy convencida de lo que decía.

Almudena se quedó pensativa, con la mirada perdida en la espuma que se había formado en la superficie del agua. Pablo era ahora un hombre rico. Aunque tuviese que compartir la herencia con la sobrina, bastaba ver el lujo que la rodeaba para darse cuenta de que Casimiro Larrea había amasado una gran fortuna. A ella, eso no le importaba. Se había enamorado de Pablo cuando todavía era volatinero de circo. Sin embargo, el hecho de que la tal Mariana hubiese aparecido así, de repente, en su vida, y por una imposición de su

protector al incluirla en su testamento, le provocaba cierta inquietud. Sobre todo, si se trataba de una mujer joven que vivía bajo el mismo techo que él. Empujada por una gran curiosidad, le preguntó a Blanca cómo era.

—Es una joven bastante tímida y de pocas palabras. Creo que prefiere la compañía de esa perra que siempre lleva consigo antes que la nuestra —manifestó la criada, con un gesto burlón—. Debe tener su misma edad, aunque parece un poco mayor por causa de esos vestidos anticuados que suele usar.

—¿Es linda?

—Lo es, pero tengo la sensación de que no lo sabe… o la sombra de esa mujer no le permite darse cuenta. Sobrevuela a su alrededor como si fuese un ave de rapiña, procurando que nada ni nadie se meta con ella. ¡Creo que el mote que le pusimos en la estancia le va como anillo al dedo! —dijo, soltando una carcajada.

Almudena acompañó su comentario con una sonrisa. No era correcto burlarse de alguien que ni siquiera conocía; sin embargo, lo había dicho de una manera tan graciosa que no se pudo contener.

Escogió el vestido que deseaba lucir esa noche y siguiendo el consejo de la criada, decidió dejarse el cabello suelto. Aunque posiblemente estuviese exagerando y pecase de vanidosa, se puso unas cuantas gotitas de su exquisito perfume francés. Cuando descubrió a Blanca observándola atentamente a través del espejo de la cómoda, incluso se sintió avergonzada por ocuparse tanto de su aspecto.

—No piense que soy una presumida, Blanca —se justificó—. Es que cuando llegué causé tan mala impresión con mi vestido roto y el peinado todo deshecho.

—A mí no tiene que explicarme nada, señorita. —Hizo un gesto con la mano, dándole a entender que no era asunto suyo, y se puso a juntar la ropa sucia para llevársela a la lavandera—. Por acá no estamos acostumbrados a ver a una jovencita tan hermosa y elegante. Es usted un deleite para los ojos,

así que, no se preocupe por eso. Estoy segura que más de uno disfrutará que se esmere con tanto ahínco en su apariencia.

El comentario de la criada, más allá de quitarle la culpa de querer ponerse bonita para Pablo, causó que sus mejillas se tiñeran de rojo. Por un instante, dudó en si debía bajar o esperar hasta el día siguiente para verlo.

—Si ya está lista, la acompañaré hasta el salón. Después de la cena, el patrón suele quedarse allí, degustando un licor o leyendo alguno de los libros que don Casimiro dejó en su biblioteca.

No encontró una excusa creíble para negarse. Después del empeño que había puesto en arreglarse, no podía echarse para atrás. Una de las cosas que le había hecho prometer Coral antes de viajar, era precisamente que no se dejara vencer por el miedo o la timidez si quería conquistar el corazón de Pablo. Y allí estaba, de buenas a primera, debatiéndose entre ir a su lado o quedarse en su habitación, toda elegante y perfumada. Al pensar en la promesa que le había hecho a su cuñada, recordó la carta que le había entregado. Ya tenía el mejor pretexto para hablar con Pablo antes de que ese día llegase a su fin.

—¡Espere, Blanca! —Barrió la habitación en busca del bolso de mano y cuando lo encontró, sacó un sobre de su interior—. ¡Ya está, ahora sí podemos bajar! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Un piano empezó a sonar mientras iban bajando las escaleras.

—Esa es la señorita Mariana —le comentó Blanca.

Almudena se detuvo a medio camino con el único propósito de poder escucharla. Indudablemente, la sobrina de Casimiro Larrea tenía talento. Se la imaginó sentada frente al piano, tocando para Pablo y no pudo evitar sentirse celosa. Ni siquiera la conocía y ya le incomodaba su presencia en la estancia.

Blanca se desvió hacia la cocina y la dejó sola en medio del vestíbulo.

La puerta del salón estaba entreabierta. Respiró hondo para armarse de valor, la empujó muy suavemente y pasó.

PRIMERAS IMPRESIONES

Álvaro Balbuena apareció esa noche en su casa con unas cuantas copas de más encima y unas ganas incontrolables de yacer con su esposa por primera vez en mucho tiempo. Entre tumbos y mareos, logró subir las escaleras. Cuando entró a la habitación, vio a Trinidad acostada en la cama. Cerró la puerta y la contempló un momento antes de dar otro paso. Ni siquiera recordaba por qué había dejado de desearla como mujer. Seguía siendo hermosa. Se aproximó a la cama y empezó a quitarse la ropa. Con las manos temblorosas, por culpa del alcohol y la dosis de láudano que se había bebido durante el camino, le llevó más tiempo de lo esperado. Completamente desnudo, se metió debajo de las sábanas y se pegó al cuerpo de su mujer. Aprovechando que no se había despertado todavía, le levantó el camisón para acariciarle las piernas. Trinidad se movió, pero continuaba con los ojos cerrados. Las torpes manos de Álvaro subieron hasta alcanzar la tibieza de su sexo. Ella emitió un gemido de placer y eso le dio vía libre para ir más allá. Delineó el labio mayor con la yema de sus dedos mientras su esposa se retorcía de placer. Hundió el rostro en la suave mata de cabello desparramado en la almohada y buscó el cuello femenino para besarlo. Trinidad se dio vuelta y lo miró.

—Álvaro… estás borracho.

Él retiró la mano de su entrepierna y le cubrió la boca.

—No digás nada, Trinidad. Necesito hacerte mía. —La obligó a voltearse y se acomodó encima de ella.

Trinidad permaneció quieta. Aunque el olor a alcohol y a perfume barato mezclado con sudor le provocaba nauseas, sabía que era su deber de esposa y no podía negarse. Álvaro le abrió el camisón hasta que sus pechos quedaron expuestos. Se apoderó de uno de los pezones y lo mordió con tanto ímpetu que ella se tapó la boca para no gritar. Le estaba haciendo daño, pero a él no le importaba. Trinidad cerró los ojos cuando volvió a introducir la mano en sus calzones para tocarla ahí abajo. El roce de sus dedos le arrancó otro gemido. Cuando él intentó besarla en la boca, movió la cabeza para impedírselo. Entonces Álvaro comenzó a darle besos en el cuello mientras le iba deslizando los calzones hacia abajo.

Trinidad no quería mirarlo… no deseaba encontrarse con el rostro de ese esposo que la engañaba y la humillaba cada noche al acostarse con las putas del burdel. Sentía rabia de su propio cuerpo por reaccionar a sus caricias. En el preciso instante en el cual Álvaro le separaba las piernas para poseerla, el rostro de otro hombre le vino a la mente. Soñó que esas manos que ahora le recorrían la espalda eran aquellas que se habían atrevido a tocarla una tarde en el almacén. Se humedeció los labios al recordar el beso de Ramiro. La excitaba imaginárselo allí, en su cama, tumbado sobre su cuerpo. La maldición que profirió su esposo la trajo bruscamente a esa realidad que la asfixiaba. Abrió los ojos y no dijo nada.

Álvaro trataba de penetrarla sin éxito mientras su miembro colgaba fláccido entre sus manos.

—¡Mierda! ¡No servís para nada! —la acusó, montando en cólera rápidamente—. ¡Ni siquiera podés hacer que se me pare! ¡La puta que lo parió!

Para gran alivio de su esposa, y tras varios intentos, finalmente Álvaro Balbuena desistió de hacer suya a su mujer esa noche. Se quitó de encima de ella con violencia, mientras la culpaba por no poder cumplir como hombre.

—Lo lamento mucho, Álvaro —le dijo, convencida de que, en efecto, ella

tenía la culpa por haber estado pensando en otro.

—¡Después te indignás si busco en otro lado lo que vos no podés darme! —le reprochó con cinismo, justificando sus escapadas al burdel.

—Hace mucho que no me tocás —se atrevió a decirle. No tenía derecho a cuestionarle nada cuando había sido él el primero en olvidar y pisotear sus deberes maritales—. ¡Hace tiempo que preferís revolcarte con una puta!

Álvaro la miró. Había tanta rabia contenida en sus ojos oscuros que Trinidad, aterrada, se echó hacia atrás. Aunque intentó escapar, él fue más rápido. La sujetó de la cintura para retenerla a su lado; una vez que lo consiguió, le propinó una bofetada tan fuerte que le partió el labio inferior, haciéndolo sangrar.

—¡No vuelvas a contestarme de esa manera, mujer! ¡No lo voy a permitir! —Se levantó, recogió una almohada y abandonó la habitación dando un portazo.

Trinidad se arrebujó debajo de las sábanas y rompió en llanto. Las lágrimas saladas le escocían el corte que tenía en la boca. De un manotazo se las secó, sin importarle el dolor que le causaba. Estaba convencida de que el golpe que le había dado su esposo era el castigo justo que se merecía por desear a otro hombre.

*

Pablo estaba sentado en la butaca que solía ocupar don Casimiro, con una copa de coñac en la mano y las piernas estiradas hacia adelante. Mariana, bien erguida frente al piano, seguía amenizando la noche con su música. Desde un rincón del salón, Úrsula escuchaba complacida a su adorada niña. Completaba la escena, Lolita, la perra de Mariana, quien reposaba sobre la alfombra, junto a la chimenea en donde crepitaba el fuego.

Cuando Almudena apareció, todas las miradas se posaron sobre ella.

Incluso Lolita levantó la cabeza y olfateó el aire ante su llegada.

Pablo la observó atentamente mientras se acercaba. Vio que traía un sobre en la mano, aunque le prestó poca atención. Por un prolongado momento, mientras Almudena saludaba a las damas presentes y se acercaba a él, no pudo apartar la mirada de su rostro.

—Buenas noches, Pablo. Espero no interrumpir —le dijo con una sonrisa en los labios.

Pablo dejó la copa ya casi vacía sobre la mesita y se puso de pie. Lo envolvió su perfume, tan exquisito como ella y tardó en responderle. ¿Qué demonios le ocurría?

—Buenas noches, Almudena. Tú nunca interrumpes. —Se quedó prendado de sus ojos. Descubrió que estaban más oscuros de lo habitual y la luz de la lámpara, que se reflejaba directamente sobre su rostro, le otorgaba un brillo especial. Ella también lo miraba y, como esa vez en el baile, todo a su alrededor dejó de existir.

El carraspeo de Úrsula puso fin al hechizo que se había generado entre ambos desde el mismo instante en el que sus miradas se encontraron.

—¿No nos va a presentar, señor Medrano?

Almudena se volteó. Percibió cierta antipatía en el tono de voz de la mujer. Cuando la vio, comprendió que su presencia no le era grata. Pablo la sorprendió, tomándola de la cintura. El calor de su piel rápidamente traspasó la tela gruesa del vestido y de la enagua. Respiró hondo para que nadie se diera cuenta lo que le provocaba ese simple roce con su mano.

—Señora Úrsula, Mariana, ella es Almudena Izaguirre. Además de una muy buena amiga, pronto se convertirá en la primera maestra de Cruz del Eje. —Le sonrió—. Almudena, te presento a Mariana Larrea, la sobrina de don Casimiro y a doña Úrsula Pacheco, su dama de compañía.

—Mucho gusto. —Les dedicó una sonrisa y luego miró hacia la chimenea en donde descansaba Lolita—. ¿Y ese hermoso perro de quién es?

—Es una perra, se llama Lolita y es mía —respondió Mariana, abriendo la boca por primera vez.

—Es muy bonita ¡Si mis sobrinos la vieran, se volverían locos! —exclamó, con la intención de entrar en confianza.

Ni Mariana ni la mujer vestida de negro reaccionaron a su comentario. Pabló la invitó a sentarse y le ofreció algo de tomar. Solo aceptó una copita de licor de anís porque no estaba acostumbrada a beber. Mientras él se la preparaba, aprovechó para observar a la sobrina de Larrea. Blanca tenía razón. La muchacha era bonita, y aunque no se destacara precisamente por su apariencia, tenía la certeza de que podría gustarle a cualquier hombre… a uno como Pablo inclusive. Estaba tan absorta en sus pensamientos que no notó que él se acercaba. Le dio el licor, y al hacerlo, sus manos se rozaron. Almudena se estremeció. Ni siquiera se atrevió a mirarlo, susurró un "gracias" y bebió un sorbo. Lo hizo con tanta rapidez que casi termina ahogándose. Cuando dejó la copa sobre su regazo, recordó la excusa que había encontrado para presentarse en el salón.

—Pablo, tengo una carta de Coral para vos. Me pidió que te la entregase apenas llegara, pero con los acontecimientos de esta noche, se me olvidó. Por eso bajé, para poder dártela.

Pablo vio el sobre que ella tenía sobre el regazo. Continuaba inquieto porque ignoraba cuáles habían sido esos "acontecimientos" que se le habían atravesado durante el viaje. Era evidente que ella estaba algo reticente a hablar de ello; tendría que preguntarle a Ceferino o al hombre que los había acompañado. Ninguno de ellos había aparecido todavía y seguramente no lo harían hasta la mañana siguiente. Cuando se la entregó por fin, dudó si leerla en ese momento, delante de las tres mujeres. Prefería hacerlo más tarde, en la intimidad de su habitación. Se la guardó en el bolsillo del pantalón, le agradeció a Almudena y se sirvió otra copa de coñac antes de regresar a su butaca.

Desde su lugar, y mientras fingía pasar las páginas de un libro que ni siquiera había empezado a leer, Úrsula estaba atenta a lo que ocurría; a las miradas de Pablo Medrano y a los gestos de su inesperada invitada. No contaba con la presencia en la estancia de una joven tan hermosa que viniese a desbaratar sus planes. Desconocía qué interés podría tener realmente Almudena Izaguirre en alguien como Medrano, sin embargo, bastaba ver el brillo en sus ojos o ese repentino rubor en las mejillas para darse cuenta de que él no le era indiferente.

—¿Planea quedarse mucho tiempo en La Querencia, señorita Izaguirre? —Si quería saber a qué atenerse, era mejor empezar a indagar cuanto antes sobre cuáles eran las intenciones de la joven.

Pablo se le adelantó y respondió por ella.

—Almudena vivirá en la estancia mientras terminamos de reparar la vivienda en donde funcionará la escuela. Si el clima es benévolo, podrá comenzar a impartir sus clases en un par de semanas. —La miró—. Si quieres, mañana puedo llevarte para que la conozcas. Quizá quieras comprar algunas cosas para decorarla a tu gusto cuando esté lista.

—¡Me encantaría! —respondió entusiasmada. Nada deseaba más que dar un paseo con él.

—¿Podría ir Mariana con ustedes?

La pregunta de Úrsula borró la sonrisa del rostro de Almudena. Esperaba que Pablo se negara a llevarla, pero comprendió que no tenía por qué hacerlo.

—Es que necesita vestidos nuevos y podría aprovechar para elegir la tela ella misma —explicó, dándole unas palmaditas en la mano a su muchacha.

Mariana, como siempre, guardaba silencio cuando era Úrsula la que decidía.

—Supongo que no habrá inconveniente en que nos acompañe —respondió Pablo, poco convencido.

—Por supuesto —lo secundó Almudena, fingiendo que no le importaba.

—Saldremos después del desayuno para estar de regreso a la hora del almuerzo —anunció él.

—Perfecto. —Úrsula se puso de pie y le hizo señas a Mariana de que hiciera lo mismo—. Nosotras nos retiramos. Buenas noches.

—Hasta mañana —dijeron Pablo y Almudena al unísono mientras las veían enfilar hacia la puerta.

Cuando se quedaron a solas, Almudena empezó a golpetear suavemente el piso con el taco de sus zapatos. El silencio se hizo entonces tan evidente que se detuvo. Estaba nerviosa y le costaba disimularlo. Tenía la fuerte sensación de que Pablo intentaba decirle algo, aunque no se animaba.

—Pensé encontrarme con Ceferino o con Diego cuando bajé hasta aquí —comentó de repente.

Pablo se mesó el cabello. Lo tenía recogido a la altura de la nuca, pero algunos mechones rebeldes insistían en salirse de su sitio. Ese movimiento atrajo la atención de Almudena, quien se quedó embobada contemplando sus manos. Siempre le habían atraído; eran grandes y fuertes.

—Sé que quizá no debo entrometerme, pero le juré a tu hermano que cuidaría de ti. —Le clavó la mirada—. ¿Vas a contarme qué fue lo que sucedió o tendré que esperar a que Ceferino o el tal Guzmán me lo digan?

Almudena tragó saliva.

—No… no fue tan grave como parece.

—Almudena, llegaste con la falda del vestido rasgada; Ceferino tenía una herida en su cabeza y un hombre que conocieron en una posada terminó, no sé bien por qué misteriosa razón, convirtiéndose en su cochero. —Había levantado el tono de su voz sin darse cuenta—. No quieras engañarme porque no lo vas a conseguir.

—¡Mi intención no es engañarte! —replicó ella, ofendida por sus palabras.

—¿Entonces? —insistió.

Almudena suspiró tan profundo que, al soltar el aire contenido en los

pulmones, sus pechos subieron y bajaron. Del mismo modo que ella se había quedado prendada del movimiento de sus manos, ahora era Pablo quien no podía apartar los ojos de su escote. No era demasiado pronunciado; sin embargo, al agitarse, dejaba ver un poco más de lo permitido. Apartó la vista y se cruzó de brazos. No se iría del salón hasta que ella no respondiera.

—Está bien —concedió—. Te lo voy a contar, pero con una condición.

—La que quieras.

Almudena asintió.

—Fuimos atacados por los indios… —Se pegó un gran susto cuando Pablo abandonó de un salto la butaca para sentarse junto a ella en el sillón.

—¿Un malón? ¿Los atacó un malón? —Estaba gritando, con una expresión desencajada en el rostro.

—No fue un malón —le dijo para tranquilizarlo—. Un par de salvajes tomó la diligencia por asalto. El cochero logró escapar, llevándose uno de los caballos. Ceferino fue golpeado y yo…

—Tú, ¿qué? —Sin proponérselo, la agarró del brazo. Se había aproximado más a ella, como si quisiera protegerla.

—Quisieron raptarme —le soltó por fin—. El salvaje irrumpió en la diligencia y trató de sacarme. —Empezó a temblar—. Me hablaba en su lengua… me gritaba, pero yo no lo entendía.

—Maldito bastardo —murmuró Pablo entre dientes—. ¿Te lastimó? ¿Llegó a tocarte? —No podía apartar de su cabeza la imagen de Almudena con el vestido roto y el cabello desgreñado.

—No, luché con todas mis fuerzas para evitar que se saliera con la suya. Y cuando estuve a punto de desfallecer porque me estaba quedando sin fuerzas, apareció Diego y me salvó. En realidad, él nos salvó a los dos. Ceferino y yo le debemos la vida.

Pablo no dijo nada. Era evidente que después de su gran hazaña, Guzmán se había convertido en su héroe. Quizá por eso había bajado al salón en realidad,

para poder verlo. Lo atravesó un ramalazo de envidia que no supo cómo manejar. Por un instante, experimentó lo mismo que había sentido la primera vez que vio a Coral al lado de Gabriel Izaguirre.

—Me alegra entonces que se hayan encontrado con él; de otro modo no sé cómo habría terminado todo. Ni tu hermano, ni Coral, jamás me lo hubiesen perdonado.

—Esa es precisamente la condición que impuse para habértelo contado. No quiero que les menciones nada. Con lo exagerado que es Gabriel, mandará a buscarme de inmediato, y no me quiero ir de Cruz del Eje, al menos no todavía.

Pablo aceptó su petición. Él tampoco quería que se fuera del pueblo.

—Tienes razón. No hay necesidad de preocuparlos. —Seguía sujetándola del brazo—. Por fortuna, el hecho no pasó a mayores. Además, prefiero evitar cualquier enfrentamiento con tu hermano.

Almudena le sonrió.

—Deberían al menos hacer el intento de llevarse bien. Creo que Coral se merece que ambos dejen por fin esa absurda rivalidad de lado —le propuso.

Pablo la soltó. Se puso de pie y caminó hacia la ventana. Contempló el paisaje nocturno de la estancia durante unos cuantos segundos antes de responder.

—Izaguirre y yo nunca nos llevaremos bien —aseveró.

Almudena casi deja su orgullo de lado para preguntarle si todavía estaba enamorado a Coral, pero lo que Pablo acababa de decirle, sin lugar a dudas, respondía su inquietud.

—Será mejor que me retire. —De pronto le habían entrado muchas ganas de llorar—. Todavía estoy cansada del viaje.

Él se dio vuelta y Almudena se sintió cohibida con la fuerza de su mirada.

—Lo siento, a veces me cuesta quedarme callado —se disculpó—. Sé que a estas alturas ya debería haberme conformado; sin embargo, es difícil para mí

aceptar que perdí.

Almudena no quería seguir escuchándolo. No deseaba oír de sus propios labios que aún estaba enamorado de la esposa de su hermano. Por eso, y sin siquiera despedirse, se giró sobre sus talones y abandonó el salón a toda prisa, dejando a Pablo con la palabra en la boca y absolutamente desconcertado por su intempestiva salida.

*

Lolita estaba intentando saltar a la cama de su ama sin éxito. Sus patas eran demasiado cortas para lograr su cometido. Comenzó a dar vueltas en la habitación sin sospechar que Mariana la estaba espiando, escudada detrás de una almohada. Le causaba gracia cómo la perra hacía cualquier monería para atraer su atención. Lolita se había convertido en su única alegría. Se asomó fuera de las sábanas y extendió el brazo hacia ella. Rápidamente, el animal se acercó y comenzó a lamerle los dedos.

Desoyendo las recomendaciones de Úrsula, la subió a la cama y se puso a jugar un rato con ella antes de levantarse. El sol ya entraba por la ventana y la mujer no tardaría en aparecer para ayudarla a vestirse. La bajó de inmediato cuando escuchó pasos en el pasillo.

Úrsula entró a la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días, Mariana. ¿Cómo has dormido? —Abrió las cortinas y se dirigió al ropero. Ella misma seleccionaría qué vestido iba a ponerse para ir al pueblo con Medrano y la joven Izaguirre.

—Buenos días, Úrsula. Dormí muy bien —respondió, mirando de reojo a Lolita, quien se había echado junto a la cama.

—Me alegro, porque hoy será un día muy importante —aseguró, mientras revolvía entre sus vestidos. Concluyó que ninguno era el adecuado para su gusto, pero no tuvo más remedio que elegir el menos aburrido. Ya se

encargaría de mandar a confeccionarle unos vestidos con las telas que adquiriese en el almacén de ramos generales del pueblo.

—No veo que tiene de importante que dé un paseo con Pablo y esa tal Almudena —repuso la joven, abandonado la cama para acomodarse frente a la cómoda.

Úrsula chasqueó la lengua.

—Todavía no lo has entendido, ¿verdad?

Mariana la miró a través del espejo.

—No podés conformarte con la mitad de la herencia. —Dejó el vestido encima de la cama y se acercó a ella—. Medrano no tiene por qué usurparte lo que es tuyo por derecho. Si el maldito viejo decidió que debías compartir su patrimonio con él, haremos que se retuerza en su tumba.

A Mariana la dio un escalofrío. Guardaba mucho rencor por ese tío que la había abandonado, pero no era de buen cristiano meterse con los muertos.

—A veces me das miedo, Úrsula —le dijo, enfrentándose a esos ojos negros que podían intimidar hasta al más corajudo de los hombres.

La misteriosa dama de compañía, devenida en segunda madre desde que la pequeña Mariana quedase huérfana, hizo caso omiso a su comentario.

—El miedo no te va a llevar a ninguna parte, mi querida. —Se hizo con el cepillo y comenzó a peinarle el cabello—. Debemos actuar con cautela, pero sin perder tiempo. No quiero que nada ni nadie se interponga en nuestros planes.

Mariana sabía de sobra cuáles eran esos planes. Úrsula estaba convencida que la única solución a sus problemas era conquistar a Pablo Medrano, casarse con él y, así, recuperar la totalidad de la herencia. Ella había intentado oponerse, alegando que no podía obligarla a convertirse en la esposa de un hombre al que no amaba, pero sus súplicas no le sirvieron de nada. Úrsula siempre hacía lo que quería, y lo peor era que ella también terminaba acatando sus deseos.

—Supongo que la repentina aparición de la nueva maestra del pueblo es lo que podrá hacer que *nuestro* plan tambalee.

Úrsula le colocó dos coloridas cintas en el cabello y resopló.

—Me bastó tenerla frente a mí un momento para darme cuenta de dos cosas: esa muchacha no mira a Medrano con ojos de amiga… y lo peor de todo es que a él, ella no le es indiferente. ¡Maldigo la hora en la que se atrevió a venir! —masculló un par de palabrotas en voz baja y ayudó a Mariana a terminar de vestirse.

La joven, muy por el contrario, no lamentaba la aparición de la tal Almudena. Con suerte, Pablo Medrano se enamoraba de ella y la libraría de un compromiso no deseado. Después de vivir de la caridad de su tío durante tantos años, se conformaba con la mitad de todo su patrimonio, que no era nada despreciable pero sí insuficiente para colmar la ambición desmedida de Úrsula.

—Me adelantaré para ver cómo marchan las cosas en la cocina —le anunció, acercándose a la puerta—. Te veo en el comedor. No olvides de ponerte colorete en las mejillas y un poco de ese perfume que te regalé. ¡Ah! ¡Y no te ensucies el vestido jugando con esa dichosa perra tonta!

Mariana respondió a todo que sí y sonrió cuando por fin se quedó sola. Se agachó para acariciar la cabeza de Lolita y despertarla. No bajaría a desayunar sin ella; no importaba lo que Úrsula dijera. Se echó unas gotas de perfume en el cuello y también un poco más detrás de las orejas. Era una fragancia floral que hacía estornudar a Lolita. Esperó un poco hasta que se le pasara la alergia y la levantó en brazos para salir de la habitación.

Estaba de espaldas al pasillo, cerrando la puerta cuando una sombra enorme se recortó en la pared. Alguien se había acercado a ella y no supo por qué, pero un escalofrío le recorrió la espalda.

—Buenos días —dijo un hombre detrás suyo, con una voz poderosa y profunda que nunca antes había oído.

Apretó a Lolita con tanta fuerza contra su pecho que la perra comenzó a moverse para tratar de soltarse. Se fue dando vuelta muy despacio. Tenía miedo, aunque al mismo tiempo una gran curiosidad en conocer al dueño de esa voz que la había subyugado.

Casi le da un síncope cuando terminó de voltearse y se encontró con un salvaje en medio del pasillo. Abrió la boca en un gesto de sorpresa mientras lo observaba. A pesar de su condición, vestía con cierta elegancia. El cabello era de un color azabache tan intenso que brillaba bajo el reflejo de las luces de la araña que colgaba del techo. Lo llevaba suelto y le caía encima de los hombros. Era mucho más alto que ella y un parche le tapaba el ojo derecho. No supo si salir corriendo o contestar a su saludo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso había llegado con la maestra la noche anterior? Retrocedió un par de pasos cuando lo vio alzar la mano hacia ella. Él tocó a Lolita en el hocico y torció la boca en un gesto de agrado. La perra correspondió a su saludo, lamiéndole la punta de los dedos.

—Al parecer, su amiga es mucho más educada que usted, señorita —manifestó, curvando los labios en una sonrisa socarrona.

Mariana acaparó a Lolita entre sus brazos y, sin mediar palabra alguna, atravesó el pasillo casi corriendo en dirección a las escaleras.

Ceferino se apoyó en la baranda y la observó hasta que desapareció detrás de una de las tantas puertas que había en la planta baja.

Bonita la muchacha, aunque bastante arisca, pensó mientras se sonreía.

EL ALTERCADO

Pablo se despertó más temprano de lo habitual esa mañana. La noche anterior, después de que Almudena lo dejase en el salón sin siquiera despedirse, se había desvelado tratando de entender su extraño proceder. Ni siquiera la tercera copa de coñac que se bebió antes de subir a su habitación lo había ayudado a conciliar el sueño. Se desperezó debajo de las sábanas y emitió un sonoro bostezo antes de saltar fuera de la cama. De camino a la cómoda en donde tenía la jofaina con agua, se cruzó con la silla en donde había arrojado su ropa la noche anterior. Recordó entonces que Almudena le había entregado una carta de Coral. Hurgó en los bolsillos del pantalón hasta encontrarla. Regresó a la cama con el sobre en la mano y se dispuso a leer. ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de la carta la noche anterior? Solo Almudena con su caprichosa huida del salón podía ser la responsable de semejante olvido.

Querido Pablo,
Espero que hayas llegado con bien a Cruz del Eje. Aquí se te extraña desde el mismo momento en el cual partiste. Si ahora lees esta carta, significa que Almudena está allí contigo, sana y salva. El miedo de que algo le ocurra por el camino es lo que inquieta a Gabriel desde que dio su autorización para que emprenda el viaje a la provincia de Córdoba. Aprovecho que él no está en la casa para escribirte esta carta. Mi abultado vientre parece que va a estallar de un momento a otro. Según

mi madre, quien durante los últimos días no se ha movido de mi lado, mi niña no tarda en nacer. Te he dicho que estoy segura de que es una niña, ¿verdad? Y si Dios me concede esa ilusión, la llamaré Sara, en honor a mi adorada madre gitana. Gabriel no tuvo el valor de oponerse cuando propuse que tú seas el padrino. Sé que tal vez es mi parte egoísta la que lo hace, pero creo que es la mejor excusa para que vuelvas a Buenos Aires. El bautizo será en el mes de julio. Elegimos el día 13 porque se celebra a Santa Sara, y por supuesto, exijo que vengas.

Almudena está muy ansiosa por el viaje, aunque delante de Gabriel demuestre lo contrario. Ya comenzó a preparar sus cosas y fue muy doloroso para ella despedirse de los niños del hospicio. Voy a tomarme el atrevimiento de pedirte dos cosas, Pablo. La primera es que tengas mucha paciencia con ella. No ha sido fácil tomar la decisión de irse y tampoco será sencillo acostumbrarse a vivir en el campo. No me cabe la menor duda de que harás todo lo posible para que se sienta a gusto. Lo segundo que te voy a pedir, en nombre mío y de Gabriel, es que cuides de ella como si fuera la prenda más preciada. Almudena es muy sensible, y a veces incluso un poco tímida; dependerá mucho de ti hasta que se habitúe al lugar. Procura que nada malo le pase; quiero que la protejas con el mismo coraje con el que solías protegerme a mí cuando estábamos en el circo. ¿Te acuerdas? Muchas veces evitaste que Aitana y yo termináramos a los golpes… y esa noche en la que todo cambió, torciste tu destino para salvarme. Aunque estemos lejos y no pueda verte a los ojos, prométeme que la cuidarás.

Ya no puedo seguir escribiendo, me duelen demasiado las entrañas y me cuesta respirar. Creo que mi madre tiene razón y Sarita nacerá esta misma noche.

Espero verte pronto, mi querido Pablo. No olvides tu promesa.

Te quiere y nunca te olvida,
Coral

Guardó la carta en el interior del sobre y la dejó sobre la cama. La emoción de que lo hubiese elegido como padrino de su hija le arrancó una lágrima. No era un hombre de llanto fácil; sin embargo, tenía el corazón henchido de felicidad porque sentía que estaba volviendo a crear un lazo con Coral que nada ni nadie podría romper.

—Cuidaré de Almudena, Coral. Te lo prometo. —Se besó el anillo gitano para afianzar su juramento—. Si es necesario, la protegeré con mi propia vida.

*

La cocinera se encontraba de pie junto a la cocina de leña cuando por el rabillo del ojo vislumbró la silueta de un hombre bajo el quicio de la puerta. Tomás le había comentado que junto a la señorita Izaguirre, también habían llegado un joven español que hablaba muy parecido al señor Pablo y un indio. Apartó un momento la leche del fuego para evitar que se le quemara y se dio media vuelta.

—Buen día —lo saludó. No había más nadie en la cocina. Amparito estaba en el comedor, sirviendo el desayuno y su esposo había salido bien temprano a reunirse con los peones para marcar unas reses. Sonrió algo nerviosa—. No nos presentaron… mi nombre es Rita, y soy la cocinera de La Querencia. —Se secó las manos con el delantal y se acercó a él.

Ceferino extendió el brazo y aceptó la mano que la mujer le ofrecía a modo de saludo.

—Mucho gusto, Rita. Soy Ceferino Guayquivil.

No le impresionó el parche en su ojo. En sus casi cuarenta años de vida había visto demasiadas cosas feas como para espantarse por el aspecto de un

indio tuerto.

—Puede ir arrimándose al comedor que el desayuno estará listo en un rato.

—Si no le importa, me gustaría desayunar en la cocina. —Sin pedir permiso, fue hasta la mesa y ocupó una de las sillas—. Me conformo con una taza de café y dos piezas de pan de leche, si no es mucha molestia.

Rita se lo quedó viendo. ¡Qué amable era a pesar de su aspecto! Cuando se dio cuenta de que debía parecer una tonta, parada en el medio de la cocina, fue hasta el armario en donde guardaba la vajilla y sacó una de las tazas más grandes.

—Los pancitos están todavía en el horno, tendrá que esperar un poco. —Puso la taza con el café humeante delante de él y regresó a la cocina para avivar el fuego.

Ceferino asintió. No tenía prisa. Supuso que la señorita Almudena estaría desayunando en el comedor junto con los demás. Dentro de aquellas paredes no corría ningún peligro. Lo peor ya había pasado; sin embargo, lamentaba haber perdido la pistola que le había entregado Gabriel Izaguirre para que protegiera a su hermana. Bebió un sorbo de café. Estaba fuerte y amargo. Así le gustaba. De repente, se dio cuenta de que estaba siendo observado. Podía sentirlo. Ladeó la cabeza y se encontró con un niño que no dejaba de mirarlo.

—Vení, Juan de Dios —lo llamó la cocinera—. Te voy a presentar al señor Ceferino.

A Ceferino le sonó raro eso de *señor*. En Buenos Aires nadie se dirigía a él de esa manera. Le prestó atención al muchachito, quien ahora estaba delante de la mujer y seguía clavándole la mirada.

—Discúlpelo si no le contesta, pero es que no ha hablado ni una palabra desde que apareció en la estancia, y de eso hace ya más de un mes. —Le peinó el cabello al niño con los dedos. Era uno de los pocos contactos que permitía. Y solo Rita podía tocarlo—. Como no podía decirle *gurí de acá*, *gurí de allá*, decidí ponerle un nombre. Creo que Juan de Dios es muy bonito y a él parece

gustarle.

Por un momento, Ceferino se vio reflejado a sí mismo en la mirada diáfana de ese niño que lo observaba con curiosidad. Él también había sido un pequeño asustadizo al que muchos ignoraban o lastimaban por el simple hecho de ser diferente.

Juan de Dios se apartó de la cocinera y se arrimó a la mesa en donde estaba él. Lo hizo despacio, como si estuviese midiendo cada paso que daba. Movió una silla y se sentó a su lado. Ceferino le sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Rita no salía de su asombro. Era la primera vez que lo veía sonreír desde su llegada. Quizá se obraría el milagro por fin y la presencia de ese hombre conseguía hacerlo hablar. Le sirvió un gran tazón de chocolate como todas las mañanas y cuando el pan de leche estuvo listo, dejó una canasta llena encima de la mesa.

Tanto Ceferino como Juan de Dios desayunaron en silencio, observándose mutuamente, como si estuviesen conociéndose a través del lenguaje mudo de las miradas.

*

Diego cerró la puerta de la habitación y aguardó en el pasillo un momento con la esperanza de cruzarse a Almudena. Como la muñequita de porcelana fina no apareció, decidió que bajaría a desayunar. Medrano le había permitido pasar la noche en la estancia como un favor hacia ella. Si no le revelaba pronto la mentira que habían fraguado él y su tío para llevar a cabo su plan de venganza, no tendría la más mínima posibilidad de quedarse en el lugar. Ninguna excusa era válida; después de todo, ante los ojos de Pablo Medrano, él no era más que un desconocido. Se mesó el cabello y se acomodó el cuello de la camisa. La noche anterior se había dado un baño de tina y olía bien. Si quería impresionar a la señorita Izaguirre debía esmerarse. Bajó de prisa las

escaleras y no fue necesario andar demasiado para encontrar el comedor. Le llegó el rumor de voces y el tintineo de los cubiertos chocando con las tazas y los platos. También el irresistible olor del café lo fue guiando hasta su destino. La puerta estaba entreabierta y a través de ella alcanzó a ver que la mesa estaba más concurrida de lo esperado. Medrano ocupaba una de las cabeceras. A su derecha, estaba sentada la señorita Izaguirre. Frente a ella, había dos mujeres a las que no les pudo ver el rostro porque estaban de espaldas. Sintió alivio de que el tal Ceferino no se encontrara desayunando en el comedor. Sabía que el indio desconfiaba de él; por esa razón, era mejor si no se lo cruzaba. Sonrió cuando Almudena lo descubrió parado detrás de la puerta y lo instó a que se les uniera. Entró y les dio los buenos días a todos. Rodeó la mesa para sentarse junto a ella.

—Señor Guzmán, le presento a la señorita Mariana Larrea y a doña Úrsula Pacheco, su dama de compañía.

Diego les dedicó un respetuoso saludo inclinando ligeramente la cabeza. ¿Larrea? Tenía el mismo apellido que el viejo que le había tendido una mano al Payo cuando quedó en la estocada. ¿Sería su hija? La muchacha era bastante joven y demasiado insulsa para su gusto. Ignoraba el parentesco que la unía con el difunto, pero si estaba allí, seguramente era alguien cercano. Se hizo a un lado para permitirle a unas de las criadas que le sirviera el café, y al hacerlo, se inclinó hacia Almudena.

—Es usted uno de los caballeros que llegó con la señorita Izaguirre, supongo —comentó Úrsula con su clásica expresión imperturbable después de secarse los labios con la servilleta.

Mariana tuvo que contener la risa. Si su nana supiera que el otro acompañante de la maestra era un indio, se caería de espaldas.

—Así es, doña Úrsula —respondió Diego—. El señor Medrano ha sido muy amable en dejarme pasar la noche en la estancia.

—Y es español como él —acotó la mujer, sorprendida por la coincidencia.

Diego asintió y guardó silencio. No era el momento todavía de hablar. Bebió un poco de café, siempre atento a todo lo que Almudena hacía o dejaba de hacer. Cuando se mencionó en la mesa sobre un paseo al pueblo y Medrano le preguntó si deseaba que lo alcanzaran hasta Cruz del Eje, se tomó más de lo normal en responder.

—La verdad es que todavía no me siento repuesto del todo del viaje, señor Medrano. Sé que quizá es abusar de su hospitalidad, pero si pudiera quedarme un par de días, le estaría muy agradecido. Lo que me trajo a este lugar no reviste ninguna urgencia.

—A propósito, Diego. Nunca nos mencionaste a qué venías a Cruz del Eje —intervino Almudena dejando de lado las formalidades.

Tanto Pablo como el mismo Diego se sorprendieron. Uno sonrió; el otro, se mostró contrariado.

—Es un asunto de índole personal, Almudena. Apenas pueda contarte de qué se trata, serás la primera en saberlo —le aseguró. En ese instante se le cruzó por la cabeza que quizá no era tan mala idea hablar con ella primero. Estaba en deuda con él y no dudaba que haría lo posible por ayudarlo.

Pablo, cansado de esa inesperada complicidad que se había generado entre Almudena y Guzmán, empujó el plato con la taza de café vacía y se puso de pie.

—En media hora salimos para el pueblo —anunció sin mirar a nadie en particular. Dejó el comedor y se encerró en el despacho.

—¿Te gustaría ir con nosotros? —lo invitó Almudena.

A Diego le tentaba la idea de pasar la mañana con ella, pero había puesto como excusa para quedarse que todavía estaba cansado y tuvo que rechazar su oferta de muy mala gana. A cambio, le preguntó si aceptaba dar un paseo con él por la estancia esa misma tarde. Por supuesto, Almudena respondió que sí.

Cuando las mujeres salieron a la galería, Pablo ya estaba esperándolas junto a la volanta. Hacía frío, pero al menos el día había amanecido soleado.

Almudena se arrebujó en su rebozo y ponderó la capa de Mariana, elogio que la joven respondió con un simple “gracias” debido a la mirada de advertencia que le lanzó Úrsula. Le había exigido que no se dejara llevar por esa apariencia de niña bondadosa que pretendía mostrar su rival; sobre todo, le pidió que se anduviera con cuidado. No podían malograr su plan depositando la confianza en la persona equivocada.

Tras ayudar a subir a Mariana y a su dama de compañía, le tocó el turno a Almudena. Extendió el brazo y Pablo tomó su mano. La sujetaba con firmeza. De repente, comenzó a acariciarle la muñeca, retrasando el instante en el que ella se subiera y desapareciera dentro del carruaje. Almudena no hizo nada para evitarlo. Le gustaba esa sensación de placer que le provocaba el roce con la piel masculina.

—¿Nos vamos, señor Medrano? —preguntó Úrsula, asomándose a propósito por la ventanilla, para constatar con sus propios ojos lo que ya sospechaba.

Pablo la ayudó a subirse y cerró la puerta tras ella. Decidió en ese preciso instante que viajaría adelante, acompañando al cochero.

Mariana corrió un poco la cortina para poder ver el paisaje a medida que la volanta se iba alejando del casco de la estancia. Estaba tan atenta al camino que casi suelta un grito de sorpresa cuando un jinete pasó muy cerca de ellos. Era el indio con el cual se había encontrado esa mañana al salir de su habitación. Lo miró de refilón mientras se alejaba. De repente, él inclinó la cabeza y le sonrió. Se apartó rápidamente de la ventana y puso toda su atención en el bolsito de seda que llevaba en su regazo.

—¿Te ocurre algo, Mariana? —le preguntó Úrsula.

—Nada, Úrsula —le contestó sin levantar la mirada. No quería que descubriera, lo que estaba segura, se reflejaba en cada centímetro de su rostro —. Me hubiese gustado que Lolita viniera con nosotras.

—No podés llevar a esa perra a todas partes, querida. La tratás como si

fuese una criatura y no es más que un animal —comentó, restándole importancia al asunto.

—A mí también me habría gustado que Lolita nos acompañase —dijo Almudena, compartiendo su opinión.

Mariana la miró y le agradeció su gesto con una sonrisa.

—¿Le puedo hacer una pregunta, señorita Izaguirre? —arremetió Úrsula, disconforme con esa repentina buena disposición entre ambas muchachas.

Almudena asintió. ¿Qué otra opción tenía?

—La escucho, doña Úrsula.

—¿Desde cuándo conoce al señor Medrano?

—Conocí a Pablo hace cinco años, gracias a Coral, la esposa de mi hermano. —Almudena prefería ser discreta. No sabía lo que él había contado al llegar a Cruz del Eje después de salir huyendo de Buenos Aires—. Ellos son amigos desde pequeños y Coral me lo presentó durante una visita de Pablo a la quinta que mi familia posee en San José de Flores.

Úrsula apenas esbozó una sonrisa. La maestra contaba con una ventaja de cinco años.

—Su cuñada también es española, entonces.

—Así es.

—¿Y qué hacía el señor Medrano antes de convertirse en hombre de campo? Tengo entendido que conoció al tío de Mariana por esa época también.

Almudena no supo qué contestar. ¿Sabría esa mujer y la gente de la estancia que Pablo había vivido toda su vida en el circo o simplemente estaba tratando de que ella le confirmase alguna sospecha?

—Pablo no habla mucho de su pasado —respondió, cortante—. Y no tengo la confianza suficiente para hacerle preguntas que él no desea responder. —Esperaba dejarla satisfecha con su contestación. Si quería información de Pablo, ella no se la brindaría.

Úrsula comprendió que la muchacha sabía más de lo que decía. Su actitud

evasiva le confirmaba que Medrano escondía algún turbio secreto.

—Ya se divisan algunas casas —comentó Mariana, poniendo fin a la tensión que se suscitó entre Almudena y su dama de compañía.

La volanta ingresó al pueblo por la calle principal y se detuvo frente a la plaza.

—El almacén de ramos generales está allí, en la esquina —indicó Pablo, apuntando con la mano hacia la izquierda—. Si quieren ir a la iglesia primero, las espero para luego acompañarlas.

Almudena miró a Mariana.

—¿Querés pasar por la iglesia?

Mariana, a su vez, buscó la mirada de Úrsula antes de responder.

—Si no te molesta, prefiero pasar otro día —respondió.

—Como quieras, yo sí voy a entrar. Nos vemos en un rato. —Se subió un poco el ruedo del vestido para caminar más a gusto y cruzó la calle.

Pablo estaba junto a los caballos, acariciándole el morro a uno de ellos, pero tenía la atención en otro lado. La observó de reojo hasta que Almudena despareció detrás del portal de la iglesia. No había tenido oportunidad de hablar a solas con ella todavía y quería saber si continuaba con la misma actitud extraña de la noche anterior.

—Creo que es mejor que nosotras esperemos dentro del carruaje —sugirió Úrsula, cubriéndose el cuello con su chal de lana.

Pablo las ayudó a subirse y regresó al lado de los animales.

—Deberías valerte de cualquier ocasión para propiciar un acercamiento con él, Mariana —la fustigó Úrsula—. Si te toma la mano, sonríele.

—Solo estaba ayudándome a entrar al carruaje —protestó la joven en voz baja.

—Sí, pero vos ni siquiera una sonrisa o una caída de ojos le hacés. Mientras tanto, la maestra nos saca ventaja y con esa carita de mosquita muerta lo tiene obnubilado. —Cuando movió la cortina para mirar afuera, descubrió

que Pablo estaba entrando a la iglesia—. ¡Ves lo que te digo! ¡Deberías haber ido con ella!

*

Almudena estaba en medio de su cuarto Ave María cuando escuchó que alguien se acercaba. No necesitó darse vuelta para saber que se trataba de Pablo. Continuó rezando con el corazón saltándole en el pecho. Se inquietaba por nada. Seguramente Pablo había entrado a la iglesia para hacer lo mismo que ella. Hizo la señal de la cruz cuando terminó de rezar y esperó un momento antes de ponerse de pie. Miró por encima de su hombro. Pablo estaba sentado a tan solo dos bancas de distancia. Tenía el sombrero en la mano y la miraba fijamente. Tragó saliva. No se animaba a moverse. Otra vez ese miedo absurdo que le impedía hacer lo que realmente deseaba. Respiró hondo y se levantó. Apenas puso un pie en el pasillo de la iglesia, Pablo abandonó su sitio y se aproximó a ella.

Almudena atinó a marcharse, pero él la sujetó del brazo para impedírselo.

—Espera, necesito hablar contigo.

Ella lo miró. Era imposible dar un paso más si le temblaban las piernas de esa manera.

—¿Qué sucede?

Cuando Pablo vio que no iba a dejarlo con la palabra en la boca como la noche anterior, la soltó.

—Quería saber si estabas molesta conmigo.

—¿Por qué habría de estarlo?

Pablo se encogió de hombros. Notó que estaba nerviosa, como si le ocultase alguna cosa.

—Por tu actitud infantil de anoche.

—¿Infantil? —replicó ella, llevándose las manos a la cintura.

Pablo asintió. No quería empeorar la situación, mucho menos provocar un altercado entre ellos, pero Almudena era bonita incluso cuando arrugaba la frente y torcía los labios de ese modo tan gracioso. Le hizo acordar mucho a Coral cuando, de niña, se enfadaba por culpa de alguna de sus travesuras.

—Abandonaste el salón sin siquiera despedirte, parecías alterada por lo que acababa de decirte. —Como ella no retrucó nada, prosiguió—: Entiendo que te enojes porque no consigo perdonarle a Izaguirre que se llevase a la mujer que más he querido en la vida. Es tu hermano y siempre estarás de su parte.

—¡No estoy del lado de nadie! —respondió Almudena, exaltada. Había alzado la voz sin importarle donde estaban—. Coral y Gabriel se aman… se aman mucho. Han tenido que luchar contra viento y marea para poder estar juntos y hoy son un matrimonio afianzado, pero, sobre todo, muy feliz. —Quizá lo hiriese con sus palabras, pero estaba tan molesta que ya no podía callarse.

—¡Y crees que no lo sé! —bramó Pablo, estrujando el sombrero entre sus manos. Echaba fuego por los ojos. Ahora era él quien estaba enfadado y a punto de perder los estribos—. Me cuesta todavía aceptarlo, Almudena. Lo intento, pero no es sencillo para mí. El día que te enamores de verdad, que sientas que no puedes respirar si no estás cerca del ser amado, ese día podrás comprender cómo me siento.

Almudena escondió las ganas enormes que tenía de echarse a llorar detrás de una sonrisa amarga.

—Te entiendo, Pablo. Más de lo que imaginas.

Él percibió su tristeza.

—¿Extrañas a alguien en especial? —se atrevió a preguntarle. Pensó en el tal Carlos Guerrero. Quizá habría entre ellos algo mucho más serio que una amistad basada en galanterías y bailes de tertulias.

—¿A qué te refieres?

—No recuerdo su nombre —le mintió—, pero la noche de tu cumpleaños

parecías estar muy a gusto en los brazos de ese muchacho, que, según Coral, te anda cortejando desde hace rato.

Almudena respiró hondo antes de responder. ¿Por qué de repente le estaba preguntando por Carlitos Guerrero?

—Ya te dije una vez que Carlitos frecuenta mi casa porque es amigo de Gabriel. Y con respecto a esa noche en el Club del Progreso, bailé con él simplemente porque se lo había prometido —zanjó.

—Si estás interesada en él, no tienes por qué negarlo —insistió Pablo.

—¡No estoy interesada en él! ¡Y jamás lo estaré! —Se mordió la lengua para no gritarle que no podría enamorarse de ningún hombre porque su corazón le pertenecía. Ansiaba confesarle que, en todo ese tiempo, no había dejado de pensar en él, de soñarlo y desearlo con todas las fuerzas de su ser. Podía sentir cómo su rostro empezaba a arder. Estaba furiosa; con Pablo por no darse cuenta y consigo misma por no atreverse a decírselo.

Pablo se aproximó y trató de aplacar su mal humor con una sonrisa.

—No quiero discutir contigo, Almudena. —Cuando ella agachó la cabeza, la tomó de la barbilla y la obligó a que lo mirase. Posó sus ojos verdes en la boca entreabierta, esa misma que hacía un momento se había curvado en un gesto de furia. El rubor en sus mejillas y ese brillo en la mirada le conferían un atractivo muy especial. Así, molesta y vulnerable, le pareció sumamente irresistible. Sintió deseos de protegerla… y de probar el sabor de sus labios. Almudena lo miraba y no decía nada. Respiraba más ligero. Su propia respiración también se había acelerado. Tuvo la fuerte sensación de que ella ansiaba lo mismo. Le rozó la mejilla y le conmovió el gesto de inclinarse sobre su mano para recibir con agrado su caricia.

—Pablo… —Almudena susurró su nombre entornando los ojos, luego alzó su mano hasta posarla muy despacio sobre la de él. Quería demostrarle que estaba más que dispuesta a dejarse llevar por sus sentimientos.

Pablo tampoco permaneció inmune al suave contacto de su piel. Un

estremecimiento subió por su espalda a la velocidad de un rayo cuando Almudena emitió un gemido de placer. Si no hubiese sido por dos feligresas que entraron a la iglesia en ese momento, habría cometido la locura de besarla. La soltó y se apartó rápidamente de ella.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo, sin mirarla—. Doña Úrsula y Mariana nos esperan.

Almudena tuvo que hacer un gran esfuerzo para calmar a su corazón. No sabía si reír de felicidad o llorar de impotencia. ¡Pablo había estado a punto de darle un beso! Respiró hondo y se echó a andar cuando se dio cuenta de que él ya se encontraba en el atrio de la iglesia, esperándola. Aunque no las conocía, saludó a las dos inoportunas vecinas de Cruz del Eje con un escueto "buenos días". Ambas mujeres se la quedaron viendo mientras cuchicheaban entre ellas acerca de quién sería esa hermosa joven que acompañaba al protegido de don Casimiro Larrea.

LOLITA

Los pocos metros de distancia que había entre la plaza y el almacén de ramos generales que regenteaban los Balbuena, los hicieron a pie. Pablo encabezaba la marcha. A su lado, Úrsula y Mariana caminaban prendidas del brazo. Almudena, por su propio gusto, había quedado un poco rezagada. Todavía no conseguía sobreponerse de lo que acababa de ocurrir en la iglesia. Desde su posición, podía observar a Pablo sin que él se diera cuenta. Tenía puesto el sombrero y avanzaba por la calle de tierra a paso firme. De vez en cuando se volteaba para asegurarse de que le seguían el tranco. Cuando lo hacía, en una especie de juego en donde no se sabía quién era el gato y quién el ratón, ella evitaba su mirada, fingiendo que contemplaba el paisaje. Se cruzaron con una carreta cargada de provisiones justo antes de llegar al almacén. El conductor saludó alegremente a Pablo e inclinó respetuosamente la cabeza al dirigirse a las damas.

Pablo se paró junto a la puerta para permitirles el paso. Almudena fue la última en entrar. Cuando pasó a su lado, tomó coraje y lo miró. Fueron apenas unos pocos segundos, los necesarios para comprobar que ya nada volvería a ser lo mismo entre ellos.

La voz cantarina de una joven de cabellos y ojos oscuros, les dio la bienvenida al almacén. Pablo la presentó como Eugenia Balbuena y ella se encargó de aclarar que no solo era la hija del dueño, sino también una de sus amistades más cercanas. Ese detalle no dejó indiferente a Almudena, tampoco a Úrsula. Cuando apareció doña Trinidad para atenderlas, Eugenia aprovechó

y acaparó a Pablo en un rincón para conversar con él a solas.

—Hace tiempo que no me invitás a la estancia —le reprochó.

Pablo sonrió.

—Imagino que, con la llegada al pueblo de cierto muchacho, no tendrás mucho tiempo libre para aparecerte por La Querencia.

Eugenia se cruzó de brazos. Para tener contento a su padre, continuaban con la farsa de que él le interesaba. La muerte de don Larrea, todavía muy reciente, le había servido de excusa cada vez que Álvaro Balbuena le preguntaba por qué no visitaba a Pablo con la misma frecuencia de antes.

—¿De dónde salió? —le preguntó, señalando a Almudena con disimulo.

Pablo la miró. Almudena estaba escogiendo unas piezas de encaje de bolillo mientras Mariana revolvía entre un montón de telas que doña Trinidad había colocado encima del mostrador.

—Almudena está aquí para ser la maestra del pueblo —le informó—. La conozco desde hace algunos años y cuando le ofrecí el puesto, no dudó en aceptar.

Eugenia asintió. No le estaba diciendo demasiado. Al menos no lo que ella deseaba saber. A simple vista se podía adivinar que la muchacha había nacido en cuna de oro. Llevaba unas finísimas botas de lienzo bordado color borgoña, que ni siquiera ella, que pertenecía a una de las familias más adineradas del pueblo, podía darse el lujo de tener. El vestido era de ensueño y ni hablar del camafeo de marfil que lucía en su cuello. Seguramente despertaría la envidia de muchas mujeres en Cruz del Eje… y la admiración de los hombres. Se le revolvió el estómago de celos de tan solo imaginarse a Ramiro dejándose encandilar por su exótica belleza de joven citadina. Sobre todo, porque últimamente se comportaba de manera muy extraña con ella. Y aunque sospechaba que la causa de ese cambio podía ser otra mujer, no quería preguntárselo para no sufrir con su respuesta. Prefería fingir que no pasaba nada con tal de que no la abandonase. Ramiro, en su afán de conseguir lo que

venía buscando desde hace tiempo, le había prometido que jamás la dejaría. Sin embargo, tenía el fuerte presentimiento de que sería lo primero que haría si ella accedía por fin a entregarse a él; por esa razón se resistía a caer en sus brazos.

Mientras continuaba eligiendo telas y encajes, Almudena estaba atenta a lo que sucedía entre Pablo y la hija de los Balbuena. Parecía que esa relación de amistad de la que se había jactado apenas se la presentó, era más estrecha de lo que imaginaba. Molesta por la situación, casi se olvida del verdadero motivo por el cual había aceptado ir hasta el almacén.

—Doña Trinidad, me dijo Amparito que su madre es la mejor costurera del pueblo. —Vio que la mujer asentía con una sonrisa en los labios—. Ella no pudo acompañarme, pero si usted me indica cómo puedo llegar hasta su casa, se lo voy a agradecer mucho.

—Haré más que eso, señorita Izaguirre…

—Llámeme Almudena, por favor.

—En ese caso, le voy a pedir que deje el "doña" de lado y me diga Trinidad a secas.

—Trato hecho —acordó Almudena.

—Si no le importa, puedo ir con usted, no solo para guiarla hasta la casa de Adela sino también porque va a precisar algunos enseres de costura para que le confeccione un vestido con la tela que acaba de elegir. Ella le dirá lo que hará falta y yo misma me encargaré de que mañana tenga todo lo necesario para comenzar con su pedido lo antes posible.

—No tengo prisa —le aclaró Almudena, agradecida por la buena disposición de la mujer. —Lo que más me urge es llevarle un vestido que se rompió, con la ilusión de poder volver a usarlo. Amparito asegura que no hay nada que su madre no pueda arreglar.

—Esa jovencita tiene razón. Adela tiene manos de hada para la costura.

Almudena sonrió y mientras Trinidad dejó el almacén para ir en busca de un

abrigo, le preguntó a Mariana si deseaba ir a la modista con ella. Aunque se moría de ganas de voltearse, optó por no hacerlo. No tenía deseos de seguir viendo cómo Pablo y su amiga Eugenia seguían conversando tan animadamente.

—Por supuesto que mi niña pasará por la casa de la modista —dijo Úrsula, respondiendo por la joven—. Hemos venido al pueblo precisamente para eso.

Trinidad Balbuena regresó y le pidió a su hija que se hiciera cargo de atender el almacén.

—Yo me ocuparé de todo, madre, no se preocupe —la tranquilizó. Miró a Pablo y le sonrió con complicidad—. ¿Te quedás a hacerme compañía?

—Sí. Mientras las mujeres van a lo de la modista, yo aprovecharé para comprar algunas cosas para abastecer la despensa.

Almudena sabía que no era más que una excusa para poder quedarse a solas. Sentía tanta rabia que salió del almacén sin siquiera mirarlo. Las demás tuvieron que acelerar el paso para poder alcanzarla.

—La casa de Adela es aquella —le indicó Trinidad, apuntando con la mano hacia una humilde vivienda, ubicada al final de la calle. La muchacha no le respondió. Avanzaba por la vereda como si estuviese huyendo de alguien. Estaba molesta y creía intuir el por qué. Ella tampoco tenía ganas de conversar; sin embargo, lo suyo era distinto. Caminaba hacia la casa de la familia Flores con el corazón en la garganta, a sabiendas de que tal vez se encontraría con Ramiro. Se había ofrecido a acompañarlas con la secreta intención de poder verlo. Después del maltrato que había sufrido en manos de Álvaro la noche anterior, necesitaba imperiosamente de él. Aunque fuese solo para cruzar un par de palabras o perderse en el azul diáfano de sus ojos. Esos ojos que la encendían pero que al mismo tiempo le brindaban la serenidad que hacía tiempo había perdido al lado de su esposo.

Llegaron a la casa de la modista y fue Trinidad la encargada de llamar a la puerta. Con disimulo, se tocó el labio lastimado. Lo había tratado con un

empaste de hierbas para que cicatrizara lo antes posible, pero el golpe había sido fuerte y no se podía esconder. Cuando sus hijas le preguntaron qué había sucedido, tuvo que contarles una mentira. La que no se creyó ninguna de sus palabras fue Avelina, su fiel criada, quien conocía su calvario mejor que nadie. Ella la había atendido en la cocina, en plena madrugada, y también le había ofrecido su hombro para que se desahogara.

Adela Flores las recibió en su morada con una gran sonrisa. Las invitó a pasar y tras las presentaciones pertinentes, se dispuso a ver las telas que habían llevado las muchachas para sus vestidos nuevos. Cuando Almudena le mostró el que había sido rasgado durante la lucha por ponerse a salvo del indio que pretendía raptarla, la mujer lo estudió durante un momento antes de dar un veredicto.

—El daño es importante. Sin embargo, si desea tanto recuperarlo, podemos cubrir la parte inferior con una sobrefalda en un tono similar para disimular la rotura. —La miró a Almudena a través de las gafas que usaba para las labores de costura—. ¿Qué le parece, señorita Izaguirre?

—Lo dejo en sus manos, señora Adela. —Almudena acarició el vestido—. Su hija me ha hablado maravillas de su trabajo y estoy segura de que cuando lo termine quedará mucho mejor que antes.

—¡Mi niña es muy exagerada! ¡Y le encanta hablar! Bueno, supongo que ya se habrá dado cuenta usted de eso.

Almudena y las demás damas presentes concordaron con ella.

—Mi hijo Ramiro es más sensato que Amparito —comentó. Desde que había regresado de Entre Ríos, con un brazo roto después de estar presente durante la fatídica noche en la cual habían asesinado al general Urquiza, el joven soldado raso se había convertido en su mayor orgullo. Y también en el de la gente del pueblo.

A Trinidad se le dibujó una sonrisa en la cara cuando les dijo que se encontraba en el patio, alimentando a su caballo.

—Si gustan pasar por acá, les tomaré las medidas. —Doña Adela acompañó a Mariana y a Almudena hasta una pequeña habitación abarrotada de telas y de utensilios de costura. En un rincón había una máquina de coser de segunda mano que había conseguido comprar gracias a los ahorros de casi toda su vida. Era un lujo para una mujer humilde como ella, y aunque la máquina no era nueva, la cuidaba con tanto esmero que sí lo parecía. Buscó un centímetro y comenzó por Mariana. Mientras esperaba, Almudena se entretuvo hojeando unas revistas viejas de moda.

—Le toca a usted, señorita Izaguirre —dijo la modista, con el centímetro en la mano.

Mariana salió de la habitación para esperarlas afuera.

—Llámeme Almudena —le pidió.

—Me dijo Amparito que usted será la maestra del pueblo. —Se agachó para medirle el largo de la falda.

—Sí, ese es el motivo por el cual dejé Buenos Aires para venir a instalarme en Cruz del Eje.

Adela se incorporó y se la quedó mirando, muy pensativa.

—Debe ser muy grande su vocación como para abandonar su vida en la ciudad y terminar en un lugar como este.

Almudena dobló el brazo cuando doña Adela se lo pidió.

—A veces, hay razones de mucho peso que nos obligan a tomar decisiones importantes y definitivas —manifestó, dejándose embargar por la nostalgia—. Echo de menos Buenos Aires, pero lo que más extraño son mi casa y mi familia. Aun así, sé que no me equivoqué. Es en Cruz del Eje donde quiero estar, y si la gente del pueblo me lo permite, me quedaré por aquí un buen rato.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—La escucho, señora Adela.

—La escuela ¿será solo para los niños o también podrá asistir la gente que no ha tenido oportunidad de aprender a leer y a escribir?

A Almudena ni siquiera se le había cruzado por la cabeza esa posibilidad. Era una cuestión que no había discutido con Pablo cuando le propuso el puesto de maestra.

—La verdad es que no hablamos con el señor Medrano al respecto —contestó, entusiasmándose con la idea.

—Sé de algunas personas que estarían muy interesadas en ir a la escuela. Yo soy una de ellas —dijo, tocándose el pecho con cierta vergüenza—. Pasé toda mi infancia viviendo en el campo, con unos padres que no creyeron necesario que aprendiese a leer. Cuando ellos murieron y me mudé a la casa de mi tía, acá en el pueblo, una prima, algunos años mayor que yo, intentó enseñarme. Aprendí a contar y memoricé muchas de las letras del abecedario. Mi prima se casó y se fue a vivir a la ciudad de Córdoba. No volvimos a vernos. Poco después, yo también me casé, tuve a mis dos hijos y ya no tenía tiempo para dedicarle al estudio.

—¿Cómo hace con las medidas de sus clientas? —Sintió curiosidad Almudena en saber.

Adela le mostró el cuaderno en donde anotaba todo lo necesario para confeccionar de manera eficiente la ropa que le encargaban.

—Como no puedo escribirlas con palabras, me valgo de los dibujos.

Almudena comprobó con sus propios ojos lo que acababa de decirle. Para su vestido, había dibujado una silueta femenina en donde iba escribiendo todas las medidas que necesitaba.

—Es un método seguro. Hasta ahora nadie se ha quejado.

Almudena le devolvió el cuaderno y le sonrió.

—No tiene nada de qué avergonzarse, doña Adela. Lamentablemente, en muchos rincones de este inmenso país, saber leer es el privilegio de muy pocos. —Le dio una palmadita en sus arrugadas manos—. Hablaré con Pablo para proponerle la enseñanza de adultos y le mandaré a avisar con Amparito cualquier novedad.

—Gracias, señorita Almudena. ¡Tiene razón mi hija cuando dice que es usted la bondad en persona!

Salieron de la habitación muy animadas. Tanto la maestra como la posible futura alumna tenían un gran motivo para sonreír.

Cuando estaban a punto de retirarse, apareció Ramiro por la puerta que daba al patio. La orgullosa madre lo presentó a las visitas. Él inclinó respetuosamente la cabeza a cada una de ellas y se detuvo más de lo necesario cuando le tocó el turno de saludar a Trinidad Balbuena. Notó de inmediato la contusión en su boca. Tenía el labio un poco hinchado y la zona a su alrededor se había puesto morada.

—Trinidad, ¿cómo está usted? —le preguntó con ojos inquisidores.

Ella, por temor a que se dieran cuenta, respondió que muy bien y le esquivó la mirada.

Doña Adela, conocedora del carácter enamoradizo de su hijo, supo entonces quién era la que realmente le robaba el sueño a Ramirito. Y no le gustó nada. Una cosa era que anduviera en amores con la hija de Balbuena, visitándola a escondidas de su padre, pero enredarse con la mujer de ese hombre traería terribles consecuencias. Despidió a sus nuevas clientas deseándoles que terminaran bien su día, y antes de que Ramiro se escabullera al patio, lo detuvo.

—Tenemos que hablar, hijo.

—¿De qué, madre? —le contestó, de malhumor.

—De esa mujer, la esposa de Álvaro Balbuena. ¿Qué anda pasando entre ustedes?

Ramiro guardó silencio.

—No soy ciega, Ramiro. Te la comías con los ojos y lo peor es que ella parecía encantada. ¡Apuesto a que vino con el único propósito de poder verte! ¡Por Dios! ¡En qué están pensando! Si ese hombre se entera…

Ramiro la tomó de los hombros y le sonrió. No necesitaba sus reclamos,

mucho menos que se pusiera en su contra.

—Madre, tranquila que sé lo que hago —le aseguró—. No es lo que pensás. A mí la que me interesa es Eugenia, pero don Álvaro es un hueso duro de roer y no va a aceptar tan fácilmente lo nuestro. Si me acerqué a su mujer es para ir ganando terreno poco a poco. Ella puede hablar con él y convencerlo de que me permita visitarla en su casa sin tener que escondernos.

Adela quería creerle, por el bien de su hijo, quería hacerlo. Sin embargo, confiaba más en lo que sus propios ojos habían visto. Álvaro Balbuena era un hombre poderoso, capaz de arruinarle la vida a su hijo si descubría que estaba metiéndose con su mujer. A pesar de que todos en el pueblo sabían que prefería pasar el tiempo en el burdel, era demasiado orgulloso y jamás permitiría que nadie tocase lo suyo.

Intentó aconsejarlo y, sobre todo, advertirle que se anduviera con cuidado. Ramiro asentía, como si de verdad estuviese escuchándola, pero Adela sabía que sus palabras terminarían cayendo en saco roto.

*

—¿Te gusta?

—Mucho. —Almudena contempló la casa que en poco tiempo más se convertiría en la primera escuela de Cruz del Eje.

—Aparte del tejado, le hace falta una mano de pintura en la fachada, reparar el aljibe y desmalezar parte del terreno —le comentó Pablo—. ¿Quieres entrar?

—¡Por supuesto!

—Ven. —Estuvo a punto de tomarla del brazo, pero se abstuvo. La guio a través de un sendero angosto que estaba pegado a la casa, y así, llegaron hasta el patio trasero—. Ten cuidado porque hay algunas baldosas flojas —le advirtió.

El piso de la galería era un damero negro y blanco al que le hacía falta una buena lavada con agua y jabón. Se le ocurrió en ese momento que ella podría colaborar en algunas de las tareas que se estaban realizando para poner a punto la escuela. Sería otro asunto que tendría que tratar con Pablo.

Las puertas estaban en buen estado. Abrían con facilidad y no chirriaban a causa de la humedad.

—Aquí funcionará el aula —dijo Pablo—. Es la habitación más grande de la casa.

Almudena asintió. Le parecía perfecta. Tenía dos ventanas que daban a la calle y una chimenea que ya estaba en condiciones de ser usada. Hasta había algunos troncos apilados en el rincón. Vio que Pablo se dirigía hacia una puerta y la abría. Le hizo señas de que se acercase.

—La hemos estado usando de depósito, pero tiene todo lo necesario para que te instales una vez que esté terminada. —Era lo que había acordado con su hermano, aunque si fuese por él, Almudena se podía quedar a vivir en la estancia todo el tiempo que quisiera.

Ella estiró un poco el cuello para echar un vistazo en su interior. Había algunos pupitres amontonados, un escritorio y también una gran pizarra.

—Si necesitas algún otro mueble, solo tienes que pedirlo. Me haré cargo de conseguir lo que haga falta. Don Larrea no habría escatimado en gastos para asegurarse de que el pueblo contase con las mejores herramientas para aprender.

Almudena pensó en un estante para colocar libros y, por supuesto, una buena cantidad de textos escolares y lápices, solo para empezar. Pero había tiempo todavía para comprarlos. Primero había que dedicarse a acondicionar la parte edilicia. Pensando en qué color de cortinas le iría bien al salón, no calculó bien la distancia y, al girarse sobre sus talones, terminó chocándose de lleno contra el pecho de Pablo.

—¿Estás bien? —le preguntó, sujetándola del brazo antes de que su

distracción acabase mal.

—Sí —apenas logró responder Almudena con la voz trémula.

Sin que ninguno de los dos pudiese evitarlo, volvieron a entrelazar sus miradas con la misma intensidad que lo habían hecho en la iglesia. Pablo no quería soltarla todavía. Se sentía atrapado por el olor de su perfume y esos labios húmedos que parecían pedirle un beso a gritos. Alzó el brazo con la inexplicable necesidad de acariciarle la boca. En ese preciso instante, cuando Almudena musitó su nombre con tanta pasión, la mano de Pablo quedó suspendida en el aire. Se detuvo justo antes de cometer una locura. La soltó y se apartó de su lado con el pretexto de cerrar la puerta de la habitación. Estando de espaldas a ella, se maldijo a sí mismo por su falta de juicio. Llevaban juntos apenas media mañana y ya había tenido ganas de besarla en dos oportunidades. Hacía tiempo que una mujer no le hacía perder la cabeza de esa manera. ¿Qué tenía Almudena que no tuviese Coral? Se sintió ridículo. Jamás se hubiese imaginado que llegaría el día en que la compararía con ella. Se volteó para enfrentarla y sintió alivio cuando descubrió que estaba entretenida, midiendo, a ojo, una de las ventanas.

—Compraré tela para cortinas y se la llevaré a doña Adela. Quiero un motivo alegre, nada de colores opacos y tristes —dispuso, mientras pensaba en los pesados y oscuros cortinados del aula en donde impartía sus clases en la Casa de Niños Expósitos—. He visto unos diseños muy bonitos en el almacén.

—Podrás decorar la casa a tu antojo, Almudena. Yo me ocuparé de cubrir todos los gastos. Es más, le diré a Balbuena que abra una cuenta a tu nombre, yo después me arreglo con él.

—Me parece perfecto. —Se acercó a la ventana y frotó el vidrio con la mano para poder mirar hacia afuera—. Quisiera aprovechar que estamos acá para hablar con vos de dos asuntos muy importantes.

Pablo avanzó hacia ella, pero esta vez, prefirió quedarse a cierta distancia.

—Lo primero que voy a decirte es que me gustaría colaborar con los trabajos de la escuela. Creo que es lo más justo. Voy a sentirme una inútil si me quedo en la estancia a esperar, con una mano encima de la otra, sin hacer nada. Yo podría encargarme de la limpieza y también de desmalezar el patio. Solo necesito las herramientas adecuadas…

—¿Y lo otro? —la interrumpió él, sorprendido por su propuesta.

—Estuve hablando con doña Adela, la modista, y ella me dijo algo muy cierto. En este pueblo, así como también en los pueblos vecinos, no solo hay niños con necesidad de instruirse. Creo que debemos tomar en cuenta también a los adultos. Ella misma sería una de las primeras interesadas en venir a la escuela si abrimos la inscripción para todos en general. ¿Qué te parece?

Pablo se quedó pasmado. Almudena no solo se estaba ofreciendo para colaborar con una tarea tediosa y pesada como la de quitar la maleza, también planeaba enseñar a leer y a escribir a los mayores.

—No lo había pensado.

—Yo tampoco, pero no veo ningún impedimento para hacerlo. Podría dar las clases en dos turnos para que los adultos no se sientan algo incómodos al tener que compartir el aula con los pequeños.

—¿Dos turnos?

—Sí —respondió, convencida de lo que decía—. Por la mañana vendrían los niños, y por la tarde, una vez que se liberen de sus ocupaciones, les daría clases a los mayores.

—¿Crees que podrás hacerlo? No era lo que habíamos acordado.

—¡Por supuesto que puedo! —le aseguró.

La notó tan entusiasmada que fue imposible decirle que no. Él tampoco encontraba una razón de peso que impidiese abrir la escuela para todo aquel que tuviera deseos de aprender. Además, estaba seguro de que, si don Larrea viviera, habría aplaudido la iniciativa de Almudena. Pensó entonces que al viejo le habría encantado conocerla.

*

Mariana entró como una tromba a la casa y se preocupó cuando Lolita no vino a recibirla.

—Ya va a aparecer —repuso Úrsula sin darle demasiada importancia al asunto.

Almudena y Pablo eran testigos de la escena que se desarrollaba en el vestíbulo entre la atribulada sobrina de Larrea y su inquietante dama de compañía.

—¡Voy a ir a buscarla! Lolita no conoce el lugar y se va a perder —esgrimió, sin escuchar razones.

—Mariana, estás exagerando. Ya es la hora del almuerzo, tenés todo el día para buscar a ese dichoso animal.

La joven no pensaba dar su brazo a torcer. Aunque luego recibiera un sermón, no iba a hacerle caso. No cuando su querida Lolita podía estar en peligro.

—Déjela, Úrsula —terció Pablo, apiadándose del sufrimiento de la muchacha—. La perrita no debe estar lejos. Quizá ni ha salido de la casa.

—La he llamado y no responde —acotó Mariana—. Seguramente alguien dejó la puerta abierta y logró escabullirse al patio.

—Si quieres, le puedo pedir a alguno de los peones que te ayude a buscarla.

—No es necesario, yo misma la encontraré. Es muy desconfiada y no se da con cualquiera. —Se acomodó el rebozo sobre los hombros, le comunicó a Úrsula que no la esperase para almorzar y salió antes de que intentase detenerla.

—¡Muchacha necia! —despotricó la mujer, molesta por su pequeño acto de rebeldía.

Pablo y Almudena la dejaron hablando sola. Estaban cansados y el

exquisito aroma de carne asada que provenía de la cocina les había abierto el apetito.

Fuera de la casa, en el patio principal, Mariana intentaba dar con el paradero de Lolita sin éxito. No quería alarmarse de gusto, pero la estancia era enorme y el terreno a cubrir demasiado extenso como para que una perra tan pequeña y acostumbrada a vivir adentro no se perdiera. Además, estaba la laguna ¿Y si se había metido para curiosear y terminó ahogándose? Ni siquiera quería pensar en esa terrible posibilidad. Les preguntó a los peones si la habían visto, pero ninguno de ellos sabía nada. Cuando le dijeron que quizá se había juntado con los perros del capataz, se dirigió hacia el rancho que ocupaban Tomás y su esposa, cerca del monte de chañares. Mientras se acercaba, llamaba a Lolita con la esperanza de que, al escuchar su voz, saliera de donde fuera que se hubiese metido. Había un par de chuchos flacos echados frente al rancho. Se levantaron cuando la vieron llegar. Si esos eran los perros que le habían mencionado los peones, Lolita no estaba con ellos. Se le aproximaron y empezaron a olfatearla. Continuó llamando a la perra, sin embargo, no aparecía por ningún lado. Se pasó la mano por la frente. El sol del mediodía calentaba demasiado, y al igual que Lolita, ella tampoco estaba acostumbrada a pasar mucho tiempo al aire libre. No podía regresar sin su amiga de cuatro patas. Contempló el monte que se extendía delante de ella con cierto temor. Sus ojos castaños no alcanzaban a divisar en dónde terminaba. Había un sendero muy estrecho que parecía perderse en la peligrosa profundidad del monte. Respiró hondo y se armó de valor. Si Lolita se había atrevido a meterse allí, era su deber ir a buscarla.

Sin pensar en las consecuencias, entró en esa boca de lobo de ramas largas y altos pastizales que parecían ir devorándosela con cada paso que daba.

—¡Lolita! —gritó—. ¡Lolita! ¿Dónde estás?

El silencio era aplastante, solo el sonido de su vestido arrastrándose por el pasto y el eco de su propia voz resonaban en el lugar. El fuerte aleteo de unos

chincheros chicos que levantaron vuelo le dio un susto de muerte. Se llevó la mano a la garganta. *¡Por Dios, es solo una bandada de pájaros!*, se dijo para tranquilizarse. Entonces se dio cuenta de que, en un lugar agreste como ese, un grupo de inofensivas aves, que seguramente se habían asustado con ella, era el menor de sus problemas. Miró al suelo. Ignoraba qué clase de animales habitaban esa zona del país. ¿Y si se cruzaba con un puma? ¿O algo mucho peor? El miedo a lo desconocido la impulsaba a marcharse; sin embargo, la desesperación de no saber dónde estaba Lolita la mantenía allí, a pesar de todo. Siguió avanzando, siempre por el mismo sendero, hasta que creyó oír un ruido cerca de ella. Detuvo su andar y oteó a su alrededor. De pronto, algo se movió entre los pajonales.

—Lolita ¿sos vos?

Si era Lolita, no salió de su escondite. Como no corrió a sus brazos, Mariana se dio cuenta de que no se trataba en verdad de la perra. Había algo más allí. El pasto continuaba moviéndose, como si un animal se estuviese arrastrando hacia ella. Se acercaba cada vez más, y ella no podía moverse.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando alguien la sujetó por detrás y le cubrió la boca.

—Quédese quieta —le susurró al oído una voz masculina que conocía muy bien—. Si promete que no va a gritar, la suelto.

Mariana asintió con la cabeza.

Ceferino quitó la mano de su boca; sin embargo, no la soltó.

—Si no quiere que la muerda esa culebra, deberá hacer todo lo que le diga ¿Entendió?

Mariana volvió a asentir. Ahora sí que estaba realmente asustada.

—Voy a empezar a moverme muy despacio y tendrá que hacer lo mismo.

El fuerte brazo del indio continuaba alrededor de la cintura femenina mientras Mariana tenía ambas manos pegadas al costado del cuerpo. Giró un poco la cabeza para comprobar horrorizada que, efectivamente, se trataba de

una culebra. Y una muy grande, por cierto. Ahogó un grito cuando Ceferino la empujó hacia él. La fue llevando hacia atrás, hasta dejarla a una distancia prudencial del peligro que la acechaba. El pastizal seguía moviéndose, y de repente, como un latigazo verdoso que brilló al rayo del sol, la culebra atravesó el sendero y se perdió en medio del monte.

Aunque ya no había nada que temer, Ceferino no la soltó. Mariana estaba tan nerviosa que tampoco se preocupó por el hecho de que aún seguía entre los brazos del indio. Miró sus manos de piel cetrina, tan grandes y fuertes, sujetándola del talle con firmeza. Si bien se habían separado un poco, sus cuerpos estaban tan cerca el uno del otro que Mariana podía sentir su calor, envolviéndola toda. Dejó escapar un suspiro. Tardó un momento en darse cuenta de la situación embarazosa en la cual se encontraba. Se movió y logró que él la soltara. Dio unos pasos para poner nuevamente distancia entre ellos.

—No debería andar sola por estos montes que no conoce —la increpó Ceferino, molesto por su repentino rechazo—. Una damita frágil y asustadiza como usted se podría perder con mucha facilidad en un lugar como este.

—¡No debería preocuparse tanto por mi persona, señor! —En ese momento cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía su nombre—. Gracias a la buena mano de Dios, que llega a los sitios más remotos, usted se apareció en el momento oportuno para salvarme y evitar que ese bicho del demonio me matase —replicó, en tono burlón, devolviéndole el golpe por haberla llamado damita frágil y asustadiza.

Ceferino se rio. No consideró necesario aclararle que la mordedura de la culebra no era mortal. La habría dejado afiebrada y con mucho dolor, pero sobreviviría. Le gustaba que creyese que la había salvado de una muerte segura. Tampoco le dijo que había podido socorrerla porque la estaba siguiendo. La había visto salir de la casa, llamando a su perra y decidió ir detrás de ella para avisarle que sospechaba en dónde se había metido el animal.

—Debería calmarse un poco si quiere encontrar a su amiga.

Mariana se mordió la lengua para no responderle. Su única preocupación debía ser dar con el paradero de Lolita, y no estar discutiendo con ese hombre que le encrespaba los nervios.

—Si no le molesta mi compañía, le pido que me siga. —Ceferino retomó el sendero para salir. Cuando miró por encima de su hombro, Mariana aún no se había movido.

—¿A dónde me lleva? —le preguntó, desconfiada.

—¿Quiere encontrar a su perra, sí o no?

Mariana asintió.

—Entonces venga conmigo. —Le tendió el brazo, pero Mariana no lo aceptó. Se echó a andar y pasó a su lado tan de prisa que no le dio tiempo a reaccionar. Al final, tuvo que seguirla él a ella hasta que abandonaron el monte.

—Es por acá —le indicó Ceferino poniéndose a la par de Mariana.

La guio hasta el rancho del capataz, pero pasó de largo y se desvió hacia uno de los galpones en donde se almacenaba la leña y parte del alimento del ganado. Mariana se mostró algo reticente cuando él abrió uno de los portones de madera y la conminó a entrar.

—Ya estuve buscando a Lolita por los alrededores y no la encontré —dijo Mariana antes de dar un paso más—. No creo que se encuentre ahí adentro, de ser así, habría venido cuando la llamé.

—Tal vez estaba demasiado entretenida como para atender a su llamado —retrucó, sospechando la razón por la cual la perra no había aparecido aún—. No sea tan desconfiada, señorita Larrea. ¿De qué tiene miedo? Aunque mi aspecto le resulte espantoso, le puedo asegurar que no soy un salvaje.

Mariana tragó saliva. Espanto no era la palabra adecuada para describir lo que le pasaba cada vez que lo veía o pensaba en él. El parche en el ojo no le causaba repulsión, solo le despertaba mucha curiosidad. La verdad era que

todo de ese hombre la intrigaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Ceferino se puso serio de repente.

—Si quiere saber qué me pasó en el ojo…

—No, no es eso. Usted sabe quién soy, se ha dirigido a mí por mi apellido; sin embargo, yo ni siquiera conozco su nombre.

Ceferino se relajó. Tenía razón. No se habían presentado formalmente todavía.

—Mi nombre es Ceferino Guayquivil. Y aunque deduje quién era usted porque escuché su apellido de boca de los criados, no tengo el gusto de conocer su nombre de pila.

—Mariana; me llamo Mariana.

—Bien, señorita Mariana. —Volvió a sonreírle—. Ahora que ya nos conocemos de manera formal, ¿acepta venir conmigo o no?

El hecho de saber su nombre no la tranquilizaba en lo más mínimo. Ignoraba si eso que todavía sentía en su cuerpo era el pavor de haber estado a punto de ser mordida por una culebra en el monte, o había algo más profundo que no le permitía desenvolverse con naturalidad al lado de ese hombre. Como no deseaba ponerse a descifrar lo que realmente le sucedía, resolvió hacerle caso.

Entraron al establo y a Mariana casi le da un síncope cuando Ceferino cerró de un golpe el portón.

—Así evitamos que la perra pueda escaparse —repuso, irónico. Le causaba gracia la expresión de susto en el rostro de la joven, como si estuviese en un constante estado de alerta, preparada para darle el zarpazo en caso de que él intentase hacerle algo.

El pasillo por donde debían pasar, flanqueado por una gran cantidad de fardos de heno que llegaban hasta el techo, era demasiado angosto. Por eso, Ceferino iba adelante mientras Mariana lo seguía a una corta distancia.

—¿Y si la llamo? —sugirió ella, mirando al suelo para ver dónde pisaba.

Ceferino iba a decirle algo, pero no hizo falta. Bastó que Mariana abriera la boca para que Lolita saliera de su escondite y se echara a los pies de su ama, con la panza hacia arriba y el hocico bien abierto.

Mariana, feliz de haberla encontrado, se arrojó al suelo para atraparla entre sus brazos. No le importó ensuciarse la falda, tampoco que Ceferino la estuviese contemplando desde su imponente altura, regodeándose la vista con el espectáculo que le ofrecía el indiscreto escote de su vestido.

—¿Dónde te habías metido? ¡Estaba tan preocupada! —la regañó, aunque el enojo duró lo que un suspiro. Cuando Lolita comenzó a lamerle la nariz, se echó a reír.

¡Cielos! ¡Qué bonita sonrisa tiene!, pensó Ceferino.

—Debería hacerlo más seguido —dijo de repente.

Mariana alzó la cabeza y lo miró. Por primera vez en su vida, Ceferino Guayquivil supo lo que era perderse en los ojos de una mujer.

—¿A qué se refiere?

Ceferino se quedó callado. Era evidente que la aparición de su mascota le había cambiado por completo el humor; hasta tuvo la certeza de que le había perdido el miedo. Creyó prudente entonces no mencionarle lo de su hermosa sonrisa para evitar otro problema. Si se lo decía, era capaz de tomar a la perra y salir huyendo. Un ruido proveniente del fondo del establo, en donde se guardaban las herramientas de labranza, le sirvió de excusa para evadir su pregunta. Sospechaba quién era el responsable, y eso explicaría por qué la perra no había salido antes.

—Hay alguien ahí —dijo Mariana al tiempo que se ponía de pie con Lolita en los brazos.

—No se espante, dudo mucho que sea otra culebra —bromeó Ceferino, ensanchando la boca en una sonrisa.

Mariana no se rio de su comentario. Lo fulminó con sus ojos castaños,

amonestándolo por intentar hacerse el gracioso con ella después de la terrible experiencia que acababa de vivir en el monte.

—Será mejor que regrese a la casa. Úrsula debe estar muy preocupada por mí. —Se dio media vuelta, más que dispuesta a marcharse, pero no lo hizo. Entornó los ojos y se mordió el labio—. Muchas gracias, Ceferino… de parte mía y de Lolita.

Ceferino se aproximó a ella, pero se detuvo cuando el vozarrón de una mujer retumbó en el interior del establo.

—¡Mariana! ¿Qué significa esto?

Con un par de zancadas bien firmes, Úrsula llegó hasta el rincón en donde estaban ellos. Tomó a la joven de los hombros para alejarla de Ceferino y lo miró con hostilidad.

—¿Quién es usted? ¿Qué estaba haciendo aquí encerrado con mi niña?

—Úrsula, por favor —le suplicó Mariana, muriéndose de la vergüenza. Hasta Lolita se había agazapado contra su pecho, asustada por los gritos.

—No se sulfure, señora —respondió Ceferino por fin, molesto por el modo en que esa mujer, vestida de negro y con cara de bruja malvada, trataba a Mariana—. Mi nombre es Ceferino y he llegado ayer a la estancia, acompañando a la señorita Izaguirre.

—Eso no contesta a mi otra pregunta —inquirió, incapaz de controlar la rabia—. ¿Por qué estaba a solas con Mariana?

—La ayudaba a buscar a su perra, señora. No piense nada extraño.

—¡Usted no tiene derecho a decirme lo que debo pensar, *señor*! —lo increpó. ¡Qué se creía ese salvaje para hablarle de ese modo, como si fueran iguales! Miró a Mariana. Ya hablaría con ella para que le explicase todo. La sacó a empellones de allí y azotó la puerta con tanta fuerza que el suelo del establo tembló.

Ceferino permaneció un rato más en el lugar. Sabía que tarde o temprano el pequeño abandonaría su escondite. Dejó caer su cuerpo cansado sobre uno de

los fardos de heno y se cruzó de brazos, dispuesto a esperar el tiempo que hiciera falta. Fingió que dormía cuando Juan de Dios finalmente apareció. Escuchó sus pasos sigilosos avanzando hacia él. Podía sentir que lo observaba. Estuvo a punto de abrir los ojos, pero prefirió seguir con la farsa un poco más. La muralla que el niño había construido a su alrededor para protegerse de los demás, no le permitía acercarse demasiado. Juan de Dios comenzaba a confiar en él, por esa razón, no podía precipitarse y arruinar lo poco que había logrado hasta el momento.

Oyó que se alejaba, y al abrir los ojos, el niño había desaparecido.

SECRETOS REVELADOS

Durante el almuerzo, Diego le recordó a Almudena que había aceptado dar un paseo con él por la estancia. Cuando ella le dijo que no lo había olvidado y que le agradaba la idea, en la mesa del comedor hubo diversas reacciones.

Úrsula celebraba la idea de que la entrometida de la maestra contase con un admirador joven y apuesto bajo el mismo techo que ella.

A Mariana, el supuesto interés que había despertado Almudena en el español, le importaba muy poco. Aunque le podía allanar el camino para tratar de conquistar al otro heredero de la fortuna de don Casimiro Larrea, ella tenía ya bastante con que lidiar.

Pablo, por su parte, seguía la conversación con mucho interés, aunque sin intervenir. Almudena parecía encantada con la atención que recibía de Diego Guzmán y él apenas podía soportarlo. No tenía nada de malo que la hubiese invitado a pasear por La Querencia, tampoco había nada de malo en que ella aceptase. Entonces, ¿por qué diablos le desagradaba la idea de que anduvieran juntos? Se levantó de la mesa sin siquiera probar el postre, y se retiró del comedor, alegando que tenía trabajo atrasado.

Un par de horas más tarde, Pablo aún continuaba encerrado en el despacho, con un montón de papeles desparramados encima del escritorio y la mente en cualquier parte menos en donde debía estar. No podía concentrarse en la lectura, y necesitaba hacerlo para estudiar una propuesta de negocio que le habían hecho a don Larrea poco antes de morir. Si las condiciones del contrato eran las esperadas, La Querencia se convertiría en la principal proveedora de

cabezas de ganado para uno de los mataderos más grandes de Buenos Aires. Cuando Amparito se asomó a la puerta para preguntarle si se le ofrecía una taza de café, no le contestó.

—Patrón —insistió la muchacha, entrando en el despacho—. ¿Me ha oído?

Pablo levantó la cabeza y se recostó en la butaca.

—Lo siento, Amparito. Estaba distraído. —Se peinó el cabello con los dedos y respiró hondo—. Me duele un poco la cabeza, creo que no voy a aceptar ese café.

—¿Quiere que le prepare un té de semillas de limón? Es santo remedio para los dolores de cabeza.

Pablo aceptó su ofrecimiento y antes de que se marchara, como quien no quiere la cosa, le preguntó por Almudena.

—Recién la vi en la galería, acompañada por el señor Guzmán. Creo que aprovecharon que se asomó de nuevo el sol para dar un paseo por la estancia. Usted debería hacer lo mismo, patrón. No es saludable quedarse encerrado entre estas cuatro paredes durante tantas horas. Un poco de aire lo ayudará a despejarse…

—Gracias, Amparito, puedes retirarte —la interrumpió, forzando una sonrisa, antes de que se pusiera a cotorrear de nuevo.

La criada salió presurosa del despacho y cerró la puerta. Pablo se levantó, estiró los brazos por encima de la cabeza para desentumecer los músculos adoloridos después de estar tanto tiempo en la misma posición y respiró profundo. Se acercó a la ventana, abrió una de las hojas para tomar un poco de aire y entornó los ojos con el propósito de despejar su mente. Sabía que la tensión muscular no era la única culpable de su malestar; había algo más que lo inquietaba. Cuando no podía discernir qué era lo que realmente le ocurría, entonces sí empezaba a preocuparse. Contempló el vasto terreno que se extendía por varias hectáreas a la redonda y llegaba hasta el monte de chañares. Más allá, las sierras se alzaban majestuosas. Amaba esas tierras; a

pesar de las terribles circunstancias que lo habían llevado a refugiarse en Cruz del Eje, se había encariñado con el lugar y su gente. Sin embargo, sus raíces gitanas y la libertad del circo le pesaban en el alma. Añoraba su pasado, pero más lo inquietaba el futuro.

Amparito entró al despacho y le dejó la bandeja encima del escritorio.

—Su té, patrón. Lo endulcé con un poco de miel para que no le sepa tan amargo.

—Gracias, Amparito —le respondió Pablo, sin moverse de su sitio. Escuchó que la muchacha murmuraba alguna cosa antes de salir. Estaba a punto de cerrar la ventana para ir a tomarse su té, cuando vio a Almudena acercándose al aljibe. Llevaba el mismo vestido, aunque se había puesto una capa en tonos azulados para protegerse del frío. El viento le alborotaba el cabello y ella intentaba acomodárselo sin suerte. Toño, uno de los perros de Tomás, se le acercó y en vez de echarlo de su lado, se inclinó hacia adelante para acariciarle la cabeza. Sonreía como una niña, pero Almudena ya no era una niña. Tampoco se parecía en nada a esa jovencita débil y apagada que conociera durante la convalecencia de su enfermedad. Almudena Izaguirre se había convertido en una hermosa mujer. Estaba disfrutando el poder contemplarla a sus anchas cuando descubrió que Diego Guzmán se acercaba a ella. Almudena entonces se despidió del perro y se volteó hacia su flamante acompañante de paseo y héroe de turno. Guzmán le entregó un ramillete de florcitas silvestres y ella se lo llevó al rostro para aspirar su perfume. Le dijo algo mientras le sonreía y luego se echaron a andar, uno muy cerca del otro, por el camino que llegaba hasta la laguna artificial que don Casimiro había mandado a construir para cumplir el capricho de su difunta esposa. Pablo los siguió con la mirada hasta perderlos de vista. Azotó la ventana y cerró los puños en un gesto de impotencia.

Se bebió la infusión que le había preparado Amparito con tanta prisa que terminó por quemarse la garganta. Dejó el despacho lanzando una maldición

en *caló* y atravesó el pasillo de unas pocas zancadas. Recogió el abrigo que colgaba en el perchero del recibidor y se puso su sombrero. Se cruzó con el capataz en la galería, pero estaba de pésimo humor como para ponerse a charlar con él. Lo saludó con la mano y fue en busca de su caballo. No estaba en sus planes volver al pueblo; sin embargo, de repente, le habían entrado muchas ganas de visitar el burdel y retozar un rato con Lupe. Sacó a Gitano, su zaino favorito del establo, y se montó en él de un salto. Cuando lo espoleó bruscamente con el taco de sus botas, el animal salió al galope, disparando hacia el camino principal. No era el más avezado de los jinetes, pero sabía cómo dominar a su caballo. Pablo tironeó de las riendas, obligando al zaino a desviarse hacia la izquierda, con el único y absurdo propósito de pasar por la laguna. A medida que se iban acercando, aminoró la velocidad. Almudena y Guzmán se encontraban junto a la orilla, conversando muy animadamente, cuando Pablo perdió el control sobre el animal, quien comenzó a corcovear desesperado, como si de repente algo lo estuviese atacando. Alcanzó a pisar con fuerza los estribos para evitar una aparatosa caída que lo dejase en ridículo y, sin mediar palabra, retomó su camino bajo las miradas curiosas de sus sorprendidos espectadores.

*

—El señor Medrano parecía enfadado —comentó Diego, observando fijamente la espesa nube de polvo que dejó el caballo de Pablo tras su paso por la laguna.

Almudena asintió. Todavía estaba algo turbada por la repentina aparición de Pablo. No entendía por qué se había acercado a ellos de esa manera tan extraña para luego marcharse sin siquiera haberles dirigido la palabra. ¡Se había asustado tanto cuando el caballo se encabritó y estuvo a punto de tirarlo al suelo! ¿A dónde se dirigía con tanta prisa?

—Almudena, espero que no te haya parecido impropio el gesto de regalarte unas flores —le dijo Diego, aprovechando el silencio de ella. Estaba distraída y necesitaba recuperar pronto su atención—. Ha sido la mejor manera que encontré para darte las gracias.

—¿Darme las gracias? Soy yo quien está agradecida, Diego —respondió, apartando por fin la vista del camino. Se puso a juguetear con el ramillete de flores—. Si no hubiese sido por vos…

—No quiero que volvamos a mencionar ese asunto —le pidió—, y sí, yo también tengo una razón para agradecerte. Fue debido a tu intervención que Pablo Medrano permitió que me quedase en su estancia.

—Pablo habría accedido de todos modos —le aseguró— jamás le negaría la ayuda a nadie.

—Por su comportamiento de recién, se ve que es un hombre de difícil temperamento —comentó, estudiando su reacción.

Almudena se encogió de hombros. Ella no podía explicar lo que había ocurrido con Pablo. Estaba tan atónita como él.

—No son propios de Pablo esos arranques —lo justificó.

—¿Ocurrió algo en el pueblo esta mañana? —insistió Diego.

—Nada.

Diego percibió el repentino cambio que se produjo en su semblante. Sonrió complacido. Para su buena fortuna, la muñequita de porcelana fina era demasiado transparente, y él se valdría de la debilidad que sentía por Medrano para obtener lo que se proponía. Cerca de la orilla se habían construido un par de asientos con unas cuantas piedras apiladas. Diego la invitó a sentarse. Tenía que hablar con ella y no podía esperar más. El tiempo corría en su contra.

Almudena dejó el ramo de flores sobre su regazo y se aflojó un poco el lazo de la capa.

—No quiero entrometerme donde no debo, Almudena. Solo me preocupo

por ti.

Ella le sonrió.

—Gracias.

Diego ladeó el cuerpo para poder mirarla mientras le hablaba.

—Tengo algo que confesarte —dijo, atrayendo rápidamente su atención—. Cuando te invité a dar un paseo lo hizo con la intención de hablar contigo sobre el motivo que me hizo abandonar mi tierra para venir a este lugar, tan alejado de la mano de Dios. Estoy convencido que haberte encontrado en mi camino no fue casualidad. Dime, Almudena, ¿crees en el destino?

Las palabras de Diego la provocaron inquietud.

—Coral, la esposa de mi hermano y también mi mejor amiga, dice que todos tenemos nuestros destinos marcados, que es imposible huir de él.

—Es muy sabia tu amiga Coral —repuso Diego, con una sonrisa. Sabía bien de quién le estaba hablando. Aitana se la había mencionado alguna vez. También su tío, quien aseguraba que era precisamente por esa gitana que Román había terminado asesinado en manos de Medrano.

—Ella creció en un circo, bajo el amparo de un par de gitanos que la criaron como si fuera suya. Es una historia muy larga, también muy triste. Algún día te la contaré.

—Y ese circo es el mismo en el que vivió Pablo hasta hace unos años, ¿verdad? Su dueño era un tal Cándido Marchena.

Almudena abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabés eso?

Diego respiró profundo. Había ensayado muchas veces lo que diría en ese momento, siempre con la certeza de que tendría al propio Pablo Medrano frente a él. Sin embargo, estaba convencido de que hablar primero con Almudena haría las cosas mucho más sencillas.

—Porque conozco muy bien el pasado de Pablo, o al menos parte de él.

En ese instante, Almudena barajó la posibilidad de que Diego Guzmán

hubiese sido enviado a buscar a Pablo para llevarlo ante la justicia y pagase por lo que había hecho. Se asustó tanto que el ramillete de flores se cayó al suelo.

—¿Qué sucede?

—Nada —titubeó.

—No tienes nada de qué preocuparte, Almudena. —Se inclinó para recoger las flores y devolvérselas. Se dio cuenta de que le temblaban las manos—. He cruzado ese océano con una única intención: encontrar a Pablo para decirle quien soy.

Almudena logró calmarse. No ganaba nada con ponerse nerviosa.

—¿Es Pablo la razón que te trajo a Cruz del Eje?

Diego asintió.

—Por eso digo que no fue casualidad que nos hayamos encontrado en esa posada, tampoco que la rueda de mi carruaje se hubiese roto. Fue una estrategia del destino para que yo pudiese llegar hasta él, a través de ti, por supuesto. —La horadó con sus profundos ojos negros, provocando que Almudena bajase la vista. Le encantaba inquietarla de esa manera—. Nunca pensé que daría con su paradero tan pronto después de buscarlo durante tantos meses.

—¿Por qué has venido a buscarlo? Pablo abandonó España hace más de cinco años.

—Lo sé, su tía abuela me lo contó todo.

—¿Su tía abuela?

—Así es, fue ella la que me dijo que Pablo se había establecido en Cruz del Eje.

Almudena desconocía la existencia de esa mujer. Se había enterado, gracias a Coral, que la madre de Pablo había muerto cuando él era pequeño y que nada se sabía de su padre. Jamás le mencionó a una tía abuela.

—Doña Luisa me contó muchas cosas. También me mostró algunas de las

cartas que Pablo le ha escrito durante los últimos años. Fue muy generosa conmigo cuando le dije por qué lo estaba buscando…

—Continua —lo exhortó Almudena cuando él interrumpió su relato.

Diego se aclaró la garganta.

—Pablo y yo somos hermanos, hijos del mismo padre.

Almudena se quedó boquiabierta. ¿Hermanos? ¡Jamás se lo hubiese imaginado! No se parecían en nada.

—La mía también es una historia muy larga, por eso, si no te molesta, quisiera que la escuchases cuando se la cuente a Pablo —manifestó—. Me gustaría que estuvieses presente porque no va a ser sencillo para mí confesarle la verdad. Yo la supe hace muy poco, y todavía me cuesta asimilarlo.

—¡Por supuesto que te acompañaré! ¡Pablo no lo va a poder creer cuando lo sepa! —exclamó, rebosante de felicidad. El miedo que había sentido hacía tan solo un momento se disipó por completo—. ¡Es más, deberíamos volver ya mismo para hablar con él!

—Te recuerdo que Pablo no está en la estancia. Salió como alma que lleva el diablo montado en ese caballo y no creo que regrese tan pronto. Prefiero esperar, estaba de muy mal genio.

Almudena le dio la razón.

—Pero no podemos dejar pasar más tiempo, se lo dirás cuando regrese. Verás que todo saldrá bien —afirmó, convencida.

A Diego le complacía su entusiasmo. Sin dudas, estaba ganando una aliada. Con suerte, también lograría de ella más de lo esperado. Sin embargo, no era prudente precipitarse. Por ahora, Almudena veía solamente en él al hombre que la había salvado de caer en manos de los salvajes. Con el tiempo, se encargaría de que empezara a verlo con otros ojos. La invitó a continuar con su paseo y aunque ella insistió en que le contase algo más sobre esa historia que tenía en común con Pablo, supo armarse de paciencia y esperar. Recorrieron el casco de la estancia hasta que unos nubarrones oscuros

encapotaron el cielo y las primeras gotas mojaron la hierba. Se refugiaron en la galería. Antes de entrar en la casa, Almudena miró en dirección al camino principal. Llovía y no había señales de Pablo todavía. Dejó escapar un suspiro.

¿Dónde se habría metido?

*

—Lo siento, Lupe —se disculpó Pablo, sintiéndose avergonzado por no responderle. La media botella de whisky que se había bebido desde su llegada hacía que arrastrase las palabras al hablar. No estaba acostumbrado a tomar tanto y su cuerpo era ahora el que pagaba las consecuencias.

—No importa, cielo. —Le acarició el hombro y sonrió toda condescendiente—. Volveremos a intentarlo más tarde.

Él asintió con una sonrisa boba en los labios y los ojos entornados porque apenas podía mantenerse despierto.

Lupe se acomodó encima de él para evitar que se durmiera.

—Decime, Pablo ¿hay algo que te esté preocupando? Nunca te vi beber de ese modo. —Miró la botella casi vacía que él mismo le había pedido que trajese a la habitación—. Sabés que podés confiar en mí, cariño. Cualquier cosa que me digas, quedará entre estas sábanas.

—No me pasa nada, solo quería divertirme un poco —respondió entre hipidos.

—Sé que alguna cosa te inquieta, Pablo. ¿Me equivoco si digo que la que te tiene a mal traer es una mujer?

Pablo le mordió suavemente el dedo y sonrió.

—Nunca he tenido suerte en el amor —balbuceó—. Mi corazón está condenado a sufrir por una mujer a la que perdí por culpa de mi cobardía, por no decirle nunca lo que sentía por ella.

—¿La conozco?

Él negó con la cabeza.

—Coral y yo crecimos juntos en el circo. Siempre creí que mi destino era estar con ella para siempre, pero un día, simplemente se marchó. Cuando volví a verla, ya era demasiado tarde… su corazón le pertenecía a otro hombre.

¿Un circo? ¿Quién lo hubiese dicho?

—Lo lamento mucho, cariño. ¿La seguís queriendo?

Como Pablo no le respondió, alzó la cabeza y lo miró.

—¿Es por Coral que querés ahogar tus penas en alcohol? —insistió.

Él hizo una mueca con la boca. Estiró el brazo para alcanzar la botella, pero Lupe no se lo permitió.

—Coral nunca me amó, a pesar de lo que hice por ella. Veía en mí solo a un buen amigo. Creo que no le importó que me desgraciara la vida para salvarla; no tardó demasiado en correr a los brazos de Izaguirre —se quejó, escupiendo el dolor que traía arraigado en las entrañas.

—¿Qué fue lo que hiciste por ella?

Otra vez, Pablo se sumió en el silencio.

—Y Almudena… ella no es igual a Coral. —Negó con la cabeza—. Parece estar encantada con el hombre que la salvó de esos salvajes ¡Acepta dar paseos con él y sonríe embobada por un miserable ramito de flores que le dio! —Con un movimiento brusco, se la sacó de encima y trató de incorporarse.

—No es conveniente que te vayas ahora, querido. Está lloviendo muy fuerte, y en tu estado, es muy peligroso —dijo la pelirroja para tratar de convencerlo. Se arrodilló detrás de él y pegó su cuerpo al suyo para que sus pechos firmes rozaran la piel de su espalda—. ¿Por qué no te quedás?

Pablo no rechazó su avance y Lupe se sintió victoriosa. La penetró con tanta violencia que tuvo que morderse los labios para ahogar un grito de dolor. No le importó. Estaba completamente extasiada. Pablo descargaba su rabia con cada nueva embestida… una furia incontrolable que dominaba todos los

músculos de su cuerpo. Lupe se convulsionó de pies a cabeza al alcanzar la cima máxima del placer en sus brazos. Era la primera vez que la poseía con tanto apasionamiento.

—Tenía razón, Pablo —le susurró al oído, toda melosa—. No podías irte todavía.

Bastó que Lupe hablase para que Pablo abriera los ojos y volviese a mirarla con el mismo desdén de antes. La tomó de la cintura, la sentó en la cama y se puso de pie. Lo hizo tan rápido que le dio un mareo. Estaba ebrio; sin embargo, todavía tenía la lucidez suficiente como para subirse a su caballo y volver a la estancia. Hizo oídos sordos a las recomendaciones de Lupe y dejó el burdel bajo un copioso aguacero.

PASIONES

Trinidad echó un vistazo al exterior antes de arrimar el postigo de la ventana. Llovía a cántaros y aprovecharía la escasa concurrencia de clientes para trabajar en la despensa. Últimamente era ella quien se encargaba de hacer el inventario de la mercadería porque Álvaro no tenía la paciencia para concentrarse en números y cuentas. Además, perdía los estribos por cualquier tontería. Ella, temiendo una reacción violenta de su parte, callaba y observaba. Encendió el quinqué y lo dejó encima de una mesa. Había un montón de papeles desparramados, señal de que su esposo había estado metiendo las narices en las cuentas del almacén. Tomó un lápiz y con el papel en la mano se dirigió hacia uno de los estantes más grandes para comenzar con el inventario. Perdió rápidamente la noción del tiempo mientras hacía su trabajo. La lluvia había amainado pero el viento seguía soplando con fuerza. Una correntada de aire amenazó con extinguir la llama del quinqué. Supo que alguien había llegado cuando la campanilla de la entrada tintineó. Iba a salir a atender, pero sus pies se negaron a dar un paso más cuando vio que se trataba de Ramiro. Él se acercó a la despensa y permaneció un momento junto al quicio de la puerta, sin decir nada.

Fue Trinidad quien habló primero.

—¿Qué estás haciendo acá?

Ramiro no le contestó. Sorteó la distancia que los separaba y se plantó delante de ella.

—Necesitaba verte para asegurarme de que estuvieses bien.

Trinidad rápidamente le dio la espalda y volvió junto a la mesa. No supo cómo consiguió hacerlo cuando le temblaban tanto las piernas. Se puso a organizar los papeles para no tener que mirarlo.

—La verdad, no hacía falta que vinieras hasta el almacén para ver cómo me encuentro. —Se dio cuenta de que, en vez de poner orden, estaba mezclando los papeles, dejando la superficie de la mesa más desprolija que antes.

—Trinidad… —pronunció su nombre como si la estuviera llamando desde lo más profundo de su ser.

—Por favor, Ramiro, tenés que irte. Mi esposo puede volver en cualquier momento —le suplicó.

—Ambos sabemos que Balbuena no va a regresar todavía. —Se había cerciorado de que no estaba en la casa para atreverse a buscarla.

—¡Pero están mis hijas! —replicó, presa de los nervios. El miedo hacía rato que lo había perdido.

—Eugenia no será un problema —le aseguró—. En este momento debe estar refugiándose junto a la ermita detrás de la iglesia, esperando que yo vaya a encontrarme con ella.

Trinidad se giró sobre sus talones y lo fulminó con sus ojos negros.

—La quería lejos y no se me ocurrió otra manera —confesó, sin la más mínima pizca de remordimiento por lo que había hecho—. Le envié un recado con Fortunato, pidiéndole que fuera a verme. Esperé a que saliera para entrar al almacén.

Trinidad no sabía si estaba más molesta por la treta que había usado Ramiro, poniendo en riesgo la salud de su atolondrada hija, o por el hecho de que Eugenia se hubiese escabullido de la casa sin que ella se diera cuenta.

—Pensé que estaba con Consuelo. Se sentía mal y se quedó en cama.

—Estamos solos entonces. —Mientras la boca se curvaba en una sonrisa seductora, sus ojos azules se fueron deslizando lentamente por la silueta femenina hasta detenerse en el escote de su vestido. Era de color ciruela y una

delicada puntilla blanca coronaba el nacimiento de sus pechos.

—Por favor, vete —le volvió a suplicar.

—No voy a irme, Trinidad. He venido hasta aquí porque tengo que saber qué fue lo que ese desgraciado te hizo. —Alzó el brazo derecho y le rozó el labio en donde había recibido el golpe de su esposo. El izquierdo continuaba envuelto en un pañuelo para sostener la farsa con la que había engañado a todo el mundo—. Y no me voy a conformar con excusas. Quiero la verdad.

Le conmovió tanto la preocupación de Ramiro y la suavidad con la que la estaba acariciando, que tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no echarse a llorar delante de él.

—No fue nada, solo un desgraciado accidente —respondió, solapando el comportamiento de su esposo. Si de algo tenía miedo, era de que Ramiro quisiera cobrar venganza por lo que le había hecho.

—No te creo. —La tomó del rostro, obligándola a que lo mirase directamente a los ojos—. Sé que Balbuena es el responsable y lo que hizo solo confirma su cobardía.

—Por favor, ya no hablemos más del tema —rogó ella, con la única intención de olvidar el incidente de una vez por todas.

A Ramiro le preocupaba no saber qué era lo que había sucedido. Por un segundo pasó por su cabeza la idea de que Álvaro Balbuena se hubiese enterado de que él andaba enloquecido por su esposa, pero lo descartó de inmediato. Si fuera así, Trinidad se lo habría dicho.

—En realidad, en este momento, con vos tan cerca, hablar no es precisamente lo que más tengo ganas de hacer —le susurró, clavándole la mirada.

Trinidad trató de huir. De su inminente asedio y de sus propios deseos. Ramiro empezó a acariciarle el cuello, rozándole la nuca con la punta de los dedos y ella no fue capaz de moverse. Tampoco pudo hacer nada cuando, valiéndose de su falta de reacción, el muchacho se deshizo del pañuelo que

tenía en el brazo para sujetarla de la cintura. Con un rápido movimiento, la montó encima de la mesa en donde, en donde hasta hacía unos cuantos minutos, había estado sacando las cuentas del almacén.

Ramiro le levantó la falda del vestido y le separó las piernas para poder acomodarse mejor. La seguía sosteniendo para evitar que se le escapara. Aunque por el brillo que vislumbró en su mirada, dudaba que fuese a hacerlo. Deseaba aquello tanto o más que él. Trinidad atinó a decir algo sobre su supuesto brazo lastimado, entonces la silenció con un beso. Exploró su boca con delicadeza, temiendo causarle daño. Ella le permitió juguetear con su lengua y chuparle los labios. De repente, Trinidad empezó a gemir y se detuvo. Se apartó apenas un poco para cerciorarse de que se encontraba bien. No era dolor… lo que brotaba de su garganta eran gemidos de pura pasión. Sonrió satisfecho ante su ferviente respuesta. Absolutamente convencido de que ya no huiría de él, la soltó y le acarició la espalda. Siguió por el cuello hasta dar con el primer botón de su vestido. Sus manos, acostumbradas a deshacerse de cualquier prenda femenina con suma habilidad, fueron dejando al descubierto el delicado encaje de sus enaguas de algodón. Trinidad apenas podía controlar el ritmo de su respiración. Sin embargo, contuvo el aliento cuando de un solo tirón, Ramiro logró deslizar la tela hacia abajo. Su primera reacción fue cubrirse con las manos. Él movió la cabeza.

—No, Trinidad. —La tomó de las muñecas para apartarlas y la contempló extasiado—. Quiero verte, disfrutarte también con la mirada.

Ella se inclinó un poco hacia atrás, apoyándose en la mesa. Ramiro dedujo que era su manera de invitarlo a explorar esa parte de su anatomía que le venía quitando el sueño las últimas semanas. Los pechos de Trinidad se alzaban frente a él, como dos perfectas montañas coronadas con unos pezones grandes de color café. Hambriento, como un becerro prendido a la teta de su madre, Ramiro se cebó en los duros guijarros hasta hacerla enloquecer. Los muslos de Trinidad se enroscaron alrededor de las caderas del muchacho, buscando

sosegar ese intenso palpitar que nacía en su sexo humedecido y se ramificaba por cada una de las fibras de su cuerpo, nublándole el sentido e impidiéndole pensar. No había espacio para el razonamiento esa noche… Solo quería sentir. Por una vez en su vida, y sin temor a arrepentirse, se dejaría llevar por sus instintos más salvajes.

Dio un respingo cuando Ramiro introdujo la mano entre sus piernas y la tocó íntimamente. Echó la cabeza hacia atrás al sentir como sus dedos comenzaban a deslizarse a través de los pliegues húmedos de su sexo. Todo su ser se estremeció a causa del primer espasmo. Era una sensación completamente desconocida para ella. En sus casi veinte años de matrimonio, jamás había experimentado nada igual. La segunda convulsión la sorprendió cuando Ramiro la penetró con sus dedos. Sentía perder el control de su propio cuerpo cada vez que entraba y salía de ella.

—Ramiro… —Su voz sonaba a súplica, pero no quería que se detuviera.

Él buscó su mirada mientras continuaba haciéndole el amor con los dedos.

—¿Te gusta? —Necesitaba escucharlo de sus propios labios.

—Sí… ¡sí! —gimoteó ella, con los ojos cerrados.

Cuando Ramiro comenzó a friccionar su punto más sensible, Trinidad estalló en un nuevo orgasmo que la dejó completamente aturdida. Apenas tuvo la lucidez suficiente para reaccionar cuando alguien entró al almacén, azotando con violencia la puerta.

Ramiro se detuvo y Trinidad permaneció inmóvil, con el corazón atravesado en la garganta. Se miraron durante un momento, preguntándose en silencio qué hacer. Sus ojos asustados se posaron en la puerta entreabierta que había dejado Ramiro al entrar en la despensa. Tenían apenas unos segundos para evitar ser sorprendidos. El repiqueteo de unos zapatos contra el piso de madera se oía cada vez más cerca. Aun sin haberla visto, Trinidad supo que se trataba de su hija mayor.

—Es Eugenia —susurró al tiempo que apartaba a Ramiro de su lado.

Él maldijo por lo bajo. La hacía todavía esperándolo en la ermita.

—¿Hay otra salida?

Trinidad negó con la cabeza.

—Vas a tener que quedarte acá y salir recién cuando haya llevado a Eugenia a la casa. —Como pudo, se subió las enaguas y comenzó a abrocharse los botones del vestido. Se dio vuelta para acomodar un poco los papeles y se vio sorprendida por los brazos de Ramiro—. Por favor, debés esconderte.

Ramiro le besó el hombro que había quedado al descubierto.

—Volveré a buscarte, Trinidad.

Ella le acarició la mejilla y asintió con la cabeza.

—¡Madre! ¿Está en la despensa?

Los gritos de Eugenia retumbaron en todo el almacén.

Ramiro alcanzó a ocultarse detrás de unos sacos de papa justo cuando Eugenia abría la puerta de la despensa.

—Aquí estoy, Eugenia. —Ni siquiera se atrevía a mirarla a los ojos por temor a que descubriera lo que acababa de hacer. Fingió estar concentrada en unas cuentas, pero le temblaban tanto las manos que tuvo que dejar los papeles sobre la mesa—. No venía nadie y decidí trabajar en el inventario.

—Ya no llueve —le dijo, de muy mal humor.

—¿Dónde estabas? Me habías dicho que te quedarías con tu hermana, pero es evidente que venís de la calle. —Estaba molesta pero no se sentía siquiera con derechos de exigirle nada.

—Consuelo me pidió que fuera a la iglesia para rezar por su salud. —Comenzó a caminar en círculos, cerca del sitio en donde Ramiro había dejado caer su pañuelo—. Ya sabés lo aprehensiva que puede llegar a ser, le duele un poco la barriga y enseguida piensa que se va a morir.

Le mentía y lo hacía de manera descarada; sin embargo, se tragó sus reclamos.

—Estoy cansada, Eugenia. Creo que ya es hora de que cerremos el almacén.

—Se dirigió presurosa hacia la puerta. Miró por encima de su hombro para constatar que su hija la siguiese—. ¿Qué pasa? Vamos que te voy a preparar una taza de chocolate bien caliente.

—Madre, puedo hacerle una pregunta.

A Trinidad casi le da un síncope. Eugenia estaba parada delante del pañuelo de Ramiro, rozándolo con el taco de sus botas.

—¿Podríamos hablar en la casa, hija? Tengo frío y esta humedad me va a provocar un resfriado. —Sonrió, entre nerviosa y aliviada, cuando Eugenia le hizo caso y se acercó a ella.

—Está muy rara, madre —comentó la joven antes de salir de la despensa.

Trinidad no le respondió. Se limitó a cerrar la puerta tras de sí y a llevársela de allí rápidamente. Ya habían atravesado la mitad del pasillo cuando se detuvo de repente.

—¡Pero qué cabeza la mía! Olvidé los anteojos arriba del mostrador. ¿Por qué no vas mientras a la cocina y ponés la leche a calentar? Regreso enseguida.

Eugenia abrió la boca para ofrecerse a buscarlos por ella, pero no tuvo oportunidad. Trinidad ya se alejaba hacia el almacén a paso apresurado. Ella tenía razón, su madre actuaba de modo muy extraño últimamente. El moretón en su rostro era la prueba más tangible de que algo grave estaba ocurriendo.

Trinidad, ajena a las preocupaciones de su hija, corrió hasta la despensa para buscar a Ramiro. Tuvo que mostrarse firme con él para no caer en sus brazos nuevamente. Sin embargo, el joven logró robarle un beso antes de que lo sacara a empujones del almacén. Atrancó la puerta y se quedó un momento allí, tratando de calmar a su agitado corazón. Sonrió feliz. A pesar de que su propia hija había estado a punto de descubrirlos, no lamentaba nada de lo que había hecho.

*

Por más que lo intentase, Almudena no conseguía conciliar el sueño. Después de dar incontables vueltas en la cama, se levantó y comenzó a caminar en círculos por la habitación. El fuego de la chimenea se había apagado hacía un buen rato, pero estaba tan ensimismada en sus pensamientos, imaginándose un sinnúmero de razones por las cuales Pablo no había llegado todavía, que ni siquiera sentía frío.

Apenas había probado bocado durante la cena; sin embargo, ese vacío que le atenazaba la boca del estómago no era provocado por la falta de alimento. Era la ausencia de Pablo la que la inquietaba terriblemente. Hacía rato que había oscurecido. Los caminos estarían en malas condiciones debido a las lluvias y él no volvía. Abrió el cajón de la mesita de noche en donde guardaba su rosario y comenzó a rezar. Una fuerte ráfaga de viento que azotó el postigo contra el cristal de la ventana la hizo saltar de la cama. Se llevó el rosario al pecho. Había perdido el hilo de la oración y tuvo que volver a empezar. Cerró los ojos para tratar de concentrarse, pero la ventana se abrió de golpe, enfriando rápidamente el aire de la habitación. Volvió a guardar el rosario en su sitio y se puso una bata encima para ir a cerrarla. Le costó insertar el pestillo en su orificio ya que se había hinchado a causa de la humedad. Encima, el viento arremolinaba las cortinas, entorpeciendo su tarea. De pronto, creyó escuchar el relincho de un caballo. Sin importarle el frío, se arrodilló en el alfeizar y se aferró a los barrotes de la ventana. Alcanzó a vislumbrar que algo se movía muy cerca del aljibe. Tuvo que apartarse el cabello del rostro para poder ver mejor. Efectivamente, había un caballo en medio del patio, pero nadie lo montaba. El animal golpeaba una de sus patas traseras mientras que con la cabeza empujaba algo contra la pared del aljibe. Almudena se llevó un susto de muerte cuando se dio cuenta de que había una persona tirada en suelo.

—¡Pablo! —Saltó del alfeizar y arrebujándose con su bata salió corriendo

de su habitación, dejando la puerta abierta. Era tanta la desesperación que sentía que se olvidó de ponerse los zapatos. Bajó las escaleras de prisa y decidió pasar por la cocina. Suspiró aliviada cuando encontró a Ceferino despierto—. ¡Gracias a Dios! ¡Tenés que ayudarme! ¡Es Pablo! ¡Acabo de verlo tirado en el patio!

Sin perder tiempo, Ceferino salió hacia la galería, sin percatarse de que Almudena, descalza y con apenas una bata encima del camisón, iba detrás de él.

La incertidumbre aumentaba con cada paso que daban. Aunque su caballo trataba de despertarlo, Pablo no se movía. Su cuerpo yacía boca abajo con la cabeza hacia un lado. Ceferino llegó hasta él y lo primero que hizo fue apartar al animal para evitar que pudiese lastimarlo. Anudó la rienda al brocal del aljibe y volvió con él. Miró a Almudena.

—Señorita Izaguirre, vuelva a la casa, por favor —le pidió.

Almudena hizo oídos sordos a sus palabras. No pensaba moverse de allí hasta no asegurarse de que Pablo estaba bien.

Ceferino dejó de insistir cuando comprendió que ella no iba a alejarse de Medrano. Se arrodilló junto a él y colocó dos dedos en la vena del cuello para comprobar sus signos vitales.

—Puede quedarse tranquila. Solo ha perdido la consciencia, y creo saber por qué. —Se agachó y aspiró con fuerza, muy cerca del rostro de Pablo—. Está borracho.

Almudena se quedó boquiabierta. ¿Borracho? ¡Y ella había estado todo el día con el alma en un hilo imaginándose lo peor!

—¿Cree que podrá ayudarme a llevarlo hasta su habitación? Si no, tendré que buscar a alguien más.

—No hace falta, Ceferino, entre los dos podemos meterlo a la casa.

El indio logró levantar a Pablo, sujetándolo con fuerza de las axilas. Le hizo señas a Almudena de que se acercara. Ella lo tomó del brazo para ayudar a

acomodarlo mejor. Ceferino recargó la mayor parte del peso muerto sobre su cuerpo y se echó a andar. Cerca de allí, en medio del patio, el sombrero de Pablo se agitaba a merced del viento. Antes de que terminara volándose, Almudena lo recogió. Lo estrujó contra su pecho mientras agradecía a la Virgen haberle señalado el camino a Pablo para volver a la estancia sano y salvo. Le preguntó a Ceferino por Gitano y le aseguró que se encargaría más tarde de él.

Lo más difícil fue subir las escaleras. Sin embargo, la fuerte contextura de Ceferino y la tozudez de Almudena fueron suficientes para conseguir llegar hasta la habitación de Pablo. Ella abrió la puerta de par en par para que pudiesen entrar y luego la cerró, asegurándose de que nadie los había visto. Dejó el sombrero sobre el baúl que estaba al pie de la cama mientras Ceferino dejaba caer el cuerpo inerte de Pablo sobre el colchón. Le levantó la cabeza para colocarle una almohada debajo y la miró.

—No creo que despierte hasta mañana.

Almudena asintió. Aunque no era lo apropiado, quería quedarse con él, pero no supo cómo decírselo.

—Será mejor que le quite esas botas. —Daba pena ver cómo la mullida colcha de lana se había ensuciado de barro. Rodeó la cama y se acercó—. Va a necesitar una taza de café bien cargado.

—Yo puedo hacerlo, señorita Izaguirre —se ofreció Ceferino, a sabiendas de que no lograría sacarla de allí por nada del mundo. Todavía la notaba algo asustada—. Puede ir a descansar, si lo prefiere.

—No. Quiero quedarme a su lado —repuso, con firmeza.

Él no era nadie para impedírselo. Mucho menos para decirle lo que estaba bien y lo que parecería incorrecto a los ojos de los demás. Le dio las buenas noches, ofreciéndose una vez más para cualquier cosa que necesitase. Almudena le dio las gracias y lo acompañó hasta la puerta.

Dejó escapar un suspiro profundo. Recién en ese momento, después de

tantas horas de angustia, podía respirar con tranquilidad. Pablo estaba en casa, borracho, pero a salvo. Se aproximó a la cama y se inclinó hacia él para poder quitarle las botas. Fue más sencillo de lo que pensaba. Se deshizo de ellas, arrojándolas por los aires. El ruido provocó que Pablo moviera la cabeza.

Almudena se sentó junto a él y le apartó unos mechones de cabello del rostro. Estaba mojado; su ropa también. Llevaba un abrigo encima del chaleco y de la camisa. Los pantalones serían el mayor obstáculo. Sus deducciones no tenían nada de indecente, aun así, se ruborizó ante la idea de tener que desnudarlo. Titubeando, puso la mano sobre el pecho de Pablo. La tela de la camisa estaba húmeda. Dejó la mano allí un momento, solo para sentir el pausado latir de su corazón. Cuando Pablo emitió un quejido, ella se apartó. Debía dejar de lado sus absurdos escrúpulos. No era prudente que pasara la noche con esa ropa mojada encima. Miró el cinto de sus pantalones. Sus ojos permanecieron allí durante unos cuantos segundos mientras se debatía entre actuar de una buena vez o permitirle a su timidez que ganase la batalla.

Se movió un poco con la intención de facilitar la tarea. Extendió un brazo hacia la parte inferior de su cuerpo y rozó apenas la hebilla del cinto con la punta de su dedo índice. Cerró los ojos y respiró hondo. Sus dedos temblorosos consiguieron aflojar la pretina del cinto. Se levantó y se arrodilló en la cama. Estaba nerviosa. Tenía miedo de tocarlo en donde no debía. Lo miró por el rabillo del ojo. Pablo había vuelto a caer en el sopor que le provocaba la borrachera. Contuvo el aliento cuando, sin querer, le apoyó la mano en la entrepierna al tratar de bajarle el pantalón. La apartó de inmediato, pero Pablo no era consciente de nada.

Debía darse prisa y no pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Resuelta a quitarle la ropa, se levantó, y sujetando los pantalones por la zona del dobladillo, comenzó a tironear con fuerza. Le demandó un gran esfuerzo, pero finalmente lo logró. Debajo, llevaba unos calzones de franela. Tocó ligeramente la tela para comprobar que estuviese seca. No pensaba

quitárselos.

Era el turno del abrigo. Necesitaba que Pablo cooperara. Se acercó y trató de despertarlo.

—Pablo… —Como no respondió, volvió a insistir—: ¡Pablo!

Él emitió otro gemido, sin embargo, seguía sin abrir los ojos. Almudena lo zamarreó un poco para que reaccionara. Pablo entonces curvó los labios en una sonrisa. Parecía sumamente complacido, como si estuviese acordándose de alguna cosa… o de alguien. Creyó que por fin despertaría, sin embargo, se equivocó.

—Pablo, te necesito despierto para poder quitarte el resto de la ropa. —A esas alturas, ya había perdido las esperanzas—. Por favor, vamos, hacé un esfuerzo.

Buscó un par de almohadas y las colocó en su espalda hasta que Pablo quedó sentado, levemente inclinado hacia atrás. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. El esfuerzo había valido la pena. La cabeza de Pablo cayó hacia un lado y el cabello le cubría el rostro. Mejor así. No quería que abriera los ojos y la mirase mientras ella terminaba de quitarle la ropa. Primero deslizó la manga por el brazo que tenía más cerca. Cuando quiso hacer lo mismo con el otro, eligió la solución más simple. Se levantó un poco el camisón para poder arrodillarse en la cama con las piernas abiertas. Estaba sentada casi a horcajadas encima de él, y aunque la posición no era la más cómoda ni tampoco la más decente, consiguió sacarle por fin el maldito abrigo. Descubrió que, desde ese lugar, era más sencillo desnudarlo. Ahora le tocaba el turno al chaleco. Le llevó apenas unos pocos segundos quitárselo. Fue a parar al suelo, junto con las botas, los pantalones y el abrigo.

Pablo volteó el rostro hacia ella y echó la cabeza hacia atrás. Esperó un instante a ver si se despertaba antes de continuar, pero seguía embotado por los efectos del alcohol. Le desabrochó el primer botón de la camisa, hizo lo mismo con el segundo y el tercero. A llegar al siguiente botón, se detuvo. Sus

ojos verdes recorrieron el pecho masculino con curiosidad. Abrió un poco más la tela para poder ver mejor. Sus músculos eran fuertes y bien definidos. Descubrió una antigua cicatriz debajo de la tetilla izquierda con forma de medialuna. Sintió deseos de tocarla, pero se contuvo. Desabrochó los dos botones que le faltaban y apartó hacia un lado la tela mojada. En ese preciso instante, mientras contemplaba la gloriosa desnudez de su pecho, Pablo se revolvió debajo de ella. Debido a la posición en la cual se encontraba, Almudena perdió el equilibrio y terminó sentada sobre sus partes íntimas. Pablo emitió otro gemido. Ella abrió bien la boca. ¡Estaba gimiendo de placer! Sintió una dureza en su entrepierna, y cuando miró hacia abajo, se asustó.

Almudena sabía muy bien lo que era una erección. La nana Eudocia le había explicado una vez lo que pasaba cuando un hombre y una mujer compartían intimidad.

Se le subieron los colores a la cara cuando descubrió que Pablo estaba sonriendo. Y eso no era lo peor; su propio cuerpo se sentía extraño. Un intenso cosquilleo nacía donde sus partes se tocaban y subía por toda su columna vertebral, haciendo que la sangre le hirviese en las venas. Quería escapar de esa incómoda situación, pero no pudo hacerlo. El miedo inicial rápidamente dio paso a una sensación nueva y agradable. Recorrió el torso desnudo con la mirada. Las tímidas manos de Almudena se posaron en su abdomen plano, dibujando un círculo alrededor del ombligo. Sabía que tenía que terminar de quitarle la camisa y salir de su habitación antes de que despertara; sin embargo, no podía apartarse de él. Tampoco lo deseaba. Era como si una fuerza desconocida la mantuviese allí, pegada indecentemente a su cuerpo y atrapada en las sensaciones que recorrían el suyo de pies a cabeza.

Se inclinó un poco hacia adelante para poder bajarle la camisa por los hombros, y al hacerlo, se deslizó sobre su abultada erección. En medio de un estado de aparente inconciencia, Pablo respondió, frotándose contra ella.

Almudena ahogó un gemido de placer. Repitió el movimiento… él hizo lo mismo. Se inició así, un lento y acompasado balanceo que le provocó un espasmo en el vientre que no tardó en alcanzar el punto exacto en donde sus cuerpos se tocaban. Almudena sintió entonces la humedad en su sexo y creyó que había tenido un accidente. Avergonzada, se detuvo. Pablo se quejó y murmuró algo entre dientes.

Estaba despertándose.

Se incorporó para quitarse de encima y evitar que su falta de juicio la pusiera en evidencia.

—No… ven aquí… te necesito —reclamó Pablo entre jadeos cuando Almudena lo dejó, excitado y con una apremiante e insatisfecha erección.

Ella apenas podía respirar. Se apoyó en el dosel de la cama con las manos en la espalda. ¿Qué había hecho? ¿En qué demonios estaba pensando cuando se le ocurrió ocuparse de él en medio de los efectos de una borrachera? Seguramente la había confundido con otra mujer. No quería siquiera pensarlo, pero quizá era a Coral a quien llamaba en ese momento. Se sintió terriblemente dolida y tristemente estúpida. Reprimió las ganas de llorar. Debía salir de allí de inmediato. Juntó el resto de la ropa y la colgó de una silla que estaba junto a la chimenea para que se secase.

Con sumo sigilo, se dirigió hacia la puerta y se volteó un segundo para mirarlo por última vez antes de marcharse.

Deseó no haberlo hecho.

Ignoraba si la estaba viendo o seguía sumido en la embriaguez, pero Pablo había abierto los ojos. Tenía la mano derecha apoyada en su entrepierna mientras que, con el otro brazo, le hacía señas de que se acercara.

Aturdida, y con lágrimas en los ojos, Almudena salió de la habitación dando un sonoro portazo.

Al otro lado del pasillo, y por pura casualidad, alguien había sido testigo de su estrepitosa huida.

Úrsula se aferró a la balaustrada de la escalera hasta que los nudillos de sus dedos se tornaron blancos. La mosquita muerta de la maestra no perdía el tiempo. Llevaba apenas un par de días en la estancia y ya se estaba metiendo en la habitación de Pablo Medrano.

La maldijo con todas las fuerzas de su ser. El plan que ella cuidadosamente había trazado no se iba a malograr por culpa de esa arpía entrometida.

Ella no se lo iba a permitir.

UNA CINTA DE RASO CELESTE

Álvaro Balbuena entró al comedor esa mañana y lo encontró desierto. Se había despertado más temprano de lo usual porque necesitaba hablar con Eugenia y le molestó no verla ocupando su puesto en la mesa. Le dio los buenos días a la criada mientras le servía el desayuno y le preguntó por su hija mayor. La mujer, parca a la hora de responder, le dijo que se había dormido muy tarde y que por eso todavía no se había levantado. No preguntó por Consuelo, tampoco por su esposa. Untó una tostada con mermelada de higo y se la devoró en dos bocados. Estaba ansioso, llevaba horas sin probar una gota de láudano. En un descuido, había dejado caer el frasco en el burdel y ahora debía hacerle una visita al doctor para conseguir más. No quería reconocerlo, pero ese líquido oscuro y de sabor amargo se había vuelto imprescindible. Hojeó el periódico que estaba sobre la mesa. Era del día anterior ya que en un lugar tan alejado de la capital como ese todo llegaba con retraso. Confiaba en que la inminente red ferroviaria que pronto atravesaría Cruz del Eje pusiera fin a la falta de comunicación con las demás ciudades de la provincia. Él, como candidato a presidente municipal, era el principal interesado en que el pueblo prosperara. Sabía que sus electores le estarían eternamente agradecidos si, por medio de su intervención, se convertían en testigos y protagonistas del progreso. Sabía de buena fuente que el material para la construcción del ferrocarril, proveniente de Europa, se había retrasado, provocando así que la línea que uniría a Córdoba con la ciudad de Rosario estuviese en suspenso. Otro gran conflicto que traía a muchos

funcionarios de cabeza, era las constantes idas y venidas con varios terratenientes de la zona, que se negaban a vender parte de sus tierras a la empresa británica que había contratado el gobierno de Sarmiento, con el único propósito de expandir el servicio de trenes a lo largo y ancho del país. Él estaba dispuesto a hacer las promesas necesarias y aliarse con las personas adecuadas para sacar ventaja de la situación.

Trinidad entró en el comedor, acompañada de su hija menor. Lo saludaron y ocuparon sus lugares. Miró a su esposa de reojo. Después de lo que había ocurrido entre ellos, no había vuelto a dormir a su lado.

—¿Cómo amaneciste hoy, hija? —preguntó, sonriéndole a la más pequeña de los Balbuena.

—Mejor, padre —respondió Consuelo, sorprendida por el repentino interés de su padre. El día anterior, sabiendo que estaba enferma, ni siquiera se había acercado a verla.

—Me alegro, querida.

Trinidad estrujó la servilleta con rabia. Fingía preocuparse por Consuelo, pero no era capaz de mirarla a los ojos mientras le hablaba. Y ese tono despectivo al llamarla *querida*, solo confirmaba que Eugenia siempre había sido su favorita. No dijo nada. No tenía caso discutir con él. Tampoco tenía deseos de hacerlo. Había pasado una mala noche y estaba de pésimo humor. El furtivo y apasionado encuentro con Ramiro había hecho mella en cada rincón de su cuerpo; pero la conversación que sostuvo más tarde con Eugenia la había dejado inquieta y muy preocupada. La muchacha, en medio de un mar de lágrimas, le había confesado su amor por Ramiro Flores. Triste porque no acudiera a la cita que él mismo había pactado, terminó contándole todo. También de sus fuertes sospechas de que existía otra mujer en la vida del soldado que se lo estaba quitando.

—Madre, ¿puedo salir un rato por la mañana?

La petición de Consuelo interrumpió sus pensamientos.

—¿Te sentís bien como para dar un paseo?

La jovencita asintió.

—Podés ir, hija. Procurá abrigarte muy bien y llevar tu sombrilla. Hoy amaneció soleado.

—Si estás de acuerdo, me gustaría invitar a cenar a Pablo Medrano —dijo Álvaro. Cuando él habló, ambas se quedaron calladas.

—Creo que no sería apropiado hacerle una invitación solo a él —repuso Trinidad—. El señor Medrano ya no vive solo en La Querencia. Además de la sobrina de don Casimiro y de su dama de compañía, ahora también ha llegado una muchacha de Buenos Aires. Se llama Almudena Izaguirre y es la nueva maestra del pueblo.

—¿La conocés?

—Sí, estuvo ayer por la mañana en el almacén. Es muy agradable…

—¿Quién es muy agradable? —Fue lo primero que dijo Eugenia apenas puso un pie en el comedor. Se acercó a Álvaro y le dio un beso en la mejilla —. Buenos días, padre. —Hizo lo mismo con Trinidad y se sentó en su sitio.

—Tu madre me estaba contando de la maestra que vino de Buenos Aires y que se instaló en la estancia de Larrea.

Eugenia se encogió de hombros, fingiendo que le importaba poco el hecho de que una mujer bonita y elegante se anduviera paseando por el pueblo.

—Apenas la saludé como para decir algo sobre ella —se atajó, antes de que su padre siguiera con el interrogatorio.

—Bueno, creo que pronto tendré el gusto de conocerla. —Álvaro miró fugazmente a su esposa—. Había pensado en invitar a Pablo a cenar una noche de estas, pero vuestra madre me hizo ver que no sería correcto dejar fuera a sus huéspedes. Por eso, me gustaría que fueses a visitarlo y como quien no quiere la cosa, hagas que sea él quien nos invite a nosotros a su estancia. Confío en que sabrás cómo lograrlo, querida. —Estiró el brazo y le dio unas palmaditas en la mano a su hija mayor.

—Si gusta, puedo ir hoy mismo a La Querencia —se ofreció.

Los espesos bigotes de Álvaro Balbuena se curvaron con gracia cuando sonrió satisfecho por la respuesta de su hija.

—Que sea lo antes posible —le pidió—. Serás muy bien recompensada, te lo prometo. —Tomó su mano y se la besó—. Voy a mandar a traer del mismísimo París esa tela tan fina que tanto querías para confeccionarte un vestido nuevo.

En otras circunstancias, Eugenia hubiese saltado de la alegría; sin embargo, apenas pudo esbozar una sonrisa y musitar un breve "gracias, padre".

Cuando Álvaro trató de indagar qué le pasaba, fue Trinidad quien intervino, alegando que todavía tenía sueño por haberse desvelado la noche anterior mientras la ayudaba con las cuentas del almacén. Eugenia le dedicó una mirada cómplice; Consuelo, quien sabía la verdad, se mordió la lengua para no hablar. El resto del desayuno transcurrió casi en silencio, con Balbuena leyendo las noticias atrasadas y las mujeres inmersas en sus propios pensamientos.

Cuando el padre de familia se levantó de la mesa y anunció que no lo esperasen a almorzar porque tenía una reunión en San Marcos Sierras, su hija menor prácticamente salió detrás de él para dirigirse a su habitación. Le habían dado permiso para pasear por el pueblo y no iba a desaprovechar cualquier oportunidad que se le presentara para poder encontrarse con Ramiro. Después de saber que nunca había llegado a la cita con su hermana, tenía la imperiosa necesidad de verlo. Quizá con la única intención de reflejarse en sus ojos azules o perderse en esa sonrisa seductora con la que soñaba por las noches y que era exclusividad de Eugenia… al menos por el momento. Se encerró en su habitación y eligió su mejor vestido, el que se ponía solamente en ocasiones especiales y tenía el escote más pronunciado. No tenía demasiado para mostrar, pero una de las chicas del coro de la iglesia le había dicho que, si rellenaba el corsé con alguna tela, parecería más

señorita. Buscó en el fondo del cajón de la cómoda un par de medias viejas que ya no usaba y, frente al espejo, fue probando a ver cómo quedaba. Sus pechos estaban tan poco desarrollados que no tuvo más remedio que ponerse otro par de medias para rellenar adecuadamente el corsé. Cuando estuvo conforme con el resultado, se puso el vestido y llamó a Adelina para que la ayudase con los botones de la espalda. La criada apenas podía contener la risa. Era evidente que se había valido del viejo truco del relleno para aparentar lo que no tenía. No le dijo nada para no avergonzarla. Sentía un afecto especial por la muchachita, quien había vivido siempre bajo la sombra de su hermana mayor. Le ajustó bien el corsé antes de abotonarle el vestido. No quería que sufriera algún percance que la dejase en ridículo. Cuando se dispuso a peinarla, actividad que realizaba casi a diario, Consuelo se negó.

—Quiero llevarlo suelto —le dijo, decidida. Apenas aceptó ponerse su broche favorito para evitar que algunos mechones de cabello le cayeran en el rostro. Era de filigrana con un motivo central de flores en plata y oro con una base de carey. ¿Demasiado ostentoso para dar un paseo por el pueblo? Tal vez. Sin embargo, quería que Ramiro la viera bonita. Porque estaba segura de que iba a encontrarse con él. Le dio un beso a Avelina y salió toda presurosa hacia la calle.

*

Apenas terminó de desayunar, Mariana subió de prisa a su habitación para evitar que Úrsula la siguiera. Si se hubiese atrevido, incluso habría echado llave a la puerta. Llamó a Lolita y le dio un trocito de pastel que había escondido en la manga de su vestido. Le gustaban los dulces y, de vez en cuando, la malcriaba. La dejó que disfrutara de su pequeño botín y se acercó a la ventana. Desde su habitación se podía divisar el rancho del capataz y el establo en donde había aparecido Lolita. Permaneció un momento allí, con la

esperanza de poder ver a Ceferino. Se sintió en falta cuando Úrsula irrumpió en la habitación y le increpó que se hubiese ido sin esperarla. Fue hasta el tocador y se sentó frente al espejo.

—Lolita llevaba mucho rato sola —se justificó—. Si no te molesta, voy a sacarla a dar un paseo por la estancia. Creo que esa fue la razón por la cual se escapó ayer, no le gusta la idea de estar encerrada en la casa todo el día.

Úrsula se cruzó de brazos. Estaba sorprendida por el comportamiento de Mariana. Parecía que le encantaba contrariarla todo el rato.

—Debemos apresurar nuestros planes. La maestra es más astuta de lo que pensábamos y nos lleva ventaja.

Mariana no dijo nada. Sabía que estaba tramando algo. Respiró hondo y comenzó a cepillarse el cabello.

—Tenemos que propiciar un acercamiento con Medrano hoy mismo —repuso, mientras en su mente se gestaba la treta que usarían para conseguirlo —. Le pediré que te enseñe a montar. Podrás aprovechar entonces para insinuarte con él.

—¿Y cómo se supone que se hace eso? —quiso saber Mariana, asustada por su propuesta. No solo era el hecho de tener que seducir a un hombre que le era completamente indiferente; siempre les había tenido pánico a esas bestias de cuatro patas y ella lo sabía muy bien.

Úrsula se aproximó y la miró a través del espejo. Si seguía con esa absurda timidez, jamás lograrían nada.

—Querida, no es tan difícil. Los hombres son criaturas demasiado predecibles y nosotras contamos con las armas necesarias para que caigan a nuestros pies apenas chasqueemos los dedos. Medrano no será la excepción a la regla, te lo puedo asegurar.

—¡Pero no sé cómo acercarme a un hombre! —replicó, arrojando el cepillo encima de la cómoda. Se arrepintió enseguida de su arrebato de ira cuando se topó con la mirada hierática de Úrsula.

La mujer se acercó, la sujetó de los hombros con cierta firmeza y le sonrió.

—Empezarás por mostrarte amable con él. —Le llevó el cabello hacia atrás para despejarle la cara y dejó que le cayera por la espalda, en forma de una abundante cascada castaña que le llegaba casi hasta la cintura—. Nada de niñerías, Mariana. No voy a perdonarte si nuestro plan fracasa por culpa de tu falta de carácter. Te aseguro que, si seguís mis consejos al pie de la letra, ese hombre muy pronto estará comiendo de la palma de tu mano y recuperarás lo que te pertenece.

Mariana asintió. Quizá no era tan mala idea que le enseñara a desenvolverse con naturalidad frente a un hombre. Claro que ella no pensaba exactamente en Pablo… Úrsula le fue explicando paso a paso cómo atraer la atención masculina y ella la escuchaba encantada. A sus pies, quizá percibiendo la alegría de su ama, Lolita movía la cola.

*

Pablo profirió un par de maldiciones cuando al despertar los rayos de sol que se colaban por la ventana le dieron de lleno en la cara, irritando sus ojos. La terrible jaqueca que había padecido el día anterior, se había multiplicado. Le latían las sienes. Parecía que la cabeza le iba a estallar de un momento a otro. Se masajeó la frente para calmar esos intensos pinchazos que le recordaban que nunca debía beber de la manera en la que lo había hecho la noche anterior.

Acomodó las almohadas y se recostó. No estaba en condiciones todavía de poner un pie fuera de la cama. Descubrió entonces que parte de su ropa colgaba de una silla frente a la chimenea. Estaban su abrigo, el chaleco y los pantalones. Se miró. Llevaba puestos los calzones y la camisa tenía todos los botones desabrochados. Trató de recordar lo que había sucedido la noche anterior después de que dejara el burdel, pero el aturdimiento era tan grande que no lograba dilucidar qué había sido real y qué había sido fruto de la

borrachera.

Ni siquiera recordaba cómo había podido llegar hasta su habitación. Lo último que su mente registraba era el ruido de un golpe seco, como el de un peso muerto cayendo al suelo y el aliento caliente de su caballo en la nuca. Fue justo en ese momento cuando perdió el conocimiento. Lo que ocurrió de ahí en adelante permanecía en el más absoluto de los misterios. Era evidente que lo habían ayudado a llegar hasta su cama y le habían quitado la ropa mojada o parte de ella. Alguien también había abierto las ventanas y corrido las cortinas. Pensó en Blanca. Era quien venía por las mañanas para encender la chimenea y abrir las ventanas para que entrase el sol en la habitación. Lo hacía normalmente mientras él desayunaba, para no molestarlo, pero ese día no había bajado a la hora habitual. ¿Habría sido ella? Recorrió cada centímetro de la habitación en busca de alguna señal que se lo confirmase. Entonces, un objeto pequeño al lado del baúl llamó su atención. Se incorporó y permaneció un rato sentado hasta asegurarse de que no terminaría de bruces en el suelo apenas se levantase. Caminó despacio, sosteniéndose del borde de la cama porque aún estaba mareado. Cuando llegó hasta el viejo baúl de madera, se agachó. Se trataba de una cinta de raso color celeste, de las que usualmente se usan en el cabello. La sostuvo un instante en su mano y luego se la llevó a la nariz. Aspiró hondo. Él reconocía ese perfume.

La cinta era de Almudena.

El estupor que le provocó lo que acababa de descubrir, sumado al deplorable estado en el cual se encontraba, hicieron que trastabillase con la alfombra y se desplomara sobre la cama.

No podía ser. Sin embargo, tenía la evidencia en sus propias manos. Volvió a contemplar la cinta. Solo existía una manera de que hubiese llegado hasta allí. Meneó la cabeza. Se negaba a darle crédito a todas esas ideas que cruzaban por su mente en ese momento. Cerró los ojos e hizo otro esfuerzo en acordarse lo que había sucedido la noche anterior. Si Almudena había estado

en su habitación, tenía que saberlo. ¿Le habría quitado la ropa? ¿Lo había ayudado a meterse en la cama? Tendría que haber contado con la ayuda de alguien para subir con él las escaleras. Demasiadas incógnitas que no alcanzaba a develar.

Se incorporó y dejó la cinta encima de la mesita de noche. Necesitaba despejarse. Fue hasta la cómoda, tomó la jarra y llenó la jofaina con el agua fría. Empapó su rostro y también se mojó el cabello. Comprendió que no sería suficiente. Hizo sonar la campanilla unos cuantos segundos y se puso una bata encima para no presentarse en paños menores cuando la criada acudiese a su llamado.

—Adelante —. Su propio vozarrón le martilló la cabeza.

Fue Blanca quien apareció. Venía secándose las manos con un trapo que colgaba de su delantal.

—Buen día, patrón. ¿Qué se le ofrece?

—Necesito que me prepares un baño. Tengo un apetito feroz pero no puedo bajar en estas condiciones.

Sin hacer ningún comentario al respecto, Blanca fue hasta la chimenea en donde todavía ardían un par de leños y tocó la ropa para constatar que se hubiese secado.

—¿Has estado hoy ya en esta habitación?

—Como no bajaba a desayunar, subí a ver qué pasaba. No respondió y entré para abrir las ventanas y avivar el fuego. —Le sonrió—. Era mejor dejar que siguiera durmiendo, creo que le hacía falta.

Uno de los misterios que lo inquietaban acababa de resolverse.

—¿Sabes a qué hora llegué anoche?

La criada se encogió de hombros.

—Debió ser bien tarde porque no escuché nada. Si quiere le puedo preguntar a los demás criados.

—No hace falta. Ve a buscar agua caliente que me urge darme ese baño.

—Enseguida, don Pablo.

—Blanca…

La criada se volvió.

—¿Desea algo más?

—¿La señorita Almudena ya se levantó?

—Sí. Está desayunando con los demás en el comedor.

Pablo le pidió que se diera prisa y cerró los ojos cuando Blanca cerró la puerta de la habitación. También iba a necesitar una taza de café negro bien cargada o ese té de semillas de limón que le había preparado Amparito la tarde anterior. Cualquier cosa que le quitara ese terrible dolor de cabeza. Se juró a si mismo que jamás volvería a beber de esa manera. La resaca era insoportable y el no saber lo qué había pasado, aún peor. Se acercó a la ventana y abrió una hoja para respirar un poco de aire puro. Permaneció allí un buen rato, sin importarle el frío de la mañana. La cerró de un golpe cuando Blanca regresó con el agua caliente.

Mientras ella llenaba la tina, canturreando una canción, sus ojos verdes contemplaban la cinta de raso que había dejado sobre su mesita de noche. Ese pequeño pedazo de tela era ahora su mayor preocupación. Le carcomía el cerebro no recordar nada.

Hablaría con Almudena apenas tuviese la oportunidad.

EL ENGAÑO

Consuelo salió de la iglesia después de cumplir con la penitencia que le había impuesto el cura al escuchar su confesión. Pasó por la ermita con la ilusión de encontrarse con Ramiro, pero cuando no lo vio, se desanimó. Tenía frío, pero no pensaba volver a su casa hasta no verlo. Cruzó a la plaza y se sentó en uno de los bancos. Se acomodó el chal de lana sobre los hombros, y de refilón vio que alguien salía de la casa de Ramiro. Era él. Su corazón se disparó cuando el joven soldado se desvió de su camino para ir a su encuentro. Venía sonriendo y ella ya tenía las mejillas coloradas.

—¡Consuelo, qué agradable sorpresa! —Se sentó junto a ella y apoyó el brazo en el respaldo del banco de madera—. ¿Venís de la iglesia?

La muchacha asintió. No le salían las palabras.

—Confieso que salí a dar una vuelta por el pueblo con la intención de encontrarte. Estaba yendo hacia la ermita. Pensé que estarías allí, no me preguntés por qué, simplemente lo sabía.

—Pasé por la ermita cuando salí de la iglesia —reconoció ella, agachando la mirada. Al hacerlo, se dio cuenta de lo revelador que era su vestido. También descubrió aterrada que, en algún descuido, uno de los rellenos se había movido de su sitio. Rápidamente se cubrió con el chal para tratar de disimularlo.

Ramiro percibió el cambio apenas la vio. Le gustaba que se esmerase en su arreglo para atraerlo. No la recordaba con formas tan redondeadas, pero la verdad es que nunca le había prestado demasiada atención.

—Entonces era de Dios que teníamos que cruzarnos —le dijo, sin perder la sonrisa.

Consuelo asintió. Había elevado un poco la cabeza para poder verlo.

—¿Querés que le dé un mensaje a mi hermana de tu parte? —No veía otra razón para que la estuviese buscando—. Anoche llegó a casa muy enojada.

—No pude llegar a nuestra cita —le explicó, mientras sacaba un papel doblado del interior de la manga de su chaqueta de pana—. Le debo una disculpa, aunque sé que no me la merezco.

Los ojos de Consuelo se posaron en la nota. Deslizó la mirada por esas manos de piel un poco más oscura que la suya y dejó escapar un suspiro. Era una tonta, pero se conformaba con ser *la niña de los mandados*. Cualquier sacrificio valía la pena con tal de poder estar cerca de Ramiro, aunque fuera un momento.

—Yo le entregaré la nota y abogaré a tu favor —dijo, haciendo un gran esfuerzo por sonar sincera.

—¿De verdad harás eso por mí? —Ramiro depositó el papel en la palma de su mano y la cerró. Se tomó el atrevimiento de apretarlas entre las suyas—. Sos muy buena, Consuelo. A veces, creo que me he fijado en la hermana equivocada.

Consuelo contuvo el aliento. Podía sentir otra vez ese intenso calor subiendo por el cuello e instalándose en sus dos mejillas pecosas. Se quitó un momento las gafas y respiró hondo.

—Consuelo ¿qué dirías si te dijera que no he dejado de pensar en vos desde la última vez que nos vimos? ¿Qué pensarías si te confieso que anoche no me presenté a la cita porque no tenía deseos de ver a tu hermana? —La mentira y la seducción eran dos de sus mejores habilidades. Le acarició la barbilla y clavó sus ojos azules en la boca de la joven—. ¿Y si además te confesara que ardo en deseos de besarte? ¿Qué dirías?

Consuelo movió la cabeza. Era un sueño, nada más. Ramiro no podía estar

diciéndole esas cosas. Apretó los párpados y los abrió enseguida. Él continuaba allí, sentado a escasos centímetros de ella, con la mano en su rostro y esa mirada que le quitaba el aliento. ¡No estaba soñando!

—No, no es verdad —balbuceó, entre avergonzada e incrédula.

—Yo no miento, Consuelo —respondió, sabiéndose ganador de antemano. Bastaba ver de qué modo se ponía la muchachita para darse cuenta de que se derretía por él. Era el salvoconducto que precisaba para entrar en la familia Balbuena y estar cerca de Trinidad. Contaba con que Eugenia estuviera de acuerdo. Después de la táctica que ella misma había ideado, haciéndole creer a su padre que le interesaba Pablo Medrano, lo que él le proponía no le podía parecer tan descabellado. Si se negaba, se encargaría de convencerla. Por el momento, era a Consuelo a quien tenía que embaucar—. Por eso quería verte, no solo para que le entregues esa nota a tu hermana. Debía comprobar que sentís lo mismo que yo siento por vos.

—Ramiro…

—Shhh, no hace falta que digás nada. —Le rozó el labio con el dedo pulgar —. Tu boca habla por vos, Consuelo, y me está pidiendo un beso. —Se acercó todavía más para lograr su cometido—. ¿Puedo?

Consuelo se quedó muda. Solo era consciente del dedo de Ramiro acariciando su boca, de las ganas que tenía de que él le diera su primer beso. Movió apenas la cabeza para darle su consentimiento. Cerró los ojos y esperó. Apretó las gafas entre sus manos con tanta fuerza que estuvo a punto de romperlas.

Ramiro esperó un momento antes de besarla. Primero debía cerciorarse de que nadie los viera. Estaban cerca de su casa y a unos pocos metros de la iglesia. Una vez que se aseguró que no hubiese testigos, acercó su rostro al de Consuelo y apoyó su boca en la de ella. Fue un beso tan ligero que no duró más que un par de segundos. Ese breve contacto no le había provocado absolutamente nada, pero sonrió cuando ella abrió los ojos y dejó escapar un

profundo y sonoro suspiro. A juzgar por su reacción, había sido más que suficiente para convencerla de que le estaba hablando con la verdad.

—¿Te gustó? —le susurró junto al oído.

—Mucho —respondió ella, azorada.

—No quiero cometer con vos los mismos errores. Apenas pueda hablar con Eugenia para explicarle todo, me presentaré en tu casa y le pediré a don Álvaro que me permita visitarte.

—¡Eugenia se va a enojar mucho conmigo! —exclamó. Recién se daba cuenta de las graves consecuencias que provocaría que Ramiro dejase a su hermana para cortejarla a ella. ¡La iba a odiar por el resto de su vida!

—No tenés que preocuparte por eso. Tu hermana va a entender que es con vos con quiero estar. Creo que será más difícil convencer a tus padres.

—Papá no me presta mucha atención —dijo, resignada—. Él piensa que nunca voy a encontrar a nadie que me quiera, que solo soy la sombra de mi hermana mayor. Va a sentir alivio de que alguien por fin se haya fijado en mí.

—¿Y doña Trinidad? ¿Qué va a pensar ella?

—Mi madre es una mujer muy buena. —Sonrió al hablar de ella—. Si yo estoy feliz, ella también lo estará. Contaremos con su bendición, lo sé. Si querés, puedo contárselo hoy mismo.

—¡No! —saltó Ramiro, luego, más calmado, agregó: —Primero lo debe saber Eugenia.

—Tenés razón.

—No debemos precipitarnos. Tenemos todo el tiempo del mundo para estar juntos —le aseguró.

Consuelo se puso las gafas y asintió.

—Ahora será mejor que vayas a tu casa, yo tengo que hacer unos recados para mi madre. Apenas hable con Eugenia, te busco.

—¿Cuándo? —preguntó, ansiosa.

—Lo antes posible. —Le dedicó una sonrisa y se despidió de ella con un

beso en el dorso de su mano.

Consuelo se quedó un rato más en la plaza, tratando de asimilar lo que había sucedido. Cuando comprendió que su sueño acababa de hacerse realidad, se fue a su casa con la dicha de haber sido besada por el hombre más buenmozo de Cruz del Eje y los alrededores. Ni siquiera sintió un poco de pena por su hermana. Ahora le tocaba a ella ser feliz.

*

Cuando la criada le informó a Pablo que ya no había nadie desayunando en el comedor, decidió tomar su café en la cocina.

Cuando entró se encontró con Rita, Amparito y Ceferino. El capataz estaba en el campo, supervisando la yerra del ganado.

—Buenos días. ¿Habrá un café bien cargado para este servidor? —Tomó una de las sillas y se sentó. Miró a Ceferino—. ¿Se encuentra a gusto en este lugar? No hemos tenido oportunidad de hablar todavía.

—No me puedo quejar, señor. Para un hombre como yo, el campo es el mejor lugar.

—¿No estaba cómodo en Buenos Aires? —Se apartó para que Rita le sirviera el café y le dijo que no cuando le ofreció una tajada de pan con manteca.

—Buenos Aires es una ciudad que puede abrumar a cualquiera. Pasé muchos años allí, primero colaborando con el doctor Argerich, después, trabajando para los Izaguirre.

—¿Pero?

—Las raíces siempre tiran y la sangre habla más fuerte, señor Medrano. A pesar de que mi propia gente me dio la espalda, es junto a ellos donde he sido más feliz.

Pablo no dijo nada. Se le hizo un nudo en la garganta. De alguna manera, y

solamente por llevar en sus venas la sangre de un payo al que nunca había conocido, él también había sufrido el rechazo de los suyos desde muy pequeño. Su madre había hecho lo imposible para protegerlo; sin embargo, en el circo, muchos lo trataban como a un paria. Los otros niños se burlaban de su origen, mientras que los adultos ni siquiera se molestaban en disimular que sentían pena por él. Aun así, había crecido rodeado del amor de su madre y la amistad incondicional de Coral. Y con eso le había bastado para ser feliz. Pero su vida se hizo pedazos la noche en la que acabó con la vida de Román Marchena y se vio obligado a huir del circo. En apenas unos cuantos minutos había perdido todo, su lugar en el mundo y a la mujer que amaba. De repente, se sintió invadido por una gran tristeza. Bebió un poco de café y guardó silencio.

—¿Se siente mejor, patrón?

La que preguntó fue Amparito.

—Tu té de semillas de limón es milagroso, Amparito —contestó, volviendo al presente—. Amanecí con dolor de cabeza nuevamente, ¿te molestaría prepararme una taza?

—¡Ahora mismo voy al patio a cortar unos limones y se lo preparo! —salió de la cocina y se cruzó con Juan de Dios.

El niño detuvo su andar cuando vio a Pablo sentado al lado de Ceferino.

—Vení, no tengas miedo. —El indio extendió el brazo hacia él, pero Juan de Dios no se movió de su sitio.

—No estoy aquí para asustar a nadie —intervino Pablo, sonriendo—. Tenía ganas de verte y saber cómo has estado.

Juan de Dios se acercó y ocupó su lugar. Sus inquietantes ojos del color del cielo, que contrastaban con la tonalidad cetrina de su piel, se lo quedaron viendo durante un largo rato.

—Todavía no habla —le informó Ceferino—, pero hemos logrado comunicarnos con él sin problema.

—Don Ceferino tiene razón, patrón. —Rita puso una bandeja con pasteles delante del niño—. No ha dicho una sola palabra desde que llegó, pero por las noches se despierta muy inquieto, como si todo eso que no ha dicho hasta ahora y tiene atorado en la garganta quisiera salir.

—Deben ser pesadillas. —Pablo también las había sufrido tras la muerte de su madre—. ¿Y si lo llevamos con el doctor del pueblo?

—No creo que un doctor pueda ayudarlo, don Pablo —dijo Ceferino, convencido de que esa no era la solución—. Es cuestión de tiempo, ya lo verá. Hay algo atrapado en el alma de este niño que no le permite hablar. El día que se libere, por fin podrá hacerlo.

Aunque no habían comprendido del todo las enigmáticas palabras de Ceferino, tanto Pablo como Rita asintieron. Él era quien más tiempo pasaba con Juan de Dios y el niño lo buscaba constantemente, como si a su lado se sintiese seguro.

Se hizo un silencio sepulcral cuando Juan de Dios eligió uno de los pasteles más grandes y se puso a comerlo con fruición. Bebió un sorbo de leche fresca que Rita calentaba y endulzaba con una ramita de canela mientras los demás lo observaban.

—Es muy goloso el Juan de Dios —comentó Amparito, volviendo del patio con los limones para el té—. Le gustan mucho los pastelitos de membrillo, pero su postre favorito es la mazamorra, ¿verdad, pequeño?

Juan de Dios la miró por encima del tazón y arqueó las cejas. Era su particular manera de responder. Bebió hasta la última gota de leche y manoteó otro pastelito antes de salir rumbo al patio. Por las mañanas era raro verlo en la casa. Prefería esconderse en los galpones o jugar con los perros en el campo. Cuando no quería que nadie lo molestase, se escondía en el gallinero, pero también le gustaba pasar el rato en el palomar. Si quería compañía humana, buscaba la de Ceferino o se arrimaba a la cocina para observar atentamente a Rita mientras preparaba algún manjar. Esa mañana, quizá debido

a la presencia de Pablo, había optado por prescindir de ellos para vagar a su gusto por el casco de la estancia.

—Sé que no soy el primero en pensarlo, pero es muy probable que alguien extrañe al muchacho. No sabemos de dónde vino y por qué llegó hasta La Querencia en esas condiciones —manifestó Pablo, preocupado por la situación del pequeño mestizo—. Creo que sería prudente avisar de su aparición al juez de paz de San Marcos Sierras para no meternos en problemas. Juan de Dios no habla o no quiere hacerlo, y esa es una gran desventaja. Mientras esperamos a que lo haga, quizá haya gente que lo esté buscando, quién sabe dónde.

A Ceferino no le agradaba la idea de involucrar a la justicia. Imaginaba el destino que podría sufrir Juan de Dios si un juez de paz conocía su caso y no estaba dispuesto a permitirlo.

—Don Pablo, usted está en todo su derecho de hablar con el juez de paz ese para que se ocupe del pequeño. Sn embargo, me voy a atrever a pedirle que no lo haga, al menos no por el momento. Si Juan de Dios buscó refugio en La Querencia es porque estaba escapando de algo… o de alguien. Basta recordar cómo estaba cuando usted y mi Tomás lo sorprendieron en el gallinero robándose esos huevos: hambriento y sucio, pero, sobre todo, muy asustado.

—Rita no se equivoca, señor Medrano. Si interviene la justicia, el futuro de Juan de Dios será incierto. Acá, en la estancia, está tranquilo. Si no fuese así, se hubiese ido a la primera oportunidad.

Pablo asintió. Ambos defendían al pequeño y con justa razón. No tenía argumento para rebatir sus palabras. Resolvió dejar las cosas como estaban y esperar a ver cómo evolucionaba el niño. Aprovechando que Amparito se fue al cuarto de planchado y Rita salió a la huerta, trataría de averiguar con Ceferino lo que había acontecido la noche anterior.

—Ceferino, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto, señor Medrano.

—Preferiría que me llamase Pablo a secas, si le parece bien.

El indio estuvo de acuerdo.

—Ayer bebí más de la cuenta y es la primera vez que el alcohol me juega una mala pasada. —Se tocó el anillo—. No puedo recordar casi nada de lo que pasó cuando regresé a la estancia. ¿Usted sabe algo?

—Fui yo quien lo ayudó a subir a su habitación, Pablo. Lo encontré junto al aljibe. No sé cuánto tiempo estuvo ahí. Había perdido el conocimiento y su caballo no se movía de su lado.

Pablo imaginaba que solo alguien de su porte habría sido capaz de cargar con él escaleras arriba. Eso no explicaba el asunto de la ropa. Dudaba que hubiese sido Ceferino quien se la quitara.

—¿Había alguien más con usted?

Cuando el indio no respondió, Pablo supo que estaba protegiendo el buen nombre de Almudena.

—No es necesario que me diga nada. —Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó la cinta de raso—. La encontré esta mañana junto a mi cama. Ambos sabemos a quién pertenece.

Incapaz de negar lo evidente, Ceferino asintió.

—Fue ella la que lo vio a través de la ventana de su habitación. —No tenía caso ocultarle cómo había ocurrido todo—. Vino a la cocina y me encontró levantado. Juntos salimos al patio para ver en qué condiciones había llegado. La señorita Almudena estaba desesperada, creo que incluso pensó que usted estaba muerto. —Vio que Pablo se sorprendía con su relato—. Una vez que comprobé lo contrario, me ayudó a cargarlo hasta la casa. Lo subimos hasta su habitación y después de eso, me fui. Me dijo que se encargaría de usted a partir de ese momento. Si quiere saber qué pasó entonces, deberá preguntárselo a ella.

Era lo que pretendía hacer. Sin embargo, ahora que conocía buena parte de la verdad, no estaba seguro de que fuese lo más acertado. Aunque ansiaba

saber el resto, prefería quedarse con la duda para no incomodar a Almudena con un interrogatorio. Quizá con el pasar de los días, empezara a recordar.

Amparito entró a la cocina, cargando un fardo de ropa blanca y le sonrió.

—No me olvidé de su té, patrón. Ya mismo se lo preparo. —Dejó todo encima de la mesa y fue hasta la cocina de leña para poner a calentar el agua.

—Voy a estar en el despacho.

Se despidió de Ceferino y hacia allí se dirigió con el firme propósito de concentrarse en el trabajo y no pensar más en tonterías.

Cuando abrió la puerta, se quedó de piedra.

Almudena y Diego Guzmán lo estaban esperando.

*

Eugenia miraba de reojo a su hermana mientras se sentaba frente al tocador para recogerse el cabello en una trenza. Fingía leer, cuando en realidad estaba sumamente intrigada. Consuelo acababa de llegar de la calle y apenas le había dirigido la palabra. Parecía otra. No solo por el cambio en su aspecto, tenía las mejillas coloradas y una gran sonrisa le iluminaba el rostro. Era extraño que estuviese tan contenta cuando hacía apenas unas horas se quejaba de un dolor de estómago que, según sus propias palabras, la llevaría a la tumba.

Dejó el libro sobre la mesita de noche y se incorporó.

—¿Estuviste en la iglesia?

Consuelo seguía con la tarea de trenzar su cabello mientras pensaba en la nota que traía en su bolso. No sabía por qué aún no se la había entregado a su hermana. Quizá temía su reacción cuando supiera que Ramiro ya no quería saber nada con ella.

—Sí, ¿dónde más podría haber ido? —retrucó con mala cara.

—No es para que te sulfures de esa manera, hermanita. Es que tardaste más de la cuenta y mamá estaba muy preocupada por vos —le mintió.

—Mamá sabía que iba a dar un paseo. Si tardé es porque me encontré con Ramiro en la plaza. —Ya está. Lo había dicho. Era mejor así, soltárselo enseguida y no andarse con rodeos.

—¿Viste a mi Ramiro?

Consuelo asintió.

—¿Qué te dijo?

Consuelo tomó su bolso y sacó la nota que Ramiro le había dado. En ese momento, mientras la dejaba en las manos de su hermana, deseó haber tenido el valor de leerla antes que ella. Vio cómo Eugenia se recostaba en la cama y le daba la espalda para poder leerla tranquila.

Mi adorada Eugenia,

Sé que estarás muy enojada conmigo, pero tengo una muy buena explicación para no haberme presentado anoche a nuestra cita. Amparito no vuelve de la estancia cuando los caminos están en tan malas condiciones y no podía dejar a mi madre sola en casa. Si querés culparme por ser buen hijo, podés hacerlo.

Espero que tu enfado no dure demasiado porque ansío tenerte en mis brazos lo antes posible, por eso he ideado un plan para que estemos cerca sin que nadie sospeche. Voy a comprenderte si decís que no, pero creo que es la única manera de poder vernos sin tener que escondernos. Tu padre tiene la férrea intención de que te relaciones con Medrano y, por ello, nunca va a aceptarme como yerno; por eso, se me ocurrió que quizá no le moleste tanto que corteje a su otra hija. Pensalo, Eugenia. Tu hermana puede ser la llave para abrirme las puertas de tu casa. Quiero que quede bien claro que no me interesa Consuelo, nunca le he prestado atención siquiera, pero me he dado cuenta de que a ella yo no le soy indiferente y podríamos usar eso a nuestro favor. Cuando le entregue esta nota, me tomaré el atrevimiento de decirle que es ella

quien me gusta ahora. También, y te pido perdón desde ahora, le voy a dar un beso, solo para comprobar si mis sospechas eran ciertas.

Eugenia interrumpió un momento la lectura para observar a su hermana. Ahora entendía por qué había llegado en ese estado. ¡Ramiro! ¡Su Ramiro, la había besado! No sabía si enojarse o reírse por su ingenuidad. Continuó leyendo.

Sería muy sencillo hacerle creer que ella también me gusta para poder frecuentar tu casa sin que a nadie le asombre. Si das tu consentimiento, hablaré con tu padre lo antes posible y le pediré permiso para visitar a tu hermana. Sé que don Álvaro pasa poco tiempo en la casa, otro detalle que nos juega a favor. Si te parece una locura, no volveré a hablar del asunto. Si, por el contrario, estás de acuerdo, hoy mismo buscaré a tu padre.

Para evitar que alguien nos vea juntos o que Consuelo sospeche, te pido que me des una señal. Pasaré por tu casa a la hora de la siesta y miraré hacia tu ventana. Si dejaste las cortinas abiertas, significa que aceptás. Si están cerradas, me olvido del plan.

Te pienso en todo momento, mi adorada Eugenia.

Tuyo por siempre,

Ramiro

Eugenia dobló el papel y luego lo guardó entre las páginas de la novela que estaba leyendo. Acto seguido, y ante la mirada atenta de su hermana menor, dejó el libro en el cajón de la mesita de noche y lo cerró. Estaba atónita por la propuesta de Ramiro. Aunque en la nota le decía que esperaba su consentimiento, era evidente que había actuado por cuenta propia sin preocuparse demasiado en saber cuál era su opinión. No sería agradable para ella verlo cortejar a la sosa de su hermana; sin embargo, estaba dispuesta a

hacer el sacrificio con tal de poder verse cuando quisieran. Notó la expectación de Consuelo. La dejaría con las ganas de saber. Ella le había hecho una promesa a su padre y el cochero debía estar esperándola para llevarla hasta La Querencia.

—Me marcho.

—¿Adónde vas? —le preguntó Consuelo, nerviosa por el posible contenido de la nota que ella misma le había entregado.

—Nuestro padre me pidió que fuera a visitar a Pablo, ¿lo has olvidado? —repuso, con incordio. Cada vez que miraba a su hermana, se la imaginaba entre los brazos de su Ramiro, recibiendo sus besos.

—¿No vas a verte hoy con Ramiro?

¡Vaya! ¡Encima tenía el tupé de preguntarle por él!

—No lo sé —fue su única respuesta. No iba a darle el gusto de que la viera preocupada. Aunque no estaba segura todavía de que el plan de Ramiro fuese a funcionar, era una posible solución para justificar sus encuentros sin que nadie sospechase lo que existía entre ambos—. Deberías quitarte ya ese vestido antes de que alguien más te vea —le sugirió en tono burlón.

Consuelo se cubrió el escote con las manos. Una de las medias que había utilizado para rellenar el corsé se asomaba por encima del canesú. Abrumada por la vergüenza, se dio media vuelta y fue hasta la ventana. Ni siquiera le respondió. Entre el ridículo que acababa de protagonizar y el beso de Ramiro que todavía le hacía cosquillas en la boca, no pudo hablar.

UN DESCUBRIMIENTO INESPERADO

Las mejillas de Almudena se sonrosaron apenas Pablo puso un pie dentro del despacho, y lo primero que hizo fue mirarla directamente a los ojos. Esa madrugada, mientras daba vueltas en la cama, se había imaginado una y mil veces cómo sería encontrarse con él después de lo que había ocurrido. Esperaba que el alcohol que Pablo había consumido, quién sabe dónde, se convirtiera en su mejor aliado. Apoyó las manos en su regazo y juntó las piernas. Ciertas partes de su anatomía no le permitían olvidarse lo que había pasado entre ellos.

—Buenos días. —Pablo rodeó el escritorio y ocupó enseguida su butaca—. No pensé volver a verlo, señor Guzmán. Tenía entendido que solo se iba a quedar una noche en La Querencia.

Estaba molesto y no se preocupaba en disimularlo. Almudena, sorprendida por sus modales, se preparó para hablar; sin embargo, Diego se le adelantó.

—Le agradezco su hospitalidad, señor Medrano. Nunca quise importunarlo con mi presencia. —Se sentó un poco más adelante, enderezando la espalda, para estar a su altura—. Si no me he marchado todavía es porque una razón muy poderosa me ata a este lugar.

Pablo frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Cuando abandoné España lo hice con un único propósito. —Miró a Almudena. Ella le sonreía, alentándolo para que continuase hablando—. Hace unos meses, en su lecho de muerte, mi madre me reveló una verdad que había

estado callando desde el mismo día de mi nacimiento. Ella me dijo que el hombre al que yo llamaba padre, no era quien me había dado la vida. Mi verdadero padre era un marinero cordobés que murió en altamar mientras mi madre me cargaba en su vientre.

Pablo escuchaba atentamente su relato sin mostrar ninguna reacción. Sin embargo, cuando mencionó lo del marinero cordobés, algo en su semblante cambió.

—Mi madre siempre supo que no era la única mujer en su vida, aun así, dejó que él continuara visitándola porque lo quería. Cuando ese hombre murió, entre sus pertenencias, encontró un acta de matrimonio. Le dolió descubrir que se había casado con otra y que ella no era más que esa amante que se acercaba al puerto todos los días, esperando su regreso. Fue entonces que decidió olvidarse de él. Lo borró de su vida y de la mía. Crecí al lado de un hombre que me crio como si fuera suyo. Aunque nunca me maltrató, tampoco recibí grandes muestras de cariño de su parte. No lo culpo, después de todo, yo no llevaba su sangre…

—¿Por qué me está diciendo todo esto? —lo interrumpió Pablo, temiendo oír su respuesta.

—¿No lo adivina, señor Medrano? —Diego percibió su inquietud. Le proporcionaba una gran satisfacción tener el poder de controlar sus emociones. Jugaría con ellas siempre que tuviese la oportunidad de hacerlo. Sería más divertido a la hora de cobrar su venganza.

—Pablo, hay algo importante que Diego desea contarte —intervino Almudena, cuando el silencio se hizo demasiado abrumador.

Diego la miró y en un gesto de agradecimiento, le sonrió.

—Lo escucho, señor Guzmán —dijo Pablo, irritado. No le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, mucho menos esa especie de complicidad que se había generado entre Almudena y su misterioso compatriota.

—Unos pocos días antes de embarcarme, pasé por una pequeña aldea en las afueras de Madrid para visitar a una persona.

No fue necesario que mencionara el nombre de ese lugar; Pablo ya lo sospechaba. Lo inquietaba más esa verdad que estaba a punto de escuchar que el hecho de que un completo desconocido hubiese podido descubrir lo que se ocultaba en su pasado.

—Hablé con doña Luisa Aquino, su tía abuela, para que me confirmase el resto de la historia. Lo que me contó no dejó lugar a ninguna duda. Su sobrina Rosario era la mujer con quien estaba casado mi padre mientras le juraba amor a mi madre. —Hizo un momento de silencio antes de continuar—. He cruzado medio mundo con la imperiosa necesidad de encontrar a ese hermano que, el destino y las malas decisiones de mi padre, me quitaron.

—No es posible…

—Lo es, Pablo. Ese hombre es nuestro padre, tú y yo llevamos su sangre en las venas. Eres mi hermano y estoy feliz de haberte encontrado tan pronto. —Volvió a mirar a Almudena—. La buena fortuna estuvo de mi lado cuando me crucé en el camino con esta adorable mujer que terminó trayéndome hasta ti. No puedes imaginarte la sorpresa que me llevé cuando descubrí que eras a quien Almudena venía a ver. Por eso estaba tan nervioso la noche en la que ella nos presentó. Sabía que eras mi hermano; me ganó la emoción de haberte encontrado por fin y no pude decírtelo.

—¡No es maravilloso, Pablo! —A Almudena le brillaban los ojos—. Coral siempre ha tenido razón.

—¿Qué tiene que ver Coral en todo esto? —replicó Pablo, en medio de su confusión. Ni siquiera sabía cómo reaccionar ante semejante revelación.

—Ella siempre dice que, si está escrito en nuestro destino, las cosas sucederán, no importa lo que hagamos o dejemos de hacer.

El destino… Como si se tratase de una gran mesa de juego, esa fuerza misteriosa que regía la vida de las personas, apostaba las cartas a su antojo.

Su madre le había enseñado que debía aceptarlo con resignación. Sin embargo, ahora que tenía frente a él a un hombre que le aseguraba que era su hermano, sentía que el destino solo se estaba burlando de él.

—Comprendo que no es sencillo de asimilar —declaró Diego, poniendo su mejor cara de circunstancia. Pablo estaba pálido—. Para mí tampoco fue fácil enterarme después de tantos años de que, en algún lugar del mundo, había alguien que llevaba mi sangre. Crecí en soledad, añorando la compañía de un hermano. Ese destino del que habla Almudena, y que alguna vez me lo arrebató, hoy me lo devuelve.

Pablo se puso de pie tan de repente que tanto Diego como Almudena se sobresaltaron. De tres zancadas, cubrió la distancia que existía entre el escritorio y la ventana. Se quedó allí un momento, con ambas manos en los bolsillos de los pantalones y los ojos fijos en algún punto imaginario entre el patio trasero y el monte de chañares que rodeaba a la estancia.

Almudena miró a Diego. Sin necesidad de abrir la boca, pidió su permiso para intervenir. Él no dudó ni un segundo en concedérselo. Ella abandonó la butaca y se aproximó a Pablo.

—Pablo, sé que estás confundido. Es una verdad demasiado grande como para que no te impresione. —Le rozó el brazo. Él ni siquiera se volteó a verla —. Debés entender que para Diego tampoco ha sido fácil. Me lo contó a mí primero porque ignoraba cuál iba a ser tu reacción cuando supieses que era tu hermano. Quiso que yo estuviera presente en este momento; por eso me tomo el atrevimiento de pedirte que no le negués el derecho de conocerte y de tratarte como que lo sos… su hermano. Tampoco te negués a vos mismo la posibilidad de recuperar todos esos años perdidos por culpa de silencios ajenos.

El discurso de Almudena no tuvo el efecto deseado. A Pablo no le apetecía hablar, mucho menos enfrentar a su hermano. Durante unos cuantos segundos nadie dijo nada y Diego estuvo a punto de perder la paciencia. Se estaba

cansando de la indiferencia de Medrano. Ni siquiera la acertada intervención de Almudena había dado resultado. Quizá debía cambiar de estrategia.

—No me he aventurado a cruzar ese maldito océano para ser ignorado de esta manera. —Se puso de pie y se dirigió hacia la salida—. Sé muy bien cuando no soy bien recibido. No se preocupe, señor Medrano. Hoy mismo me marcharé de La Querencia y podrá continuar con su vida como hasta ahora. —Sin darle la oportunidad de responder, salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí. No fue a su habitación, permaneció un rato allí, atento a lo que ocurría en el despacho.

—¡Pablo, no podés dejar que se vaya! ¡No sin antes hablar con él! —le suplicó Almudena, tratando de hacerlo reaccionar—. ¡Es tu hermano! ¡Deberías al menos escuchar lo que tiene para decirte!

Pablo la taladró con sus ojos verdes. No lograba discernir si le molestaba más el hecho de que ese hombre se hubiese aparecido en la estancia alegando que llevaba su sangre o que la hubiese utilizado a ella para abogar a su favor. No sabía nada del tal Diego Guzmán y toda esa historia de que era su hermano podía no ser más que una patraña. ¿Cómo era posible que Almudena confiara ciegamente en un extraño? ¿Se olvidaba acaso que él cargaba con una muerte en sus espaldas y alguien podría estar buscándolo para llevarlo a la justicia? Guzmán había dado con el paradero de su tía abuela ¿y sí había llegado hasta ella por intermedio del circo de Marchena? Era una posibilidad que al parecer Almudena no había contemplado. Él no era tan incauto.

—No puedo creer, así como así, en la palabra de un desconocido, Almudena —dijo por fin. —El hecho de que Diego Guzmán haya arriesgado su vida para salvar la tuya, no lo hace una persona confiable.

Ella avanzó un par de pasos hasta quedar entre Pablo y la ventana. Necesitaba mirarlo a los ojos. Atrás había quedado el pudor de los primeros minutos.

—Diego me contó toda su historia y también tuve mis dudas. Cuando me

confesó que había dejado España porque te estaba buscando, me asusté —le reveló—. Sé lo que pasó la noche en la que huiste del circo, lo que hiciste para evitar que ese muchacho mancillase el honor de Coral. —Se dio cuenta de que ya estaba al tanto de que ella lo sabía—. Por un momento, llegué a pensar que esa era la razón por la cual Diego quería encontrarte.

—¿Y cómo puedes estar segura de que no es así? No me explicó cómo llegó hasta mi tía abuela.

—¡Porque no lo dejaste! —le recriminó, con los brazos en jarra y el ceño fruncido—. No le diste siquiera la oportunidad de contarte todo, por eso salió huyendo de este despacho con la firme intención de irse. No te pido que lo invites a quedarse, simplemente, creo que deberías escuchar lo que Diego tiene para decirte. ¿Qué hay de arriesgado en ello?

El poder de convencimiento de Almudena, a base de palabras sabias y gestos ceñudos, era capaz de hacer tambalear hasta la voluntad más férrea. Estaba enfadada y no tenía deseos de pelear con ella, mucho menos por causa de Diego Guzmán. ¿Por qué lo defendía tanto?

—Te fías demasiado de él —la cuestionó—. ¿Te causaría pesar que cumpliese con su amenaza y se fuese hoy mismo de la estancia?

Almudena se quedó pasmada. ¿A qué se debía semejante pregunta? Conocía muy poco a Diego como para que le doliera su partida. Estaba en deuda con él por lo que había hecho y por eso lo estaba ayudando con Pablo, pero no despertaba en ella ningún otro sentimiento que no fuera el del agradecimiento.

—Estoy segura de que quien realmente lo lamentaría, tarde o temprano, serías vos —le endosó, sin dejarse amilanar. Sonrió victoriosa cuando logró dejarlo sin respuesta—. Más allá de que te rehúses a creer en su historia, es imposible olvidar lo que Diego hizo por Ceferino y por mí. Si no se hubiese atravesado en nuestro camino, ni él ni yo estaríamos hoy en La Querencia.

Pablo se sentó en el borde del escritorio, se pasó la mano por el cabello y respiró hondo. Lo peor de toda esa intrincada situación era que Almudena

estaba en lo cierto. Por más que desconfiase de Guzmán, había puesto en riesgo su propia vida para salvar la de ella. Y solo por eso, por lo mucho que le importaba Almudena, estaba dispuesto a escuchar lo que tenía para decirle.

—Tú ganas —dijo, buscando una tregua—. No quiero pelear contigo por su culpa.

—¡No estamos peleando! ¡Sólo trato de que entrés en razón! —saltó ella de inmediato—. Que seas tan porfiado no es mi problema.

—¡Vaya! ¡Ahora también soy porfiado! —replicó él, soltando una risotada —. ¿Hay algo más que quieras agregar a tu lista de *elogios*?

Almudena arrugó el ceño y abrió bien grande la boca. Tenía muchos deseos de contestarle, pero no lo hizo cuando comprendió que Pablo se estaba burlando de ella.

—Sé que no tengo derecho alguno a entremeterme; sin embargo, Diego fue quien me metió en medio de toda esta historia…

—¿Y no te parece extraño que te lo haya contado a ti primero? —retrucó él, interrumpiéndola—. Apenas te conoce; lo más lógico habría sido que hablase conmigo, porque era a mí a quien buscaba.

Almudena no entendía muy bien a dónde quería llegar con sus planteos. Lo único que él tenía que hacer era escuchar a Diego y luego decidir si le creía o no. Lo demás, no importaba. Sin embargo, era evidente que Pablo no pensaba lo mismo.

—No pienso discutir eso con vos —zanjó. No tenía caso seguir allí. Debía buscar a Diego y convencerlo de que no se marchase de la estancia todavía. Se dispuso a hacerlo cuando Pablo la sujetó del brazo para impedírselo—. ¿Qué pasa? —la pregunta la hizo con miedo. Diego era la excusa más plausible que encontró para poder alejarse de él y poner en orden sus pensamientos.

—No has contestado a mi pregunta, Almudena. —Abandonó el escritorio para estar más cerca de ella—. ¿Te causaría tristeza que él se marchase?

Almudena tragó saliva. La mano de Pablo no le hacía daño, pero la tenía

agarrada con tanta fuerza que podía sentir el calor de su piel a través de la tela del vestido. ¿Qué esperaba que le dijese? Levantó la vista para encontrarse con esos inquisidores ojos verdes que tanto amaba. Su intensa mirada la hizo sentirse expuesta… desnuda. Tenía la certeza de que, si seguía contemplándola de esa manera, acabaría por descubrir que estaba locamente enamorada de él. Comenzó a respirar ligero, y entonces toda la atención de Pablo se enfocó mucho más abajo, en el nacimiento de su escote. Almudena se puso colorada, reacción que provocó la sonrisa de Pablo.

—¿Lo extrañarías? —insistió, sin soltarla.

¿Acaso eran celos? Aunque le pareciera imposible, ¿qué otra cosa podía ser? ¿Por qué tenía tanto interés en lo que ella sentiría si Diego se fuera de la estancia? Trató de buscar otra razón de peso que explicase su comportamiento, pero no la halló.

Pablo estaba celoso… Ella le importaba.

El corazón se le agitó en el pecho y ya no fue capaz de pensar en nada. En ese momento, abrumada por lo que acababa de descubrir, estuvo a punto de arrojarse a sus brazos. Fue la oportuna aparición de Amparito la que impidió que lo hiciera.

Pablo la soltó apenas la criada entró al despacho.

—Patrón, lo buscan —le anunció Amparito, mirando de reojo a Almudena. Ella no era tonta, tampoco ciega. Si lo hubiese sabido, habría esperado un poco más para avisarle que tenía visitas.

—¿De quién se trata?

—Es la señorita Eugenia. Insiste en hablar con usted… —no terminó de decírselo cuando la hija mayor de Álvaro Balbuena se coló en el despacho y saludó a Pablo con un beso en la mejilla.

—Lamento haber venido sin avisar, pero necesitaba verte. —Cuando se percató de la presencia de Almudena, le dedicó una breve sonrisa y volvió a enfocarse en Pablo.

—Amparito, puedes retirarte.

La muchacha salió del despacho en silencio, mirando por encima de su hombro hasta cerrar la puerta. De buena gana se hubiese quedado escuchando, pero la estaban esperando en la cocina para seguir bruñendo la platería.

—Será mejor que yo también me vaya. Parece que ustedes dos tienen mucho de qué hablar —manifestó Almudena, con una sonrisa cargada de ironía que no se molestó en disimular. Ni siquiera se despidió de Eugenia. Caminó bien altiva hacia la salida, y antes de irse le dio de beber a Pablo de su propia medicina—: Voy a buscar a Diego. Si no llego para el almuerzo, es porque nos fuimos a dar un paseo por la estancia.

Eugenia dio un respingo cuando Almudena azotó la puerta.

—¡Le caigo mal! —dijo, ahogando una risita.

—Figuraciones tuyas —respondió Pablo, fingiendo que le importaba poco la reacción de Almudena—. ¿Qué era eso tan urgente que tenías para decirme?

Eugenia recorrió el despacho con la mirada. Nunca había estado allí, y aunque estaba atiborrado de objetos que pertenecían a don Casimiro Larrea, el olor de Pablo se sentía en el aire.

—Tenía deseos de verte, aunque estoy aquí para cumplir con un pedido de mi padre. —Se volteó y le sonrió—. Don Álvaro Balbuena quiere que nos invités a cenar en la estancia. Planeaba hacerlo él, pero cuando supo que había tanta gente viviendo en La Querencia, resolvió que era mejor si la invitación la hacías vos. Creo que anda interesado en hacerte alguna propuesta de negocios. Antes de que me acribillés a preguntas, te advierto que no tengo idea de qué se trata. Mi padre nunca me dice más de lo que considera que yo debo saber.

—¿Negocios? ¿Qué clase de negocios podría tener yo con tu padre? —Más allá de sentir curiosidad, a Pablo le preocupaba lo que un hombre como Balbuena quisiera ofrecerle. Todo lo que le habían dicho sobre el flamante candidato a presidente municipal de Cruz del Eje era suficiente para

mantenerse alejado de él. Hacía tiempo ya que se había arrepentido de aceptar la propuesta de Eugenia—. Deberíamos olvidarnos de ese plan absurdo si no quieres que acabe mal.

Ella se le acercó y puso ojos de vaca.

—¿Te arrepentiste de haber aceptado?

—Era solo un juego, Eugenia, pero se puede tornar en algo muy serio y no me interesa. Quizá la razón de que tu padre quiera venir a la estancia es que pretende hablarme de "lo nuestro" ¿No has pensado en esa posibilidad?

Eugenia sospechaba que se trataba de algo más, pero con su padre nunca se sabía.

—Podría ganar tiempo.

—¡No! —replicó Pablo, determinado a acabar con esa historia de una buena vez—. Si tu padre pretende que formalice una relación que nunca existió, me veré en la obligación de decirle la verdad.

—No harías eso, no serías capaz. —Eugenia estaba a punto de echarse a llorar.

Pablo suavizó la expresión severa de su rostro y la tomó de los hombros.

—Eugenia, no te pongas así. No pensé que nuestro juego llegaría tan lejos. No podemos continuar con esto. Tú estás enamorada de Ramiro y yo siento por ti solamente un cariño de amigos. Tarde o temprano, tus padres se darán cuenta de que nunca estuviste interesada en mí.

—Me habría encantado enamorarme de vos, Pablo —se atrevió a confesarle —. Lo tenés todo para que una mujer caiga rendida a tus pies. A veces me maldigo por haber puesto mis ojos en quien no lo merece.

—¿Por qué dices eso?

Eugenia dejó escapar un suspiro lastimero.

—Porque estoy absolutamente segura de que Ramiro tiene a otra.

Pablo no iba a meter las manos en el fuego por alguien como Ramiro Flores. A pesar de que se había convertido en el orgullo del pueblo por sus hazañas en

Entre Ríos, también tenía fama de ser un tiro al aire.

—Y eso no es todo. —Sacó un pañuelo de su bolso y se lo llevó a la nariz —. Acaba de proponerme algo muy similar a lo que hacíamos vos y yo. Quiere entrar a mi casa, engatusando a la pobre inocente de mi hermana. Dice que así, podremos vernos sin que nadie sospeche nada.

—No se lo vas a permitir, ¿verdad? Consuelo no se merece ser engañada de esa manera.

Eugenia se encogió de hombros.

—No sé qué hacer, Pablo. Debo darle una respuesta hoy mismo.

—Hazme caso, no lo hagas. Ya encontrarán la manera de seguir viéndose sin tener que lastimar a tu hermana. No entiendo por qué Ramiro simplemente no se planta delante de tu padre y le cuenta lo que siente por ti. Es la única solución viable.

—Mi padre se ha hecho a la idea de que terminaré casada con vos.

Pablo negó con la cabeza.

—Es hora de que entienda que eso nunca va a suceder y creo que esa cena a la que tanto desea asistir, es la excusa perfecta para que lo sepa.

—¿Qué le digo entonces? —preguntó, resignada.

—Dile que este sábado a las ocho los espero en la estancia. —Le rozó la mejilla y le sonrió—. No te preocupes, todo irá bien.

Eugenia asintió. Esperaba que así fuera. Se despidió de él con un abrazo y aceptó gustosa cuando se ofreció a acompañarla hasta su carruaje.

Estaba volviendo a la casa cuando Úrsula le salió al paso en medio de la galería. Se asustó al verla aparecer de repente por detrás de una de las columnas, como si estuviese al acecho.

—¿Puedo cruzar unas palabras con usted, señor Medrano?

—La escucho, Úrsula.

La mujer se dio media vuelta y enfiló hacia el rincón de la galería. Pablo no tuvo más remedio que seguirla. Esperó a que ella ocupara uno de los sillones y

se sentó en el que estaba más alejado de ella.

—Me gustaría pedirle un gran favor.

Pablo la observó. Había puesto las manos en el regazo con cierta solemnidad. Eran extremadamente delgadas y llevaba un anillo en el dedo anular izquierdo. ¿Habría estado casada? Lo ignoraba.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—En realidad, el favor no es para mí, sino para Marianita. Ella está acostumbrada a la vida en la ciudad y acá, en el campo, se aburre con mucha facilidad. Ayer salió a buscar a su perra que se había extraviado y casi se pierde ella —manifestó, pasando por alto el hecho de que la había encontrado en compañía del indio que había llegado junto con la maestra—. Verá usted, Mariana les tiene pavura a los caballos y en un lugar como este, eso es una gran desventaja. Por ello, me tomo el atrevimiento de pedirle que le enseñe a montar. Creo que es la única manera de que les pierda el miedo definitivamente.

Pablo no pudo disimular su sorpresa ante semejante propuesta. La sobrina de don Casimiro llevaba viviendo en la estancia un par de semanas y no sabía que estuviese interesada en aprender a montar.

—¿Qué me dice?

No tenía el valor de negarse. Tampoco una razón valedera. A pesar de las aciagas circunstancias bajo las cuales se habían conocido, y seguro de que compartir el patrimonio de su tío con él no le resultaba para nada agradable, jamás había visto en la muchacha un gesto de resentimiento o inquina hacia su persona. Si bien no había hablado mucho con ella debido a su carácter retraído y a la constante presencia de doña Úrsula, la muchacha no tenía malicia. Un asunto totalmente diferente era su dama de compañía. De ella sí desconfiaba.

—Podría enseñarle a Mariana a montar, pero si es como usted dice, primero deberá perder el temor a los caballos. No sé si tenga la paciencia o el tiempo

suficiente para ocuparme de ello. Debo terminar con los arreglos en la escuela. Quiero que Almudena empiece con las clases la semana próxima. Es más, ahora mismo estaba a punto de irme al pueblo.

Úrsula forzó una sonrisa. ¡Cuando no esa mosquita muerta entrometiéndose en todo sin siquiera estar presente!

—Ni Mariana ni yo queremos interferir con sus obligaciones, señor Medrano —le dijo, mientras pensaba de qué manera convencerlo—. Puede intentarlo por las tardes, después de la siesta o a la tardecita, antes de la cena. Cualquier rato libre que a usted le venga bien. Mi Marianita se lo va a agradecer mucho.

Pablo ya no encontró ningún argumento para rechazar su petición.

—Está bien. Dígale a Mariana que acepto. Si no le importa, prefiero hacerlo a la hora de la siesta, cuando hay menos movimiento en la estancia. —Vio que la mujer asentía—. Elegiré para ella una de las yeguas más jóvenes. Es necesario que entre en confianza con el animal antes de aprender a cabalgar.

—¡Cuando usted lo disponga está bien! Mariana perdió hace rato la costumbre de dormir la siesta y yo la aborrezco. Creo que es solo una excusa para holgazanear. Seremos puntuales.

—No hace falta que la acompañe, Úrsula —se apresuró a aclararle, a costa de ganarse su desprecio—. Es mejor que Mariana haga esto sola. Usted no haría más que estorbar.

A Úrsula no le gustó que la excluyera de sus propios planes. Era un obstáculo que no había previsto.

—Si es lo que cree, estoy de acuerdo —respondió de mala gana. Debía conformarse con lo que le ofrecía. Solo esperaba que Mariana supiese sacar partido de la situación—. Iré a buscar a mi niña para contárselo. ¡Se pondrá muy contenta!

Pablo la miró de refilón mientras atravesaba presurosa la galería y entraba

a la casa por la puerta que daba al salón. Lo que le había dicho no era cierto. Su presencia no interferiría en lo más mínimo, pero estaba seguro de que Mariana no la echaría en falta para nada.

Se caló el sombrero que llevaba colgando en la espalda y le pidió a uno de los peones que le preparase la volanta; no se sentía con ánimos de cabalgar hasta el pueblo. Primero se daría una vuelta por el campo para ver cómo iba la marca del ganado. Metió la mano en el bolsillo y sacó la cinta de raso que Almudena había olvidado en su habitación. La contempló un momento mientras la acariciaba con el dedo pulgar. Ni siquiera había tenido el valor de devolvérsela ¿De qué tenía miedo? El dolor de cabeza le había dado una tregua, sin embargo, la maldita borrachera le impedía recordar.

Como si fuese poco, estaba la misteriosa revelación que le había hecho Diego Guzmán. A esas alturas de su vida no esperaba que alguien se parase delante de él, alegando que era su hermano. Quizá su reacción había sido exagerada, pero nadie podía culparlo. Él tenía un pasado que lo condenaba. ¿Quién le aseguraba que Guzmán no había logrado dar con el paradero de su tía abuela gracias a la buena voluntad de la gente del circo? Si era así, probablemente Cándido Marchena se habría encargado de contarle lo que había ocurrido, tres años atrás, cuando asesinó a su hijo Román a orillas del Río de la Plata.

Comprendió en ese preciso momento que, a pesar de sus temores, Almudena tenía razón.

Le daría a Diego Guzmán la oportunidad de hablar con él. Después de escucharlo, decidiría qué hacer.

UN MILAGRO CON ROSTRO DE MUJER

Encima de la cama estaba la valija abierta. Junto a ella, el bolso con el dinero de su tío y, a un lado, la pistola.

Diego la había encontrado la noche en la que habían sido atacados por los indios por mera casualidad. Uno de los salvajes había logrado desarmar a Ceferino y en el forcejeo, la pistola terminó entre los pastizales, fuera del alcance de su propietario. No lo dudó ni un segundo cuando la vio. El indio ya la había dado por perdida seguramente, y a él, le venía de mil maravillas. La observó detenidamente. Nunca antes había disparado, sin embargo, no le temblaría la mano a la hora de usarla. Si la intención de Medrano era arrojarlo fuera de la estancia, primero le haría pagar por la muerte de su primo Román. No podía irse sin cumplir la promesa que le había hecho a Cándido Marchena en su lecho de muerte.

Se acercó a la cama y tomó la pistola. Le gustaba sentir su peso entre las manos. Deslizó su dedo por el frío metal hasta detenerse junto al gatillo. Se puso en posición de disparo y extendió el brazo hacia el frente. Imaginó que allí estaba Medrano, mirándolo con espanto, preguntándose quizá por qué le estaba apuntando con un arma. Sonrió, regodeándose con la escena que venía recreando en su mente día tras día…

Casi se le cae al suelo cuando alguien llamó a la puerta.

—Diego, ¿estás ahí?

Era la muñequita de porcelana fina. Apurado y nervioso, escondió la pistola en el bolso con el dinero y lo cerró. Se acomodó el cabello, revisó su imagen

frente al espejo, puso cara de compungido y se dispuso a recibirla.

Se quedó junto a la puerta, en caso de que alguien los viese y le pareciera mal que la invitase a entrar.

—No tengo ánimos de hablar con nadie, Almudena —le dijo, fingiendo pesar.

Ella alcanzó a ver la valija encima de la cama.

—No podés rendirte antes de luchar. Hablé con Pablo y sé que mis palabras lo harán cambiar de opinión. ¿Puedo pasar?

Diego vaciló un momento antes de responderle. Quería negarse, alegando que no se vería bien; sin embargo, le encantaba la idea de estar con ella a solas en su habitación. Le dio lugar para que pasara y cerró la puerta. La observó mientras ella le daba la espalda. Estaba muy bella esa mañana. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y su esbelto cuello, despojado de cualquier joya, era una imagen sumamente tentadora. Siempre le había gustado esa parte de la anatomía femenina… era donde solía empezar a besar a una mujer. Allí se concentraban sus olores, y a él, eso lo volvía loco. De repente, como si el pasado y el presente se hubiesen confabulado en su contra, se vio muy lejos de allí, en el carromato de su tío, la noche en la que había abandonado el circo. Sus fuertes manos tironeando del cinto alrededor del cuello de Aitana hasta arrebatarle la vida. Cerró los ojos para borrar esas imágenes y, al abrirlos, se topó con el dulce rostro de Almudena.

—¿Estás bien?

Diego asintió. Se apoyó en la mesita de arrime que había junto a la puerta y respiró hondo para espantar cualquier recuerdo que lo perturbase y arruinara ese momento.

—Creo que Pablo no va a escucharme. —Miró la valija a medio hacer—. Me iré al pueblo hoy mismo.

—Irte no va a solucionar nada, Diego —le dijo Almudena, acercándose a él —. No deberías tomar una decisión definitiva todavía. Pablo va a escucharte,

y estoy segura de que cuando lo haga, será él mismo quien te pedirá que te quedes en La Querencia.

Diego intentaba descifrar por qué se empeñaba tanto en ayudarlo. Aunque la había salvado de ese salvaje, apenas lo conocía. Estaba empezando a creer que no lo hacía por él, sino por el maldito de Medrano. Después de abandonar el despacho, había permanecido un momento en el pasillo, atento a lo que ocurría al otro lado de la puerta. Lo poco que pudo escuchar hasta el momento en el que tuvo que irse por culpa de una de las criadas, no le había servido de mucho. Sin embargo, tenía ciertas sospechas sobre cuál sería la razón que empujaba a Almudena a involucrarse de esa manera.

—Agradezco mucho lo que estás haciendo. —Sin darle tiempo a reaccionar, la tomó de la mano—. Es muy importante para mí contar con tu apoyo, Almudena.

Ella se sintió más inquieta por el modo en el cual Diego la miraba que por su atrevimiento al tomarle la mano sin su permiso.

—No tenés nada que agradecerme —respondió. Mientras le sonreía, consiguió soltarse—. Lo hago porque creo que es lo justo. Después de haber atravesado ese océano, al menos te merecés que Pablo conozca toda la historia.

Diego percibió de inmediato que se había puesto incómoda. Sin embargo, el roce con su piel no la había turbado; era rechazo lo que interpretó en ese gesto de retirar la mano. Resolvió que no ganaba nada con precipitarse. Un movimiento mal hecho y se vería obligado a retroceder. Y no podía permitírselo. En sus planes de venganza, darles ventaja a sus contrincantes era el peor de los errores. Con paciencia y mucha dedicación, lograría que esa muñequita de porcelana fina terminase entre sus brazos.

—Será mejor que me vaya —manifestó Almudena, alejándose de él—. Creo que Pablo no se encuentra en la estancia. Tenés tiempo para pensar en qué le vas a decir para convencerlo de tu verdad. No dejés de buscarlo para hablar

con él. —Abrió la puerta y se volteó antes de salir—. Necesitan una conversación a solas. No quiero estar en el medio nuevamente.

Diego asintió. Si así es como lo deseaba, él no iba a oponerse. Le dedicó una última sonrisa y se quedó viendo la puerta cuando ella la cerró. Volvió junto a la cama y sacó la pistola del bolso. Se cercioró de que estuviese cargada y la apretó contra su pecho.

Si el maldito de Medrano no le creía, acabaría con su vida antes de marcharse de la estancia.

*

A Mariana le daba pena dejar a Lolita encerrada, pero no quería que volviera a perderse por la estancia mientras ella intentaba aprender a montar y a utilizar las artimañas de seducción que le había enseñado Úrsula.

Después del almuerzo se había aparecido en su habitación para escoger qué vestido se pondría, cómo se peinaría el cabello y hasta cuántas gotas de perfume eran las necesarias para atraer el olfato de un hombre sin empalagarlo demasiado. Mientras la ayudaba a vestirse, le iba diciendo lo que debía hacer y todo lo que debía evitar para lograr que Medrano cayera a sus pies. Ella trataba de aprenderse cada uno de sus consejos, pero eran tantos que estaba segura de que resultaría un rotundo fracaso. Pablo no había llegado a almorzar porque continuaba en el pueblo y ella sintió un gran alivio. Dentro de sí, rezaba para que no volviese.

Miró hacia abajo cuando Lolita empezó a lloriquear.

—Lo siento, mi niña. —Se agachó y la alzó—. Sé que no te gusta quedarte con Úrsula, pero no puedo correr el riesgo de que vuelvas a perderte. —En ese momento, pensó en Ceferino—. Quizá tenga suerte y pueda encontrarme con él para pedirle disculpas por la manera tan horrible en la que lo trató Úrsula —dijo, como si la perra fuese esa amiga que nunca tuvo y a la que

podría contarle todas sus penas y alegrías.

Como respuesta, Lolita le lamió la mano. La abrazó muy fuerte y la puso arriba de la cama. Seguramente iba a recibir una reprimenda de Úrsula por dejarla allí, pero no le importó. Para que no resintiera tanto su ausencia, le dio una de sus muñecas y el viejo chal de lana con el que solía dormir. Le dio un beso en la cabeza hasta que se adormeció, con la muñeca entre sus patas cortitas. Se miró al espejo una última vez y, con mucho sigilo, abandonó la habitación.

Apenas soltó el picaporte de la puerta, escuchó la voz de Úrsula.

—Dejame verte. —La asió de los hombros, la hizo girar sobre sus talones y la observó de arriba abajo, luego de abajo arriba y guardó silencio.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Sonrió complacida—. Hemos hecho un buen trabajo. Ahora solo te pido que no lo eches a perder con alguna de tus tonterías. No sé si Medrano ha vuelto del pueblo aún, pero te doy permiso para que lo esperes en las caballerizas. Si es un hombre de palabra, no tardará en aparecer.

—¿Qué vas a hacer mientras Pablo me enseña a montar? —quiso saber. Esperaba que no se le ocurriese meterse en su habitación. Su presencia solo pondría nerviosa a la pobre de Lolita.

—Yo voy a recostarme un rato. Me hubiese gustado estar presente, pero a Medrano no le pareció prudente.

—Menos mal —musitó Mariana entre dientes.

—¿Qué dijiste?

—Estaba pensando en voz alta, Úrsula.

—Deberías pensar menos y actuar más —le sugirió—. No olvidés nada de lo que te dije. De vos depende que la fortuna de Casimiro Larrea regrese íntegra a tus manos.

Mientras asentía con la cabeza, Mariana forzó una sonrisa. A paso firme, pero con los nervios a flor de piel, bajó las escaleras, atravesó el gran salón y

salió a la galería. Una vez allí, respiró muy hondo y cerró los ojos. ¡Se sentía tan bien no tener a Úrsula revoloteando alrededor de ella, aunque fuese solo por un rato!

Había poco movimiento en la estancia. La siesta era una de las tradiciones que se cumplían a rajatabla en La Querencia, excepto los días en los que las faenas en el campo no lo permitían. Cuando pasó por la cocina le llegó el aroma dulzón de la azúcar quemada. Seguramente Rita estaría preparando alguno de sus manjares para la hora de la merienda. Se le hizo agua la boca. Ella sentía debilidad por los postres y las golosinas, pero Úrsula le decía que solo la harían engordar y arruinarían su bonita dentadura. Apresuró el paso, como si tuviese miedo de que alguien la viera. Se sintió una tonta; sin embargo, cuando dejó la galería para dirigirse a la zona de las cabellerizas, lo hizo con el deseo velado de ver a Ceferino. Y esa era seguramente la razón por la cual estaba tan nerviosa y sentía que todo el mundo se daría cuenta de sus verdaderas intenciones.

Detuvo de golpe su andar cuando lo vio. No había señales de Pablo Medrano por ninguna parte todavía. El único que estaba cerca de los caballos era precisamente Ceferino. A su lado, el niño mudo al que todos en la estancia llamaban Juan de Dios, hacía dibujos en la tierra con una rama. Aunque había sido su intención salir a buscarlo, ahora que lo acababa de encontrar, no pudo dar un paso más. Él no había reparado en su presencia. Estaba de espaldas, cepillando al animal. Llevaba el pelo atado en una coleta y, a pesar del frío, solo tenía un chaleco de piel encima de la camisa. Sus manos se movían enérgicamente sobre el caballo.

De pronto, como si alguna fuerza desconocida se lo mandase, apartó los ojos del indio y observó al niño. Él ya no hacía garabatos en la tierra con la rama. La estaba mirando a ella. Mariana se sintió extraña. Parecía que quería decirle algo, pero Juan de Dios no podía hablar. Y ella no era capaz de moverse. No supo cuánto tiempo permanecieron así, mirándose en silencio,

como si un hilo invisible los mantuviese unidos. Entonces Juan de Dios se puso de pie, dejó caer la rama al suelo y caminó en su dirección muy despacio, midiendo cada uno de sus pasos. Cuando llegó hasta ella, se detuvo y le sonrió.

Mariana le devolvió la sonrisa. No llegaba a comprender qué sucedía. Se había cruzado pocas veces con Juan de Dios durante el tiempo que llevaba viviendo en la estancia. Recordó ese primer encuentro en el pasillo de la planta alta de la casa, cuando huyó despavorido, asustándola a ella también. Después de eso, apenas se habían visto. ¿Por qué entonces ahora se acercaba a ella como si la conociera de antes? Esos penetrantes ojos claros eran capaces de atemorizar a cualquiera; sin embargo, a Mariana le provocaron un profundo sentimiento de ternura. Extendió el brazo hacia él con la intención de acariciarle el rostro, pero la potente voz de Ceferino se lo impidió.

—A Juan de Dios no le gusta que lo toquen —le advirtió, aproximándose a ellos—. La única que ha tenido esa posibilidad es la cocinera, y solo porque es muy obstinada. Nadie más ha podido acercarse tanto a él.

Haciendo caso omiso de su recomendación, Mariana puso la mano en el hombro del niño. Él no se movió. Continuaba mirándola fijamente. Cuando le acarició la mejilla, ocurrió lo impensado. Juan de Dios no salió corriendo ni rechazó su contacto. Ante la mirada atónita de Ceferino y la sorpresa de Mariana, se arrojó sobre ella y la abrazó muy fuerte.

Durante un par de minutos ninguno de los dos abrió la boca. No podían. Juan de Dios estaba llorando en los brazos de Mariana. Aunque seguía sin pronunciar palabra alguna, su llanto era desgarrador. A ella se le cayeron unas cuantas lágrimas. Ceferino, ese hombre recio y de carácter fuerte a quien nada parecía afectarle demasiado, tenía los ojos humedecidos.

—Los malos espíritus pronto abandonarán su cuerpo, y cuando ese día llegue, nuestro Juan de Dios volverá a hablar.

Mariana, entre la emoción y la sorpresa, apenas escuchó lo que Ceferino le

acababa de decir. Solo era consciente del abrazo que le había dado el niño. Aunque no encontrase una explicación lógica, sentía que de algún modo misterioso y más allá de todas las diferencias que los separaban, sus almas estaban conectadas.

Cuando Juan de Dios la soltó, Mariana no supo qué decirle. Quería escuchar su voz, pero comprendió que él no diría nada todavía. Le apretó las manos entre las suyas y le sonrió.

—Siempre vas a poder contar conmigo, Juan de Dios. Para lo que sea —le prometió.

El niño asintió con la cabeza. Luego, como si ese mundo en el que vivía se hubiese apoderado nuevamente de él, regresó junto al caballo para seguir haciendo dibujos en la tierra suelta.

Mariana resopló. Necesitaba reponerse. Vio que Ceferino le tendía un pañuelo blanco. Con manos temblorosas, lo tomó y se secó las lágrimas.

—No sabía que tenía esa confianza con el muchacho —comentó, asombrado.

—Yo tampoco —respondió ella, tan sorprendida como él—. Nos hemos visto un par de veces, nada más. Y nuestro primer encuentro fue bastante peculiar. ¡No sé quién de los dos estaba más asustado!

Ceferino curvó la boca en una sonrisa.

—Parece que fue bastante similar al nuestro. Todavía recuerdo el pavor que había en su mirada cuando nos cruzamos fuera de su habitación.

Ella se ruborizó.

—No es por lo que usted piensa —se apresuró a aclarar—. Simplemente, no esperaba encontrarme con alguien como usted en la casa. Nadie me había advertido de su presencia.

—¿Y ya se le pasó el susto o todavía tiene ganas de salir corriendo cuando me ve? —quiso saber, atrevido. Le encantaba que se pusiera colorada por su causa.

Mariana deslizó el pañuelo por las mejillas con la excusa de enjugar sus lágrimas y aspiró hondo para sentir su olor. Lo apartó de inmediato cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando. Pretendió devolvérselo, pero Ceferino se rehusó.

—Quédeselo. —Se aproximó y, junto al oído, le susurró—: Puede ponerlo debajo de la almohada, si lo desea.

Ella se quedó boquiabierta. ¡Qué comentario más atrevido acababa de hacerle! Estando junto a ese hombre perdía hasta la voluntad de reaccionar. De haber podido, le habría echado en cara su osadía antes de regresar corriendo a la casa. Sin embargo, no hizo ni una cosa ni la otra. Primero, porque sus propios pies le impedían moverse. Además, tenía una cuenta pendiente con él y aprovecharía para saldarla antes de que Pablo Medrano apareciera.

—Mi intención no fue molestarla, Mariana —se disculpó, comprendiendo la magnitud de lo que acababa de decir. Le había salido desde muy adentro y no se arrepentía en lo más mínimo—. ¿Me perdona?

Mariana lo miró de soslayo. Tenía la mano apoyada en el pecho y se había inclinado hacia ella para acortar un poco la diferencia de estatura que existía entre ambos. Ceferino era muy alto y a veces tenía que levantar mucho la cabeza para poder verlo a la cara. En ese momento, trató de recordar alguna de las recomendaciones que le había dado Úrsula para que sedujera a Pablo, pero estaba tan nerviosa que ninguna le venía a la mente.

—En realidad, soy yo quien tiene que pedirle perdón a usted, Ceferino.

Inmediatamente después de comprobar lo dulce que sonaba su nombre en los labios de la joven, Ceferino arrugó el entrecejo. Eso no se lo esperaba.

—¿Pedirme perdón? ¿Y por qué sería? —Recuperó su postura erguida y se cruzó de brazos.

—En realidad, quiero pedirle disculpas por la manera tan severa en la que lo trató ayer mi nana Úrsula. Sé que nada justifica su exagerada reacción cuando me vio a su lado, pero tiene que entenderla. —Esbozó una sonrisa.

Acto seguido, y porque recordó que era una de las reglas fundamentales que le había explicado Úrsula, batió ligeramente las pestañas—. Mi nana me protege demasiado; siempre lo hizo. Ha ocupado el lugar vacío que dejó mi madre cuando apenas era una niña de cuatro años. Le ruego por favor que no le guarde rencor. Yo más que nadie sé lo difícil que puede ser tratar con ella.

Debía reconocer que era muy valiente al interceder a su favor, sabiendo de antemano que la tal Úrsula jamás se rebajaría a disculparse con alguien como él.

—Podría decir que no vale de nada que sea usted la que se disculpe en su nombre. —Como vio que ella estaba a punto de contestar, prosiguió—: Sin embargo, sospecho que, si ha venido a buscarme, lo hizo a escondidas. —Mariana asintió—. No se preocupe entonces, acepto sus disculpas. Eso sí, me voy a tomar el atrevimiento de imponer una condición…—Se reclinó sobre un poste de madera y flexionó la pierna.

—¿Una condición? ¿Qué clase de condición? —Los ojos de Mariana admiraron esa masa de músculos que se contrajo por causa del movimiento. Alzó la vista cuando él carraspeó.

—No se asuste —la tranquilizó. —Se trata de Juan de Dios.

Un breve y apenas perceptible suspiro de alivio brotó de los labios de Mariana.

—Lo escucho.

—Después de lo que acabo de presenciar, creo que su compañía le haría mucho bien. Por eso, quiero pedirle que pase tiempo con él. No se lo he contado, pero ayer, cuando su perrita no aparecía, era porque estaba con Juan de Dios. Tiene cierta predilección por los animales, suele pasar horas en el palomar o jugando con los chuchos del capataz.

Mariana habría querido aceptar enseguida, pero sabía que Úrsula pondría el grito en el cielo. Jamás la dejaría estar cerca del niño, mucho menos de él. Se mordió el labio en un gesto de indecisión, sin darse cuenta de que, al hacerlo,

había atraído la mirada de Ceferino hacia esa zona de su rostro. Nunca antes se había sentido tan poderosa. Ella, una muchacha tímida, que no sabía cómo despertar el interés de los hombres, había logrado embelesar al indio sin siquiera proponérselo. Ya no la asustaba su manera de mirarla. Todo lo contrario, le provocaba un cosquilleo en el estómago y un calor intenso en la entrepierna jamás antes experimentado.

—¿Qué me responde?

Ella estaba intentando controlar lo que sucedía en su cuerpo y se quedó callada. Tampoco sabía qué decirle. Entonces, cuando Ceferino se acercó tanto que casi no quedó espacio entre ellos, Mariana creyó que saldría corriendo. Pero no lo hizo. Miró absorta cómo la mano de Ceferino iba subiendo muy despacio hasta posarse en su mejilla. El tenue roce entre sus pieles, tan diferentes en color y textura, generó una intensa corriente eléctrica que los dejó aturdidos.

Mariana sonrió. No sabía si la sonrisa le había salido todo lo seductora que Úrsula le había indicado, pero el resultado fue el deseado. Ceferino le estaba mirando la boca mientras continuaba acariciándole el rostro. Ella separó los labios en una clara invitación a besarla. Entornó los párpados y esperó, completamente entregada a esa placentera sensación que le producía el contacto con los dedos masculinos. Él la soltó de repente, dejándola con las ganas de un beso. Cuando Mariana abrió los ojos, descubrió la razón.

Pablo Medrano venía hacia ellos. ¡Se había olvidado que estaba allí para que le enseñase a montar!

—Mariana, lamento llegar tarde. He estado hasta recién en el pueblo, trabajando en los últimos arreglos de la escuela. —Miró a Ceferino. No sabía que él y la sobrina de don Larrea se conocieran—. Sé que le dije a doña Úrsula que empezaríamos hoy mismo, pero si no te importa, podríamos dejarlo para otro día.

—No tengo prisa en aprender —contestó ella, algo nerviosa.

—¿Qué es lo quiere aprender? —se metió Ceferino.

—Mariana quiere que le enseñe a montar.

—Yo podría ocuparme de eso. Claro, si a ella no le importa.

A Pablo le sorprendió su oferta. Al parecer no solo se conocían. Creyó vislumbrar cierta tensión entre ambos. La sonrisa de Ceferino y el rubor en las mejillas de Mariana, confirmaron sus sospechas.

—Por mí no hay problema —dijo Pablo, olvidándose de Úrsula—. Eso sí, primero tendrá que perder el miedo a los caballos. Hay una yegua a la que don Casimiro bautizó Duquesa. Es joven y muy mansa; podría ser la compañera ideal para Mariana. A esta hora debe estar pastando junto al resto de los caballos, al otro lado de la casa.

A Mariana le encantaba la idea de que fuese Ceferino el encargado de enseñarle a montar. Le causaba emoción que se hubiese ofrecido a hacerlo. Sin embargo, ninguno de los dos había contemplado la posibilidad de que Úrsula jamás lo permitiría. Ella había urdido ese plan con el único y siniestro objetivo de conquistar a Pablo. No iba a tolerar que se torciera de esa forma. Tampoco la dejaría estar cerca de Ceferino ¿Qué hacer?

—Creo que no sería lo más conveniente —dijo por fin, en contra de sus propios deseos.

Antes de que pudiese explicar el por qué, Ceferino decidió intervenir.

—Comprendo, señorita Larrea. Le pido disculpas si la ofendí con mi propuesta.

Ya no la llamaba por su nombre y a ella le supo a derrota.

—¿Por qué sería inconveniente? —preguntó Pablo, asombrado por su respuesta—. Sé que me comprometí con su dama de compañía de que yo mismo le enseñaría a montar, pero ha visto que hoy llegué tarde a nuestro primer encuentro, y la verdad, estoy tan cansado que no tengo ánimos de nada.
—Era verdad que las tareas en la escuela lo habían dejado exhausto; sin embargo, después de lo que acababa de ver, quería propiciar un acercamiento

entre ambos—. Creo que Ceferino podría reemplazarme sin ningún problema.

Mariana no sabía de qué argumento valerse para justificar ese *no* que había pronunciado tan poco convencida.

Pablo intentó cambiar de estrategia.

—Si lo que le inquieta es que doña Úrsula se enoje, podríamos hacerlo sin que ella se entere.

Mariana y Ceferino intercambiaron miradas. Pablo supo entonces que había dado en el clavo.

—Yo podría desaparecer un rato durante la hora de la siesta y hacerle creer que me encuentro con usted. Si actuamos con cautela, no se dará cuenta de nada. Le pedí que no interviniera y ella aceptó. —Lo escuchaban muy atentos —. Falta muy poco para que la casa quede en condiciones de funcionar como una escuela y no me molestaría ir al pueblo también por las tardes.

Era un plan muy audaz. A pesar de todo lo que la conocía, Mariana ignoraba lo que sería capaz de hacer Úrsula si los descubría. Sin embargo, estaba más que dispuesta a correr el riesgo. No solo por Ceferino. También debía pensar en Juan de Dios.

—Está bien, acepto.

La dura expresión del rostro de Ceferino se suavizó al oír su respuesta.

—¿Ceferino? ¿Usted también está de acuerdo?

Él la miró. Luego se volteó hacia Pablo.

—Fui yo quien me ofrecí, por supuesto que estoy de acuerdo. —Trató de no sonar demasiado entusiasmado, pero no tuvo éxito en ocultarlo.

Pablo les sugirió que fueran a buscar a la yegua y empezaran enseguida. Él ingresaría a la casa por la cocina para evitar que Úrsula lo viera y les pediría discreción a los criados. Si contaban con su complicidad, todo resultaría más sencillo.

Mientras se alejaba hacia la casa, una sola preocupación rondaba en su cabeza. Y no tenía nada que ver con esa mujer y la posibilidad de que echara

por tierra sus planes.

Pensaba en Diego Guzmán y en esa espina que le había dejado clavada en medio del pecho tras confesarle el motivo por el cual lo había venido a buscar.

¿Estaría con Almudena? Esperaba que no.

Hasta que no comprobase si todo lo que le había dicho era verdad, prefería que se mantuviera alejado de ella. La idea de imaginárselos juntos y la posibilidad latente de cualquier situación de peligro, lo estaban desquiciando.

EL SABOR DEL PRIMER BESO

Almudena se encontraba totalmente concentrada en batir unos huevos cuando Pablo entró a la cocina desde la galería. No se lo esperaba y le costó reaccionar. Dejó el bol en la mesa y se secó las manos con el delantal que le habían prestado para no ensuciarse el vestido. La cocinera había ido a la despensa y todavía no había regresado.

Pablo también se sorprendió de encontrarla allí, precisamente cuando venía pensando en ella. Podría haberla saludado y pasar de largo, pero la verdad es que no quería hacerlo. La había echado de menos mientras estaba en el pueblo, no tenía caso negarlo. Esa mañana, la imprevista visita de Eugenia los había interrumpido y ni siquiera pudo contarle que, en su carta, Coral le pedía que fuese el padrino de la pequeña Sara. Quizá era el momento de hacerlo y tratar de limar asperezas. No era justo que estuviesen molestos el uno con el otro, por culpa de los demás.

—Veo que te desempeñas muy bien en la cocina —comentó a modo de tregua.

Almudena se encogió de hombros.

—Batir unos huevos no conlleva demasiada dificultad. Rita quería preparar un budín a la reina, y como estaba aburrida, me ofrecí a ayudarla—. Lo miró mientras Pablo tomaba una silla para sentarse frente a ella—. ¿Cómo van los trabajos en la escuela? Porque imagino que estuviste en la casa.

—Imaginas bien —contestó él, sospechando por dónde iba su pregunta. Quizá pensaba que se había marchado de la estancia en compañía de Eugenia

—. Van mejor de lo esperado. Si no surge ningún contratiempo, la semana que viene podrás empezar a dar clases. Estaba pensando… —se detuvo cuando vio la enorme sonrisa que se dibujó en su rostro.

—¡Tengo tantas cosas que hacer! ¡Y comprar! —Se levantó con tanto ímpetu que casi tira la silla al suelo.

—¡No hay prisa! —Pablo también abandonó su puesto y rodeó la mesa para llegar hasta ella—. Si quieres, mañana vienes conmigo al pueblo y compras todo lo que necesites en el almacén. Como ya te dije, lo anotas todo a mi cuenta que yo luego me las arreglo con Balbuena.

—¿Mañana? —Estaba tan impaciente y con ganas de poner manos a la obra lo antes posible que le parecía demasiado esperar un día más.

—Sí. Ya es tarde para ir ahora. Tendríamos que volver de noche y está haciendo mucho frío.

Almudena asintió, resignada.

—Tenés razón. Es solo que quiero colaborar y veo que te las estás arreglando sin mí —se quejó.

Pablo arqueó una ceja y la miró fijamente.

—Hay ciertas tareas que no puedo permitir que hagas. Podrás encargarte de decorar el aula y la habitación que ahora es un depósito pero que muy pronto será tu nuevo hogar.

Ella guardó silencio. Sabía que el acuerdo al que había llegado con Gabriel establecía que ella viviría en La Querencia solamente hasta que las instalaciones de la escuela estuviesen habitables, pero le provocaba una gran tristeza tener que marcharse de allí. No quería alejarse de él.

—Pablo, ¿y si te dijera que preferiría quedarme en la estancia?

—No es lo que le prometí a tu hermano —le recordó.

—Gabriel no tiene por qué saberlo, al menos no todavía. Creo que, a fin de cuentas, él estaría mucho más tranquilo si viviese aquí y no en esa casa, sola, sin nadie que me ayude.

—Jamás lo habría permitido. Había pensado que quizá Amparito podría irse a vivir contigo.

Almudena no supo si agradecerle por pensar tanto en su bienestar o sentirse molesta porque no le importaba separarse de ella.

—¿Es eso lo que realmente querés? —se atrevió a preguntarle.

Pablo no respondió. Necesitaba tiempo para intentar descubrir qué se escondía detrás de ese planteo antes de contestarle.

—Yo no quiero irme —afirmó ella, envalentonada por la posibilidad de tener que dejar La Querencia.

—Tampoco quiero que te vayas, Almudena. No podría concebir la idea de que lo hagas.

Sus palabras la desarmaron. Le costó decir algo más después de escucharlo. Tuvo que esforzarse mucho para no dejarse vencer por la emoción. Entonces, un movimiento que Pablo hizo con la mano captó toda su atención.

—Creo que esto es tuyo. —Sacó la cinta de raso del bolsillo y se la mostró.

Almudena contuvo el aliento. Todo lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior se resumía en ese pequeño trozo de tela que Pablo tenía ahora entre sus dedos.

—Hoy temprano, aquí mismo, me encontré con Ceferino. —Percibió el intenso rubor en sus mejillas—. Me contó lo que pasó; por supuesto, tuvo especial cuidado en no decir nada inconveniente. Sin embargo, las evidencias hablan por sí solas. Cuando desperté, estaba en mi cama, semidesnudo. Alguien había colgado cuidadosamente parte de mi ropa junto a la chimenea. Le pregunté a Blanca, pero ella no fue. Entonces encontré esta cinta. Aunque no recuerdo casi nada de lo que pasó anoche, sé que te pertenece.

Almudena se preguntó qué significaba ese “aunque no recuerdo casi nada de lo que pasó anoche” al que se refería Pablo. En un arranque desesperado por evitar que lo descubriese, atinó a quitarle la cinta. Antes de que lo consiguiera, él la atrapó en su puño y la sujetó de la muñeca con su otra mano.

—¿No vas a decirme qué sucedió?

—Ceferino ya lo ha hecho —respondió, desafiante. Aunque por dentro deseaba que el suelo se abriera debajo de sus pies y se la devorase, le sostuvo la mirada.

—Él solo me contó la mitad de la historia. —Acortó un poco más la distancia que los separaba—. Quiero escuchar la otra parte, la que tuvo lugar entre las cuatro paredes de mi habitación, cuando nos dejó a solas. —Lo último, y por temor a que alguien pudiese oírlo, lo dijo bajando la voz.

—No… no creo que este sea ni el lugar ni el momento para hablar de lo que pasó —dijo Almudena, oteando a su alrededor. No andaba nadie merodeando por la cocina, pero Rita volvería de un momento a otro de la despensa.

—¿Entonces sí ocurrió algo?

Almudena respiró hondo. ¿Qué quería escuchar? ¿Sería verdad que el alcohol le había afectado la memoria? A ella se le subían todos los colores a la cara tan solo de recordar lo ocurrido. ¡Antes muerta que contárselo!

—Pablo, por favor —le suplicó.

Él no fue capaz de dilucidar si le estaba pidiendo que ya no insistiera en saberlo o que por fin la soltara. Lo cierto es que no se le antojaba hacerlo. Le gustaba tenerla así de cerca, sintiendo su aliento tibio en el cuello y embriagándose con el aroma a jazmín recién cortado que emanaba de su piel. Había estado a punto de hacerlo en otras ocasiones y ya no podía dejar pasar la oportunidad de probar sus labios. La cocina de la estancia tampoco era el lugar ideal para robarle su primer beso, pero lo deseaba tanto que no podía esperar más. Aun así, tuvo la delicadeza de advertírselo.

—Almudena…

Ella, presintiendo lo que estaba a punto de suceder, apenas pudo susurrar su nombre.

—Me muero de ganas de besarte. —Le soltó la muñeca y con el dorso de la mano le acarició la mejilla. Rápidamente la punta de su dedo pulgar alcanzó

esa fruta madura que se fue abriendo para él sin oponer resistencia alguna—. Puedes pedirme que no lo haga, y me detendré. Aunque es lo que más anhelo en este momento, respetaré tu decisión.

La respuesta de Almudena fue contundente. Alzó la mano para tocar su rostro. Una ligera barba le cubría el mentón y parte de la mandíbula.

—Debo afeitarme, lo sé —bromeó, dejándose dominar por los nervios.

Almudena negó con la cabeza. Le gustaba así, porque le recordaba al Pablo del circo… A su adorado Payo. Él le había pedido permiso para besarla, sin embargo, quiso tomar la iniciativa. Poniéndose en puntas de pies, acercó su rostro al suyo. Almudena entonces se vio reflejada en sus ojos. La dulzura que descubrió en su mirada tan cristalina borró cualquier vestigio de temor o timidez que pudiese albergar en su corazón enamorado. Entornó los párpados y abrió la boca. Su cuerpo se puso tenso cuando sintió las manos de Pablo alrededor de la cintura. Con las palmas abiertas, se recostó suavemente contra su pecho. Fue inevitable evocar la noche anterior, cuando tras quitarle la camisa, se había dedicado a contemplar su desnudez.

Lo primero que sintió Almudena apenas los labios de Pablo rozaron los de ella, fue un ligero temblor en las piernas. Su boca sabía a café. La incipiente barba le hacía cosquillas en el rostro, pero se acostumbró enseguida. Mientras las manos de Almudena permanecían apoyadas sobre el cálido y poderoso pecho de Pablo, él le acariciaba la espalda con movimientos circulares. Cuando la lengua de Pablo invadió el interior de su boca, ese temblor en las piernas subió por el resto de su cuerpo, concentrándose en la parte baja del vientre. La lengua de Almudena no tardó en sumarse a esa danza húmeda y erótica que Pablo había iniciado en su boca. Ella era una excelente aprendiz. Se dejaron llevar por lo que sentían, olvidándose del mundo que los rodeaba.

Pablo terminó chocando con el borde de la mesa, sin embargo, no la soltó. Mientras seguía besándola, colocó las dos manos en el trasero femenino para atraerla más hacia él. Como si fuese un acto reflejo, Almudena empezó a

frotarse contra su cuerpo. Ese rítmico movimiento que ella hacía avivó los recuerdos que el alcohol había ahogado la noche anterior. Abandonó su boca un instante para poder mirarla a los ojos. En su mente se fueron sucediendo varias imágenes: Almudena quitándole la ropa, Almudena sentada a horcajadas encima de él, Almudena restregándose contra su miembro erecto, Almudena poniendo sus prendas húmedas a secar, y, por último, Almudena huyendo de su habitación.

¡Por Dios! ¿Qué demonios le ocurría? Él prometió protegerla y en medio de una borrachera casi había acabado con su inocencia. Un ramalazo de sensatez, la misma que había perdido al besar a Almudena, lo obligó a apartarla de su lado.

—Lo siento, no sé qué me pasó —fue la débil excusa que encontró para justificar su gran error.

Confundida y aún perdida en esa nube de deseo en la que Pablo la había sumido con su beso, Almudena trataba de recobrar el aliento. Él le devolvió la cinta, y entonces lo supo.

—Te has acordado de todo, ¿verdad?

—Nada de eso debió suceder, Almudena. Tienes que entender que estaba muy borracho, de otro modo…

—¿De otro modo qué? —replicó. Estaba molesta y no iba a ocultarlo. —No me siento orgullosa de lo que hice, Pablo. Sé que mi comportamiento no fue el más apropiado, que debí irme con Ceferino y dejar que te arreglases solo, pero no pude hacerlo.

—Tendrías que haberte marchado.

Almudena estaba haciendo un gran esfuerzo para no llorar delante de él.

—Si ya lo recordás todo, también debés acordarte que cuando me alejé hacia la puerta, me suplicaste que me quedase. ¿O no era a mí a quien se lo pedías? Es eso, ¿verdad? El alcohol te embotó tanto el cerebro que pensaste que era otra persona. —Sus ojos verdes se habían llenado de lágrimas—.

¿Acaso era Coral o la tal Eugenia? ¿A cuál de ellas le rogabas que se quedara con vos para terminar lo que habías empezado?

—Por favor, Almudena. No hagas esto más difícil. —Trató de tomarla del brazo, pero ella no se lo permitió.

—No soy yo quien complica las cosas, Pablo. —Tenía tanta angustia acumulada en el pecho que estuvo a punto de gritarle lo que sentía por él—. Pero podés quedarte tranquilo, ¡no voy a volver a ser tan estúpida como para caer en tus brazos nuevamente!

—¡Almudena! ¡Espera!

Ella ya no lo escuchaba. Se quitó el delantal, lo arrojó encima de la mesa y salió corriendo rumbo a su habitación.

Cuando Rita regresó de la despensa y le preguntó por Almudena, Pablo ni siquiera le contestó. Sabía que tenía que buscar a Guzmán para hablar con él, pero primero necesitaba calmarse. Dejó la cocina maldiciendo en voz baja, culpándose por la reacción de Almudena y por cada uno de sus errores, que, a esas alturas, ya eran demasiados. Se encerró en el despacho, esperando que nadie se atreviese a molestarlo. ¡Qué buena falta le hacían los consejos de su viejo querido!

*

Mariana decidió dejar a Lolita encerrada en la habitación. Se había puesto uno de sus vestidos favoritos; era de terciopelo azulado, con unas primorosas florcitas bordadas en el bajo de la falda y en el canesú. Para lucir más esbelta, llevaba botas con tacones elevados. Aunque resultaban un poco incómodas al caminar, le conferían algunos centímetros más de estatura y no tendría que estirar tanto el cuello al mirar a Ceferino. Úrsula, creyendo que estaba a punto de verse con Pablo, se esmeró con gran paciencia en su arreglo. Le cepilló el cabello hasta dejarlo bien sedoso y permitió que se pusiera unas cuantas gotas

de su perfume más caro, ese que usaba solamente para las ocasiones especiales. Estaría en un establo, rodeada de animales, aun así, Úrsula insistía en que debía echar mano de cualquier argucia femenina para conquistar a Medrano.

Con el temor de que alguien pudiera descubrir hacia donde se dirigía, atravesó la galería casi corriendo rumbo a las caballerizas en donde, seguramente, la estaría esperando Ceferino. Detuvo su andar un momento cuando lo divisó a unos cuantos metros de distancia, en el mismo sitio donde se habían visto el día anterior.

Se encontraba de perfil, asegurando con unas cinchas de cuero la silla de montar sobre la grupa de la yegua mientras le hablaba. Al acercarse, comprobó que lo hacía en una lengua desconocida para ella, y aunque ignoraba lo que decía, le gustó cómo sonaban esas extrañas palabras en la voz de Ceferino. No se animaba a interrumpirlo, sin embargo, él notó su presencia de inmediato y la buscó con la mirada.

—Buenas tardes, Mariana —la saludó con una media sonrisa que a ella no la dejó indiferente.

—Buenas tardes, Ceferino —respondió, posando rápidamente sus ojos castaños en la yegua para evitar que él notase su turbación.

—Le presento a Duquesa. —Extendió el brazo hacia el cuello del animal para atraer su atención.

Mariana, venciendo el temor que le provocaban esas bestias de cuatro patas, se aproximó muy despacio, midiendo cada uno de sus movimientos.

—No tenga miedo, como aseguró el señor Medrano, Duquesa es una de las yeguas más mansas de la estancia. Deme su mano.

—¿Cómo dice?

—Deme su mano —insistió Ceferino, tendiéndole el brazo—. Necesita ganarse su confianza primero.

Con cierto recelo, Mariana obedeció. La posibilidad de que la yegua la

lastimara no era tan inquietante como el hecho de que Ceferino la tocase. Dejó que él la envolviera con su mano de dedos largos y no opuso ninguna resistencia cuando prácticamente la obligó a acariciar el lomo del animal. Lo hizo con suaves toquecitos, guiada por la confianza que él le trasmitía. Después, cuando la soltó, se detuvo por un momento.

—No tengas miedo —le dijo, tuteándola por primera vez.

Mariana se animó a tocarla debajo del hocico y la yegua respondió a sus caricias, entornando los ojos.

—Es muy mansa. ¿Puedo montarla ya? —preguntó. La aprehensión, poco a poco, se fue convirtiendo en impaciencia. Estaba ansiosa de saber qué se sentía estar encima de ese bello ejemplar.

—Será mejor que antes demos un paseo a pie. De ese modo, Duquesa se acostumbrará enseguida a tu voz y a tu olor. —La sujetó de las riendas y se echó a andar en dirección a la laguna.

Mariana se les puso a la par mientras se acomodaba el rebozo en los hombros.

—¿Está seguro de que es buena idea ir hasta allá? Úrsula podría vernos.

Ceferino la miró a los ojos.

—¿Tanto te preocupa que te descubra conmigo?

—No es eso —le mintió—. Es que no le gusta que le mienta. Se supone que iba a ser Pablo el encargado de enseñarme a montar.

Él no dijo nada, y aunque no estaba de acuerdo con el engaño, se desvió de su camino para dirigirse al otro lado de la estancia. Un lugar seguro y, sobre todo, alejado de cualquier mirada indiscreta. Mariana se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se lo agradeció con una sonrisa.

La llevó a unos cuantos metros de la casa, detrás de las caballerizas y cerca del rancho en donde vivían el capataz y su esposa. Era un páramo solitario, en donde el frío que bajaba de las sierras se sentía con más intensidad.

Ceferino se subió el cuello del abrigo y, por un momento, al verla allí,

tratando de protegerse con el rebozo de lana que llevaba encima de los hombros, se vio embargado por un sentimiento de culpa que no podía explicar. Si la había arrastrado hasta ese lugar era precisamente para que nadie los viera. Pensó que otra jovencita de su misma edad y condición jamás se habría atrevido a irse con alguien como él para estar completamente a solas, en medio del campo.

Le hizo señas de que se acercara. Aún cabía la posibilidad de que se creyera en peligro y saliera huyendo de su lado.

Mariana no salió corriendo, estaba parada al lado de la yegua, acariciándole el lomo con sus delicadas manos. Parecía que se había tomado muy en serio eso de ganarse su confianza. Ceferino aprovechó entonces para colocarse detrás de ella.

—¿Te gustaría montarla? —le preguntó, inclinándose sobre ella, con el rostro casi pegado al suyo.

Sentir el aliento masculino en el cuello le hizo darse cuenta de su peligrosa cercanía. Comenzó a respirar más ligero. Cerró los ojos para dejarse envolver por su olor. Ceferino no usaba perfumes caros; él olía a sudor y a piel salada. Era tan diferente a todo lo que estaba acostumbrada. Cualquier joven elegantemente vestido y de modales finos perdía gracia al compararlo con un hombre como Ceferino.

Mariana asintió. Estaba allí para aprender, y aunque apenas lo conocía, confiaba ciegamente en él. Por eso, cuando Ceferino la tomó de la cintura, no se asustó.

—Voy a tener que ayudarte a subir —le susurró, apretándola con suavidad.

Ella no dijo nada. Solo era consciente del calor de esas manos grandes que ahora se movían hacia abajo, apoyándose en su trasero.

Ceferino se tomó más de lo necesario en cumplir con su cometido. Le gustaba percibir la redondez de su trasero respingado por encima de la falda de su vestido. Le excitaba imaginarse cómo se vería sin toda esa maraña de

tela cubriéndolo. La imagen de Mariana desnuda le provocó un tirón en la entrepierna. Se obligó a apartar esos pensamientos lujuriosos. Por su bien y, sobre todo, por el de la joven. ¿Qué demonios le ocurría? Seguramente era la falta de sexo. No podía encontrar otra explicación. Desde que estaba en Cruz del Eje no había vuelto a estar con ninguna mujer. Sabía por los dichos de uno de los peones que existía en el pueblo un burdel. Por el momento, había optado por no conocerlo. No era lo mismo visitar una casa de putas en una ciudad grande como Buenos Aires, que hacerlo en un lugar como ese, en donde cualquier evento podía convertirse inmediatamente en un chisme, sobre todo si era protagonizado por un foráneo que para colmo era indio y le faltaba un ojo. Sabía ser discreto cuando era necesario; sin embargo, la aparición de Mariana Larrea en su vida, lo estaba haciendo flaquear. Desde su exquisito perfume, hasta el modo que tenía de caminar… todo en ella le gustaba. Incluso esa mezcla de timidez y desconfianza que perdía cuando menos se lo esperaba. Como ahora, que dejaba que la tocase casi con descaro, sin escandalizarse o enojarse por su atrevimiento. En el fondo, estaba seguro de que le encantaba ese coqueteo disfrazado de simpatía con el cual lo trataba.

—¿Estás lista? —Vio que asentía con la cabeza. La sujetó con fuerza de la cintura y la levantó en el aire hasta sentarla encima de la yegua. La otra mano se mantuvo todo el tiempo en el trasero femenino para impulsarla hacia arriba y evitar que un mal movimiento la tumbase al suelo.

—¿Ahora qué hago? —quiso saber Mariana mientras se aferraba a la silla de montar con ambas manos por temor a caerse. Estaba un poco incómoda en esa posición ya que había quedado casi de lado. Cuando intentó acomodarse por su cuenta, se percató que la falda del vestido se había subido hasta sus rodillas. Ni siquiera por pudor atinó a cubrirse. Había sido un simple descuido, y a juzgar por la manera en la que la miraba Ceferino, fue más que acertado. Trató de no sonrojarse y fingir que no le importaba, aunque por dentro se muriese de la vergüenza.

—Tendrías que ubicarte mejor. ¿Me permitís? —Se apoyó sobre la yegua y, volviendo a tomarla de la cintura, la hizo girar un poco hasta que quedó de frente. Se apoderó de las riendas para guiar a Duquesa antes de cedérselas a Mariana—. Daremos un paseo para que te vayas acostumbrando.

—Está bien —contestó ella, irguiéndose con elegancia mientras la yegua comenzaba a caminar. Ya no sentía tanto frío, aunque el viento que acababa de levantarse se había convertido en un incordio. El cabello suelto se le alborotaba en el rostro y tenía que apartárselo a cada rato. Ceferino llevaba su oscura melena atada en la nuca con una cinta de cuero en donde se destacaba una pequeña pluma engarzada. Aprovechó para observarlo a sus anchas. Vestía unos pantalones de color gris que, aunque no eran muy ajustados, a él se le ceñían en la parte superior de los muslos y en el trasero. Usaba botas de caña alta, perfectamente lustradas, y un chaleco encima de la camisa. Recorrió su espalda ancha, volviendo de nuevo a su trasero, antes de dejar escapar un suspiro.

La guiaba a Duquesa en círculos, seguramente no solo para que ella y la yegua se acostumbrasen la una a la otra, sino también para evitar que alguien de la casa pudiera verlos.

De pronto se detuvo, dio media vuelta y la miró. Ceferino extendió el brazo hacia ella con la intención de entregarle por fin las riendas y el corazón de Mariana se agitó. Se rozaron apenas con la punta de los dedos, pero no fue un contacto fortuito… ambos lo habían buscado.

—Mantenelas tirantes, que el animal sepa desde un comienzo quién es el que manda —le enseñó, soltando despacio las riendas. Se cercioró de que tuviese ambos pies bien firmes en el estribo y se alejó—. Dale unos pequeños golpecitos en los flancos para darle a entender que se mueva.

Mariana se tomó su tiempo antes de hacer lo que él le decía. Estaba asustada, pero no quería que lo notase. Con la parte interna del pie tanteó el costado de la yegua y la pateó muy despacio. Una gran sonrisa de triunfo se

dibujó en su rostro cuando Duquesa obedeció. No le costó nada guiarla; marcaba el trote a un ritmo en el cual ella se sentía segura. Cuando empezó a alejarse, miró por encima del hombro hacia donde estaba Ceferino. Él también sonreía. Ansiaba regresar a su lado, volver a temblar por causa de su cercanía. Tironeó un poco de las riendas hacia atrás y Duquesa comprendió su intención. Detuvo su andar un momento, se sacudió las crines y retomó el mismo camino.

Ceferino la contempló con admiración y orgullo. Aunque Mariana se había mostrado temerosa al principio, ahora parecía toda una amazona, con el cabello alborotado con el viento y esa postura erguida que no hacía más que acentuar las curvas de su cuerpo.

—¿Te gustó? —fue lo primero que le preguntó él mientras le acariciaba el lomo a la yegua.

—Sí, no pensé que iba a ser tan sencillo —respondió Mariana, excitada con la grata experiencia. Ella, que desde niña había sentido pavor de montarse encima de un caballo, había disfrutado mucho el paseo con Duquesa. Le agradeció también con una caricia, acercando su mano a la de Ceferino con el único propósito de provocar otro roce entre ellos. Él lo percibió de inmediato y fue a por más. La tomó de la cintura con la excusa de bajarla y, al hacerlo, la fue deslizando por su cuerpo hasta que los pies de Mariana tocaron el suelo. Ella se recostó sobre su pecho y apoyó ambas manos en los hombros masculinos—. Gracias, Ceferino —musitó, mirándolo con intensidad, sin hacer ningún esfuerzo en separarse de él. No quería hacerlo. Se sentía muy a gusto entre sus fuertes brazos.

Ceferino contempló sus labios con ansias de besarla, por eso cuando un mechón de cabello se interpuso entre ellos, lo apartó hacia atrás y la tomó del rostro por la barbilla. Ni siquiera le preguntó, mucho menos pidió su permiso. ¿Para qué? Si Mariana también deseaba ese beso. Acercó su rostro al de ella y antes de probar el sabor de su boca la miró un instante a los ojos para comprobar una vez más que no estaba a punto de cometer un error. Mariana

entornó los párpados, en una clara señal de invitación, entonces él posó sus labios en los de ella muy despacio para sentir su dulce sabor. Puso su mano en el cuello de la muchacha y la otra alrededor de su cintura para pegarla contra su cuerpo. Mariana lo abrazó, aferrándose con fuerza a su espalda. No opuso resistencia alguna cuando él le introdujo la lengua en su boca para profundizar el beso. A pesar de su inexperiencia, Mariana supo cómo responder, haciendo que su propia lengua se acoplase a la de Ceferino en una danza sensual tan nueva como deliciosa.

La yegua, buscando llamar la atención, empezó a bufar mientras golpeaba el suelo con una de sus patas delanteras. El ruido del casco chocando contra la tierra apisonada una y otra vez distrajo a la pareja.

—Parece que Duquesa está celosa —comentó Ceferino, abandonando la boca de Mariana de mala gana.

Ella, aturdida todavía por las sensaciones placenteras que le había provocado su atrevido beso, sonrió al escuchar sus palabras. Pensó que si otra mujer se prendiera a los brazos de Ceferino como lo estaba haciendo ella, también se pondría muy celosa. Buscó ganarse nuevamente su simpatía, dándole una palmada en el lomo y luego se volteó hacia él. No hubo necesidad de decir nada; ambos sabían que el instante de intimidad que habían compartido sería solo el primero de muchos otros. Mariana se recostó sobre su pecho y cerró los ojos cuando Ceferino la acunó entre sus brazos. Debían separarse, regresar a la casa y fingir delante de los demás que nada había ocurrido. Aun así, Mariana atesoraría ese beso por siempre en su corazón.

HERMANOS Y RIVALES

Ramiro llamó a la puerta y esperó. Para no desentonar con el dueño de casa, y porque sabía el efecto que provocaba en las féminas su porte de militar, se había puesto el uniforme de la Guardia Nacional. Su madre, tan orgullosa de él como el resto de los habitantes de Cruz del Eje y sus alrededores, se había encargado de almidonarlo y dejarlo bien planchado para la ocasión.

Esa misma tarde, a la hora de la siesta, había pasado por la propiedad de los Balbuena para conocer la respuesta de Eugenia. Una gran sonrisa se había reflejado en su rostro al ver las cortinas de su habitación abiertas de par en par. Y ahora se encontraba allí, a punto de echar a rodar su plan.

Avelina se asomó detrás de la puerta y lo miró de arriba abajo.

—Buenas tardes, quisiera ver al señor Balbuena.

La criada vaciló un momento antes de responder. ¿Qué estaba haciendo el enamorado secreto de la niña Eugenia, a plena luz del día y buscando a su patrón? Su imprevista visita le dio muy mala espina.

—Por favor, es importante —insistió Ramiro, ante la desconfianza de la mujer.

Avelina, con muy mala cara, finalmente se hizo a un lado para dejarlo pasar. Ramiro le entregó la gorra, y con ambas manos en la espalda esperó a que lo anunciara. Era la primera vez que pisaba la propiedad de los Balbuena y el lujo del mobiliario del recibidor lo deslumbró.

Sintió una punzada de envidia.

Respiró profundo. La casa olía a madera recién lustrada y a resina. También

a dinero, mucho dinero. Soñaba con la posibilidad de que algún día él también viviría en un lugar así.

La reaparición de la criada interrumpió sus pensamientos.

—El señor Balbuena aceptó recibirlo, joven. —Le pidió que la siguiera y lo dejó frente a la puerta de su despacho. Golpeó y esperó la respuesta de su patrón—. ¿Desea algo de beber?

—No, gracias. —Aunque no tenía dudas de que se saldría con la suya, de todos modos estaba nervioso.

—Adelante.

Ramiro entró y cerró la puerta. Don Álvaro estaba sentado detrás de su escritorio. Llevaba unas gafas puestas, que se quitó rápidamente apenas él se dio media vuelta. El humo de un cigarrillo a medio fumar inundaba el despacho con olor a tabaco. Se acercó y extendió el brazo.

—Buenas tardes, don Álvaro. Le agradezco que me haya recibido. —Estuvo unos cuantos segundos esperando hasta que Balbuena por fin le retribuyó el saludo, estrechando su mano con firmeza.

—Sentate, muchacho. La verdad es que no me esperaba tu visita —le dijo, sorprendido.

Ramiro, confiado, le sonrió. Había repetido tantas veces lo que iba a decirle que las palabras salieron de su boca con total naturalidad.

—Vine a verlo para hablarle de su hija.

Balbuena arqueó una ceja.

—¿Mi hija?

—Sí, su hija Consuelo. —Percibió cierto alivio en su semblante—. Coincidimos en varias ocasiones durante sus paseos por la plaza y hemos entablado una bonita amistad. Consuelo es una muchacha muy dulce, señor Balbuena, y ya es hora de que piense en sentar cabeza. Mi madre me lo repite a cada rato.

Álvaro Balbuena comprendió de inmediato a dónde quería llegar. Por eso,

le permitió continuar.

—Creo que su hija menor posee todas las cualidades necesarias para que un hombre como yo se decida a abandonar la soltería. Sé que cuento con su consentimiento, ya que ella siente lo mismo que yo. —Hizo una pausa. Balbuena lo escuchaba con mucha atención. Supo que lo tenía en su poder—. Esa es la razón de mi visita, don Álvaro. Me gustaría contar con su anuencia para comenzar a visitar a su hija en calidad de pretendiente.

Balbuena tomó su cigarro y le dio una fuerte pitada. Las palabras del joven soldado no solo habían satisfecho su curiosidad, también sus ansias de ver comprometida a la menos agraciada de sus hijas. A esas alturas, con casi dieciocho años cumplidos, estaba seguro de que ese momento nunca llegaría, y que Consuelo terminaría sus días en un convento o siendo la solterona amargada de la familia. Ramiro Flores no tenía fortuna ni un apellido de abolengo, pero era respetado en el pueblo por sus hazañas bélicas y eso era suficiente para él. Además, su pobre hija, con esa apariencia tan poco agradable a la vista, no podía aspirar a un candidato mejor. Dejó la silla, rodeó el escritorio y le dio una palmada en el hombro.

—¡Vaya, debo decir que me has vuelto a sorprender, muchacho!

Ramiro, incómodo por la diferencia de altura, también se puso de pie.

—¿Cuento con su permiso entonces?

Balbuena le dio otra larga pitada a su cigarro y luego sonrió.

—¡Por supuesto que sí! ¡Será un honor recibirte en mi casa!

Ramiro no podía creer que todo hubiese resultado más fácil de lo que esperaba. Balbuena parecía feliz con la idea de que cortejara a su hija menor y ya nadie se sorprendería de verlo en la casa.

—Un acontecimiento tan importante se merece ser celebrado a lo grande —manifestó don Álvaro, aplastando la colilla del cigarro en el cenicero—. ¿Qué te parece si formalizamos el noviazgo con una cena esta misma noche? Le diré a mi esposa que prepare algo especial y, por supuesto, tu madre también está

invitada.

La sonrisa de triunfo en el rostro de Ramiro se esfumó. Sabía que su madre no estaría de acuerdo con lo que estaba haciendo. A ella sería más difícil convencerla, aun así, lo intentaría.

—Ella estará encantada, don Álvaro —mintió.

Balbuena asintió. Él estaba todavía más satisfecho que el joven pretendiente. Acababa de quitarse una gran preocupación de encima, y en apenas unos días, cuando visitasen la estancia de Medrano, esperaba que su hija mayor le diese otra alegría.

—Nos vemos esta noche, muchacho —le dijo, escoltándolo hacia la salida —. Ahora si me disculpás, tengo importantes negocios que tratar fuera de casa.

Ramiro sabía perfectamente qué clases de *negocios* lo mantenían alejado de su familia. No quería irse sin antes ver a Trinidad, pero no encontró una buena excusa para retrasar su partida. Dejaron el despacho y Ramiro supo entonces que la suerte seguía estando de su lado. Ella, la mujer que lo volvía loco, salía en ese momento del salón, con un libro en la mano. Al verlo, se quedó petrificada. Se quitó los lentes y trató de sonreír.

—Querida, tendremos invitados a cenar esta noche. —Miró a Ramiro—. El soldado Flores y su madre vendrán para formalizar el noviazgo con nuestra hija.

Trinidad se quedó boquiabierta. ¿Eugenia y Ramiro por fin se habían decidido a vivir su romance a la vista de todos? No supo cómo sentirse al respecto.

—¿Cómo está, señora? —Le causó ternura el gesto de sacarse los anteojos y acomodarse un mechón de pelo que le caía sobre los ojos apenas se cruzó con él. Estaba hermosa. Lo único que empañaba esa belleza era el cardenal que tenía junto a la boca y le recordaba lo que padecía en manos de su esposo. Le bullía la sangre de solo pensar que ese maldito desgraciado se había atrevido a ponerle la mano encima.

—Muy bien, Ramiro —respondió ella, consternada de verlo allí, en el vestíbulo de su casa, acompañando a su marido—. Será un placer compartir la mesa con ustedes esta noche.

Balbuena se apartó de Ramiro para acercarse a Trinidad. En un gesto posesivo y poco frecuente en él, la tomó de la cintura.

—¿Quién iba a decirnos que la pequeña Consuelo conseguiría novio tan pronto?

El libro que Trinidad sostenía entre sus manos se cayó al suelo. ¿Consuelo? ¿Estaban hablando de Consuelo? Miró a Ramiro a los ojos, buscando una explicación, pero él desvió la mirada. Se agachó y recogió el libro. Cuando se lo entregó, le rozó la mano y le sonrió. Fue su manera de decirle que no se preocupase, que todo iba a estar bien.

La criada le avisó a Balbuena que preguntaban por él en el almacén y en un gesto inusual de su parte le dio un beso en la mejilla a su esposa antes de marcharse.

—¿Me vas a explicar qué significa todo esto? —le recriminó Trinidad apenas se quedaron a solas.

La primera intención de Ramiro fue acercarse a ella. Sin embargo, desistió de inmediato cuando vio la rabia instalada en esos adorables ojos negros que lo habían contemplado con tanta pasión la noche anterior.

—La única manera que encontré de poder verte sin tener que estar escondiéndome. —Había usado el mismo argumento con Eugenia. A ella había logrado convencerla, esperaba que surtiera el mismo efecto en su madre.

—¿Usando a mi otra hija? ¿No te basta con engañar a Eugenia? —Estaba tan ofuscada que en ese momento no le importó que alguien pudiese escucharla.

Ramiro la tomó del brazo y la arrastró hacia un lugar más discreto.

—Consuelo siente algo por mí y vi la oportunidad perfecta para poder entrar en esta casa por la puerta principal. Como tu esposo pretende que

Eugenia se enrede con el tal Medrano, se me ocurrió visitar a su otra hija. —Curvó los labios en una sonrisa seductora—. Lo único que quiero es poder estar cerca de vos, Trinidad. No he podido conciliar el sueño después de lo que pasó.

Ella se negaba a aceptar lo que le proponía. No podía pasar por encima de la felicidad de sus hijas para satisfacer sus propios deseos. Además, era una jugada bastante arriesgada. Si Álvaro se daba cuenta de cuáles eran sus verdaderas intenciones, les haría pagar muy caro su traición. Como muestra de lo que era capaz de hacer, ella llevaba la marca de su mano estampada en el rostro.

—¡Estás loco! ¡Jamás lo voy a permitir! ¡Se trata de mis hijas! —exclamó, enfurecida.

—Eugenia está de acuerdo —le soltó, para ver si así conseguía calmarse—. Aceptó mi propuesta porque entiende que es nuestra mejor opción.

Trinidad movió la cabeza. ¡Era inaudito!

—A ella también la estás engañando —replicó, bajando la voz. Tanto Consuelo como Eugenia se encontraban en la casa y temía que pudiesen aparecer de un momento a otro.

Ramiro le miró la boca. Ardía en deseos de besarla, pero era arriesgarse demasiado.

—Trinidad, sospechaba que no te iba a gustar la idea —reconoció, en un tono conciliatorio— pero también sé que no harás nada para impedirlo.

Ella dejó escapar un gemido cuando Ramiro tomó su mano y comenzó a acariciarle la muñeca. Descubrió entonces que esa zona de su cuerpo era uno de sus puntos más sensibles. Una intensa oleada de placer se extendió por sus venas.

—Ambos deseamos lo mismo, querida. —En un nuevo acto de total osadía, se inclinó hacia ella y le susurró al oído—: No dejo de pensar en nuestro próximo encuentro. Será esta misma noche, y delante de todos. La deseo con

locura, Trinidad Balbuena —le respiró en la nuca, y antes de que lo apartase de su lado, le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Trinidad apretó el libro entre sus manos y se recostó contra la pared. Debía estar tan loca como él. Era la única explicación posible. Aunque se resistiese y se escudase tras el nombre de sus hijas, también lo deseaba. Cada fibra de su cuerpo se estremecía ante el más mínimo contacto. Lo que Ramiro le proponía rayaba el límite de la decencia. ¿Qué pretendía realmente con ese absurdo plan que había urdido? No podía dejar que ilusionase a Consuelo. Sin embargo, ¿cómo hacerlo si lograba doblegar su voluntad con tan solo una caricia? Lo maldijo y se maldijo a sí misma por ser tan débil.

*

Un rato antes de la cena, Diego abandonó la habitación con el propósito de encontrarse finalmente con Medrano. Se cruzó con la criada y ella le indicó que estaba en la galería, tomando un poco de aire. Esperó a que la muchacha se fuera para palparse la cintura. Llevaba la pistola oculta entre las ropas. Si el maldito de Medrano lo expulsaba de la estancia, estaba más que listo para perpetrar su venganza.

Lo vio apenas puso un pie en la galería. Él estaba de costado y no advirtió su presencia. Se quedó un momento bajo el quicio de la puerta, tomándose el tiempo para escudriñar al enemigo antes de acercarse. Aunque estaba anocheciendo, percibió el gesto de preocupación en su rostro. Siguió sus movimientos cuando se cruzó de piernas y apoyó la espalda en el sillón. Incluso alcanzó a escuchar el hondo suspiro que dio mientras se cubría la frente con la mano. Se preguntó si sería el culpable de su inquietud. Lo mejor era averiguarlo cuanto antes. Muy seguro de sí mismo, atravesó los escasos metros que los separaban y se plantó frente a él.

Pablo alzó la mirada. No dijo nada. Le hizo señas de que se sentase y Diego

así lo hizo.

—Lo pensé mucho antes de venir a buscarlo. Estaba decidido a marcharme de La Querencia, pero fue Almudena la que me persuadió de que no me fuera todavía.

—Es realmente asombroso el poder de convencimiento que posee Almudena —comentó, molesto porque apenas habían cruzado un par de palabras y ya la había incluido en la conversación. La quería dejar afuera de toda esa historia—. Ella me dijo que no lo dejase partir, que no tomase ninguna resolución sin escucharlo primero. Voy a hacerle caso, pero quiero pedirle una cosa.

—¿De qué se trata?

—No quiero involucrarla más en este asunto. Después de todo, es algo que nos compete solo a nosotros.

Diego aceptó. Confirmaba una vez más que no estaba errado en sus sospechas: la muñequita de porcelana fina también había encandilado al gitano.

—Será cómo usted quiera. Si se lo conté primero a Almudena fue porque necesitaba desahogarme con alguien…

—Como sea —lo interrumpió Pablo de mala manera—. Estoy dispuesto a escuchar lo que tenga para decirme. En realidad, hay muchas cosas que no entiendo todavía.

—Para eso vine, Pablo, para contarle toda la verdad.

—Lo oigo entonces.

Ya no se mostraba tan hostil. Que aceptase escucharlo era un gran punto a su favor. Si conseguía que no desconfiara de su historia, podría torcer su plan original para regodearse con el resultado final que, por supuesto, incluía a la joven maestra.

—Como le dije, pude descubrir dónde se encontraba gracias a su tía abuela. Ella me enseñó algunas de las cartas que le escribió, en donde figuraba el

nombre de Cruz del Eje y también el de esta estancia. Ella recalcó que le parecía una gran coincidencia que estuviese viviendo en una provincia que llevaba el mismo nombre de aquella en la cual había nacido nuestro padre. —Remató su comentario con una sonrisa, pero volvió a ponerse serio ante la pasividad de su interlocutor—. Doña Luisa lo recordaba vagamente; sin embargo, me confirmó que su sobrina Rosario se había enamorado de un marinero cordobés que pereció durante una travesía, cerca de la costa africana.

—¿Qué más le contó mi tía? —Necesitaba asegurarse de que no hubiese dado con ella a través de la gente de Marchena.

—Supe que creció en un circo, y que su madre murió cuando era pequeño.

—Así es, me quedé huérfano con tan solo siete años. Ella me enseñó a amar la libertad que solo se puede encontrar en el mundo del circo. Por eso, cuando me enteré de la existencia de mi tía abuela, no pude aceptar su oferta de irme a vivir con ella. La visité en un par de ocasiones y mantuvimos el contacto a través de algunas cartas. Aunque muchas veces me sentí un paria por causa de mi origen, elegí seguir en el circo. Allí estaban mis afectos. —Pensó en su querida Coral, el único motivo valedero que lo había impulsado a quedarse—. Rápidamente dejé de ser Pablo Medrano para convertirme en el Payo, un apodo que me recordaría siempre que mi sangre estaba enviciada por la de un *gaché*.

—Era una de las estrellas del circo.

Pablo frunció el ceño.

—Me lo comentó doña Luisa —se apresuró a agregar Diego para no despertar sospechas. Imaginaba que la anciana estaba al tanto de sus proezas como volatinero—. Se emocionó hasta las lágrimas cuando me habló de ti. —Se detuvo un segundo para ver si le había molestado que hubiese dejado de lado la formalidad al tutearlo—. Aunque lamentaba mucho que el circo le hubiese arrebatado la posibilidad de tenerte a su lado.

—Ella siempre supo que esa era mi vida. —No quería sentir nostalgia, pero evocar su pasado solo le recordaba todo lo que había tenido que abandonar para escapar de una muerte segura. Estaba convencido de que, si no terminaba en la horca condenado por asesinato, habría sido ajusticiado por las manos del propio Cándido Marchena.

—¿Entonces por qué decidiste abandonar el circo y terminar en un lugar como este? La verdad es que cuando descubrí dónde estabas, me sorprendí mucho. No niego que la vida de campo sea atractiva, pero es un mundo muy diferente de aquel en el cual creciste.

Se hizo un prolongado silencio antes de que Pablo por fin le diera una respuesta.

—Ciertas circunstancias dolorosas me obligaron a marcharme. El día que dejé el circo supe que ya nunca volvería. Esa vida quedó para siempre enterrada en el pasado.

—Aunque acabamos de conocernos, yo también pertenezco a ese pasado que pretendes olvidar —alegó Diego, sonriendo para sus adentros. Medrano estaba con la guardia baja y era el momento indicado para ganarse su confianza—. Ni tú ni yo somos culpables de los errores de nuestro padre. Vine hasta aquí con una única certeza: encontrar a ese hermano que la vida, o ese destino del que habla Almudena, me quitó. Aceptaré con resignación cualquier decisión que tomes, Pablo. Si quieres que regrese a España, lo haré. Si necesitas alguna prueba más para que creas que lo que te digo es verdad, estoy dispuesto a hacer lo que quieras. Buscaba a mi hermano y lo encontré; eso basta para mí —remató su discurso con una sonrisa.

Era indudable que el muchacho sabía usar las palabras adecuadas, pensó Pablo, cavilando seriamente en lo que iba a hacer. Había reunido el coraje que solo muy pocos hombres poseen para abandonar su tierra, que era también la suya, con el fin de buscarlo. Tal vez, esa era razón suficiente para darle la oportunidad que le pedía. Sin embargo, se había vuelto desconfiado y

necesitaba estar seguro.

—¿Ha estado en el circo? —No tenía caso andarse con rodeos y era lo que realmente lo inquietaba.

Diego ni siquiera se inmutó. Esperaba que tarde o temprano quisiera saberlo.

—No, no fue necesario —respondió escudriñando su reacción. Notó el asombro en su semblante, luego el alivio—. Di con doña Luisa gracias a los documentos que había hallado mi madre entre las pertenencias de nuestro padre después de que él murió. Durante todos estos años ella guardó el acta de matrimonio en donde figuraba el nombre de la mujer con la que se había casado: Rosario Cortés. También estaba escrito el lugar en donde se ofició la boda, La Hiruela, un pueblo cerca de Madrid. Con ese papel en mis manos fue muy sencillo encontrar a su tía abuela.

—Tu apellido es Guzmán —comentó Pablo, dejando la formalidad de lado —. ¿Él nunca te reconoció?

Una sonrisa de amargura atravesó el rostro de Diego. Su padre, el verdadero, se había marchado cuando él era apenas un bebé. Conocía demasiado bien el dolor de saberse un bastardo, por eso, no le costó fingir que era un asunto del cual le costaba hablar.

—No —respiró muy hondo. De repente, se le vinieron muchos recuerdos a la mente. El llanto de su madre, las noches en las que lo dejaba solo para salir en busca de un poco de dinero que les permitiera comer. El maltrato de los hombres que se aparecían por su casa a cualquier hora y se encerraban con ella en la habitación. Momentos de su infancia que lo habían marcado profundamente y que lo habían convertido en el hombre que era hoy. Si no hubiese sido por la intervención de su tío Cándido, su vida todavía seguiría sumida en el peor de los infiernos. No lloraba la ausencia de su madre. La había olvidado con demasiada facilidad. Sentía que no le debía nada, ni siquiera el hecho de haberle dado la vida. Todo lo que era se lo debía a

Cándido Marchena. Incluso esa incontrolable sensación que se había apoderado de todo su ser cuando le arrebató la vida a la gitana era gracias a él —. Tú sí llevas su apellido, pero a mí nunca me hizo falta. Lo único que sí lamento es todo ese tiempo que no pasé al lado de mi hermano. Siempre deseé tenerlo y nunca supe qué se siente.

—Yo pasé por lo mismo —confesó Pablo. Le afectaba saber que el hombre que los había engendrado no le hubiese dado su apellido. Se sintió un ladrón porque él sí era un Medrano—. Aunque sí hubo alguien que llenó con creces esa ausencia en mi vida, me habría gustado mucho tener un hermano. Quizá todo habría sido diferente.

—Aún podemos hacer mucho para recuperar lo que hemos perdido —manifestó Diego, más que complacido.

—Voy a necesitar tiempo para acostumbrarme —repuso Pablo, poco convencido.

—Ambos vamos a necesitarlo. Nadie dice que será fácil; sin embargo, ya hemos dado el primer paso. —Se puso de pie y le tendió el brazo—. En lo que a mí respecta, pondré todo de mi parte para ganarme el título de hermano menor. Si estás dispuesto a intentarlo, solo nos resta dejar que el destino haga el resto.

Pablo también abandonó el sillón y no vaciló ni un segundo en estrechar su mano con fuerza. Creía que iba a experimentar alguna especie de conexión entre ellos, pero no sintió absolutamente nada. Se dijo a sí mismo que era demasiado pronto.

—Te doy nuevamente la bienvenida a La Querencia, Diego. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. —Estaba siendo sincero. Aunque todavía le asustaba la idea de que ahora tenía un hermano, estaba más que dispuesto a construir una relación fraternal con él aun a costa de sus propios fantasmas.

—Gracias, Pablo. Es muy importante para mí que me hayas aceptado.

El Payo logró esbozar una sonrisa mientras le soltaba la mano. Antes de que

pudiera agregar algo más, Diego se alejó.

—¡Voy a buscar a Almudena para avisarle que me quedo! Creo que estaba leyendo en el salón. ¡Nos vemos en la cena!

Pablo pateó el suelo con el tacón de su bota y apretó los dientes. Rezongando, se dejó caer nuevamente en el sillón. Quería ser él quien le diera la buena nueva a Almudena ¡y Diego se le había adelantado!

*

La tensión que se respiraba esa noche en el comedor de la casa de los Balbuena era asfixiante. Ramiro y su madre habían llegado a la hora acordada y habían pedido oficialmente permiso para cortejar a la hija menor de don Álvaro y doña Trinidad. Eugenia trataba de fingir que no le importaba, pero estaba con la cara larga, jugando con la comida porque el plan de Ramiro, además de provocarle un vacío en el pecho, le había cerrado el estómago. Trinidad, quien debía comportarse como la anfitriona perfecta, no podía más de los nervios. Sonreía y trataba de responder cuando doña Adela le hacía alguna pregunta, aunque le costaba apartar la mirada del único culpable de toda aquella insólita situación. Ramiro, por su parte, luchaba por apartar la mirada de esa mujer que lo volvía loco por temor a que su esposo, sentado a su derecha, descubriera lo que sucedía. Doña Adela, quien había aceptado acompañar a su hijo a regañadientes, rezaba en silencio para que todo acabase de una buena vez.

Los únicos que parecían estar a gusto con la reunión eran don Álvaro y, por supuesto, la protagonista principal de la noche: la pequeña Consuelo, quien no dejaba de sonreír y agradecer al buen Dios por ser tan generoso con ella.

Cuando la charla comenzó a girar en torno a las hazañas militares de Ramiro, el joven soldado se sintió más incómodo que nadie. Respondía con monosílabos y trataba de desviar la atención hacia otro lado. Le preguntó a

Balbuena sobre los rumores que corrían en el pueblo sobre la llegada del tren y el supuesto interés que tenía una compañía inglesa en construir una estación en las afueras de Cruz del Eje.

—Es verdad, muchacho —reconoció el comerciante—. Uno de los representantes de una compañía ferroviaria muy importante que se ha instalado en Buenos Aires ha estado inspeccionando los terrenos aledaños al pueblo. Creo que sería un gran acontecimiento que Cruz del Eje pudiese contar con su propia estación de trenes. —Con la excusa de beber un poco de vino, se quedó callado. No quería ahondar en ese asunto porque, aunque nadie lo sabía todavía, ya se había reunido con el inglés para negociar su participación en el proyecto. Un hombre de su posición, a punto de convertirse en el primer presidente municipal del pueblo, no se podía quedar afuera. Sobre todo, si había una fuerte suma de dinero involucrada en el asunto. Esperaba que la cena que se llevaría a cabo en la estancia en pocos días le fuera de provecho.

Todos estuvieron de acuerdo con él. En un lugar pequeño como Cruz del Eje, alejado de la gran urbe, la llegada del ferrocarril era sinónimo de progreso.

La conversación fue girando en torno a diferentes temas a medida que avanzaba la noche. Se habló del crudo invierno que estaban teniendo, de los temidos ataques de malones que anunciaba el periódico casi a diario, la llegada de la nueva maestra y, por supuesto, del futuro compromiso del héroe del pueblo con la hija menor de don Álvaro Balbuena.

El padre, preocupado de que el muchacho se arrepintiera de su elección no quería esperar demasiado; Trinidad, espantada por la posibilidad de que ese compromiso se concretase, aconsejó que no había necesidad de precipitarse. Doña Adela apoyó su decisión. La única que no opinaba era Eugenia. Ella estaba ocupada, tratando de llamar la atención del hombre que amaba.

Haberse sentado justo frente a él, le permitió iniciar un juego por debajo de la mesa que hubiese escandalizado al resto de los comensales.

Mientras los demás hablaban, Eugenia se había quitado uno de sus zapatos. Con sumo cuidado, levantó la pierna hasta alcanzar su objetivo. Apoyó descaradamente el pie sobre el muslo de Ramiro. Él le lanzó una mirada de advertencia a la que ella ignoró por completo. Se inclinó un poco hacia delante para poder acariciarlo con más facilidad. Sintió cómo los músculos del soldado se tensaban mientras su atrevido pie lograba meterse entre sus piernas.

Ramiro dio un respingo cuando le rozó el miembro con la punta de sus dedos. Bebió un sorbo de vino y, al dejar la copa sobre la mesa, llamó la atención de todos.

—Lo siento, estoy algo nervioso.

—No hay nada de qué disculparse, muchacho —respondió Balbuena—. Yo pasé por una situación similar cuando pedí la mano de mi esposa, ¿verdad querida?

Trinidad asintió sin pronunciar palabra. Había percibido la expresión de sofoco en el rostro de Ramiro. ¿Qué esperaba? Si se encontraban allí, en medio de una situación tan incómoda, era todo por su culpa.

Eugenia sonrió. Sus manos descansaban sobre el regazo mientras su pie derecho continuaba atormentando a Ramiro. Aumentó un poco la presión hasta que sintió la dureza en sus pantalones. Lo miró. Sus ojos claros le suplicaban que se detuviera… pero ella no lo hizo.

Ramiro cerró las piernas para aprisionar el pequeño pie de Eugenia, y así, impedirle cualquier movimiento. La muy maldita estaba jugando con fuego, aunque nunca se atrevía a quemarse. Pensó en todas esas veces en las que se había negado a que la hiciera suya. ¿Qué demonios pretendía? Con disimulo, bajó la mano y la escondió debajo del delicado mantel de hilo que cubría la mesa. Agradeció que fuese lo suficientemente largo como para evitar que alguien viera lo que estaba sucediendo. Agarró el pie de Eugenia con la intención de acabar con semejante tortura, pero ella ejerció todavía más

presión para impedírselo. Le lanzó otra mirada de advertencia que no le sirvió de nada. Metió la mano debajo del pie femenino, solo para comprobar el tamaño de su abultada erección. Si se deshacía de su atrevida caricia con un movimiento brusco, corría el riesgo de que alguien de la mesa lo notara. Optó por una solución menos comprometida para conseguir que lo dejase en paz. Respiró hondo y se aclaró la garganta.

—Si le parece bien, don Álvaro, mañana me gustaría llevar a su hija a dar un paseo. —Miró a Consuelo y le sonrió. Gesto que le valió un golpe del atrevido pie de Eugenia en su endurecido miembro.

—Por supuesto que tenés mi permiso, muchacho —respondió Balbuena, complacido por la buena disposición del flamante pretendiente de su hija más pequeña—. Quiero aprovechar para pedirte que este sábado nos acompañés a La Querencia. El señor Medrano nos ha invitado a cenar y creo que, como novio de Consuelo, tendrías que ir con nosotros.

Ramiro aceptó de inmediato. Debía aprovechar cualquier ocasión para estar cerca de Trinidad. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando Eugenia, por fin, desistió de su peligroso juego. Inquieto, se reacomodó en la silla, deseando que esa parte de su adolorida anatomía pronto recuperase su estado normal. ¡Le haría pagar a Eugenia por su osadía! ¡Vaya que sí lo haría!

Después de disfrutar del postre, una deliciosa crema de coco acaramelada con canela que Trinidad había elaborado con sus propias manos, Don Álvaro propuso pasar al salón para que Consuelo los deleitase con alguna melodía en el viejo piano que había viajado con ellos desde el mismísimo Portugal.

Debido a su incómoda situación, Ramiro fue el último en abandonar la mesa. Se murió de celos cuando vio cómo Balbuena se sentaba junto a su esposa y le pasaba el brazo por encima del hombro en una evidente señal de posesión que no hizo más que reforzar sus sospechas. Bastaba ver la expresión en el rostro de su querida Trinidad para comprobar lo mucho que le molestaba la cercanía con su esposo. Fingía que todo estaba bien delante de los demás,

pero al mismo tiempo era tan cobarde como para levantarle la mano cuando nadie lo veía. La rabia y la impotencia se apoderaron de él. Gracias a la oportuna intervención de su madre que vio cómo apretaba con fuerza los puños, logró reprimir el deseo de apartarlo del lado de Trinidad para que ya no la pudiese tocar. Doña Adela lo instó a que se sentara a su lado y, cuando nadie los estaba viendo, se inclinó hacia él para susurrarle algo al oído.

—Tranquilo, no cometas una locura —le rogó, apretándole el brazo.

Ramiro asintió. Apoyó la espalda en el sillón y aceptó la mano que su madre le ofrecía.

—¿Desean beber algo? —preguntó don Álvaro.

—No, señor Balbuena. Así estamos bien —respondió doña Adela. No quería imaginarse lo que una sola gota más de alcohol podría provocar en el ánimo de su hijo. Recién pudo calmarse cuando Consuelo comenzó a ejecutar una hermosa y triste melodía que rápidamente la sustrajo de cualquier preocupación.

Mientras la hija menor de los Balbuena estaba concentrada en leer la partitura, a su alrededor, los demás batallaban con sus propios demonios.

*

Almudena despertó más temprano de lo habitual esa mañana. Estaba ansiosa de ir al pueblo para adquirir todo lo necesario y así embellecer la escuela. Apenas podía creer que en pocos días más volvería a enseñar. Extrañaba tanto a los pequeños del hospicio que ya necesitaba imperiosamente estar rodeada de niños nuevamente. Era un detalle que Pablo no le había mencionado aún, pero suponía que ya habría una buena cantidad de alumnos inscriptos para asistir a sus clases. Además de la instrucción de los más pequeños, seguía con la firme decisión de implementar un turno vespertino para los adultos. Pensó que sería de mucha ayuda si lo anunciaba en el almacén para que se corriera la

voz. Estaba abandonando la cama cuando Amparito entró en la habitación con el agua caliente, lista para que se diera su baño matutino antes de bajar a desayunar.

—Buenos días, señorita Almudena. —Dejó la vasija junto a la tina y se dirigió hacia la ventana para abrir las cortinas—. Aunque hace un frío del demonio, al menos amaneció con sol ¿Pudo dormir bien anoche? ¿Le cayó bien el té que le preparó la Rita? Los dolores de panza suelen ser bastante traicioneros.

—Buenos días, Amparito —dijo Almudena apenas la muchacha le dio oportunidad de hablar. Lo del malestar estomacal fue la disculpa que había esgrimido la noche anterior para no presentarse a la cena. Después de lo que había ocurrido en la cocina, se mantuvo despierta hasta muy tarde. Se tocó los labios. Todavía sentía en ellos el sabor que Pablo le había dejado con su beso.

—No me ha contestado —replicó la joven criada volteándose hacia ella—. ¿Será que por culpa del dolor de panza pasó mala noche? ¿Quizá alguna otra preocupación le quitó el sueño?

Almudena percibió cierta picardía en sus palabras. No pudo evitar sonrojarse.

—La infusión de anís fue santo remedio. Tendré que darle las gracias a Rita cuando la vea. —Saltó fuera de la cama y se deshizo de la cinta que le sujetaba el cabello. Caminó con parsimonia hasta el rincón en donde estaba la tina y esperó a que Amparito la llenase de agua.

—¿Está segura de que no hay nada que la preocupe, señorita Almudena? A veces, cuando cargamos con alguna tristeza en el alma, es nuestro cuerpo el que paga las consecuencias —comentó muy seria, mientras se abocaba a sus labores—. Yo no soy nadie para meterme en los asuntos de los patrones.

—Yo no soy tu patrona —le recordó Almudena.

—Como si lo fuera, señorita. —Dejó la vasija vacía en el suelo y se incorporó—. Bueno, el caso es que no me gustan los chismes y trato de no

desparramarlos cuando llegan a mis oídos. ¡Y créame si le digo que, a pesar de mi juventud, he llegado a escuchar de todo!

Almudena se llevó ambas manos a la cintura y la miró con insistencia.

—Amparito, ¿qué estás tratando de decirme?

La muchacha bajó la vista al tiempo que se mordía la boca.

—Es que… se supone que no debería decírselo. —Se hizo a un lado para darle lugar—. ¿Por qué mejor no se mete antes de que se enfríe el agua?

Almudena no se conformó con su respuesta. Le indicó que se volteara para quitarse el camisón y se introdujo en la tina como Dios la había traído al mundo. Hacía tiempo que prefería bañarse desnuda y no usar esas incómodas túnicas de liencillo que su madre le obligaba a usar en nombre de las buenas costumbres. Una vez que el agua tibia cubrió la mayor parte de su cuerpo, le pidió a Amparito que le alcanzara el jabón con esencia de jazmines que había traído de Buenos Aires.

—¿Necesita que me quede, señorita?

Almudena no quería que esa conversación quedase a medias por eso la mandó a que le preparase la ropa que se iba a poner. Amparito buscó en el ropero el vestido que deseaba lucir esa mañana para ir al pueblo y lo acomodó encima de la cama. Hizo lo mismo con los zapatos, el bolso de mano y el lazo de seda con el que adornaría su cabello. Todo lo hizo bajo la atenta mirada de Almudena.

—Amparito, no voy a dejarte ir hasta que me lo cuentes —le dijo, mientras se enjabonaba las piernas.

Aunque la criada permaneció en silencio, se moría de ganas de hablar con ella. Sabía que no debía, pero como sospechaba que no había sido culpa de un dolor de panza que no durmiese bien la noche anterior, resolvió pasar por encima del juramento que le había hecho a Rita de mantener la boca cerrada y tratar de ayudarla.

—No quiero que me vuelvan a acusar de lengua floja, señorita Almudena —

se atajó—. Es algo que le incumbe a su merced y mucho.

—¡Basta de rodeos, Amparito! —Almudena volteó la cabeza y la miró—. Vení, acercate y decime qué pasa. Si te deja más tranquila, nadie sabrá que lo supe por vos —alegó, como último recurso para que hablase por fin.

La muchacha, ni lerda ni perezosa, pero, sobre todo aficionada a los chismes más que nadie, obedeció sin chistar. Se aproximó a la tina y se arrodilló a su lado.

—Te escucho.

—Se trata del patrón… y de usted —comenzó a decir muy despacio. Vio que Almudena abría bien grande los ojos—. Fue Rita la que los vio ayer, a la hora de la siesta, en la cocina. Ella estaba volviendo de la despensa, pero como escuchó voces, decidió esperar. No es que quisiera ponerse a espiar, no se animó a interrumpirlos.

—Continúa —le pidió Almudena. Había dejado de enjabonarse. Metió las manos debajo del agua y se puso a jugar con la espuma. Aunque sabía muy bien lo que estaba a punto de escuchar, no pudo evitar ponerse nerviosa.

—Rita no imaginaba que, entre usted y el patrón, ya sabe, existía algún tipo de relación. Por eso se sorprendió mucho con lo que vio.

Almudena tragó saliva.

—Entre el señor Medrano y yo solo existe una amistad —le aclaró, aunque de poco serviría después de lo que la cocinera había presenciado.

—Perdone mi atrevimiento, señorita Almudena, pero según, Rita el beso que el señor Pablo le robó no era precisamente el de un amigo —ahogó una risita.

Almudena comprendió que no tenía caso ocultar lo que para algunos era ya tan evidente.

—En realidad, Pablo no se robó nada, Amparito. Él me pidió permiso para besarme porque era lo que yo más deseaba en ese momento —le confesó.

Ahora fue la joven quien se quedó con los ojos abiertos como platos.

—¡Pero entonces son más que amigos! —exclamó entusiasmada Amparito apenas salió de su asombro.

Almudena se encogió de hombros.

—En realidad no sé lo que somos Pablo y yo. Él siempre me ha visto como una amiga, nada más.

—¿Y usted?

—Lo he amado desde el primer momento en que lo vi —reconoció por fin.

—Pero si la besó, es porque usted le gusta como mujer, no como amiga —concluyó Amparito, quien a pesar de su juventud ya había disfrutado de las mieles del amor con uno de los peones de la estancia.

—Es lo que yo pensé, Amparito. Sin embargo, hay ciertas actitudes de Pablo que no hacen más que confundirme. —Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y soltó un gran suspiro—. Aunque me duela, debo aceptar que todavía continúa enamorado de Coral.

—¿Quién es Coral?

—La esposa de mi hermano y una de mis mejores amigas. Ella y Pablo crecieron juntos en… —se calló de repente cuando se dio cuenta de que había estado a punto de mencionar el circo.

—Continúe, por favor —le pidió Amparito, deseosa de seguir escuchándola.

—Ellos se conocen desde muy pequeños; siempre fueron inseparables. Aunque mi cuñada sentía por él un cariño fraternal, Pablo terminó enamorándose de Coral. Nunca se atrevió a confesarle sus sentimientos y no pudo hacer nada cuando ella conoció a mi hermano Gabriel. Ellos ya llevan tres años de casados, tienen dos niños adorables y Pablo aún no la olvidó.

—¿Está segura de eso?

Almudena asintió.

—Me duele mucho que no haya podido resignarse a que ella le entregase su corazón a otro hombre. —Parpadeó porque de repente le habían entrado

muchas ganas de llorar—. Está tan aferrado a un imposible que no es capaz de darse cuenta lo que siento por él; lo que he sentido cada instante de estos cinco años que llevo amándolo en silencio.

Amparito, con las manos apoyadas en el mentón, dejó escapar un hondo suspiro.

—Debería tratar de descubrir qué es lo que el patrón siente realmente por usted, señorita Almudena —insistió la muchacha, con la esperanza de que un amor así de intenso se concretase algún día.

—No lo sé, Amparito. Tengo miedo de poner mi corazón en sus manos y salir seriamente lastimada cuando me diga que solo me quiere como a una amiga. Si estoy aquí es porque les prometió a mi hermano y a la mujer que siempre amó que velaría por mí mientras durase mi estadía en Cruz del Eje. Ni siquiera fue suya la idea de que me convirtiese en la maestra del pueblo; fue Coral quien lo propició.

—¿Y lo hizo para que usted estuviese cerca del patrón? —quiso saber Amparito. Al principio de la historia, la tal Coral le había caído mal, pero comprendió que la pobre mujer, a quien ni siquiera conocía, no tenía la culpa de nada.

—Sí. Ella fue la artífice de todo. Siempre supo lo que sentía por Pablo y sueña con vernos juntos. —Esbozó una sonrisa al recordar a su querida amiga —. Sé que, si estuviese acá, conmigo, me daría el mismo consejo. Antes de marcharme de Buenos Aires me hizo jurarle que haría todo lo que estuviese a mi alcance para conquistar a Pablo; sin embargo, algo debo estar haciendo mal porque apenas logro un acercamiento, él me aparta. —Miró fijamente a Amparito—. ¿Acaso existe alguna mujer en su vida? ¿Alguien que le impida estar conmigo?

Amparito hizo un gesto con las manos.

—Si piensa en la señorita Balbuena, olvídelo. No hay nada entre ellos —le aseguró.

—A mí me parece todo lo contrario —repuso Almudena, sin hacerse demasiadas ilusiones.

—Hágame caso, no piense lo que no es. La señorita Eugenia solo utiliza al patrón para poder despistar a su padre.

—¿Cómo es eso?

Amparito le contó lo que sabía. Ella se había enterado de pura casualidad cuando una tarde, durante una de las visitas de la joven, la escuchó decir que su plan iba viento en popa. Para no perder la costumbre, se había quedado escuchando detrás de la puerta para oír el resto de la conversación, y terminó descubriendo lo que sucedía.

—¿De verdad le hace creer a su padre que está interesada en Pablo para poder verse con ese muchacho? —Almudena apenas podía creerlo. Aunque sintió un gran alivio de saber que no había nada entre ellos, le causó cierta impresión la osadía de Eugenia Balbuena.

—Lo oí con estas dos orejas que se han de comer los gusanos, señorita. Por eso le digo que no se preocupe por ella. Además, no es rival para usted —agregó, zalamera.

—Gracias, Amparito. ¿Y si hay alguien más?

La criada no dijo nada. Ella, al igual que todos en La Querencia, sabían de las asiduas escapadas que el patrón se hacía hasta el burdel del pueblo. Por supuesto, no se lo mencionó. Lo que los hombres buscaban en un lugar como ese, no le incumbía a una señorita de familia como ella.

—No hay nadie, puede quedarse tranquila —le reiteró—. Por lo que usted misma me ha dicho, la única mujer que significa o ha significado algo en la vida de don Pablo es su cuñada, y ella está felizmente casada con su hermano, ¿no es verdad?

Almudena no sabía qué era peor, si el hecho de que Pablo estuviese viendo a otra mujer o que todavía pensara en Coral. Era muy difícil batallar con el recuerdo de alguien a quien había amado tanto y que quizá continuaba amando.

—Yo creo que hay una sola manera de descubrir qué es lo que siente por usted el señor Pablo —aseveró Amparito, frunciendo el entrecejo.

—¿De qué se trata?

—Debería darle celos —le soltó así, sin más.

—¿Celos? —Almudena casi se ahoga con su propia saliva. ¡No podía estar hablando en serio!

—¡Claro! No hay nada que le moleste más a un hombre que la mujer que le interesa se convierta en el centro de atención de otro caballero.

—No creo que sea lo más apropiado.

—¿Por qué no? —Amparito se cruzó de brazos.

—Porque Pablo puede pensar mal de mí —alegó Almudena, contrariada por su propuesta.

Amparito sonrió. Tenía la certeza de que ya no lo estaba dudando tanto.

—Si el patrón sabe cómo es usted en realidad, eso no va a pasar —repuso, y luego, entornando los ojos, agregó: —Y no es necesario buscar demasiado tampoco. El señor Guzmán es el candidato perfecto para llevar adelante nuestro plan.

—¿Diego?

—¿Es que acaso no se ha dado cuenta de que usted le gusta? ¡Si se la come con los ojos cada vez que la ve!

Almudena, siempre tan pendiente de Pablo, no reparó en ello. Diego no solo había evitado que ese indio la raptase, también le había confiado la razón por la cual había llegado hasta allí. Ella fue la primera en escuchar su historia y la necesidad que sentía de encontrar a su hermano. Aunque se conocían desde hacía solo unos pocos días, lo estimaba. Le estaría eternamente agradecida por lo que había hecho por ella, por eso no le parecía justo utilizarlo para darle celos a Pablo. Estaba a punto de decírselo a Amparito, pero la muchacha retomó la conversación.

—Anoche, los dos estuvieron hablando en la galería un rato largo. Después,

el señor Guzmán apareció en el salón, buscándola. Parecía que tenía algo muy importante que decirle. Se lo veía muy contento. Cuando le dije que ya se había retirado a su habitación porque no se sentía bien, se quedó bastante preocupado.

Almudena sonrió. Pablo había seguido su consejo de escuchar a Diego antes de tomar una decisión.

—Todavía no se ha levantado, pero apuesto lo que quiera que verla a usted será lo primero que haga —continuó la criada, aprovechando el silencio de Almudena. —¿Qué pierde con intentarlo, señorita?

—No sé, Amparito. —Se resistía a involucrarlo en semejante locura—. No creo que Diego se merezca que me acerque a él solamente para provocar los celos de Pablo.

—Al menos prométame que lo va a pensar. El señor Guzmán está de muy bien ver, con ese cabello ensortijado y unos ojazos tan negros que una siente cosquillas en el estómago cuando la mira —dijo Amparito, con una expresión ensoñadora mientras dejaba escapar un suspiro—. No sería ningún sacrificio acercarse a él. Cualquier mujer con dos dedos de frente se sentiría dichosa de estar en sus zapatos.

Ninguno de los argumentos que esgrimía Amparito la terminaba de convencer, aun así, sabía que quizá tenía razón. ¿Y si era la única manera de descubrir lo que sentía Pablo? ¿Estaba dispuesta a valerse del supuesto interés que Diego tenía en ella para intentarlo? ¿Cuál sería el consejo que le daría Coral ante semejante disyuntiva?

Demasiadas dudas que no la dejaban decidirse. Le dijo a Amparito que podía irse. Necesitaba estar sola para ordenar sus ideas y su presencia no hacía más que confundirla.

Mientras terminaba de acicalarse, discurrió mucho sobre los pros y los contras de la idea que le había metido la criada en la cabeza.

PUESTA EN ESCENA

Pablo tampoco había pasado buena noche. Llevaba dando vueltas en la cama desde muy temprano, sin poder pegar un ojo. Se había levantado durante la madrugada en dos ocasiones y había deambulado por el pasillo, deteniéndose frente a la habitación de Almudena. Incluso se había atrevido a posar su mano en el pomo de la puerta, con la intención de abrirla. Por supuesto, desistió apenas se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Aunque también le preocupaba su nueva situación con Diego Guzmán; el fugaz pero intenso encuentro que habían protagonizado en la cocina era la causa real de su insomnio. Encima, los recuerdos de su noche de borrachera habían empezado a cobrar vida dentro de su cabeza, con imágenes que solo lo hacían sentir más culpable de lo que ya se sentía. Se arrepintió una y mil veces de haber hecho oídos sordos al consejo de Lupe y no quedarse a pernoctar en el burdel. Se hubiese ahorrado un gran disgusto.

Lo que había sucedido ya no tenía remedio. Lo único que podía hacer era pedirle disculpas a Almudena y evitar que algo similar se volviera a repetir. Pero claro, también estaba lo del beso. Si bien había sido él quien se lo pidiera, había percibido tanta entrega de parte de ella que le había costado detenerse y apartarla de su lado. Su propio cuerpo lo había traicionado, reaccionando a la íntima invitación que le había hecho Almudena al frotarse de esa manera contra sus caderas. Sacudió la cabeza para ya no pensar más en ella. Saltó fuera de la cama y tras mirar el reloj de bolsillo que cada noche dejaba encima de la mesita de noche, comenzó a vestirse. Era temprano, pero

prefería estar en el comedor cuando los demás bajasen a desayunar. Mientras se colocaba el chaleco se acercó a una de las ventanas y corrió las cortinas. Como lo hacía cada mañana desde que vivía en La Querencia, Blanca no tardaría en aparecer para ocuparse de que el sol entrase a pleno en su habitación. Abrió las hojas de par en par y respiró hondo para llenarse los pulmones del aire puro que bajaba de las sierras. Las volvió a cerrar cuando el frío le entumeció los dedos. Fue hasta la chimenea en donde todavía crepitaban unos cuantos leños y se calentó las manos. Frente al espejo, se acarició la barba. Era incipiente todavía y le daba ese aire bohemio que solía llevar durante sus días en el circo. Se recogió el cabello en una coleta, sacó una chaqueta del ropero y salió de la habitación cerrando despacio la puerta.

Se cruzó en las escaleras con Amparito, quien le dio los buenos días y le sonrió de una manera bastante extraña. Era evidente que no había nadie levantado todavía. El comedor estaba vacío. Rodeó la mesa y ocupó su puesto. Un suspiro brotó de su garganta cuando posó su mirada en la silla que siempre ocupaba Almudena. Se dio cuenta en ese momento de que la echaría mucho de menos el día que abandonase la estancia para instalarse en el pueblo.

La aparición de Blanca, cargando una bandeja con pan recién horneado, evitó que siguiese pensando en ella.

—Buenos días, patrón. Hoy sí que se ha caído usted de la cama —comentó, sorprendida—. Ya mismo le sirvo el desayuno.

—Buenos días, Blanca. Hoy solo beberé café.

Fue hasta la cocina y, a su regreso, le llenó la taza y le agregó un chorrito de leche tibia como a él le gustaba.

Las primeras en acompañarlo fueron Mariana y doña Úrsula. Debido a la farsa que habían urdido para ocultar que era Ceferino quien le estaba enseñando a montar, intercambió alguna que otra mirada cómplice con la sobrina de Larrea mientras se bebía su café.

—Pasado mañana tendremos invitados a cenar —les anunció—. La familia

Balbuena nos acompañará; ellos son los propietarios del almacén de ramos generales del pueblo.

A Úrsula no le cayó bien la noticia. Había visto a la tal Eugenia hacía apenas un par de días en la estancia, y según lo que pudo averiguar entre los criados, la muchacha estaba interesada en Medrano. Era otra piedra en el zapato que se interponía entre ella y sus planes. Esperaba que Mariana consiguiera conquistarlo antes de que alguna de esas dos entrometidas le ganase de mano.

—Buenos días. —Almudena ingresó al comedor con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Almudena. —Pablo retribuyó su saludo con una sonrisa, la cual se borró rápidamente de sus labios cuando vio que Diego venía detrás de ella. Los observó mientras se sentaban uno al lado del otro.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo en la estancia, señor Guzmán?

La que preguntó fue Úrsula, quien celebraba la cercanía que compartía el joven huésped con la maestra.

Diego miró a Pablo antes de contestar y le cedió la palabra.

—Diego permanecerá en La Querencia el tiempo que desee, doña Úrsula. —Dudó si debía ponerlas al tanto de la relación que los unía, pero como seguramente se terminarían enterando, prefirió que lo escuchasen de sus propios labios y no gracias a los chismes de algún criado—. Yo le he pedido que se quede porque Diego es mi hermano. Ha venido desde España para buscarme y es lo menos que puedo hacer por él después de semejante travesía.

El silencio que se hizo en el comedor fue sepulcral. No se lo esperaban. Ni siquiera Almudena que, aunque ya sospechaba lo que había sucedido entre ellos gracias al relato de Amparito, no imaginaba que Pablo revelaría la verdad tan pronto.

—¿Su hermano? —Mariana los miró a ambos. No se parecían en nada.

—Medio hermanos, en realidad —le aclaró Diego, sospechando lo que

pasaba por la cabeza de la muchacha mientras los escudriñaba de esa manera —. Somos hijos del mismo padre. Ninguno de los dos supimos de la existencia del otro hasta hace muy poco, cuando mi madre me lo confesó en su lecho de muerte.

—¡Increíble! —exclamó Mariana, conforme con su respuesta.

—La Divina Providencia me ha traído hasta aquí. —Los ojos negros de Diego buscaron los de Almudena—. Sin embargo, tuvo la colaboración de una mujer maravillosa que, sin saberlo, me condujo al encuentro con mi hermano.

Las palabras de Diego provocaron que Almudena se sonrojase y Pablo se sintiera incómodo. Era evidente que a él le gustaba. Bastaba ver de qué manera la miraba y ese modo galante de dirigirse a ella cada vez que le hablaba. Quizá se sentía con el derecho de hacerlo después de arriesgar su vida para evitar que cayera en manos de los salvajes. Por la razón que fuese, a él no le gustaba para nada esa cercanía que compartían. Incluso llegó a replantearse si pedirle que se quedara en la estancia había sido la decisión acertada.

—Fue el destino el que propició que pudieran encontrarse —dijo Almudena, quitándose protagonismo. No le gustaba ser el foco de atención de nadie, mucho menos, de dos hombres que solo lograban inquietarla. Después de barruntar un largo rato sobre lo que debía hacer con la idea sugerida por Amparito, había abandonado su habitación con un terrible dilema en la cabeza. Ahora, sentada allí, en medio de los dos, el plan de darle celos a Pablo con Diego no le parecía tan descabellado. Tal vez la visita a Cruz del Eje que habían pactado para esa mañana le podría ser útil para terminar de decidirse —. Diego, ¿te gustaría ir con nosotros para conocer el pueblo? Estoy segura de que te agradará. Cuando llegamos era de noche y no fue posible apreciarlo en todo su esplendor.

—¡Me encantaría! —fue la entusiasta respuesta que dio Diego a la invitación de Almudena. Miró de reojo a Pablo. Era evidente que la idea no le

había hecho mucha gracia. Peor para él, se dijo a sí mismo, satisfecho por fastidiarlo sin siquiera tener que ensuciarse las manos.

—Saldremos en media hora —anunció Pablo, resignado. Luego, hizo algo totalmente impensado: se puso de pie y miró a Almudena—. ¿Podríamos hablar un momento en mi despacho antes de irnos? Es importante.

La taza de café que Almudena sostenía entre sus manos se movió ligeramente hacia abajo, chocando con el borde del plato de porcelana china. Quería decir algo, pero repentinamente había perdido la capacidad de hablar. Para disimular, tomó la servilleta y se secó la boca. Sintiéndose en el ojo del huracán, respiró hondo y alzó la mirada.

—Por supuesto, vamos.

Estaba a punto de levantarse cuando se generó una confusa situación a su alrededor. Pablo había tenido la clara intención de correr la silla para ella, pero Diego fue mucho más rápido, quedándose con el sabor del triunfo en los labios. El premio mayor fue la sonrisa que recibió de Almudena por su gesto tan caballeresco.

Mientras se dirigían hacia el despacho, Almudena por delante y Pablo siguiéndola de cerca, ella podía sentir la intensidad de su mirada clavada en la nuca. Una vez dentro, le indicó que se sentara. Él prefirió permanecer de pie. Rodeó el escritorio y extendió el brazo para apoyarse en uno de los estantes de la biblioteca. No le quitaba los ojos de encima y eso la ponía aún más nerviosa que el hecho de que la hubiese llevado hasta allí para tener una conversación en privado con ella.

—¿De qué querías hablarme? —se atrevió a preguntarle por fin. Sus inquietas manos comenzaron a jugar con uno de los pliegues del vestido.

Pablo no soportaba que le esquivase la mirada de esa manera, como si tuviera algo que esconder. Estaba especialmente hermosa esa mañana y no quería pensar siquiera en la posibilidad de que se debiera a la presencia de Diego Guzmán en la estancia. Era su hermano. La historia que le había contado

ratificaba esa verdad que ambos ignoraron durante casi toda su vida; sin embargo, algo en su interior le impedía reconocerlo como tal.

—Sobre la carta que me escribió Coral. Me pide que sea el padrino de la pequeña Sara, y por supuesto, no puedo negarme.

—Y yo seré la madrina —dijo, mirándolo a los ojos. Por su reacción, era evidente que ese detalle no se lo había mencionado Coral en la carta.

—¿De verdad?

Almudena asintió.

—Entonces tendremos que viajar para bautizar a nuestra ahijada. Es el mes que viene, el día 13.

—Será una lástima interrumpir las clases a poco de empezarlas, pero sé que Coral jamás nos perdonaría si no estamos en Buenos Aires para esa fecha.

—A propósito de la escuela, ¿sigues todavía con la idea de enseñar a los adultos?

—Por supuesto. Como te lo mencioné, quiero que la gente grande asista por las tardes para que las clases no interfieran con sus labores cotidianas.

A medida que la charla avanzaba, la tensión reinante en el despacho se fue diluyendo. Pablo lucía más relajado y Almudena ya no estaba tan a la defensiva como al principio.

—Había pensado en dejar un anuncio en el almacén. No sabemos todavía cuántos alumnos vendrán a la escuela, si es que vendrán. —De repente, se le cruzó que quizá nadie querría que ella, una completa desconocida que encima venía de Buenos Aires, fuese su maestra.

—No tienes que preocuparte por eso —le aseguró Pablo—. Apenas volví, me encargué personalmente de divulgar la noticia por el pueblo y los alrededores. Todos los padres se mostraron muy entusiasmados de que por fin tuviésemos una escuela en Cruz del Eje. Con respecto al otro asunto, el de enseñar a los adultos, no lo sabía entonces, pero supongo que rápidamente se correrá el rumor entre los vecinos.

La boca de Almudena se torció en un gesto de desconcierto.

—Solo lo he hablado con doña Adela, la modista.

—Quizá ella misma se lo haya comentado a otras personas. Gracias a su trabajo conoce a mucha gente. Ya sabes lo que dice Amparito…

—¡Que es la mejor modista del mundo! —agregó Almudena, terminando la frase por él.

Ambos sonrieron.

—Veo que en el poco tiempo que llevas en la estancia ya la has conocido bien —manifestó Pablo, dejándose envolver por ese pequeño momento de complicidad que acababan de compartir. Era tan bonita cuando se reía. Le costó reprimir el impulso de acercarse nuevamente a ella.

—Sí. Hemos hecho muy buenas migas con Amparito. Es que me siento muy sola a veces; extraño no tener a nadie con quien hablar. Victoria y Coral me hacen mucha falta, también mi amiga Felicitas.

—¿No has intentado acercarte a Mariana?

Almudena suspiró.

—Creo que no le agrado y no sé por qué. Somos casi de la misma edad y las dos dejamos nuestros hogares en Buenos Aires para venir a vivir aquí. Sin embargo, eso debe ser lo único que tenemos en común ya que apenas hemos cruzado algunas palabras.

Pablo no entendía cómo era posible que Almudena pudiese no agradarle a alguien. Era inteligente, noble, graciosa y dueña de una gran simpatía. Recordó la timidez de aquellos primeros encuentros en Buenos Aires cuando él visitaba a Coral. Se había vuelto más segura de sí misma y, sobre todo, muy voluntariosa.

—Supongo que se debe a la constante presencia de Úrsula.

—A ella tampoco le agrado —repuso Almudena, algo contrariada por el rumbo que había tomado la conversación. La había llevado hasta allí para contarle sobre la petición de Coral para ser padrino de Sarita y estaban

hablando de la sobrina de Larrea.

—Mariana es una buena muchacha. Aunque desconozco aún la razón por la cual estuvo distanciada todos estos años con don Casimiro, me parece que esa mujer no es una buena influencia para ella. Su presencia es inquietante, incluso a mí me ha provocado algún que otro escalofrío. Mariana la adora, después de todo fue criada por ella tras la muerte de su madre, pero no es justo que tenga que vivir bajo su sombra todo el tiempo. No sé todavía qué planes tengan, si volverán a Buenos Aires o decidirán quedarse en La Querencia. Me arriesgo a decir que las tendremos mucho tiempo por aquí, por eso, quería pedirte que trates de acercarte a Mariana. Creo que necesita pasar tiempo con alguien de su edad para despegarse un poco de la figura de esa mujer. Tal vez no sea de mi incumbencia, pero lo hago por el viejo. Sé que le habría gustado tener a Mariana aquí con él, pero lamentablemente nos dejó antes de poder volver a verla. —Hablar de Larrea lo había puesto melancólico—. Creo que ahora más que nunca necesita de una amiga con quien hablar.

—¿Ahora más que nunca? —las palabras de Pablo la dejaron intrigada.

—Sí. Parece que ha entablado una amistad, o algo más que una amistad con tu criado, Ceferino.

Almudena jamás se lo hubiese imaginado. ¿Ceferino y Mariana?

—¿Estás seguro?

Pablo asintió.

—Yo mismo los he visto en una actitud bastante sospechosa la otra tarde, cuando llegué del pueblo y busqué a Mariana para enseñarle a montar. Creo que estaban a punto de besarse y no lo hicieron porque yo los interrumpí.

—¿Le vas a enseñar a montar a Mariana? —preguntó, para desviar la conversación. No se sentía cómoda hablando de besos con él.

—Iba a hacerlo, pero dadas las circunstancias, sugerí que alguien más ocupase mi lugar. Por supuesto, Ceferino se ofreció a enseñarle y aunque Mariana se mostró reticente al principio por causa de esa mujer, logré

convencerla de que aceptara hacerlo a espaldas de Úrsula. Ella cree que está aprendiendo conmigo, durante la hora de la siesta, pero en realidad se encuentra con Ceferino a escondidas mientras yo me mantengo fuera del alcance de su vista el tiempo que dura la clase.

A Almudena le provocó ternura verlo en el rol de Celestino. Sabía que ya nada volvería a ser igual entre ellos después de lo ocurrido, por eso agradecía que pudiesen seguir hablando de cualquier asunto como dos buenos amigos. Sin embargo, hacía tiempo que había dejado de conformarse solamente con su amistad. No después de ese beso que le había llegado al alma y le agitase el corazón.

—Almudena, no solo quería hablarte sobre la carta de Coral —le dijo Pablo, de repente—. Necesitaba pedirte disculpas por lo de ayer y también por lo que pasó la otra noche. Estaba borracho y no sabía lo que hacía.

—Ayer en la cocina no estabas borracho —repuso, molesta por el hecho de tener que escucharlo disculparse por algo que ella llevaba deseando desde hacía tanto tiempo.

—Lo sé. —Estuvo a punto de abandonar su sitio para acabar con la distancia que los separaba, pero su lado más racional se lo impidió—. Y si te ofendí de algún modo con mi comportamiento, te pido por favor que lo olvidemos todo. Somos amigos y no quiero malentendidos entre nosotros, Almudena. Le prometí a tu hermano que te cuidaría y eso es lo que haré a partir de ahora. —Esperaba sonar lo suficientemente sincero para que ella entendiera que lo hacía por su propio bien.

Almudena tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no decirle lo que tenía en ese momento en la punta de la lengua. ¿Amigos? ¿Cómo podían ser solo amigos después del beso apasionado que habían compartido en la cocina? ¿A qué estaba jugando? Se levantó de la silla, se alisó la falda del vestido y finalmente lo miró.

—Tenés razón, Pablo. Olvidemos lo que ocurrió. —A pesar de que se moría

de ganas de llorar, esbozó una gran sonrisa. No le iba a dar el gusto de verla sufrir por él—. Siempre supe qué lugar ocupaba en tu vida; soy la amiga de Coral y ahora también la maestra del pueblo. Podés quedarte tranquilo; haré todo lo que esté a mi alcance para cumplir con esos roles de la mejor manera posible. Si no tenés nada más que decirme, voy a prepararme para ir al pueblo. Diego me debe estar esperando. —Sin esperar su respuesta, se dio media vuelta y abandonó el despacho antes de que brotasen las primeras lágrimas. Cerró la puerta y permaneció un instante allí, con la mano en el picaporte y la mirada nublada por el llanto. ¡Sentía tanta rabia! Se había guardado tantas verdades que él tenía que oír. Coral tenía razón cuando le decía que en el amor no se puede ser cobarde. Y en ese momento no era capaz de discernir quién de los dos lo era más; si ella por no atreverse a confesarle que lo amaba, o él, por escudarse en una relación de amistad cuando era obvio que sentía algo más profundo.

Enceguecida por la rabia y con la cabeza en caliente, tomó una decisión: haría caso del consejo que le había dado Amparito y se acercaría a Diego para darle celos a Pablo.

Se secó las lágrimas de un manotazo, y a paso firme atravesó el pasillo rumbo a su habitación.

Pablo podía jugar a lo que quisiera.

Su juego estaba a punto de comenzar.

*

Diego estaba conversando con uno de los peones cuando divisó que Almudena se acercaba. Avanzaba por la galería, con esa gracia que la caracterizaba al andar. Se había puesto una capa en tonos azulados encima del vestido y se había soltado el cabello. Apenas llevaba recogido un fino mechón en donde se lucía una horquilla con pequeñas esmeraldas que resaltaban el color de su

mirada. Cuando se acercó, percibió dos cosas: el carmín en su boca y la exquisita fragancia que la envolvía.

—¿Llevabas mucho tiempo esperando?

Él se dedicó a contemplarla de arriba abajo.

—La espera valió la pena. —Se detuvo en sus ojos verdes y le sonrió—. Si me lo permites, debo decirte que estás muy hermosa esta mañana.

Almudena le agradeció el cumplido mientras terminaba de atarse el lazo de la capa alrededor del cuello. Estaba nerviosa pero al mismo tiempo impaciente de echar a rodar su plan y ver los primeros resultados. Oteó hacia la casa con disimulo. No había señales de Pablo todavía y eso, de algún modo, la hacía sentirse menos intranquila.

—Quería hablar contigo para contarte cómo me fue con Pablo anoche. Te busqué en el salón, pero me informaron que te habías retirado temprano porque no te sentías bien.

—Un mal pasajero —respondió ella sin entrar en detalles—. Amparito me comentó esta mañana que los había visto conversar en la galería y eso me puso muy contenta. Además, el anuncio que hizo Pablo en el desayuno demuestra que está dispuesto a intentarlo.

—Me dijo que podía quedarme en la estancia el tiempo que quisiera. Aunque remarcó que no iba a ser fácil construir una relación de hermanos, es un gran voto de confianza no pedirme que me vaya.

—Es solo cuestión de paciencia, Diego. Estoy convencida de que van a llevarse muy bien.

—Si no hubiese sido por ti, quizá las cosas no habrían resultado así. Te debo mucho, Almudena.

En ese momento, ella vio por el rabillo del ojo que Pablo se acercaba. Sin dudarlo, tomó la mano de Diego y le sonrió.

—No fue nada, hice lo que creí que era correcto. No podía permitir que Pablo cometiera la necedad de dejar que te vayas sin antes escucharte.

Diego aprovechó ese repentino acercamiento para apretar suavemente su mano entre las suyas.

—Voy a estar agradecido toda la vida contigo —afirmó, luciendo su sonrisa más cautivadora.

—La que siempre estará en deuda con vos, soy yo, Diego.

—¿Interrumpo?

El vozarrón de Pablo atrajo la atención de ambos. Sin embargo, Diego no soltó la mano de Almudena y ella tampoco la quitó.

—Si están listos, nos vamos —anunció en un tono sarcástico al pasar junto a ellos.

Diego, contento por la reacción del gitano, le ofreció su ayuda a Almudena para subirse a la volanta. Ella, más complacida que él por lo que había provocado su atrevimiento, aceptó con una sonrisa en los labios.

Se acomodaron uno al lado del otro, y cuando Diego estaba a punto de cerrar la puerta, Pablo se lo impidió.

—Viajaré aquí adentro con ustedes, si no les molesta —dijo, ocupando el asiento frente a ellos.

—Por supuesto que no nos molesta, ¿verdad Almudena?

—No, claro que no.

Después de ese escueto intercambio de palabras, se hizo un silencio sepulcral en el interior de la volanta que solo desapareció cuando el carruaje se echó a andar.

Almudena lo observó mientras se quitaba el sombrero para dejarlo sobre su rodilla izquierda. Seguía sin afeitarse y algunos mechones de cabello le caían en la cara, dándole un aspecto desaliñado. Estaba más atractivo que nunca. Apartó rápidamente los ojos cuando él la sorprendió mirándolo. Se entretuvo con el paisaje rural que alcanzaba a divisar a través de la ventana de la volanta hasta que Diego abrió la boca.

—El frío que baja de las sierras me hace acordar mucho a nuestro terruño.

¿No sientes nostalgia de España? —le preguntó a Pablo, con la intención de iniciar una conversación.

Pablo lo miró. Se había puesto serio de repente.

—Trato de no pensar demasiado en lo que dejé atrás; no tiene sentido estancarse en el pasado. —Se removió en el asiento. Era un tema que lo agobiaba—. Hace tiempo que el circo ya no forma parte de mi vida, además, no hay nada ni nadie que me ate al otro lado del océano.

—¿Y tu tía Luisa? Diego me ha dicho que es gracias a ella que logró dar con tu paradero —intervino Almudena, cansada de ser una mera espectadora mientras ellos hablaban.

—La he visto dos veces en toda mi vida. —Pablo posó sus profundos ojos verdes en los de Almudena—. Es la tía de mi madre y solo por eso le guardo cariño. Prefiero mantener el contacto con ella a través de la correspondencia.

—¿No piensas volver a España entonces?

—No, Diego —concluyó—. Aunque hay veces en las que debo hacer un gran esfuerzo para reprimir el deseo de abandonarlo todo y regresar, sé que eso ya no es posible. De alguna manera, don Casimiro consiguió que terminase enamorándome de estas tierras. Él me tendió una mano cuando más lo necesitaba y no puedo dejar La Querencia ahora, sería como traicionar su memoria y todo lo que hizo por mí.

Diego asintió.

—Yo cruzaré de nuevo ese océano para volver a mi tierra algún día, y lo haré con la satisfacción de haber cumplido mi objetivo —aseveró, pensando en su oscuro plan de venganza—. Sin embargo, mientras dure mi estadía en Cruz del Eje, quiero ponerme a tu disposición para lo que haga falta. Soy muy bueno con los números.

—¿Qué hacías antes de embarcarte para América?

—Trabajaba en el puerto, llevando los libros de contabilidad de una empresa que se dedicaba a la exportación de aceitunas. Sé que no tiene mucha

similitud con los negocios ganaderos, pero en cuestión de cifras y cuentas, no tengo competencia.

Pablo estimó algo exagerado su comentario. Parecía que buscaba causarle una buena impresión a cualquier costo. Entonces se le cruzó por la cabeza que a quien quería realmente impresionar con sus cualidades laborales era a Almudena y no a él.

—No lo había pensado —respondió, poco entusiasmado con la idea de que colaborase en la contabilidad de la estancia.

—Creo que es una muy buena oportunidad para que puedan pasar tiempo juntos y conocerse —manifestó Almudena, ajena a las dudas de Pablo y a las malas intenciones de su supuesto hermano.

—Almudena tiene razón, Pablo. No me sentiría cómodo viviendo en la estancia sin hacer nada. Puedo comenzar cuando quieras.

—Voy a pensarlo. —Fue la respuesta que dio Pablo antes de que continuasen enumerando razones o pretextos para que terminase aceptando su oferta. En los años que hacía que vivía en La Querencia, y después de aprender todo lo necesario, él mismo se había encargado de llevar las cuentas, siempre con el beneplácito de don Casimiro. Aunque era verdad que no era su actividad predilecta y que desde su muerte se había dedicado poco y nada a revisar la documentación de la estancia, se rehusaba a que alguien más metiese la nariz en los papeles del viejo.

Diego no tuvo más remedio que acatar su decisión. Sentía que Medrano volvía a tomar distancia; sin embargo, tenía otra carta escondida en la manga para seguir jugando sucio. Esa carta tenía nombre y apellido: Almudena Izaguirre. Ella era el arma perfecta para herirlo donde más le dolía. La miró y le sonrió. Le agradó ver un atisbo de comprensión en sus bellos ojos verdes. La muñequita de porcelana fina estaba de su lado y ella era su mejor aliada para fastidiar al imbécil de Medrano.

UN PLAN A PEDIR DE BOCA

Ceferino jamás se había sentido de esa manera. Estaba demasiado absorto en sus pensamientos y se distraía con facilidad. Apenas había intercambiado un par de palabras con los demás en la cocina durante el desayuno. Incluso Juan de Dios, quien solía tener siempre la atención del indio, se había dado cuenta de que algo le sucedía.

Ahora se encontraba en los establos, ansioso de que llegase la hora de la siesta. Era absurdo que, viviendo bajo el mismo techo y deseándolo ambos con la misma intensidad, tuviesen que pactar un horario para poder verse. Después de compartir unos mates con el capataz, se había quedado un rato en la galería, con la esperanza de cruzarse con Mariana, pero ella no le dio ese gusto. A quien sí había visto era a su dama de compañía. La mujer apenas le hizo caso. Se limitó a pasar raudamente delante de él sin siquiera dignarse a mirarlo; mucho menos a dirigirle la palabra. ¿Cómo haría para lidiar con alguien así? Tarde o temprano, terminaría por descubrir que la estaban engañando; y sabía que cuando ese momento llegase, haría hasta lo imposible para apartarlo de Mariana. Sabía que no era digno de una mujer de su condición, de buena familia y criada entre algodones, pero ¿qué hacía entonces con lo que sentía? Ningún estúpido precepto social podría jamás apagar esa pasión incontrolable que le hervía la sangre cada vez que tenía cerca a la causante de sus desvelos. Todo habría sido más sencillo si Mariana lo tratase con la indiferencia y repulsión que lo hacía la tal Úrsula. Jamás se hubiese atrevido siquiera a mirarla. Sin embargo, ella se consumía también en el

mismo deseo. Lo había comprobado la tarde anterior, cuando sucumbió a sus besos con tanta entrega. Él, un mestizo tuerto que solía despertar la lástima y la aversión de los demás, había logrado atraer la atención de una señorita perteneciente a la alta sociedad porteña, a quien, seguramente, le esperaba un casamiento a su altura con el candidato indicado. Y esa era suficiente razón para mantenerse alejado de Mariana.

Profirió una maldición mientras su puño se estrellaba contra uno de los postes del establo. Ahogó el dolor que le provocó una astilla de madera, apretando los dientes. Agitado y con los nudillos lastimados, se dejó caer sobre uno de los fardos de alfalfa. La impotencia de saber que había puesto los ojos en una mujer tan prohibida como inalcanzable le dolía más que los huesos de la mano. Contempló el hilo de sangre que se fue extendiendo hasta manchar el puño de su camisa blanca y, de repente, vislumbró unas botas femeninas a un par de metros de distancia. Al levantar la cabeza, se encontró con Mariana. Notó cómo toda esa rabia que había sentido hasta hacía apenas un momento, se convertía en algo igual de intenso que le aceleró el corazón.

Cuando Mariana se aproximó y sin previo aviso se arrodilló junto a él para tomar su mano lastimada entre las suyas, Ceferino fue incapaz de reaccionar. Vio que se quitaba el lazo del cabello para envolverle la herida. Lo hacía con mucho cuidado y en completo silencio. El único sonido que se oía era el mugido de las vacas que volvían de pastar y el vocerío de los peones. Allí adentro, amparados por las paredes del establo, estaban a salvo.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Mariana dejando que la mano de Ceferino descansara sobre su regazo.

Él tragó saliva. Le costaba hilar una oración coherente cuando esos ojos castaños lo contemplaban de esa manera.

—No te esperaba hasta la tarde —fue lo primero que se le ocurrió decir para evadir su pregunta.

Los labios de Mariana, los mismos que había desvirgado la tarde anterior,

se curvaron en una sonrisa atrevida.

—Úrsula no se sentía bien; aproveché que se encerró en su habitación para venir a buscarte. Quería verte. —Se incorporó y se sentó junto a él en el mullido fardo de alfalfa. Volvió a apoyar la mano de Ceferino sobre su regazo.

Escuchar la osada confesión de la muchacha, con esa voz tímida, le estremeció el alma. Ceferino ardía en deseos de volver a besarla, y sabía que ella estaba allí porque anhelaba lo mismo.

—Yo también necesitaba verte —admitió, sobrecogido por la dulzura de su mirada. Su mano lastimada comenzó a moverse por encima de la falda de su vestido. Como ella no se lo impidió, fue deslizando la tela por sus piernas hasta dejar al descubierto las enaguas. Percibió que estaba temblando y entonces se detuvo.

—No —le pidió—. No te detengas, Ceferino.

El indio oteó por encima de su hombro. Una muralla de fardos de alfalfa evitaba que alguien los viera si entraba al establo.

—Cerré la puerta —dijo ella, adivinando sus pensamientos.

—¿Estás segura? —Mariana parecía no tener dudas sobre lo que estaba a punto de ocurrir; sin embargo, él contaba con la experiencia suficiente como para pensar en las consecuencias de dejarse llevar por lo que sentían y evitar una catástrofe. Porque eso era precisamente lo que provocarían con su comportamiento.

Para mostrarle cuán segura estaba de lo que quería, ella se levantó las enaguas.

Ceferino contempló la desnudez de sus muslos bien torneados y sintió una punzada en el miembro.

—No deberíamos —musitó él con la voz ronca por el deseo.

—¿Quién lo dice? —fue el desafío que le lanzó Mariana, dejándolo sin palabras—. Lo que siento por vos es tan fuerte que poco me importa lo que piensen los demás, Ceferino.

—¿Y qué es lo que sentís exactamente? —le preguntó, ansioso de saberlo mientras la mano que apenas unos minutos antes ella había vendado con el lazo de su cabello, le rozaba la parte interna de los muslos.

Mariana emitió un suave gemido en respuesta a sus caricias.

—Un aleteo que nace en mi pecho y poco a poco va llegando a todos los rincones de mi cuerpo —reveló, sonrojándose—. Ya no me conformo con verte solamente. Después del beso que compartimos ayer, deseo mucho más. Sé que hay mucho más…

—Nunca antes te habían besado. —Cuando Mariana negó con la cabeza, confirmando sus sospechas, lo embargó una extraña mezcla de sentimientos al saber que era el primer hombre en su vida.

—La verdad es que allá, en Buenos Aires, frecuentaba muy poca gente. No es que no me invitasen a las tertulias que ofrecían las mejores familias de la ciudad —se apresuró a aclarar—; a pesar de que mi apellido se asoció rápidamente a la desgracia debido a lo que ocurrió con mis padres, seguían llegando las invitaciones a nuestra casa. Úrsula decía que lo hacían solamente porque sentían lástima por mí. Por esa razón dejé de asistir a muchos eventos sociales por temor a que sus dichos fuesen verdad.

—Esa mujer te hace más mal que bien —manifestó Ceferino, molesto.

—Úrsula siempre ha estado a mi lado. Sé que a veces puede volverse bastante exigente y resultar antipática, sin embargo, lo hace porque me quiere —dijo, para justificarla—. Se hizo cargo de mí tras la muerte de mi madre, cuidándome como si fuera su propia hija.

Ceferino guardó silencio. A pesar de que esa mujer era el principal obstáculo que debían sortear para estar juntos, no podía entrometerse en la relación que compartía con Mariana. Comprendía mejor que nadie que al quedarse huérfana tan pequeña, la quisiera como a una madre.

—Yo también perdí a mi madre a muy corta edad —se encontró diciendo de repente—. Ella era huinca…

—¿Huinca?

—Una mujer blanca —le explicó sin dejar de acariciarle las piernas desnudas—. Mi padre era un joven guerrero, muy querido y respetado entre sus pares. Estaba comprometido en matrimonio con la hija del cacique y planeaban casarse muy pronto, durante la última luna de otoño. Pero la joven enfermó y ni siquiera la machi pudo salvarla de caer en las garras de la muerte. Dejó este mundo unos días antes de la boda. Él quedó devastado por la pérdida, ya no sentía deseos de vivir. Hasta que una mañana, cuando junto con otros jóvenes guerreros de la tribu, salió en busca de un grupo de caballos salvajes que había llegado a la región, descubrió que alguien ocupaba el rancho en donde ellos solían refugiarse durante sus travesías y que siempre había estado vacío. Se ocultaron para ver de quién se trataba. Llevaban un par de horas en el lugar cuando apareció un hombre joven y bien vestido, cargando una escopeta en su hombro. No estaba solo. Una muchacha lo acompañaba. Era evidente que se habían instalado en el rancho con la intención de apropiarse de él. Al día siguiente, mi padre regresó. Iba solo y, en un descuido, fue visto por el hombre joven que no dudó un instante en dispararle. Podría haberse marchado, sin embargo, no lo hizo. Mucho tiempo después, me confesó que lo que más quería en ese momento era que uno de esos balazos lo alcanzara para acabar con tanto sufrimiento. Resultó herido y su agresor fue quien le salvó la vida. Él y su joven esposa lo cuidaron hasta que logró recuperarse para volver con los suyos.

Mariana, ávida de conocer su pasado, escuchaba ensimismada con su relato. Tomó su mano y la apretó muy fuerte entre las suyas.

—Continúa —lo exhortó.

—Pasó algunos días en el rancho, recuperando las fuerzas que había perdido tras ese tiro en el pecho que casi lo desangra. Micaela —así se llamaba la joven mujer— limpiaba su herida y se ocupaba de que mi padre se alimentase. El esposo, temiendo un posible ataque en represalia por haberle

disparado a mi padre, los dejaba a solas mucho tiempo mientras iba a montar guardia en los alrededores. Una noche, ocurrió. Varios hombres de la tribu atacaron la propiedad con la intención de rescatar a mi padre. Él trató de impedirlo, pero no pudo hacer nada. El ranchero murió en sus brazos, protegiendo a su esposa. Enfurecido y débil como estaba, mi padre arremetió contra el autor de semejante barbarie y lo ultimó de un machetazo. Nadie se atrevió a intervenir. Sabían que ese buen hombre había muerto por error.

—¿Qué pasó con Micaela?

—A pesar de su resistencia, se la llevaron con ellos.

Mariana había oído muchas historias de mujeres que terminaban cautivas de algún malón. Las que lograban volver a la civilización, se encerraban en sus casas para evitarles una mayor vergüenza a sus familias; el resto, se recluía en un convento o decidían quitarse la vida porque no soportaban la deshonra y los malos tratos a los cuales habían sido sometidas durante su cautiverio.

—Mi padre se juró que jamás permitiría que le pusieran una mano encima. La protegió con su propia vida y estuvo a punto de ser expulsado de la tribu cuando el hijo del cacique anunció que quería desposar a la huinca. Para ese entonces, él ya había empezado a quererla. Poco a poco fue ganándose su confianza y conquistando su corazón. Un año después de la desgracia, se casaron. Yo nací una noche de luna llena mientras mi padre se encontraba de cacería, y aunque mi madre todavía despertaba resentimientos en algunos miembros de la tribu, las mujeres más experimentadas la acompañaron durante el difícil trance de darme a luz. El parto le había dejado secuelas, y dos años después, cuando estaba esperando a su segundo hijo, ni el niño ni ella lo resistieron. —Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió continuar. Después de una breve pausa, retomó la palabra—. Mi padre se hundió en la tristeza y la desesperación una vez más. Apenas logró sobrevivirles unos pocos meses antes de que la muerte también se lo llevase. Yo tenía tres años y fui criado por el hijo del cacique que siempre había envidiado a mi padre y

deseado a mi madre.

—¿Te maltrataron? —Mariana no podía siquiera imaginar el sufrimiento por el cual había atravesado en su infancia.

—No, pero nunca me quisieron. Se quedaron conmigo solo para complacer al cacique. Por eso, cuando tuve edad suficiente de valerme por mí mismo, abandoné la tribu y me fui a Buenos Aires a probar suerte. —Se dio cuenta de que ella lo miraba expectante, como si quisiera decirle algo y no se animase —. ¿Qué es lo querés saber? Es sobre el parche, ¿verdad?

Mariana vaciló un instante antes de responder con un suave "sí".

—Fue durante una reyerta con unos apostadores, después de una riña de gallos. Hacía poco que había llegado a Buenos Aires y me movía en los ambientes más turbios con tal de ganar algo de dinero. No era fácil conseguir empleo. Aunque saliese todas las mañanas a buscarlo apenas el sol despuntaba en el horizonte, mi condición de mestizo me jugaba en contra. Por eso recurrí a los gallos; se me daba bien entrenarlos y el sujeto para el cual trabajaba me dejaba un porcentaje de las apuestas. Era una ínfima cantidad, pero no podía aspirar a más. La noche en la que ocurrió, uno de los apostadores corrió el rumor de que la pelea había sido arreglada. Se armó una terrible trifulca y terminé en medio de dos hombres que estaban dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias. Uno de ellos tenía una botella rota. Por defender a su contrincante de una muerte segura, me interpuse en su camino. Fue el peor error de mi vida.

Mariana se llevó ambas manos al pecho y un mohín de espanto ensombreció su semblante.

Para tranquilizarla, le contó la parte más agradable de toda aquella triste historia: la oportuna aparición del doctor Argerich en su vida, quien, tras curarle las heridas, le ofreció trabajar para él en su dispensario. Le habló de cómo llegó a la casa de los Izaguirre y la misión que le había encomendado el hermano de la señorita Almudena cuando le pidió que viajara con ella.

Mariana estaba asombrada de sí misma. Nunca antes se había atrevido a indagar tanto en la vida de otra persona. Comprendió entonces lo mucho que le importaba Ceferino y lo mal que se sentía por no devolverle la confianza que había depositado en ella, ocultándole el siniestro plan que había urdido Úrsula para quedarse con el resto de la herencia de su tío. ¿Pero cómo contarle que debía seducir a Pablo para lograrlo? Pensaría lo peor de ella y eso sí que no lo iba a poder soportar.

—¿Qué ocurre? —Ceferino notó enseguida que algo la preocupaba. La tomó de la barbilla para obligarla a que lo mirase.

—Nada; es solo que me impresionó tu historia. —Era parte de la verdad, la que podía compartir con él por el momento. De repente se sentía sucia, indigna de su confianza. Se cubrió las piernas desnudas con las enaguas y se puso de pie—. Debería irme, si Úrsula despierta y no me encuentra, es capaz de venir a buscarme.

Ceferino experimentó un sentimiento parecido al rechazo. El mismo que lo había acompañado desde el instante en el que se quedó huérfano y en la tribu maldecían su nombre por lo bajo. Alcanzó a sujetarla del brazo antes de que se alejara.

—¿Vendrás esta tarde?

De espaldas, porque no se atrevía a mirarlo, asintió con la cabeza. Luego, sin decir nada, salió del establo tan sigilosamente como había llegado, dejando a Ceferino con el corazón encogido.

*

Los trabajos en la escuela avanzaban a pasos agigantados. Mientras Almudena se encargaba de limpiar lo que sería el salón principal, Pablo y Diego se encontraban en el patio, poniendo en condiciones el viejo aljibe. Llevaban casi media mañana intentándolo a fuerza de sudor y terquedad. Habían pasado

temprano por el almacén y ya Fortunato les había alcanzado todo el material que Almudena anotase en una lista. Desde telas para las cortinas hasta una buena cantidad de cuadernos y lápices para entregarles a los alumnos el primer día de clases.

Almudena soltó un momento la pesada escoba de paja y se sentó a descansar. Contempló el lugar y el pecho se le llenó de orgullo. Esa habitación inmensa que ahora se veía tan vacía, pronto estaría colmada de niños. Las paredes estaban limpias y Pablo se había encargado de darles una mano de cal para borrar algunas manchas de humedad que llegaban hasta el techo. Miró el piso. La madera estaba sana y solo necesitaba una buena lavada. Pablo ya había accedido a pasar por lo de la modista antes de dejar el pueblo para que empezara con la confección de las cortinas lo antes posible. Sonrió al recordar el momento exacto en el cual le soltó, así sin más, que ese viernes llegarían los pupitres nuevos y la pizarra que había mandado a pedir a la ciudad más cercana. Se suponía que iba a ser una sorpresa y ella no los vería instalados hasta el último momento, pero cuando le transmitió su preocupación de que faltaba el mobiliario adecuado para empezar con las clases, no había tenido más remedio que contárselo.

Se acomodó unos mechones de cabello que se habían salido del pañuelo que le cubría la cabeza y se acercó a la ventana que daba al patio trasero. Desde allí, podía contemplar a Pablo y a Diego sin que ellos se percataran. Continuaban lidiando con el dichoso aljibe, tratando de reemplazar el travesaño podrido por uno nuevo. El sol del mediodía caía sobre sus cabezas, y a pesar del frío, ambos se habían quitado las chaquetas para trabajar con más comodidad. Diego conservaba el chaleco; Pablo, sin embargo, ya no lo tenía puesto. Tenía las mangas subidas hasta la altura del codo y el sudor le había mojado la camisa. Observó cómo los fuertes músculos de sus muslos se tensaban con cada uno de sus movimientos. Se detuvo en las caderas masculinas un instante. La tela de los pantalones se ceñía a su trasero como

una segunda piel. Cuando Pablo se dio media vuelta para maniobrar la roldana, sus atrevidos ojos se posaron en el bulto que se formaba en su entrepierna. Sintió un cosquilleo en todo el cuerpo y ese ardor en la parte del vientre que ya no le era desconocido. Él, quizá percibiendo el escrutinio al que estaba siendo sometido, giró la cabeza en dirección a la casa.

Almudena fue más rápida y alcanzó a esconderse antes de ser vista. Tuvo que reírse de su actitud algo infantil. No era correcto espiarlo de esa manera, sin embargo, no se había podido contener. Buscó la escoba y terminó de barrer. Una vez que el piso de madera quedó limpio, se dirigió al patio trasero por un poco de agua. Se atusó el cabello y contempló su reflejo en el cristal de la ventana antes de salir.

Apenas escucharon la puerta chirriar, tanto Pablo como Diego se voltearon a verla. Ella permaneció un momento en la galería, con los brazos por delante y el balde pegado a la falda de su vestido. Sabía que el aljibe todavía no estaba en condiciones de subir agua, por esa razón, había un barril cerca de la casa. Hacia allí se dirigió sin mediar palabra con ninguno de los dos.

Diego, aprovechando la ocasión, corrió hacia ella para ayudarla.

—¡Espera! ¡Deja que lo haga por ti! —le ofreció, interponiéndose entre ella y el barril.

Almudena pensó que no había sido necesario ese repentino gesto de amabilidad de parte de Diego, sin embargo, resolvió que lo utilizaría a su favor. Le entregó el balde y le dio las gracias con una gran sonrisa en los labios.

—¿Podrías llevarlo hasta la casa por mí? —le preguntó, toda zalamera, a sabiendas de que Pablo seguía atentamente todo lo que ocurría entre ellos.

—Por supuesto, ni siquiera tenías que pedírmelo —respondió Diego, usando el mismo tono lisonjero de ella. Más de allá de sentirse molesto, era divertido ver cómo Almudena, sin saberlo, se convertía en su mejor compañera de juego. Aunque fuese por motivos muy distintos, ambos

pretendían lo mismo: provocar los celos del gitano.

Seguían intercambiando miradas y sonrisas mientras caminaban hacia la casa. Pablo descargó su furia golpeando el brocal viejo de un fuerte martillazo. Al hacerlo, la pieza, apolillada por el agua y el paso de los años, terminó de soltarse y cayó en el fondo del aljibe. Profirió una maldición y se concentró en su trabajo. No fue sencillo, porque habían dejado la puerta abierta y podía escuchar la cantarina voz de Almudena y la risa de Diego. Se resistía a referirse a él como su hermano; sobre todo cuando mostraba tanto interés en la joven.

—¿Necesitas algo más? —quiso saber Diego, contento de disfrutar de su compañía.

—No, Diego, gracias. Será mejor que vuelvas a lo tuyo. —Oteó por encima de su hombro. Pablo parecía estar absolutamente ensimismado en su trabajo; sin embargo, había estado espiándola del mismo modo que ella lo había hecho unos minutos antes.

Apenas Diego la dejó sola, cerró la puerta y se dispuso a lavar el piso hasta dejarlo reluciente. Terminó con el ruedo del vestido mojado, los zapatos hechos un desastre y toda transpirada, pero el esfuerzo había valido la pena. Con ese aspecto desaliñado, la encontraron Pablo y Diego cuando vinieron a avisarle que debían marcharse. Les pidió un momento para arreglarse, y cuando salió, se sorprendió de ver a Pablo sentado en el pescante, junto al conductor. Parecía que no los acompañaría durante el viaje de regreso. Diego la estaba esperando. Se hallaba con el cuerpo apoyado sobre la puerta de la volanta, con una pierna flexionada y los brazos en cruz. Se sintió incómoda a medida que se acercaba a él. ¿Hasta dónde era capaz de llegar con ese absurdo plan de darle celos a Pablo? Diego la miraba con tanta intensidad que ya se estaba arrepintiendo de haberle hecho caso a Amparito.

—¿Lista?

Almudena musitó un “sí” y le brindó su mano para que la ayudase a subir.

Había suficiente espacio en el interior de la volanta para que ocupasen asientos separados, uno enfrente del otro, sin embargo, Diego prefirió sentarse a su lado.

Lo miró de soslayo. Tenía el cabello mojado y los rulos peinados hacia atrás. Se le notaba el cansancio en el rostro, seguramente no estaba acostumbrado a los trabajos duros, aun así, debía darle la razón a Amparito: Diego era muy atractivo. Si ella no muriese de amor por Pablo, quizá hasta se habría planteado la posibilidad de verlo con otros ojos.

Diego, atraído por sus miradas que de discretas tenían muy poco, dejó de contemplar el camino para dedicarle toda su atención. No habían cruzado palabra alguna desde que la volanta se echase a andar y sospechaba que la ausencia del gitano era la razón de su silencio. Sin embargo, él no podía permanecer impávido mientras su adoraba muñequita de porcelana fina lo escudriñaba de esa manera. Tenía que sacar partido del repentino interés que parecía tener ella en su persona. Lo único que lamentaba era que el imbécil de Medrano no estuviese presente para ver lo que planeaba hacer.

Le sonrió y, sin previo aviso, tomó la mano de Almudena y la besó por encima del guante.

—Diego. —Almudena, más por culpa que por recato, intentó soltarse.

Él no se lo permitió. Le clavó la mirada y no dijo nada. Con un rápido movimiento, le quitó el guante para deleitarse con la suavidad de su piel. Lentamente, su boca recorrió uno a uno sus dedos hasta centrarse en el dorso de su mano, en donde se quedó unos cuantos segundos antes de soltarla.

—Eres tan hermosa, Almudena —le confesó, acariciándole la mejilla—. Te pido perdón por mi atrevimiento, pero ya no podía contenerme. Me gustas mucho. Quedé totalmente fascinado contigo desde el primer momento en que te vi, en esa posada de mala muerte en donde tu belleza se destacaba con la misma intensidad con la que la luna resplandece en una noche oscura. —Siempre había sido muy hábil con las palabras y acababa de comprobar que

ella no era inmune a su cursi y barato juego de seducción—. Sé que hace muy poco que nos conocemos; sin embargo, siento que estabas predestinada a cruzarte en mi camino. Alguna fuerza poderosa quiso que tú y yo nos encontrásemos. Ahora que tengo la certeza de que me quedaré en Cruz del Eje, quiero que me des la oportunidad de acercarme a ti no solo como amigo.

Almudena soltó un suspiro. Jamás se habría imaginado que sus inocentes coqueteos iban a provocar que Diego le hablase de sus sentimientos tan pronto. ¡Ojalá hubiese sido así de sencillo con Pablo! Pensó, mientras hacía tiempo para darle una respuesta.

—No pretendo que me contestes ahora —le dijo él, para tranquilizarla—. Es solo que ya no podía seguir callado; quería que supieras lo que siento cada vez que te tengo cerca; los deseos que tengo de besarte y estrecharte entre mis brazos.

Cuando ya era inminente que Diego le diese ese beso que tanto ansiaba, la voz potente de Pablo, azuzando a los caballos, impidió que lograra su cometido. El corazón de Almudena dio un brinco. Aunque era imposible que pudiera saber lo que estaba ocurriendo en el interior de la volanta, parecía que lo hubiese hecho a propósito. Se llevó la mano al pecho y apretó el relicario entre sus dedos.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que me asusté —dijo, mientras volvía a respirar con normalidad.

Diego volvió a maldecir a Medrano. Con sus gritos, había impedido que Almudena cayera en sus brazos. No importaba. Sabía que tarde o temprano conseguiría de ella lo que buscaba. Aun así, no pensaba bajarse de ese carruaje sin una respuesta.

—¿Qué dices? ¿Tengo esperanzas? —puso su mejor sonrisa, esa que le formaba unos hoyuelos en las mejillas y que lo hacían irresistible.

Diego le estaba ofreciendo en bandeja de plata la posibilidad de continuar

con su plan sin tener que valerse de más trucos sucios para llamar la atención de Pablo. Si le pedía acercarse a ella en términos sentimentales, contaría con un argumento sólido para provocar los celos de Pablo. Sin embargo, la culpa que sentía era tan grande que dudó si debía aceptar o no.

—No sé, Diego. Me tomaste de sorpresa. —Dejó de tocarse el relicario. Estaba tan nerviosa que terminaría rompiéndolo. Suspiró hondo y lo miró—. Disfruto mucho de tu compañía —reconoció, esperando que su respuesta lo dejase conforme.

—Eso es más que suficiente para empezar, Almudena.

Ella asintió. Diego tenía razón. Más allá de que lo buscase para fastidiar a Pablo, debía reconocer que le agradaba estar con él.

—Vamos a tener todo el tiempo del mundo para conocernos, Almudena —aseveró, muy seguro de lo que decía. Luego, tomando nuevamente su mano, agregó—: Estoy seguro de que terminaré conquistándote, ya lo verás.

LA CARTA NUNCA ENVIADA

Úrsula se aseguró de que no hubiese nadie cerca. Atravesó el pasillo, deslizándose como una serpiente entre la hierba hacia la habitación de la maestra. Debía darse prisa. Había salido temprano al pueblo y no sabía cuándo iba a regresar. Abrió la puerta y entró sigilosamente. Permaneció allí un momento, recorriendo el lugar con sus penetrantes ojos negros antes de ponerse a hurgar entre sus cosas. Había un dicho que rezaba que la mejor estrategia para luchar contra el enemigo era descubrir sus debilidades. Ella sospechaba que el punto flaco de Almudena Izaguirre era Pablo Medrano; sin embargo, cualquier detalle que la ayudara a impedir que se acercara a él y arruinase sus planes, era más que bienvenido. Se acercó a una de las mesitas de noche y miró en el interior del cajón. Había un par de novelas, un pañuelo y algunos lazos para el cabello. Levantó ambos libros y los sacudió, con la esperanza de que hubiese algún papel escondido entre sus páginas. Nada. Hizo lo mismo con la otra mesita y tampoco tuvo suerte.

Fue hasta el ropero y abrió las puertas de par en par. Hizo caso omiso a los vestidos y a los tres pares de zapatos que estaban acomodados en un rincón del mueble. Lo que llamó su atención fue el cofre de madera que se encontraba encima de una valija. Lo tomó entre sus manos y sonrió complacida cuando descubrió que se abría con tanta facilidad. Un gesto de frustración se instaló en su rostro cuando se topó con un montón de dibujos que llevaban su nombre y que parecían haber sido hechos por las manos de un niño. Había al menos una docena y en todos ellos la maestra aparecía retratada con una larga trenza

rubia y unos ojos exageradamente grandes. Intuyó que serían presentes de sus antiguos alumnos. Separó los dibujos uno a uno y cuando pensaba que su búsqueda resultaría inútil, un sobre llamó su atención. Dejó la caja encima de la cama y lo abrió. En su interior había una carta que Almudena le había escrito a Medrano, meses atrás y que, al parecer, se guardó para ella en vez de enviársela.

Con sumo interés, la desplegó y comenzó a leerla.

Querido Pablo,

Me embarga una gran emoción mientras redacto esta carta. Después de mucho tiempo, hemos recibido noticias tuyas, y eso ha dejado a mi corazón más tranquilo. Fue Coral la que me convenció de que debía escribirte. Aunque no estaba muy segura de hacerlo, aquí estoy, tratando de volcar en este papel la falta que me has hecho desde tu repentina partida de Buenos Aires.

Conozco de sobra la razón que te obligó a marcharte. Sé de ese amor inmenso que sentís por Coral y que nunca tuviste el valor de confesarle. No te enojés, ella me lo contó porque estaba muy angustiada. Te tiene mucho cariño y, al igual que yo, se puso muy feliz cuando por fin supo de vos después de varios meses de silencio.

Coral también me habló de lo que pasó esa noche en el circo. Esa fatídica noche en la cual tu vida cambió para siempre. Quiero que sepas que no te juzgo y que otro hombre en tu lugar habría hecho lo mismo. A veces, el destino nos pone en una encrucijada difícil de sortear y vos actuaste de buena fe para salvaguardar el honor de la mujer que amabas.

Lo único que lamento es que lo que ocurrió hace tres años, te alejara de mi lado. ¡Tengo tantas ganas de volverte a ver, Pablo! Quizá ya ni siquiera pensás en mí, pero yo te recuerdo cada día, recreando una y

otra vez ese paseo que dimos poco antes de que te marcharas.
Es tarde y me está venciendo el sueño. Aunque no sé si voy a animarme a enviarte esta carta, tenía la imperiosa necesidad de escribirte.
Espero de todo corazón que puedas dejar atrás tanto dolor y ser feliz, aunque sea lejos de mí.
Siempre te estaré esperando, no importa el tiempo que pase.
Te abrazo en la distancia,
Almudena

Úrsula repasó el contenido de la carta varias veces para tratar de leer entre líneas. Aunque no decía nada en concreto, la mención de ciertas palabras la hicieron entrar en alerta. La maestra hablaba de un circo y de un hecho que había desgraciado la vida de Medrano. Siempre le había parecido sospechosa la relación que lo unía al difunto don Larrea cuando ni siquiera llevaba su misma sangre. Quizá se hubiese valido de alguna treta sucia para conseguir que el viejo le legase la mitad de sus posesiones. ¿Pero cómo averiguar lo que ocultaba Medrano sin ponerse en evidencia? Nadie podía saber que había encontrado la carta de Almudena mientras hurgaba entre sus pertenencias. La metió dentro del sobre y la guardó en la caja. Dejó todo como estaba y esperó unos minutos con la oreja pegada a la puerta. Cuando se cercioró de que no había moros en la costa, cruzó el pasillo a toda prisa y se encerró en su habitación. Se puso a dar vueltas, rodeando la cama una y otra vez, con ambas manos en la cintura mientras barruntaba sobre lo que acababa de descubrir. El traqueteo de un carruaje acercándose la atrajo hacia la ventana. Medrano, la maestra y el andaluz volvían del pueblo. Entonces, como si hubiese sido una respuesta a su inquietud, y al verla asomada detrás del pesado cortinado, Diego miró hacia su ventana.

Úrsula sonrió. ¡Claro! ¿Cómo no lo había pensado antes? Si alguien podía hablarle sobre el pasado de Pablo Medrano, ese era seguramente su flamante

hermano.

Se dio vuelta cuando notó que ya no se encontraba sola en la habitación. Mariana estaba junto a la puerta, con Lolita en los brazos. Se acercó y le acarició el cabello.

—¿Dónde te habías metido, Mariana? Fui a buscarte y no estabas.

—Salí a dar un paseo con Lolita —respondió, escudándose en la perra para cubrir otra más de sus mentiras—. Y vos, ¿dónde andabas? Hace un momento llamé a tu puerta y no contestabas.

—No me moví de la habitación, querida —le aseguró—. Es que me dolía tanto la cabeza que tuve que tomarme una dosis del brebaje que me recetó el doctor en Buenos Aires. Ya sabés que me hace dormir mucho.

La joven, ignorando las malas intenciones de su dama de compañía, asintió.

Úrsula resolvió que era mejor no mencionarle nada de lo que había pasado, al menos hasta no saber si lo que lograba averiguar con el tal Diego Guzmán era conveniente para seguir con sus planes. Trataría de hablar con él lo antes posible.

—Medrano ya volvió del pueblo; acabo de verlo. ¿Por qué no bajás y le das la bienvenida? —le sonrió indulgente, sabiendo que su niña era incapaz de negarle cualquier cosa—. Eso sí, por favor, no llevés también a Lolita. Que se quede en tu habitación.

—Está bien, Úrsula, como vos quieras —respondió Mariana, acatando su pedido sin protestar. No tenía ánimos de contradecirla, tampoco de discutir con ella. El encuentro con Ceferino la había dejado demasiado sensible.

Pasó por su habitación para dejar a Lolita y se tomó un momento para mirarse en el espejo. Se atusó el peinado, y al hacerlo, recordó que había usado uno de los lazos de su cabello para limpiar la sangre de Ceferino. Respiró hondo y se apoyó en el borde de la cómoda. El tacto áspero de su mano todavía le provocaba ese delicioso cosquilleo que se originaba alrededor de los pezones y llegaba hasta el centro mismo de su femineidad.

Cerró los ojos para revivir en su mente ese instante de intimidad que habían compartido en el establo.

Los sollozos de Lolita, clamando por su atención, interrumpieron sus pensamientos. La subió a la cama porque sabía que era lo que la perra quería y retrasó varios minutos su salida, con la ilusión de que, al bajar, no tuviese la mala suerte de encontrarse con Pablo. No tenía ganas de verlo y fingir que le interesaba. Con quien sí se cruzó en el pasillo fue con Almudena. A pesar del cansancio que se evidenciaba en su rostro, tenía una sonrisa radiante en los labios. Admiraba su forma de ser. Por más que Úrsula insistía en que debía aborrecerla por interponerse en sus planes, la verdad era que la joven no le despertaba ningún sentimiento esquivo, al contrario, estaba segura de que, si no fuese por sus absurdas exigencias, incluso podrían llegar a ser grandes amigas…

—¿Escuchaste lo que te dije? —insistió Almudena ante el silencio de la sobrina de don Larrea.

—Perdón, estaba distraída.

—No importa. Quería decirte que, si estás de acuerdo, mañana por la mañana podés venir con nosotros al pueblo así pasamos por lo de la modista a probarnos los vestidos.

Mariana asintió.

—Luego le decimos al cochero que te traiga de regreso a la estancia porque nosotros nos quedamos en la escuela. Ya estamos terminando de arreglarla —comentó Almudena, entusiasmada.

—Me gustaría quedarme con ustedes, si no les molesta —se ofreció, a sabiendas de cuánto le molestaría a Úrsula.

—¡No, por supuesto que no es molestia! Es más, voy a necesitar ayuda para limpiar las ventanas y colocar las cortinas. Doña Adela se ofreció a hacerlo, pero la verdad es que no quiero molestarla.

Mariana le sonrió.

—Entonces podés contar conmigo. Lo único es que tendría que llevar a Lolita conmigo para no dejarla sola toda la mañana. Úrsula prefiere no lidiar con ella y no está acostumbrada a estar tanto tiempo separada de mí.

—No hay problema, Mariana. Lolita vendrá con nosotros. —Se dirigió hacia su habitación—. Ahora si no te importa, necesito quitarme esta ropa y darme un baño de tina antes de bajar a almorzar. Nos vemos más tarde.

—Hasta luego, Almudena. —Se quedó un momento en el pasillo, pensando en lo que acababa de hacer. Si Úrsula la regañaba por ofrecerle su ayuda a la maestra, la convencería diciéndole que era una artimaña para estar cerca de Pablo. Sabía que, de esa manera, no tendría nada que reprocharle. Se dirigió al salón y agradeció encontrarlo vacío. Se sentó frente al piano y comenzó a tocar. Sin poder hacer nada por remediarlo, las lágrimas rodaron por sus mejillas al recordar la trágica historia que le había revelado Ceferino. Y en ese momento, mientras la música le endulzaba los oídos y su corazón lloraba de pena, lo supo.

Estaba perdidamente enamorada de él.

*

Pablo abrió los ojos y emitió un gemido de fastidio cuando alguien llamó a su habitación. Se había acostado un rato para evitar que Úrsula lo viese por la casa y no esperaba que nadie lo molestase. Pensando que podía tratarse de la criada, dio su permiso para que entrase.

Le sorprendió ver a Diego.

—¿Podemos hablar?

Pablo se incorporó y asintió con la cabeza.

—Fui al despacho y me dijeron que te encontraría aquí. —Cerró la puerta y se dirigió hacia la ventana, dándole la espalda. Había dudado en buscarlo, pero no tenía caso esperar—. Necesitaba contarte algo. Quería que fueses el

primero en saberlo ya que Almudena está viviendo en tu casa, y como tal, eres el responsable de velar por su bienestar.

El corazón de Pablo dio un vuelco en su pecho.

—No sé cómo sucedió, bueno, en realidad sí lo sé —empezó a decir, con un fingido nerviosismo—. Quedé prendado de la belleza de Almudena desde el primer momento en que la vi. Ella se ha comportado como una verdadera amiga, escuchándome y dándome consejos, tanto así que consiguió que me dieras la oportunidad de quedarme en La Querencia. Sin embargo, lo que nació como una amistad, pronto se transformó en algo más intenso. Creo que no solo me gusta, Pablo. Estoy enamorado de Almudena… locamente enamorado de ella.

De un manotazo, Pablo se peinó el cabello hacia atrás y resopló con fuerza. Agradecía que Diego estuviese de espaldas, de otro modo, habría sido testigo de la transformación que se produjo en su rostro tras oír su confesión. Apoyó ambas manos en la cama, apretando la colcha con los puños cerrados y maldijo en silencio. Diego enamorado de Almudena. Después de constatar con sus propios ojos cómo aprovechaba cada ocasión para acercarse a la joven, ni siquiera estaba sorprendido. Sin embargo, se resistía a la posibilidad de que ella correspondiera a sus sentimientos; no después de haberlo besado a él de esa manera tan apasionada.

—¿Se lo has dicho? —preguntó, en un tono cortante.

—Le di a entender que me agrada su compañía y por eso le pedí que me diera la oportunidad de conocernos más. —Se giró sobre sus talones para regodearse con el sufrimiento del gitano—. Creo que yo también le gusto, pero ya sabes cómo son las jovencitas de su edad, les cuesta demostrar lo que sienten.

En eso te equivocas, pensó Pablo, recordando lo sucedido en esa misma habitación, durante su borrachera. A Almudena no le costaba nada manifestar lo que sentía. Lo había hecho esa noche, en su cama, y al día siguiente, en la

cocina.

—Y te contestó que sí —afirmó Pablo, aguardando una respuesta, que sabía, le iba a doler.

Diego asintió.

—Casi le robo un beso —agregó, escarbando en la herida con toda la saña del mundo—, pero se echó para atrás a último momento.

Pablo no supo si maldecirla o celebrar que su hermano no hubiera conseguido besarla. Un ramalazo de celos le nubló la razón. En ese momento, lo único que deseaba era ponerse de pie y romperle la cara a Diego de un puñetazo. Lo habría hecho sin ningún miramiento, y con el derecho que le daba haber sido el primero en probar sus labios, sin embargo, logró reprimirse.

—No quiero problemas —dijo, haciendo lo posible por disimular la rabia que sentía—. Como has dicho, mi deber es cuidar a Almudena. Se lo prometí a Izaguirre y las cosas entre nosotros siempre han estado muy tensas como para encima faltar a mi palabra.

—Mis intenciones son buenas —se apresuró a aclararle Diego. No podía permitir que se escudara en una promesa hecha al hermano de Almudena para oponerse a su relación—. Jamás me atrevería a faltarle el respeto, mucho menos en tu casa. Te lo conté para que estuvieses al tanto; creo que no necesitamos de tu permiso.

Pablo percibió el tono desafiante con el que había hablado y no encontró un argumento que validara una negativa de su parte. ¿Cómo decirle que estaba en contra de que cortejara a Almudena lisa y llanamente porque se moría de celos? Por más que le costase reconocerlo, era la verdad. Lo que más le molestaba era que Diego sí hubiese tenido el valor de decirle a Almudena lo que sentía por ella, mientras él se debatía entre dejarse llevar por lo que le provocaba su presencia y el deber de protegerla. Siempre la había visto como a una niña indefensa y así la había recordado todo ese tiempo en el cual no se vieron. Pero ahora, que convivía con ella a diario, ese cariño fraternal de

antaño lentamente se iba convirtiendo en algo más: una pasión intensa e incontrolable que ya no sabía cómo manejar. ¿Y qué se suponía que debía hacer ahora que a su hermano también le gustaba? No podía prohibirle que se acercase a Almudena, porque terminaría por delatar cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Comprendió que por más que le doliera verlos juntos, no podía entrometerse. Quizá la misma Almudena le causara una desilusión, negándose a que la cortejara. Si eso ocurría, ya no tendría de qué preocuparse.

—Tienes razón, Diego. No soy nadie para impedir que te relaciones con Almudena. Mientras la respetes a ella y a esta casa, puedes frecuentarla en calidad de pretendiente —acordó Pablo, sin dejar de lado la ironía.

Diego sonrió satisfecho. Acababa de pegarle donde más le dolía.

—Sabía que contaríamos con tu apoyo, hermano —dijo, acercándose a él para darle una palmada en el hombro.

—Almudena todavía no te ha dado una respuesta —le recordó, con toda la intención de pincharlo.

Diego se llevó ambas manos a la solapa de su chaqueta y lo miró con aire sobrador.

—¿Acaso te queda alguna duda de cuál será? —Se alejó hacia la salida con una gran sonrisa en los labios—. Nos vemos más tarde. Que descanses, hermanito.

Los ojos de Pablo, que a esas alturas echaban chispas, se posaron un largo rato en la puerta que acababa de cerrar Diego. Profirió unas cuantas malas palabras al aire y volvió a echarse en la cama. Cruzó una pierna encima de la otra y colocó los brazos detrás de la cabeza. Clavó la mirada en el techo y respiró hondo. Necesitaba pensar. Aunque lo que más falta le hacía en ese momento era tranquilizarse, no ganaba nada dejándose vencer por la rabia y la impotencia. Todavía guardaba la esperanza de que Almudena no aceptara los galanteos de Diego. Cavilando y tejiendo conjeturas, finalmente se quedó

dormido.

*

Ceferino, dominado por una furia incontrolable, daba vueltas en la habitación como una fiera enjaulada. Había dejado la cocina sin siquiera probar la cena porque tenía un nudo en la garganta tan grande que hasta el apetito había perdido.

Y todo era por culpa de Mariana.

Se había quedado en el establo, esperándola toda la tarde, pero ella nunca apareció. Jamás se hubiese imaginado que después de escuchar su historia con tanto interés, habría tenido el descaro de dejarlo plantado. Se miró la mano, la misma que ella había atendido con tanto esmero, envolviéndola con el lazo de su cabello para evitar que siguiese sangrando. ¿Dónde había quedado esa muchacha amable que sucumbía a sus besos y se mostraba tan amable con él a pesar de los remilgos de su dama de compañía? Apretó los puños con fuerza, provocando que la herida se volviera a abrir. Sobre la mesa de noche estaba el bendito lazo, manchado con su sangre. Lo tomó y se lo llevó a la nariz. Todavía olía a ella. Respiró hondo y maldijo su nombre. Le costaba mucho mantener la calma cuando su alocado corazón le pedía a gritos que fuese a buscarla para preguntarle por qué había faltado a la cita. Mariana dormía a tan solo unos pocos metros de distancia. Sabía incluso que, si llamaba a su puerta para cuestionarle el motivo de su ausencia, la muchacha le abriría. Se sentó un momento en la cama y se cubrió el rostro. No podía hacerlo. Era una locura meterse en su habitación, en medio de la noche, exponiéndola a un escándalo. Sin embargo, el deseo de verla era tan intenso que apenas podía pensar con claridad. Volvió a contemplar el lazo; no era una buena excusa, pero al menos le serviría para sacarse las ganas de buscarla.

Se puso de pie y avanzó con firmeza hacia la puerta. La abrió y salió al

pasillo, cerrándola muy despacio para evitar que alguien lo oyera. La casa estaba sumida en el silencio. Era más de medianoche y todos se encontraban durmiendo. Con cuatro zancadas llegó hasta la habitación que ocupaba Mariana.

Apoyó la oreja en la puerta para tratar de escuchar si ella también dormía o, al igual que él, no lograba conciliar el sueño. Su mano se deslizó hasta alcanzar el picaporte y descubrió aliviado que no le había echado llave. Empujó la pesada puerta de roble macizo, abriendo apenas un hueco para poder pasar. Luego la cerró muy despacio para evitar que alguien lo oyera, y permaneció inmóvil mientras se acostumbraba a la penumbra reinante en la habitación. Un grueso leño que todavía crepitaba en la chimenea arrojaba un poco de luz al lugar. Se preguntó dónde estaría Lolita. Miró al suelo y notó un bulto pequeño sobre la alfombra. Era extraño que no hubiese advertido su presencia. Avanzó un par de pasos con sumo sigilo, temiendo que, en cualquier momento, la perra se despertase y comenzara a ladrar. Rodeó la cama, yendo hacia el lado opuesto, pero un objeto blando se interpuso en su camino. No distinguió qué era. Cuando se agachó para averiguarlo, se topó de lleno con la trufa de Lolita, oliéndole los pies. Aunque era una buena señal que no le estuviese ladrando, no podía fiarse. Le acarició la cabeza y sonrió cuando se alejó con el muñeco de trapo que él acababa de pisar, colgando de su hocico. Un escollo sorteado con suerte, pensó, aliviado. Alzó la vista y contempló la silueta de Mariana que se dibujaba debajo de las sábanas. La manta estaba a los pies de la cama, como si ella la hubiese pateado en algún momento de la noche. Llevaba un camisón de manga larga y una cofia blanca escondía su hermosa cabellera castaña. Se acercó un poco más para contemplarla mejor. Estaba acostada boca arriba, tenía la boca entreabierta y sus párpados se movían. Respiraba ligero, como si alguna cosa perturbase su sueño. De un manotazo, Mariana se destapó, dejando al descubierto la mitad superior de su cuerpo. Con la brusquedad del movimiento, el escote del camisón se había

abierto. Sus pequeños pechos se movían al ritmo de su agitada respiración. Ella empezó a gemir y Ceferino apretó los puños con fuerza para refrenar el incontrolable deseo de despertarla para hacerla suya. Se arrodilló sobre la cama, hundiendo el colchón con su peso y se aproximó a ella con el sigilo de un gato. Aunque quería que se despertara, temía que su atrevida invasión la asustara. Estaba más que dispuesto a conformarse con solo mirarla, sin embargo, cuando Mariana susurró su nombre en medio de los gemidos, supo que no podría hacerlo. Se inclinó sobre ella y le cubrió la boca con la mano para impedir que gritase apenas se despertara.

Mariana, azorada por el sueño que acababa de tener, abrió bien grande los ojos. Su corazón se desbocó. Ya no estaba soñando. Ceferino se encontraba allí, era real y estaba en su cama. Cuando sintió la humedad en su entrepierna, se puso colorada como un tomate. ¿Cuánto tiempo llevaría en su habitación, espiándola, mientras ella dormía? Recordó lo que solía hacer en sueños durante las últimas noches en la cual su cuerpo caía preso de la lujuria ¡Dios! Se hundió más en la cama, muerta de la vergüenza.

—¿Me prometés que no vas a gritar?

Ella asintió con la cabeza.

Ceferino quitó la mano y ni siquiera supo qué decirle. La verdad era que no podía justificar su presencia allí.

—¿Qué significa esto? —Mariana le preguntó en voz muy baja, al tiempo que se cubría con las sábanas. Desvió la mirada hacia un costado, solo para descubrir que Lolita, muy oronda, dormía abrazada a su vieja muñeca de trapo. ¡Vaya perra guardiana que había resultado!

—Sé que no debí venir a buscarte, pero es que ya no soportaba más la incertidumbre —respondió, con culpa—. Necesitaba una explicación, Mariana.

Ella tragó saliva. No era posible que Ceferino se hubiese presentado en su habitación, en medio de la noche y corriendo el riesgo de que alguien lo

descubriera, solamente para preguntarle por qué no había ido a verlo al establo como acordaron.

—¿No podías esperar hasta mañana?

—No —replicó Ceferino, con un rictus en los labios. Estaba molesto y con razón—. Si lo que te conté hizo que cambiaras la opinión que tenías sobre mí, creo que estoy en todo mi derecho de saberlo. Después de los besos que hemos compartido, es lo menos que me merezco, ¿no te parece?

Mariana tragó saliva. ¿Cómo revelarle el verdadero motivo que le había impedido acudir a la cita si estaba segura de que la odiaría apenas se lo contase? Y eso no iba a poder soportarlo. Agachó la cabeza para que él no viese las lágrimas que ya empezaban a rodar por sus mejillas.

Ceferino la sujetó del mentón y la obligó a mirarlo.

—¿Qué pasa, Mariana? Te confié toda mi historia. Solo vos y otra persona conocen la verdad sobre mi pasado.

—¿Quién más lo sabe? —inquirió, sintiendo curiosidad y celos en partes iguales.

—El doctor Argerich, el hombre para el cual trabajé. Te hablé de él esta mañana.

Mariana asintió mientras dejaba escapar un suspiro de alivio.

—Lo que trato de decirte es que sos muy importante para mí, Mariana, por eso te abrí mi corazón. —Le tomó la mano y se la llevó hasta su pecho—. Es por vos que late de esa manera tan impetuosa. ¿Podés sentirlo?

Los ojos inocentes de Mariana observaron el pecho masculino que se asomaba a través de la abertura de su camisa. La lumbre de la chimenea hacía que su piel se viera aterciopelada. Él le había puesto la mano por encima de la suave tela de algodón, pero sus dedos llegaron a sentir cómo palpitaba su corazón.

—Ceferino…

—Si no te pasa lo mismo o no tenés el valor suficiente para enfrentar al

mundo y pelear por lo nuestro, te juro por esa luna que ilumina el cielo esta noche que nunca jamás volveré a buscarte. Aunque tenga que arrancarme el corazón del pecho para que ya no lata por vos, me alejaré de tu lado y no te molestaré más. Me vas a matar en vida, Mariana; pero si es tu voluntad, que así sea —sentenció, con el dolor de saber que ya no podría vivir sin ella.

Mariana, ante la terrible posibilidad de perderlo, se arrojó a sus brazos y se pegó a su cuerpo hasta que no quedó ningún resquicio entre ellos. Al hacerlo, una de sus rodillas se apoyó entre las piernas de Ceferino. Ella permaneció quieta, sintiendo esa dureza por encima de la tela de su camisón. Se apartó solo un instante para poder mirarlo a los ojos.

—Yo no quiero que te alejes de mí, Ceferino. Tampoco podría vivir sin vos.

La confesión que acababa de hacerle Mariana, con la mirada llena de deseo y la voz estrangulada por la emoción, lo desarmó. No se lo esperaba, no cuando se había imaginado lo peor tras el plantón que le había dado. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Todavía estaba húmeda por causa de las lágrimas. Se las enjugó y le dio un ligero beso en la punta de su nariz respingada. Solo en ese momento, después de escuchar de sus propios labios que ella sentía lo mismo que él, logró respirar con tranquilidad. No importaba la opinión de los demás, ni siquiera la censura que seguramente recibirían de parte de doña Úrsula; si Mariana estaba dispuesta a enfrentar a esa mujer, lucharían juntos contra sus absurdos prejuicios sociales para poder vivir su amor en total libertad. Si era necesario, se la llevaría con él a algún lugar muy lejos en donde nadie los condenase por amarse.

—Mariana, sé que lo más sensato es que me vaya —dijo él, apoyando su fuerte mentón contra la frente de la joven.

La respuesta de Mariana fue contundente. Le acarició el rostro con un gesto de infinita ternura mientras iba acercando sus labios a los suyos.

Ceferino le clavó la mirada. Cada una de las células de su cuerpo sabían muy bien que, si ella lo besaba, ya no iba a poder detenerse.

Mariana entreabrió los labios y la lengua de Ceferino invadió su boca, penetrando en el suave y dulce interior. Ella suspiró por las sensaciones eróticas que él le producía y empezó a acariciarle lentamente los hombros.

La cetrina piel de Ceferino estaba tan tensa y firme, tan caliente.

Él mantuvo su sensual asalto hasta que Mariana no pudo formular el menor pensamiento, consumida por oleadas de placer. Gimió a modo de protesta cuando él se apartó. De pie, comenzó a quitarse la ropa y Mariana pensó que no importaba lo que Úrsula dijera: Ceferino Guayquivil era el hombre más hermoso del mundo. Parecía tan desinhibido con su desnudez, tan cómodo, que ella no se sintió tan avergonzada como se había imaginado.

Ceferino continuó al lado de la cama hasta que Mariana finalmente lo miró a la cara. Estaba completamente subyugada por su imponente anatomía y deseó ser un poco más mundana y saber lo que en realidad sucedía al hacer el amor. Esas tribulaciones vagaban por su mente mientras contemplaba al hombre que estaba a punto de despojarla de su virginidad. No pudo evitar deslizar los ojos hacia abajo, siguiendo el sendero de vello ensortijado que le cubría el pecho macizo. Luego se detuvo en el abdomen plano y prosiguió con su escrutinio hasta llegar a la dura prueba de su excitación. Fue en ese preciso instante en el que sintió miedo por primera vez.

Ceferino se percató de ello y suspiró. Se sentó a su lado y la atrajo hacia sí. Le susurró palabras dulces para calmarla, mientras comenzaba a quitarle el camisón.

Mariana sabía que debía quitárselo, sin embargo, se resistía a hacerlo. Ni siquiera le permitía a Úrsula que la viese desnuda. Intentó detenerlo, pero la tela se rasgó durante el suave forcejeo, y en segundos, estaba desnuda.

Ceferino la tumbó en la cama, sabía que Mariana no estaba lista y luchó por dominarse. Su cuerpo le pedía a gritos que acabara y el sudor le perlaba la frente. Volvió a besarla, un beso intenso que no lo ayudó a sosegarse. Bajó la cabeza hasta que su boca rozó el cuello femenino, y luego más abajo, hasta

acariciar el valle entre sus pechos.

Mariana suspiró de puro placer. El nudo caliente que tenía en el estómago empezaba a aflojarse y le pareció que el fuego fluía por su sangre.

Ceferino jugueteó con sus pechos, rodeando cada pezón una y otra vez, hasta que ella empezó a arquearse contra él. Cuando finalmente empezó a chuparlos, Mariana gimió de satisfacción. El indio le acarició los muslos, y cuanto más se acercaba a su entrepierna, más excitada se ponía ella. Le costaba respirar y movía las caderas con impaciencia. Cuando por fin empezó a acariciarle los húmedos labios, Mariana se cubrió la boca para ahogar un grito.

Ya estaba más que lista para él. Los movimientos lentos y eróticos de sus caderas contra su mano llevaron a Ceferino casi hasta el límite. Suavemente la penetró con un dedo, sintió la resistencia dura y caliente, la oyó gemir su nombre.

Entonces supo que ya no podía esperar más.

La miró a los ojos, mientras se colocaba entre sus piernas.

Mariana experimentó un dolor agudo cuando el miembro de Ceferino se introdujo en su interior, y se arqueó, buscando liberarse de esa molestia que, sin quererlo, le arrancó algunas lágrimas. Él comenzó a moverse lentamente y con mucha paciencia al principio. La trataba con auténtica delicadeza, aunque el dolor volvió a asaltarla. Besarla con ardor fue la manera que encontró Ceferino para asegurarle que todo iba a estar bien.

El dolor pronto se convirtió en placer. Él le colocó las piernas alrededor de su cintura y se apartó un poco para mirarla. Mariana le recorrió los labios con un dedo. Ceferino lo atrapó en la boca, acariciándolo con la lengua. La joven volvió a arquearse contra él, tomándolo del rostro para mirarlo a los ojos.

Entonces, Ceferino perdió el control, permitiendo que su pasión estallase. Un placer primario invadió a Mariana. Se colgó de él, confiando instintivamente en que la mantendría a salvo, y recibió su calor.

La respiración de Ceferino era entrecortada. Sus caricias aumentaron de

intensidad y el placer se hizo creciente. Cuando Mariana se tensó debajo de él y pronunció su nombre con un susurro asustado, el indio supo que ella estaba a punto de liberarse del dulce tormento que compartían. Ceferino sintió que se le agitaba hasta el alma. Pensó en detenerse, en decirle que todo estaba bien, pero el temblor era tan avasallador que lo único que pudo hacer fue apretarla contra sí. Las contracciones musculares que siguieron a su orgasmo fueron suficientes para que él alcanzara inmediatamente su propio punto culminante.

A Ceferino le llevó varios minutos calmar su desbocado corazón y apaciguar sus jadeos. Se sentía increíblemente satisfecho. Todavía dentro de ella, se apoyó sobre los codos y la miró. Tenía una expresión somnolienta y saciada.

Mariana intentó serenarse. Estaba atónita por lo que acababa de sucederle. Sintió los labios inflamados por los besos, y su sexo todavía latía por el placer abrasador que Ceferino le había procurado. No le había permitido que se retirase o que dejara las cosas a medias, y cuando pensaba en su propia excitación, se ruborizaba.

Él se sonrió al ver el bochorno y la timidez en la expresión de la joven. La besó largamente.

—Ahora sos mía, solamente mía —le susurró al oído, antes de sembrar de besos tiernos en la curva de su cuello.

Inmersa todavía en una nube de pasión, Mariana pronunció las palabras que guardaba en su corazón:

—Te amo, Ceferino… te amo.

Él, que jamás pensó oír de sus labios semejante declaración de amor, sintió deseos de llorar. La sentó a horcajadas encima de él y se dedicó a contemplar a esa joven tímida que ahora era su mujer. El sudor perlaba su piel de terciopelo; le acarició los brazos mientras se deleitaba la vista con sus pequeños pechos. Sonrió al descubrir cómo los pezones volvían a endurecerse bajo el influjo de su mirada. Ella se inclinó hacia delante para robarle un

beso. Luego, cuando reposó su cuerpo extenuado sobre su pecho, Ceferino la acurrucó entre sus brazos.

—Yo también te amo, Mariana —respondió, todavía temblando de la emoción.

Cuando ella dejó escapar un suspiro lastimero, de inmediato se dio cuenta de que algo no andaba bien. La tomó del mentón e hizo que alzara la cabeza para poder mirarla a los ojos.

—¿Qué sucede? ¿Acaso te lastimé? —Había hecho su mejor esfuerzo para ser suave y paciente con ella, pero quizá en un arrebato de pasión, se había excedido—. Si es así, te pido perdón.

—No hay nada que perdonar, Ceferino —se apresuró a aclararle ella con una sonrisa que solo rebozaba satisfacción. Sin embargo, seguía habiendo una nube de tristeza en su mirada—. Lo que acabamos de hacer fue tan maravilloso que ni siquiera encuentro las palabras para describir lo que siento.

—A mí me pasa lo mismo, y aunque cuento con cierta ventaja en lo que a relaciones íntimas se refiere, te juro que nunca antes me he sentido así con ninguna mujer. —La acarició la boca con el dedo y le robó un beso—. ¿Qué es lo que te preocupa entonces? Te conozco hace poco, Mariana, pero sé que hay algo que ensombrece tu alma y no te permite ser completamente feliz a mi lado. ¿Es por Úrsula? ¿Te da miedo que ella lo sepa?

Mariana no respondió. Si bien temía la reacción de la mujer que había sido como una madre durante todos esos años cuando descubriera que se había entregado al *salvaje*, como solía llamarlo con el propósito de humillarlo, lo que realmente la angustiaba era ese maldito plan que había fraguado y en el cual había accedido a participar por no tener el valor suficiente para decirle que no. ¿Qué pensaría Ceferino de ella? ¿Qué era una cobarde, o creería que lo estaba engañando al quedarse callada? Comprendió entonces que su mayor miedo no era enfrentarse a la ira de Úrsula, sino perder el amor de Ceferino por culpa de su silencio. Debía contárselo todo antes de que fuese demasiado

tarde.

—A tu lado no tengo miedo de hacerle frente, Ceferino —le aseguró—. Úrsula tarde o temprano terminará por aceptar lo nuestro; aunque eso signifique que lo que había planeado para mí se vaya al demonio.

Ceferino frunció el entrecejo.

—¿De qué estás hablando?

—Quiere que me case con Pablo Medrano para recuperar parte de la herencia que mi tío le dejó y que Úrsula cree que me pertenece —le soltó sin ponerse a pensar demasiado en el efecto que le causarían sus palabras.

La primera reacción de Ceferino fue quedarse boquiabierto. Luego soltó una maldición en su lengua para después asegurar que "¡esa mujer está más loca que una cabra!".

—Te juro que jamás hubo nada entre Pablo y yo. Mis escasos intentos de acercamiento, por fortuna, nunca dieron resultado. Aunque Úrsula me aleccionaba cómo hacer para conquistarlo, yo usaba todo lo que ella me enseñaba para tratar de seducir a otro hombre.

Otra confidencia de Mariana que se ganaba su devoción y le arrancaba una sonrisa. Por supuesto que le molestaba que la tal Úrsula pretendiera casarla con Medrano con el oscuro propósito de recuperar lo que creía suyo, sin embargo, saber que Mariana se había valido de sus consejos para acercarse a él le provocó una gran satisfacción. ¡Si hasta tenía ganas de celebrar que al *cuervo* le hubiese salido el tiro por la culata!

La llenó de besos mientras le repetía una y otra vez lo orgulloso que estaba de ella. Cuando Mariana le hizo prometer que por ahora debían seguir viéndose a escondidas hasta que juntara el valor suficiente para hablar con Úrsula, no pudo negarse.

Permanecieron abrazados hasta que el nuevo día comenzó a clarear. Ceferino se despidió con un prolongado beso y un suave "te amo" susurrado en el oído de la joven que le había robado el corazón.

HACIA EL MONTE

Ese sábado por la mañana, Pablo decidió volver a desayunar en la cocina mientras esperaba que los demás se levantaran. Cuando Rita se dispuso a calentar el agua para servirle su café le dijo que, si no era mucha molestia, prefería que le cebara unos mates.

Un hondo suspiro se escapó de su garganta. Había vuelto a dormir poco y tenía muy mala cara. Sabía que, aunque se recluyera en la cocina, tarde o temprano se encontraría con ella. Esa opresión que le atenazaba las entrañas era miedo, miedo de que Almudena se presentara frente a él para anunciarle que Diego le había pedido cortejarla y ella aceptaba encantada. Después de ver la manera en la cual se había acercado a su hermano el día anterior, sospechaba que Diego no le era indiferente. Y si eso ocurría, ¿qué derecho tenía él a protestar o a entrometerse en su vida? Aunque se suponía que debía velar por su bienestar, no era ni su hermano mayor ni su padre como para tomarse atribuciones que no le correspondían. Como amigo quizá pudiese aconsejarla, sin embargo, amistad no era precisamente la palabra adecuada para definir la relación que existía entre ellos. Mientras se tomaba el primer mate, y aprovechando el silencio reinante en la cocina, siguió barruntando sobre cómo debía actuar ante semejante disyuntiva. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando apareció Ceferino, le dio los buenos días y preguntó por Juan de Dios. Pablo lo vio más serio de lo habitual.

—Se levantó tempranito como siempre, don Ceferino —le respondió Rita, mientras volvía a llenar el mate con un chorrito de agua caliente—. Debe estar

alimentando a las palomas con las migas de pan que me robó. ¿Le sirvo un café o va a querer tomarse unos amargos?

Ceferino aceptó un mate después de comprobar que a Medrano no le molestaba compartir la infusión con él. Miró de reojo al dueño de La Querencia. Después de lo que le había contado Mariana sobre el siniestro plan que había pergeñado esa mujer para recuperar parte de su herencia, ya no podía verlo con los mismos ojos. Aunque Medrano no sabía nada, y estaba seguro de que estaba interesado en otra mujer, le encrespaba los nervios que la tal Úrsula pudiese salirse con la suya. Después de todo, si Mariana y Pablo Medrano se casaban, el patrimonio que les había dejado Larrea por separado se convertiría en uno. Era una razón bastante poderosa como para que alguien tan ambicioso como Úrsula Pacheco usara a la muchacha a la que había criado como una hija para sacar provecho de la situación. Pero él no lo iba a permitir. Por el momento, respetaría la promesa que le había hecho a Mariana de seguir viéndose a escondidas hasta que ella misma pudiese hablar con la mujer. Le agradeció el mate a Rita y dejó la cocina para encontrarse con Juan de Dios en el palomar. No podía quedarse en la casa cuando lo único que deseaba era subir corriendo hasta la habitación de Mariana para darle los buenos días mientras la llenaba de besos. Ella era ahora su mujer, y a él se le llenaba el pecho de orgullo de saberla suya.

—Estaba raro el Ceferino, ¿no le parece? —preguntó Rita, con ganas de iniciar una conversación.

Pablo, absorto en sus propios pensamientos, no dijo nada, solo se limitó a asentir con la cabeza. Metió la mano en el bolsillo del chaleco para mirar la hora. Faltaban veinte minutos para las ocho, hora en la que, seguramente, los demás integrantes de la casa comenzarían a levantarse. Las criadas entraron en la cocina, le dedicaron una sonrisa amable y, de inmediato, se pusieron a cargar las bandejas con todo lo necesario para servir el desayuno en el comedor. Las observó en silencio mientras se movían de un lado a otro,

cortando el pan recién horneado o llenando las dulceras con las diferentes mermeladas que la propia Rita elaboraba en la estancia. Notó que, de vez en cuando, Amparito lo miraba de reojo, haciendo que se sintiera incómodo. Se levantó, metió la silla debajo de la mesa y se caló el sombrero. Mientras Diego y Almudena tomaban su desayuno, él aprovecharía para ir hasta el rancho que había construido en el bosque porque necesitaba estar solo. Le dejó dicho a Blanca que, si el clima lo permitía, saldrían para el pueblo a eso de las nueve, y que si para esa hora todavía no había regresado, lo esperasen. Aunque era algo inevitable, quería aplazar el momento lo más que pudiera.

—Parece que no solo Ceferino anda medio raro hoy —le comentó Rita apenas Pablo salió de la cocina rumbo a las caballerizas.

Amparito sonrió para sus adentros. Creía saber muy bien la razón por la que el patrón se había levantado de mal humor. ¡El plan de la señorita Almudena estaba funcionando mejor de lo esperado!

*

Almudena llevaba en pie un buen rato, pero al igual que Pablo y por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, retrasaba el momento de volver a verlo. El día anterior, apenas habían intercambiado un par de palabras y no sabía qué le esperaba. Después de ese peligroso juego que había iniciado con Diego, y del cual ahora no sabía cómo salir, tampoco tenía ganas de encontrarse con él. Estaba tan nerviosa que ni siquiera era capaz de decidir qué peinado luciría esa mañana o cuál de sus vestidos se pondría para ir al pueblo. Con el cepillo en la mano, se dirigió hasta la ventana y corrió las cortinas. El día, acorde con su estado de ánimo, había amanecido nublado. Apenas unos tibios rayos de sol intentaban colarse entre los espesos nubarrones que presagiaban tormenta. Quizá si se largaba a llover, Pablo resolvía suspender el viaje al pueblo. Era una buena solución para evitar

encontrarse con ellos. Podía permanecer encerrada en la habitación, alegando que no se sentía bien, y así, matar dos pájaros de un tiro. Mientras cavilaba, sin muchas esperanzas en lo que podría llegar a pasar si llovía, avistó que un jinete salía al galope del sector de las caballerizas en dirección al camino principal. Era Pablo, montado en su zaino. ¿Qué hacía dejando la estancia a caballo cuando se suponía que en menos de una hora debían partir rumbo al pueblo? La inquietud se apoderó de ella cuando comenzó a imaginarse a dónde estaba yendo. ¿Y si volvía borracho de nuevo? Y lo que era peor aún ¿si había ido a buscar a Eugenia Balbuena para castigarla por sus coqueteos con Diego? ¡No podía ser capaz de hacerle algo así!

Barruntando y con el ceño fruncido la encontró Amparito cuando entró a la habitación después de llamar a la puerta y no ser escuchada.

—¿Por qué está tan preocupada? —le preguntó, mientras terminaba de correr los cortinados—. ¡Debería estar más que satisfecha, señorita Almudena!

La rubia se giró sobre sus talones y la taladró con la mirada.

—¿Qué querés decir?

—¡Qué nuestro plan está dando resultado! —exclamó Amparito, batiendo las palmas mientras daba un saltito—. El patrón se levantó de mal humor esta mañana y creo que tanto usted como yo sabemos el por qué. ¡Y está así desde ayer! Cuando se encierra en el despacho, sin ganas de ver a nadie, es porque está muy preocupado o muy triste. Después de la conversación que tuvo con el señor Guzmán, es lo más lógico.

—¿Conversación? —inquirió Almudena, con los brazos en jarra y las piernas separadas—. ¿De qué conversación hablás?

Amparito sabía que, otra vez, había soltado la lengua antes de pensar. Sin embargo, era justo que ella supiera lo que había pasado entre don Pablo y su hermano la noche anterior.

—No se enoje conmigo, señorita Almudena —se atajó—, pero ayer, a la

hora de la siesta, andaba por el pasillo y cuando pasé delante de la habitación del patrón, me di cuenta de que estaba hablando con alguien. Me acerqué y entonces escuché la voz del señor Guzmán…

—¡Seguí! —la exhortó Almudena cuando Amparito se quedó callada.

La criada agachó la mirada y fijó su atención en los volados que tenía el delantal antes de continuar.

—El señor Diego le estaba diciendo a don Pablo que usted le gusta y que iba a hacer todo lo posible para conquistarla —le soltó por fin, volviéndola a mirar con cierto temor.

Almudena se quedó pasmada. ¡No podía ser verdad!

—¿Por qué lo hizo? —cuestionó, sin entender nada. Se desplomó sobre la cama con una expresión de desconcierto en el rostro—. Sabía que ese tonto plan que echamos a rodar iba a terminar mal.

—Pensé que era lo que quería, señorita Almudena —dijo, cuando ya no soportó más el silencio.

Almudena la miró.

—No pensé que Diego hablaría con Pablo, no cuando hace apenas un par de días que me acerqué a él con *otras intenciones* —manifestó, angustiada—. ¿Qué fue lo que oíste exactamente? —le preguntó al tiempo que se incorporaba y flexionaba las piernas encima de la cama.

Amparito le contó con pelos y señales sobre la seria conversación que habían sostenido Pablo y Diego el día anterior. Mientras la escuchaba, Almudena se terminaba de convencer de que había cometido un gran error. ¿Y si todo resultaba peor de lo que imaginaba? Según el relato de la muchacha, Pablo le había dicho a Diego que no iba a ser un obstáculo si él quería conquistarla ¡Estaba por caer en los brazos de otro hombre y a él no le importaba!

—Yo creo que el patrón dice una cosa, pero piensa otra muy distinta, señorita —adujo Amparito, como si tuviese el don de adivinar lo que cruzaba

por su mente en ese momento.

Almudena sentía que había caído en su propia trampa y que se alejaba cada vez más de Pablo. Tenía que hacer algo para ponerle remedio a un problema que ella misma había provocado.

—¿Sabés a dónde fue?

Amparito se encogió de hombros.

—No lo dijo, aunque conociendo al patrón, debe estar en algún rincón de estas tierras, buscando un poco de tranquilidad. Cuando no se encierra en el despacho de don Casimiro, que en paz descanse, suele irse al monte de chañares y quedarse ahí durante muchas horas.

—¿Al monte?

—Sí. Don Pablo, con sus propias manos, levantó un rancho en el lugar. Creo que con la intención de vivir ahí pero, por supuesto, don Casimiro prácticamente lo obligó a que se quedase en la casa.

—¿Dónde queda exactamente ese rancho?

—¿Por qué lo quiere saber? —si era lo que se estaba imaginando, estaba dispuesta a ir con ella para que no se perdiera en el camino.

—Por pura curiosidad —mintió.

—Está en una zona bastante alejada del casco de la estancia, casi en el límite entre el monte y las sierras… —No había terminado de decir aquello cuando vio que Almudena se ponía de pie, caminaba presurosa hasta el ropero y sacaba uno de sus vestidos—. ¿Qué piensa hacer, señorita?

Ella no le respondió. Se quitó el camisón por encima de la cabeza y se puso la enagua con movimientos casi frenéticos. Le pidió a Amparito que la ayudase con el vestido, se calzó sus botines más viejos por si tenía que andar mucho y se peinó el cabello a toda prisa, recogiéndolo en la nuca con un lazo. Tomó la capa que colgaba de la puerta y se dispuso a salir.

—¡Espere, señorita Almudena! —le gritó Amparito, tratando de alcanzarla en el pasillo.

Almudena se detuvo frente a las escaleras y se volteó.

—Tengo que ir a buscarlo y aclarárselo todo, Amparito —le dijo, presa de una angustia que nunca antes había sentido—. ¡Tengo que hacerlo!

—No puede ir sola hasta allá, ese monte es muy peligroso, sobre todo si piensa ir caminando. Además, como le dije, el rancho no está cerca. ¿Por qué no le pide al capataz o a alguno de los peones que le ensille un caballo mejor? Sabe montar, ¿no?

Almudena asintió. Aunque hacía mucho que no lo hacía, había aprendido de muy pequeña gracias a la paciencia de su hermano Gabriel.

—¿Quiere que vaya con usted? —se ofreció la muchacha al verla tan desesperada.

—No es necesario, Amparito, estoy bien —la tranquilizó—. Solo voy a pedirte un favor.

—El que mande, señorita —respondió, sintiéndose en parte culpable de lo que había sucedido. ¿Cuándo aprendería a no meterse donde no la llamaban?

—Preferiría que nadie me viese salir, mucho menos Diego.

—El señor Guzmán todavía continúa en su habitación. Si no quiere ser vista, lo mejor es que vaya por la cocina. Yo la voy a acompañar, aunque sea hasta las caballerizas para pedir que le ensillen el animal más manso, no sea cosa que termine sufriendo una caída en el monte.

—Está bien, vamos.

Bajaron de prisa las escaleras y se metieron en la cocina. Se encontraron con Rita, quien, sospechando que algo sucedía, simplemente se limitó a darle los buenos días y continuó inmersa en sus labores. Ya en la galería, mientras Amparito se aseguraba de que nadie las viera, Almudena se puso la capa encima del vestido. Metió el cabello debajo para evitar que le molestase a la hora de cabalgar. Esperó un momento hasta que Amparito le hizo señas de que la siguiera. En las caballerizas, un peón joven que miraba con muy buenos ojos a la criada, le acercó a una de las yeguas más dóciles, la misma con la

que Ceferino le estaba enseñando a montar a Mariana.

—Le presento a Duquesa, patrona. Es la más mansita de todas —aseguró el muchacho, poniéndose colorado cuando Amparito le sonrió—. Si la trata bien, no tendrá ningún problema.

Almudena le dio las gracias y, con su ayuda, logró subirse encima de la yegua que, al sentir su peso, empezó a abrir y cerrar los ollares para olerla.

—¿En serio no quiere que vaya con usted? Le puedo decir al Mauro que la escolte hasta el rancho —insistió, mirando de reojo al peón—. Él hace todo lo que pido, ¿verdad, Mauro?

El joven, quien hacía tiempo le arrastraba el ala a Amparito, terminó con las mejillas encendidas y balbuceando unas cuantas palabras a las que Almudena, en su afán de salir de allí lo antes posible, ni siquiera prestó atención.

—No va a pasarme nada, Amparito, no te preocupés —le apretó la mano al tiempo que le sonreía—. Si alguien pregunta por mí, le decís que salí a dar un paseo matutino.

—Está bien —respondió la muchacha, resignada—. Vaya con cuidado y no cometa ninguna tontería. Aunque seguirá estando dentro de los límites de la estancia, ese monte puede ser muy traicionero.

Almudena escuchó cada una de sus recomendaciones y se quedó callada cuando la bendijo mientras apretaba entre sus dedos la imagen de la virgen que llevaba en una medallita que colgaba de su cuello.

Salió al trotecito porque, aunque le había asegurado a Amparito que sabía montar, la falta de práctica la podía dejar en evidencia. Para ganarse la confianza de la yegua le iba acariciando la cruz a medida que se alejaban del casco de la estancia.

—Valiente, la señorita ¡y eso que viene de la gran ciudad! —exclamó Mauro, con admiración.

Amparito se le acercó y lo taladró con la mirada.

—¿Voy a tener que ponerme celosa? —se quejó, contoneando las caderas para volver a captar su atención.

Los labios del muchacho se ensancharon en una sonrisa. Oteó en todas las direcciones para cerciorarse de que no hubiese nadie cerca y la sujetó de la cintura para pegarla contra la pared.

—Sabés muy bien que sos la única que me interesa, Amparito —le susurró muy cerca del oído al tiempo que sus rápidas manos descendían hasta las caderas de la joven criada que lo tenía loco—. ¿Nos vamos a ver hoy en la noche? Hay romería en el pueblo y ando con muchas ganas de bailar con la prienda más bonita de toda la región.

Amparito sonrió y aceptó encantada su invitación. ¡Al fin podría estrenar el vestido que acababa de hacerle su madre! Estaba segura de que el Mauro se iba a quedar bizco cuando se lo viera puesto.

Mientras se dejaba lisonjear y besar por él, no podía apartar a la señorita Almudena de su pensamiento.

*

Úrsula no podía creer en su buena suerte cuando, al entrar al comedor, se encontró con Diego Guzmán. No había señales de Medrano ni de la mosquita muerta de la maestra por ningún lado. Le dio los buenos días y ocupó su lugar.

—¿La señorita Mariana no baja a desayunar? —le preguntó, sintiéndose algo incómodo de tener que compartir la mesa a solas con esa misteriosa mujer.

—Se encuentra algo indispuesta —contestó Úrsula, mientras se servía un poco de café.

—Lamento oír eso.

—Iba a ir con ustedes al pueblo para pasar por lo de la modista, pero creo que es mejor que se quede a descansar. Quizá la compañía de Mariana pueda

incomodarlo —deslizó, observando su reacción.

—¿Por qué piensa eso? Apenas la conozco como para que me moleste su presencia —respondió Diego, desconcertado ante la insinuación que acababa de hacerle esa mujer.

—Porque sé que haría un mal tercio entre usted y la señorita Izaguirre. Imagino que preferirían un poco de intimidad durante el largo trayecto que hay hasta Cruz del Eje.

—Le recuerdo que mi hermano también viaja con nosotros —respondió Diego, poniéndose a la defensiva. ¿Qué pretendía esa mujer?

—Aun así, ha hecho todo lo posible para acercarse a la maestra. —Sonrió con ironía—. No lo tome a mal, señor Guzmán, pero ambos sabemos que no es el único interesado en la muchacha.

Diego entró en estado de alerta. Pasó rápidamente de la incomodidad a la más inquietante de las incertidumbres.

—A Medrano también le gusta, y no creo que le importe demasiado ganársela, aunque usted sea su hermano —afirmó con cautela mientras revolvía su café—. No tuvo ningún escrúpulo a la hora de robarse la herencia de Marianita, así que, imagínese lo que puede llegar a ser capaz de hacer con tal de quedarse con la mujer que le interesa.

—¿Qué quiere decir con que se robó la herencia de Mariana? —inquirió Diego, picado por la curiosidad.

—Logró que el viejo Larrea le dejara la mitad de todos sus bienes, cuando la única heredera legítima es mi niña. Ella es la sobrina de sangre de don Casimiro, mientras que del tal Medrano no sabemos nada, ni siquiera de donde salió.

Diego se sorprendió. Además de descubrir que el gitano había despojado a la sobrina de Larrea de al menos la mitad de lo que le correspondía, era evidente que esa mujer lo repudiaba. Quizá, si era lo suficientemente inteligente, podría valerse de ese desprecio que sentía por él para usarlo a su

favor.

—No sabía lo de la herencia, Pablo no me lo comentó. —Comenzó a pensar que ese era el motivo por el cual se había mostrado reacio a que llevara la contabilidad de la estancia.

—Es así, tal como le digo. Por eso no nos hemos ido de La Querencia todavía. Vinimos para la lectura del testamento, pero como comprenderá, después de enterarnos de que Mariana debía compartir la herencia con ese hombre, no podemos regresar a Buenos Aires y dejar que ese intruso termine quedándose con todo.

A Diego le importaba muy poco si Medrano lo hacía, no era de su incumbencia. Él estaba allí por otro asunto muy distinto y no iba a permitir que nada ni nadie interfiriese en sus planes.

—¿Por qué me está diciendo todo esto, señora?

Antes de responder a su pregunta, Úrsula miró hacia la puerta.

—Señor Guzmán, ¿puedo llamarlo por su nombre de pila? —Después de que el joven asintió con la cabeza, continuó—: Mire, Diego, voy a ir directo al grano porque no me gusta andarme con rodeos. A usted le gusta la maestra y ambos sabemos que Medrano también está interesado en ella. Mi intención al quedarme en este lugar, no solo es proteger el patrimonio de Mariana, sino propiciar un acercamiento entre mi niña y ese hombre. Si Marianita consigue casarse con él, recuperaría lo que por derecho le ha pertenecido siempre, ¿me entiende?

Diego, sorprendido por la astucia de la mujer, la conminó a que siguiera hablando.

—Debemos unir nuestras fuerzas para evitar que esos dos terminen juntos. No nos hagamos los tontos, Diego, Medrano le lleva mucha ventaja. Conoció a la señorita Izaguirre antes que usted y eso nos juega en contra. Como mujer le puedo afirmar que la muchacha está perdidamente enamorada de él.

—Yo no estaría tan seguro —replicó Diego—. Durante estos últimos días,

Almudena se ha acercado más a mí, incluso le he hablado de lo que siento por ella…

—No se engañe —lo interrumpió Úrsula—, si mi olfato no me falla, me atrevería a decir que la maestra solo ha estado usándolo para darle celos a Medrano. He sido testigo de las miradas y los suspiros de la muchacha cada vez que lo tiene cerca. Y eso no es todo; encontré en su habitación una carta que le había escrito hace un tiempo y que, al parecer, nunca se animó a enviar.

—¿Se metió en la habitación de Almudena para esculcar entre sus cosas? —La audacia de esa mujer no conocía de límites y eso era precisamente lo que él necesitaba; alguien que no tuviese reparos en hacer lo que fuese con tal de conseguir sus objetivos. Tal vez no era mala idea aliarse con ella para destruir a Medrano.

—Tuve que hacerlo —dijo, para justificarse—. Mi deber siempre ha sido velar por los intereses de mi niña. La he cuidado y protegido desde que era muy pequeña y sé lo que es mejor para ella. —Y luego, poniendo su mejor cara de compungida, añadió—: Nuestra situación económica se ha visto afectada seriamente durante los últimos años. En este momento de su vida, casarse con ese hombre es la única salida para Mariana.

—¿Y cómo pretende lograrlo? Usted misma me acaba de decir que mi hermano está interesado en Almudena. Dudo entonces que termine enredándose con su protegida.

A Úrsula no le pareció apropiado el término despectivo que usó para referirse a la posible relación entre Mariana y Medrano, pero se aguantó. No podía enemistarse con él cuando buscaba precisamente todo lo contrario.

—La he estado aleccionando para que lo seduzca. Estará de acuerdo en que, a pesar de su escaso esmero en arreglarse, Marianita es una muchacha muy hermosa, capaz de enloquecer a cualquier hombre si se lo propone.

Diego asintió. Era verdad. La joven tenía cierto encanto; sin embargo, él se había dejado encandilar por la muñequita de porcelana fina.

—Si su intención es aliarse conmigo, quiere decir que su plan no ha funcionado, ¿me equivoco?

Úrsula tomó una servilleta, se secó los labios y apartó el plato con la taza de café a un costado.

—Es demasiado pronto para saberlo —contestó, sin perder en ningún momento esa altivez que la caracterizaba—. Pero creo que a usted también le conviene que Mariana logre conquistar a Medrano, para alejarlo de la maestra. —Aunque estaba dispuesta a trabar una alianza con él, no se atrevía aún a preguntarle sobre el pasado de su hermano. Las misteriosas palabras que había escrito Almudena Izaguirre la tenían muy inquieta. Sin embargo, prefería esperar y no jugarse todas las cartas en una única partida.

Diego se mesó el cabello y se llevó la mano al mentón.

—Está bien, digamos que le doy la razón y me convence de que todo sería mucho más sencillo si ambos nos aliamos para conseguir nuestros objetivos. Mariana trata de conquistar a Pablo y yo hago lo mismo con Almudena. ¿Cree que eso es suficiente para evitar que terminen juntos? —Su estratagema no era mala; sin embargo, no le gustaba depender de nadie. Sobre todo, porque su principal y gran propósito no era de índole sentimental. Él estaba allí para vengar la muerte de su primo. Si mientras esperaba el momento adecuado para actuar, podía disfrutar de la compañía de Almudena, mucho mejor.

Úrsula no supo qué decir. Trató de pensar una respuesta que fuese lo suficientemente categórica para que Diego Guzmán aceptara su propuesta.

—No perdemos nada con intentarlo —contestó, muy segura—. Si usted y yo estamos de acuerdo y buscamos lo mismo, será más fácil que el plan dé resultado. Nunca subestime a una mujer que sabe lo que quiere, Diego, porque podría sorprenderse.

La contundente respuesta que le dio Úrsula fue lo que terminó persuadiéndolo de aceptar su proposición.

—De acuerdo, Úrsula. Usted gana. —Se puso de pie y se inclinó hacia ella

para depositar un beso en el dorso de su mano para sellar así el pacto que acababan de hacer.

Ella no pudo evitar ruborizarse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que recibiera el halago de un hombre, sobre todo, de uno joven y tan atractivo como Diego Guzmán.

—No se va a arrepentir, se lo aseguro.

—Eso espero. —Rodeó la mesa y se dirigió a la salida—. Voy a ver por qué Almudena aún no ha bajado a desayunar. Se le va a hacer tarde para ir al pueblo.

—Vaya nomás, no es conveniente dejarla mucho tiempo a solas —dijo Úrsula, satisfecha con la actitud de su recién estrenado aliado. Ahora, ella tenía que lograr que Mariana también estuviese así de pendiente de Medrano para que su plan diera resultado lo antes posible.

*

Almudena le dio una suave patada a la yegua para aminorar el trote y alzó la vista. Unas espesas nubes grises encapotaban el cielo. Si no se daba prisa, quedaría atrapada en medio de la tormenta. No faltaba mucho. El monte de chañares se extendía delante de ella, a unos cuantos metros de distancia. Aunque Amparito no había sido muy precisa al darle las indicaciones de cómo llegar, suponía que, al estar dentro de los límites de la estancia, no le resultaría difícil encontrar el lugar.

Con más fuerza de voluntad que miedo, se internó en el monte y siguió por el estrecho sendero que se abría entre la espesa vegetación. Se había levantado un repentino ventarrón que mecía el pasto de un lado a otro con fuerza y soplaba entre los árboles, emitiendo un sonido inquietante.

Tuvo que mirar por encima de su hombro varias veces mientras avanzaba hacia su destino. Le había marcado a Duquesa un trote ligero porque

desconocía el terreno y no quería sufrir algún percance antes de llegar.

El monte era inmenso y aunque sabía que no podía ser posible, las sierras, en vez de acercarse, parecían estar cada vez más lejos. Hacía tanto que no montaba a caballo que le empezaron a doler los músculos de las piernas. También su trasero resentía la falta de costumbre. De repente, se dio cuenta de que el camino se torcía hacia la izquierda, y un poco más adelante se bifurcaba en dos direcciones. Amparito no se lo había mencionado. ¿O lo habría hecho y ella, ansiosa por salir detrás de Pablo, no le había prestado la debida atención? Al llegar al punto exacto en el cual el sendero se abría en dos, el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Una estela de humo se asomaba por encima de los árboles y fue la señal que necesitó para elegir el camino correcto. Aunque no era experta en calcular distancias, supuso que debía faltar al menos una legua para llegar. No le importó. Ni siquiera la posibilidad de que la sorprendiera la tormenta en medio del monte le preocupaba. Su único deseo era encontrar a Pablo y hablar con él.

Mientras la yegua iba ganando terreno, trotando a un ritmo parejo, Almudena no dejaba de pensar en lo que le diría apenas lo tuviese enfrente. Tal vez Pablo no quería verla y la regañaba por haber salido a buscarlo. Era una posibilidad, pero no iba a amilanarse… no ahora que ya casi estaba a punto de lograr su cometido. Aunque corría el riesgo de salir mal parada, ella simplemente no podía quedarse con los brazos cruzados después de enterarse de lo que Diego le había dicho. Era su culpa, y lo aceptaba. Darle celos para hacerlo reaccionar quizá no había sido la mejor opción, como aseguraba Amparito. Y ahora sufría por lo que Pablo podría estar pensando de ella. ¿La consideraría una coqueta, o aún peor, una descarada por acercarse a Diego cuando entre ellos había existido mucho más que un beso casto y puro? Con todas esas dudas dándole vuelta en la cabeza, el trayecto se le hizo breve.

El rancho al cual se había referido Amparito era una vivienda pequeña,

construida con muros de adobe, y el techo, con caída a dos aguas, estaba confeccionado de paja quinchada. Los postigos de la única ventana que alcanzaba a ver desde su posición permanecían cerrados. La puerta era de madera y se veía bastante sólida. También estaba cerrada. De inmediato se sintió atraída a ese lugar, sobre todo, después de saber que Pablo lo había levantado con sus propias manos. A un costado del rancho, se encontraba Gitano, pastando tranquilo con el hocico hundido en la hierba. Cuando la yegua relinchó, atrajo rápidamente su atención. Almudena miró hacia la casa, esperando ver aparecer a Pablo, pero él ni se asomó. Desmontó de un salto y, apretando bien fuerte las riendas, condujo a Duquesa hasta un bebedero que estaba empotrado a la pared lateral del rancho para que tomase un poco de agua. La yegua luego se aproximó al zaino y se puso a pastar a su lado. Cuando se aseguró de que la dejaba en buena compañía, se dio media vuelta y enfiló hacia la parte delantera de la vivienda. Se plantó frente a la puerta y dio dos golpes. Nadie respondió. Quizá había tocado muy despacio. Insistió, esta vez con más vehemencia, pero tampoco tuvo suerte. Estaba segura de que Pablo se encontraba allí. Su caballo y el humo que salía de la chimenea se lo confirmaban. A modo de picaporte, la puerta tenía una especie de gancho que, al insertarlo en un agujero, servía para trancarla. En ese momento, la pieza de fierro en forma de ocho colgaba sobre la madera. Le dio un suave empujón con la intención de abrir la puerta y, una vez dentro, la cerró enseguida para mantener la calidez que reinaba en el rancho. Descubrió que estaba vacío. Lo primero que hizo fue barrer con la mirada el lugar. Sus ojos verdes, curiosos, lo recorrieron de palmo a palmo, deteniéndose en cada objeto. Por las dimensiones que había percibido desde el exterior, no le sorprendió que todo ocupase un único ambiente. El piso era de ladrillo. A pesar de la rusticidad del lugar, estaba limpio y ordenado.

Había una mesa y una sola silla. En dos estantes incrustados en la pared, varios libros desordenados, apilados uno encima del otro. Se acercó y leyó

los lomos. Tres novelas de autores españoles, un ejemplar del *Fausto*, de Estanislao del Campo, una edición de lujo de la *Enciclopedia Moderna* y muchos volúmenes sobre Historia Universal. También se topó con un romancero de Lope de Vega que ella había leído y releído durante su adolescencia. En el rincón, debajo de la ventana, un jergón de paja cubierto con algunas mantas hacía de cama y, junto a la chimenea en donde ardían los leños, había un armario cuyas dos puertas se encontraban cerradas. Cuando las abrió para husmear en su interior, descubrió varias clavas de madera similares a las que Pablo le había obsequiado a su sobrino Leandro.

Afuera, el viento rugía con más fuerza, haciendo que los pesados postigos de madera se sacudieran. A Almudena casi le da un síncope cuando un relámpago ensordecedor tocó el suelo, haciendo que las paredes del rancho temblasen. Se cubrió las orejas y cerró los ojos. Después de algunos segundos de absoluto silencio, en los cuales logró calmar el alocado bombeo de su corazón asustado, se desató una feroz tormenta. Se acercó a la chimenea y, aunque no tenía frío, extendió las manos para calentárselas.

¿Dónde se había metido Pablo? La llama del único farol que iluminaba el lugar se atenuaba por causa del aire que se colaba por debajo de la puerta, y amenazaba con apagarse. Se tocó el relicario y le pidió a la virgencita que no lo permitiera. No debían ser más de las nueve de la mañana, pero la tormenta lo había oscurecido todo. Se quitó la capa y la dejó encima de una de las sillas. Desesperada, comenzó a dar vueltas en el lugar, mientras oía cómo caía la lluvia. Entonces pensó en los caballos. La pobre Duquesa estaría empapada y seguramente, tan asustada como ella. No había visto ningún establo o refugio en el lugar. Quizá era absurdo preocuparse por los caballos, pero no podía evitarlo. Corrió hacia la ventana y empujó uno de los postigos. Una ráfaga de viento y agua le azotó el rostro. Arrimó un poco la hoja para resguardarse de la lluvia y aguzó la vista para tratar de ver a los animales. Ya no estaban en el mismo sitio donde los había dejado. A través de la espesa cortina de agua,

alcanzó a distinguir sus siluetas a varios metros de allí, debajo de un frondoso chañar. Suspiró aliviada; al menos habían encontrado un sitio en donde guarecerse hasta que pasara la tormenta.

Mientras luchaba contra el viento para tratar de cerrar el postigo, la puerta del rancho se abrió de golpe. Su corazón se detuvo. Se volteó muy despacio y, al hacerlo, sintió que le temblaban los labios.

Allí estaba Pablo, con su imponente altura y las piernas bien separadas. Aunque el frío ya se había colado en el rancho, condensando el aire, él no se movió de su sitio. Traía leña para mantener la chimenea encendida. Llevaba el cabello suelto y estaba todo mojado. La ropa se le había pegado al cuerpo, marcándole los músculos. Respiraba ligero, seguramente debido al esfuerzo que habría hecho para llegar hasta el rancho bajo la lluvia.

Almudena fue incapaz de pronunciar palabra mientras él permanecía allí, petrificado, taladrándola con la mirada. Se sintió culpable por haber invadido su intimidad de esa manera. Pero ni siquiera podía abrir la boca para pedirle una disculpa. Su primer impulso fue el de salir corriendo; sin embargo, no lo hizo. No se iría de ese rancho hasta que él no escuchase lo que tenía para decirle.

Tragó saliva, se acomodó un mechón de pelo que el viento había despeinado y, armándose de valor, lo miró directamente a los ojos.

—Pablo, tenemos que hablar.

TORMENTA DE PASIONES

Pablo no le contestó. Cerró la puerta de una patada y avanzó hacia ella con paso firme. Arrojó la leña delante de la chimenea y se frotó las manos para entrar en calor. ¿Qué demonios estaba haciendo Almudena allí? El rancho era su refugio y nadie se atrevía a meterse sin su permiso. Ni siquiera don Larrea lo hacía, porque respetaba su intimidad y cuando sabía que él estaba allí, rumiando sus penas, esperaba su regreso a la estancia para hablarle y darle algún que otro consejo o simplemente una palmada en el hombro cuando la necesitaba. ¿Por qué el destino se empeñaba en jugarle chueco? Se había recluido en el rancho precisamente para escapar de ella y ahora se la encontraba allí, tentadoramente hermosa y con la clara intención de hablar con él.

—¿Me escuchaste? —insistió Almudena, preocupada por su enigmático silencio.

Pablo tuvo que morderse la lengua para no decir algo indebido. No tenía derecho a estar en ese lugar. No podía continuar atormentándolo de esa manera.

—¿Qué haces aquí, Almudena? —preguntó finalmente, mientras contemplaba cómo las llamas del fuego iban devorando poco a poco los leños, ya convertidos casi en brasas. No se atrevía siquiera a mirarla.

—Ya te lo dije, quiero hablar con vos. —Intentó acercarse, pero desistió de hacerlo cuando comprendió que Pablo estaba molesto con su presencia.

—No debiste haber venido —dijo, en un tono cortante. Luego, volvió a

refugiarse en el silencio.

Almudena no estaba preparada para sentir su rechazo. Tuvo muchas ganas de llorar, pero no lo hizo. Si había tenido el coraje de llegar hasta allí, no podía acobardarse precisamente ahora. Estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario para que se decidiera a hablar con ella. Mientras, se dedicó a observarlo. Tenía el ceño fruncido y el fuego se reflejaba en sus ojos verdes. Desde su posición podía disfrutar de su magnífico perfil. Delineó con un dedo invisible su nariz, que, aunque no era perfecta, una pequeña curva en la parte superior la hacía muy atractiva. Se detuvo un instante en sus labios entreabiertos y luego posó los ojos en la prominente nuez de Adán que se asomaba por debajo de la barba. La ropa mojada pegada a su cuerpo era una visión perturbadora; sin embargo, no podía apartar la mirada. Contuvo el aliento cuando Pablo se quitó el chaleco y comenzó a desabrocharse los botones de la camisa.

—¿Qué vas a hacer? —la pregunta estaba de más. Era evidente cuál era su intención.

Pablo volteó la cabeza y, con una sonrisa socarrona, retrucó:

—¿Tú qué crees? —Con un rápido movimiento se despojó de la camisa y la dejó encima del chaleco.

Aunque no era la primera vez que lo veía desnudo, las mejillas de Almudena se tiñeron de un rojo escarlata.

—No voy a pescarme un resfriado simplemente para evitarte un momento de bochorno —replicó él al notar cómo la muchacha se había ruborizado. Se llevó ambas manos a la pretina del pantalón y se detuvo un instante—. No hace falta que te escandalices, Almudena. Tú y yo sabemos muy bien que has hecho mucho más que contemplar mi desnudez ¿ya lo has olvidado o quieres que te refresque la memoria?

Avergonzada, pero también molesta por su insinuación tan insolente, Almudena prefirió no contestarle.

Pablo percibió la furia en sus adorables ojos verdes y enseguida se arrepintió de sus palabras. No quería incomodarla, pero sentía que era la única manera de que ella se marchara y ya no lo torturase con su presencia. Bajo la atónita mirada de Almudena, se deshizo también de los pantalones mojados hasta quedarse en calzones. Si su intención era asustarla y que saliera corriendo del rancho, el tiro le salió por la culata, porque Almudena no se movió un ápice de su sitio.

—Vine a buscarte porque tenemos que hablar —dijo, por fin, haciendo un gran esfuerzo por mantener la cabeza en alto y no distraerse con su espléndida anatomía de músculos largos y bien definidos.

Pablo se apartó el cabello del rostro y, al hacerlo, el anillo que llevaba en su dedo meñique emitió un destello que captó la atención de Almudena. Coral le había comentado una vez que lo había heredado de su madre y que nunca se lo quitaba.

—¿Qué es tan urgente que no podías esperar a que volviera a la casa? —inquirió él, dándose media vuelta.

Almudena tragó saliva. Seguía parada en el mismo sitio, junto a la mesa, con las piernas temblando como si fueran de gelatina. Si su cuerpo de perfil le había parecido imponente, ahora que podía verlo de frente, se quedó muda. Una cosa era Pablo desnudo y borracho, tirado en su cama. Otra muy distinta tenerlo allí, a pocos metros de distancia, plenamente consciente y con ese inescrutable brillo en la mirada que no se atrevía siquiera a descifrar.

—Se trata de Diego.

El rostro de Pablo se transformó. ¿Había ido hasta allí por causa de Diego?

—No hace falta que digas nada, él ya habló conmigo —respondió, esforzándose para que ella no descubriese lo mal que le hacía estar en medio de toda esa situación—. Y si lo que te preocupa es que me oponga a que haya algo entre ustedes, puedes quedarte tranquila que no lo haré. —Tomó una de las mantas más pequeñas y comenzó a secarse el torso.

Almudena, hipnotizada por sus movimientos, apenas logró enfocarse en lo que debía responderle. Pablo le hablaba con frialdad, como si el hecho de que otro hombre pretendiese ganarse su corazón le importara muy poco. Por un instante, la embargó la más asfixiante de las incertidumbres. ¿Y si había malinterpretado todo? Estaba tan confundida con su actitud, que empezaba a creer que los supuestos celos que había despertado en Pablo no eran más que el fruto de su imaginación. Tal vez ese estúpido juego que había iniciado con Diego solo había servido para confirmar sus peores temores: que Pablo pensara que ella era una coqueta y se preocupase en proteger su reputación con la única intención de mantener la palabra dada a su hermano Gabriel. Aunque le doliera confirmarlo, no se iría de allí hasta descubrir la verdad.

—La declaración de Diego me tomó por sorpresa —manifestó, tras aclararse la garganta—. Jamás imaginé que se fijaría en mí, aunque Amparito me aseguraba lo contrario.

—¿Amparito? —Pablo dejó de frotarse el pecho para mirarla.

Almudena asintió.

—Ella ha sabido aconsejarme muy bien. Se ha convertido en mi amiga.

Pablo dudaba que una muchacha atrevida y propensa a los chismes como Amparito Flores pudiera ser capaz de dar un buen consejo.

—No deberías hacer caso a todo lo que te diga esa muchacha, Almudena —le advirtió, con la firme sospecha de que la estaba aleccionando para que se acercara a Diego de la manera en que lo hacía. Sabía muy bien de las mañas de la criada, ya que la había visto en varias ocasiones buscando a Mauro por la estancia o preguntado por él a los demás peones—. Eres una señorita de familia y, por si lo has olvidado, mientras vivas en La Querencia, estás bajo mi responsabilidad. El día que te vayas podrás hacer lo que te plazca. Si te hace ilusión que un hombre como Diego te corteje, nadie te lo va a impedir. Ni siquiera yo.

Almudena apretó los puños hasta que los nudillos de los dedos se tornaron

blancos.

—¡Por supuesto que me complace que un hombre tan apuesto e interesante como Diego Guzmán me corteje! —declaró, alzando considerablemente la voz —. ¡Él puso en riesgo su vida para salvar la mía! ¡Le debo mucho y estoy segura de que Gabriel aprobaría que me casara con alguien así!

—¿Casarte? —Era una opción que no había contemplado—. ¿Estás pensando en casarte con mi hermano?

Almudena le lanzó una mirada desafiante. Se dio cuenta de que era la primera vez que se refería a Diego en esos términos desde que había puesto un pie en el rancho.

—¿Por qué no? —rebatió, montando en cólera—. ¿Acaso *tu hermano* no es digno de pedir la mano de una joven de familia como yo en matrimonio? ¿O tal vez la que no es merecedora de casarse con un hombre como él soy yo? En todo caso, Pablo ¿qué demonios te importa a vos lo que haga o deje de hacer con mi vida amorosa?

Después de su exabrupto, él se la quedó mirando. Estaba roja de la furia, con un destello tan intenso en los ojos que hacía que parecieran más oscuros. Tres arrugas le marcaban la frente y tenía los labios apretados. Sus redondeados pechos se movían al ritmo de su respiración y tenía los puños cerrados en una clara actitud combativa. En vez de provocarle gracia o enojo, sintió mucha ternura por ella. Sin querer, se le escapó una sonrisa y supo que acababa de cometer un terrible error.

—¿Qué es tan gracioso? —le espetó, poniendo los brazos en jarra.

—Tú, Almudena —respondió, aun a costa de ganarse algún insulto por ser sincero con ella—. En el fondo, no dejas de ser una chiquilla malcriada, acostumbrada a obtener todo lo que desea con solo chasquear los dedos.

—¿Eso es lo que pensás de mí? —A Almudena le hervía la sangre. Estaba indignada por su comentario. ¡Una chiquilla! ¡Y encima había tenido el tupé de decirle que era una malcriada!—. ¡Por si no te has dado cuenta, hace mucho

tiempo que dejé de ser una niña, Pablo! ¿Acaso nunca vas a verme como a una mujer?

De repente, Pablo se desentendió de ella, dándole la espalda para ocuparse de la ropa mojada. No quería que descubriese cuánto lo había incomodado su pregunta. Se puso nervioso al escuchar que se acercaba a él.

—¿No vas a responderme? —insistió, empeñada en continuar con la discusión. Se puso a su lado para que pudiese verla. Como él prefería ignorarla, le arrancó la camisa de las manos y la arrojó al suelo para así volver a tener toda su atención.

Pablo le lanzó una mirada furibunda, pero ella no se amilanó, todo lo contrario. Se estremeció desde la cabeza hasta los pies cuando, además de la ira, percibió el deseo contenido en esos ojos verdes que tanto adoraba.

El silencio que se generó entre ambos solo era perturbado por el crepitar de los leños en la chimenea y el sonido de la lluvia, que ahora caía con más intensidad sobre el campo. Almudena ya no podía seguir callando lo que sentía. Necesitaba que él supiera cuánto lo amaba.

—Aunque no lo quieras ver, yo ya no soy una niña, Pablo. —Le imprimió seguridad a sus palabras a pesar de que le temblaba la voz—. Hace mucho que he dejado de jugar con las muñecas y mi cuerpo ha cambiado. —Se ruborizó cuando él le miró el escote del vestido—. Soy joven e inexperta, pero sé muy bien lo que sucede cuando un hombre y una mujer se gustan.

—¿Y qué es lo que sucede entre un hombre y una mujer cuando se gustan, según tu escasa experiencia? —quiso saber él. Había dejado la ira de lado, pero aún se mantenía a la defensiva, valiéndose de la ironía. Se encontraba semidesnudo, delante de la culpable de sus desvelos, no podía bajar la guardia.

Almudena tragó saliva. ¿En verdad le acababa de hacer semejante pregunta? No supo cómo hizo, pero consiguió sostenerle la mirada. Quizá era la señal que había estado esperando durante tanto tiempo. Tal vez era el momento de

dejar el miedo de lado. Ese miedo paralizante al rechazo, a descubrir que su corazón le pertenecía a otra mujer y terminar con el suyo roto en mil pedazos.

—Supongo que algo muy similar a lo que sucedió entre nosotros la otra tarde en la cocina —le soltó, tratando de sonar lo más seductora posible. No se conformó con mirarlo de esa manera tan provocativa, se acercó un poco y le tocó el brazo desnudo—. Desconocía el poder de un beso o ese torbellino de sensaciones que nace justo acá. —Con la punta del dedo índice, se tocó en el medio del pecho—: Y llega hasta aquí —agregó, deslizando la mano hasta alcanzar la parte baja de su vientre—. Aunque mi nana alguna vez trató de explicarme lo que ocurre entre un hombre y una mujer en la intimidad… lo que viví y sentí con vos, mientras me besabas, no se puede expresar en palabras.

Pablo sintió cómo se le iba secando la garganta a medida que Almudena hablaba. No era solamente lo que decía, el verdadero peligro residía en el tono sensual que utilizaba para dirigirse a él. Su mano comenzó a subir hasta apoyarse en su hombro. El espacio entre ambos se fue reduciendo considerablemente en apenas un instante, y él, que no podía pensar con claridad, no era capaz de apartarla de su lado.

—Almudena… —su nombre brotó de los labios masculinos en apenas un susurro. El pulso se le aceleró cuando ella respondió con una sonrisa. No podía caer en su juego, fuese cual fuese, no podía. Aferrándose a su fuerza de voluntad, minada por su excitante cercanía, la sujetó de las muñecas para detenerla antes de que cometiera una locura—. No es prudente que sigamos con esto, no sería justo para Diego. Lo que ocurrió en la cocina, nunca debió pasar. Te dije que había sido un error y ya lo he olvidado. Pensé que tú también lo habías hecho.

—¿De verdad lo olvidaste, Pablo? —Almudena bajó la cabeza y posó los ojos en su entrepierna, allí, en donde se percibía un ligero bulto en los calzones—. ¡Me parece que cierta parte de tu anatomía se acuerda muy bien!

El atrevido comentario de Almudena, sumado al descaro en su mirada, casi

lo hacen sucumbir a sus provocaciones. Su propio cuerpo lo estaba traicionando.

—¡Basta, Almudena! —No fue una orden, más bien una súplica desesperada; un último intento para hacerla entrar en razón. Ella seguía desafiándolo con cada mirada y cada gesto, haciendo tambalear su cordura.

—¿No te gusto, Pablo? ¿Tan poco interesante soy para vos? —Le estaba apretando las muñecas y su calor le quemaba la piel. Ella estaba impedida de tocarlo, pero llevó su juego al límite cuando se humedeció los labios con la lengua en un claro gesto de invitación.

Pablo sintió el pinchazo en la ingle y unas ganas incontrolables de cerrarle la boca con un beso. Mientras la sensatez intentaba rebelarse en contra de sus deseos; cada fibra de su ser le pedía a gritos que la tomase entre sus brazos y la volviera a besar, como esa tarde en la cocina, cuando se había dejado llevar por lo que sentía.

—¿Por qué estás haciendo esto, Almudena? ¿Qué importa lo que yo piense de ti, cuando pareces encantada con la atención que te presta mi hermano? —Meter a Diego en el medio de la conversación le permitía frenar sus propios impulsos—. Has venido para hablarme de él; sin embargo, veo que tus intenciones son otras. —Respiró profundo mientras batallaba con la acuciante erección que ya no podía disimular y se dispuso a continuar—. No sé lo que quieres escuchar, Almudena, pero está bien, lo reconozco. Te has convertido en una mujer muy hermosa, capaz de enloquecer a cualquier hombre. —Vio que ella sonreía complacida—. Diego cayó preso de tus encantos apenas te conoció; si mal no recuerdo, el tal Carlos Guerrero también babeaba por ti la noche de tu cumpleaños. Yo tampoco soy de piedra, Almudena y es muy difícil contenerme cuando me provocas con tanta insolencia, haciendo que me hierva la sangre y mi miembro se ponga duro. La pasión solo se puede apaciguar con un buen revolcón. ¿Es a eso a lo que has venido hasta aquí? ¿Quieres quitarte la calentura conmigo mientras juegas el papel de la noviecita recatada con mi

hermano?

Las crueles palabras que le escupió Pablo en la cara le borraron la sonrisa de un plumazo. Como pudo, Almudena consiguió soltarse, y antes de que él volviera a abrir la boca, le propinó una fuerte bofetada que lo obligó a retroceder. El intenso escozor que sentía en la mano era insignificante frente a la humillación por la que acababa de pasar. A ella también le hervía la sangre, pero era de rabia y de impotencia. Quería gritarle la verdad, esa verdad que venía callando desde hacía tanto tiempo y que la estaba ahogando. Lo maldijo y se maldijo por haber permitido que la situación se le fuera de las manos. Un refucilo estalló en el cielo en el preciso instante en el que Almudena se dirigió hacia la salida, huyendo del hombre que amaba.

EL DESPUÉS NO IMPORTA

Semidesnudo como estaba, Pablo salió raudamente del rancho para tratar de alcanzar a Almudena. La vio junto a los caballos, haciendo un gran esfuerzo para montarse en la yegua sin caerse. La falda del vestido, que el viento azotaba con fuerza, entorpecía sus movimientos. Logró poner un pie en el estribo, pero Duquesa, nerviosa y asustada por la tormenta, empezó a corcovear. A Almudena no le importó. Estaba más que dispuesta a alejarse de allí, aun a costa de sufrir un accidente en la huida.

Con apenas un par de zancadas, Pablo llegó hasta ella.

Almudena intentaba aferrarse a la silla de montar para tomar impulso cuando sintió los brazos de Pablo alrededor de la cintura.

—¡Déjame! —le gritó, retorciéndose con desesperación en su afán de que la soltara.

—¡No vas a irte así, Almudena! —replicó él, alzando la voz por encima del ensordecedor sonido de la lluvia que ahora caía con más intensidad. La obligó a que se volteara, sin soltarla en ningún momento por temor a que saliera corriendo—. ¡No voy a dejar que te vayas y termines tirada en el monte con una pierna rota o algo peor!

—¡Y a vos qué te importa lo que pueda pasarme! —saltó, golpeándolo en el pecho desnudo con los puños cerrados.

—¡Basta! —La sujetó de las muñecas para detenerla—. ¡Ahora sí que te estás comportando como una niña malcriada!

Almudena le lanzó una mirada asesina. No podía utilizar sus manos para

defenderse, entonces se las ingenió para darle una patada en la espinilla y Pablo no tuvo más remedio que soltarla. Aprovechando su descuido, se echó a correr. Ya no era necesario perder tiempo con la yegua, llegaría a la casa por sus propios medios.

Pero su intento de fuga se vio frustrado unos cuantos metros más adelante, cuando se tropezó con unas ramas que sobresalían del terreno y terminó de bruces en el suelo. Por fortuna, alcanzó a apoyar los brazos antes de estampar su rostro en el barro. Recitó una retahíla de improperios cuando escuchó que Pablo se carcajeaba, burlándose de su desgracia. Ni siquiera se animaba a darse vuelta para mirarlo. Hundiendo ambas manos en el charco en el cual había caído, consiguió ponerse de rodillas. Su vestido estaba hecho un desastre.

—Déjame ayudarte —le ofreció Pablo, parado justo detrás de ella.

—¡No hace falta! ¡Yo puedo sola! —le gruñó. Aunque le llevase toda la mañana, no aceptaría su ayuda. Miró a su alrededor, buscando alguna cosa a la cual sujetarse para ponerse en pie, pero no había nada, solamente el brazo de Pablo, extendido hacia ella. Tragándose su orgullo, dejó que él la ayudase. Apenas logró levantarse, y sin darle siquiera las gracias, enfiló de regreso al monte. Su capa había quedado en el rancho, pero prefería pasar frío antes que ir por ella.

—¡Almudena, vuelve aquí! —le ordenó Pablo. El agua fría cayendo sobre su piel desnuda le calaba los huesos, aun así, no pensaba desistir—. ¡No cometas una locura! ¡No te vayas!

Ella se hizo la sorda y continuó alejándose.

Pablo, harto de su comportamiento infantil, fue detrás de ella para detenerla. No le soltó ninguna advertencia más porque sabía que era inútil. Lo que Almudena necesitaba era un buen escarmiento. No iba a permitir que atravesara el monte, sola y con semejante tormenta.

Apenas la tuvo al alcance de la mano, y antes de que volviera a escaparse,

Pablo la sujetó de la cintura para obligarla a darse vuelta.

Almudena ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando la levantó en el aire y la cargó encima de su hombro izquierdo como si ella fuese un fardo. No podía patalear porque Pablo le apretaba los muslos contra su pecho, impidiéndole cualquier movimiento.

—¡Pablo! ¿Qué demonios estás haciendo? ¡Bajame! —le reclamó, mientras se apartaba el cabello mojado del rostro. Llovía tan copiosamente que le costaba mantener los ojos abiertos.

—¡No lo haré, Almudena! —le gritó Pablo, avanzando por el terreno fangoso con cuidado. Los dos ya estaban demasiado sucios y mojados como para terminar en una situación peor.

Almudena volvió a valerse de sus manos para tratar de liberarse. Lo golpeó en la espalda hasta que le dolieron los dedos, en su frustración, incluso tuvo el impulso de clavarle las uñas, pero no lo hizo porque no deseaba lastimarlo. Aunque no lo reconociera delante de él, sabía que su comportamiento no era precisamente el de una mujer sensata, allí, colgando del hombro de Pablo, con el vestido embarrado y el orgullo herido, se parecía más a una niña berrinchuda. Desistió de cualquier intento por tratar de escapar cuando, al ingresar al rancho, Pablo cerró la puerta de una patada. Él le puso las dos manos en el trasero y se tomó su tiempo para bajarla. Almudena sintió que, a pesar de su enojo, Pablo estaba disfrutando de todo aquello. Apenas sus pies tocaron el suelo, se apartó de su lado y corrió hacia la chimenea para calentarse.

—No es conveniente que te quedes con esa ropa mojada puesta —le dijo, acercándose él también al calor del fuego.

Almudena le lanzó una mirada asesina, la enésima de esa mañana, y se cruzó de brazos cuando percibió que la tela mojada se le había pegado al cuerpo, marcándole los pezones. Se le subieron los colores a la cara al percibir que ahora era ella quien se encontraba bajo el escrutinio de Pablo. No

pensaba quitarse la ropa. Él lo había sugerido con tanta naturalidad que a ella se le puso la piel de gallina, y sabía que no era precisamente por causa del frío.

—Deberías hacerme caso —insistió Pablo, restregándose las manos para entrar en calor. Haberse expuesto a la lluvia lo había dejado con los calzones empapados, sin embargo, no podía quedarse completamente desnudo delante de ella. La observó fijamente mientras Almudena no hacía más que castigarlo con la indiferencia.

—¡No voy a quedarme en paños menores! —despotricó, dándole vuelta la cara.

Pablo, armándose de paciencia, respiró hondo antes de seguir hablando.

—No puedes regresar a la estancia con ese aspecto; además, hace demasiado frío y terminarás enfermándote. Recuerda que debo velar por tu bienestar. No quiero que tengas una recaída.

—Si te referís al cólera, ya estoy completamente recuperada —respondió, dejando de lado, por el momento, la hostilidad. Aunque se había dedicado a hacerle la vida imposible desde que la encontrase en el rancho, era reconfortante saber que Pablo se preocupaba por ella.

—Si tu temor es que me atreva a espiarte, puedes quedarte tranquila. —Le dio la espalda para que no le quedaran dudas de su honestidad—. Quítate la ropa mojada y envuélvete con una de las mantas, así entrarás en calor más rápido.

Almudena lo miró por el rabillo del ojo. Que Pablo se hubiese volteado no era garantía de nada; sin embargo, debía darle la razón. Cuanto más tiempo permaneciera con la ropa puesta, más posibilidades de enfermarse tendría. Y no podía caer en cama justo ahora, cuando faltaban apenas dos días para el comienzo de las clases. Se alejó un poco y empezó a desvestirse muy despacio porque a cada rato se cercioraba de que Pablo no le hiciera trampa. Deslizó el vestido por su cuerpo hasta que cayó al suelo y se agachó para levantarlo.

Ella no podía ver que, mientras se quitaba las enaguas, Pablo se mordía los labios para cumplir con su palabra. No era sencillo mantenerse al margen cuando sabía que la mujer que deseaba se estaba desnudando a pocos metros de él.

Almudena titubeó unos instantes antes de deshacerse de las dos últimas prendas que cubrían su cuerpo. Las medias y el calzón también estaban hechos un desastre. Se sentó en el jergón de paja y comenzó a quitarse las medias.

Pablo contuvo el aliento. Ahora que Almudena había cambiado de sitio, se reflejaba en el cristal de la ventana. A pesar de que su imagen se veía distorsionaba, podía apreciar sus esbeltas piernas mientras ella las iba despojando de las medias. Cuando se incorporó para terminar de desvestirse, cerró los ojos. Era una tentación espiarla, sin embargo, se sentía demasiado culpable por todas las barbaridades que le había dicho como para encima faltar a su promesa de no mirarla.

Almudena, ajena a las tribulaciones de Pablo, terminó por quedarse completamente desnuda después de quitarse también el calzón, que no solo estaba mojado, sino que también había sido alcanzado por el barro tras su aparatosa caída en el charco. Rápidamente tomó una de las mantas y se cubrió con ella hasta el cuello.

—Ya estoy lista —le anunció mientras se atusaba el cabello. Estaba sucio y olía a tierra mojada. Necesitaría un buen baño apenas regresara a la estancia. Con todo lo acontecido, había perdido la noción del tiempo. Seguramente Diego la estaría esperando para ir al pueblo.

Pablo se giró sobre sus talones y volvió a arrimarse a la chimenea. En silencio, se agachó y arrojó un leño en su interior para alimentar el fuego.

Almudena dejó escapar un suspiro. En esa posición su larga cabellera dorada le caía por encima del pecho. ¡Dios, era tan dolorosamente atractivo!

Mientras ella lo admiraba, Pablo, sin pedirle permiso, recogió toda su ropa del suelo y la colgó de una de las sillas para que se secara. Ella desvió la

mirada cuando lo vio tocar su calzón.

—Yo podría haberlo hecho —repuso, a sabiendas de que no se hubiese movido ni un centímetro por temor a que, en algún descuido, terminara desnuda delante de él.

—Quería devolverte el favor —le dijo, utilizando de nuevo ese tono burlón que solo encrespaba los nervios de Almudena.

—No era necesario, Pablo. Te puedo asegurar que lo que hice esa noche, lo hice con mucho gusto —replicó ella, retribuyéndole la estocada.

—¿De verdad? —inquirió él, más que dispuesto a retomar ese asunto que, de alguna manera, había quedado pendiente entre ellos. Ladeó la cabeza y la miró, ansioso por oír su respuesta.

Almudena tragó saliva. Había entrado en su juego y ahora no sabía cómo salir.

—Creí que lo que pasó al día siguiente en la cocina fue lo suficientemente convincente como para que no te quedase ninguna duda de lo mucho que lo disfruté. —Se acomodó y la manta se abrió por un costado, revelando buena parte de su muslo izquierdo. Podría haberse cubierto, pero no lo hizo. Sin proponérselo, estaba ejerciendo una especie de poder sobre él y lo utilizaría a su favor—. Como te dije hace un rato, mi cuerpo ya no es el de una niña. Siento lo que cualquier mujer siente, Pablo.

Con un brusco movimiento, él se puso de pie, obligándola a levantar la cabeza para poder mirarlo.

—¿Hasta cuándo vas a continuar provocándome de esa manera, Almudena? —la confrontó, haciendo un esfuerzo sobrehumano en controlar sus impulsos.

Lo que hizo Almudena a continuación le quitó el aliento.

Sin decir absolutamente nada, se levantó y con un rápido movimiento, dejó caer la manta, quedándose completamente desnuda.

—Hasta que te des cuenta de que hace tiempo dejé de ser esa niña a la que conociste después de casi perder la vida por culpa del cólera; hasta que

entiendas que soy una mujer con deseos y apetitos como cualquier otra. —Le temblaba la voz; sin embargo, se armó de valor para continuar—. Y lo único que sé, es que quiero estar entre tus brazos. —Se aproximó más a él—. Te necesito, Pablo. Aquí y ahora. El después, no me importa… solo deseo sentirte dentro de mí.

A Pablo le costaba respirar. El cuerpo desnudo de Almudena era una visión subyugante. Los pezones, rosados y enhiestos, se abrían paso debajo de su larga caballera, la cual caía sobre sus pechos y llegaba hasta rozarle el ombligo. Estaba mojado, con vestigios de barro, pero a la luz del fuego, parecía tener luz propia. Sus ojos verdes, hambrientos de deseo, recorrieron su cintura estrecha y bajaron por la curva sinuosa de sus caderas, deteniéndose en ese triángulo cubierto apenas con un poco de vello dorado que se asomaba por su entrepierna. Su miembro comenzó a palpitar y el calzón ajustado se había convertido en un verdadero estorbo. Ansiaba deshacerse de la última prenda mojada que cubría su desnudez, pero la osadía de Almudena le impedía reaccionar.

Ella se acercó aún más, poniendo en jaque su cordura. Cuando desvió la mirada hacia abajo y sonrió al ver su erección, Pablo ya no pudo soportarlo. Era demasiada audacia de su parte. Aunque luego se arrepintiera de lo que estaba a punto de suceder bajo el techo de su rancho, se valdría de las palabras de Almudena y no pensaría en el después. Importaba el ahora y el deseo incontrolable que sentía de hacerla suya.

Acabó con los pocos centímetros que los separaban y, tomándola del rostro, la besó como si fuera la última vez, invadiendo salvajemente su boca hasta quitarle el aliento. Su intempestivo arrebato casi la hace perder el equilibrio, por eso Almudena se pegó a su cuerpo y comenzó a acariciarle la espalda, delineando con la punta de sus dedos sus músculos marcados. Con un rápido movimiento que la tomó de sorpresa, Pablo la sujetó de la cintura y la depositó encima de la mesa. Lo hizo sin abandonar su boca, mientras su lengua

continuaba debatiéndose con la suya en una lucha sin cuartel. Cuando la miró a los ojos, no hizo falta que Pablo preguntase nada. La respuesta de Almudena estaba escrita en cada centímetro de su cuerpo, en el beso apasionado que acababan de darse y en esa humedad que sentía entre las piernas y que ya le era deliciosamente familiar.

Pablo le apartó el cabello hacia un costado para descubrir los pechos de Almudena. Se dedicó a contemplarlos con gran devoción. Ella estaba asombrada por la intensidad de su mirada. Fascinada, observó cómo el sensual brillo de sus ojos se convertía en un sombrío deseo. Pablo contempló durante un momento esos dos montículos redondeados antes de tomar posesión de ellos. Se inclinó hacia abajo para tocarle los erectos pezones con la punta de la lengua y Almudena creyó que se quebraría en mil pedazos. Sentía que su cuerpo latía, que rápidamente iba perdiendo el control. Arqueó la espalda para brindarle mayor libertad y se mordió los labios cuando Pablo comenzó a masajearle los pechos, pellizcando los duros pezones hasta hacerla gemir de intenso placer. Volvió sobre su boca, demandándole un beso caliente y hambriento mientras le iba separando las piernas.

Aturdida por la pasión e incapaz de reaccionar, Almudena dejó que Pablo la empujase suavemente hacia atrás hasta acostarla encima de la mesa. No sabía cuál iba a ser su próximo movimiento y eso la excitaba todavía más.

Pablo le acarició la pantorrilla desnuda y fue descendiendo lentamente hasta explorar la cara interna de sus muslos. Al advertir su temblor, él se le acercó para besarla. Almudena, por puro instinto, se movió, buscando un contacto más íntimo. Pablo, respondiendo a su ardiente demanda, cerró la palma de la mano sobre el suave montículo entre sus piernas. Sus hábiles dedos se deslizaron lentamente en su interior. De repente, ella se puso tensa, pero de inmediato notó que se humedecía.

—Pronto estarás lista —le susurró al tiempo que sus labios abandonaban la boca de Almudena para volver a recorrer sus pechos—. Muy pronto.

Se apartó unos pocos centímetros para disfrutar de la espléndida desnudez de Almudena, allí, desparramada sobre la mesa de madera que él mismo había construido. Su piel era cálida y sedosa. Pablo se encontró acariciándola con reverencia, maravillándose ante la perfección de sus formas, la delicada suavidad y esa manera primitiva con la que reaccionaba a su contacto. La paciencia nunca había sido una de sus virtudes… mucho menos cuando su miembro endurecido, todavía atrapado en su ropa interior, anhelaba estar dentro de ella. Contemplar cómo Almudena experimentaba el amor físico por primera vez lo llenó de éxtasis. Temblaba, gemía y se ofrecía a sus caricias, sin ningún reparo, expectante a lo que estaba a punto de suceder.

La levantó en brazos y la llevó al jergón. La soltó para tenderla con suavidad sobre las mantas desparramadas y luego se quedó de pie frente a ella, mientras dejaba escapar un suspiro. Cuando se llevó ambas manos a la cintura para deshacerse de los calzones, notó que ella se mordía los labios.

Almudena nunca antes había visto un hombre desnudo y mucho menos, excitado. La imagen le resultó abrumadora. El miembro viril de Pablo surgía como una agresiva prominencia de un nido de rizados vellos dorados. Lo miró, un tanto avergonzada e insegura, aunque su cuerpo empezaba a responder.

Pablo se tendió a su lado y la tomó entre sus brazos. Comenzó a recorrer su cuerpo con el dorso de la mano. Lo hacía con movimientos suaves, prolongando el momento en el cual la hiciera suya por fin. La besó en el cuello y sonrió cuando Almudena musitó su nombre al tiempo que sus dedos se deslizaban por su espalda para terminar enredándose en sus cabellos, que también estaban húmedos. Le mordisqueó la oreja y descendió por la curva de su cuello hacia la cima de sus pechos. El gemido de placer de Almudena se tornó en un grito ahogado cuando Pablo frotó su lengua en el sensible pezón hasta que se hinchó y se endureció en su boca. Ella movía la cabeza de un lado a otro mientras sus labios la sometían a la más dulce de las agonías.

Almudena sintió la mano de Pablo explorando nuevamente su sexo.

—Ya no puedo esperar —le susurró mientras se humedecía los dedos con la miel tibia que manaba de su interior.

Pablo se aseguró de no aplastarla con su peso cuando se puso encima de ella. Se acomodó entre sus muslos, penetrándola con mucha delicadeza. La barrera estaba allí, y al atravesarla, tuvo que apretar los dientes. El gemido que escapó de los labios de Almudena fue prolongado y con un beso él la tranquilizó.

Dándole unos momentos para que se recuperara de la molestia, no siguió adelante hasta que ella empezó a devolverle el beso. Una vez reanimada su pasión, Pablo se deslizó en su interior muy suavemente, tomándose su tiempo. El calor de Almudena lo envolvía, ciñéndose con fuerza alrededor de su virilidad, haciéndole perder el control. Aun así, consiguió retirarse e iniciar un delicado vaivén en donde sus cuerpos se fueron acoplando hasta convertirse en uno solo. No tardó en hacerse evidente que Almudena había dejado atrás toda necesidad de moderación, y una impetuosa embestida bastó para que los dos emprendieran el glorioso viaje hacia la culminación.

Obedeciendo a un antiguo instinto, lo rodeó con brazos y piernas y lo mantuvo muy cerca de sí. *Es mío* —pensó maravillada—. *En este momento y para siempre*, *Pablo es mío*.

*

La impaciencia era uno de sus peores defectos. Diego llevaba toda la mañana esperando por Almudena. La escueta y huidiza contestación que le había dado la criada cuando le preguntó sobre su paradero, le hizo sospechar que su ausencia y la del gitano no era casualidad.

¿Por qué saldría Almudena a dar un paseo cuando debía alistarse para viajar al pueblo? Además, dudaba mucho de que se hubiese arriesgado a salir

a caballo con la lluvia que estaba cayendo. Encima, el rictus de preocupación que cruzaba el rostro de Úrsula lo ponía aún más nervioso. La mujer no decía nada, pero al igual que él, pensaba que la muñequita de porcelana fina y Medrano estaban juntos, quién sabe dónde, pero juntos al fin. Y eso era algo que no soportaba. No porque sintiera algo por ella, sino porque no podía permitir que el maldito gitano se saliera con la suya.

Se encontraba en el salón, aburrido y enfadado, jugando con una copa de ron que hacía rato estaba vacía. Faltaba poco para el mediodía y no había señales de Almudena, mucho menos de su *querido hermano*. Mariana había subido a su habitación para estar con Lolita, y Úrsula permanecía allí, sentada en el sillón de un solo cuerpo que solía ocupar el gitano, con una expresión insondable y sombría. Hacía rato que no pronunciaba palabra y él, que tenía pocas ganas de escuchar lo que ya sabía, tampoco le daba conversación.

Diego dejó la copa en su sitio y se asomó a la ventana. La lluvia estaba cediendo, aunque el viento seguía soplando con vehemencia. Había poco movimiento en la estancia. Un par de peones, cubiertos con gruesas capas y enormes sombreros, se encontraban corriendo detrás de un becerro que seguramente se había escapado de alguno de los corrales. La escena le provocó gracia, pero cuando imaginó lo que podría estar sucediendo entre Almudena y Medrano en ese momento, su rostro se transformó.

—Debemos hacer algo definitivo —dijo Úrsula, quebrando el pesado silencio que reinaba en el salón—. Algo que separe de una vez por todas a la maestra de Pablo Medrano.

Diego respiró hondo. Él tenía en las manos la solución: acabar con el gitano y así vengar la muerte de su primo; sin embargo, no podía exponer su plan frente a esa mujer que le generaba tanta desconfianza.

—¿Qué es lo que propone? —le preguntó, sin siquiera voltearse.

—No lo sé todavía, pero es evidente que las cosas no están saliendo como las esperamos. Ante el primer descuido, la maestra desaparece con Medrano

sin dejar rastros. Es mucho más lista de lo que pensaba. Encima Marianita no ha conseguido llamar su atención, y eso que pasa las tardes con él con la excusa de que le enseñe a montar.

Diego se sorprendió de su ingenuidad. Al parecer ignoraba que no era precisamente con Medrano con quien se encontraba su querida Mariana por las tardes.

—Debería estar más atenta, Úrsula. Si no tiene la capacidad de controlar lo que hace su protegida, dudo mucho de que logre casarla con mi hermano —le soltó, al tiempo que se giraba sobre sus talones para estudiar su reacción.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Es evidente que la muchacha se está burlando de usted en sus narices, haciéndole creer que se ve con mi hermano, cuando en realidad mantiene encuentros furtivos con Ceferino, el indio que llegó a la estancia acompañando a Almudena. Sospecho que Pablo lo sabe y se ha convertido en su cómplice.

—¡Eso no es cierto! —replicó Úrsula, poniéndose bruscamente de pie—. ¡Mariana sería incapaz de hacer algo así!

Diego le lanzó una mirada condescendiente. A pesar de su carácter, le daba lástima. Había puesto a su adorada Marianita en un pedestal y ahora se daba cuenta de que la niña no era lo que ella creía.

—Yo mismo los he visto, doña Úrsula. La ventana de mi habitación da a las caballerizas y se encuentran por las tardes, a la hora de la siesta. A veces los acompaña ese niño mudo que está a cargo del capataz y su esposa.

—¡No puede ser! ¡Esto no puede estar pasando! —repetía una y otra vez Úrsula mientras caminaba de un lado al otro del salón, con una mano en la cintura y la otra agarrándose la cabeza. ¿Cómo era posible que su niña se hubiese enredado con ese salvaje? No; no era verdad. Diego Guzmán estaba equivocado. Con esa falsa seguridad rondando en su mente, logró calmarse. No ganaba nada con exaltarse. Ella era fría y calculadora; nunca se permitía perder el control. Debía hablar con Mariana y aclarar las cosas. Si llegaba a

ser verdad lo que acababa de contarle el andaluz, le pondría remedio al problema de inmediato. Le lanzó una mirada cargada de hostilidad y salió azotando la puerta. Subió de prisa las escaleras, se plantó delante de la habitación de Mariana y respiró hondo antes de entrar. Cuando entró, el lugar estaba vacío. Ni siquiera había rastros de Lolita. ¿Dónde diantres se habían metido? Le había dicho que tenía ganas de jugar con la dichosa perra y ambas habían desaparecido. Aunque ya no llovía, dudaba que hubiesen salido a dar un paseo por la estancia. Cansada de esperar, decidió recorrer la casa en su búsqueda.

Como si un terrible presentimiento se apoderase de ella, se detuvo en mitad del pasillo y posó sus ojos negros en la última puerta. Allí dormía el tal Ceferino. Si no encontraba a Mariana para pedirle una explicación, él iba a tener que escuchar todo lo que tenía para decirle. A paso firme se dirigió hacia la habitación del indio y titubeó un momento antes de anunciarse. Su puño cerrado quedó suspendido en el aire cuando creyó oír la voz de Mariana al otro lado de la puerta. ¡Su insolencia rayaba todos los límites! ¿Cómo se atrevía a encerrarse con ese salvaje, en pleno día, corriendo el riesgo de que la viesen? Enceguecida por la rabia y la indignación, entró sin llamar.

La escena que la recibió fue como una bofetada dada en el medio del rostro.

Mariana estaba sentada encima de las piernas del indio, con la falda subida hasta la cintura y los pechos por fuera del escote del vestido. Llevaba el cabello suelto y se aferraba al cuello de su amante mientras se balanceaba descaradamente sobre él.

Ninguno de los dos se había percatado aún de su intrusión. Se acercó y, de un manotazo, tomó a Mariana del brazo, tironeándola con fuerza.

—¡Ramera! ¡No sos más que una ramera! —le gritó, mientras la apartaba de Ceferino.

Él se cubrió el torso desnudo con una camisa y se puso de pie.

—¡Maldito salvaje! ¿Cómo se atrevió a ponerle las manos encima a mi

niña! ¡Lo voy a denunciar! —bramó, sin importarle que todos en La Querencia escuchasen sus gritos.

—¡Cálmese señora! —le pidió él, viendo cómo Mariana terminaba en el suelo, toda desmadejada y con la ropa descompuesta.

Úrsula no podía calmarse. Estaba histérica, con una expresión muy parecida a la locura atravesándole el rostro. Ni siquiera Mariana, que conocía sus pataletas, la había visto tan enfadada antes.

—¡Usted no me dirija la palabra! —le espetó, señalándolo con el dedo. Por el rabillo del ojo observó cómo Mariana intentaba levantarse. Cuando lo logró, se dio media vuelta y le cruzó la cara de una bofetada—. ¿Cómo pudiste caer tan bajo, enredándote con un sujeto de esa calaña? ¡Me defraudaste profundamente, Mariana! ¡Si tu padre viviera, esto jamás habría ocurrido! ¡Maldigo la hora en la que decidí traerte a este sitio del demonio!

Mariana, con los ojos nublados por el llanto, se tocaba la mejilla enrojecida. Le dolía el golpe porque era la primera vez en su vida que Úrsula le levantaba la mano; sin embargo, lo que más angustia le generaba era la manera en la cual le hablaba, destilando odio en cada palabra. Se compuso y se acercó a Ceferino. Él, bajo la escandalizada mirada de la mujer que había criado a Mariana tras la muerte de su madre, le pasó un brazo por la cintura en una clara señal de posesión.

—¡Yo amo a Ceferino, Úrsula, y eso nadie lo va a cambiar! —Apoyó el rostro en el pecho del indio para ya no tener que enfrentarse a esos ojos negros que le provocaban tanto miedo—. Mi alma y mi cuerpo le pertenecen.

—Yo también amo a Mariana, señora —afirmó Ceferino, abrazándola con fuerza—. No importa lo que piensen los demás. Lo único importante es que estamos dispuestos a luchar por lo que sentimos, pasando por encima de quien sea, incluso de usted y de ese patético plan de obligarla a seducir a Pablo Medrano en su afán de recuperar el resto de la herencia de don Casimiro Larrea.

Úrsula no daba crédito a las palabras del indio. ¡La muy tonta no solo se había atrevido a poner sus ojos en un ser tan despreciable, también le había revelado cuál era su propósito al quedarse en La Querencia después de la lectura del testamento! Ardía en deseos de darle otra bofetada, pero había buscado refugio en los brazos del salvaje.

—¡Jamás lo voy a permitir! ¡Antes muerta que dejar que se vuelva a acercar a Mariana! —Armándose de valor porque sospechaba que el tal Ceferino no dudaría en interponerse en su camino, se aproximó a ella y la tomó de la muñeca—. Vamos, Mariana, salgamos de acá antes de que alguien se dé cuenta de la barbaridad que acabás de cometer.

Ella se resistió. Se negaba a separarse de Ceferino. Entonces, para evitar otro enfrentamiento, fue él mismo quien la convenció de que obedeciera a su nana.

—Vas a estar bien —le aseguró, tomándola suavemente del mentón. Notó que temblaba—. Nunca nadie nos va a separar. Te lo prometo. —La besó en los labios y, muy a su pesar, la soltó.

Mariana seguía prendida de su mano y permaneció así hasta que Úrsula prácticamente la sacó a empellones de la habitación.

Ceferino se recostó contra la puerta y respiró hondo. Dio un respingo cuando Lolita se paró sobre sus piernas. Tenía uno de sus muñecos en el hocico y clamaba su atención. Con semejante altercado, se habían olvidado de ella. Seguramente estaba escondida en algún rincón, asustada por los gritos. La levantó en brazos y decidió bajar a la cocina para dejársela a Juan de Dios. Él sabría cuidarla mientras Mariana lidiaba con los reproches del *cuervo*.

NO SOY HOMBRE PARA TI

Cuando Almudena despertó y extendió el brazo, descubrió que Pablo ya no se encontraba a su lado. Lo último que recordaba era haberse dormido encima de su pecho, escuchando el latir pausado de su corazón. Sonrió al verlo sentado en la orilla del jergón. Continuaba desnudo y le daba la espalda. Se desperezó y salió de debajo de las mantas para acercarse a él.

—Buenos días —le ronroneó junto al oído, pegando su cuerpo al suyo. Deslizó las manos por sus brazos musculosos mientras apoyaba su rostro en el hombro masculino. Se sentía tan dichosa que tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

—Buenos días —respondió Pablo, sin prodigarle ninguna muestra de cariño después de la pasión que habían compartido—. Será mejor que te vistas para que regresemos cuanto antes a la casa. Tu ropa ya debe estar seca.

La frialdad con la cual pronunció esas palabras hizo que Almudena se apartara de él. Quedó arrodillada sobre el jergón, con una de las mantas arrollada alrededor de las caderas y los pechos al descubierto. Con un nudo en la garganta, contempló cómo Pablo se incorporaba para comenzar a vestirse.

—Ya escampó y es cerca del mediodía. Todos deben estar preguntándose dónde estamos. —La miró fugazmente por encima de su hombro—. Diremos que nos encontramos de casualidad y nos refugiamos en el rancho para escapar de la tormenta.

Almudena asintió. Parecía que lo que había ocurrido entre ellos no solo era algo que debían esconder de los demás, también había que olvidarlo.

—¿Estás arrepentido de lo que hicimos? —preguntó con la voz estrangulada por un intenso deseo de echarse a llorar.

Pablo guardó silencio. Se estaba abrochando la camisa y tenía los ojos fijos en el fuego de la chimenea.

—Ambos acordamos que disfrutaríamos del momento sin pensar en el después —le recordó. Seguía sin poder mirarla a los ojos, porque sabía que en el mismo instante en que lo hiciera, esa falsa fortaleza que pretendía mostrar se derrumbaría de un plumazo—. Has venido a buscarme hasta aquí con un propósito, Almudena. Sabías muy bien a lo que te exponías con cada una de tus provocaciones. —Se sentía un patán hablándole de ese modo, pero, aunque saliera lastimada, sabía que al final terminaría dándole las gracias. Almudena merecía a alguien mejor, no a un hombre como él, que vivía condenado a la terrible desgracia de haber asesinado a Román Marchena.

Almudena tragó saliva. No iba a derramar una sola lágrima frente a él. Abandonó el catre en busca de su ropa y trató de concentrarse en lo que hacía para no desfallecer. Mientras cubría su desnudez con la enagua, pensó cuidadosamente en lo que le iba a responder. Aprovechando que Pablo ahora le daba la espalda para terminar de acomodarse los pantalones, se aclaró la garganta y se dispuso a tomar la palabra.

—No olvido lo que dije, Pablo. Siempre supe el riesgo que corría cuando vine a buscarte. Aunque en un principio mi intención haya sido otra, la verdad es que deseaba estar con vos y no me arrepiento de nada de lo que pasó. —Se puso el vestido todavía un poco húmedo y respiró hondo—. Confieso que esperaba otra actitud de tu parte después de haber sido mi primer hombre, pero creo que no es justo que te haga ningún reproche porque soy yo la que propició todo esto, la que te provocó hasta hacerte perder el juicio. No voy a reclamarte nada, podés quedarte tranquilo. Seguiremos con nuestras vidas como si jamás hubiese ocurrido.

Pablo guardó silencio. Sabía que Almudena le hablaba desde el miedo y el

dolor. Tenía ganas de voltearse y estrecharla entre sus brazos mientras le susurraba al oído que para él había sido maravilloso sentirla vibrar debajo de su cuerpo; sin embargo, algo se lo impedía. Parecía que le resultaba más sencillo hacerla sufrir que revelarle sus verdaderos sentimientos, y lo hacía con la única intención de que ella misma tomase la decisión de alejarse de su lado.

—Tú también puedes quedarte tranquila, no habrá consecuencias indeseadas. —Se sujetó el cabello a la altura de la nuca y removió las brasas de la chimenea para terminar de extinguir el fuego.

Al principio, Almudena no entendió lo que había querido decir, luego, se dio cuenta de que Pablo se refería a un embarazo. Ni siquiera había contemplado esa posibilidad mientras se entregaba a él. Estaba tan embriagada de pasión que no recordaba si Pablo había hecho algo para evitar derramar su simiente dentro de ella. Era evidente que sí, por lo que acababa de decirle.

—Mejor así —respondió, usando la misma frialdad con la que él la había tratado. Tenía el corazón encogido de tanto dolor, pero no se lo iba a demostrar. Buscó la capa y rechazó la ayuda de Pablo cuando intentó acomodársela sobre los hombros.

Salieron del rancho en silencio, sumidos cada cual en sus pensamientos. La lluvia había cesado; sin embargo, el viento frío que bajaba de las sierras seguía soplando con fuerza.

Gitano y Duquesa estaban pastando en el mismo sitio donde los habían dejado y alzaron sus cabezas cuando ellos se acercaron. Cuando Pablo le ofreció la mano a Almudena para montar a la yegua, no pudo negarse. Él la levantó, sujetándola por la cintura y ella revivió el momento en el cual la había subido a la mesa para hacerle el amor. Se estremeció de pies a cabeza al sentir ese firme, pero suave, contacto sobre su cuerpo, incluso la zona entre sus piernas empezó a palpitar.

—Gracias —musitó, ya acomodada sobre el lomo de Duquesa.

Pablo apenas la miró mientras asentía con la cabeza. Luego, de un salto, montó a Gitano y lo azuzó para que se echase a andar. Ella hizo lo mismo con la yegua y contempló el rancho por encima de su hombro antes de perderlo de vista. Más allá de lo que pudiera suceder entre ellos a partir de ahora, siempre guardaría un afecto muy especial por esa humilde construcción de adobe que Pablo había levantado con sus propias manos y en donde, después de tanto desearlo, por fin había sido suya.

Durante el largo trayecto hasta el casco de la estancia, no se dirigieron la palabra. De vez en cuando, Pablo se volteaba para asegurarse de que ella estaba bien, pero no le decía nada. Almudena tuvo que reprimir el llanto en más de una ocasión. Ansiaba llegar cuanto antes para encerrarse en su habitación y llorar hasta que no le quedasen más lágrimas que derramar.

El suplicio acabó varios minutos después del mediodía cuando avistaron la casa y el capataz salió a recibirlos.

—¡Patrón, menos mal que apareció! Todos estábamos preocupados por usted y la señorita maestra —dijo, mirándola de reojo. Tomás era un hombre discreto, y si sospechaba que algo había ocurrido entre ellos, jamás lo comentaría—. Ya iba a organizar una cuadrilla para salir a buscarlos.

—No exageres, Tomás. No sucedió nada grave, simplemente nos encontramos de casualidad mientras ambos dábamos un paseo por el monte y no tuvimos más remedio que refugiarnos en el rancho hasta que pasara la tormenta. —Se apeó del caballo y le entregó las riendas—. Encárgate de él. —Se aproximó a Almudena para ayudarla a desmontar y también le pidió al capataz que se llevase a la yegua a los establos.

Almudena miró hacia la casa. Tomás había dicho que su prolongada ausencia había causado mucha preocupación. ¿Creerían en la mentira que había fraguado Pablo cuando le dijesen el motivo de su inesperada desaparición? Temía que a ella se le notara en el rostro que venía de estar en

sus brazos. Juntos, caminaron hasta la galería. Ella iba tomándose la falda del vestido para evitar que se arruinara aún más, mojándose con los charcos de agua que había dejado la lluvia, mientras Pablo no le quitaba los ojos de encima.

—Será mejor que entremos por la cocina —opinó él, rumbeando para ese lado de la casa.

Almudena estuvo de acuerdo con él. Era preferible enfrentarse primero a los criados antes que a Diego y los demás huéspedes de La Querencia.

Amparito estaba lavando la vajilla utilizada en el almuerzo y Rita preparaba unos pastelitos para el mate de la tarde cuando Pablo y Almudena ingresaron a la cocina. Pablo las saludó brevemente y desapareció para dirigirse a su habitación.

Almudena se quitó la capa y se sacudió el cabello.

—Amparito, voy a necesitar tomar un baño bien caliente. ¿Podrías preparármelo?

La criada, ansiosa por saber si su plan había dado resultado, le dijo que tendría todo listo en un abrir y cerrar de ojos.

—También vengo famélica. —Miró a la cocinera—. ¿Habrá algo para calmar el estómago hasta que llegue la hora de la merienda?

—Por supuesto, señorita. Un buen caldo de gallina es lo que usted precisa para sacarse el frío del cuerpo. Se lo mando con Amparito en un rato.

—Gracias, Rita —respondió Almudena, pensando que el frío que ella sentía en el cuerpo poco tenía que ver con las bajas temperaturas que había dejado la tormenta.

A toda prisa y rezando para no cruzarse con nadie en el pasillo, logró llegar hasta su habitación. Se despojó de las botas embarradas de un santiamén y buscó refugio en su cama. Dobló las piernas y las apretó contra su pecho. Con los ojos anegados por las lágrimas que pedían salir a gritos, se miró las manos. Estaba temblando. La opresión que sentía en el pecho le arrancaba

unos suspiros lastimeros que fueron el preludio para que ese llanto contenido en la garganta se derramase sobre sus mejillas. Había estado entre los brazos de Pablo, pero ¿cuál era el precio que debía pagar ahora? Su indiferencia era una espina que se le había clavado en el corazón y lo lastimaba hasta hacerlo sangrar. ¿Cómo podría olvidar lo que sucedió en el rancho si cada centímetro de su piel le recordaba lo feliz que había sido entre los brazos del hombre que amaba? Ella creía que, después de convertirse en su mujer, Pablo le propondría estar juntos; en cambio, la había tratado con tanta frialdad que temía perder en un segundo lo que tanto le había costado conseguir. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de Amparito que venía cargada con una vasija de agua caliente para prepararle su baño. Se secó las lágrimas y fingió que no pasaba nada.

—¿Va a querer que la ayude a desvestirse, señorita? —le preguntó la muchacha mientras vertía con cuidado el agua en la tina.

Almudena abandonó la cama y tuvo que esforzarse para que Amparito no se diese cuenta de lo mal que se sentía.

—No será necesario, Amparito —le dijo, dándole la espalda mientras se quitaba el vestido. Aunque el barro se había secado, estaba hecho un desastre. ¡Ni hablar de la enagua! La delicada pieza de muselina blanca rematada con *broderie anglaise* era una de sus favoritas y dudaba que volviera a quedar igual.

Amparito se acercó, dejó la vasija vacía en el suelo y lo recogió.

—¿Qué fue lo que pasó con su ropa? ¿Acaso tuvo un accidente? ¡No me diga que esa yegua no era tan mansita como aseguraba el Mauro!

—No fue culpa de Duquesa, mucho menos de Mauro —le aclaró mientras se sentaba en la cama para sacarse las medias—. Di un mal paso y terminé cayendo en un charco de agua.

—Pero llegó hasta el rancho, ¿verdad? De otro modo no habría regresado a la casa con el patrón ¿O se lo encontró por el camino? —quiso saber. La

curiosidad la estaba matando.

Almudena no le contestó enseguida. Estaba tratando de discernir qué decirle para dejarla tranquila y ya no la acribillase a preguntas.

—Estuvimos juntos en el rancho, no fue difícil dar con él. Pablo y yo hablamos… hablamos mucho —dijo, agachando la mirada para que no descubriera que le mentía—. Si tardamos tanto en volver fue por causa de la tormenta.

—Claro, la tormenta. Imaginé que esa era la razón por la cual usted y el señor Pablo estuvieron desaparecidos toda la mañana —repuso Amparito, poco convencida con su respuesta.

Almudena no dijo nada, fingió estar concentrada en la búsqueda de su sal de baño favorita entre todos los frascos que se hallaban en la banqueta de madera que estaba junto a la tina y servía de mueble para todos sus afeites de belleza.

Amparito, quien no pensaba salir de esa habitación hasta comprobar si su plan había dado resultado, buscó una toalla y se la dejó al alcance de su mano.

—Podés retirarte, Amparito. Seguramente Blanca o Rita te necesiten más que yo —le dijo, en un tono algo autoritario para que entendiera que era una orden y no una sugerencia.

La joven criada, quien era tan terca como aficionada a los chismes, puso los brazos en jarra y arrugó el entrecejo.

—¿De verdad piensa que voy a irme sin preguntarle lo que pasó? Me he estado comiendo las uñas desde que salió esta mañana rumbo al dichoso rancho. No puede dejarme en ascuas; no después de ser yo la que la convenció de que darle celos al patrón con don Diego era una buena idea.

Almudena se metió en la tina y sintió cómo cada músculo de su cuerpo comenzaba a relajarse a medida que se iba hundiendo en el agua. Dejó escapar un suspiro cargado de resignación y se dispuso a saciar la curiosidad de la muchacha.

—La verdad es que no hay demasiado para contar, Amparito. Mi intención

al salir a buscar a Pablo era aclararle que no había nada entre Diego y yo… todavía. —Mientras se frotaba suavemente las piernas con la esponja, volvieron a embargarla las mismas sensaciones que le había provocado Pablo con sus caricias. Se mordió los labios y trató de seguir el hilo de la conversación. Aunque Amparito era digna de su confianza, la fama de lengua suelta que la precedía la previno de contarle ciertos detalles sobre lo que había ocurrido realmente en el rancho—. Le aseguré que, si bien Diego me habló de sus sentimientos, yo aún no le había dado una respuesta. Quiso saber lo que yo sentía por él, obviamente, con la única intención de velar por mi bienestar en nombre de mi hermano, y le dije que no era de su incumbencia. Se enfadó un poco, pero es la verdad. Aunque le haya prometido a Gabriel que me cuidaría durante mi estadía en el pueblo, no tiene derecho a inmiscuirse en mi vida privada. Pensándolo bien, Diego es un hombre con la que cualquier mujer soñaría. Es atractivo, inteligente, noble ¡Y no podemos olvidar que la valentía es una de sus grandes virtudes! Si no hubiese sido por él, ese salvaje me habría convertido en su cautiva y todo el mundo sabe el destino que le depara a una mujer que ha sido capturada y obligada a vivir en las tolderías. Cerca de casa, allá en el barrio de Barracas, había una familia que sufrió la desgracia de que una de sus hijas cayera en manos de los indios durante un maloqueo en San Antonio de Areco. —Se estaba yendo por las ramas, pero esa era precisamente su intención para evitar el interrogatorio de Amparito—. Volvió a reencontrarse con los suyos tras pasar tres años como la esposa del mismo capitanejo que la había raptado. La pobre no solo sufrió el rechazo de la sociedad porteña, también debió padecer que su propia familia le diera la espalda. Terminó sus días en un convento, la pobre, purgando por una culpa que ni siquiera le correspondía.

Amparito no pudo con su genio y no permaneció ajena al relato de Almudena. Le contó el trágico final de una muchacha que se había quitado la vida después de haber sido deshonrada por el indio que la raptó para

convertirla en su esposa. El trágico suceso había ocurrido en Villa María y, como la joven tenía parientes en Cruz del Eje, la noticia de su muerte y las circunstancias que la habían orillado a tomar semejante decisión se conoció en el pueblo apenas unas horas después de que la madre de la desafortunada muchacha la encontrase colgada de un árbol en el patio de su casa.

Almudena, buscando desviar el tema de conversación, también escuchó su historia con mucho interés. Le hizo preguntas para que le diera más detalles y Amparito no se hizo de rogar. De repente, como si se hubiese dado cuenta de cuál era su intención, interrumpió su relato para volver a la carga.

—¿En qué quedó entonces con el patrón, señorita Almudena? Porque a juzgar por la cara que ambos traían cuando entraron a la cocina, supongo que igual o peor que antes. ¿Me equivoco?

—Pablo me dijo que no se va a entrometer en nuestro camino si accedo a que Diego me corteje. —Era parte de la verdad y se sentía menos culpable al contársela—. Creo que lo de los celos nos jugó en contra, Amparito. Pablo no siente nada por mí y es mejor que lo acepte de una buena vez. Agradezco lo que hiciste, porque tu intención solo era ayudarme, pero estabas equivocada; ambas lo estábamos. —Se inclinó hacia atrás y metió la cabeza en el agua para lavarse el cabello, dándole a entender que ya no quería hablar del asunto.

Aunque sospechaba que había algo que ella no le decía, Amparito ya no volvió a insistir. Tras preguntarle si necesitaba algo más, bajó a la cocina para traerle ese caldo de gallina que Rita le había prometido.

Almudena abandonó la tibieza de la tina, se secó con parsimonia y luego se puso su camisón. No sentía deseos de ver a nadie. Se tomaría el caldo y trataría de dormir para ya no tener que pensar.

Como la cocinera vaticinara, el famoso caldo terminó de calentarle la sangre y hasta se sentía un poco mejor de ánimo después de tomárselo todo hasta dejar el plato reluciente de limpio. Por fortuna, Amparito ya no había vuelto a someterla a otro interrogatorio y se retiró temprano, con el permiso de

Blanca porque Mauro la había invitado a la romería que se celebraba en el pueblo esa noche.

De a ratos, porque su cuerpo todavía no había podido reponerse de lo que había ocurrido en el rancho, conseguía caer en los brazos de Morfeo. Sin embargo, el rostro de Pablo se le aparecía en sueños, colmándola de besos y caricias ardientes. Pasó toda la tarde batallando con los recuerdos y el intenso deseo de volver a estar con él. No quería abandonar la habitación para no cruzarse con Diego, quien seguramente también la atormentaría con preguntas que ella no estaba preparada para contestar. Pensó en el frustrado viaje al pueblo y los últimos arreglos que necesitaba la escuela para recibir al alumnado el primer día de clases. Aunque no era lo que habían pactado, no tendría más remedio que trabajar el domingo para tener todo listo para el lunes a la mañana. Ensimismada en sus propios problemas, casi se le olvida que debía pasar por lo de la modista para probarse los vestidos que le estaba confeccionando y buscar las cortinas para la escuela.

Se sentó frente al tocador para cepillarse el cabello. Después de la suerte que había corrido al ensuciarse con lodo durante su aparatoso intento de huida, ahora olía a jazmín recién cortado gracias a una de sus sales favoritas de baño, que había sido un obsequio de su amiga Felicitas Guerrero. Se preguntó qué sería de ella a tres meses de haberse quedado viuda. Conociéndola, la imaginaba paseando por el jardín de la quinta de La Noria, acompañada quizá por alguna de sus hermanas, vistiendo luto riguroso y negándose a aceptar cualquier invitación que le llegara para volver a frecuentar los diversos eventos sociales que los porteños sabían disfrutar como nadie. Extrañaba esas charlas que solían compartir antes de que la tragedia las golpease; a ella con la súbita muerte de su padre, y a la pobre de Felicitas con la de su esposo y sus dos pequeños hijos. Podría escribirle una carta, sin embargo, optó por no hacerlo. En menos de un mes estaría en Buenos Aires para amadrinar a la pequeña Sara y tendría la ocasión de verla y saber cómo se encontraba. Se

recogió el pelo en una cola de caballo en lo alto de la cabeza y soltó dos finos mechones que le enmarcaban el rostro. Estuvo un largo rato contemplándose en el espejo, tratando de dilucidar si algo en su expresión o en su mirada, revelaba que esa misma mañana había perdido la virginidad en manos del hombre que siempre había amado. Más allá de sentirse avergonzada por haber pasado encima de los valores que le había inculcado su madre, no se sentía en falta. A pesar de que ya nada volvería a ser lo mismo entre Pablo y ella, se sentía dichosa. Estaba comprobando si sus besos apasionados le habían dejado alguna marca en su cuello, cuando alguien llamó a la puerta. Sabía que no se trataba de ninguna de las criadas porque ellas se anunciaban incluso antes de comenzar a golpear. Se miró una vez más al espejo. Llevaba uno de sus vestidos más sencillos porque su idea era permanecer encerrada en la habitación hasta la hora de la dichosa cena en compañía de la familia Balbuena. Si hubiese sido posible, no habría asomado la nariz hasta la mañana siguiente. La persona al otro lado de la puerta volvió a insistir.

Seguro era Diego. Sabía que debía enfrentarlo tarde o temprano, por lo tanto, respiró hondo y se dispuso a abrirle.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando descubrió que era Pablo. Llevaba una camisa blanca que no hacía más que resaltar la tonalidad bronceada de su piel y unos pantalones azules, que, aunque eran holgados, permitían adivinar esos muslos bien marcados que ella había tenido el privilegio de ver y tocar hacía apenas unas horas.

—¿Podemos hablar?

La pregunta la inquietó más que su perturbadora presencia. ¿De qué quería hablar con ella, si le había dejado bien en claro con su actitud que era mejor olvidar lo que había ocurrido en el rancho?

—¿Realmente es necesario? —retrucó, sin abrirle del todo la puerta. Permitirle que entrase a su habitación era un error que no pensaba cometer.

—Yo creo que sí. —Extendió el brazo con la intención de meterse y se

encontró con la mirada hierática de Almudena—. No pretenderás que me quede en el pasillo mientras hablamos, ¿verdad?

Ella sabía que cualquiera de las dos opciones era peligrosa, por eso, sugirió hacerlo en el despacho. A regañadientes, Pablo aceptó. Le dijo que no tardase demasiado y desapareció por el pasillo con un par de zancadas.

Como una especie de castigo, se tomó todo el tiempo del mundo antes de abandonar su habitación. Cuando se dio cuenta de que quizá estaba tentando al destino, bajó para ir a su encuentro. Por la puerta entreabierta del despacho alcanzó a divisar la silueta de Pablo recortándose contra la ventana. Su larga cabellera rubia, atada en una cola, caía sobre sus anchos hombros. Tenía los brazos cruzados en la espalda y parecía estar muy concentrado en sus pensamientos. Entró sin llamar y, por las dudas, dejó la puerta como estaba. Pablo se giró sobre sus talones al notar su presencia y, antes de que dijese algo, se aproximó a ella con paso firme y la cerró.

—¿Has podido descansar? —fue lo primero que le preguntó, desconcertándola aún más.

—Sí, gracias por preguntar. —Sin proponérselo, se lo dijo en tono burlón.

—Quería que supieras que como no hemos podido acercarnos al pueblo hoy como habíamos planeado, iremos mañana domingo si te parece, para que el lunes comiences con las clases.

—Me parece muy bien —respondió, sin mencionarle que ella había pensado lo mismo—. Si eso era todo lo que tenías para decirme, vuelvo a mi habitación.

—Almudena, espera. —La sujetó suavemente del brazo para impedir que se marchase—. Hay algo más de lo que necesito hablar contigo, y si no es ahora, temo que luego no encuentre el valor para hacerlo.

Ella consiguió soltarse y se recostó contra la puerta. No quería que percibiese lo que ese simple contacto le había provocado a su piel todavía sensible.

—Te escucho.

Le hablaba casi con la misma frialdad con la que él la había tratado esa mañana, después de hacerle el amor. Se lo merecía.

—Es sobre lo que sucedió en el rancho.

Almudena tragó saliva. ¿Qué ganaba con seguir escarbando en la herida? ¿No la había lastimado ya lo suficiente?

—Creo que no medimos realmente las consecuencias de lo que pasó, sobre todo yo, que debí detenerme a tiempo y no caer en tu juego. —Vio que ella estaba a punto de protestar, pero no se lo permitió—. No te estoy culpando, Almudena. Lo deseaba tanto como tú. Tenías razón; te has convertido en toda una mujer y aunque ya lo sabía, lo comprobé esta mañana, cuando te sentí vibrar entre mis brazos.

Ella se ruborizó; sin embargo, logró sostenerle la mirada, lo hizo para que también se diera cuenta de que estaba dispuesta a enfrentar lo que fuera a partir de ahora.

—No puedo dejar las cosas así, Almudena. No sería honesto de mi parte. Sé lo que significa para una muchacha de tu clase social el hecho de haberse entregado a un hombre sin estar casada.

—Pablo…

—Déjame continuar, por favor.

Almudena asintió.

—Si estás de acuerdo, puedo hablar con tu hermano cuando viajemos para el bautismo de nuestra ahijada y pedirle tu mano en matrimonio. Es la única forma de resarcir el error que cometimos sin que salgas mal parada. Como te dije esta mañana, no hay ningún riesgo de que hayas quedado encinta, pero existen ciertas normas morales entre la gente de tu clase que no dudaría un segundo en condenarte por lo que hiciste. Reconozco que no soy el mejor partido y que a Izaguirre le caería como una patada en el hígado tenerme de cuñado, aun así, estoy dispuesto a reparar el daño que te causé.

Almudena lo miraba atónita, tratando de asimilar lo que acababa de decirle. ¡Le estaba proponiendo matrimonio para evitarle la vergüenza! ¡Quería ponerle remedio a lo que él creía, era un error! ¡Cuán equivocado estaba! Tenía ganas de arrojársele encima y golpearlo hasta que le doliesen las manos. ¿Cómo podía ser tan desalmado con ella? ¿Acaso no se había dado cuenta todavía cuánto lo amaba? En ese momento, presa de la rabia y el dolor, agradeció al Cielo no haberle confesado sus sentimientos mientras se entregaba a él con tanta pasión.

—No fue sencillo para mí tomar esta decisión, sobre todo, conociendo lo que hay entre Diego y tú…

—¡No hay nada entre Diego y yo! —replicó, indignada—. ¡Y si lo hubiese, serías la última persona en el mundo con el derecho a entrometerse! ¡Te recuerdo que esta mañana, en el rancho, me dijiste que no harías nada para impedir que estemos juntos si esa era mi voluntad! —Buscando alejarse de él, comenzó a dar vueltas por el despacho—. Jamás te exigiría nada, Pablo. Mucho menos que te cases conmigo solamente para "limpiar mi honor" —alegó, haciendo un además burlón con las manos.

—¿Qué harás entonces? —la cuestionó, poniéndose de perfil para poder verla a los ojos mientras le hablaba. Le molestaba que tuviera nuevamente esa actitud infantil que lo sacaba de quicio y que los había orillado a cometer tantos errores. Porque, aunque la deseara como nunca antes había deseado a ninguna mujer y le doliera saberla en brazos de otro hombre, haberla hecho suya no era más que una gran equivocación. —¿Te acercarás a mi hermano y aceptarás su petición? ¿Dejarás que te corteje para luego alejarte de él con alguna mentira o te arriesgarás a que te proponga matrimonio y termine descubriendo, la noche de bodas, que ya has compartido intimidad con otro hombre?

Almudena se detuvo en seco. A pesar de que le doliera que le hablase de esa manera, llevaba toda la razón. Ella nunca sería capaz de engañar a Diego

hasta semejante punto. Sin embargo, en ese preciso instante, mientras lidiaba con la rabia y las ganas de echarse a llorar, una idea se fue gestando en su cabeza. Quizá podía hacer el esfuerzo de acercarse a él, ya no con el absurdo propósito de darle celos a Pablo, sino para intentar olvidarlo. Él no la amaba y jamás lo haría. Ya sea por ese amor no correspondido que todavía lo ataba a Coral o por el interés que pudiese llegar a tener por Eugenia Balbuena, no había espacio para ella en su vida.

—Diego no se merece que lo engañe —dijo por fin, volteándose para enfrentarlo—. Le hablaré con la verdad desde el primer momento.

—¿Entonces sí vas a aceptarlo?

Almudena se encogió de hombros.

—No lo sé todavía. En todo caso, no debería importarte, ¿verdad? —Sabía cuál sería la respuesta de Pablo, igualmente se le estrujó el corazón cuando negó con un firme movimiento de cabeza—. ¿Puedo retirarme ahora o hay algo más que tengas que decirme?

Él se aproximó y la inmediata reacción de Almudena fue retroceder unos pasos.

—Solamente quería hacer lo que creía correcto, Almudena —le dijo, tomando sus manos entre las suyas antes de que se lo impidiese—. Algún día te darás cuenta de que todo esto es por tu propio bien, créeme. No soy hombre para ti y nunca lo seré.

Como si el contacto con su piel la hubiese quemado, ella retiró las manos y le lanzó una mirada desafiante.

—Y yo espero que no tengas que arrepentirte algún día de todo lo que estás diciéndome ahora, Pablo… porque quizá para entonces sea demasiado tarde. —Se dirigió hacia la salida con los puños contraídos y abandonó el despacho dando un portazo.

Pablo rodeó el escritorio y se dejó caer en la butaca. Cerró los ojos para tratar de tranquilizarse. Fue en vano; las últimas palabras pronunciadas por

Almudena antes de irse no dejaban de taladrarle la cabeza. Estaba convencido de que había actuado de manera correcta, cumpliendo con lo que demandaban las buenas costumbres. Cuando era lo que cualquier mujer habría esperado después de entregarle su virtud a un hombre, ella se sentía ofendida con la idea de pedir su mano en matrimonio. ¿Tan desagradable le parecía la posibilidad de convertirse en su esposa? Inexplicablemente, el rechazo de Almudena le provocaba un vacío enorme en el pecho; la misma sensación asfixiante que había experimentado todos esos años al saber que Coral estaba enamorada de otro hombre. Cuando quiso ponerle nombre a lo que sentía, se dijo que no era más que su orgullo de macho herido y buscó convencerse con todos los argumentos habidos y por haber de que era lo mejor. ¿Cómo podía casarse con Almudena, condenándola a compartir su vida con un asesino? Tarde o temprano, él tendría que pagar sus culpas. Si no era frente a la justicia de los hombres, sabía que el destino siempre terminaba por cobrarse las deudas pendientes del pasado.

Debía sacársela de la cabeza cuanto antes y ya no pensar en ella.

EN NOMBRE DEL PROGRESO

Diego ya estaba al tanto de que Almudena había regresado de su paseo por el campo para encerrarse en su habitación, y aunque ansiaba ir a verla para confirmar sus sospechas, consideró prudente esperar a que ella misma lo buscara. Después de que doña Úrsula se hubiese pasado toda la mañana llenándole la cabeza sobre su oportuna desaparición y tejiendo conjeturas acerca de cuál sería su paradero y el de Medrano, decidió que no debía precipitarse. A esas alturas de la jornada, con la tarde languideciendo y las misteriosas ausencias de ambos tras regresar a la casa, comenzaba a impacientarse. No le agradaba para nada imaginarse a la muñequita de porcelana fina, a solas, quién sabe en qué rincón de esos inmensos campos, con el maldito gitano. Aunque su interés por Almudena Izaguirre no era de índole sentimental, no estaba dispuesto a permitir que Medrano se la birlara en sus propias narices. Úrsula llevaba toda la razón cuando aseguraba que era una gran desventaja el hecho de que Almudena estuviese enamorada de él; sin embargo, no planeaba darse por vencido antes de tiempo y aprovecharía cada oportunidad que se le presentase para acercarse a ella hasta que llegase el momento de perpetrar por fin su venganza. Miró debajo de la cama en donde guardaba la pistola que utilizaría para llevar a cabo su cometido. Aún no sabía cuándo ni dónde, pero muy pronto Pablo Medrano dejaría de ser un problema. Quizá con su muerte no solo cumpliría la promesa que le había hecho a su tío. Si era lo suficientemente inteligente, también tendría el camino libre para conseguir lo que tanto deseaba: hacer suya a esa muñequita de porcelana fina

que lo traía de cabeza.

Salió de la habitación porque ya no soportaba el encierro. Al pasar delante de su puerta, se acercó para tratar de oír alguna cosa, pero solo percibió el más absoluto de los silencios. Imaginó que tal vez estaba durmiendo y esa fue la única razón que impidió que la buscase cuando había resuelto no hacerlo. Se dio media vuelta y entonces la vio. Almudena venía subiendo las escaleras a toda prisa, con una expresión furibunda en el rostro. Se interpuso en su camino cuando se dio cuenta de que ni siquiera se había percatado de su presencia.

—Almudena, ¿estás bien?

Ella permaneció quieta, respirando muy ligero. Tenía los puños tan apretados que las finas venas azules de sus manos hacían que su piel se viera más pálida todavía.

—¡No, no lo estoy! —Más que una respuesta fue un grito de ayuda.

Diego, aprovechándose de la situación, se acercó más y le rozó la mejilla.

—¿Qué es lo que sucede? —Le sonrió con un gesto comprensivo mientras continuaba acariciándole el rostro. Estaba tan contrariada que ni siquiera le molestaba que se hubiese tomado semejante libertad.

Ella lo miró. Había desesperación en sus ojos verdes y también mucho dolor. Sin mediar palabra, Diego la rodeó con sus brazos y le puso la mano en la cabeza para que se recostase sobre su pecho.

—No sé qué es lo que te aflige tanto, Almudena —le dijo, al tiempo que aspiraba hondo para embriagarse con el olor a jazmín que desprendía su cabellera dorada—. Si no quieres hablar, voy a respetar tu silencio. Puedes confiar en mí para contarme lo que sea, pero también te ofrezco mi hombro para que puedas desahogarte siempre que lo necesites. —Deslizó una mano hacia abajo hasta apoyarla en su cintura. Era un deleite tenerla así, tan pegada a él que podía percibir las redondeadas curvas de ese cuerpo que cada noche desnudaba con la imaginación.

Almudena, tan necesitada de contención después del mal momento que le había hecho pasar Pablo, no rechazó su cercanía. Pasaron unos cuantos segundos antes de que, en medio de los hipidos, se apartara de él y le diera las gracias.

—Quizá no debería entrometerme, pero si estás así por culpa de mi hermano, puedo hablar con él si quieres —se ofreció.

—¡No! —saltó Almudena, haciendo evidente que era Medrano quien la había puesto así—. La única culpable de lo que me pasa soy yo. Debo aprender a pensar dos veces las cosas antes de actuar. Dejarse llevar por los impulsos no es lo más aconsejable y lo acabo de comprobar en carne propia. —Le costaba no sollozar entre medio de las palabras—. Gracias, Diego, de verdad. Aunque no lo creas, tu abrazo llegó cuando más lo necesitaba.

Él le sonrió. A pesar de que se habían separado, las manos de Diego seguían ligeramente apoyadas en el talle de la joven.

—Ya sabes lo que siento por ti, Almudena. —Ardía en deseos de besar esa boca de labios carnosos y húmedos, pero se abstuvo. Quería procurar un acercamiento con ella, no asustarla—. Si puedo hacer algo para que no estés tan triste, solo tienes que pedírmelo. No voy a presionarte para que me des una respuesta ahora. No olvides lo que te dije ayer. Yo sabré esperar el tiempo que haga falta. —Le complació ver cómo ella asentía con la cabeza y abandonaba ese semblante atravesado por la angustia para dedicarle una deliciosa sonrisa —. ¿Qué te parece si esta noche vamos al pueblo? He oído que habrá una romería, y según comentan las criadas, es una de las más concurridas y alegres de la provincia.

—Hay una cena esta noche —le recordó, dejándose contagiar por un segundo de su entusiasmo. Quizá era eso lo que necesitaba para paliar tanta tristeza; un poco de diversión que le alegrase el alma y apartara a Pablo de sus pensamientos al menos por un rato.

—No creo que a nadie le importe si no estamos presentes —rebatió Diego,

eufórico ante la posibilidad de que aceptase su invitación y así, restregarle esa gran victoria en su cara al maldito gitano—. Los Balbuena casi ni nos conocen, y la verdad, me sentiría un poco incómodo compartiendo la mesa con gente a la que no he visto en mi vida.

—Yo sí los conozco, bueno, en realidad solo he visto a la señora Trinidad y a su hija Eugenia.

—¿Te apetece cenar con ellas?

—La verdad es que no —reconoció. No tenía nada en contra de la esposa de Balbuena, pero Eugenia era otra cosa. Sentía unos celos terribles al acordarse de cuando la había visto al lado de Pablo, coqueteándole con todo el descaro del mundo y él, por supuesto, encantado de la vida.

—¿Qué dices entonces? ¿Me harás el honor de ser mi acompañante esta noche en la romería?

Resuelta a no dejarse abatir por la tristeza, Almudena aceptó con gusto su invitación. Él le dijo que la esperaba a las ocho en la galería y le dio un beso en el dorso de la mano antes de dejarla en el pasillo. Bajó corriendo las escaleras, rumbo al salón, con la esperanza de encontrarse con Medrano para alardear del excelente plan que tenía para esa noche. Se quedó con las ganas ya que el lugar estaba vacío. Se sirvió una copa de coñac, se sentó en el sillón que solía ocupar su *hermano* y sonrió satisfecho mientras cruzaba una pierna encima de la otra.

Por fin todo empezaba a encarrilarse. Su tío tenía razón cuando le decía que el tiempo, tarde o temprano, se encargaba de poner las cosas en su sitio. Y muy pronto, Pablo Medrano, el Payo o simplemente el *maldito gitano,* tendría su merecido.

Tarde o temprano.

*

Debido al mal estado de los caminos, don Álvaro Balbuena y su familia habían salido del pueblo con apenas el tiempo de sobra suficiente para llegar a La Querencia antes de la hora prevista y no quedar mal con el anfitrión.

El ancho espacio en el interior de la volanta se había visto notablemente reducido por la presencia de Ramiro, quien había aparecido en la casa con un bonito ramo de flores que entregó a Consuelo mientras contemplaba de reojo a la madre de la muchacha. Aunque había intentado sentarse a su lado, no pudo hacerlo porque Eugenia se encargó de meterse en el medio de modo que terminó entre las dos hermanas que trataban constantemente de disputarse su atención. Frente a ellos, don Álvaro y su esposa apenas se miraban. Él prefería observar el paisaje a través de la ventanilla mientras Trinidad jugaba con uno de los lazos del vestido al que enroscaba en su dedo y volvía a desenroscar para pasar el tiempo. De vez en cuando, alzaba sus ojos negros y los posaba disimuladamente en ese joven apuesto y sinvergüenza que le había hecho perder la cabeza. Llevaba el brazo envuelto en un cabestrillo, como si en verdad lo necesitase. Ella sabía muy bien que estaba más sano que cualquiera. Lo había comprobado esa noche en el almacén cuando la había hecho estallar de pasión con su boca. Desde ese momento, no dejaba de pensar en él, aun sabiendo que no debía, que estaba jugando no solo con ella sino también con sus dos hijas; no lograba apartarlo de su mente. ¿Cómo hacerlo si era su propio cuerpo el que se negaba a olvidar lo que solo con él podía sentir? Trató de pensar en algo menos perturbador porque se estaba acalorando demasiado y, después de la tormenta, el frío solo se había acentuado. No quería llamar la atención de nadie, especialmente la de su marido. Mientras menos caso le hiciera, mucho mejor. Desde ese intento fallido de yacer con ella, no había vuelto a buscarla en la intimidad. Que se desahogara con alguna de las putas del burdel ya ni siquiera le molestaba; todo lo contrario, se sentía aliviada de que alguien más se ocupase de saciar sus bajos instintos a cambio de unas cuantas monedas.

Ramiro, para no provocar un conflicto entre las muchachas y terminar poniéndose en evidencia delante de su padre, le dedicaba sonrisas zalameras a Consuelo y miradas suspicaces a Eugenia. Así, conformaba a las dos sin molestar a ninguna. Sabía que era un juego arriesgado; sin embargo, cuando alguna se lo permitía, se deleitaba fugazmente con el rostro apacible de doña Trinidad o esas manos que se movían inquietas sobre su regazo y que él ansiaba besar hasta el cansancio. No tenía dudas de que la cena en la estancia iba a ser una tortura. Tenerla así de cerca, a pocos centímetros, y no poder tocarla ¡Eso sí que era un verdadero tormento! De alguna manera, se las ingeniaría para estar con ella a solas y que volviese a vibrar de pasión entre sus brazos.

El carruaje avanzaba con lentitud por el sendero que se extendía desde la entrada principal hasta el casco de la estancia, ya que allí la lluvia también había dejado profundos surcos que el cochero debía esquivar con pericia para no terminar encallándose en el barro.

Balbuena fue el primero en descender de la volanta. Se tomó su tiempo para subirse el cuello del abrigo antes de ofrecerle una mano a su esposa para ayudarla a bajar. Ella se levantó un poco el vestido para facilitar sus movimientos y, a hacerlo, rozó sin querer la pierna de Ramiro.

—Lo siento —se disculpó, dirigiéndole apenas la mirada.

—No fue nada, señora —respondió él con fingida formalidad, manteniendo el contacto durante unos segundos más hasta que ella abandonó la volanta. Ni Eugenia ni Consuelo se habían movido de su sitio. Supo entonces que lo estaban esperando. Se bajó de un salto y le tendió la mano, primero a Eugenia, luego hizo lo mismo con su hermana, a quien por supuesto llevó prendida del brazo hasta la casa.

Fueron recibidos por Blanca, quien les anunció que el señor Medrano se encontraba en el salón junto a los demás para tomar un aperitivo antes de la cena. Hacia allí se dirigieron, y Eugenia, buscando despertar los celos de

Ramiro, se acercó a Pablo y lo saludó con un beso en la mejilla. De inmediato notó que estaba de pésimo humor.

—¿Qué pasa? Pensé que esta cena sería de tu agrado —le comentó, aceptando la copa de jerez que él le acababa de servir.

Pablo ignoró su pregunta. No tenía ganas de darle explicaciones a nadie. Desde que había escuchado que Almudena y Diego se habían ido al pueblo para divertirse en la romería, apenas podía con su mal genio.

—A propósito, ¿dónde está la maestra? ¿Y el tal Diego Guzmán? Esperaba conocerlo esta noche. —Cuando el semblante de Pablo se endureció, supo que acababa de dar en el clavo.

—No nos acompañarán —fue la escueta respuesta que él le dio para saciar su curiosidad.

—¿No? —La noticia la había sorprendido.

—No.

Eugenia entonces no volvió a mencionar el asunto para no contrariarlo. Esa noche necesitaba de su complicidad. Por fortuna, contaba con la anuencia de su padre, a quien le convenía que ella entablase una relación más allá de la amistad con el heredero de don Casimiro; por eso se valdría de su interés y haría que Ramiro se retorciera de los celos al verla coqueteando con él. Ahora estaba junto a la inocente de su hermana, conversando con Mariana Larrea y su dama de compañía, la tal Úrsula. Desconocía de qué estaban hablando tan animadamente, pero sí percibió que el pensamiento de Ramiro estaba muy lejos de allí. Aunque Consuelo continuaba aferrada de su brazo sano como un ternero a la teta de su madre, él no le prestaba la más mínima atención.

Su padre, con una copa de coñac en la mano, se acercó y le pidió que lo dejase a solas con Pablo para hablar de negocios. Eugenia no tuvo más remedio que obedecer y reunirse con su madre, quien permanecía cerca de la chimenea, también ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿De qué se trata, don Álvaro? —Quiso saber Pablo apenas se libraron de

la muchacha—. No veo qué clase de negocios podríamos tener en común usted y yo.

Balbuena bebió un sorbo de coñac para humedecerse la garganta y esbozó una sonrisa.

—Tenemos más en común de lo que cree, muchacho, y no hablo solamente de mi hija mayor.

Pablo, cuya paciencia esa noche pendía de un hilo muy delgado, ni siquiera fingió que estaba interesado en lo que él tuviese para proponerle. Tampoco pretendía seguir con el juego que había comenzado Eugenia al hacerle creer que había algo entre ellos. Antes de que pudiera volver a abrir la boca, Balbuena ya estaba hablando maravillas de la compañía británica que había llegado al país para hacerse cargo de la construcción de la línea ferroviaria que uniría a Córdoba con la ciudad de Rosario.

—Uno de los representantes de la compañía se encuentra recorriendo varios puntos de la provincia para buscar las mejores opciones. Precisamente tuve una reunión con él, hace unos días, cuando estuvo en San Marcos Sierra.

—No entiendo a dónde quiere llegar, Balbuena —lo interrumpió Pablo perdiendo la poca paciencia que aún conservaba.

Álvaro Balbuena se rascó el bigote y luego se mojó la garganta con las últimas gotas de coñac que tenía en la copa. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—El tren es sinónimo de progreso, Pablo —manifestó, llamándolo por su nombre de pila, tratando de generar una confianza entre ambos que nunca había existido—. ¡Ya lo decía el finado don Larrea con ese entusiasmo que lo caracterizaba!

El comentario de Balbuena le pareció de muy mal gusto. Si bien era cierto que el viejo estaba a favor de que el gobierno de Sarmiento extendiera el trazado de nuevas líneas ferroviarias, no podía olvidar que paradójicamente había perdido la vida arriba de un tren.

—Vaya al grano, don Álvaro —No fue una petición, más bien una orden.

Balbuena carraspeó. Se le había secado la boca de repente. Tenía ganas de beberse otro coñac, pero decidió que no era lo más prudente. Instintivamente, se llevó la mano al bolsillo interno de la chaqueta, donde escondía la botella de láudano.

—La compañía ferroviaria está interesada no solamente en tender una línea que pase por el pueblo, también planea edificar una estación de trenes en la zona rural; la única en muchos kilómetros a la redonda. Eso significaría un gran avance para nosotros.

—Sigo sin entender qué tengo que ver yo en todo este asunto —insistió Pablo, mirándolo con desdén.

—Mire, Pablo, le voy a hablar con franqueza. Ahora que don Casimiro no está, imagino que no debe ser sencillo para usted administrar sus campos. Además, con la aparición de su sobrina, supongo que las condiciones en La Querencia van a cambiar. —Como Pablo no dijo nada, continuó hablando—: Los ingleses están dispuestos a desembolsar una suma muy importante para comprar parte de estas tierras con el propósito de establecer la estación de trenes que le mencioné. ¡Imagínese! ¡La primera estación de la región, que hará que Cruz del Eje prospere a la par de la provincia, estará emplazada a pocas leguas de acá!

—¿Y usted qué gana con todo esto? —inquirió Pablo, sabiendo la clase de sujeto con el que estaba hablando. Álvaro Balbuena no movía un dedo si no sacaba algo de ventaja. Nadie le sacaba de la cabeza que, si ganaba las elecciones, el pueblo sería quien terminaría pagando por su falta de escrúpulos y su desmesurada ambición.

Balbuena se tomó algunos segundos para responder su inquietud. Miró a su esposa, quien conversaba con la sobrina de Larrea y esa extraña mujer que la acompañaba. Eugenia y Consuelo se encontraban en el rincón opuesto del salón, departiendo alegremente con Ramiro Flores. Quizá no era ni el

momento ni el lugar apropiado para lanzarle su propuesta; sin embargo, la copa de coñac que acababa de beberse le había dado el valor suficiente para hablar con Medrano de una buena vez por todas.

—En principio, hago esto procurando el beneficio de la gente de Cruz del Eje, muchacho —le aseguró, tratando de sonar convincente y, sobre todo, honesto—. Aunque me han ofrecido una pequeña comisión si actúo como intermediario entre los estancieros de la zona y su compañía en la adquisición de tierras, lo que realmente me mueve es un interés puramente filantrópico y no el dinero que puedo recibir gracias a mi intervención. Acá entre nos, estoy convencido de que la llegada del tren al pueblo y la construcción de una estación, que será la primera de la región, terminarán de afianzarme como el candidato idóneo para ocupar el cargo de presidente municipal, ¿no cree? En tres meses son las elecciones y espero que, para entonces, el proyecto haya avanzado lo suficiente como para cumplir a tiempo con lo que prometí.

A Pablo lo tenían sin cuidado sus pretensiones políticas. Él no formaba parte de ese electorado que Balbuena pretendía seducir a base de promesas dudosas y la falsa ilusión de un progreso que se instalaría en Cruz del Eje, despojando a varios de sus habitantes del derecho que tenían sobre sus tierras. Si tuviese la oportunidad de votar, seguramente jamás lo haría por alguien como Álvaro Balbuena.

—Don Casimiro jamás mencionó la posibilidad de vender parte de sus tierras, ya sea al ferrocarril o a alguien más —repuso Pablo, muy seriamente —. Supongo que no está usted al tanto, pero yo no puedo disponer de su patrimonio a mi antojo. El querido viejo, quizá buscando reparar el daño que ocasionó en el pasado, le heredó a su sobrina Mariana la mitad de esta estancia. Ella es tan dueña como yo de La Querencia.

Balbuena no se lo esperaba. Miró de soslayo a la muchacha en cuestión. Parecía estar atenta al parloteo de su esposa, o al menos, pretendía que la escuchaba. ¿Sería un obstáculo a la hora de conseguir lo que buscaba? Aunque

la mitad de las tierras de Larrea hubiesen caído en manos de Medrano, como su única heredera directa, supuso que tendría la última palabra a la hora de disponer del patrimonio que le había dejado su tío. Quizá no era precisamente con Pablo Medrano con quién debía tratar un asunto tan importante.

—¿Le ha dicho la joven si planea quedarse definitivamente en la estancia? ¿Acaso volverá pronto a Buenos Aires?

Pablo se encogió de hombros.

—Mariana no ha mencionado la posibilidad de irse de Cruz del Eje, al menos no todavía —le respondió, escudriñándolo con sus ojos verdes. Sabía que, si no lograba nada con él, tardaría lo que un suspiro en acercarse a la muchacha para intentar embaucarla con sus turbios asuntos. Tal vez era prudente que hablase antes con ella para prevenirla—. Sé que es inútil que se lo diga, Balbuena, porque está acostumbrado a que nada ni nadie lo detenga cuando quiere salirse con la suya. Sin embargo, le advierto que no tengo ningún interés en deshacerme de las tierras de don Larrea solamente para satisfacer sus caprichos en nombre del progreso. Sé también que intentará persuadir a Mariana de que se deshaga de parte de su patrimonio para quedarse con parte de la estancia y negociar con los del ferrocarril. No puedo impedírselo, la ley está de su parte, pero haré todo lo que esté a mi alcance para que esa maldita estación no se levante en el terruño de mi querido viejo; no después de perder la vida arriba de un tren. —Y tras ese discurso que no daba lugar a dudas de cuál era su posición al respecto, lo dejó en medio de salón para ir a servirse un trago, que buena falta le hacía. No tanto por el mal momento que acababa de pasar sino por la ausencia de Almudena que lo tenía demasiado inquieto. Se lo bebió de un solo sorbo, aguantándose la intensa quemazón que el alcohol le produjo en la garganta.

La oportuna llegada de la criada anunciando que la cena estaba lista, resultó un alivio para varios de los presentes. Pablo fue el primero en dirigirse al comedor, seguido por Mariana y Úrsula. Para evitar cualquier desavenencia

con su esposo, Trinidad lo esperó para ir de su brazo y evitar, aunque fuese por un momento, cualquier contacto visual con Ramiro, quien fue el último en entrar al comedor, escoltando a las hermanas Balbuena.

Mientras disfrutaban de los manjares que la cocinera había preparado para la ocasión, nadie se percató de que alguien los estaba espiando. Fue Mariana la única que alcanzó a vislumbrar el rostro de Juan de Dios a través del vidrio empañado de la ventana. Le sonrió con disimulo, gesto que el niño respondió a su vez con otra sonrisa. El corazón de Mariana dejó de latir por un instante cuando descubrió que Juan de Dios no estaba solo. A su lado, Ceferino también le sonreía. Tras el violento altercado que habían protagonizado esa mañana, no se habían vuelto a ver y ya ansiaba estar nuevamente entre sus brazos. Úrsula le había prohibido terminantemente salir de la casa sin ella; incluso había suspendido las dichosas clases para aprender a montar cuando se dio cuenta de que no había sido más que una excusa para poder verse a solas con ese *salvaje*, término despectivo que usaba cada vez que nombraba a Ceferino. Por supuesto, para evitar un escándalo mayor o enemistarse innecesariamente con Pablo Medrano, había inventado que aún no lograba vencer su temor a los caballos y que, por esa razón, ya no le interesaba aprender a lidiar con ellos. Dejó escapar un suspiro al comprobar que Juan de Dios y su amado Ceferino ya no la acompañaban a través de la distancia. Había perdido el apetito y ni siquiera era capaz de concentrarse en lo que sucedía a su alrededor. Algunos de los comensales hablaban animadamente mientras otros estaban tan taciturnos como ella. La esposa de don Álvaro Balbuena, por ejemplo, apenas abría la boca y tampoco parecía disfrutar de la cena. ¿Qué era lo que la incomodaba? Cuando sus ojos castaños recorrieron la mesa, creyó descubrir el motivo de su inquietud. El tal Ramiro Flores, a quien le habían presentado como el novio de Consuelo, la hija menor de los Balbuena, le lanzaba unas miradas que hubiesen sonrojado al más intrépido de los amantes. A su vez, la hija mayor, Eugenia, lo miraba a él con la misma

pasión. Mientras todo eso sucedía, la señorita Consuelo y don Álvaro no se percataban de nada. Ella, quien se escudaba detrás del silencio para poder observarlos con detenimiento, lo supo todo de inmediato.

Ramiro Flores, quien pretendía a Consuelo, miraba con deseo contenido a su madre. Eugenia Balbuena gustaba del novio de su hermana y, a su vez, doña Trinidad no era ajena al poder de atracción que ejercía sobre el joven soldado. Contempló a don Álvaro un momento. Estaba enfrascado en otro discurso más sobre los beneficios de la llegada del tren al pueblo mientras las tres mujeres de su familia suspiraban por el mismo hombre.

Al parecer, existían conflictos más intrincados que los que debían enfrentar Ceferino y ella para poder estar juntos.

Úrsula le llamó la atención, con un tirón en el brazo, dándole a entender que quería que participase en la conversación e intercambiara algunas palabras con los demás comensales, pero no le hizo caso. No se atrevería a obligarla delante de todos. Estaba segura de que no iba a desistir de su plan de casarla con Pablo Medrano porque no le importaba en lo más mínimo pasar por encima de lo que ella y Ceferino sentían con tal de salirse con la suya. Sin embargo, no se lo iba a permitir. Lucharía por su amor con todas las armas que tuviese a su favor antes de renunciar a ser feliz al lado del hombre que amaba. La Mariana sumisa y obediente a la que Úrsula estaba acostumbrada a manipular, había quedado enterrada en el pasado. A partir de ahora solo pensaría en su futuro y en el de Ceferino. Si Úrsula no era capaz de comprender el gran amor que sentían el uno por el otro, buscaría su felicidad lejos de ella.

Miró hacia la ventana y aunque ya no había nadie detrás del vidrio empañado, sonrió.

*

Un viejo galpón que pertenecía a la diócesis servía de lugar de esparcimiento para los habitantes de Cruz del Eje y los alrededores cada vez que se organizaba una romería o alguna que otra kermés para fines benéficos. A pesar de no estar en óptimas condiciones, varios vecinos se habían encargado de adecentarlo durante las últimas semanas para que estuviese listo el día de la romería.

Ni el frío ni la terrible tormenta que había dejado varios de los caminos de acceso al pueblo casi intransitables habían impedido que el lugar se fuese llenando a medida que caía la noche.

Una orquesta popular compuesta por tres músicos que provenían de la capital y que había sido contratada por don Álvaro Balbuena con la clara intención de ir arrimando votos a su favor el día de las elecciones, amenizaba el evento con canciones alegres que invitaban a bailar.

En una gran mesa, ubicada junto a la puerta de ingreso, se habían dispuesto una gran variedad de tentempiés dulces y salados, para satisfacer el paladar de todos los presentes a precios muy económicos. También se servían bebidas frías y calientes. Un par de chinas jóvenes, que trabajaban en una estancia cercana, eran las encargadas de cebar mate. Una armaba la ronda y luego le cedía su turno a la otra para volver a comenzar.

Almudena estaba sentada en un rincón, con un vaso de ponche en la mano, observando cómo Diego intercambiaba algunas palabras con la mujer que atendía las mesas. Regresó a su lado y le ofreció un pastelito.

—Gracias, ¿vos no vas a comer nada?

Diego negó con la cabeza y le mostró el vaso lleno de vino que acababa de adquirir por unos pocos centavos.

—No tengo apetito. —Se bebió un sorbo del vino, algo dulzón para su gusto y le dedicó una sonrisa—. Lo que realmente deseo es que la orquesta vuelva a tocar para poder bailar contigo.

Almudena fingió quitarse del vestido algunas migas del pastelito al que

acababa de darle un mordisco para no tener que responder a su invitación todavía. Apenas abandonaron la estancia, Diego le había hecho jurar que ya no pensaría en cosas tristes y trataría de divertirse. No lo estaba consiguiendo. Era incapaz de apartar de su mente todo lo que había ocurrido entre Pablo y ella esa misma mañana. Tampoco le dejaba de dar vueltas a la conversación que habían sostenido en el despacho. Ella, que había soñado tantas veces con la posibilidad de convertirse en la esposa de Pablo, tuvo que escuchar de los labios del hombre que amaba que pediría su mano en matrimonio con el único propósito de subsanar el error que había cometido al hacerla suya.

—Vas a bailar conmigo, ¿verdad? —insistió Diego ante su prolongado silencio.

—Sí, por supuesto —concedió por fin. Después de haberle prestado su hombro para llorar sus penas, volvía a sentirse en deuda con él. Diego no le había preguntado qué le pasaba, solo se había limitado a consolarla sin ningún tipo de cuestionamiento.

Cuando volvió a sonar la música y un par de parejas se fue arrimando a la improvisada pista de baile que se había armado en el medio del galpón, Diego se deshizo del vaso del vino, le quitó la copa de ponche ya vacía a Almudena de la mano y extendió el brazo hacia ella.

—¿Me concede el placer de bailar con usted, señorita Izaguirre? —Aunque el pedido sonó bastante formal, el brillo de picardía que se vislumbraba en sus ojos negros provocó que Almudena sonriera.

Ella, continuando con la pantomima, hizo una reverencia y le brindó su mano. Diego se la apretó suavemente mientras se abría paso entre la gente para llegar a la pista. De inmediato atrajeron la atención de todos en el lugar. No solo por el hecho de que fuesen foráneos. Él, alto y moreno. Ella, rubia y con un porte elegante, digno de una princesa. Era un verdadero deleite ver la pareja tan bonita que hacían. Muchos sabían que Almudena había llegado al pueblo para convertirse en la nueva maestra. De su acompañante, sabían poco

y nada. Solo que había cruzado todo un océano para terminar en Cruz del Eje, buscando quién sabe qué. Diego sujetaba la cintura de Almudena con firmeza y ella mantenía las manos apoyadas en los hombros masculinos, mientras se movían al compás de la música. Las demás parejas se fueron apartando hasta dejarlos solos. Fue Almudena la primera en darse cuenta e intentó persuadir a Diego de que debían detenerse. Él, encantado de que lo vieran en compañía de una mujer tan hermosa, se rehusó a hacerle caso. Cuando apenas unos minutos después un grupo de personas ingresó al galpón, Diego aprovechó la distracción para atraerla más contra su cuerpo.

La comitiva iba encabezada por un hombre alto que saludaba a todo el mundo con una gran sonrisa que se asomaba por debajo de su bigote. Lo acompañaba una mujer de cabellera oscura y rostro angelical a la que todos también saludaban. Detrás, iba una pareja más joven. Por último, y para sorpresa tanto de él como de Almudena, venía Pablo con una impactante morena que también se había aferrado a su brazo como si el gitano le perteneciera. Aprovecharse del baile para acercarse a la muñequita de porcelana fina había sido una decisión acertada. Saludó a su *hermano* con un movimiento de cabeza mientras que con una de sus manos le acariciaba la espalda a su trofeo más preciado. Percibió el gesto de incomodidad en el rostro de Almudena y no supo discernir si era por su atrevimiento o por la aparición de Medrano en la romería. Aunque no se lo esperaba, sería una muy buena ocasión para echar sal en la herida. Porque, aunque Almudena no se lo hubiese dicho, era más que evidente que algo serio había ocurrido entre ellos esa mañana mientras estuvieron refugiándose de la tormenta, quién sabe dónde. Algo que irremediablemente la había empujado a sus brazos, buscando consuelo.

—Esos deben ser el famoso señor Balbuena y su familia ¿Quieres que vayamos a saludar? —le preguntó.

Almudena espió a los recién llegados por encima de su hombro. Pablo

llevaba a Eugenia del brazo, y la muchacha sabía aprovecharse muy bien de la situación. Desvió la mirada cuando descubrió que él también la estaba observando con cierto disimulo, como si no quisiera que nadie más se diera cuenta.

—No, son ellos los que acaban de llegar —alegó, tratando de concentrarse en el baile para no demostrarle cuánto le estaba afectando su presencia en el lugar—. Esperemos a ver qué hacen.

—Está bien, como quieras. —Diego sonrió satisfecho. Aprovecharía cada segundo de esa noche para fastidiar al maldito gitano.

Cuando la pieza que la orquesta ejecutaba finalizó, le puso la mano en la cintura y se alejaron de la pista hacia el sector de los refrigerios. Le ofreció otro ponche a Almudena, sin embargo, ella le pidió algo más fuerte y terminó aceptando un poco de sidra. Solía beber hasta dos copas durante las fiestas navideñas y nunca le habían hecho perder la lucidez. Le agradaba esa mezcla de sabor ácido pero a la vez dulzón que le provocaba un cosquilleo en la garganta. Se terminó el primero y, aunque seguramente no debería haberlo hecho, dejó que Diego le volviera a llenar el vaso. Necesitaba embotarse la mente, aunque solo fuese un poco, para olvidarse que Pablo estaba allí, restregándole en la cara a Eugenia Balbuena después de haberla hecho su mujer ¡Y lo que era aún peor, no le importaba exhibirse de su brazo cuando esa misma tarde le había hablado de matrimonio!

—Parece que mi hermano se encuentra muy a gusto con esa preciosidad de muchacha. No la conozco. Es la hija mayor del tal Balbuena, ¿no?

Almudena, enceguecida de celos, respondió a su pregunta con una mirada hierática. ¡Así que Diego también había caído preso de su encanto!

—Se llama Eugenia, y sí, es la hija mayor de don Álvaro Balbuena. Tuve el *gusto* de cruzarme con ella en un par de ocasiones.

—Por tu expresión, imagino que no te cae nada bien —comentó Diego con la clara intención de descubrir si esa joven era la causa principal de su tristeza

y ahora también de su mal humor. Por la complicidad que podía vislumbrar entre ella y Medrano, sospechaba que eran algo más que amigos. Y por supuesto, lo usaría a su favor—. Es bonita, claro; sin embargo, yo tengo la buena fortuna de estar acompañado por la mujer más hermosa esta noche. —Aprovechó su desconcierto para acercarse y darle un beso en la mejilla. Al hacerlo, le rozó suavemente la comisura de los labios, tomándose todo el tiempo del mundo para volver a separarse.

Almudena, sorprendida por el gesto de Diego, solo fue capaz de sonreírle. No tenía por qué molestarse o reprocharle nada. Había sido solo un beso amistoso. Si alguien quería pensar otra cosa, era su problema. Cuando miró hacia el sector en donde había visto a Pablo por última vez, ya no lo encontró. Lo buscó por todas partes hasta que lo vio bailando con Eugenia. Sus ojos se encontraron y por la rabia que alcanzó a percibir en ellos, había sido testigo del beso que acababa de darle Diego. Experimentó cierta satisfacción al saber que no era la única que la estaba pasando mal.

—¿Me harías el honor de volver a bailar conmigo? —le preguntó Diego, inclinándose hacia ella en una reverencia. Él también se había dado cuenta de que Medrano y la tal Eugenia estaban bailando. Quizá había llegado el momento de saludarlos.

Almudena titubeó un instante antes de aceptar su invitación. Fue la mano de Pablo alrededor de la cintura de Eugenia y la manera en la cual le sonreía lo que la terminaron de convencer. Caminó con altivez hasta el sitio que eligió Diego, sin dedicarle siquiera una mirada. Aunque estuviese muriéndose de celos, no se lo demostraría. Si era necesario, lo castigaría con la indiferencia, dejándose consentir por los galanteos de Diego.

Mientras se iban deslizando por la pista, mezclándose entre las demás parejas, Pablo la buscaba constantemente con la mirada. Ella fingía que no se daba cuenta de nada y trataba de concentrarse en los pasos de baile para no pisarse el vestido. Respondió con un ligero movimiento de cabeza al saludo

de don Álvaro Balbuena, quien estaba bailando con su otra hija. No vio a doña Trinidad por ningún lado. Tampoco había señales del joven soldado que los acompañaba y que parecía ser el pretendiente de la más pequeña de las hermanas Balbuena. Una mezcla de alivio e inquietud la embargó cuando Pablo y Eugenia se escabulleron en medio de una ranchera para ir en busca de un refrigerio. Siguió cada uno de sus movimientos hasta que Diego reclamó su atención, y cuando volvió a mirar hacia el mismo sitio, ellos ya no estaban. ¿Se habrían marchado sin siquiera saludarlos? ¿O habrían salido buscando tal vez un poco de intimidad? Le hervía la sangre tan solo de pensarlo. Para no desairar a Diego, que no tenía culpa de nada, bailó con él hasta que el cansancio los venció. Luego, alegando un dolor de cabeza inexistente, le dijo que quería regresar a La Querencia y él, presto a cumplir con su deseo, la sacó de allí, apretándole la mano muy fuerte.

Unos ojos verdes iracundos los observaba mientras se marchaban.

UNA PUÑALADA TRAPERA

Trinidad había conseguido librarse de su esposo mucho antes de lo previsto. Don Álvaro no iba a desaprovechar la ocasión de departir con los vecinos, ahora que se aproximaban las elecciones, para convencerlos de que él era el mejor candidato para ocupar el cargo de primer presidente municipal de Cruz del Eje. Tenía dos adversarios que no le llegaban ni a la suela de los zapatos. De todos modos, no estaba de más lisonjear a la gente del pueblo para asegurarse la victoria. Fue cuando un grupo de hombres y mujeres comenzaron a rodearlo para escuchar sus propuestas políticas, cuando Trinidad consiguió escabullirse sin que él se diera cuenta.

Había tratado por todos los medios de no prestarle atención a Ramiro; sin embargo, ¿cómo lograrlo si a pesar de que siempre estaba entre medio de sus dos hijas, era a ella a la que desnudaba con sus ojos azules? Durante buena parte de la noche, mientras bailaba con Consuelo o conversaba con Eugenia, había sentido el poder de su mirada. Tenía pavor de que alguna de las muchachas terminase por descubrirlos y eso sí que jamás se lo perdonaría. Ambas estaban enamoradas de Ramiro Flores y ya era un suplicio para las pequeñas disputarse su cariño como para que encima se enteraran de lo que sucedía entre ella y el dueño de todos sus quebrantos.

Salió al exterior para tomar un poco de aire y cuando miró por encima de su hombro, Álvaro continuaba haciendo el papel de político honesto mientras Consuelo y Eugenia se esmeraban en atraer la atención de Ramiro. Tenía ganas de irse a la casa, pedirle a Avelina que le preparase un baño caliente y

olvidarse de una vez por todas de esa noche. Saludó a un par de vecinos que tenían la suerte de marcharse y caminó por el sendero que llevaba a la iglesia. Ella no podía simplemente irse porque sabía que Álvaro jamás se lo perdonaría. Aunque ahora, mientras hablaba con los futuros electores ni siquiera se percataba de su ausencia, debía quedarse a su lado para mantener las apariencias. Aparentar que era un hombre de familia, con valores arraigados y una moral intachable, cuando en realidad la imagen que don Álvaro Balbuena pretendía mostrar a los demás era tan falsa como cada una de las promesas que sembraba en su camino hacia las elecciones y que jamás cumpliría.

Dejó escapar un hondo suspiro al tiempo que se arrebujaba en el chal de lana que le cubría los hombros. Aunque lo había elegido porque combinaba con el azul de su vestido, no era demasiado abrigado. El viento había calmado y el frío se acentuaba con el correr de las horas. Aun así, permaneció un rato allí, contemplando el cielo salpicado de estrellas e iluminado por una radiante luna llena.

De repente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca y su corazón se disparó. Cerró los ojos rogando a Dios que solo fuese su imaginación; sin embargo, cuando el aliento tibio de Ramiro le rozó el cuello, supo que de nada le serviría rezar esa noche. Él la tomó de la cintura y la empujó hacia atrás, hasta pegarla a su cuerpo.

—Deseaba estar a solas con vos, Trinidad. Sé que querías lo mismo, por eso saliste, porque me estabas esperando. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Es en vano que lo negués. Me basta ver tu reacción para comprobar que tengo razón.

Trinidad no lo negó. Aunque su primera intención había sido escaparse, en su fuero más íntimo estaba allí esperando ansiosa que él la fuera a buscar. La única verdad era que sentía celos de la relación que Ramiro sostenía con sus hijas y deseaba con locura volver a vibrar entre sus brazos.

Por esa razón, y por otras muchas más, se dejó arrastrar por él hacia un rincón oscuro para poder concretar sus fantasías.

La ermita en donde tantas veces Ramiro se había encontrado a escondidas con Eugenia, fue el sitio en el cual se dejaron llevar por sus más bajos instintos. Que fuera un espacio sagrado dentro de los terrenos de la iglesia no fue un impedimento, tampoco el hecho de que alguien los pudiese descubrir.

Los besos apasionados con los que Ramiro tomó por asalto la boca de Trinidad fueron el preludio para las caricias hambrientas y los roces atrevidos. Como esa noche en la despensa del almacén, él se deshizo del paño que envolvía su brazo para tener mayor libertad, y sin soltar a Trinidad en ningún momento, se dejó caer en la misma banca de madera en la que solía verse con Consuelo y la sentó a horcajadas encima de su regazo. Mientras continuaba besándola, le levantó la falda del vestido y le apretó las nalgas por encima del calzón. Ramiro interrumpió el beso para hundir el rostro en su cuello. Trinidad dejó caer el chal al suelo y se desprendió la parte de arriba del vestido para liberar sus pechos de toda la tela que los cubría. Ahogó un grito de placer cuando él los tomó entre sus manos y deslizó la yema de los dedos alrededor de los oscuros pezones que rápidamente se endurecieron bajo el influjo de sus caricias. Luego, cuando los introdujo en su boca para lamerlos, Trinidad sintió cómo su sexo comenzaba a palpitar. Dispuesta a brindarle el mismo placer, hurgó debajo de la chaqueta de Ramiro, le abrió la camisa y con movimientos algo torpes al principio, le apretó las tetillas. Fue testigo de cómo se iba transformando su rostro a medida que iba bajando hasta encontrarse con su hombría endurecida. Le desprendió la presilla del cinturón y lo tocó. Ramiro gimió cuando las manos de Trinidad se apoderaron de su miembro erguido. Comenzó a acariciarlo en toda su extensión, mirándolo fijamente a los ojos mientras él intentaba respirar. A punto de perder el control, y con un rápido movimiento que no le dio tiempo a Trinidad de reaccionar, le deslizó los calzones para introducirse en su interior antes de

terminar explotando en sus manos. Sujetándola con fuerza por la cintura, acompañó el balanceo de su cuerpo con cada una de sus embestidas, las cuales fueron ganando en velocidad e intensidad a medida que se acercaban al clímax.

Convulsionándose en un delicioso temblor y con sus corazones palpitando fuerte, alcanzaron juntos la cima del placer. Trinidad se recostó sobre su hombro mientras Ramiro la envolvía entre sus brazos. Poco a poco, fueron recuperando el aliento hasta que la calma se cernió sobre ellos.

—Ha sido maravilloso —musitó Trinidad, aturdida, al sentirlo todavía en su interior. Se habría quedado así toda la noche, aferrada a ese hombre que le había devuelto la capacidad de volver a disfrutar de su propio cuerpo.

Él la apartó para poder mirarla a los ojos. Estaban más oscuros que nunca. Le rozó los labios húmedos y le secó el sudor de las mejillas con el dorso de la mano.

—Nunca tuve dudas de que lo sería —dijo, ensanchando la boca en una sonrisa triunfal—. Sos una mujer muy apasionada, Trinidad.

—No. —Bajó la cabeza, un tanto apenada—. No lo soy, Ramiro. Durante los últimos años la pasión quedó totalmente relegada de mi vida. Fue tristemente reemplazada por la rutina y la indiferencia de un esposo ausente. Pero cuando te conocí, todo eso cambió. En realidad, me di cuenta de lo gris de mi existencia la noche en la cual descubrí que te veías a escondidas con Eugenia. —Le relató brevemente lo que había hecho en la soledad de su habitación después de verlos y de lo culpable que se sintió luego—. ¡Me puse a leer la biblia porque temía estar volviéndome loca! Desde ese momento, fue imposible apartarte de mis pensamientos.

—Yo tampoco podía dejar de pensar en vos, Trinidad. Buscaba cualquier excusa para verte. —Frunció el entrecejo de repente—. ¿Acaso Balbuena sospechaba alguna cosa y por eso te golpeó?

Trinidad negó con la cabeza.

—Álvaro no sabe nada. Me presta muy poca atención como para imaginarse siquiera que me pueda sentir atraída por otro hombre —le aseguró, incómoda de tener que hablar sobre ese asunto con él—. El golpe fue por otra razón.

—No hay razón alguna para que un hombre golpee a una mujer —repuso Ramiro, todavía con la sangre en el ojo por haberla visto con el rostro lastimado.

—Lo hizo para descargar su frustración. Intentó hacerme suya y no lo logró. Venía borracho, pero me echó la culpa a mí, por supuesto. —Se calló el resto de los insultos que le había soltado su esposo por temor a que lo fuese a buscar.

—¡Maldito hijo de perra! —bramó Ramiro, furioso.

—Ya pasó —le dijo ella para restarle importancia y evitar un posible enfrentamiento—. Desde ese día no ha vuelto a maltratarme, tampoco me ha buscado en la intimidad. Creo que ya no podría soportarlo, mucho menos después de lo que acaba de pasar entre nosotros.

A Ramiro le provocó un sentimiento muy similar a la ternura cuando la vio sonrojarse. Parecía una niña; sin embargo, había vibrado en sus brazos como la más apasionada de las mujeres.

—Yo no sería capaz de vivir sin vos, Trinidad. —Le acarició el rostro—. No quiero preocuparme demasiado por lo que vendrá; sin embargo, de una cosa estoy seguro: después de esta noche, ya nunca podré arrancarte de mis pensamientos, porque estás anclada en mi piel y en mi corazón, y ahí te quedarás para siempre. —Aunque no deseaba comprometerla, sus palabras le hablaban de un mañana juntos, de la posibilidad de arriesgarse por lo que ambos sentían.

Trinidad no respondió. Se dejó abrazar y, sin quererlo, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

Admiró la valentía de Ramiro al hablarle de sus sentimientos con tanta sinceridad. Ella, por temor a perderlo todo, no tuvo el valor de confesarle que

le pasaba lo mismo. Por más que él tuviese razón, nadie era dueño de su destino, mucho menos de su futuro. Se recompuso y le sonrió.

—Será mejor que volvamos antes de que alguien note nuestra ausencia.

Ramiro la sujetó de la cintura cuando ella trató de alejarse.

—Un beso —le imploró—, un último beso para llevarme el sabor de tus labios en los míos.

Trinidad no pudo negarse. Tal vez ya no volverían a encontrarse a solas para amarse como lo habían hecho esa noche y a ella también le costaba despedirse.

Ella fue la primera en regresar al baile. Ramiro esperó un poco, saboreando la pasión que acababan de compartir. Se colocó el pañuelo que le servía de cabestrillo para seguir con la farsa y enfiló hacia el galpón. Las hermanas Balbuena seguramente estarían preguntándose dónde se había metido. Debía pensar una muy buena excusa para que no sospechasen nada.

Mientras Ramiro desaparecía por el sendero que iba de la ermita a la iglesia, una de las hijas de don Álvaro Balbuena apenas podía creer lo que sus ojos habían presenciado.

*

Diego y Almudena llegaron a La Querencia cerca de la medianoche. No había nadie levantado, solo un par de peones que montaban guardia junto a la tranquera principal y que los saludaron con un discreto movimiento de cabeza cuando la volanta pasó junto a ellos. La casa estaba sumida en el silencio y Diego se ofreció a acompañar a Almudena hasta su habitación. Él se acercó con la clara intención de besarla para darle las buenas noches y ella volteó la cara.

—Hasta mañana. —Abrió la puerta, pero Diego le impidió que entrase en su habitación.

—Espera, Almudena, por favor —le pidió. No quería dejar pasar la oportunidad de propiciar un acercamiento con ella después de una noche en la cual había bailado entre sus brazos. El ponche y la sidra que había bebido en la romería serían sus cómplices—. Quizá es demasiado pronto, pero ¿has pensado en lo que te dije?

Ella lo miró. Trató de enfocar la vista, que por alguna extraña razón se le había nublado. Supo entonces que no debía haber bebido más de lo que estaba acostumbrada. Tuvo que recostarse contra la pared cuando el suelo comenzó a moverse debajo de sus pies.

—Mi intención no es presionarte —le aclaró él, en un tono serio—. Pasamos una noche tan encantadora que pensé que, quizá, ya habías tomado una decisión.

Las palabras de Diego revoloteaban en su cabeza, aturdiéndola. Ignoraba lo que esperaba de ella exactamente, pero no iba a darle una respuesta en ese momento, no en el medio del pasillo, a medianoche y estando bajo los efectos de una incipiente embriaguez. Se inquietó cuando escuchó que alguien subía las escaleras. Lo más sensato habría sido despedirse de Diego y meterse en su habitación; sin embargo, le bastó descubrir que se trataba de Pablo para hacer todo lo contrario. Envalentonada, gracias al ponche y a la sidra que había bebido en la romería, se aproximó a Diego para recostarse en su pecho. Él la rodeó con ambos brazos y apoyó el mentón sobre la cabeza de Almudena, hundiendo la nariz en su cabello perfumado.

—¿Esto es un sí? —le preguntó, gratamente sorprendido por su repentino cambio de actitud.

Almudena no le respondió. Cuando Diego la apartó y la tomó del rostro con el claro propósito de besarla, ella cerró los ojos y no se resistió. Consiguió mantener los labios apretados mientras él posaba suavemente su boca en la suya. No deseaba que el casto beso de Diego borrase los besos apasionados que le había dado Pablo esa mañana.

Un fuerte carraspeo a sus espaldas los interrumpió. Cuando Diego se volteó y se topó con la mirada hierática de Pablo, apretó muy fuerte la mano de Almudena.

—¡Pablo, qué sorpresa! —Se peinó un mechón de cabello que le caía sobre la frente y le lanzó un rápido vistazo a Almudena antes de volver a hablar—. No esperábamos encontrarte a esta hora, creíamos que seguías en la romería, ¿verdad, Almudena? Parecía que disfrutabas mucho la compañía de esa muchacha, Eugenia creo que se llama.

Pablo llevaba su abrigo en la mano y se había desprendido los primeros botones de la camisa. Almudena no pudo evitar deslizar los ojos por esa piel sudada que había tenido el privilegio de tocar. Aunque era una situación que ella misma había propiciado, se sentía incómoda al estar de la mano con Diego mientras Pablo los contemplaba con cara de fastidio.

—Crees bien, *hermano*, se llama Eugenia y sí, siempre disfruto mucho de su compañía —respondió, clavando la mirada en el rostro de Almudena—. ¿Por qué no se acercaron a saludar? Me hubiese gustado que la conocieras a ella y a su familia. Me preguntaron por ti, y como no podía ser de otra manera, les conté que habías viajado especialmente desde España para buscar a tu hermano perdido… o sea, yo —dijo en un tono burlón mientras se golpeaba el pecho con el dedo índice.

—Ya tendremos oportunidad de conocernos en otro momento —aseveró, y antes de que Pablo siquiera atinase a voltearse para dirigirse a su habitación, se preparó para atestarle una puñalada en el medio del corazón—. Con Almudena queríamos aprovechar para darte una noticia ¡no podemos esperar hasta mañana!

Cuando lo único que deseaba era hacerse muy pequeñita y desaparecer de allí, Almudena se esforzó en sonreír.

Mientras los celos lo consumían por dentro, Pablo también hizo un gran esfuerzo en fingir que todo estaba bien. No soportaba esa expresión de

embobado en el rostro de su hermano, mucho menos que tomase a Almudena de la mano con esa actitud tan posesiva. ¿Qué pretendían? ¿Restregarle en la cara que podían ser felices sin importarle lo que él pensara o sintiese?

—No hace falta que digas nada. Imagino de qué se trata y no me resta más que desearles lo mejor. —Se acercó para darle un abrazo a Diego y cuando le tocó el turno de felicitar a Almudena, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente. Más casto y puro que aquel que le acababa de dar Diego unos minutos antes para sellar su noviazgo—. Felicidades a ambos. —Le dedicó una gélida mirada a Almudena, les dio las buenas noches y enfiló rumbo a su habitación. No entró enseguida, permaneció espiándolos durante unos instantes, solo para asegurarse de que Diego no sobrepasara ningún límite. Cuando lo vio que por fin se marchaba, cerró la puerta muy despacio y se recostó sobre ella, suspirando hondo. Arrojó el abrigo encima del viejo baúl, salvó de dos zancadas la distancia que lo separaba de la cama y se dejó caer de espaldas para quedarse con la mirada clavada en el techo.

Era lo mejor. Lo repitió en su mente una y otra vez a ver si lograba hacerse a la idea. Necesitaba convencerse de que Diego era la opción más conveniente para Almudena. Después de lo que había ocurrido esa mañana en el rancho y tras su frustrada propuesta de matrimonio, ella debía estar aborreciéndolo. Quizá por eso había aceptado a Diego. No quería ponerse a pensar demasiado. Sacudió la cabeza, como si al hacerlo pudiese despejar las dudas que lo atormentaban en ese momento.

No importaba la razón por la cual Almudena había decidido darle una oportunidad a su hermano.

Era lo mejor y punto.

Cuanto antes lo asimilara, más sencillo resultaría todo.

*

Ese domingo, aprovechando que su padre se encontraba en casa, Eugenia le entregó la capa y el sombrero a Avelina y, en vez de subir a su habitación, se dirigió hacia el despacho. Doña Trinidad y Consuelo venían con ella. Acababan de llegar de la iglesia, en donde habían asistido a la misa de las diez. Todavía se le revolvía el estómago al recordar lo que había visto la noche anterior en la romería, y le costaba horrores mirar a su madre sin que el rencor y la rabia se le escapasen por la mirada. Apenas había podido dormir, imaginándose la cantidad de veces que se habría encontrado a escondidas con Ramiro… su Ramiro, para comportarse como una vulgar ramera. Porque eso era exactamente su madre para ella. ¿Cómo podía ser capaz de santiguarse a la par de los demás feligreses en la iglesia, dándose golpes de pecho, mientras se revolcaba con el falso pretendiente de su hija? Apretó los puños con fuerza para aplacar ese ardor que le corría por las venas y que la había empujado a tomar una decisión.

Hablaría con su padre.

Aunque al principio ni siquiera supo cómo iba a decírselo, de a poco fue gestándose en su cabeza una idea que le serviría para vengarse de Ramiro y de su madre; ambos se merecían pagar por lo que habían hecho. Alguien debía detenerlos.

Empujada por la resolución que acababa de tomar, se plantó frente a la puerta de su despacho, dio unos suaves golpes contra el vidrio y esperó a que su padre le diera su permiso para poder pasar.

Don Álvaro apartó los ojos de unos documentos que había estado leyendo con suma atención para contemplar a su hija mayor. Aunque era domingo y solían pasar más tiempo juntos de lo habitual, le extrañó que lo buscase en su espacio de trabajo cuando no solía hacerlo por temor a interrumpirlo. Eran más de las once y supuso que había llegado recién de la calle. Estaba un poco azorada y movía las manos sin parar, como si no pudiese mantenerlas quietas. El pesado silenció que se instaló en el despacho apenas la muchacha entró lo

puso intranquilo. Últimamente cualquier detalle fuera de lugar le encrespaba los nervios. Existían solamente dos cosas que lograban calmarlo: una buena dosis de láudano y las caricias ardientes de las putas del burdel. Después del intento fallido de convencer a Medrano que vender parte de las tierras que había heredado de don Larrea era un excelente negocio, estaba más irascible.

—Hija, ¿vas a decirme qué te pasa de una vez o tu intención es hacerme perder el tiempo? —le espetó, peinándose el bigote con los dedos—. Supongo que si has venido a verme es para hablar, no para quedarte callada y con esa expresión de desasosiego en tu bello rostro.

Eugenia tomó asiento y bajó la cabeza. Sus manos seguían moviéndose, ahora sobre su regazo, socavando la poca paciencia que tenía su padre esa mañana.

—Hija, me estás preocupando. —Se inclinó hacia adelante y extendió los brazos hacia ella por encima del escritorio—. ¿Qué es? ¿Has vuelto a discutir con tu hermana?

Eugenia levantó la mirada. Tenía los ojos húmedos. Le había bastado pensar en la traición de Ramiro para lograr que las lágrimas brotaran sin ningún esfuerzo. Debía convencer a su padre de que lo que estaba a punto de contarle era la más absoluta de las verdades.

—Padre, es que… es que ni siquiera sé cómo decírselo —balbuceó, sacudiendo la cabeza—. ¡Me da mucha vergüenza contarle lo que ocurrió! Pero si lo hago —unos cuantos hipidos, mezclados con un par de suspiros lastimeros, hicieron más creíble su actuación—, es para evitar que Consuelo termine pasando por lo mismo que he pasado yo.

Balbuena, asustado por las palabras que acababa de pronunciar su hija en medio de la desesperación, abandonó la comodidad de su butaca y se arrodilló junto a ella.

—Vamos, cariño. Sea lo que sea, debo saberlo —la conminó mientras le apretaba las manos con fuerza.

Eugenia asintió. La noche anterior, mientras Consuelo dormía plácidamente, ajena a lo que hacían Ramiro y su madre a sus espaldas, ella había practicado una y mil veces lo que le diría a su padre. Después de permanecer en vela hasta altas horas de la madrugada, se conocía de memoria la historia que estaba a punto de escuchar ahora don Álvaro Balbuena. Se aclaró la garganta y aceptó el pañuelo que él le dio para secarse las lágrimas.

—Se trata de Ramiro, papá.

—¿Qué pasa con ese muchacho? —Don Álvaro, intuyendo lo que su adorada hija tenía tanto reparo en contarle, la urgió a responder.

—Él no es bueno, papá, y tengo mucho miedo por mi hermana.

—Hija, ¿por qué decís que Flores no es bueno? ¿Qué fue lo que hizo? —Ya no le apretaba las manos, ahora la sacudía de los hombros para obligarla a hablar—. ¡Por Dios, Eugenia! ¡No te quedés callada!

Eugenia se asustó. Recién en ese momento, con el vozarrón de su padre exigiéndole hablar, se dio cuenta de la magnitud de lo que iba a hacer. Aun así, la rabia que sentía era tan grande que no le importó. Justificó sus acciones diciéndose a sí misma que Ramiro se lo merecía.

—Antes de pretender a Consuelo, Ramiro se acercó a mí, también con intenciones amorosas. Me endulzó los oídos y juró que cuando volviera de Entre Ríos hablaría con su merced para decirle que quería ser mi novio. —Dobló el pañuelo de seda en dos mientras respiraba ligero—. Me visitaba por las noches, colándose por los muros de la casa. —Notó cómo la vena en el cuello de su padre se hinchaba—. Sé que no debí permitírselo, pero me hizo creer que todo lo que decía era cierto, que pediría mi mano y se casaría conmigo. Una de esas noches, justo antes de que se reincorporase al ejército, trató de…

Con un movimiento brusco, Balbuena se incorporó y se llevó la mano a la cabeza. Miró a su adorada hija por encima del hombro. Se resistía a seguir escuchándola, pero al mismo tiempo necesitaba saberlo todo.

—¿Qué fue lo que te hizo ese hijo de puta? —inquirió, levantando la voz. A esas alturas, poco le importaba que todos en la casa se enteraran.

—No alcanzó a hacerme nada, papá, defendí mi honra al costo de perderlo. Como no pudo conseguir lo que quería, ya no volvió a buscarme. Por eso, me horroricé cuando sedujo a Consuelo, seguramente con la misma retahíla de palabras bonitas con las que me conquistó a mí. Ya sabés cómo es mi hermana, papá. Consuelo no sabría qué hacer para evitar que Ramiro abusara de ella. Creo que está tan necesitada de afecto y de atención, sobre todo masculina, que confundiría las oscuras intenciones de Ramiro con una muestra de cariño. ¡Tengo mucho miedo por ella! ¡No permita que ese mal hombre le desgracie la vida! —Se levantó y se arrojó a los brazos de su padre, rompiendo en un llanto tan desconsolador que nadie jamás habría dicho que era puro teatro.

Balbuena le acarició la cabeza con manos sudorosas. La falta de láudano se estaba empezando a manifestar en su cuerpo con fuertes palpitaciones y temblores. El disgusto que le había provocado la confesión de su hija aumentó ese estado de ansiedad que ya no le era sencillo controlar.

—No te preocupés, querida. Yo me encargaré que ese mequetrefe no vuelva a acercarse a vos, tampoco permitiré que le haga daño a tu hermana, podés quedarte tranquila. —Mientras pronunciaba su promesa, se dio cuenta de lo injusto que había sido siempre al preferir a Eugenia y subestimar a su hija más pequeña por considerarla debilucha. Las dos los necesitaban y él no les iba a fallar.

Ramiro Flores pagaría por su ofensa. Incluso con su propia vida.

LAZOS DE AMISTAD

El lunes por la mañana, muy temprano, Almudena saltó fuera de su cama y se asomó a la ventana. Abrió una de sus hojas y se subió el cuello del camisón para respirar un poco de aire de campo. Aunque hacía frío, el viento les había ofrecido una nueva tregua, y el sol, lentamente, se iba abriendo paso entre las nubes. No llovía y dio gracias al cielo por ello. Parecía que hasta el mismísimo Dios se había puesto de su lado al bendecirlos con una jornada tan apacible en medio del crudo invierno que estaban atravesando.

El entusiasmo y los nervios de su primer día como maestra no le permitieron descansar como era debido, y ahora pagaba las consecuencias. Tampoco el encuentro casual con Pablo que ella y Diego habían tenido la noche del sábado al regresar del pueblo. Lo supo cuando, al mirarse en el espejo, descubrió dos manchas oscuras debajo de los ojos y los párpados levemente hinchados.

La jornada anterior, tal como Pablo había previsto, estuvieron trabajando en la escuela desde el alba hasta el atardecer, haciendo dos pausas solamente para disfrutar de un refrigerio al mediodía y otro a la tarde. Apenas habían intercambiado un par de palabras durante las horas que compartieron mientras terminaban de acondicionar el edificio escolar. Diego, doña Adela y hasta Amparito les habían echado una mano para tener todo listo a tiempo. Mientras las mujeres se encargaban de colocar las cortinas y embellecer el salón con unas flores de papel que la misma Almudena había diseñado, Pablo y Diego se ocupaban de las tareas pendientes que habían dejado en el patio, como quitar

el resto de la maleza y terminar de reparar el aljibe. Resignada a que no le prestara atención, esperaba poder verlo a la hora de la cena; sin embargo, Pablo no se presentó. Cuando le preguntó a Blanca si había pedido que le subieran algo de comer a la habitación, la criada le dijo que Pablo ni siquiera se encontraba en la casa. Con un poco de astucia, logró sonsacarle más información y así terminó enterándose de que, tras descansar un par de horas y tomar un baño de tina, había salido rumbo al pueblo, avisándole que quizá no regresaría a dormir. Por la manera en la que se lo dijo, se dio cuenta de que Blanca no aprobaba ciertas actitudes de su patrón. Si no pensaba volver, descartó que hubiese ido a visitar a Eugenia Balbuena. ¿Dónde demonios se metía entonces? Ese era uno de los interrogantes que también la habían tenido en vela la noche anterior; atenta a cualquier ruido proveniente del pasillo, esperando su regreso.

Pero Pablo, fiel a sus propias palabras, nunca llegó a dormir. Si había alguien que pudiera saciar su curiosidad, sin dudas, esa era Amparito. No tenía más que aguardar a que apareciera, como cada mañana, preguntándole si se le ofrecía algo antes de bajar a desayunar. Se dio media vuelta cuando escuchó que llamaban a la puerta. No podía ser Amparito; la muchacha sí golpeaba, pero antes de que ella respondiera, se metía en la habitación. Cuando volvieron a llamar, se puso la bata encima del camisón y se dispuso a abrir.

Se quedó de una pieza cuando descubrió que se trataba de Mariana. Al igual que ella, aún estaba en camisón y llevaba a la pequeña Lolita en brazos.

—Buenos días, Almudena. Espero no haberte despertado, pero necesitaba hablar con vos ¿Podemos pasar?

A Almudena le causó gracia el uso del plural al pedir su permiso para entrar.

—Buenos días, Mariana. Por supuesto que podés… que pueden pasar. —Se hizo a un lado y cerró la puerta. Le ofreció sentarse en la cama junto a ella y la

miró, expectante—. ¿Qué puedo hacer por vos?

—En realidad, vine a verte para pedirte un gran favor. —Acomodó a Lolita encima de su regazo y comenzó a acariciarle el lomo—. Quise hablar con vos ayer, pero no tuve la oportunidad de hacerlo. —No le dijo que había permanecido todo el día encerrada en su habitación porque Úrsula le había prohibido salir—. Se trata de Juan de Dios. Me gustaría, si es posible, que pudiera asistir a la escuela. Aunque no habla, no tiene mayores inconvenientes a la hora de hacerse entender. Le gusta mucho dibujar y pasar tiempo en el palomar que está detrás de la casa. Se ha hecho amigo de Ceferino, lo sigue a todas partes. Yo también he conseguido ganarme su confianza. No sé, siento que hay un vínculo muy fuerte entre nosotros. Ambos lo sentimos la primera vez que nos vimos. Ceferino asegura que soy algo así como su ángel de la guarda. —Sonrió emocionada—. Lo cierto es que Juan de Dios es un ser muy especial, que seguramente ha sufrido mucho en el pasado y necesita del cariño de los demás. Creo que le haría muy bien rodearse de otros niños de su edad.

Almudena notó que, las veces que había mencionado el nombre de Ceferino, a Mariana se le iluminaba la mirada. Pablo tenía razón. Había algo entre ellos. También percibió la devoción con la cual le hablaba de ese niño misterioso que había aparecido una noche en La Querencia y del que nadie sabía absolutamente nada.

—Mariana, me parece una idea excelente —respondió, con una sonrisa afable—. Sin embargo, debemos ser conscientes de que Juan de Dios no habla y eso puede ser un obstáculo a la hora de aprender.

—No lo será, te lo aseguro. Es un niño muy inteligente, solo necesita del estímulo necesario para salir adelante —aseveró Mariana, entusiasta—. Si te parece bien, yo podría acompañarlo durante los primeros días, para que vaya acostumbrándose al lugar y a los demás niños. Además, conmigo se sentiría más confiado.

Almudena no encontraba un argumento valedero para negarse a su petición.

Tampoco quería hacerlo. Juan de Dios también tenía derecho de ir a la escuela. A pesar de las condiciones en las cuales había llegado a la estancia y ante la imposibilidad de saber sobre su origen, debía darle la razón a Mariana. ¿Qué daño podría causarle asistir a la escuela e interactuar con otros niños de su edad? Ella estaba dispuesta a tenerle toda la paciencia del mundo, y por el compromiso de Mariana, sabía que también estaría pendiente de él.

—Es una muy buena opción, Mariana. Si Juan de Dios se siente seguro con vos, lo más conveniente es que te quedes con él, al menos hasta que consiga adaptarse.

En un exabrupto que dejó pasmada a Almudena, la sobrina de don Casimiro Larrea le dio las gracias con un efusivo abrazo. Cuando se separó, notó las lágrimas en sus ojos y sospechaba que no eran producto solo de la emoción.

—¿Estás bien? —le preguntó, interesándose en ella por primera vez desde que compartían el mismo techo—. Sé que aunque tenemos casi la misma edad apenas nos hemos tratado. Cuando te conocí, sentí que no te agradaba, quizá por eso no me acerqué a vos con la intención de entablar una amistad. Echo mucho de menos a mis amigas que dejé en Buenos Aires; supongo que vos también las extrañarás.

Mariana negó con la cabeza.

—La verdad es que no tengo a nadie a quien echar de menos, Almudena —le confesó—. He sido siempre una muchacha muy solitaria, que vivía encerrada en su casa, rechazando invitaciones a tertulias y tratando de pasar desapercibida el mayor tiempo posible. Solo salía para asistir a misa los domingos, y siempre lo hacía acompañada de mi nana.

—¿Y eso por qué?

—Creo que el hecho de haber quedado huérfana tan pequeña, viviendo de la limosna que mi único tío me enviaba todos los meses, hizo que terminase recluida en mi propia casa, compadeciéndome de mi misma, mientras las muchachas de mi edad se pavoneaban en todos los eventos sociales habidos y

por haber, con el propósito que persiguen todas las señoritas casaderas: encontrar un buen marido que las libre del yugo de sus padres. Yo nunca me interesé en esos menesteres.

—Y supongo que Úrsula tampoco propició que lo hicieras —comentó Almudena, ofreciéndole uno de sus pañuelos para que se enjugase las lágrimas. Podía imaginarse perfectamente la clase de vida que llevaría compartiendo sus días con una mujer como esa.

—Úrsula siempre ha procurado mi bienestar. Se hizo cargo de mí desde el mismo instante en el cual mi madre abandonó este mundo y aunque ella lo ignora, porque nunca se lo dije, sé que cuando mi padre se quedó solo pretendía ocupar el lugar vacío que dejó mi madre. Por eso me cuida tanto, como si fuese su hija, porque estaba enamorada de él. Ha velado por mí durante todos estos años, para bien o para mal, me quiere y le debo mucho.

Almudena no estaba de acuerdo y aunque se enojara con ella, se lo tenía que decir.

—No niego que Úrsula sienta por vos un cariño de madre, Mariana. Las conozco a ambas desde hace muy poco, pero estoy convencida de que te has perdido de muchas cosas por estar debajo de su ala protectora. Yo soy la hija pequeña, la que estuvo siempre al cuidado de mis hermanos mayores, y la niña mimada de mi padre. No me malinterpretes; adoro a Gabriel y a Victoria, pero había veces en las que simplemente quería que me dejaran en paz. —Sonrió al recordar su infancia, cuando se quería hacer la grande y se escondía para que sus hermanos no la encontrasen.

Mariana asintió.

—¡No sabés cuánto te entiendo! —Ya no lloraba, pero de sus labios brotó un suspiro lastimero—. Yo quiero mucho a Úrsula, pero de un tiempo a esta parte se ha convertido en un incordio.

—Y solo por casualidad, ¿tendrá algo que ver Ceferino en eso? —se atrevió a preguntarle. El tono rosado que adquirieron sus mejillas confirmó las

sospechas de Pablo.

—Desde que puse un pie en este lugar, Ceferino tiene que ver en todo —aseguró, curvando los labios en una sonrisa—. Quizá te va a parecer una locura, Úrsula dice que me he vuelto loca, pero me he enamorado de él.

—¿Y él también te quiere?

Mariana asintió.

—Nos enamoramos casi sin darnos cuenta. —Le contó de su primer encuentro en el pasillo de la planta alta, cuando la había asustado con su imponente presencia, y de la vez que la acompañó al monte para buscar a Lolita y terminó salvándole la vida—. Nos veíamos a escondidas, gracias a un plan que urdió Pablo para evitar que Úrsula se diera cuenta.

—Las supuestas clases para aprender a montar —repuso Almudena, terminando la frase por ella.

—No eran supuestas —le aclaró Mariana—, sí estaba aprendiendo a perderle el miedo a los caballos y a montar, pero en vez de hacerlo con Pablo, fue Ceferino quien me enseñó.

—Pablo puede ser el Celestino más eficiente si se lo propone —dijo ella, medio bromeando, medio lamentándose. De inmediato se arrepintió de sus palabras, sobre todo cuando Mariana la miró con un gesto inquisitivo y supo que no sería fácil eludir sus preguntas—. Creo que, en cuestiones del corazón, yo no soy tan afortunada como vos.

—La fortuna es algo relativo, Almudena —alegó Mariana sonriendo comprensivamente—. Aunque Ceferino y yo nos queramos y estemos dispuestos a luchar por lo que sentimos, nuestra relación nunca será bien vista. La misma sociedad que me dio la espalda cuando me vi obligada a subsistir gracias al dinero de un tío al que ni siquiera recordaba, no se tocaría el corazón a la hora de condenarnos. Si Úrsula, que me quiere tanto, no entiende nuestro amor, ¿qué podemos esperar de los demás? En cambio, Pablo y vos no tienen nada en contra. Podrían ser muy felices si se lo proponen, porque es

más que evidente que vos estás enamorada de él.

—Pero Pablo no lo está de mí —retrucó Almudena, torciendo la boca en un mohín de tristeza—. He hecho todo lo posible para que se dé cuenta de lo que siento por él, sin embargo, se empeña en aferrarse a un amor imposible, y contra eso, es muy difícil pelear.

—Yo pensé que Pablo estaba loco por vos; es más, Úrsula también lo cree… —guardó silencio de repente. Animada por las confidencias que habían comenzado a compartir, deseó sincerarse con Almudena y contarle todo. ¿Por qué no hacerlo? Úrsula no podía obligarla a continuar con ese absurdo plan de seducir a Pablo para recuperar su herencia, mucho menos ahora que le pertenecía a Ceferino en cuerpo y alma. Como nunca lo había hecho antes con nadie, le abrió su corazón y le habló de las oscuras intenciones de Úrsula, de lo que había sucedido entre ella y Ceferino en la intimidad de su habitación y, sobre todo, del miedo que tenía de que la separasen de él. Después de hacerlo, experimentó un gran alivio. Por primera vez en su vida, sentía que había encontrado en Almudena a una amiga, por eso, se tomó el atrevimiento de pedirle que le hablara de sus propios sentimientos. Mariana escuchó la historia de Almudena y de ese amor por Pablo que llevaba anidando en el pecho durante más de cinco largos años. Aunque tuvo la certeza de que había algunas cosas que se callaba, no insistió en saber más de lo que ella deseaba contarle.

Si no hubiese sido porque ambas debían prepararse para ir al pueblo, se habrían quedado charlando toda la mañana. Mariana bajó a la cocina a buscar a Juan de Dios y Almudena se quedó en su habitación para terminar de arreglarse. Era su primer día como maestra y quería lucir espléndida. Cuando estuvo conforme con su aspecto, se echó un poco más de perfume, se puso su sombrero favorito —el mismo que había estrenado el día que comenzó a dar clases en la Casa de Niños Expósitos— y salió de la habitación dispuesta a no dejarse vencer por la tristeza. Retrasó un poco su andar solo con la ilusión de

poder encontrarse con Pablo antes de bajar al salón, pero él ni siquiera apareció. Decidió esperar un rato más, y mientras se movía de un lado al otro, incapaz de esconder su ansiedad, los minutos pasaban. ¿Dónde estaba Pablo? ¿Por qué se ausentaba precisamente cuando más lo necesitaba? Esbozó una sonrisa cuando vio que Diego se aproximaba.

—¿Lista para el gran día? —le preguntó al tiempo que la saludaba con un ligero beso en la mejilla.

Almudena asintió. Entre los nervios, la inexplicable ausencia de Pablo y la buena disposición que siempre le mostraba Diego y a la que ella no correspondía como se esperaba que lo hiciera, se quedó muda. Él atribuyó su silencio a la emoción y no dijo nada. Le ofreció el brazo y la condujo a la salida. En la galería, Mariana y Juan de Dios los estaban esperando. Almudena fue una de las últimas en subir a la volanta. Se acomodó junto a la ventana y miró hacia la casa, con la esperanza de que Pablo apareciera corriendo por la galería para alcanzarlos. Mientras se alejaban, comprendió que era inútil hacerse ilusiones. Corrió la cortina de un manotazo y se unió a la conversación de los demás.

*

Úrsula había esperado el momento propicio para dejar la estancia sin llamar demasiado la atención. Debía aprovechar la ausencia de Mariana para hacer lo que tenía que hacer. Después de meditarlo durante dos noches, había llegado a la conclusión de que no existía otra salida para subsanar el terrible error que había cometido Mariana al entregarse a un salvaje como Ceferino Guayquivil. Le dijo a uno de los peones que necesitaba ir al pueblo para pasar por el almacén de ramos generales y, de inmediato, tuvo un carruaje a su disposición. En la cocina dejó dicho que volvía al mediodía y que si Mariana regresaba antes que ella, le dijeran que no tardaría.

Solo esperaba que su cometido diera el resultado que ella esperaba. Cuando la volanta se detuvo frente al almacén de los Balbuena, dejó que el cochero la ayudase a bajar y se alejó sin darle las gracias.

La recibió doña Trinidad, y tras comprar algunas fruslerías que ni siquiera le hacían falta, se atrevió a preguntarle por su esposo.

—Necesito hablar con él de negocios —manifestó, sin entrar en detalles—. ¿Se encuentra en la casa?

Trinidad la miró con desconfianza. ¿Qué clase de negocios podría tener en común con su esposo esa mujer que apenas conocían?

—Álvaro está en su despacho. —Le hizo señas con la mano de que rodeara el mostrador—. Venga por acá, por favor.

Úrsula la siguió por un extenso pasillo que comunicaba el almacén con la propiedad de los Balbuena, y tras atravesar el vestíbulo, se detuvieron delante de una puerta que permanecía cerrada. Trinidad se anunció golpeando un par de veces y, sin esperar la anuencia de su esposo, entró. Apenas unos segundos después, la hizo pasar y le ofreció una taza de café. Úrsula, alegando que sería una visita breve, la rechazó.

Le dio los buenos días a Balbuena y fue directo al grano. No tenía caso perder tiempo.

—He venido a hacerle una propuesta, señor Balbuena —le soltó, mientras se enderezaba en la butaca.

Álvaro estaba realmente intrigado. Ni siquiera recordaba el nombre de la mujer, y eso que se la habían presentado hacía apenas dos días, durante la cena en La Querencia.

—¿Una propuesta? ¿De qué se trata? —se peinó el bigote y la miró. A pesar de usar ropa demasiado lúgubre para su gusto, debía reconocer que poseía cierto encanto. Calculó que tendría más o menos la misma edad que su esposa, aunque las arrugas en su rostro la hicieran verse mayor. Llevaba el cabello negro recogido en un estirado rodete y el cuello del vestido le llegaba casi

hasta la barbilla. Era delgada; sin embargo, percibió la redondez de unos pechos todavía enhiestos y caderas anchas. Se vio obligado a apartar la mirada cuando se dio cuenta de que se estaba excitando.

—La otra noche no pude evitar oír parte de la conversación que sostenían usted y el señor Medrano. Sé de su interés en adquirir una parte de las tierras para negociar con la gente del ferrocarril. Mariana, como legítima heredera de don Casimiro, es dueña de la mitad de la estancia y ella está dispuesta a vendérselas a un muy buen precio.

Balbuena volvió a posar sus lascivos ojos en la mujer y curvó los labios en una sonrisa.

—¿Por qué no ha venido ella a ofrecerme sus tierras? —retrucó, más intrigado que antes.

—Eso es lo que menos importa, señor Balbuena.

—Álvaro, por favor —le pidió, acariciándose la mandíbula con el dedo índice.

—Álvaro, Mariana y yo queremos volver a Buenos Aires. La vida de campo no fue hecha para nosotras. —Hizo una pausa, apenas un segundo para endulzar su semblante con una sonrisa afable—. No podemos irnos con las manos vacías, no cuando ella es la heredera legítima de Larrea. Ignoro de qué artimañas se habrá valido ese hombre para quedarse con lo que no le corresponde, pero mi niña está en todo su derecho de hacer con su parte de la herencia lo que le plazca.

—Entiendo su situación, créame, Úrsula. Sin embargo, me temo que su niña no podrá disponer de esas tierras sin el consentimiento de Pablo Medrano. La estancia les pertenece a ambos y es imposible que cualquiera de los dos trate de vender su parte; sería un procedimiento ilegal. Seguramente don Casimiro dejó alguna cláusula en el testamento que ratifica lo que le estoy diciendo.

—¿No habrá alguna manera de lograrlo? —preguntó, aferrándose a lo que creía, era la única solución para apartar a Mariana de ese maldito salvaje.

Balbuena se encogió de hombros.

—Le sugiero que hable con Medrano.

Entonces, Úrsula recordó la carta que había encontrado en la habitación de Almudena. Sabría que, en algún momento, de algo le serviría.

—Noté que está muy interesado en hacerse con esas tierras, Álvaro. Supongo que el ferrocarril desembolsará una muy buena cantidad por ellas. Nosotras estamos dispuestas a aceptar el monto que usted disponga, siempre y cuando sea justo. Imagino que un hombre con su experiencia sabrá aprovechar la oportunidad que le ofrezco. —Se alisó una arruga de la falda y lo miró directamente a los ojos—. Hay algo que podríamos utilizar para obligar a Medrano a cedernos su parte de la estancia.

El candidato a presidente municipal de Cruz del Eje se inclinó hacia delante y apoyó las manos encima del escritorio.

—¿Qué quiere decir exactamente?

Úrsula le habló del contenido de la carta de Almudena y las enigmáticas palabras que dejaban entrever que el tal Medrano había hecho algo terrible en el pasado.

—Ese hombre guarda un secreto y esa es su debilidad —argumentó Úrsula, tratando de que don Álvaro se diese cuenta de cuál era su intención—. Aunque no podemos saber qué es exactamente lo que esconde, con lo que le dije es suficiente como para ponerlo nervioso, ¿no lo cree usted?

Álvaro asintió. Ella tenía razón. No había nada que vulnerase más la voluntad de un hombre que la posibilidad de que su secreto saliera a la luz, y él lo sabía mejor que nadie. Quizá presionando a Medrano con lo que decía la dichosa carta, podría conseguir quedarse con las tierras que luego vendería a un muy buen precio al ferrocarril.

—Solo le pido que no mencione mi nombre y mucho menos de dónde salió la información. —Úrsula necesitaba cubrirse las espaldas en caso de que algo saliera mal.

—No se preocupe —le aseguró Balbuena—. Ya se me ocurrirá alguna manera de justificar lo que acabo de saber sin involucrarla.

—En caso de que la amenaza de revelar su oscuro pasado no fuera suficiente, aún tendríamos otra manera de presionarlo. Medrano tiene otra gran debilidad y se llama Almudena Izaguirre. Si la maestra se marcha del pueblo, es muy probable que él se vaya detrás de ella.

Balbuena negó con la cabeza.

—La señorita Izaguirre acaba de llegar a Cruz del Eje, las clases empiezan hoy mismo. Dudo mucho que quiera irse precisamente ahora —alegó, poco convencido.

Úrsula guardó silencio. De repente, como si el tiempo se hubiera detenido, se quedó mirando el fuego de la chimenea. Estaba tan quieta que incluso parecía que ya no respiraba. Sus inescrutables y profundos ojos negros contemplaban la danza de las llamas mientras iban consumiendo los leños hasta convertirlos en cenizas.

Respiró hondo, se giró sobre sus talones y formuló una pregunta que marcaría el destino de ambos.

—¿Hasta dónde está dispuesto a llegar, don Álvaro?

*

A pesar de que apenas habían asistido siete niños, Almudena estaba feliz. Mariana le había dicho que seguramente el número de alumnos amentaría con el correr de los días, sin embargo, ella lo dudaba. Junto a Juan de Dios, quien se había sentado en el último banco, habían asistido a su primer día de clases, cuatro niños y dos niñas. Dos de los varones eran hermanos e hijos de un importante estanciero de la zona, mientras que los otros pertenecían a familias humildes del pueblo. Una de las niñas, llamada Camila, tenía el cabello tan rojo que le hizo recordar a Coral. Cuando le preguntó de dónde venía y la niña

respondió “de la casa que está en las afueras del pueblo”, los varones se miraron entre ellos mientras contenían la risa.

Después de tomar lista, le entregó un cuaderno a cada uno y su primer libro de texto con el cual aprenderían el abecedario. Cuando llegó hasta el final de la fila para darle los materiales a Juan de Dios, se dio cuenta de que el niño tenía lágrimas en los ojos. Dejó todo encima del pupitre y se arrodilló delante de él. En ese momento, pensó que quizá habría sido acertado que Mariana se quedase a acompañarlo.

—Juan de Dios, ¿qué pasa?

Los demás niños se voltearon y se lo quedaron viendo.

—¿No habla, maestra?

—¡No, no habla! ¿Acaso no se dan cuenta? —les contestó Camila, de muy mala manera—. ¡Debe hablar la lengua de los indios y no entiende nada de lo que decimos!

—Niños, por favor, no agobiemos a Juan de Dios —les pidió Almudena, luego lo miró e intentó acariciarle la mano, pero él la apartó enseguida—. ¿Extrañás a Mariana?

Juan de Dios, sin levantar la cabeza, asintió.

—Si me prometés que ya no vas a llorar, hablaré con ella para que, a partir de mañana, venga a quedarse con vos, aunque sea un rato, ¿te parece?

Juan de Dios esbozó una tenue sonrisa que barrió con la tristeza que le había provocado el hecho de encontrarse allí, entre tantos extraños y lejos de Mariana y Ceferino.

Tras ese momento de zozobra, la clase transcurrió con total normalidad. Cerca de las diez hicieron una pausa de quince minutos para tomar un refrigerio y, como había imaginado, Juan de Dios se arrinconó junto al armario para comer una naranja. Mientras los demás jugaban en el patio, la única que se acercó fue Camila. La niña se sentó a su lado y, aunque no cruzaron ni una palabra, compartieron la misma soledad.

Mientras tanto, Almudena había preparado unas láminas con las iniciales de sus nombres y una palabra que comenzara con la misma letra. Cuando los niños regresaron, las encontraron sobre sus pupitres. Notó que Juan de Dios observaba la suya con sumo interés. A él le había tocado el término "jirafa", y por su reacción, Almudena tuvo la impresión de que el niño ya sabía leer. Se acercó para constatar si sus sospechas tenían algún asidero.

—Juan de Dios, ¿sabés lo que dice tu lámina?

Después de unos cuantos segundos, él asintió con la cabeza.

Almudena, sorprendida por lo que acababa de descubrir, no supo si sonreír o preocuparse. Mariana había tenido la brillante idea de que el niño asistiera a la escuela, sin embargo, era evidente que él ya sabía leer y escribir mientras los demás apenas estaban aprendiendo. No quería que Juan de Dios se aburriera en la clase, porque corrían el riesgo de que no deseara volver. Cuando lo pensó mejor, se dio cuenta de que, a falta de palabras, quizá había encontrado la manera de comunicarse con el niño. En ese momento, agradeció la escasa cantidad de alumnos. Si ponía todo su empeño, podría dedicarle un poco más de tiempo para que no se retrasara. Hablaría con Mariana para comentarle que sería muy beneficioso para Juan de Dios reforzar el aprendizaje fuera del horario escolar. Estaba segura de que no tendría inconveniente alguno en ayudarla con eso. Mientras los otros niños copiaban la inicial de sus nombres, él hacía lo mismo con la palabra que le había asignado.

Almudena regresó a su escritorio y se sentó. El silencio que se había instalado en el salón solo era perturbado por el sonido parejo de los lápices rozando el papel de los cuadernos. De vez en cuando, apartaba la vista del libro de lectura y observaba a Juan de Dios. No parecía aburrido ni incómodo, y eso la tranquilizaba. Notó que Camila, quien ocupaba el pupitre a su lado, también lo estaba mirando. Lo hacía con disimulo mientras sonreía. Sin dudas, la pequeña, con ese desparpajo inusual que la caracterizaba, había logrado

derribar la barrera del lenguaje y ganarse la confianza de Juan de Dios.

Le echó un vistazo a su reloj. La mañana se había pasado demasiado rápido; solo faltaban diez minutos para el mediodía. Les dijo a los niños que se llevasen las láminas a su casa para seguir practicando y se despidió de ellos con un beso en la frente de cada uno. Mientras alababa la bonita caligrafía de Camila, escuchó que alguien se acercaba por detrás. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando se volteó y vio a Pablo, allí, con los brazos cruzados sobre el pecho y el cuerpo reclinado contra el marco de la puerta. Se le acercó y, por enésima vez, ella no supo cómo reaccionar.

A juzgar por el mutismo de Pablo, él tampoco tenía muy claro qué hacer o decir. Para romper el hielo y, de alguna manera, disculparse por no acompañarla, le sonrió.

—¿Cómo ha ido tu primer día? —le preguntó. La culpa lo incomodaba. Dejó el sombrero encima de uno de los pupitres y se encontró con un rostro familiar. Camila lo saludó, sacudiendo su mano, y él le devolvió el saludo con el mismo gesto.

—¿Se conocen? —Almudena no salía de su asombro.

—Sí, maestra —respondió la niña, con una sonrisa de oreja a oreja—. El señor Pablo es muy amigo de mi mamá. La visita seguido y siempre que él viene, ella se pone contenta.

Cuando Almudena miró a Pablo, él le esquivó la mirada. Era evidente que su alumna lo había metido en un aprieto. Ahora comprendía por fin qué clase de lugar era esa famosa casa en las afueras del pueblo que había escuchado mencionar tantas veces y que todos se negaban a explicarle de qué se trataba cuando ella insistía en saber. Era allí, con la madre de Camila, con quien había estado la noche en la cual llegó borracho a la estancia. Sonrió con sarcasmo.

—De verdad, ¿Camila? ¿El señor Pablo suele ir seguido a *visitar* a tu mamá? —Ni siquiera tendría que haber formulado semejante pregunta. No

delante de la niña que nada tenía que ver con lo que hacía su madre—. ¿Fue a visitarla anoche? —Apenas las palabras salieron de su boca, se arrepintió de haberlas pronunciado. La necesidad de conocer la razón por la cual Pablo no la había acompañado en su primer día como maestra del pueblo fue la culpable de su indiscreción.

Camila negó con la cabeza. Almudena miró a Pablo y se sonrojó al descubrir que él sonreía, burlón. ¿Dónde había estado entonces? El alivio de saber que no había visitado a la madre de Camila le duró lo que un suspiro cuando se dio cuenta de que podría haber pasado la noche en otro lado y con otra mujer. Incluso era posible que Pablo sí hubiese ido al burdel y la niña no lo hubiese visto. Como sea, ya no quería escarbar más en la herida. Se despidió de ella y regresó al escritorio para ordenar sus libros. Escuchó que Pablo la seguía.

—No has respondido a mi pregunta —repuso.

—Me fue bien, muchas gracias —le contestó, cortante. Estaba terminando de guardar un cuaderno en el bolso cuando él la sujetó por el codo y la obligó a darse vuelta.

—Así está mejor —aclaró, mientras la soltaba—. Aunque tienes una espalda muy bonita, prefiero que me miren a los ojos cuando me hablan.

Almudena contempló la puerta como si fuera su tabla de salvación. Estaba tan nerviosa que ni siquiera recordaba si Diego le había dicho que vendría a buscarla.

—¿Y cómo le fue a Juan de Dios? Mariana estaba muy nerviosa.

Ella sonrió.

—Tanto ella como Ceferino se pueden quedar tranquilos —le aseguró—. Juan de Dios es un niño muy inteligente. Hoy descubrí que ya sabe leer y escribir; tendremos que reforzar su aprendizaje para que no se aburra en clase. Por lo pronto, y para que se sienta más a gusto, le prometí que, a partir de mañana, Mariana podía quedarse un rato a hacerle compañía. Espero que eso

no le cause problemas con Úrsula.

—No lo creo. Será bueno también para ella estar lejos de esa mujer, aunque sea un par de horas al día. —Recordó lo que le había contado Amparito la noche anterior. Según la criada, había escuchado gritos de mujer que provenían de la habitación de Ceferino. Decidió no comentarle nada a Almudena. No podía fiarse demasiado de los dichos de la muchacha.

Almudena asintió. Aunque la conversación se había decantado hacia otros derroteros, no era capaz de quitarse de la cabeza lo que acababa de descubrir. No era solo el hecho de que Pablo frecuentase una casa de mujeres de la mala vida. Después de todo, no podía culparlo por algo que seguramente venía sucediendo desde antes de que ella se instalara a vivir en Cruz del Eje. Lo que en verdad la inquietaba era la posibilidad de que la madre de Camila tuviese el mismo cabello rojo que la niña; eso confirmaría lo que ella tanto temía: que Pablo todavía seguía amando a Coral y buscaba desahogarse con alguien que se le pareciera, al menos físicamente.

—¿Qué sucede? Te quedaste callada de repente —la indagó Pablo, clavándole la mirada.

Ella le dijo que era algo sin importancia y volvió a ocuparse de guardar su material de trabajo en el bolso.

—Te conozco, Almudena, y por tu actitud evasiva, sé que no me has perdonado el hecho de que no viniera contigo esta mañana. —Se llevó la mano al pecho—. Te pido disculpas, pero no lo creí necesario. Supuse que Diego te acompañaría y no quería hacer mal tercio.

Almudena no supo si creerle. A pesar de que sonaba sincero, percibió cierta ironía en sus palabras.

—Te esperé un buen rato —le reprochó. Estaba molesta y no tenía caso negarlo—. Creí que después de todo lo que habías hecho para abrir esta escuela, cumpliendo el sueño de don Casimiro, te vería a mi lado el primer día de clases. —Comprendió que era un golpe bajo, pero se lo merecía. Debía

haber estado con ella en un acontecimiento tan importante para ambos y no retozando entre las piernas de una prostituta.

—¿Hay alguna manera de reparar el daño que causé?

La expresión de abatimiento que vio en su rostro, casi la convence de que estaba realmente arrepentido.

—Ya no importa. Al menos Diego no me hizo sentir tan sola. —Atinó a alejarse de él, dirigiéndose hacia la salida, pero no la dejó—. Tengo que irme, Pablo. Diego va a venir a buscarme, debe estar por llegar.

Ejerciendo un poco más de presión alrededor de su brazo, Pablo ignoró por completo su petición.

—Me hubiese gustado acompañarte y darles la bienvenida a tus alumnos, Almudena —le confesó.

—Pero estabas tan ocupado, haciendo quién sabe qué y con quién como para pensar en mí o en los niños —retrucó, antes de soltar un profundo suspiro por la nariz—. No hace falta que te disculpes, Pablo. Soy lo suficientemente inteligente como para darme cuenta cuando le importo tan poco a alguien —añadió, mientras intentaba zafarse, sin éxito.

—¿Eso es lo que crees? —Pablo tenía que hacer un gran esfuerzo para no gritarle que la noche anterior había dormido en su rancho, en el mismo jergón en donde la hiciera suya solo para embriagarse con su olor, todavía impregnado en la manta con la cual había cubierto su cuerpo desnudo. Debía acallar sus propios sentimientos para no arrastrarla a una vida sin futuro. ¿Qué le esperaba al lado de un hombre que tenía cuentas con la justicia?

La oportuna aparición de Diego evitó que Pablo terminara abriéndole su corazón o que le cerrase la boca de un beso. La soltó, se caló el sombrero y, tras saludar a su hermano con apenas un ligero movimiento de cabeza, salió de la escuela con la sangre hirviéndole en las venas. Desató las riendas de Gitano y de un salto se montó en su lomo. El caballo levantó una gran polvareda mientras se alejaba del pueblo rumbo a la estancia.

EL DÉCIMO MANDAMIENTO

Cuando Mariana le anunció a Úrsula que había aceptado la petición de Almudena de acompañar a Juan de Dios durante sus clases, se sorprendió de su reacción. Conocía la antipatía que sentía por el niño, por esa razón pensó que jamás estaría de acuerdo. Luego, comprendió que lo había hecho con el único propósito de mantenerla lejos de Ceferino. Tras lo ocurrido en su habitación, se había convertido en su sombra y cada vez que se lo cruzaban por la casa, la obligaba a ignorarlo. Apenas ella se descuidaba, Mariana lograba trasmitirle lo mucho que lo amaba con una mirada o una tibia sonrisa. No poder estar a solas con él, le provocaba un enorme vacío en el pecho. Ni siquiera de noche tenía esa esperanza ya que Úrsula dormía junto a su cama para evitar lo que, según ella, era una terrible tragedia.

Esa mañana, antes de entrar al comedor para desayunar con los demás, le hizo señas a Amparito de que se le acercara. Puso un papel en su mano, se la cerró con firmeza y le dijo:

—Necesito que me hagas un gran favor.

La criada ni siquiera preguntó para quién era la nota. Lo sabía de sobra. Le aseguró que se la entregaría a su destinatario apenas lo viera y se marchó de regreso a la cocina, guardándose el papel en el bolsillo de su delantal.

Si todo salía bien, ese mismo día podría estar nuevamente entre los brazos de su amado Ceferino. Por eso, y aunque solo se tratase de un viaje al pueblo, se había esmerado en su arreglo más de lo habitual. Esperaba que Úrsula no sospechase nada. No quería que le prohibiera acompañar a Juan de Dios en la

escuela si descubría que planeaba verse a escondidas con el hombre que tanto aborrecía. Era injusto que el niño terminase pagando por su culpa, y estuvo a punto de arrepentirse. Sin embargo, la necesidad de ver a Ceferino era tan grande que fue incapaz de echarse para atrás. Si Úrsula no la dejaba volver al pueblo, iría en contra de su voluntad. Contaba con el apoyo de Almudena y ella la ayudaría. Ya no era una niña y podía tomar sus propias decisiones; sin embargo, aún le costaba armarse de valor para enfrentar a esa mujer a la que siempre había visto como a una madre. ¿Por qué no podía comprender que ella se había enamorado de Ceferino más allá de su raza o de su condición social?

Un par de horas más tarde, mientras estaba sentada junto a Juan de Dios en su pupitre, no dejaba de pensar en lo distinto que sería todo si ella fuera más valiente.

Cuando Almudena hizo sonar la campanilla que anunciaba el momento del recreo, los niños salieron atropelladamente hacia el patio. Juan de Dios alzó la cabeza para observarlos y luego continuó dibujando en su cuaderno.

—¿No salís al recreo? —Mariana le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Ella era la única a quien le permitía esa cercanía.

El niño negó con la cabeza.

Mariana estaba a punto de decir algo para tratar de convencerlo cuando una niña pelirroja se les acercó. Extendió su brazo hacia él y le ofreció una manzana.

—Soy Camila. ¿Vos sos la mamá de Juan de Dios? —le preguntó, entornando los ojos.

—Hola, Camila. No, no soy la mamá de Juan de Dios. —Se quedó callada cuando el niño la miró. Tenía los ojos vidriosos y estaba a punto de llorar. A Mariana se le encogió el alma—. Pero como si lo fuera —añadió, con un nudo en la garganta.

Camila sonrió.

—Ves, Juan de Dios, te dije que no estabas solo en el mundo.

Él, sin dejar se contemplar a Mariana, asintió.

Almudena, que había visto la escena desde su escritorio, se acercó y puso sus manos en el hombro de Camila.

—¿Por qué no salen al patio y me traen un poco de agua? —Señaló un vaso en donde había un pequeño ramo de flores que le había dado Diego.

Camila enfiló hacia el patio y miró por encima de su hombro.

—¿Vas a venir o no? —Parecía más una orden que una pregunta, pero funcionó. Juan de Dios abandonó su pupitre y fue detrás de ella.

Almudena y Mariana intercambiaron miradas y se echaron a reír.

—¡Esa niña es una maravilla! —exclamó Mariana, contenta por lo que acababa de ocurrir.

—¡Vaya que lo es! En apenas dos días ha logrado ganarse la confianza de Juan de Dios. Estoy segura de que no tardará mucho más en hacer que vuelva a hablar. —Le rozó el brazo—. Has entablado una relación muy estrecha con Juan de Dios; también Ceferino se ha vuelto muy cercano a él.

Bastó escuchar su nombre para que el corazón de Mariana se desbocara. Cuando empezó a mirar con insistencia hacia la puerta de entrada, Almudena se dio cuenta de que estaba esperando a alguien.

—Le he pedido a Ceferino que viniera a verme —dijo la sobrina de Casimiro Larrea antes de que Almudena se lo preguntase—. Espero que no te moleste que sea aquí, en la escuela.

—Por supuesto que no. Supongo que no es sencillo encontrarte con él en la estancia, bajo la atenta vigilancia de Úrsula.

Mariana negó con la cabeza.

—Es prácticamente imposible. Esta mañana le dejé una nota con Amparito. —Suspiró hondo al tiempo que hacía un ademán con las manos—. ¡Es una tortura vivir bajo el mismo techo y no poder vernos!

Almudena la entendía mejor que nadie, por eso cuando Ceferino apareció en la escuela, cargando con la misma desesperación en la mirada que Mariana,

les dijo que fueran a la habitación contigua para poder estar más tranquilos. Reclinada sobre la puerta que acababa de cerrar, contempló el ramo de flores que le había obsequiado Diego. Había aceptado su cortejo y se sentía a gusto a su lado; sin embargo, jamás lograría arrancarse a Pablo del corazón. Pensó en la situación de Mariana y Ceferino. Los prejuicios y la incomprensión de Úrsula no les permitía estar juntos, pero a pesar de todo, se amaban con locura. El bullicio de los niños regresando del recreo interrumpió sus pensamientos. Dejó que fuera Camila la que cambiase el agua de las flores, y una vez que todos se sentaron en sus pupitres, retomó la clase. Cada tanto, mientras les leía una fábula, desviaba la mirada hacia la habitación en la que se encontraban Mariana y Ceferino.

*

—Don Álvaro, le he dicho que no es recomendable que siga bebiendo láudano cuando hace tiempo que ya no se queja de dolores en la espalda —reiteró el doctor Silvera ante la insistencia de Balbuena. Lo había recibido en su casa para evitarle la espera en la consulta. Era una deferencia que tenía solamente con los pacientes más generosos. Y sin dudas, el candidato a presidente municipal de Cruz del Eje sabía cómo recompensar sus favores.

—El último frasco que me vendió se cayó y se rompió —le dijo—. Ni siquiera había bebido la mitad.

El doctor no sabía si creerle. Quizá se trataba solo de una artimaña para conseguir lo que quería. Cuando le mostró un fajo de billetes que tenía en el bolsillo del chaleco, sus ojos se iluminaron. La codicia era su peor pecado y un hombre con dinero y poder como Álvaro Balbuena estaba más que dispuesto a pagar lo que fuera por un simple frasco de láudano que a él no le costaba nada. No tenía caso negarse. Si él no se lo proporcionaba, se iría a buscarlo a otro lado y eso no le convenía. Le pidió que lo esperara mientras

iba al dispensario y regresó un par de minutos después con su pedido, cuidadosamente envuelto en una bolsa de papel. Había que ser discreto. Cualquier malentendido acabaría con una carrera de casi veinte años y con la excelente reputación que se había granjeado entres sus pacientes y colegas.

Balbuena le entregó el dinero y, acto seguido, se guardó el frasco de láudano en la parte interna de su abrigo. Le dio un fuerte apretón de manos al doctor y se marchó sin siquiera darle las gracias. Subió a la volanta, corrió las cortinas y se tiró sobre el asiento. Amparado por la oscuridad, buscó el frasco y se bebió un sorbo. Apenas una ínfima cantidad para acabar con ese vacío que le carcomía las entrañas cada vez que sentía la falta del láudano en su cuerpo. Cerró los ojos y, a pesar del sabor acerbo de esa sustancia amarronada que se esparció rápidamente por su garganta, se relamió de gusto. Se recompuso y, cuando abrió la puerta de la volanta para indicarle al cochero que podía ponerse en marcha, vio que un hombre se acercaba.

Lo reconoció enseguida. Se llamaba Alejo Molina, pero se había hecho famoso en toda la provincia gracias a su apodo. Le decían *El Chúcaro*, por su carácter fiero y su costumbre de no arraigarse en ningún lado. Sabía que solía hacer algunos trabajitos para el comisario de San Marcos Sierras y que no le incomodaba ensuciarse las manos si hacía falta.

—Don Balbuena, siempre es un gusto volver a verlo. —Se tocó el sombrero y esbozó una sonrisa.

Álvaro no pudo evitar sentirse algo incómodo. Se habían cruzado en varias ocasiones en sitios de dudosa reputación como el burdel y la casa de juegos clandestina en donde solía pasar el rato cuando no estaba en los brazos de su puta favorita.

—Es raro verte de día —bromeó.

El Chúcaro tenía ojos pequeños y rasgados. Cuando entornaba los párpados como lo hacía en ese momento, daba la temible sensación de que se lanzaría al cuello de su víctima ante el primer descuido.

—Andaba con algunos problemas de salud.

—Nada grave, espero —comentó Balbuena para salir del atolladero. Con un sujeto como *El Chúcaro* Molina, nunca se sabía.

—Una muela que me tiene a mal traer y no me deja dormir de noche —respondió, masajeándose la mejilla izquierda—. Prefiero desvelarme por razones más placenteras.

Álvaro asintió. Era un asunto que no iba a tratar con él, sobre todo porque sospechaba que hacía rato le había echado el ojo a su prostituta preferida. La muchacha le juraba que no se acostaba con nadie más pero muchas veces dudaba de su palabra. Después de todo, vivía de engatusar a sus clientes.

—El comisario me espera. Parece que tiene un trabajito nuevo para mí. —Se apartó del carruaje—. Hasta la vista, don Balbuena.

Antes de que Molina se alejara, Álvaro lo llamó.

—¿Andás necesitado de plata?

—La plata siempre es una necesidad, don —sonrió con ironía—. Los milicos no pagan bien, pero no hay que hacerle asco a nada.

—Podrías ganar una buena suma si trabajás para mí.

—¿Y para qué sería bueno?

No era prudente que lo vieran con él a plena luz del día y en medio de la calle.

—Te espero esta noche en el burdel. Es un asunto delicado el que quiero proponerte, y es mejor tratarlo en un lugar discreto y con un vaso de aguardiente en la mano.

El Chúcaro se tocó el sombrero mientras curvaba la boca en una sonrisa sobradora. Se fue silbando bajito, con las manos en los bolsillos, rumbo a la comisaría.

Balbuena le ordenó al cochero que se diera prisa cuando vio que Pablo Medrano acababa de entrar al almacén. Le dio los buenos días y lo invitó a beberse una copa en su despacho mientras esperaba que le preparasen el

pedido.

Pablo, desconfiando de su repentina amabilidad, trató de negarse. Cuando insistió en que debía hablarle de algo importante, no tuvo más remedio que aceptar. Le indicó a Fortunato que cargara todo en la carreta y lo siguió a través del pasillo que comunicaba el almacén con la casa.

—¿De qué quiere hablar, Balbuena? Si es sobre la venta de las tierras, ya le dejé bien en claro la otra noche cuál es mi posición al respecto —le dijo apenas puso un pie en el interior del despacho. Rechazó el trago y se quedó de pie. No pensaba permanecer demasiado.

—La otra noche no tenía en mi poder la información con la que cuento ahora, Medrano —respondió, con aire sobrador—. Información que, sin dudas, lo hará cambiar de opinión.

Pablo arrugó el ceño.

—¿De qué habla?

Álvaro Balbuena, sabiéndose dueño de la situación, se tomó su tiempo en darle una respuesta. Se sirvió una copa de coñac y se la bebió de un solo sorbo antes de volver a abrir la boca.

—Sé lo que pasó en el circo y la razón que tuvo para huir.

Pablo apenas logró reaccionar al oír aquellas palabras. ¿Cómo era posible que Balbuena estuviese al tanto de lo que había hecho?

—Es inútil que lo niegue —le advirtió don Álvaro—. Confío ciegamente en la persona que me lo contó.

—¿Quién fue? —inquirió Pablo, desesperado al descubrir que su secreto ya no estaba a salvo.

—Como comprenderá, no se lo voy a decir. —Se peinó el bigote mientras sonreía—. Le basta con saber que puedo valerme de esa valiosa información para convencerlo de aceptar mi propuesta. Usted me vende su parte de la estancia y nadie jamás se enterará de lo que hizo. Es un trato justo, ¿no le parece?

Acorralado, Pablo trató de encontrar una salida. Era evidente que ese maldito no le daría el nombre de quien le había hablado de él. Aunque Balbuena creyera que era él quien tenía el control de la situación, aún podía sacar ventaja. Con los brazos en jarra, lo fulminó con la mirada.

—¿Quién me garantiza que no abrirá la boca? —lo desafió.

—Tendrá que confiar en mi palabra…

—¡La palabra de un miserable como usted no vale nada para mí!

A medida que la conversación se tornaba más intensa, la sonrisa socarrona se fue desdibujando del rostro de Álvaro Balbuena.

—No se olvide quién es el que sale perdiendo con todo esto, Medrano. Si pone esas tierras a mi nombre, me llevaré su secreto a la tumba. A mí no me vale para otro propósito, solo para obtener lo que quiero.

—¿Cuánto le ofreció el ferrocarril por esas tierras? —quiso saber. A costa de correr el riesgo de terminar en prisión, no iba a desprenderse del patrimonio de don Casimiro con tanta liviandad.

—Eso no le incumbe. Solo le debe importar que le pagaré una buena suma por ellas, puede quedarse tranquilo.

Pablo chasqueó la lengua. Balbuena lo tenía en sus manos y en ese momento no podía pensar con claridad. Ceder a su chantaje significaba traicionar la confianza que su querido viejo había depositado en él. Necesitaba ganar tiempo y tenía la solución en sus manos.

—Está bien, Balbuena. Usted gana —dijo, con fingida resignación—. Solo le pido que me dé unos días para arreglar todo. Tengo planeado un viaje a Buenos Aires que no puedo posponer. Cuando regrese, hablaré con Mariana para ponerla al tanto de que le venderé mi parte al ferrocarril.

Don Álvaro no puso ninguna objeción. Había estado esperando ese momento durante tanto tiempo que no le importaba esperar un poco más.

—Como quiera, Medrano. Mi oferta y mi advertencia seguirán en pie hasta que vuelva a Cruz del Eje; de eso puede estar seguro.

Pablo se mordió la lengua para no decirle lo que pensaba de su amenaza. Era mejor estar en buenos términos con alguien que podía arruinarle la vida con solo abrir la boca. Se despidió con un tono cortante y al salir del despacho se cruzó con Eugenia.

—¡Pablo, qué sorpresa! —se acercó contoneando sus caderas y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, Eugenia? —Ni siquiera le sonrió. La reunión con su padre lo había puesto de mal humor.

Ella se percató enseguida de que algo no andaba bien. ¿Qué habría estado haciendo en el despacho de su padre? Sabía que no era santo de su devoción y, por la rabia que vislumbró en sus ojos, supo que algo grave pasaba.

—¿Qué pasó ahí dentro, Pablo? ¿Acaso mi padre te reclamó que hayamos estado engañándolo durante todo este tiempo, haciéndole creer que había algo entre nosotros?

—No, no se trata de eso, Eugenia —la tranquilizó—. Tu padre y yo teníamos un asunto pendiente, pero ya está todo solucionado.

Eugenia se resistía a dejarlo marchar. Aunque lo de ellos no había sido más que un juego, Pablo le gustaba. Dolida y furiosa por la traición que había sufrido por parte de su propia madre al enredarse con el hombre que ella amaba, se acercó más a él para intentar seducirlo. Puso su mano en el brazo de Pablo y lo acarició mientras lo provocaba con la mirada.

—Eugenia, ¿qué haces?

—Algo que he deseado hacer desde hace mucho tiempo. —Se pegó al cuerpo de Pablo y recostó la cabeza en su pecho—. ¿Podrías solo abrazarme? Necesito tanto de un abrazo —le pidió, al borde del llanto.

Pablo ignoraba qué le ocurría, pero era la primera vez que veía a Eugenia tan abatida. La envolvió con sus fuertes brazos y su intento de seducción quedó rápidamente sepultado bajo el mar de lágrimas que derramó sobre su hombro.

—¿Por qué lloras?

Eugenia no le respondió; entonces Pablo supo que no quería hablar. La reconfortó acariciándole la espalda mientras le aseguraba que todo iba a estar bien. Cuando ella finalmente lo miró, la tomó de la barbilla.

—¿Te sientes mejor?

Eugenia asintió.

—Me hubiese gustado enamorarme de un hombre como vos, Pablo Medrano. Estoy segura de que no me habrías hecho sufrir tanto —le confesó, en medio de los hipidos.

No le sorprendió que el culpable de su angustia fuese Ramiro Flores. A pesar de que nunca se lo había dicho porque sabía lo ilusionada que estaba con él, no le parecía un hombre de bien. Si ahora sufría por su causa, entonces tenía razón al desconfiar del muchacho. Para no escarbar más en la herida, no le preguntó qué le había hecho. Sabía que cuando Eugenia estuviese preparada para contárselo, lo haría. Sin embargo, no se iba a privar de darle un consejo.

—Eugenia, no deberías llorar por quien no lo merece. —Le rozó la mejilla con el dorso de su mano—. Eres joven, bonita y con un carácter chispeante que seguramente muchas muchachas de tu edad desearían tener. No permitas que nadie te lastime; no le des ese derecho.

Eugenia soltó un resuello. Se sentía tan a gusto entre los brazos de Pablo que no quería separarse de él; y aunque envidiaba a rabiar a la mujer que había conseguido enamorarlo, deseó con todo su corazón que las cosas se hubiesen dado de otra manera. Ahora, tras sufrir la traición de Ramiro, se daba cuenta de lo equivocada que había estado todo ese tiempo… tiempo que podría haber aprovechado para conquistar a Pablo.

—Ya es tarde —musitó, resignada.

—¿Tarde para qué?

—No importa. —Esbozó una tibia sonrisa y se apartó de él antes de cometer una locura—. Gracias por ese abrazo, me hizo mucho bien.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, Eugenia. —Pensó en la

amenaza de Balbuena—. Aunque no me lleve bien con tu padre, siento por ti un gran afecto.

—No me has dicho por qué has venido a verlo.

—Es mejor que no lo sepas —fue su escueta respuesta.

—¿Qué te ha hecho?

Pablo arrugó el ceño.

—¿Por qué asumes que tu padre me ha hecho algo?

—Porque te conozco y lo conozco a él. Me bastó ver la expresión de tu rostro cuando saliste del despacho para darme cuenta de que algo grave ocurre entre ustedes.

—No te preocupes, Eugenia. Sé lidiar con hombres como Álvaro Balbuena —le dijo para tranquilizarla y evitar que continuara haciéndole preguntas que no estaba dispuesto a responder. Le dio un beso en la frente y le sonrió—. Me marcho; dejé algunos asuntos pendientes en la estancia que debo atender antes de preparar el viaje.

—¿Viaje?

—Sí. Vuelvo a Buenos Aires en unos días para asistir al bautizo de mi ahijada, la sobrina de Almudena.

—Entonces ella irá con vos. —La desazón en su rostro fue notoria.

—Por supuesto, además de ser tía de la pequeña Sara, Almudena será la madrina.

Eugenia, una vez más, envidió la suerte de la maestra.

—¿Te podré ver antes de que te vayas? —se atrevió a indagar. Quizá no estaba todo perdido todavía.

—No lo sé, Eugenia. Puedes venir a visitarme a La Querencia cuando quieras. No necesitas invitación. —Se alejó hacia la puerta y antes de salir, se volteó y la miró—. No olvides lo que te dije.

Eugenia le sonrió.

—No lo haré —le prometió.

Cuando él atravesó el umbral, dejándola sola en el vestíbulo, musitó un sentido “gracias, Pablo” mientras de su garganta brotaba un suspiro lastimero.

*

Ramiro apresuró el paso cuando se dio cuenta de que alguien lo seguía. Se tanteó el brazo para asegurarse de que llevaba la pistola encima. Recordaba haberla cargado, así que nadie lo iba a sorprender desprevenido. Era inminente que, tarde o temprano, la milicia lo encontraría. Además, corría el riesgo de que al haber escapado la misma noche en la cual había sido asesinado Urquiza, lo acusaran de estar involucrado en el atentado. Nadie sospechaba cuál era la verdad; que había huido como el más cobarde de los soldados, abandonando a sus camaradas a su suerte. Por un instante, pensó en Dolorcita y en los besos que le había robado al amparo de los nogales mientras se escabullía de sus deberes. Aunque jamás había sentido nada profundo por ella, se preguntaba muchas veces qué habría sido de su vida después de la muerte de su adorado *tatita*, como solía llamar a don Justo José.

Apuró el tranco cuando las sombras que lo acechaban se fueron cerniendo alrededor de la suya hasta convertirse en una sola. Liberó el brazo de la tela que lo envolvía y sujetó la pistola con fuerza. Si iba a morir, lo haría peleando por su vida.

Su dedo tembloroso ni siquiera alcanzó a apretar el gatillo. Un golpe seco en la nuca lo tumbó al suelo, dejándolo inconsciente.

Esa fría y húmeda noche de invierno, la vida y la sangre de Ramiro Flores, soldado raso de la Guardia Nacional, lentamente fueron abandonando su cuerpo, diluyéndose en una sucia y olorosa zanja en las afueras del pueblo.

*

Aunque Almudena ya le había comentado que viajaría a Buenos Aires para el bautizo de su sobrina, Diego no pudo evitar sentir una gran frustración cuando el gitano anunció esa noche, durante la cena, que se irían esa misma semana. Percibió el regodeo en cada una de sus palabras. Sin dudas, alejarla del pueblo y, por consiguiente, de él, era una jugada que no se esperaba. Había pensado en acompañarlos; sin embargo, no quería parecer inseguro y arruinar lo poco que había logrado hasta el momento. Debía fingir que confiaba en Almudena y ceñirse al plan que había trazado para no pisar en falso. Le aseguró a Pablo que él se ocuparía de la administración de la estancia con la colaboración del capataz durante su ausencia y, delante de todos, tomó la mano de Almudena y la besó.

—No sé cómo haré para vivir lejos de ti, querida. —Le sonrió de manera seductora, curvando la boca hacia arriba mientras miraba de soslayo a su dichoso y odiado *hermano*.

Almudena tragó saliva. No se acostumbraba aún a los galanteos de Diego, mucho menos cuando los hacía delante de los demás. Le devolvió la sonrisa sin decir absolutamente nada. En vez de sentirse halagada, estaba de lo más incómoda. Aunque no era correcto pensar de esa manera, sería un gran alivio alejarse de él durante algunos días. Alegando que tenía que preparar la tarea para sus alumnos, se retiró antes de que Diego la convenciera de ir al salón para reunirse con los demás. No deseaba su compañía esa noche; mucho menos, estar en el mismo lugar que Pablo, mirándolo a escondidas y sintiendo la intensidad de su mirada.

Estaba a punto de cerrar la puerta de su habitación cuando vio que Mariana venía subiendo las escaleras.

—¡Almudena! ¿Podría hablar un momento con vos?

—Claro. —Se hizo a un lado para dejarla pasar y la invitó a sentarse en la cama para conversar más cómodas.

—Espero no importunarte.

—No, lo de tener que preparar la tarea para mañana no era más que una excusa —reconoció, encogiéndose de hombros.

Mariana no dijo nada. Ella misma se valía de alguna que otra mentira para poder verse con Ceferino.

—Quería darte las gracias por lo de esta mañana.

—No hay nada que agradecer, Mariana. —Se cruzó de piernas mientras jugaba con uno de los adornos de su vestido—. Tal vez la escuela no sea el lugar más adecuado para que puedas verte con Ceferino, pero cuentan con mi ayuda para lo que sea. De ahora en adelante debemos ser discretos para evitar cualquier contratiempo; sobre todo si alguno de los niños se da cuenta.

Mariana se llevó la mano al pecho. Recién en ese momento comprendía lo que podría suceder si alguien del pueblo se enteraba de que la maestra permitía que un hombre y una mujer se encontrasen en la escuela, mientras sus alumnos estaban en el recreo.

—¡Ay, Almudena! ¡Me siento tan avergonzada! No pensamos en las consecuencias y en el daño que podríamos causarte. Te pido perdón, en mi nombre y en el de Ceferino —dijo, poniéndose colorada.

Almudena la tranquilizó con una sonrisa condescendiente.

—Si actuamos con cautela, nadie tiene por qué enterarse.

—¡Le pedí a Ceferino que huyamos juntos! —Se lo dijo tan de prisa que terminó ahogándose con su propia saliva.

—Mariana…

Se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación. Estaba nerviosa y no dejaba de hacer ademanes con las manos, subiéndolas y bajándolas a medida que se movía de acá para allá.

—¡Úrsula jamás permitirá que seamos felices, y yo ya no podría vivir sin Ceferino! —Se dio media vuelta y la miró—. ¡Mucho menos después de haberme entregado a él!

—Tiene que haber otra solución —dijo Almudena. No se le ocurría qué

argumento usar para hacerla entrar en razón. ¡La veía tan decidida!

Mariana sacudió la cabeza.

—En este momento, no la hay. —En tan solo cuestión de segundos, la euforia y la determinación con la cual había hablado, dieron paso a una gran desolación. Se tumbó sobre la cama y con la mirada clavada en el techo, añadió—: Ceferino dice que no podemos irnos así, como si estuviéramos huyendo de algo porque no le hacemos mal a nadie queriéndonos. Además, ninguno de los dos podríamos dejar atrás a Juan de Dios y no sería justo que nos lo lleváramos con nosotros cuando ni siquiera tenemos un sitio seguro hacía donde ir.

—No es bueno precipitarse —repuso Almudena, más tranquila ahora que parecía que Mariana entendía que irse no era lo mejor—. Seguramente no soy la más indicada para darte consejos de índole amorosa; sin embargo, estoy de acuerdo con Ceferino. Él te ama y eso es todo lo que debería importarte por ahora.

Mariana se incorporó, apoyándose con las palmas abiertas en la cama. Notó el dejo de tristeza en su voz.

—Aunque apenas empezamos a tratarnos, me hace muy bien hablar con vos, Almudena —le tocó el hombro—, pero tengo la fuerte sospecha de que no soy la única que necesita desahogarse, ¿o me equivoco?

Almudena le devolvió el gesto de afecto con un suave apretón en la mano. Estaba demasiado sensible y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—¿Qué ha hecho Pablo esta vez? —insistió en saber.

—Nada. —Sonrió con amargura—. Soy ya la que no entiende que por más que lo ame con todas las fuerzas de mi corazón desde el primer día que lo vi, él nunca va a corresponder a ese amor mientras siga pensando en la esposa de mi hermano.

—No te rindas, Almudena. Tal vez, ahora, con el viaje, podés conseguir que

Pablo te vea de otra manera. Van a pasar tiempo a solas, lejos de todo y de todos.

—Ese viaje a Buenos Aires solamente servirá para que compruebe, una vez más, el amor y la devoción que siente por Coral —repuso, convencida de que así sería—. Aunque en realidad no necesito alejarme tanto. —Le contó lo que acababa de descubrir gracias a una de sus alumnas y, al igual que ella, Mariana también se escandalizó al oír que Pablo frecuentaba el burdel del pueblo para verse con una pelirroja que seguramente le hacía acordarse a su amor imposible.

En el pasillo, justo frente a la puerta de la habitación, alguien las estaba escuchando con suma atención.

Pablo no salía de su asombro. Había ido a buscar a Almudena para avisarle que la llevaría al pueblo por la mañana, y al darse cuenta de que Mariana se encontraba con ella, no había querido interrumpirlas. Estaba a punto de regresar por donde había venido, cuando mencionaron su nombre. La curiosidad le impidió moverse.

Se quedó allí, atento a lo que sucedía al otro lado de la puerta, hasta que oyó que Mariana se despedía de Almudena, entonces salió disparado hacia su habitación.

*

El momento de la partida de acercaba y Diego no podía perder la oportunidad de afianzar su relación con Almudena; sobre todo al dejarla partir junto a Medrano. Por eso, y aunque pecase de ansioso, esa misma noche le pediría que fuera su esposa. Pero antes, y con la excusa de desahogarse con alguien, hablaría con su *hermano mayor*. Sonrió para sus adentros. Nada le causaba más placer que fastidiar al gitano. Cuando preguntó su paradero, la criada le dijo que estaba en las caballerizas con el capataz. Subió a su habitación en

busca de un abrigo y hacia allí se dirigió.

Pablo estaba dándole algunas instrucciones al capataz mientras le acariciaba el lomo a su caballo. Ninguno de los dos había notado su presencia todavía.

—Quiero que te sientas libre de trabajar en el despacho durante mi ausencia, Tomás. Dejé en orden los asuntos más urgentes y solo tendrás que ocuparte de las tareas diarias a las cuales ya estás más que acostumbrado. Además, mi hermano Diego te ayudará con los números. Cualquier problema que surja, podrás contar con él.

—No se preocupe, patrón. Usted vaya tranquilo que deja a La Querencia en buenas manos.

Pablo le dio una palmada en el hombro.

—Lo sé, Tomás. Don Casimiro confiaba ciegamente en ti y no dudo de que sabrás corresponder a esa confianza de la mejor manera. —Se volteó cuando oyó que alguien se acercaba. Sonrió al ver que se trataba de Diego—. Precisamente estábamos hablando de ti.

—Reitero lo que dijo mi hermano, Tomás. Me pongo a su disposición para lo que haga falta.

—Gracias, señor Guzmán.

—¿Podría hablar contigo un momento, Pablo?

—Yo me retiro, patrón. La Rita me debe estar esperando. —Salió todo presuroso de las caballerizas, y antes de desaparecer, los miró un instante por encima del hombro. Le parecía imposible que el tal Diego Guzmán y el patrón fuesen hermanos. No se parecían en nada. Además, algo en ese hombre le daba muy mala espina. Cuando se lo comentó a su esposa, ella lo acusó de exagerado y de dudar de una persona a la que ni siquiera conocía. Después del sermón que le soltó, no volvió a mencionar el asunto, sin embargo, y mientras le tocara trabajar codo a codo con él, se andaría con cuidado.

—Se trata de Almudena.

Pablo le dio la espalda.

—¿Qué ocurre con ella? —le preguntó mientras le acomodaba la montura a Gitano. Cada vez se le hacía más difícil hablar de Almudena con él; sobre todo después de oír de sus propios labios que lo amaba desde hacía tanto tiempo.

—Voy a pedirle que se case conmigo antes de que viaje a Buenos Aires—le soltó a boca de jarro, sabiendo el efecto que le causaría.

Pablo contuvo el aliento. La noticia lo descolocó. ¿Cómo podía hablar de matrimonio si hacía apenas unos cuantos días que se conocían?

Se dio media vuelta y lo taladró con sus ojos verdes.

—¿Por qué la prisa?

Diego se reclinó sobre uno de los postes y flexionó la pierna. Se tomó todo el tiempo del mundo para responder. No necesitaba meditar lo que le diría, le complacía prolongar la ansiedad de Medrano hasta el límite.

—La amo y no deseo esperar más tiempo. Se lo pediré esta noche y le diré que me dé una respuesta a su regreso.

—¿Estás seguro de lo que sientes por ella? ¿Qué hay de los sentimientos de Almudena? —Lo que acababa de descubrir le daba el coraje suficiente para atreverse a cuestionar su decisión—. Si quieres mi consejo, creo que vas demasiado rápido.

Diego sonrió.

—No vine a buscar tu consejo, Pablo —le aclaró—, simplemente quería ponerte al tanto de lo que iba a hacer. Sé que mientras Almudena viva en la estancia, está bajo tu responsabilidad. Se lo juraste a su hermano, ¿o me equivoco? —Lo vio asentir de mala gana—. Si le propongo casamiento antes de que se marche a Buenos Aires, entonces hablará con él, y si ella me acepta, viajaré lo antes posible para pedir formalmente su mano. ¿Acaso no es eso lo correcto?

Pablo se quedó sin argumento. Al parecer, Diego tenía todo resuelto. Si

Izaguirre daba su consentimiento, nada impediría que Almudena se convirtiera en su esposa. La esposa de su hermano… Su cuñada. Simplemente no se hacía a la idea de que eso pudiera ocurrir algún día.

—Eres dueño de hacer lo que te plazca, Diego. —Con la excusa de ocuparse de su caballo, le volvió a dar la espalda—. Si estás seguro de que ella aceptará casarse contigo, no tienes nada de qué preocuparte.

Diego notó la ironía en sus palabras, sin embargo, no le respondió. Se había salido con la suya y eso no se lo quitaba nadie. Ya encontraría la manera de convencer a la muñequita de porcelana fina para que se casara con él.

—¡Me dirá que sí, Pablo! ¡Te apuesto lo que quieras a que lo hará! —le gritó, eufórico, antes de abandonar las caballerizas.

Pablo apoyó la cabeza en la cruz de su fiel Gitano y suspiró hondo.

Se tocó el anillo que le había dejado su madre y cerró los ojos.

Aunque sabía que era lo mejor, no concebía la idea de que Almudena se convirtiera en la esposa de Diego.

*

—¿Va a llevar esto también, señorita?

Almudena se quedó contemplando un largo rato la caja de madera que sostenía Amparito en sus manos.

—No, Amparito. Vuelve a dejarla donde estaba, por favor. —Aunque hacía tiempo que no la abría, le produjo una gran nostalgia saber que en su interior guardaba esa carta que nunca se había animado a enviarle a Pablo.

—¿Sabe quién es la maestra que vendrá en su lugar? —preguntó la criada, intrigada.

—Solo sé que vive en San Marcos Sierras y que tiene muy buenas referencias. Yo me quedo tranquila de que los niños no estarán sin clases durante mi ausencia. El que me preocupa es Juan de Dios. Espero que no

resienta este cambio y continúe progresando. Le he pedido a Mariana que no deje de acompañarlo, pero ambas sabemos que, si Úrsula se lo impide, no será fácil para ella.

—¿Quién la llevará al pueblo?

—Supongo que Tomás, o alguno de los peones.

—Si quiere, le puedo pedir a Mauro que se encargue de llevarla a ella y al niño hasta la escuela.

—Me parece bien, Amparito —respondió Almudena con una sonrisa mientras intentaba hacer que su valija cerrara.

—¿Necesitas ayuda?

Diego se asomó por la puerta entreabierta y al ver lo que sucedía, no dudó en intervenir. Partía a Buenos Aires al amanecer y le urgía hablar con ella. Ni siquiera esperó su permiso. Entró en la habitación y tomó posesión del equipaje de Almudena y logró lo que ella, a base de golpes de y empujar la ropa, no había podido.

—Muchas gracias, Diego. Siempre estás ahí cuando te necesito —le dijo. Tenía las mejillas coloradas por el esfuerzo y la respiración entrecortada. Se acomodó la bata para cubrirse el pecho cuando descubrió hacia dónde apuntaban los ojos de Diego en ese momento.

—No fue la casualidad la que me trajo hasta tu habitación. Quería hablar contigo antes de que te vayas. —Miró a la criada—. Es importante.

Almudena entendió que Amparito estaba de más, sin embargo, no le parecía correcto quedarse a solas con él en la habitación.

—Puedo esperar en el pasillo y dejar la puerta abierta, señorita —terció la muchacha, haciéndose eco de su inquietud.

A Diego le molestó su desconfianza, pero fingió lo contrario.

—Está bien, Amparito. Espera afuera mientras hablo con Almudena.

La criada obedeció y, al salir, se aseguró de que la puerta permaneciera bien abierta.

Lo primero que hizo Diego fue acercarse a Almudena. Iba a tomar su mano, pero ella fue más rápida y se cruzó de brazos.

—Ya no podía esperar para hablar contigo, Almudena. Mañana te marchas a Buenos Aires y estaré varios días sin verte. —Molesto por su sutil manera de rechazarlo, le acarició la mejilla. Aunque ardía en deseos de besarla, logró contenerse. La convenció de sentarse juntos en la cama y entonces sí la sujetó de la mano mientras la miraba fijamente—. Quiero que sepas que lo he meditado bastante, que no es una decisión tomada a la ligera.

Frente a tanta solemnidad, Almudena frunció el ceño.

—¿Qué es lo que has decidido?

Diego se aproximó más todavía, haciendo que sus rodillas chocasen con los muslos femeninos.

—Que quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. —Y antes de darle la oportunidad de decir algo, agregó—: Sé qué hace muy poco que nos conocemos y apenas hemos empezado a tratarnos como novios; sin embargo, deseo que seas mi esposa, Almudena Izaguirre. No quiero que me des una respuesta ahora; me la darás cuando vuelvas de Buenos Aires. Si aceptas casarte conmigo, entonces seré yo quien viaje pronto hacia allá para pedirle formalmente tu mano a tu hermano Gabriel.

El rostro de Almudena palideció. Incluso tuvo la sensación de que estaba quedándose sin aire. Respiró hondo y apenas logró esbozar una débil sonrisa. ¿Casarse con él? Si no era capaz de hacerse a la idea aún de que era su novia, ¿cómo pretendía que contemplase la posibilidad de convertirse en su esposa? Nunca se le había cruzado por la cabeza que Diego le propondría matrimonio; mucho menos que lo hiciera tan pronto.

—No te lo esperabas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Tienes varios días para pensarlo, Almudena. —Le apretó un poco más las manos. Estaban heladas—. Anhelo fervientemente que me digas que sí, pero si

no aceptas ser mi esposa, respetaré tu decisión y aguardaré el tiempo que sea necesario.

Las palabras de Diego le sonaron a promesa y ella no estaba segura de querer seguir a su lado. Quizá lo mejor era hablarle con la verdad, confesarle que amaba a Pablo y que jamás podría enamorarse de otro hombre porque le pertenecía en cuerpo y alma. Podría habérselo dicho, sin embargo, se quedó callada. Era tal su entusiasmo que no tuvo el valor de causarle un disgusto tan grande.

—No sé qué decir, Diego.

—No digas nada. —Posó su dedo en la boca de Almudena y le sonrió—. Ve a Buenos Aires y disfruta del reencuentro con tu familia; yo me quedaré aquí, esperando tu regreso.

Almudena asintió. Se sentía tan culpable por engañarlo y engañarse a sí misma, que no se resistió cuando Diego se inclinó hacia ella y le robó un beso.

—Nos vemos mañana, Almudena. —Se detuvo bajo el vano de la puerta y la miró por encima de su hombro—. Pablo ya lo sabe. Se lo conté esta mañana y me ha dicho que nos da su bendición. Que descanses.

Cuando Amparito entró a la habitación y la vio tumbada en la cama con las manos cubriéndose el rostro, se sentó a su lado. No hizo falta preguntarle cuál era la razón de su llanto. Sin querer, y gracias a que había dejado la puerta abierta, lo había escuchado todo.

Tercera parte

EN UNA POSADA ENTRE LAS SIERRAS CORDOBESAS

La primera jornada de viaje había resultado agobiante y Almudena agradeció al cielo cuando uno de los cocheros anunció que pasarían la noche en una posada en las afueras de la ciudad de Córdoba y que faltaban unas pocas leguas para llegar. La compañía de una pareja de ancianos que hablaba hasta por los codos había conseguido que el silencio entre Pablo y ella no resultara tan incómodo. Cuando él no fingía dormir y ella apartaba la vista del paisaje serrano que iban dejando atrás, se buscaban con la mirada. Esa mañana apenas habían intercambiado algunas palabras antes de que Diego apareciera para despedirse de ella con un efusivo abrazo y un beso que le recordara que esperaba ansioso su regreso. Aunque se sentía apenada de tener que abandonar a sus alumnos cuando hacía apenas unos días que habían comenzado las clases, la buena nueva que le dio Pablo le había dibujado una sonrisa en el rostro. El sueño de abrir la escuela para que la gente que nunca había tenido la oportunidad de aprender a leer y a escribir o para aquellos que habían tenido que abandonarla para ponerse a trabajar, estaba a punto de hacerse realidad. Se habían inscripto ocho personas y era un muy buen número para comenzar con las clases cuando volviera de Buenos Aires.

Llegaron a la posada bien entrada la noche y justo antes de que la tormenta que los venía acechando se desatara sobre sus cabezas. A pesar de estar en el medio de la nada, el lugar era limpio y agradable. Fueron recibidos por un matrimonio de jóvenes criollos que de inmediato se puso a su entera

disposición. Otros huéspedes, que al igual que ellos estaban de paso, ya se encontraban disfrutando de una suculenta cena cuyo aroma rápidamente les abrió el apetito. La posada era la única en unas cuantas leguas a la redonda y pronto se toparon con el primer contratiempo: solamente contaba con una pieza disponible. Cuando el posadero se lo comunicó a Pablo, miró de reojo a Almudena.

—La señorita es mi futura cuñada.

El hombre, que había supuesto otra cosa, se rio nervioso.

—Disculpe, señor. Regreso enseguida. —Fue a buscar a su esposa, pero a ella tampoco se le ocurría una solución.

Mientras esperaban, Almudena se acercó a Pablo y le habló en voz baja.

—Podemos compartir la habitación —le sugirió. Estaba demasiado cansada como para ponerse a pensar en las posibles consecuencias de lo que acababa de decir.

Pablo dudaba seriamente que esa fuese la mejor opción; sin embargo, parecía la más viable. Llovía y estaba haciendo demasiado frío. No tenía la más mínima intención de terminar durmiendo en el cobertizo, junto a los caballos. Aunque sabía que no sería nada fácil compartir la habitación con Almudena, se fiaba de su fuerza de voluntad. Solo debía recordar que ella era la mujer que su hermano amaba y que era probable que muy pronto se convirtiera en su cuñada.

Esa noche, después de que compartieran la cena con sus compañeros de travesía y llegó la hora de retirarse, Pablo comprobó en carne propia que una cosa era tener claro cuál era su propósito, y otra muy distinta poder cumplirlo. Lo supo no bien puso un pie en la habitación. El lugar era tan pequeño que apenas tenían espacio para moverse con libertad. La cama, demasiado grande, y dos mesitas de noche abarcaban toda una pared. En un rincón había una cómoda desvencijada con una jofaina encima, y justo enfrente, un ropero de una sola puerta en donde se destacaba un espejo al que le faltaba un pedazo.

Almudena le pasó la mano para quitarle un poco el polvo, y al toparse con los ojos de Pablo abrió la puerta y se puso a husmear en su interior. Encontró una almohada extra y dos abrigadas mantas de punto que, aunque habían visto mejores tiempos, al menos estaban limpias. Su cuerpo se tensó cuando Pablo se le acercó.

—Yo dormiré en el suelo. —Se apoderó de la almohada y de una de las mantas y se dirigió hacia el otro extremo de la habitación. Sin esperar un comentario de su parte comenzó a improvisar una cama en donde pasar la noche.

Almudena lo observó en silencio. Ella misma le había sugerido compartir la habitación; no pretendía que, además, terminasen compartiendo la cama. Era divertido verlo preparar todo ya que con su imponente estatura le costaba moverse sin tropezarse con los muebles. Se hubiera ofrecido a ayudarle, pero intuía que podía arreglárselas sin ella. Le hubiese gustado tomar un baño caliente antes de acostarse; sin embargo, cuando el posadero le comentó que solo había una tina disponible en la piecita del fondo, decidió prescindir de él. Se quitó el abrigo y lo dejó a los pies de la cama. Si quería lavarse las manos, debía esperar a que Pablo le diera lugar para poder pasar. Él se dio cuenta de cuál era su intención y se hizo a un lado.

Otra vez volvía a instalarse entre ellos ese silencio incómodo que ninguno de los dos sabía exactamente cómo manejar. Mientras Almudena se aseaba con el agua fresca de la jofaina, Pablo aprovechó para deshacerse de la chaqueta y las botas. No pensaba quitarse el resto de la ropa. Dejó todo en un rincón de la habitación y se recogió el cabello en una coleta. La miró de reojo sin que ella se diera cuenta. El simple hecho de pasarse la mano por el cuello y abrirse el escote del vestido para humedecerse la parte superior del torso le provocó un intenso cosquilleo en la sangre. Ignoraba si lo estaba haciendo adrede, pero en ese momento comprendió que sería una tortura tenerla tan cerca sin poder tocarla. Pensó en Diego y en su petición de matrimonio; en la amenaza de

Balbuena, que pendía sobre su cabeza como la más afilada de las espadas, y en ese futuro plagado de incertidumbre con el cual no se acostumbraba todavía a lidiar. Todas razones más que válidas para no volver a caer en la tentación, y, sin embargo, lo que sentía por ella era tan fuerte que doblegaba su voluntad. Apartó la mirada cuando Almudena, consciente de su escrutinio, volteó la cabeza hacia él.

—¿Pasa algo? —le preguntó, con total naturalidad.

—Nada. Solo estaba esperando que terminaras para poder asearme yo también —respondió mientras acomodaba las mantas en el suelo con la punta del pie para escapar del poder magnético que ejercían sus ojos verdes.

Almudena sonrió para sus adentros al comprobar que la intimidad que estaban compartiendo a él tampoco lo dejaba indiferente. Se alejó en dirección al ropero y buscó su cepillo en el bolso de mano. Sentada en la orilla de la cama, se soltó el cabello y comenzó a cepillárselo. Podría haber prescindido de hacerlo, pero necesitaba concentrarse en otra cosa y retrasar el momento en el cual tendría que desearle las buenas noches a Pablo. A pesar del cansancio que pesaba sobre su cuerpo, sabía que iba a ser imposible conciliar el sueño, estando él acostado a tan solo un par de metros de distancia. Encima se había largado a llover y el ruido del agua cayendo sobre el techo no hacía más que recordarle esa mañana en el rancho de la estancia cuando habían hecho el amor mientras afuera arreciaba la tormenta. Dejó el cepillo encima de la mesita de noche y titubeó un instante antes de desabrocharse el primer botón de su vestido. Era demasiado incómodo como para dejárselo puesto, así que se lo quitó lo más deprisa posible. Cuando espió por encima de su hombro, descubrió que Pablo ya se había acostado y le daba la espalda. Su indiferencia le supo a derrota. Ella, toda pudorosa a pesar de que no era la primera vez que se desnudaba delante de él, y Pablo ni siquiera la estaba mirando. Molesta por su actitud, abrió la cama y se acostó. Le echó un último vistazo antes de bajar la llama del quinqué y se cubrió con

la manta hasta la cabeza sin siquiera darle las buenas noches.

*

Doña Adela y su hija se encontraban rezando en la cocina cuando alguien llamó a la puerta con insistencia. A pesar de que ya era muy tarde, Amparito corrió para ver quién era. No tenían noticias de Ramiro desde el día anterior y la angustia de no saber qué le había sucedido era insoportable.

—Madre, es Fortunato —anunció Amparito con la desazón dibujada en su rostro tras abrir la puerta y comprobar que no era su hermano.

Aunque ya no llovía, el pobre hombre venía empapado. Adela lo invitó a pasar y a calentarse junto a la estufa.

—Lamento mucho importunarlas a esta hora. —Miró a la modista. No era secreto para nadie del pueblo que llevaba tiempo enamorado de ella y también era sabido que no tenía la más mínima posibilidad que correspondiera a sus sentimientos—. Sé lo angustiadas que deben estar, por eso he venido a buscarlas.

—¿A buscarnos?

—Sí, doña Adela. Tienen que acompañarme hasta mi casa… y nadie nos debe ver —explicó, sin dar más detalles.

Adela se llevó una mano al cuello mientras que con la otra se aferraba al brazo de su hija.

—¿Es Ramiro? —Antes de que Fortunato le diera una respuesta, ella lo supo. Se dejó caer en la silla mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Qué le pasó a mi hermano, Fortunato? —En los momentos de zozobra, Amparito era siempre la de mayor entereza.

—Será mejor que lo vean ustedes mismas, Amparito.

Las enigmáticas palabras de Fortunato no hicieron más que acrecentar la desesperación de ambas mujeres. Sin perder más tiempo, buscaron algo con lo

que abrigarse y salieron de la casa en el más desconcertante de los silencios. Tanto Adela como su hija se asombraron cuando descubrieron que el empleado de los Balbuena había dejado su carreta a unos cuantos metros de la propiedad y detrás de un tapial para que nadie la viera. Cuando enfiló por una calle lindera en vez de tomar el camino principal que salía del pueblo, tanto doña Adela como Amparito comprendieron la gravedad de la situación.

El sendero se encontraba en muy malas condiciones debido a las lluvias, y les llevó poco más de un cuarto de hora llegar al rancho en donde vivía Fortunato. Él las ayudó a bajar y tras atar las riendas del caballo en el palenque, las guio hasta el interior de su humilde vivienda.

—No se fijen en el desorden —les pidió, avergonzado de no haber tenido tiempo suficiente para ponerse a limpiar antes de ir a buscarlas.

Angustiadas como estaban, ellas ni siquiera le prestaron atención al entorno. Solo querían saber dónde se había metido Ramiro y, sobre todo, cerciorarse de que se encontraba bien. Al oír un quejido sordo que provenía desde el otro lado de una puerta entreabierta, se detuvieron en seco. Adela apretó la mano de su hija mientras se santiguaba.

—Vengan por acá.

Fortunato las acompañó hasta su pieza. Allí, sobre la cama, yacía Ramiro con la ropa sucia y ensangrentada. Desesperadas, su madre y su hermana se abalanzaron sobre él para constatar si aún respiraba; entonces descubrieron el horrible tajo que le habían hecho a la altura del pecho, muy cerca del corazón. Apenas se movía y tenía los ojos cerrados. Con la mano temblorosa, Adela le tocó la frente. Estaba ardiendo en fiebre.

—Lo encontré tirado en una zanja en las afueras del pueblo. Antes de perder el conocimiento alcanzó a balbucear algunas palabras. No quería que lo llevara a su casa, por eso lo traje a la mía.

—¡Mi hijo necesita un médico! —Se giró hacia él y lo miró con el rostro completamente desencajado—. ¡No se quede ahí parado! ¡Vaya a buscar al

doctor enseguida!

—¡Por favor, Fortunato! ¡Traiga al doctor antes de que mi hermano se muera! —le rogó Amparito, perdiendo esa fortaleza que la caracterizaba al ver que Ramiro estaba malherido.

Sin mediar palabra, Fortunato partió raudo hacia el pueblo para traer al doctor.

Apenas se quedaron solas, comenzaron a quitarle la ropa sucia. El olor a agua servida mezclado con el de la sangre era nauseabundo. A medida que lo iban despojando de todo, Ramiro emitía un constante gemido, señal de que al menos seguía con vida. Con la camisa y el pañuelo que le servía para sujetar su brazo lastimado, confeccionaron varias compresas de agua fría para tratar de bajarle la temperatura.

—¿Quién le habrá hecho esto, mamá? —preguntó Amparito mientras le limpiaba la herida. Ya no supuraba, pero era evidente que había perdido mucha sangre.

Doña Adela guardó silencio. Aunque no pudiese probarlo, nadie le sacaba de la cabeza que don Álvaro Balbuena estaba detrás de aquello. Se lo había advertido tantas veces a su hijo, y ahora estaba pagando las consecuencias de haberse enredado con una mujer ajena.

—No lo sé, Amparito. Eso es lo que menos me preocupa ahora —le dijo. No quería trasmitirle sus sospechas porque con lo lengua floja y atolondrada que era su hija, solo empeoraría las cosas.

Sin embargo, cuando Ramiro, en medio del delirio causado por la fiebre, balbuceó el nombre de la esposa de Balbuena, Amparito no tardó en sacar sus propias conclusiones.

—Mamá…

—Ahora no, hija. Ya hablaremos después.

Amparito, para no angustiar más a su madre, no insistió.

Cerca de la medianoche, cuando el doctor Silvera llegó, les pidió que lo

dejaran a solas para poder revisar al muchacho con calma. Fortunato las convenció de ir a la cocina a tomarse unos mates y salieron de esa pieza con el alma en un hilo y los ojos llorosos. Mientras Fortunato ponía la pava en el fuego, Adela y Amparito unieron sus manos para rogarle a Dios que no abandonara a Ramiro precisamente ahora cuando más lo necesitaba.

Unos cuantos minutos más tarde, la puerta de la pieza se abrió y el tiempo se detuvo. El rostro circunspecto del doctor Silvera solo le sumó dramatismo a la situación. Como impulsada por un resorte, Adela se levantó de la silla y corrió a su lado.

—¿Cómo está, doctor? ¿Se va a salvar?

—He conseguido cauterizar la herida y los primeros cuidados que recibió fueron fundamentales para que no se desangrase. —Se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa—. Sin embargo, corre el riesgo de que la infección invada su torrente sanguíneo si la fiebre no cede. Lo más apropiado sería trasladarlo al hospital de San Marcos Sierras, pero es muy posible que no lo logre. Lo siento mucho.

Doña Adela sintió que las piernas ya no le respondían. Al borde del colapso, se dejó caer en brazos de Fortunato.

—Moverlo no es una opción, al menos por el momento. Si la fiebre baja, la posibilidad de que se salve es muy grande, doña Adela —la tranquilizó—. Le voy a recetar un tónico para que se lo dé tres veces al día. Limpie la herida con frecuencia y no deje de ponerle compresas de agua fría. Yo vendré mañana por la mañana para ver cómo sigue.

Adela, un poco más repuesta después de oír sus indicaciones, le apretó las manos con fuerza.

—Doctor, muchas gracias por todo. —Miró de soslayo a Fortunato. Sabía que podía confiar en él—. Necesito pedirle un gran favor antes de que se vaya. No le diga a nadie lo que pasó. Intentaron matar a mi hijo y si llega a oídos de la gente que logró salvarse, su vida corre serio peligro. La persona que hizo

esto no se va a quedar con los brazos cruzados.

Silvera arrugó el entrecejo.

—¿Sabe quién está detrás del ataque que sufrió su hijo?

Doña Adela asintió, pero de su boca no salió ninguna palabra. Mientras menos supiera, mejor. Apenas Ramiro se recuperase, ella mismo se encargaría de buscar a Balbuena para echarle en cara lo que había hecho. Ese hombre debía pagar por sus crímenes.

Después de la partida del doctor, Fortunato puso a calentar una segunda pava de agua y tiró dos jergones en el suelo de la pieza para que una de ellas pudiera descansar mientras la otra atendía a Ramiro. Él pasaría la noche en la cocina por si se les ofrecía alguna cosa. Cuando Adela quiso darle las gracias por haberle salvado la vida a su hijo, él le respondió con una sonrisa y un suave apretón de manos.

—Haría cualquier cosa por usted, doña Adela.

Ella pudo sentir un calor intenso subiendo por sus mejillas. Le ocurría siempre que él se la quedaba mirando de aquella manera. Sin embargo, era la primera vez en mucho tiempo que algo se removía en su interior; una sensación placentera que había experimentado únicamente con su difunto esposo. Aunque se había quedado viuda demasiado joven, nunca había añorado la presencia de un hombre en su vida. Tenía el cariño de sus hijos y eso era más que suficiente. Pero Ramiro y Amparito ya no eran unos niños y pronto abandonarían el nido ¿qué haría ella entonces? ¿Se acostumbraría a la soledad como tantas otras mujeres que se echaban al olvido? Observó a Fortunato sin que él se diera cuenta. No era atractivo, no tenía dinero y vivía en una casa que se estaba cayendo a pedazos. A pesar de tantas cosas en su contra, esa noche, para ella, Fortunato Moretti era el mejor hombre del mundo.

*

Apenas despuntaba el alba cuando el canto de varios gallos despertó a Pablo. Había pasado tan mala noche que, por un breve lapso de tiempo, no supo dónde estaba. Se dio media vuelta y cerró los ojos cuando una estela de luz que se colaba por una de las rendijas de la ventana le dio de lleno en el rostro. Se incorporó, apoyándose sobre los codos y echó un vistazo a la cama.

Almudena había desaparecido.

Se levantó lo más rápido que pudo y fue hasta el ropero. Aunque el bolso estaba abierto, todas sus pertenencias continuaban allí. Por un segundo se le había cruzado por la cabeza la loca idea de que se hubiera largado. Se ató el cabello y sin ponerse la chaqueta salió a buscarla. Pensando que quizá se había despertado con apetito, la buscó en el salón principal. Solo estaban los posaderos. Nadie más se había levantado todavía. Apenas se detuvo para darles los buenos días y continuó con la búsqueda, dejando a la mujer con la palabra en la boca.

—Parece que se le perdió la moza —bromeó el posadero.

—¡Iba tan apurado que ni siquiera le pude decir dónde está! —se quejó la mujer, ahogando una risita—. Creo que esos dos, de cuñados, tienen muy poco. ¿Vos qué pensás, José?

Él la miró con picardía.

—Pienso lo mismo, mi negra. —Le apretó una nalga mientras le guiñaba el ojo—. ¿No viste la cara que pusieron anoche cuando les dijimos que teníamos una sola pieza?

—¡Y lo poco que tardaron en decir que la iban a compartir! —repuso la posadera antes de salir por la puerta que daba al patio.

Ajeno a las conjeturas de los dueños de la posada, Pablo se dirigió hacia el único lugar en donde todavía no había mirado. La puerta estaba cerrada. Se apoyó muy despacio para ver si podía oír algo. El silencio que provenía del cuarto que los huéspedes utilizaban para su aseo personal lo desconcertó. Sabía que Almudena se encontraba allí. Se debatió entre regresar a la

habitación para esperarla o traspasar de una vez por todas esa puerta que los separaba y cerciorarse de que estaba bien. Con más dudas que certezas, dio dos golpes breves contra la precaria construcción de madera para anunciar su presencia. La falta de respuesta lo terminó de convencer. Cerró la mano alrededor del pomo de la puerta y se asomó. Efectivamente, ahí estaba Almudena, sumergida en una especie de tina de latón de forma ovalada dándose un baño matutino. Se había quedado dormida, por eso no lo había escuchado llamar ni se percató de su presencia. Debía darse media vuelta y regresar por donde había venido; sin embargo, su cuerpo se negaba a obedecer lo que le dictaba la razón. Su ropa estaba cuidadosamente doblada encima de un banquito de madera, y las botas con las cuales había viajado, desparramadas junto a la tina, como si se las hubiese quitado en un apuro. El agua espumosa que olía a lavanda la cubría hasta los hombros y se había recogido el cabello en lo alto de la cabeza para no mojárselo. Almudena emitió un gemido y él creyó que se despertaría. ¿Qué diría al verlo allí, violando su intimidad de esa manera? Seguramente se enojaría mucho y se lo recriminaría. Ese debía ser motivo más que suficiente para retirarse antes de ser descubierto, pero una fuerza extraña se lo impedía. Cuando la mano de Almudena se introdujo en el agua y sus labios pronunciaron su nombre, Pablo comprendió que no importaba lo que hiciera o dejara de hacer para mantenerse alejado de ella si el destino se empeñaba en lo contrario. El movimiento que hacía debajo de la espuma, hacia adelante y hacia atrás, le quitó el aliento. La salida estaba ahí, a solo unos pocos centímetros de distancia, y aunque su cerebro lo conminaba a irse, el deseo volvió a ganar la batalla.

Retrocedió unos pasos hasta apoyarse contra la puerta y se pasó la mano por el cuello. Estaba sudando. Se maldijo una y mil veces por su debilidad, por no poder controlar ese fuego arrollador que le consumía las entrañas cada vez que ella estaba cerca.

Cuando Almudena arqueó la espalda, entregándose al placer que su propia mano le estaba brindando, Pablo ahogó un gemido. A pesar de que llevaba puesto un camisón, los pezones, erectos y endurecidos por estar en contacto con el agua, hacían que la tela mojada se tensara alrededor de sus pechos. Sintió un fuerte cosquilleo más allá de la cintura al recordar lo suaves que eran y lo bien que se habían amoldado a sus manos cuando la hizo suya en el rancho. Sus ojos verdes, oscurecidos por el deseo de volver a tenerla, se clavaron en el rostro de Almudena. Los tenues gimoteos que brotaban de su garganta ganaban en intensidad a medida que su mano seguía explorando entre los pliegues de su sexo.

Pablo cerró los ojos un instante. Su ritmo cardíaco se había acelerado y el fuego que corría por sus venas se concentraba en un solo rincón de su anatomía. El bulto en sus pantalones se había convertido en un tormento, por eso, luchando en contra de sí mismo, introdujo su mano para buscar el alivio tan ansiado. Abrumado por el deseo, pero también por la culpa, se estimuló delante de ella hasta alcanzar el éxtasis.

Permaneció un rato contemplándola mientras recuperaba el resuello. Antes de que Almudena despertara y se diera cuenta de lo que acababa de ocurrir, abandonó el cuarto de baño sintiéndose el más canalla de los hombres.

Apenas Pablo cerró la puerta, Almudena abrió los ojos. Le había costado horrores fingir que dormía, pero su inesperada aparición no le dio ni siquiera tiempo a reaccionar. Así, lo que había comenzado como un juego, se convirtió rápidamente en un encuentro cargado de erotismo en el cual ambos habían llegado al clímax sin necesidad de tocarse mutuamente.

Satisfecha por una nueva osadía que había resultado mejor de lo esperado, Almudena salió del agua y comenzó a secarse. Guardaría celosamente el secreto de lo que había sucedido entre las cuatro paredes de esa posada perdida en el medio de las sierras cordobesas. Quizá algún día, cuando reuniera el valor para hacerlo, terminaría confesándole a Pablo la verdad.

*

Gracias a la atención del doctor Silvera, pero sobre todo al cuidado y esmero de su madre y de su hermana, Ramiro logró vencer a la parca. Cuatro días después del brutal ataque que sufriera de parte de un desconocido que seguramente lo dejó tirado en esa zanja para que se desangrara hasta morir, la fiebre por fin había remitido y su vida ya no corría peligro alguno. Amparito acudía por las tardes para que doña Adela pudiera descansar. Nadie sabía lo que había pasado. En La Querencia, la joven criada justificaba su ausencia alegando que su madre había caído enferma y debía quedarse con ella. Fortunato había hecho su parte, diciéndole lo mismo a todo aquel que preguntaba por la modista para que nadie sospechara la verdad.

Durante su convalecencia, cuando el doctor Silvera constató que no tenía nada en su brazo, la mentira que Ramiro había fraguado para justificar su prolongada estadía en el pueblo salió a la luz. Ni su madre ni su hermana hicieron preguntas. Ya tendrían tiempo más adelante de pedirle explicaciones. También, durante esos días, se había producido un acercamiento entre doña Adela y Fortunato. Ella, agradecida por todo lo que había hecho, lo empezaba a ver con otros ojos, y él, dichoso de tenerla a su lado, aunque fuera en tan aciagas circunstancias, no podía estar más feliz.

Esa mañana se encontraban compartiendo unos mates en la cocina mientras Ramiro dormía.

—En el pueblo no solo preguntan por usted, doña Adela. También quieren saber dónde anda metido su hijo.

—¿Dijiste lo que te pedí?

Fortunato asintió mientras removía la bombilla en el mate.

—Sí. Todos creen que Ramiro volvió a Entre Ríos porque lo mandaron a llamar. Me encargué especialmente de que lo supieran en el almacén. —

Aunque Adela se había guardado sus sospechas, él creía conocer la identidad de la persona que estaba detrás del brutal ataque que había sufrido el muchacho. Incluso podía intuir el motivo por el cual un hombre como don Álvaro Balbuena habría dado la orden de quitarlo del medio. Apostaba hasta lo que no tenía a que se trataba de un lío de faldas. Sin embargo; ignoraba cuál de las tres mujeres de su familia era la causante de semejante tragedia. Él había sido testigo de cómo el donjuán de Ramiro se veía a escondidas con la señorita Eugenia mientras cortejaba abiertamente a su hermana Consuelo y miraba de reojo a la esposa de Balbuena.

—Madre…

La débil voz de Ramiro llamándola hizo que Adela dejara todo lo que estaba haciendo para correr a su lado. Se acercó a la cama y embebió un paño en agua para mojarle los labios.

—Hijo, ¿cómo te sentís?

Ramiro intentó decirle algo, pero la fiebre lo había dejado sin fuerzas.

—Tenés que descansar, hijo. El doctor vendrá a verte en un rato.

Como pudo, Ramiro le apretó la mano.

—Por… favor… ve a buscarla —le suplicó antes de soltarla.

Adela vio la desesperación en los ojos de su hijo, aun así, se negaba a cumplir su deseo.

—Ramiro, por su culpa casi te matan —le dijo para hacerlo entrar en razón —. Si ese hombre descubre que lograste sobrevivir, no se tocará el corazón para terminar lo que dejó a medias.

Él quiso moverse, seguramente con la intención de ir a buscarla por su cuenta, pero su madre se lo impidió.

—No voy a dejar que sigas cometiendo más tonterías, Ramiro. Nadie en el pueblo sabe lo que pasó. Fortunato y el doctor Silvera son los únicos que están al tanto de todo. Amparito viene por las tardes y yo no me he movido de tu lado desde esa fatídica noche en la que te encontraron tirado en una zanja.

Ramiro miró a su alrededor. Recién en ese momento se dio cuenta de que no estaba en su casa.

—Fortunato dijo que le pediste que te trajera a su rancho. Él nos ha ayudado a mantenerte a salvo, esparciendo la noticia de que regresaste a Entre Ríos. Eso nos dará tiempo para ver lo que haremos.

—Por favor —insistió, al borde de las lágrimas.

A Adela se le estrujó el corazón. Comprendió entonces que lo que sentía por Trinidad Balbuena era más serio de lo que ella pensaba. No se trataba de una simple calentura pasajera entre un muchacho joven encandilado por una mujer mayor… su hijo estaba enamorado de la esposa de Balbuena.

—Está bien, Ramiro —concedió. Fue la angustia en su mirada lo que la terminó de convencer—. Iré a buscarla hoy mismo y le pediré que venga a verte.

Bastó que ella accediera a cumplir con su deseo para que Ramiro recobrase la calma. Tras cambiarle las vendas y darle un beso en la frente, regresó a la cocina donde Fortunato la estaba esperando con un mate caliente. Apenas llegase el doctor Silvera para su visita diaria, le pediría que la llevara en su carreta hasta el almacén de ramos generales. Debía hablar largo y tendido con Trinidad Balbuena antes de darle el recado de su hijo.

*

Tras una agotadora travesía de poco más de tres días, Pablo y Almudena finalmente llegaron a Buenos Aires. Después de lo sucedido en la posada, el resto del viaje fue más incómodo para él que para ella. Almudena disfrutaba en silencio del pequeño triunfo de saberse deseada de esa manera, mientras que Pablo batallaba con sus propios demonios, sin poder apartar de la mente la perturbadora imagen del agua revelando las curvas de su cuerpo. Apenas habían conversado. La pareja de ancianos que los acompañaba, cuya mujer

hablaba hasta los codos, se empeñaba en hacerlos participar de su conversación, la cual, de a ratos, se convertía en un aburrido monólogo; sin embargo, parecía que el más mínimo intercambio de palabras entre ambos bastaba para reavivar el recuerdo de lo que habían compartido.

Se despidieron amablemente de ellos cuando llegaron a su destino y continuaron hacia el barrio de Barracas, sumiéndose nuevamente en otro silencio incómodo.

Almudena no pudo evitar derramar algunas lágrimas cuando divisó la mansión de su familia, al final de la Calle Larga. No se cumplían dos meses aún de su partida, pero la nostalgia de volver a su casa y de abrazar a los suyos le pesaban en el alma. No se arrepentía de la decisión tomada. Le bastó mirar a Pablo para saberlo. Él no la amaba y quizá no lo hiciera nunca; sin embargo, la dicha de haber sido suya no se la quitaba nadie. Ni siquiera ese destino del que tanto hablaba Coral.

Apenas puso un pie fuera de la volanta, escuchó que gritaban su nombre.

—¡Es la niña Almu! ¡La niña Almu ha vuelto! —Eudocia, quien los había visto llegar porque estaba espiando a través de una de las ventanas, salió corriendo por la puerta principal para ser la primera en darles la bienvenida.

Almudena no alcanzó a darse vuelta que ya estaba rodeada por los gruesos y cálidos brazos de su querida nana. Le dio un beso en la frente antes de recostar la cabeza en su hombro. ¡Le había hecho tanta falta!

—¡Mi pequeña! ¡No sabe lo mucho que la extrañé! —dijo la negra, emocionada.

—¡Yo también, nana! —La abrazó fuerte y respiró hondo. Su cabello ensortijado olía a esa colonia de rosas que ella misma le había regalado.

Cuando se separaron, luego de un par de minutos, Eudocia miró de reojo a Pablo.

—Buenas tardes, señor Medrano. —Su saludo fue cortante. Todavía le costaba confiar en él. Sobre todo, después de llevarse a su niña tan lejos.

—Buenas tardes, Eudocia. —Él le respondió con una sonrisa a pesar de que sabía que no era santo de su devoción.

Almudena y su nana ingresaron a la casa prendidas del brazo. Les costaba separarse y ambas sabían que sufrirían mucho cuando volvieran a despedirse. Apenas Almudena le dijo que estaba exhausta y deseaba subir a su habitación, Eudocia se desvió de su trayecto y la llevó hasta el salón. Abrió la puerta muy despacio para darle la sorpresa. Toda su familia estaba allí.

Las lágrimas le nublaron la vista. Se detuvo un momento para poder contemplarlos uno a uno antes de correr a sus brazos. Victoria, tan emocionada como ella, sonreía en medio de las lágrimas. La inquieta Manuela, sentada a sus pies, trataba en vano de soltarse de la mano de su madre.

Junto a ellas, se encontraban Coral y Gabriel. Ella, más hermosa que nunca, sostenía en brazos a la pequeña Sara, mientras Leandro, que miraba todo con ojos curiosos, se movía inquieto al lado de su padre. En el sillón de un solo cuerpo estaba sentada su madre. El corazón se le encogió al verla. Con un pañuelo entre las manos, se puso de pie y la contempló durante un largo rato. Su mirada afable, cargada de tanto cariño, fue una caricia a la distancia. Almudena se arrojó a sus brazos y lloró como una niña. No era solo el hecho de volver a verla después de tanto tiempo; algo había cambiado en ella. Cuando se apartó un poco para poder verla mejor, descubrió que la tristeza que la había confinado a la soledad de su habitación y que se reflejaba en sus ojos había desaparecido.

—Almudena, mi niña —musitó mientras le acariciaba las mejillas.

A ella no le salían las palabras. Tampoco podía dejar de llorar. Hurgó en su bolso en busca de un pañuelo, pero Gabriel se le adelantó y le dio el suyo.

—Bienvenida a casa, hermanita. —La estrechó entre sus fuertes brazos, y al levantar la vista, vio al Payo parado junto a la puerta. Cuando Coral se acercó a él para presentarle a su ahijada, soltó a su hermana y fue a saludarlo—. Buenas tardes, Medrano. —Le tendió la mano y forzó una sonrisa.

Pablo le devolvió el saludo con la misma parquedad y se volteó hacia Coral.

Gabriel fue testigo una vez más de esa especie de comunión que se instalaba entre ellos siempre que estaban juntos. Su esposa tenía la mano apoyada en el brazo de Medrano, mientras él, demasiado cerca para su gusto, dejaba que Sarita jugara con el anillo que llevaba en su dedo meñique.

—Se parece mucho a ti —comentó, acariciándole la cabeza a la niña, cubierta por un suave y fino cabello de tonalidad rojiza.

—Y también a su abuela. —Coral miró a Almudena—. Sor Davinia y sor María Angélica no pudieron venir, pero te esperan mañana en el hospicio. Los niños se pusieron muy contentos cuando se enteraron de que ibas a venir.

Almudena sonrió. Eran demasiadas emociones juntas. De repente, sintió que alguien tironeaba de su vestido. Al girarse, se encontró con Leandrito que lloraba a moco tendido. Se puso en cuclillas, lo agarró de los hombros y lo miró. Sabía que era imposible, sin embargo, le pareció que estaba mucho más alto. Cuando su sobrino se le echó al cuello, lo abrazó con toda la fuerza de la que fue capaz. Manuela se sumó al abrazo y, por un instante, todos se quedaron viendo esa escena tan emotiva.

—Leandro, hijo, la tía Almu debe estar muy cansada —terció Coral, mientras se enjugaba las lágrimas. Buscó a Pablo con la mirada—. Esta vez vas a quedarte con nosotros. ¡Y no voy a aceptar un no como respuesta!

La advertencia de Coral evitó que Pablo tuviera la chance de protestar. Gabriel, a regañadientes, apoyó la decisión de su esposa y le dijo que ya habían preparado la habitación de huéspedes para él. Victoria alegó que no tenía sentido que se quedase en otro lado cuando en la casa había espacio de sobra. Con tantos argumentos, y a pesar del silencio de Almudena, quien no intervino en ningún momento para tratar de convencerlo, Pablo no pudo negarse.

Después de pasar un rato con los niños y enternecerse con la sonrisa de la

pequeña Sara, Almudena se dejó mimar por su nana y subió con ella a la habitación para tomar un baño caliente antes de la cena.

—¡Cuénteme todo, mi niña! —le suplicó la negra apenas cerró la puerta a sus espaldas.

Almudena se detuvo en seco. Eudocia la conocía tan bien que no sería fácil ocultarle lo que había sucedido durante su breve pero intensa estadía en Cruz del Eje. Se arrojó sobre la cama y clavó la mirada en el techo.

—¡Ay, nana! ¡Si vos supieras! —suspiró.

Eudocia se cruzó de brazos y arrugó el entrecejo.

—¿Qué es lo que tengo que saber, niña Almu? No crea que no me di cuenta de que usté se quedó bien calladita cuando los demás intentaban convencer al señor Medrano para que se hospedara en la casa. ¿Eso por qué? ¿Está enojada con él? —Pensando lo peor, abrió bien grande los ojos y añadió—: ¿Le hizo algo? ¿Se aprovechó de su merced mientras estuvo allá, tan lejos de todos nosotros?

Almudena se mordió el labio. Ni siquiera se imaginaba cuál sería la reacción de su nana si ella le contara que había sido ella quien sedujera a Pablo para que él la hiciera suya y no al revés.

Se incorporó y no fue capaz de mirarla a los ojos. Cuando se sonrojó, Eudocia confirmó sus sospechas. Se sentó junto a ella, hundiendo el colchón con su peso y le apretó las manos.

—A mí puede contarme lo que sea, niña. Lo sabe —le dijo para instarla a hablar.

La oportuna llegada de Coral la salvó de tener que confesarle a la negra lo que había hecho en su afán de conquistar el corazón de Pablo. Protestando bajito, Eudocia salió de la habitación y arrimó la puerta. Le costó vencer la tentación de quedarse a escuchar, pero confiaba en que, más temprano que tarde, su niña le contaría lo que había pasado con el dichoso señor Medrano.

Almudena comprendió que Coral estaba allí con el mismo propósito de su

nana y a ella no le costaría demasiado hacerla hablar.

—¿Y bien? —Se sentó en el mismo rincón de la cama en el que había estado Eudocia y la taladró con su exótica mirada.

Almudena tomó uno de los almohadones y lo puso en su regazo. Era una tontería, sin embargo, necesitaba tener las manos ocupadas en alguna cosa para sentirse menos expuesta.

—Estoy cansada, Coral —intentó argumentar para escapar de su inminente interrogatorio.

—Lo sé, Almudena. Sin embargo, te conozco y ya no eres la misma muchacha que partió hace dos meses con la ilusión reflejada en la mirada. —Le puso la mano en el hombro—. ¿Qué sucedió entre tú y Pablo? No trates de negar lo que es tan evidente. Él también ha cambiado. Me di cuenta de que ni siquiera se hablaban cuando llegaron a la casa.

—Han sucedido muchas cosas, Coral —respondió, resignada a que su cuñada no saldría de allí hasta saberlo todo—. Pero quizá debería empezar por contarte que acepté el cortejo de otro hombre porque comprendí que Pablo nunca será para mí y que, a pesar de haberme entregado a él, no tuve el valor suficiente para decirle que lo amo. ¡Ah, y también deberías saber que ese hombre al que le debo mi vida y por quien solo siento agradecimiento, es nada más y nada menos que mi propio cuñado! —añadió, valiéndose del sarcasmo para ocultar esa angustia que le quemaba el corazón.

Coral se quedó boquiabierta, tratando de asimilar lo que acababa de decirle Almudena.

—¿Tu cuñado? No entiendo…

—Diego es hermano de Pablo. Son hijos del mismo padre. —Le relató con pelos y señales las circunstancias en las cuales se habían conocido y la relación de amistad que se había entablado entre ellos—. Cuando me confesó que estaba enamorado de mí, cometí el gran error de pensar que eso me ayudaría para conquistar a Pablo.

—Querías darle celos —repuso Coral, empezando a entender.

Almudena asintió.

—Al principio, creí que mi plan iba a funcionar. Pablo me miraba de otra manera, su trato hacia mí había cambiado y aunque se empeña en aparentar lo contrario, sé que le molesta vernos juntos.

Coral sonrió. Siempre había estado convencida de que su querido amigo terminaría cayendo preso de su encanto, solo era cuestión de tiempo y, sobre todo, de mucha paciencia.

—Pero nada de lo que hice fue suficiente, Coral —dijo, suspirando de pena —. Pablo sigue pensando en vos. Pasé por encima de mis propios principios, entregándome a él y no sirvió de nada. Cuando más intentaba acercarme, más distancia ponía entre nosotros. Me desea, de eso estoy completamente segura —se puso colorada al recordar lo sucedido en la posada—, pero jamás va a olvidarte; no mientras siga buscando en el burdel del pueblo lo que nunca pudo tener. —Ante el gesto interrogante de su cuñada, agregó—: Pablo se acuesta con una mujer de cabello rojo; lo ha estado haciendo todo este tiempo, incluso después de haberme hecho suya.

Coral no supo qué decir. A pesar de que no era su culpa, le dolía ser la causa de su sufrimiento.

—Quizá debería hablar con él.

—¡Ni si te ocurra! —le advirtió Almudena, apuntándole con el dedo—. No quiero que te entrometas más, Coral. Sé que tu intención al proponerme como maestra fue la de propiciar un acercamiento entre Pablo y yo. Te lo agradezco de corazón porque, aunque las cosas no salieron como esperábamos, me quedo con la felicidad de haber estado entre los brazos del hombre que amo. Tal vez es hora de que me resigne a que no obtendré más que eso, no mientras él siga queriéndote a vos. ¡Quizá deba aceptar la propuesta de casamiento de Diego y olvidarme de Pablo de una vez y para siempre!

—No puedes hacer eso, Almudena. ¿Casarte con un hombre cuando tu

corazón le pertenece a otro? Con eso solamente vas a conseguir labrar tu propia desdicha y la de Pablo. El destino es sabio, querida amiga, a veces se toma demasiado tiempo para encauzar su camino, pero nunca se equivoca y tu destino tiene nombre y apellido: Pablo Medrano.

El discurso de Coral no fue suficiente para levantarle el ánimo. Almudena tenía muy pocas esperanzas de que ese destino del que ella tanto hablaba se torciera a su favor.

No pudieron seguir conversando porque Eudocia se apareció en la habitación con el agua caliente para preparar el baño de Almudena. Mientras iba llenando la tina, más despacio de lo que solía hacerlo, paró bien la oreja a ver si lograba enterarse por qué su niña había vuelto de Córdoba tan triste. Coral y Almudena, adivinando su intención, se cuidaron de no decir nada delante de ella.

—Ahora date un baño y descansa para que puedas bajar a cenar.

—¿Es necesario que lo haga?

Coral puso los brazos en jarra.

—¡Almudena Izaguirre, deja ya de huir de tu destino! —la increpó, arrugando el ceño—. ¡Por supuesto que vas a acompañarnos a cenar! Es más —se giró sobre sus talones y fue hasta el ropero—, quiero que esta noche uses tu mejor vestido. —Eligió uno de los que más la favorecían y lo puso encima de la cama—. Si hace falta, yo misma vendré a buscarte.

Coral se marchó tan de prisa que Almudena no tuvo tiempo de decir nada.

—Hágale caso a misia Coral, mi niña —le aconsejó Eudocia mientras le ayudaba a quitarse la ropa—. Las gitanas saben mucho de esas cosas del destino y usté no puede querer a otro porque ese hombre se le ha metido en el alma.

Almudena la miró por encima del hombro. ¡Su nana las había escuchado! Estaba tan cansada que ni siquiera se lo reprochó. Hundió su cuerpo adolorido en el agua caliente y cerró los ojos. Mientras Eudocia la frotaba con la

esponja y le cantaba una canción, se quedó dormida.

MENTIRAS QUE DUELEN

Doña Adela tuvo que hacer de tripas corazón cuando al ingresar al almacén de ramos generales se cruzó con Álvaro Balbuena. Por fortuna, él iba de salida y apenas intercambiaron un saludo. Odiaba a ese hombre por lo que era y por lo que había hecho. No creía en su sonrisa, mucho menos en sus intenciones. Lo observó mientras se subía a la berlina. Las elecciones se acercaban y estaba desesperado por ganarse la confianza de la gente, prometiéndole cosas que seguramente jamás cumpliría. Fortunato le había dicho que antes de encerrarse en el burdel con su puta favorita, pasaba por la pulpería del correntino para lisonjear a sus futuros electores con ínfulas de caballero, de padre de familia y esposo intachable. Cualidades que, por supuesto, le quedaban muy grandes.

—Buenas tardes, doña Adela. ¿En qué puedo ayudarla? —La amable voz de Trinidad interrumpió sus pensamientos. Debía sentir rencor también hacia ella, sin embargo, no podía. De tan solo imaginarse lo que sería vivir al lado de un hombre como Balbuena, el único sentimiento que le inspiraba era lástima.

—Necesito hablar con usted… en privado —le dijo, sin devolverle el saludo—. Se trata de mi hijo.

El rostro sonriente de Trinidad se puso blanco como un papel.

—Venga por acá. —Le indicó que traspasara el mostrador y la condujo a través del pasillo que daba a la casa—. Le pediré a una de mis hijas que se haga cargo del almacén para que podamos conversar tranquilas.

Encontró a Consuelo en la cocina y, a regañadientes, obedeció la orden de

su madre.

Entraron al salón y Trinidad cerró la puerta.

—¿Desea tomar alguna cosa?

Adela negó con la cabeza.

Trinidad la invitó a sentarse y se ubicó a su lado.

—No me voy a andar con rodeos, señora. Sé lo que hay entre usted y mi hijo.

Trinidad, terriblemente avergonzada, bajó la vista. Mientras sus dedos doblaban y desdoblaban la manga de su vestido, se cuestionaba en silencio lo que no se animaba a preguntar en voz alta. ¿Cómo se había enterado? ¿Y si no era la única que conocía su secreto? Pensó en sus hijas y en su esposo. Cuando la miró a los ojos, deseó no haberlo hecho.

—No… no sé qué decirle. Nunca quise que todo esto pasara —manifestó, buscando justificarse a pesar de que sabía que había obrado de mala manera.

—Ahórrese las explicaciones porque no me interesa saber lo que una mujer de su edad piensa al enredarse con un muchacho que podría ser su hijo —la increpó—. Si he venido a verla no ha sido por gusto, créame.

—¿Cómo lo supo?

Adela curvó los labios en una sonrisa cargada de ironía.

—Mejor debería preguntarse quién más lo sabe, señora. Aunque no apruebe la relación que usted sostiene con mi hijo, jamás haría algo que los perjudicara. Traté de aconsejar a Ramiro, pero fue inútil. Las cosas llegaron demasiado lejos y no fui capaz de impedirlo. —Respiró hondo. Recordar que su hijo había estado al borde de la muerte, le provocó un nudo en la garganta —. Ahora se encuentra tirado en una cama, recuperándose de una puñalada que casi le atraviesa el corazón.

Trinidad se cubrió la boca con ambas manos para ahogar un grito de desesperación. El terror se instaló en sus ojos cuando logró asimilar lo que había pasado. Ramiro había sido atacado ¡Y todo era su culpa!

—Él me pidió que la busque y aunque me negué a hacerlo, sé que sería muy capaz de venir arrastrándose hasta su casa para verla. Ignoro lo que siente por Ramiro, señora, aunque puedo llegar a comprender la razón que la empujó a dejarse seducir por él. —No hubo necesidad de mencionar el nombre de Balbuena—. Mi hijo está enamorado y es en nombre de ese amor que le pido que no le cuente a nadie lo que pasó. Para todos los efectos, Ramiro tuvo que volver a Entre Ríos para ponerse a las órdenes del nuevo gobernador y formar parte del grupo armado que pretende repeler a los militares enviados por Sarmiento a la provincia.

—¿Quién fue? —preguntó, tratando de acallar ese nombre que se repetía una y otra vez en su cabeza.

—¿No lo sospecha?

—Álvaro…

—¿Quién otro si no?

Trinidad, incapaz de quedarse quieta, se levantó y empezó a dar vueltas por el salón.

—¡Es imposible que lo sepa! Ramiro y yo hemos sido muy discretos —adujo, dejando la vergüenza de lado.

—En este momento averiguar cómo se enteró es lo que menos me preocupa, señora. La vida de mi hijo está en juego y por él soy capaz de cualquier cosa. —Adela también se puso de pie—. Su esposo no es de los hombres que se ensucian las manos. Seguramente envió a alguien para que se las manchase de sangre por él. Si ese malnacido descubre que mi hijo se salvó lo buscará hasta terminar lo que dejó inconcluso.

Trinidad asintió. Doña Adela tenía razón en temer lo peor. Con Álvaro nunca se sabía.

—Puede quedarse tranquila, doña Adela. Jamás revelaré el paradero de su hijo. Me importa más de lo que imagina y por nada del mundo quiero que vuelvan a lastimarlo. —Se acercó y la miró directamente a los ojos—. Ramiro

y yo no hemos hecho las cosas bien, lo reconozco. Si usted quiere que me aleje de él para protegerlo, lo haré.

Ella había visto reflejado en la mirada de su hijo el amor por esa mujer; ahora que la tenía enfrente comprendió que Trinidad Balbuena también estaba enamorada de él.

—El bienestar de Ramiro es lo único que me preocupa, Trinidad. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila—. Y en este momento él la necesita más que nunca. Vaya a verlo apenas pueda. Está en la casa de Fortunato, en las afueras del pueblo. Asegúrese de que nadie la vea.

—Iré esta misma noche, cuando mis hijas se hayan acostado y después de que mi esposo se vaya al burdel. —Ni siquiera se inmutó al decirlo. Hacía ya tiempo que las humillaciones de Álvaro habían dejado de lastimarla.

—Le voy a decir a Fortunato que venga a buscarla.

—No hace falta. Conozco el camino que llega hasta su rancho. Puede resultar sospechoso que nos vean juntos fuera del horario de atención comercial —alegó—. Le diré a mi criada que me acompañe. Es de mi más absoluta confianza y sabe guardar un secreto mejor que nadie.

Doña Adela no dijo nada, pero le pareció acertada su decisión. Se despidió de ella hasta más tarde y, esta vez, se marchó por la puerta principal para no pasar por el almacén. No bien se quedó a solas, Trinidad caminó a paso firme hasta la mesita de las bebidas y se sirvió uno de los licores favoritos de su esposo. Lo bebió de un solo sorbo y luego arrojó la copa vacía, haciéndola añicos contra la chimenea. Todavía le temblaban las piernas. Maldijo el nombre de Álvaro Balbuena mientras apretaba los puños. No podía salir impune después de atentar contra la vida de Ramiro; simplemente no podía.

*

Gabriel se había encerrado en el despacho para revisar el contrato de los

nuevos telares, y de paso, se ahorraba el mal trago de compartir tiempo con el Payo mientras esperaban que la cena estuviese lista. Después de darle la bienvenida, prácticamente se había escabullido antes de que Coral se diera cuenta. Ella estaba demasiado ocupada, poniéndose al día con su hermana, como para preocuparse en dónde andaba metido. Dejó los papeles a un lado para fumar uno de los puros de su padre. Sentía que era una manera de recordarlo, sobre todo cuando pensaba en las veces en las cuales lo había regañado por tomarlos sin su consentimiento. Se reclinó en la butaca y aspiró fuerte. Fue imposible no evocar esa vez en la quinta de San José de Flores cuando se había escondido de don Vicente para fumar uno y Coral lo había interrumpido para rogarle que la llevara con él a España. Aunque lo supo mucho tiempo después, ese mismo día había quedado embrujado con sus ojos de gata salvaje.

La profunda voz de Pablo al otro lado de la puerta lo trajo abruptamente de regreso al presente.

—Adelante —dijo, después de darle otra calada al puro de su padre.

—¿Lo interrumpo?

Gabriel negó con la cabeza.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Esa distancia y frialdad con la que se trataban resultaba bastante chocante; sin embargo, ninguno de los dos pensaba dar el brazo a torcer y ceder en las formalidades.

—Quiero hablarle de su hermana.

El pesado silencio que se generó en el despacho se podía cortar con una tijera. Gabriel, temiendo que el presagio de Coral se hubiese cumplido, optó por quedarse callado. No estaba preparado para oír una confesión amorosa de Medrano, mucho menos que le pidiera la mano de Almudena para casarse con ella.

Pablo, quien todavía no había sido invitado a sentarse, ocupó la butaca al

otro lado del escritorio y entrelazó las manos. No era sencillo para él tratar ese asunto con Izaguirre, pero después de haber depositado su confianza en él, dejándola viajar a Córdoba, sentía que era su deber hacerlo.

—Durante su estadía en Cruz del Eje, Almudena ha despertado la admiración y el interés de un muchacho que, con mi consentimiento, comenzó a cortejarla con la intención de un compromiso serio. —Se aclaró la garganta antes de proseguir—. Se trata de Diego Guzmán, un medio hermano del cual desconocía la existencia y que vino desde España a buscarme. Rápidamente, Almudena y él entablaron una amistad que, con el correr de los días, se fue convirtiendo en algo más.

Gabriel, asombrado y hasta cierto punto aliviado, aplastó el puro en el cenicero y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y mi hermana aceptó, así, de buenas a primeras el cortejo de ese medio hermano suyo a quien apenas conoce? —preguntó, incrédulo.

Pablo asintió. Notó que le tensión en el rostro de Izaguirre comenzaba a desaparecer.

—Sería mejor que hable con ella cuanto antes. Yo se lo he dicho porque creo que era lo que correspondía.

—Hizo bien, Medrano y se lo agradezco. —Se rascó la barbilla—. Dígame, ¿qué tan serio es ese romance? —Después de que Coral le contase que Almudena llevaba amándolo en secreto todo ese tiempo, le costaba asimilar que estuviese en amores con otro hombre.

—Diego le propuso casamiento —soltó Pablo, haciendo un enorme esfuerzo para que no se diera cuenta de lo mal que le sentaba la posibilidad de que Almudena se convirtiera en su cuñada.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! —exclamó Gabriel más sorprendido que antes.

—Le dije que lo correcto es que hable con usted, Izaguirre. Aunque yo haya dado mi permiso para el noviazgo, no puedo intervenir en un asunto tan serio y

que solo le compete a su familia.

Gabriel lo escudriñó atentamente, tratando de adivinar qué pasaba por su cabeza mientras le hablaba de una posible unión matrimonial entre Almudena y ese medio hermano al que ni siquiera conocía. La frialdad de sus palabras y ese gesto insondable de su mirada hacían imposible saberlo.

—¿Le puedo hacer una pregunta, Medrano?

—Por supuesto.

—¿Todavía sigue enamorado de mi esposa?

Ahora fue Pablo quien guardó silencio. Si la intención de Izaguirre era provocarlo, él no iba a caer en su juego.

—Leí la carta que le escribió y es evidente que sus sentimientos hacia ella siguen siendo los mismos —le reprochó.

—El cariño que nos une es tan profundo que ni el tiempo ni la distancia han podido romper ese lazo que compartimos desde niños. Y usted lo sabe mejor que nadie, Izaguirre.

No había contestado a su pregunta. Detestaba que evadiera la cuestión, escudándose en un discurso tan ambiguo.

—Lo que *mi* esposa siente hacia su persona no es más que el afecto que podría sentir por un hermano y eso también usted lo sabe, Medrano —retrucó con ironía.

—Es verdad, Izaguirre —concedió—. No veo por qué necesita saber si sigo enamorado de Coral cuando parece tan seguro de que ella lo ama a usted —dijo, devolviéndole la estocada.

Como solían hacerlo cada vez que hablaban de la gitana, volvieron a enfrascarse en otro duelo sin sentido. A pesar de que Pablo se había resignado a perderla y Gabriel confiaba ciegamente en el amor de su esposa, no podían evitarlo.

—Permítame entonces que le haga otra pregunta. —Estaba empecinado en saber qué clase de sentimientos lo unían no solo a Coral, sino también a su

propia hermana.

—Adelante —lo exhortó Pablo, haciéndole un gesto con la mano.

—Ya que no quiere admitir qué es lo que siente realmente por Coral, dígame ¿qué hay de Almudena?

Pablo tragó saliva. No pensaba que le fuese a salir con semejante cuestión. No podía hablarle con la verdad y confesar lo que había ocurrido entre ellos. Estaba seguro de que, si lo hiciera, no saldría vivo de ese despacho. Tampoco era capaz porque ni siquiera él mismo sabía qué era lo que sentía exactamente por ella.

—Almudena es mi amiga y siento por ella un gran afecto. —Aunque en parte era la verdad, sabía que no estaba siendo del todo sincero.

—¿Nada más que afecto? —insistió Gabriel, incomodando a su interlocutor —. Espero que eso sea cierto, Medrano. Mi hermana ha dejado hace tiempo de ser una niña y se ha convertido en una mujer muy hermosa. Sería una pena que la historia volviera a repetirse y terminase en tragedia.

—¿De qué demonios está hablando? —inquirió Pablo, desconcertado por sus palabras.

—De la tragedia que signó la vida de sor Davinia, la madre de Coral. —No pensaba contárselo, pero, si al hacerlo conseguía que se apartase de su hermana, se sentía con todo el derecho del mundo de revelar esa terrible historia que aún pesaba en el alma de su amada gitana. Aunque Almudena lo amase, Pablo Medrano no era el hombre que ella se merecía, no mientras tuviese cuentas con la justicia—. Rosa María, así se llamaba la madre de Coral antes de dedicar su vida a Dios, se quedó huérfana cuando apenas tenía unos pocos meses de nacida. Don Estanislao de la Cruz y su esposa, doña Francisca, decidieron hacerse cargo de ella. Rosa María creció bajo el amparo de dos hermanos que la adoraban: Leandro y Enrique. Cuando creció y se convirtió en una bella muchacha, se enamoró de uno de ellos. Aunque no llevaban la misma sangre, Leandro, el elegido, se sentía culpable por haber

puesto sus ojos en ella y se alejó, exiliándose en Montevideo para huir no solo del tirano de Rosas, sino también de sus propios sentimientos. Durante su ausencia, Rosa María sufrió el acoso de su hermano Enrique. —Hizo una pausa al recordar a ese hombre que tanto los había hecho sufrir—. Una noche, se metió en su habitación y la hizo suya a la fuerza. Ese hecho deleznable que la sumió en la tristeza tuvo sus consecuencias. Rosa María quedó encinta, y apenas lo supo doña Francisca, esa mujer que la había criado pero que jamás la había querido, convenció a su esposo de enviarla lejos para evitar la vergüenza. Cuando dio a luz, le hicieron creer que su pequeña hija había muerto al nacer y la dejaron abandonada en el circo. El mismo día que Coral nació, Rosa María se enteraba de que Leandro, el amor de su vida, había sido asesinado. Durante mucho tiempo se creyó que Rosas estaba detrás de su muerte. Sin embargo, muchos años después, y antes de descerrajarse la cabeza con un disparo, Enrique, su hermano, confesó que había sido él su asesino, y que lo había matado para impedir que se llevara lejos a Rosa María y a esa hija que estaba a punto de nacer. —Escudriñó su reacción. Medrano estaba consternado—. ¿Comprende ahora lo que trato de decirle? La rivalidad entre hermanos por una mujer puede acarrear terribles consecuencias.

Pablo no dijo nada. La trágica historia que acababa de oír, el triste y doloroso pasado de su querida Coral, lo dejó sin palabras. Todavía no lograba descifrar lo que sentía por Almudena y temía ponerse en evidencia delante de su hermano.

—Puede quedarse tranquilo, Izaguirre. La historia no volverá a repetirse. —Se puso de pie y con paso firme caminó hacia la puerta.

Abandonó el despacho con una única certeza: él no sería un obstáculo entre Almudena y su hermano. Se arrancaría del pecho cualquier sentimiento que tuviese hacia ella y procuraría que fuese feliz con alguien que sí se la mereciera.

*

Trinidad esperó a que sus hijas subieran a la habitación para ir a la cocina y hablar con Avelina. Sabía que su fiel criada la acompañaría sin hacer preguntas y sin juzgar sus acciones. La ayudó a secar la vajilla y, mientras la observaba barrer el piso, se quedó junto a la puerta.

—Avelina, necesito pedirte un gran favor.

—Lo que usted mande, mi señora.

—Tengo que ir a un lugar en las afueras del pueblo y no me animo a hacerlo sola.

Avelina dejó la escoba quieta y la miró.

—¿A esta hora?

Trinidad asintió.

—Es importante, sino no te lo pediría —respondió, sintiéndose un poco culpable por involucrarla en sus asuntos. Bajó la voz—. Se trata de Ramiro. Alguien lo atacó y estuvo a punto de morir. Tengo que ir a verlo; es más fuerte que yo.

La criada asintió. No hacía falta que le dijera nada más. Ella sabía mejor que nadie de su relación con el soldado Flores, y no le sorprendió lo que había pasado. ¿Cómo no iba a terminar mal esa historia si el muchacho se había metido con la madre y con las hijas al mismo tiempo?

Después de dejar la cocina limpia como una patena, decidieron que saldrían por el almacén para no despertar a las muchachas. No hacía mucho frío y la noche estaba serena. Se arrebujaron en sus chales de lana y, agarradas del brazo, atravesaron la calle principal a paso ligero. Unos cuantos metros más adelante se desviaron por un camino de tierra que llevaba hasta el rancho en donde vivía Fortunato. Durante el trayecto, Trinidad le contó todo a su fiel Avelina y ella le juró que su secreto estaba a salvo.

Divisaron la humilde vivienda y apresuraron su andar. Había luz en una de

las ventanas y un humo espeso se escapaba a través de la chimenea. Atravesaron un sendero angosto cubierto de grava y, justo antes de llamar a la puerta, Fortunato las invitó a pasar. Amparito las miró con cierta desconfianza. Su madre, después de pedírselo tanto, finalmente le había contado lo que ocurría entre Ramiro y la esposa de Balbuena. Las invitó a sentarse alrededor de la mesa, pero Trinidad estaba demasiado ansiosa y ya no podía esperar más. Por eso, cuando vio que doña Adela salía de la habitación que ocupaba Ramiro, sin necesidad de hacer preguntas, pasó a su lado y entró. Cerró la puerta para tener un poco de intimidad y corrió hacia él, cayendo de rodillas junto a la cama.

—¡Ramiro! ¡Mi Ramiro! —le acarició el rostro mientras el suyo se bañaba de lágrimas.

Él esbozó una sonrisa para tratar de tranquilizarla. Ahora que la tenía a su lado, podía enfrentarse a quién fuera.

—Pensé que no vendrías —balbuceó, incorporándose un poco para llegar hasta ella. La tomó de la mano y se la llevó a la boca para besarla con devoción—. No me habría importado morir después de haber estado entre tus brazos.

—¡No vuelvas a repetir semejante tontería nunca más! —se enojó—. Cuando tu madre me contó lo que te habían hecho, lo supe. Fue él, Ramiro. Ignoro cómo se enteró de lo nuestro, pero esto es obra de Álvaro. Estoy segura.

Ramiro, algo aturdido todavía, negó con la cabeza.

—Hay algo que nunca te dije, Trinidad. Yo no soy el héroe que todos piensan. —Desvió la mirada para no enfrentarse a esos ojos que adoraba y que seguramente lo mirarían de otra manera cuando supiera la verdad—. La noche en la que asesinaron a Urquiza estaba en el palacio. Había pactado un encuentro con una de sus hijas a la que le venía arrastrando el ala desde hacía tiempo. Cuando esos hombres aparecieron… me oculté. Mientras los demás

luchaban contra los intrusos, yo lo observaba todo desde mi escondite. Quizá no habría podido evitar que matasen al general, pero tampoco hice nada para ponerlo a salvo a él y a su familia. Robé un arma, fingí que una esquirla me había lastimado el brazo y escapé como lo que soy; un cobarde desertor. —Como Trinidad no decía nada, continuó—: Cuando me atacaron, creí que mi buena suerte se había acabado, que alguien de la milicia le había puesto precio a mi cabeza.

—No, Ramiro. Solo hay un culpable de lo que te pasó y se llama Álvaro Balbuena —aseveró ella, restándole importancia a la verdad que le acababa de revelar Ramiro y que no cambiaba lo que sentía por él.

—Pero, ¿cómo lo supo? Es imposible que nos haya descubierto.

Mientras barajaban varias hipótesis de lo que podría haber ocurrido, escucharon un fuerte cruce de palabras que provenía de la cocina. Trinidad se quedó de piedra al reconocer la voz de sus hijas. Se puso de pie rápidamente cuando la puerta se abrió de un golpe y se encontró con las miradas acusatorias de Eugenia y Consuelo.

—¿Lo ves, hermanita? ¡No te dije que era una buena idea seguir a nuestra madre y a la tonta de Avelina? —Eugenia se acercó, miró a Ramiro con desprecio y volvió a poner toda su atención en la mujer que le había dado la vida y a la que aborrecía con todo su ser—. ¡Mírala, ahí la tenés, al lado de su amante!

Consuelo, con su habitual debilidad, pasó del desconcierto al enojo para terminar echándose a llorar. ¡Eugenia tenía razón! Cuando le contó que había descubierto a Ramiro con otra mujer, no le había creído. Mucho menos que lo había visto fornicando con ella. Después, al revelarle la identidad de esa descarada, reaccionó dándole una bofetada a su hermana mayor. ¿Cómo tenía la osadía de calumniar a su propia madre de esa manera? Se negaba a aceptar semejante mentira. Y ahora estaba allí, junto al lecho de Ramiro. Había salido de su casa a escondidas para encontrarse con su amante. Estaba herido, pero

no le importó. Era el precio que debía pagar por meterse con una mujer casada. Aunque no aprobaba el proceder de su padre, se sentía reconfortada de que también pagase por haberse burlado de ella. Se apartó cuando su madre intentó acercarse a ella.

—¡No me toque! —le gritó con la voz cargada de odio.

—Han sido ustedes… —musitó Trinidad—. Ustedes se lo dijeron a Álvaro para que tomara represalias en contra de Ramiro.

Eugenia, la más severa de las dos, aplaudió.

—¡Bravo, madre! —exclamó con ironía—. ¿Qué creía que iba a pasar después de que la viera con mis propios ojos? Esa noche, la de la romería, salí un momento afuera para buscar a Ramiro y entonces descubrí la razón de su repentina desaparición. ¡Estaba demasiado ocupado metiéndose debajo de sus faldas como para acordarse de mí o de mi hermana!

—¿Por qué se lo contaste a tu padre? ¿Fue por despecho o por venganza?

—En realidad, mi padre no sabe nada —le aclaró Eugenia, sintiéndose dueña de la situación—. A él le conté otra historia, que sirvió igualmente para conseguir lo que quería. —Miró a Ramiro. Lo único que le inspiraba ahora era lástima—. Don Álvaro cree que salvó el honor de sus hijas; jamás imaginó que era su esposa la que se había enredado con el soldado Flores, el héroe del pueblo al que todos admiran y respetan.

—Eugenia, ¿por qué lo hiciste? —preguntó Ramiro, interviniendo por primera vez en la conversación. La muchacha destilaba odio por cada poro de su piel. Le extrañaba que no le hubiese contado a su padre la verdad.

—Porque la mujer que me robó tu amor es mi madre. A pesar del dolor y la traición, jamás pondría su vida en peligro. Con vos es distinto. —Lo miró directamente a los ojos—. Jugaste conmigo y con mi hermana con la intención de estar cerca de ella. Nunca te importó lo que sentíamos nosotras.

—Lo siento mucho, Eugenia. Lamento mucho lo que pasó. No debí aprovecharme de ustedes de esa manera ni burlarme de sus sentimientos. —

Percibió un ligero cambio en su semblante y Consuelo ya no lloraba—. Yo soy el único culpable de toda esta situación. Perseguí a su madre hasta el hartazgo y ella terminó cediendo.

—Ramiro, por favor, no es necesario que intercedas a mi favor —le pidió Trinidad—. Si bien es cierto que me resistí a dejarme llevar, me considero tan culpable como él de lo que pasó. Hace tiempo que su padre ni siquiera me toca. No es secreto para nadie que frecuenta a diario el burdel del pueblo. No estoy tratando de justificarme, hijas. Sé que no debí acercarme a otro hombre; sin embargo, sucedió y de lo único que me arrepiento es de haberlas engañado a ustedes dos y de permitir que Ramiro las involucrase en su plan. Con respecto a Álvaro, él me humilló de la peor de las maneras y no siento ningún remordimiento por haberle sido infiel.

—¿Qué es lo que siente por Ramiro? —quiso saber Eugenia, sensibilizada por las palabras de su madre.

Lo miró. Ya no tenía dudas. Descubrió que lo amaba cuando supo que había estado a punto de perderlo.

—Lo quiero, pero si me piden que me aleje de su lado, lo haré. Ustedes son lo más importante para mí.

—Yo también la quiero —afirmó Ramiro con una sonrisa en los labios. Era la primera vez que Trinidad reconocía lo que sentía por él.

Eugenia y Consuelo intercambiaron miradas. Habían llegado hasta el rancho de Fortunato para desenmascarar a su madre; sin embargo, después de escucharla, no podían culparla por haber caído en los brazos de Ramiro cuando era su propio padre quien la había empujado a hacerlo. Arrepentida por lo que había hecho, Eugenia se acercó a Trinidad.

—Madre, lo siento. Me cegué por el rencor sin siquiera imaginar lo que ha sido su vida al lado de mi padre durante todos estos años. —Con timidez le rozó el brazo—. Mi hermana y yo no queremos que siga sufriendo. Si su felicidad está al lado de Ramiro, nosotras no seremos un obstáculo.

Ahora era Trinidad la que lloraba. Se abrazó a sus hijas mientras contemplaba al hombre que amaba por encima de sus cabezas. Contar con el perdón de ellas y, sobre todo, con su comprensión, era importante, pero Ramiro nunca estaría a salvo del odio de Álvaro Balbuena.

—Les pido perdón a ambos —se disculpó Eugenia avergonzada mientras posaba sus ojos oscuros en el rostro demacrado del soldado Flores—. Cuando hablé con mi padre solo quería que te diera un escarmiento, no que casi te matara.

—No te guardo rencor, Eugenia. Después de lo que te hice a vos y a tu hermana, el que no tiene perdón soy yo.

—¿Qué van a hacer ahora? Es peligroso quedarse en el pueblo.

Ramiro contempló a Trinidad. Ya lo tenía todo pensado, solo esperaba que ella aceptase su propuesta.

—Tengo familia en Mendoza; unos primos de mi padre. Desde allí, sería sencillo cruzar hasta Chile. Sé que no tengo derecho a pedirte que abandonés a tu familia para venir conmigo, Trinidad, pero no soportaría estar lejos de vos.

Trinidad, batallando entre lo que debía y lo que deseaba, ahogó un suspiro lastimero. Sus hijas eran grandes, pero la necesitaban. Ella jamás podría ser feliz, dejándolas atrás. Mucho menos abandonarlas a merced de un mal padre que no dudaría en hacerlas sufrir para vengarse de ella.

—No lo sé.

—Madre, no renuncie a su felicidad por nuestra causa. Estaremos bien, se lo prometo —repuso Eugenia, hablando por ella y por su hermana menor—. Tarde o temprano, papá pagará por lo que hizo. Cuando ese día llegue, podremos vivir en paz. Consuelo tiene habilidad para la música y podría dar clases de piano. Aunque reniegue de ello, yo me apaño bastante bien en la cocina y no me molestaría ponerme a vender dulces. Además, está el almacén, que es nuestro patrimonio y nos ha dado de comer todos estos años. La ayudaremos a preparar todo para que viajen cuanto antes. Continuar en el

pueblo es peligroso… para ambos.

A Trinidad se le llenó el pecho de orgullo al escuchar a su hija mayor. Aunque había sufrido por su traición y eso la había orillado a tomar una mala decisión, ahora se ponía de su lado, alentándola para que fuera en busca de su felicidad. La estrechó entre sus brazos y le dijo al oído lo mucho que la quería. Consuelo se unió a ellas y permanecieron así hasta que Ramiro carraspeó.

Trinidad se enjugó las lágrimas y regresó a su lado.

—Nos iremos juntos y seremos felices. —Le apretó la mano con fuerza—. Yo tampoco podría estar lejos de vos, Ramiro.

Las muchachas, quienes aún continuaban abrazadas, los contemplaron en silencio. Eugenia sintió que la culpa ahora pesaba mucho menos. Había hecho lo correcto. Aunque sería doloroso vivir sin ella, su madre merecía la dicha de estar con un hombre que la amaba de verdad.

Sin que Ramiro y Trinidad se dieran cuenta, salieron de allí en silencio para dejarlos a solas. En la cocina, todos aguardaban expectantes.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Eugenia, esbozando una sonrisa.

Doña Adela, sorprendida por el cambio de actitud de las muchachas, les ofreció tomar algo caliente.

—Se lo agradecemos, señora, pero nosotras nos vamos. —Miró a su criada —. Avelina, vos quedate con mamá todo el tiempo que sea necesario.

—Señorita Eugenia, deje que las acerque hasta su casa —se ofreció Fortunato, mientras descolgaba el abrigo de la pared.

Las hijas de Balbuena aceptaron su invitación sin chistar. La temperatura había descendido unos cuantos grados y no tenían ganas de regresar caminando.

A pocos metros de allí, detrás de la puerta que acababa de cerrar Eugenia, Ramiro y Trinidad se besaban apasionadamente. Aunque tuviesen que huir para poder ser felices juntos, sabían que la pesadilla estaba a punto de

terminar. Ni la milicia ni Álvaro Balbuena lo iban a impedir.

*

El bautizo de la pequeña Sara Izaguirre Amaya se llevó a cabo en la iglesia de Santo Domingo, la misma en la cual sus padres habían contraído matrimonio. Los padrinos, vestidos con sobria elegancia, la sostenían entre sus brazos mientras el sacerdote vertía sobre su cabeza el agua bendita. Además de la familia, habían asistido doña Ana Manzanares, viuda de De La Cruz, con su hijo Julián y el doctor Juan Antonio Argerich, quien estaba acompañado por su esposa. Coral había invitado también a Felicitas Guerrero, pero la joven no pudo asistir porque se encontraba en el campo, aprendiendo a administrar las tierras que había heredado de don Álzaga. Después de la ceremonia, todos se reunirían en la casona de la Calle Larga para celebrar.

Almudena trataba de aparentar que no pasaba nada; sin embargo, la frialdad con la cual la venía tratando Pablo durante su estadía en Buenos Aires, le había quitado hasta las ganas de sonreír. Seguían conviviendo bajo el mismo techo y estaban más distanciados que nunca. Sabía que Coral intentaba remediar esa incómoda situación de cualquier manera, proponiendo algún que otro paseo para que estuvieran juntos, pero Pablo siempre encontraba la excusa perfecta para evitarla. El más feliz con esa situación, sin dudas, era Gabriel. Quería lo mejor para su hermana pequeña y Medrano distaba mucho de serlo.

Esa tarde, después de que los invitados se hubiesen retirado, Coral le pidió a Pablo que la buscara en el salón porque necesitaba hablar con él de algo muy serio. Al día siguiente regresarían a Córdoba y no había tiempo que perder. Aunque Almudena luego se enojara con ella, Pablo debía oír lo que tenía para decirle. Gabriel intentó disuadirla de que no se metiera, pero no lo logró. Cuando Pablo apareció en el salón, le pidió que los dejara a solas. De

mala gana, Gabriel se retiró para encerrarse en su despacho.

—¿De qué querías hablar conmigo, Coral?

—Siéntate, por favor. —Con una sonrisa, le indicó que se ubicara a su lado —. Has estado aquí casi cuatro días y no hemos tenido la oportunidad de conversar como es debido. Todo este tiempo tuve la sensación de que me evitabas, ¿me equivoco?

—No quería incordiar a tu esposo. Sabes que no me soporta, mucho menos, cuando me ve cerca de ti.

—Eso es verdad; sin embargo, estoy segura de que la razón de tu extraño comportamiento tiene otra explicación.

Pablo se mesó el cabello. Coral empezaba a ponerlo nervioso. Lo conocía demasiado bien y aunque no llevaba sangre *calli* en sus venas, tenía la habilidad de tirarle de la lengua sin ningún esfuerzo como la más mañosa de las gitanas.

—No sé lo que quieres oír, Coral —dijo por fin, resignado a someterse a sus preguntas—. He venido a Buenos Aires para cumplir con mi promesa, corriendo el riesgo de que alguien me descubra. La muerte de Román continúa impune y tarde o temprano deberé pagar por lo que hice. —Pensó en la amenaza de Balbuena y lo que significaba ceder a su chantaje—. Hay alguien en el pueblo que lo sabe todo y me tiene en sus manos. Si no le vendo mi parte de la estancia, está más que dispuesto a denunciarme a las autoridades. —No planeaba contárselo, pero quizá era la única manera para que dejara de insistir en averiguar qué le pasaba.

—¡Dios! ¿Cómo es eso posible? ¿Tiene algo que ver con la aparición de ese hermano que vino a buscarte? —Antes de que dijera algo, añadió—. Almudena me habló del tal Diego Guzmán, del interés que tiene por ella y de la propuesta de matrimonio que le hizo antes de venir a Buenos Aires.

Pablo guardó silencio. Coral se estaba acercando a la verdad.

—No, Diego no tiene nada que ver. Aunque ignoro cómo esta persona

descubrió mi secreto, es imposible que mi hermano esté involucrado. Él dio conmigo gracias a mi tía Luisa, ni siquiera tuvo que pisar el circo para averiguar dónde estaba.

—¿De verdad pondrías las manos en el fuego por él cuando hace apenas unos días que lo conoces? Yo no me fiaría demasiado de alguien que aparece prácticamente de la nada, alegando que es tu hermano, ¡y que encima pretende quedarse con Almudena! —lo miró fijamente para ver su reacción—. Ella no está enamorada de Diego ni jamás podrá estarlo y tú lo sabes mejor que nadie.

Para escapar de sus ojos inquisidores, Pablo se puso de pie y se acercó a la ventana. Había empezado a lloviznar y él ni cuenta se había dado.

—Almudena aceptó su cortejo —arguyó, llevándose las manos a los bolsillos.

—¿No te has preguntado por qué lo ha hecho?

Pablo se encogió de hombros.

—Tal vez Diego sí le gusta. No sé si te lo habrá contado, pero él le salvó la vida. Supongo que esa es una muy buena razón para considerarlo un buen partido.

—Salvo por un pequeño detalle; Almudena está perdidamente enamorada de otro hombre —le soltó, haciendo un gran esfuerzo para poder mirarlo a la cara mientras Pablo se empeñaba en darle la espalda.

—No sigas, por favor. No tiene sentido que lo hagas —le pidió, sabiendo cuál era su intención. Cuando se volteó, vio una silueta reflejada en el espejo del salón. Era Almudena, quien, resguardada detrás de la puerta, escuchaba su conversación con Coral. Fingió que no se había dado cuenta y regresó al lado de la pelirroja—. No importa lo que sienta Almudena. yo jamás podré arrancarte de mi corazón, Coral. ¿Acaso no lo entiendes?

Las palabras de Pablo la dejaron atónita. No podía seguir enamorado de ella todavía, no cuando miraba a Almudena de la manera en que lo hacía. ¿A qué estaba jugando?

—Pablo…

—No, déjame continuar. —Se sentó a su lado y la tomó de la mano—. Lo he intentado, Coral, te lo juro. Creí que tenerte lejos sería suficiente para olvidarte, por eso me resistía a contestar tus cartas. Cuando comprendí que el amor que siempre he sentido por ti seguía tan vivo como el primer día, resolví reaparecer en tu vida. Cada vez que leía que eras feliz al lado de Izaguirre lo maldecía por tenerte. —Mintió para que no le quedasen dudas ni a ella ni a Almudena de cuáles eran sus sentimientos—. No he sido capaz de amar a nadie más y aunque ha habido alguna que otra mujer en mi vida, mi alma y mi corazón siempre serán tuyos. —Espió hacia la puerta en el preciso instante en el cual Almudena, cubriéndose la boca con la mano, atravesaba corriendo el pasillo. Se había salido con la suya; sin embargo, él se sentía peor que ella. Soltó a Coral y le pidió disculpas. La había involucrado en su plan sin pensar en las consecuencias. ¿Qué pasaba si Izaguirre se enteraba de esa nueva confesión de amor que acababa de hacerle a su esposa?

—No sé qué es lo que pretendes con todo esto, Pablo —dijo Coral, desconfiando de cada una de sus palabras—. Espero que cuando te des cuenta de a quién amas de verdad, no sea demasiado tarde. —Se levantó, alisó la falda de su vestido y abandonó el salón azotando la puerta.

Pablo permaneció allí, sumido en sus pensamientos, contemplando cómo la lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana. Esa noche se excusó con los Izaguirre y no bajó a cenar. No era capaz de mirar a Almudena a los ojos después de lo que había hecho. Se dijo una y mil veces que era por su propio bien, que cuanto antes se desilusionara de él, mucho mejor. Sin embargo, lo último que le había dicho Coral esa tarde no dejaba de darle vueltas en la cabeza. ¿Qué era ese sentimiento tan intenso que le quitaba el aliento y hacía que le hirviese la sangre cada vez que estaba cerca de Almudena? ¿Acaso se trataba de amor? Él, que creía haber amado a una única mujer en su vida, se debatía en un mar de dudas. Solo de una cosa estaba seguro, lo que sentía por

Almudena no se parecía en nada a lo que siempre había sentido por Coral.

EL REGRESO

Cada día, como venía haciéndolo desde que Almudena se lo pidiese, Mariana se quedaba con Juan de Dios durante la clase para acompañar su aprendizaje. La nueva maestra, aunque no era tan comprensiva y simpática como ella, se lo permitía, siempre y cuando no interfiriese con la educación de los demás niños.

Esa mañana de lunes, mientras esperaba a que alguien de la estancia viniese a buscarlos, una volanta que venía pasando frente a la escuela se detuvo frente a ellos. Don Álvaro Balbuena se bajó y se acercó con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, señorita Larrea. Qué bueno que la encuentro. —La miró de arriba abajo. Sin dudas, la porteña tenía su gracia—. Quería aprovechar para preguntarle si sabe cuándo regresa el señor Medrano de Buenos Aires.

Mariana, incómoda por la presencia de Balbuena, dejó que la volviera a vencer la timidez.

—¿Ha oído lo que le dije?

—Sí, disculpe, estaba distraída. —En ese momento, sintió que Juan de Dios le apretaba la mano con fuerza, como si quisiera advertirle de algo malo—. No lo sabemos en realidad, pero seguramente será dentro de pocos días ya que el bautizo de su ahijada se celebró el miércoles pasado y no planeaban quedarse más tiempo del necesario.

—Muchas gracias, señorita Larrea. Por favor, dígale a Medrano apenas llegue que me urge verlo. —Hizo una leve reverencia en señal de despedida y

le lanzó una fugaz mirada al niño que la acompañaba y que no le sacaba los ojos de encima—. También dele mis saludos a doña Úrsula. Que tenga una linda mañana. Hasta luego.

—Que le vaya bien, señor Balbuena.

Cuando finalmente se quedaron solos, Mariana soltó la mano de Juan de Dios y lo sujetó por los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te has puesto de esa manera delante del señor Balbuena? —Percibió el temor en sus ojos claros y sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

Juan de Dios sacudió la cabeza mientras se esforzaba en tratar de decirle algo, pero de su boca no salían más que unos cuantos sonidos guturales. Mariana se arrodilló junto a él y le acarició el rostro.

—No pasa nada, Juan de Dios. Tranquilo. —Intentó abrazarlo, pero estaba tan asustado que no se lo permitió. Para no inquietarlo más, Mariana no insistió. Esperaba que esa extraña reacción que había tenido frente a don Álvaro Balbuena no destruyera lo que con tanto esfuerzo habían conseguido.

Notó que algo captaba la atención del niño. Cuando miró por encima de su hombro, divisó un jinete que se acercaba por la calle principal. El corazón le saltó en el pecho al comprobar que se trataba de su amado. Se les acercó con una sonrisa en la boca y tendió su brazo hacia ellos.

—He venido a buscarlos.

La felicidad que sentía Mariana de verlo se disipó rápidamente cuando pensó en lo que diría Úrsula si la veía llegar a la estancia, montada en su caballo. Los últimos días se había portado bien con ella, solo porque estaba convencida de que obedecía cada uno de sus mandatos. Ni siquiera sospechaba que buscaba cualquier ocasión para verlo, aunque fuese solo de lejos.

Juan de Dios, ajeno a las tribulaciones de Mariana, se aferró a la mano del indio y, de un salto, se ubicó detrás de él.

—Es tu turno, Mariana —le dijo, bajándose del caballo. Ella seguía parada allí, como si tuviese los pies clavados en el suelo.

Era la oportunidad que estaba esperando y no la iba a desaprovechar. Hacía días que añoraba su cercanía, y al menos por un rato podría estar entre sus brazos. ¡Al diablo con Úrsula y sus absurdas prohibiciones! Dejó que Ceferino la sujetase de la cintura y la levantase en el aire para ayudarla a montar. Sentir sus fuertes manos alrededor de su talle reavivó ese deseo que ardía en sus entrañas y que le robaba el sueño por las noches.

Juan de Dios se acomodó detrás de ella para cederle su lugar a Ceferino, quedando entre medio de ambos. Aunque sus cuerpos no entraban en contacto directo, él buscaba cualquier excusa para tocarla. Mariana, subyugada por su aliento tibio en la nuca, se movía un poco hacia atrás para intensificar las caricias disfrazadas de roce casual.

Avanzaban al trotecito para poder prolongar el mayor tiempo posible esa cercanía que les estaba vedada por culpa de los prejuicios de doña Úrsula.

—Ceferino, hoy pasó algo con Juan de Dios. —Mariana necesitaba contárselo. No sabía cuándo tendría la ocasión de hacerlo una vez que estuviesen en La Querencia—. Se nos acercó el señor Balbuena, el dueño del almacén de ramos generales, para preguntarnos sobre el regreso de Pablo. Juan de Dios se puso muy nervioso con su presencia, me apretó la mano y había mucho miedo en sus ojos. Intenté abrazarlo, pero me rechazó —dijo, angustiada.

Ceferino se quedó pensativo. Observó al pequeño. Acababa de apoyar la cabeza en la espalda de Mariana, como si quisiera pedirle perdón por su actitud.

—Es evidente que, por alguna razón que ignoramos, ese hombre no le gusta. Es muy llamativa su reacción porque Juan de Dios ni siquiera lo conoce. Él tiene la capacidad de percibir cosas que nosotros no podemos. También le rehúye a doña Úrsula y ambos sabemos de lo que es capaz.

Mariana asintió. Aunque la quería como a una madre, debía reconocer que Úrsula ya no era la misma. Quizá ella, hambrienta de cariño, había estado ciega todo ese tiempo, confiando en la persona equivocada. El siniestro plan que trazara para apoderarse de la herencia de su tío y esa ojeriza que le tenía a Ceferino, no hacían más que confirmarlo.

Como llegaron a La Querencia más tarde de lo habitual, Úrsula la estaba esperando al amparo de la galería, envuelta en un rebozo de color negro que hacía más sombría su presencia todavía. Apenas la vio, se dirigió raudamente hasta ellos y, sin mediar palabra, la tomó del brazo para alejarla de Ceferino.

—Sos una puta —le susurró al oído mientras intentaba arrastrarla hacia la casa sin éxito.

Mariana se resistía con todas sus fuerzas. Con los ojos bañados en lágrimas, miró a Ceferino. Él, con la rabia agitándose en su interior, se precipitó encima de ellas para liberarla.

—¡Suéltela, señora! —le ordenó, interponiéndose en su camino.

—¡Apártese si no quiere que llame a los peones para que le den su merecido! —lo amenazó—. ¡Estoy segura de que nadie desconfiará cuando diga que usted se metió a la fuerza en la habitación de Mariana y abusó de ella! ¡Después de todo no es más que un salvaje y quién sabe Dios de lo que son capaces de hacer!

A Ceferino, su chantaje lo tenía sin cuidado. Lo único que le importaba en ese momento era Mariana. Quería arrebatársela de sus manos para evitar que siguiera humillándola de esa manera; sin embargo, sabía que después, cuando él no estuviese presente, se ensañaría con ella.

—Señora, Mariana no tiene la culpa de que yo me haya aparecido en la escuela para ofrecerme a traerlos a ella y al niño. —En ese instante se acordó de Juan de Dios. Estaba aún encima del caballo, tapándose los oídos para no escuchar los gritos que profería esa mujer—. Le ruego que no le haga daño; ya no volveré a buscarla si eso la deja más tranquila.

Aunque intuía que no era más que un plan de Ceferino para ayudarla, a Mariana le disgustó ver cómo lo obligaba a ceder frente a su intransigencia. La fuerza que Úrsula ejercía alrededor de su brazo la estaba lastimando. Cuando intentó soltarse, sintió que el suelo se movía a sus pies y todo se volvía negro a su alrededor. Alcanzó a susurrar el nombre de Ceferino antes de perder el conocimiento.

Él, haciendo oídos sordos a los gritos de Úrsula, se abalanzó sobre ella y la levantó en brazos para llevarla a la casa.

Juan de Dios, impresionado, se bajó del caballo y los siguió.

—¡Mande a buscar al doctor! —fue lo primero que dijo Ceferino apenas dejó a Mariana acostada en uno de los sillones del salón.

Sin perder tiempo, la criada corrió hasta la cocina para cumplir con su orden.

—Creo que lo más conveniente es llevarla a su habitación —dijo Úrsula. La impotencia de ver cómo el indio se había adueñado de la situación delante de sus propias narices era más fuerte que su preocupación por el desmayo de Mariana. No quería adelantarse a los acontecimientos, pero si sus sospechas eran ciertas, lo mejor era mantener a ese hombre alejado de su niña—. Mariana siempre ha sido propensa a estos episodios cuando era niña. La presencia del doctor ni siquiera es necesaria, con una tisana y un poco de reposo, se sentirá como nueva.

Ceferino, quien sostenía las manos de Mariana entre las suyas, volteó la cabeza y le dedicó una mirada hierática.

—Dejemos que el doctor decida eso, señora —le contestó, tajante. La mujer podía decir misa, pero él no se iba a separar de ella hasta cerciorarse de que se encontraba bien.

El tupé del indio la dejó sin palabras. Tomaba decisiones que no le correspondían; después de todo, solo era un criado y ella tenía todo el derecho del mundo de ordenarle que se fuera si se le antojaba. ¿Dónde diablos se había

metido Diego Guzmán? Como hermano de Medrano, uno de los dueños de la estancia, podía echarlo fuera sin ninguna contemplación si ella se lo pedía. Se sentó en el sofá de enfrente y cruzó las manos en su regazo. No podía moverse de allí y correr el riesgo de que el médico confirmara lo que tanto temía delante del salvaje.

Finalmente, una media hora más tarde, el facultativo se presentó en la estancia para atender a la muchacha, quien acababa de recobrar el conocimiento y se aferraba a la mano de Ceferino para que no la soltase.

—¿Qué es lo que pasó?

—Marianita se ha desmayado, pero no es un asunto que revista mayor importancia, doctor —le aseguró, haciéndose nuevamente dueña de la situación—. Ha sufrido del mismo malestar desde pequeña y ahora, quizá con el cambio de aire, ha vuelto a padecerlo.

—Me gustaría revisar a la señorita Larrea en privado, si es posible —dijo el doctor Silvera, extrañado por la presencia del indio en el lugar. También llamó su atención un niño de enormes ojos claros que los espiaba desde una de las puertas que conducía a la galería. Supuso que sería el tal Juan de Dios, ese mestizo mudo que había aparecido en la estancia hacía un par de meses y del que nadie sabía absolutamente nada.

Frente a la mirada atónita de los presentes, Ceferino alzó a Mariana en brazos y la llevó hasta su habitación.

Al depositarla suavemente en la cama, la misma en la cual habían hecho el amor por primera vez, sus ojos se encontraron.

—Todo va a estar bien —la tranquilizó mientras le apretaba suavemente la mano.

Un fuerte carraspeo a sus espaldas lo obligó a soltarla. Se apartó y no pudo hacer nada cuando el doctor le pidió que abandonara la habitación. Estaba a punto de pedírselo también a Úrsula, pero ella se negó rotundamente a salir.

—Muy bien, jovencita. Trataremos de descubrir la causa de ese desmayo.

—Se sentó a su lado y sacó el estetoscopio del maletín. Le auscultó el pecho en silencio mientras curvaba apenas los labios en una sonrisa. Luego controló su pulso y le tocó la frente para descartar un posible cuadro gripal—. Decime, ¿cómo te has sentido los últimos días?

—Un poco más cansada de lo habitual —indicó, mirando a Úrsula por encima del hombro del doctor—. Hoy solo pude desayunar un jugo de naranjas porque tenía el estómago revuelto; quizá por eso perdí el conocimiento.

—¿Cuánto hace que tenés estas náuseas? —indagó Silvera, ceñudo.

—Hace algunos días, sobre todo por las mañanas.

—¿Y qué hay de la regla?

Mariana, incómoda con su pregunta, se ruborizó. Úrsula, presintiendo lo peor, cerró los ojos y agachó la cabeza.

—Este mes todavía no me ha bajado.

—¿Puedo? —El doctor acercó la mano al vientre de Mariana y lo palpó por encima de la ropa. Tras unos cuantos segundos que a ella le parecieron eternos, dejó de tocarla y guardó el estetoscopio en su maletín de cuero negro. Se puso de pie y miró a Úrsula. Percibió la angustia en su semblante, y cuando intentó abrir la boca, ella no se lo permitió.

—Será mejor que hablemos afuera, doctor. Dejemos que Mariana descanse.

Silvera comprendió de inmediato cuál era la intención de la mujer. Le dijo a Mariana que lo mandase a buscar si volvía a sentirse mal y le aseguró que no había nada de qué preocuparse. Salió con Úrsula al pasillo y cerró la puerta.

—Los síntomas son evidentes, señora Pacheco.

Úrsula asintió. No quería creer que su peor pesadilla se estaba haciendo realidad. ¡Un hijo! ¡Nada más y nada menos que del salvaje de Ceferino!

—Lo sé, doctor, y debido a la condición de Mariana le suplico que no diga nada, al menos por el momento.

Silvera, acostumbrado a guardar más secretos de los que quisiera, no se inmutó al oír su petición. Comprendía perfectamente que el embarazo en una

muchacha como Mariana Larrea era una noticia difícil de digerir. No quería sacar conclusiones apresuradas, pero después de ser testigo de la manera solícita con la cual el indio la había atendido, dedujo que podría ser el padre de esa criatura que estaba esperando la joven.

—Cuente con mi discreción, señora —respondió, dejándola más tranquila.

—Gracias, doctor. —Lo acompañó hasta el rellano de la escalera y volvió a la habitación de Mariana. La encontró de pie junto a la ventana, espiando hacia el exterior—. No tendrías que haberte levantado.

La joven se dio media vuelta y la miró.

—¿Qué te dijo el doctor? ¿Por qué no hablaron delante de mí? —Estaba realmente asustada—. ¿Acaso… voy a morirme?

Úrsula se le acercó con una sonrisa en los labios. A pesar de la rabia que sentía hacia ella por haberse entregado al indio sin medir las posibles consecuencias de semejante insensatez, no ganaba nada maltratándola.

—¡Por supuesto que no vas a morirte, querida! —Le dio un abrazo para demostrarle que estaba de su lado y que no había necesidad de preocuparse—. Con un par de días de reposo y el tónico que te recetó el doctor Silvera te vas a recuperar muy pronto.

—¿Y la escuela? No puedo abandonar a Juan de Dios.

—¡Olvidate de ese mocoso, Mariana! —Sin proponérselo, había alzado la voz. Era inaudito que bastara cruzar unas pocas palabras con ella para que lograse sacarla de sus casillas. Respiró hondo mientras le acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja. Debía calmarse para que no sospechase la verdad—. Ya has hecho demasiado por él, mi niña. Tu salud está primero. Si te tranquiliza, dejaré que vuelvas a esa dichosa escuela cuando te hayas recuperado. ¿Contenta?

Mariana, incrédula, asintió. Dudaba seriamente que le permitiera hacerlo después de descubrir que Ceferino aprovechaba sus viajes al pueblo para verse con ella.

—Ahora deberías seguir las indicaciones del doctor y descansar. —La acompañó hasta la cama y se aseguró de arroparla bien. Le provocaba asco saber que en su vientre llevaba un hijo de ese salvaje. Lolita, quien había permanecido todo ese tiempo en su rincón, se acercó temerosa. Para sorpresa de Mariana, Úrsula la alzó en brazos y la acomodó a su lado para que velase su sueño—. Le pediré a uno de los peones que me alcance hasta la botica del pueblo; cuanto antes comiences a beber ese tónico, mejor. —Le dio un beso en la frente, corrió las cortinas para oscurecer la habitación y, antes de salir, le aseguró que no tardaría en volver.

Mariana abrazó a Lolita y cerró los ojos. Ese extraño malestar que la venía aquejando durante los últimos días ya había pasado. Esperaba que con el remedio que le había dado el doctor terminara de recuperarse. No podía dejar solo a Juan de Dios, mucho menos después de la reacción que había tenido esa mañana al salir de la escuela.

Acariciando el suave pelaje de su perra, se quedó profundamente dormida.

*

Almudena dejó escapar un sonoro suspiro de alivio cuando divisó la calle principal del pueblo a unos pocos metros de distancia. Pablo, quien dormía plácidamente a su lado, no la escuchó. El último pasajero los había abandonado unas cuantas leguas atrás y el viaje no tardó en convertirse en un verdadero tormento. Habían pernoctado en dos posadas, y en esta ocasión, gracias a Dios, no tuvieron que compartir la misma habitación. Hablaban lo justo y necesario, como si la breve estadía en Buenos Aires hubiese cambiado el rumbo de sus vidas para siempre. La primera vez se había marchado toda sonriente, ansiosa de empezar una nueva vida cerca del hombre que amaba; ahora, lo hacía con los ojos llenos de tristeza y con la seguridad de que él jamás sería suyo.

Almudena, devastada por la confesión que Pablo le había hecho a su cuñada el día antes de partir, se subió a esa volanta con el corazón roto y las ilusiones por el piso. Esa misma noche, cuando Coral la buscó para contarle lo que ella ya bien sabía, se echó a llorar sobre su hombro como una Magdalena. De nada sirvieron sus emotivas palabras de aliento ni sus oportunos consejos. El dolor que le atravesaba el alma era tan fuerte que creía que no iba a poder soportarlo. Coral, quien no se cansaba de repetirle que era a ella a quien Pablo realmente amaba, le suplicó que no perdiera las esperanzas todavía. Quería creerle; sin embargo, estaba segura de que se lo decía solamente para aliviar su tristeza.

Lo miró. Su rostro estaba cubierto con un sombrero y hacía rato que se había cruzado de brazos. Ignoraba si dormía o aparentaba hacerlo para no tener que hablar con ella. Cuando la volanta se detuvo, le rozó la mano para despertarlo.

—Pablo, ya llegamos.

Él ni siquiera se movió. Almudena ejerció un poco más de presión alrededor de su antebrazo y ese tibio contacto bastó para que Pablo reaccionara.

—¿Estamos en el pueblo? —preguntó, asomándose por la ventana. Prefería no mirarla. Tenía miedo de que descubriese que no había pegado un ojo durante toda la travesía y que cuando ella se distraía con el paisaje, aprovechaba para espiarla por debajo del sombrero.

—Sí, por fin hemos llegado.

Aunque lo dijo sonriendo, la respuesta de Almudena tenía un claro dejo de ironía. Sin dudas, era bueno estar de vuelta después de un viaje de cuatro días que se había convertido en un verdadero martirio para ambos; sin embargo, Pablo estaba seguro de que la convivencia entre ellos no sería fácil, mucho menos ahora que Almudena creía que continuaba amando a Coral mientras él apenas podía lidiar con lo que sentía.

Saltó fuera de la volanta y se dio media vuelta para ayudarla a bajar. Ella se acercó a la puerta, ofreciéndole su mano. Pablo la sujetó con firmeza, pero la soltó rápidamente ni bien sus pies alcanzaron el suelo. Ese contacto casi casual le confirmó a Almudena hasta qué punto habían cambiado las cosas entre ellos. Él ni siquiera la había mirado. Intentó aparentar que su indiferencia no le afectaba y, aunque por dentro se estuviese derrumbando, puso una sonrisa en su rostro.

Después de bajar el equipaje y de darle indicaciones al cochero de cómo llegar a la pulpería del correntino para que comiese algo caliente antes de emprender el largo viaje de regreso, Pablo decidió acercarse hasta el almacén para pedirle a Fortunato que los llevase hasta la estancia. A pesar del frío, Almudena no lo acompañó y se quedó en la plaza, esperándolo. Volvió un par de minutos más tarde, acompañado por el servicial empleado de los Balbuena. Le dio las buenas tardes y no le sorprendió cuando Pablo sugirió que la ayudase a subirse a la carreta mientras él cargaba las valijas en la parte de atrás. Ella le guardó un lugar en el pescante en el que, si bien no era amplio, cabían los tres perfectamente. Pablo argumentó que irían más cómodos sin él y se sentó junto al equipaje.

Almudena, molesta por su actitud, le dio la espalda. Durante el camino no se volteó ni una vez a verlo. Fortunato la entretuvo con su charla y el tiempo se le pasó volando.

Cuando la vieja carreta cruzó la tranquera de La Querencia, un grupo de perros, entre los que se destacaban el Toño y el Negrito, salió a darles la bienvenida. Los estridentes ladridos y el enérgico movimiento de sus colas se mezclaban con el silbido agudo de algunos de los peones que se encontraban cerca, trabajando en una acequia.

La comitiva perruna los escoltó hasta el casco de la estancia en donde ya había gente esperándolos. Las criadas, con sus delantales blancos, se asomaban por la puerta de la cocina mientras el capataz se aproximaba

presuroso a la carreta para encargarse del equipaje. Cuando Ceferino intentó acercarse para ayudar a Almudena, Diego lo detuvo.

—Deje, yo me ocupo. —Tardó apenas un par de segundos en plantarse delante de ella con el brazo extendido y una gran sonrisa en los labios.

Almudena también le sonrió. Lo notó distinto. Tenía el cabello húmedo y unos cuantos rizos le caían sobre la frente. Una barba incipiente le otorgaba un atractivo especial, haciéndolo lucir más maduro. Le ofreció la mano y, al bajarse de la carreta, Diego aprovechó para abrazarla.

—Te eché mucho de menos —le susurró al oído mientras miraba de reojo al gitano. Era bueno tenerla de regreso. Después de tantos días consumiéndose en la rabia de saberla a su lado, volvía a sentir que recuperaba el control de la situación.

Abrumada por estar entre los brazos de otro hombre, Almudena se echó un poco hacia atrás.

—Yo también te extrañé —mintió. Trató de que la soltara, pero era evidente que Diego no tenía la misma intención. Cuando quiso ponerle fin a ese abrazo que la incomodaba tanto, aludiendo que estaba agotada y necesitaba un baño con urgencia, él hizo algo inesperado. Tomó el rostro de Almudena entre sus manos y la besó. Allí, en medio del patio, delante de Pablo y de los demás. Ella no tuvo ninguna reacción. Apenas la boca de Diego se posó en la suya, su cuerpo se inmovilizó.

—No me pude resistir. —Fue la excusa que esgrimió por haberse tomado semejante atrevimiento—. Me perdonas, ¿verdad?

En ese momento, mientras Diego esperaba una respuesta, Almudena vio por el rabillo del ojo que Pablo atravesaba la galería y se metía en la casa dando un portazo.

—No te preocupes, Diego. Supongo que fue solo un impulso —dijo, esbozando una sonrisa. Su beso no le había provocado ninguna sensación agradable, pero sí le sirvió para darse cuenta de que la indiferencia de Pablo

era fingida. Ella le importaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Quizá no estaba todo perdido todavía; si sabía ser paciente, tal vez era posible derribar ese muro que Pablo había construido a su alrededor y que los separaba cada vez más. Quería ser optimista; sin embargo, esa pequeña llama de esperanza que acababa de resurgir en su pecho se extinguió rápidamente al recordar que Pablo seguía enamorado de Coral.

—Almudena, ¿pasa algo?

—Nada, Diego, solo estoy cansada del viaje. —Soltó un resuello y se masajeó la nunca por debajo del rebozo. Le dolía todo el cuerpo y lo único que ansiaba era echarse en su cama y dormir hasta el día siguiente. Por eso, cuando Diego le preguntó si la vería a la hora de la cena, no le prometió nada. Había perdido el apetito y no tenía ánimos de rodearse de gente esa noche. Dejó que la acompañase hasta la casa, y al llegar al vestíbulo, él enfiló hacia el despacho y ella subió con desgano las escaleras. En la habitación se encontró con Amparito, quien de inmediato se puso a su disposición. Cuando la muchacha intentó entablar una conversación con ella, Almudena se lo impidió, asegurándole que ya hablarían en otro momento. Blanca apareció con el agua caliente y mientras Amparito vertía un frasco de sales perfumadas en la tina, ella comenzó a quitarse la ropa. Esta vez no iba a necesitar de su ayuda y le dijo que podía retirarse. Antes de que se fuera, le pidió que le subiera un té de manzanilla porque no planeaba reunirse con los demás en el comedor. Amparito insistió tanto en traerle un suculento caldo de verduras, que terminó convenciéndola. Se metió en el agua y el alivio a tanta tensión fue casi inmediato. Los músculos de su cuerpo, agarrotados por el frío y por la falta de movimiento, comenzaron a aflojarse. Cerró los ojos y respiró profundo. Vencida por el cansancio, se quedó dormida. Menos de una hora más tarde se despertó agitada por causa de un mal sueño. Aunque no recordaba todos los detalles, un rostro se destacaba entre tantas imágenes borrosas… el rostro de Pablo.

No era la primera vez que él se metía en sus sueños; sin embargo, nunca antes había sentido esa angustia oprimiéndole el pecho.

*

Al día siguiente, apenas se enteró de su regreso, don Álvaro Balbuena se presentó en La Querencia para hablar con Medrano. Cuando una de las criadas le anunció que el patrón estaba muy ocupado poniéndose al día con los asuntos del campo y no podría atenderlo, insistió en quedarse y esperar el tiempo que fuera necesario. Quería zanjar de una buena vez esa cuestión y no pensaba posponerla más. Las horas pasaban y Medrano seguía encerrado en su despacho, evitándolo. Se bebió dos cafés y le estaban por ofrecer el tercero cuando doña Úrsula, sabiendo de su presencia en la casa, apareció en el salón para hacerle compañía.

—Medrano está jugando con fuego —dijo, apenas se quedaron solos.

—Tendrá que aceptar el trato que le ofrece, don Álvaro. No tiene otra salida.

Balbuena no estaba tan convencido de que lo hiciera; después de todo, él sabía la mitad de la historia, apenas unos retazos que habían servido para asustarlo y nada más.

Amparito irrumpió en el salón y se sorprendió de ver al *cuervo* conversando con Balbuena como si ya se conocieran.

—Don Álvaro, el patrón dice que puede pasar —le avisó sin siquiera mirarlo a los ojos. Su sola presencia le provocaba escalofríos.

—Gracias, muchacha. Aprovecho que te veo para enviarle mis saludos a tu madre. —Balbuena esperó a que Úrsula se pusiera de pie y luego abandonó el sillón en donde había estado sentado las últimas dos horas—. Supe que tu hermano tuvo que volver a la milicia de repente. Una pena que no haya podido despedirse de nosotros, sobre todo de Consuelo que quedó devastada con su

partida.

Amparito se vio forzada a mirarlo. Tenía un gesto perverso en su rostro, como si disfrutara burlándose de ella de esa manera. Él sabía mejor que nadie lo que le había sucedido a Ramiro y, por lo tanto, sabía también que su familia le estaba mintiendo a todo el pueblo sobre su paradero. ¿Hasta cuándo podrían sostener la farsa? Su hermano debía marcharse de Cruz del Eje lo antes posible.

—Le daré sus saludos a mi madre, don Álvaro. Con permiso. —Se dio media vuelta y salió del salón como alma que se lleva el diablo.

—¿Qué le pasa a esa muchacha? Nunca la había visto tan nerviosa.

Balbuena no dijo nada. Él conocía de sobra la razón de su nerviosismo. Ya arreglaría cuentas con el *Chúcaro* apenas lo viese. No le gustaban los encargos a medias. Él le había dado una orden y era evidente que no la había cumplido porque el cuerpo de Flores nunca apareció. El maldito seguía vivo, seguramente estaba escondido detrás de las faldas de su madre, como la rata cobarde que era. Ya se encargaría de darle un escarmiento definitivo; ahora tenía otro asunto importante que tratar. Se despidió de Úrsula y entró al despacho sin llamar.

—Buenos días, Medrano. —Se plantó delante del escritorio y declinó su invitación a sentarse. Podía parecer absurdo, pero quedarse de pie le brindaba cierta sensación de poder—. Vine a verlo porque teníamos una conversación pendiente.

Pablo guardó unos papeles en una carpeta de cuero y recién entonces lo miró.

—No voy a ceder a su chantaje, Balbuena —respondió categóricamente—. Haga lo que quiera con la información que tiene. Si está escrito en mi destino que debo pagar por lo que hice, que así sea.

—Pero…

—Si no tiene nada más que decirme, le agradezco que se marche porque

estoy muy ocupado. —Abrió uno de los cajones del escritorio y sacó unos documentos que requerían su firma. Cuando los segundos transcurrieron y se dio cuenta de que no se había movido de su sitio, añadió—: Ya conoce la salida, Balbuena.

El candidato a primer presidente municipal de Cruz del Eje echaba fuego por los ojos. ¿Qué se creía ese maldito idiota al hablarle así? ¿Acaso desconocía con quién se estaba metiendo?

—¡No puede arriesgarse a que cuente lo que sé, Medrano! —gruñó, apoyando los brazos sobre el escritorio—. ¡Terminará en la cárcel o peor aún, lo enviarán a la horca por lo que hizo!

—No me está diciendo nada que ya no sepa, Balbuena —respondió Pablo aparentando una calma que no tenía. Se estaba jugando la vida, pero jamás pondría en manos de ese hombre las tierras de don Casimiro para que se las vendiera al ferrocarril. No iba a deshacerse de su patrimonio para salvarse el pellejo, no después de todo lo que el viejo había hecho por él—. Ignoro cómo llegó a enterarse de lo que pasó hace tres años en Buenos Aires; supongo que un hombre de sus *recursos* puede conseguir lo que se proponga, pero no le va a servir de nada. Prefiero perderlo todo antes que traicionar la memoria de un hombre que me abrió las puertas de su casa cuando más lo necesitaba.

Don Álvaro Balbuena no estaba acostumbrado a que lo desafiaran, mucho menos a que lo humillasen con tanta impunidad.

—Esto no se va a quedar así, Medrano —le advirtió en voz baja mientras le apuntaba con el dedo a escasos centímetros de su rostro.

Pablo no se amilanó.

—Ya le dije, Balbuena, haga lo que quiera con la información que posee, pero de mí no va a obtener absolutamente nada.

Balbuena golpeó el escritorio con el puño cerrado y le lanzó una mirada llena de odio.

—Me las va a pagar, Medrano. Le juro que terminará arrepintiéndose de no

haber aceptado mi propuesta. —Se dio media vuelta y abandonó furioso el despacho, azotando la puerta al salir.

En el pasillo, ávida de saber cómo le había ido, Úrsula lo estaba esperando.

—¡Ese maldito de Medrano se atrevió a decirme que no! —bramó, descargando toda su rabia con una patada en el suelo—. ¡No sabe que acaba de cavar su propia tumba!

—¿Qué ganaría con eso? —No podía permitir que el plan de casar a Pablo Medrano con Mariana se truncase por culpa del imbécil de Balbuena. No ahora que se le venía la tempestad encima—. Insista con sus amenazas, don Álvaro. Tarde o temprano, terminará cediendo.

Él negó con la cabeza.

—El tiempo corre en mi contra, Úrsula. El ferrocarril quiere apoderarse de esas tierras cuanto antes; si no las consigue, las buscarán en otro lado y entonces perderé la oportunidad de cerrar el trato con ellos. Hay mucho dinero en juego.

—Pero deshaciéndose de Medrano no solucionará nada. —En ese instante pensó en Diego Guzmán, su otro aliado. Quizá él tuviese la clave para destruir a su dichoso hermano sin necesidad de matarlo, pero mientras tanto, y aprovechándose del odio que Balbuena sentía por el protegido de don Casimiro Larrea, lo usaría a su favor para quitar a la estúpida maestra del medio—. Si no puede esperar, presiónelo por otro lado.

—¿De qué habla?

—De pegarle adonde más le duele. Hablo de la maestra. Medrano está loco por ella. Estoy seguro de que, si tiene un accidente, lo pensará dos veces antes de volver a rechazar su propuesta.

Balbuena sonrió. Era una buena estrategia. Lamentaba que no se le hubiese ocurrido a él.

—Almudena pasa muchas horas en el pueblo, encerrada en la escuela —comentó con malicia—. Podría sufrir algún percance mientras está dando sus

clases. Me refiero a algo definitivo. Usted sabe mejor que nadie lo que debe hacer, don Álvaro.

Él asintió. ¡Claro que lo sabía! El breve intercambio de ideas con Úrsula le había cambiado el humor. Abandonó la estancia cerca del mediodía, con un nuevo y siniestro plan gestándose en su cabeza. Ya en el pueblo, la berlina se desvió del camino principal y rumbeó para la pulpería. Ahora más que nunca necesitaba hablar con el *Chúcaro*.

*

El empleado del Hotel de la Paz cuadró los hombros cuando la nueva huésped, recién llegada de la madre patria, atravesó el hall de entrada con ese garbo que la caracterizaba y que atraía todas las miradas masculinas. No sabía con exactitud si era su abundante melena de rizos oscuros o esos ojos grandes de pestañas largas que lo encandilaba cada vez que le dedicaba una mirada, pero no pudo evitar dejar escapar un suspiro apenas la vio. Puso su mejor sonrisa cuando descubrió que se acercaba al mostrador de recepción.

—Buenas tardes, señorita. ¿En qué puedo servirle? —El conserje, quien llevaba más de cinco años trabajando en el hotel, era siempre amable con todos los huéspedes. Sin embargo, cada vez que tenía la oportunidad de cruzar una palabra con ella, se derretía en atenciones.

La joven sonrió mientras sacaba un recorte de diario de su bolso.

—Sé que esta ciudad es muy grande y no será fácil complacer mi pedido, pero espero que pueda ayudarme. —Dejó el trozo de papel encima del mostrador. Era la sección de sociales de uno de los periódicos de mayor tirada del país. Estaba cuidadosamente doblado y se podía ver una fotografía algo borrosa de un bautismo celebrado días atrás en la Iglesia de Santo Domingo—. Necesito encontrar a esta mujer. —Puso su dedo en el rostro de una muchacha más o menos de su misma edad que sostenía a la niña recién

bautizada.

El conserje leyó el epígrafe que acompañaba a la imagen y esbozó una sonrisa.

—No será tan difícil como piensa, señorita. Se trata de los Izaguirre. —Vio que se le iluminaba el rostro al mencionar ese apellido—. No solo es una de las familias más prestigiosas de Buenos Aires; son dueños de la hiladora que hace años abastece al hotel con la ropa blanca y los cortinados. No tengo la dirección de su casa, solo sé que viven en el barrio de Barracas. Pero puede acercarse hasta la hiladora que funciona a unas pocas cuadras de acá, en la calle Defensa.

La española volvió a guardar el recorte en su bolso y le tocó suavemente la mano.

—Muchas gracias…

—Nicolás, me llamo Nicolás.

—Le agradezco mucho su ayuda, Nicolás. ¡No sabe el gran favor que acaba de hacerme! —Lo soltó cuando se dio cuenta de que lo había apabullado con su repentina efusividad. Se atusó el cabello y, por un instante, se quedó observando el movimiento de la ciudad a través de los grandes ventanales del hotel. En vez de regresar a su habitación, volvió a salir a la calle.

No había tiempo que perder. Ella estaba allí, al otro del mundo, para cumplir con la misión que el destino le había marcado.

LA VOZ DEL DOLOR

Almudena retomó sus clases un par de días después de su regreso al pueblo. Aunque la maestra que la había reemplazado podía seguir ocupando su cargo una semana más, ella prefirió volver a escuela lo antes posible. Necesitaba alejarse de la estancia al menos unas cuantas horas diarias para no sucumbir a la tristeza, encerrada en su habitación con su pañuelo en una mano y el relicario que le había obsequiado Pablo en la otra. Compartían el mismo techo y apenas se veían. Él se levantaba temprano, desayunaba en la cocina y se iba al campo. A veces ni siquiera aparecía para la hora del almuerzo, y cuando coincidían en la cena, cruzaban muy pocas palabras. Las largas ausencias de Pablo la habían orillado a buscar la compañía de Diego, quien todavía aguardaba una respuesta que ella no podía darle. Incluso su amistad con Mariana, quien salía poco y nada de la casa por causa de una extraña debilidad que la aquejaba, se había resentido en el último tiempo. Por indicaciones del doctor Silvera ya no iba a la escuela, y el que más sufría por ello era el pequeño Juan de Dios. Gracias a su infinita paciencia y a la simpatía de Camila habían logrado evitar que abandonara las clases cuando le dijeron que Mariana ya no podía acompañarlo.

Hacía apenas unos cuantos minutos que la clase había terminado y se encontraba borrando la pizarra mientras Juan de Dios y Camila andaban correteando por el patio trasero, esperando que viniesen a buscarlos. Aunque Mariana ya no los acompañaba, solía ser Ceferino el encargado de llevarlos de regreso a la estancia. Él también estaba distinto y la causa de ese cambio,

sin dudas, era la sobrina de Larrea. Se aproximó al escritorio y lo ordenó por enésima vez. Sonrió al oír que Camila incitaba a Juan de Dios para dar otra vuelta más alrededor del aljibe. El invierno estaba siendo bastante crudo ese año, con temperaturas más bajas de lo normal y era casi un milagro contar con el cupo completo de niños cada mañana ya que, los que vivían más lejos se quedaban en sus casas para evitar enfermarse. Por las tardes, con los adultos, la situación no era tan distinta y muchos de ellos faltaban a la escuela por temor a caer en cama y poner en riesgo su trabajo. Aun así, ella ponía el mismo empeño en la enseñanza, sin importar el número de su alumnado.

Volvió a constatar la hora. Era extraño que Ceferino todavía no hubiese llegado. Hacía varios días que no llovía y los caminos de acceso al pueblo estaban en buenas condiciones. Estaba preguntándose a qué podría deberse su retraso cuando escuchó el relincho de un caballo. Creyendo que se trataba de él, se puso de pie y guardó los libros en su bolso. Cuando se dirigía al patio para llamar a los niños, la puerta de entrada se abrió de golpe y un hombre con el rostro cubierto irrumpió en la escuela con brutalidad. Derribó uno de los pupitres a las patadas y la observó por encima del pañuelo que ocultaba su identidad.

Almudena corrió con la intención de refugiarse detrás del escritorio y así evitar que el intruso descubriese que no estaba sola. Aunque el miedo le atenazaba el estómago, su única preocupación en ese momento era poner a salvo a los niños.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted? ¡Si lo que busca es dinero, ha venido al sitio equivocado! —No quería gritar pero, en medio de la desesperación, lo había hecho. Miró de reojo hacia la puerta que daba al patio. No había señales de Juan de Dios ni de Camila, pero en cualquier momento podían aparecer.

El *Chúcaro* no dijo nada. Acabó con la distancia que lo separaba de su objetivo en apenas un par de sonoras zancadas y extendió el brazo hacia la maestra. Era más bonita de lo que le habían dicho, pero él no debía distraerse.

Balbuena le había prometido una muy buena cantidad por su trabajo; esa era razón suficiente para cumplir con su encargo y luego marcharse como si nada hubiese sucedido.

Cuando Almudena trató de escapar, la empujó contra el pizarrón. Ella cayó al suelo y tomó el borrador con la intención de defenderse, pero el *Chúcaro* se lo arrebató de un manotazo. Se arrastró nuevamente hasta el escritorio y, como pudo, logró levantarse. Miró a su agresor directamente a los ojos. Podía llevar el rostro tapado, pero ella jamás olvidaría esa mirada. Era fría y penetrante, carente de cualquier vestigio de humanidad. Ese hombre, fuese quien fuese, parecía el mismísimo demonio. Su segundo intento de escapar no fue tan afortunado. Apenas adivinó cuál era su propósito, el *Chúcaro* se abalanzó sobre ella y le propinó una bofetada. Almudena se volteó y le devolvió el golpe. Su temeraria reacción provocó que su atacante montase en cólera.

—¡Maldita zorra! —Alzó el brazo con el puño cerrado y le atestó un fuerte golpe en la mandíbula.

Antes de precipitarse al suelo, la cabeza de Almudena impactó contra el borde del escritorio. Quedó tendida junto a la silla mientras la sangre se escapaba de su cuerpo.

El *Chúcaro* esperó un momento. Temía que se le hubiese pasado la mano, pero la maldita muchacha se había atrevido a cachetearlo. Se tocó el rostro. Todavía le dolía. Las órdenes de Balbuena habían sido claras. La primera parte ya estaba hecha, ahora solo restaba terminar con lo que había empezado. Sacó una petaca de aguardiente que llevaba escondida en la ropa y empapó las cortinas. Se apoderó del farol que Almudena usaba para iluminar el aula durante las primeras horas de la mañana, cuando todavía estaba oscuro, y lo encendió. Lo arrojó hacia una de las ventanas y la cortina empezó a arder. El fuego no tardaría en extenderse. Esperaba que alguien llegase para rescatar a la maestra antes de que las llamas la alcanzaran. Él tenía demasiadas muertes en su espalda como para que le importase cargar con una más. Le echó un

último vistazo para asegurarse de que seguía inconsciente y se marchó con la satisfacción de otro trabajo bien hecho.

Con una rapidez devastadora, las ávidas lenguas de fuego comenzaron a devorar todo lo que encontraban a su paso, acercándose peligrosamente a Almudena, que aún no conseguía recuperarse del golpe en la cabeza.

El olor a humo atrajo la atención de los niños que corrieron al aula para ver lo que pasaba. Al abrir la puerta, la entrada de aire provocó que el incendio ganara fuerza y velocidad. Juan de Dios fue el primero en ver a la maestra en el suelo. Sin importarle el peligro, se acercó a ella para rescatarla de una muerte segura. No se dio cuenta de que Camila, aterrada por la situación, se había quedado acurrucada junto al armario.

Juan de Dios sacudió a Almudena por el hombro. Ella no reaccionaba. Cuando vio la sangre que manaba detrás de su oreja, pensó lo peor. Estaba viva y necesitaba sacarla de allí cuanto antes. La tomó de los brazos con la intención de comenzar a arrastrarla hacia el patio, pero era demasiado peso para un niño de su tamaño. Tenía que despertarla a como diera lugar. Le dio unas cuantas palmadas en la mejilla. Fue inútil. Volvió a sacudirla, esta vez con más vehemencia; tampoco funcionó. Solo le quedaba una cosa por hacer: Juan de Dios abrió la boca y trató de decir su nombre. Le dolía la garganta y le ardían los ojos por causa del humo, aun así, lo siguió intentando hasta que esa voz que había perdido en otro incendio, en otro lugar, resurgió de su interior con una fuerza sobrehumana.

—¡Al… Almudena! ¡Almudena! —le gritó, mientras el llanto bañaba su rostro. Continuó llamándola mientras el fuego seguía creciendo a su alrededor.

Almudena escuchó que alguien pronunciaba su nombre, pero el incesante martilleo que golpeaba en su cabeza le impedía abrir los ojos. Sentía que unas manos tironeaban de ella y de repente empezó a quedarse sin aire.

—¡Vamos, debemos salir!

Esa voz. Era la de un niño; sin embargo, no la reconocía.

—¡Almudena, despierte!

Abrió los ojos muy despacio y solo distinguió una imagen borrosa que se movía junto a ella. Lentamente, a medida que iba recobrando el sentido, descubrió que se trataba de Juan de Dios. Con su ayuda, logró incorporarse. El humo se había vuelto más espeso y apenas podían respirar. Se cubrió la boca con una mano mientras se afirmaba en el cuerpo de su ángel salvador para levantarse. El calor se había vuelto sofocante y el suelo de madera estaba tan caliente que el calor traspasaba el cuero de sus zapatos, quemándoles los pies. A duras penas, Juan de Dios logró sacar a Almudena al patio. La llevó hasta el aljibe para que bebiera un poco de agua y regresó al aula para buscar a Camila.

Cuando entró, la vio escondida junto al armario en donde la maestra guardaba los libros de texto. Tenía la cabeza metida entre las piernas y lloraba. Por un instante, el doloroso recuerdo de esa noche en la cual el fuego había arrasado con la toldería, lo paralizó. En apenas unos pocos segundos la viga principal cedió ante el avance del fuego y cayó estrepitosamente al suelo, interponiéndose entre ambos.

—¡Camila, vení! —le pidió, viendo desesperado cómo las llamas iban ganando terreno a su alrededor.

La niña levantó la cabeza y lo miró. Estaba tan sorprendida de escuchar su voz que, a pesar del miedo, su llanto se transformó en alegría.

—¡Juan de Dios, estás hablando!

—¡Tenemos que salir, Camila! ¡Vení, por favor!

Camila se levantó y extendió sus brazos hacia él. No alcanzó a dar el primer paso cuando otra de las estructuras de madera que sostenían el techo se vino abajo y la dejó atrapada entre el armario y la pared.

—¡No! —el ensordecedor grito que brotó de la garganta de Juan de Dios fue lo último que oyó la pequeña Camila antes de que las llamas la alcanzaran.

Juan de Dios cayó de rodillas en el suelo. Ni siquiera sentía el calor

quemándole la piel. Se negaba a irse. No podía dejarla sola. Aunque ya no había nada que hacer por ella, necesitaba quedarse a su lado.

Reaccionó recién cuando alguien le apretó el brazo.

—Juan de Dios, tenés que salir —le pidió Almudena, negándose a ver más allá de las vigas de madera en donde el cuerpecito de Camila se consumía por las llamas.

Él la miró. El dolor se reflejaba en sus ojos claros. No había podido salvarla y cargaría con esa culpa por el resto de su vida.

Salieron al patio abrazados, sumidos en una infinita tristeza. En la vereda se había aglomerado un grupo de vecinos que, consternados, observaban cómo la escuela recientemente inaugurada, ardía hasta los cimientos. Cuando vieron aparecer a Almudena y a uno de sus alumnos, de inmediato se ofrecieron a trasladarlos hasta la casa del doctor Silvera para que los atendieran. Algunos vecinos, formando una cadena humana de baldes con agua que se iban pasando de mano en mano, lograron sofocar el incendio.

Mientras Almudena y Juan de Dios se alejaban del lugar de la tragedia a bordo de una carreta, una mujer corría hacia la escuela gritando desesperada el nombre de su hija.

*

Coral se encontraba amamantando a la pequeña Sara cuando Inés entró en la habitación, corriendo detrás de Leandro.

—¡Leandrito, vamos que es la hora de tu baño! Doña Ana está por llegar y no querrás tomar la merienda con esas manos sucias —le dijo viendo cómo el niño se escudaba detrás de su madre—. Julián prometió que traería esos dulces que tanto te gustan…

Leandro se asomó por detrás de la silla mecedora y la miró.

—Hijo, hazle caso a Inesita. —Coral le acarició la mejilla. Estaba más

rebelde desde el nacimiento de su hermana y una de las pocas cosas que lo ponían contento eran las visitas del pequeño Julián. Tenían la misma edad y se habían vuelto inseparables.

—Vamos, Leandro. —Inés, con esa paciencia infinita que la caracterizaba y el inmenso cariño que sentía por el nieto de su querida Rosa María, extendió los brazos hacia él y esbozó una sonrisa—. Le pondremos mucho jabón al agua para que la tina se llene de espuma —agregó, sabiendo que así lo convencería.

—¿Puedo llevar mi soldadito de plomo? —Ya no tenía el gesto ceñudo. Cuando Inés le dijo que sí, sus hermosos ojos, tan llamativos como los de su madre, brillaron de alegría. Siempre se resistía, pero al final, terminaba obedeciendo. Sin dudas, era su manera de llamar la atención de todos ahora que se sentía desplazado por la llegada de su hermanita.

Coral le quitó el flequillo de la frente y le dio un beso.

—Eres un sol, cariño. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho, mamá. —Se estiró para poder abrazarla y, antes de alejarse, le acarició la cabeza a su hermana. Salió de la habitación prendido a las faldas de su nana Inés, mientras le recitaba una adivinanza que acababa de aprender.

Coral sonrió complacida. Cuando Sarita terminó de alimentarse, la acostó en la cuna con cuidado y la cubrió con una manta. Permaneció un momento a su lado, velando su sueño, hasta que sintió que alguien entraba en la habitación con sumo sigilo.

—Misia Coral, tiene visitas —le susurró Eudocia para no despertar a la niña.

—Ahora bajo. —Ni siquiera le preguntó de quién se trataba. Supuso que podría ser doña Ana, que había llegado más temprano, aunque era extraño que la negra no le hubiese mencionado su nombre. Se prendió los botones del vestido y salió, dejando la puerta entreabierta para poder escuchar si Sarita lloraba—. No me has dicho quién ha venido a verme, Eudocia —comentó

mientras bajaban las escaleras.

—Es una mujer joven que insistió mucho en verla, patrona —respondió, dejando entrever que la dichosa mujer le había generado desconfianza—. Dice que cruzó todo un océano para encontrarla y que no se irá de Buenos Aires hasta no hablar con su merced.

La curiosidad obligó a Coral a apurar el tranco. Alguien había venido a buscarla desde su querida España. Por más que se devanaba los sesos, no imaginaba quién podría ser. Cuando entró al salón y vio a una mujer de espaldas con el cabello negro, pensó en Beatriz Moncada. Esa mujer de escasos escrúpulos que había intentado enredar a Gabriel endosándole un hijo que no era suyo y que se había ido a vivir a España con Jaime Sequeira, uno de sus mejores amigos y el hombre al que había utilizado para quedar embarazada. No podía ser ella…

Menuda sorpresa se llevó cuando la misteriosa visitante se dio vuelta y la saludó.

—Buenas tardes, Coral. ¿Cómo has estado?

¡Aitana Heredia! La gitana que le había hecho la vida imposible durante sus años en el circo de Marchena se encontraba allí, en el salón de su casa, mirándola a los ojos mientras le sonreía. El estupor no la dejó hablar. Tuvo que sentarse para poder recuperarse de la impresión.

Aitana, quien entendía su reacción mejor que nadie, se le acercó y, sin esperar a que la invitase a hacerlo, se sentó a su lado.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos y reconozco que no me porté muy bien contigo ese día. —Le bastó ver cómo la miraba para comprobar que la inquietaba sobremanera su repentina aparición—. La verdad es que nunca nos hemos llevado bien, Coral.

—Aitana, ¿qué haces aquí? —Ahora que ya había pasado el impacto de volver a verla cuando creyó que jamás sus destinos se cruzarían nuevamente, se dio cuenta de que ya no vestía como una gitana. Estaba segura de que si se

la hubiese cruzado en la calle no la reconocería. Tenía un elegante vestido verde, de cuello alto, que estilizaba su figura, y un sombrero con una llamativa pluma negra que le caía a un costado del rostro—. ¿Cómo me has encontrado?

—Fue más sencillo de lo que pensaba. —Se llevó una mano al cuello y apretó el camafeo que llevaba de adorno. Coral tuvo la sensación de que trataba de taparse—. Leí sobre el bautizo de tu hija en el diario un par de días después de llegar a Buenos Aires. Uno de los conserjes del hotel en donde me hospedé apenas bajé del barco me dijo que ellos trabajaban con la hiladora de tu esposo. Me indicó cómo llegar, y allí, haciéndome pasar por una prima lejana que venía a visitarte, me dieron la dirección de tu casa.

—Sigo sin comprender por qué has venido a buscarme, Aitana. Nunca fuimos amigas; todo el tiempo estabas a la defensiva conmigo, siempre dispuesta a sacar las uñas cuando menos me lo esperaba. Desde que éramos niñas solo recibí desprecio de tu parte.

—Lo sé, Coral, y aunque no me creas, una de las razones que me orilló a dejar España es pedirte perdón por todo el daño que te causé en el pasado. —Acompañó sus palabras con una sonrisa para convencerla de su sinceridad—. Ese amor enfermizo que sentía por Pablo impidió que me diera cuenta de que tú no tenías la culpa de nada. La vida al lado de un hombre como Marchena fue muy dura; me convirtió en un ser egoísta y ambicioso que no se medía ante nada para conseguir lo que quería. Cuando don Cándido murió, pensé que por fin mi sacrificio valdría la pena, que me quedaría con su dinero y tendría esa vida de lujos que siempre deseé. Pero el destino me tendió una trampa, haciéndome confiar en la persona equivocada. —Se quitó el camafeo y deslizó el escote del vestido hacia abajo.

Coral comprendió entonces por qué ese empeño en cubrirse el cuello. Tenía un horrible surco de color amarronado justo debajo de las orejas.

—Esto me lo hizo un hombre para impedir que yo contase lo que sabía. —Le temblaba la voz—. Me estranguló hasta que perdí el conocimiento y se

marchó del circo con el dinero de su tío, don Cándido.

—¿Marchena tenía un sobrino?

Aitana asintió.

—Apareció poco después de que tú y tu padre os fuisteis del circo. Dijo que se había quedado solo, y el viejo, afectado por lo que le sucedió a Román, lo recibió con los brazos abiertos. Aunque nunca mostró ningún entusiasmo en la administración del circo, rápidamente se convirtió en su mano derecha. Cuando Marchena murió nos dejó a todos en la estacada. Huyó una noche después de creer que me había matado. —Volvió a cubrirse la cicatriz y dejó el camafeo sobre su regazo—. Había decidido abandonarme para largarse de España y cumplir con la promesa que le hizo a su tío en su lecho de muerte. No podía permitir que interfiriera en sus planes, mucho menos, que revelara lo que sabía; por eso intentó quitarme del medio. Esa noche, después de que se marchó del campamento, Pastora me encontró moribunda y cuidó de mí como nunca nadie antes lo había hecho. Estuve presa de un sueño profundo durante varias semanas, pero ella, con sus hierbas y conjuros, me devolvió a la vida.

Coral guardaba muy buenos recuerdos de Pastora, la vieja hierbera de la cual había aprendido tanto.

—Cuando desperté, supe que mis hermanos habían tomado las riendas del circo, y aunque no era sencillo después de haber estado en manos de los Marchena por tanto tiempo, salimos adelante. Por supuesto, le cambiamos el nombre. Ahora se llama Circo de los Hermanos Heredia. —Esbozó una sonrisa que demostraba lo orgullosa que estaba de ellos—. Haber estado tan cerca de la muerte por culpa de un hombre en el cual nunca debí confiar me hizo comprender lo equivocada que siempre había vivido. Por eso me subí a ese barco, Coral. Necesitaba enmendar todos los errores de mi pasado para poder empezar de nuevo. Tu perdón es muy importante para mí; sin embargo, hay un motivo más poderoso que me trajo hasta aquí. Debo buscar a Pablo y advertirle del gran peligro que corre.

—¿De qué peligro hablas, Aitana? —preguntó Coral, consternada por el relato de la gitana.

—Don Cándido juró que algún día vengaría la muerte de Román. Cuando se dio cuenta de que estaba muriendo, delegó su plan de venganza a su sobrino. Se llama Diego Guzmán y cruzó el océano para cumplir con la última voluntad de Marchena.

El corazón de Coral dejó de latir durante un instante al oír ese nombre.

—No puede ser… —Atinó a ponerse de pie, pero le temblaban tanto las piernas que se quedó sentada—. ¡Diego Guzmán! ¡Ese hombre llegó al pueblo donde vive Pablo diciendo que es su medio hermano! ¡No solo se ganó su confianza, también pretende casarse con mi cuñada Almudena!

—Ese era el plan que trazó junto a su tío para acercarse a él sin levantar sospechas. Se valió de la buena fe de doña Luisa, la tía abuela de Pablo, para dar con su paradero. Lo primero que hice apenas me recuperé fue ir hasta su casa para pedirle su dirección. La pobre anciana había fallecido unas semanas antes. La mujer que vivía con ella conservó algunas de sus pertenencias, pero cuando la propiedad fue ocupada por un matrimonio de pastores, las cartas que Pablo le escribía se perdieron en medio de la mudanza. Entonces supe que la única salida era venir a buscarlo antes de que fuese demasiado tarde. Tu cuñada también corre peligro, Coral. No dudo que Diego se haya acercado a ella con la única intención de dañar a Pablo.

—¡Tenemos que impedirlo, Aitana! ¡Almudena estaba dispuesta a aceptar a ese hombre porque cree que Pablo no la quiere! —gritó, exaltada—. ¡No puede caer en las redes de un asesino!

En ese momento la puerta del salón se abrió de golpe y apareció Gabriel con el rostro desencajado.

—¿De qué estás hablando, Coral? —Miró fugazmente a la mujer que estaba con ella. La había visto una sola vez en su vida; sin embargo, la reconoció de inmediato—. ¿Qué hace usted en nuestra casa? —No tenía buenos recuerdos

de la gitana. Coral le había contado todo el mal que le había ocasionado en el pasado por estar enamorada del Payo.

—Buenas tardes, señor Izaguirre. —Le tendió la mano para saludarlo, pero él no retribuyó a su saludo, solo le dedicó una mirada cargada de desconfianza.

—¡Gabriel, no es momento para viejos rencores! —intervino Coral hecha un manojo de nervios. Se puso de pie y buscó el calor de sus brazos—. Aitana ha venido a verme porque quiere impedir una tragedia. Se trata de Pablo. Diego Guzmán, el hombre que apareció en Córdoba, no es su hermano, es el sobrino de Cándido Marchena, y cruzó el océano para vengar la muerte de su primo Román.

—¡Por Dios, ese hombre tiene intenciones de casarse con mi hermana! —manifestó Gabriel, ante la mirada atónita de su esposa.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—El propio Medrano me lo contó antes de irse de Buenos Aires —le explicó—. Parecía bastante conforme con la idea de que Almudena aceptase a su supuesto hermano. Es más, cometí la imprudencia de hablarle sobre la rivalidad que existió entre Enrique y Leandro De La Cruz por haberse enamorado de la misma mujer… Creí que si conocía la tragedia que marcó tu destino, lo pensaría dos veces antes de meterse en el medio. —Ahora que su hermana corría peligro, se daba cuenta del gran error que había cometido en su afán de mantenerla alejada del Payo.

Coral dejó los reproches para otro momento. Gabriel ya se sentía demasiado culpable como para encima angustiarlo más de lo que estaba.

—Almudena cree que él todavía sigue enamorado de mí y tengo miedo de que cometa una locura ¡Ese hombre le salvó la vida y es capaz de aceptar su propuesta de matrimonio por puro agradecimiento! Yo sé que Pablo siente algo muy especial por ella, pero la ha empujado a los brazos de Guzmán porque no quiere que sufra. Mató a un hombre por mi causa y vive con ese peso en la

conciencia.

—Esa noche yo presencié lo que pasó —dijo Aitana de repente, atrayendo la atención del matrimonio Izaguirre—. Estaba buscando al Payo cuando vi que Román se acercaba a ti. De inmediato supe cuáles eran sus intenciones. Él me había confesado que lo traías loco y que tarde o temprano terminarías convirtiéndote en su mujer. Yo, celosa por la atención que te brindaba Pablo, lo alenté a que te buscase. Le dije que si te quería para él debía pensar en algo definitivo. —Avergonzada por su comportamiento en el pasado, agachó la mirada—. Pude impedir lo que sucedió y solo permanecí allí escondida, mirando cómo Román intentaba hacerte suya a la fuerza. También vi lo que sucedió después y me quedé callada cuando don Cándido le dijo a todo el mundo que Pablo había asesinado a su hijo a sangre fría para quitarlo del medio y quedarse contigo.

Coral escuchó su confesión sin interrumpirla. Conocía bastante bien a la Aitana del pasado y la sabía capaz de cualquier cosa.

—Si hubieses contado lo que realmente ocurrió esa noche, Pablo no se habría visto obligado a abandonar el circo. —No estaba enojada. Le dolía que, por causa de sus celos enfermizos, él hubiese vivido condenado por la culpa todo ese tiempo.

—Estoy dispuesta a reparar mi error como sea, Coral. Si es necesario hablaré con las autoridades y declararé en su favor para que sea absuelto.

—Yo puedo arreglar eso, Aitana. Le pediré a uno de mis abogados que nos asesore para hacer las cosas bien.

La gitana asintió.

—Se lo agradezco, señor Izaguirre.

—¡Eso puede esperar, Gabriel! ¡Ahora debemos impedir que ese hombre se salga con la suya! ¡Las vidas de Pablo y Almudena corren peligro! —Coral volvió a entrar en pánico. No quería alarmar a los demás, pero cuando su hermana y su madre Teresa aparecieron en el salón tras oír sus gritos, no

tuvieron más remedio que contarles lo qué pasaba.

No había tiempo que perder, por eso Gabriel preparó todo para salir esa misma noche hacia la provincia de Córdoba. Coral también quería viajar, pero Victoria la convenció de que era una locura ir con él y dejar a los niños solos. Cuando Aitana le preguntó si podía acompañarlo para pedirle perdón a Pablo, Gabriel no pudo negarse.

Coral se quedó con el alma pendiendo de un hilo cuando el carruaje en el cual se marchaba su esposo desapareció por la Calle Larga, envuelto en una densa neblina.

*

Pablo azuzó a Gitano y apuró el galope cuando divisó que una enorme nube de humo se elevaba por encima del caserío. El corazón le dio un vuelco en el pecho al darse cuenta de que el incendio había sido en la escuela. Atravesó la calle principal como alma que se lleva al diablo y saltó de su caballo abriéndose paso entre la multitud que se había acercado hasta el edificio escolar para ayudar a sofocar el fuego.

—¿Dónde está Almudena? —comenzó a preguntar desesperado a todo aquel que se cruzaba en su camino. Los vecinos, atribulados por la tragedia, ni siquiera le prestaban atención. Se dio vuelta de inmediato cuando alguien le tocó el hombro. Era Fortunato—. ¿Sabés dónde está Almudena? ¡Necesito verla!

—¡Cálmese, don Medrano! Llevamos a la maestra a la casa del doctor Silvera junto con ese niño mestizo que vive en su estancia para que los atendiera. Lograron salir a tiempo de la escuela; esa pobre niña no tuvo la misma suerte…

—¿De qué niña estás hablando?

—La hija de una de las muchachas del burdel; una que tenía el cabello color

zanahoria. —Fortunato se quitó la gorra y sacudió la cabeza con pesar—. Quedó atrapada entre las llamas. Su madre vino a buscarla y se encontró con esa noticia tan terrible. —Le hizo señas de que mirase por encima de su hombro—. No ha querido irse; dice que está esperando que la clase de su hija termine ¡Pobrecita!

Pablo dejó a Fortunato con la palabra en la boca y corrió hasta el banco de la plaza en donde estaba sentada Lupe. Se arrodilló frente a ella y le apretó las manos. Las tenía heladas.

—Lupe, lo siento muchísimo. —No podía creer que la dulce Camila estuviese muerta.

—Mi niña no debe tardar, Pablo —le dijo, contemplando los escombros calcinados de la escuela con los ojos llorosos. Temblaba y no era de frío—. Tengo que esperarla porque debemos pasar por el almacén. Le prometí que esta noche le prepararía ese flan de dulce de leche que tanto le gusta.

Si Lupe prefería disfrazar la terrible realidad con la ilusión de volver a ver a su hija, Pablo no fue capaz de contradecirla. Quizá era la única manera que tenía para enfrentarse al dolor de la pérdida. Ni siquiera llegaba a imaginarse cómo habría reaccionado él si Almudena hubiese corrido la misma suerte que la pequeña Camila. Sencillamente no lo hubiese soportado. No le bastaba la palabra de Fortunato; necesitaba verla con sus propios ojos y cerciorarse de que se encontraba bien. Sin embargo, no podía abandonar a Lupe en ese estado. En ese momento, escuchó que alguien se acercaba.

—Nosotras nos encargaremos de ella, señor Medrano. —Dos de las muchachas que también trabajaban en el burdel se ofrecieron para llevarse a Lupe y él aprovechó para ir a la casa de Silvera. Prescindió de Gitano y se fue a pie ya que el doctor vivía a un par de calles de distancia. Contempló la escuela con el corazón encogido. El sueño de don Casimiro había quedado reducido a cenizas. Por más que volvieran a levantar otra escuela, ya nada sería lo mismo.

Al llegar a la casa de Silvera, la mujer que lo ayudaba le informó que Almudena estaba siendo atendida por el doctor y lo conminó a esperar novedades en el recibidor. Cuando le preguntó por Juan de Dios, le dijo que estaba con ella porque había sido imposible apartarlo de su lado. Habían llegado abrazados y ahora, mientras el doctor Silvera revisaba a la maestra, el niño no le soltaba la mano. Le aseguró que había llegado sin un rasguño y volvió a insistirle de que no se preocupara. Pablo, impaciente y nervioso, dio varias vueltas en el lugar mientras un montón de pensamientos funestos le carcomían la cabeza. No quería sacar conclusiones apresuradas, pero empezaba a creer que el incendio podría haber sido provocado. No olvidaba las advertencias de Balbuena al negarse a ceder a su chantaje. Si había sido capaz de poner en riesgo la vida de Almudena para vengarse de él, se encargaría personalmente de que pagase por su cobardía. Por lo pronto, solo necesitaba verla para acabar con esa angustia que lo estaba matando.

Cuando el doctor Silvera apareció, con las mangas de la camisa manchadas de sangre, temió lo peor.

—Tranquilícese, la señorita Izaguirre está bien. Un poco aturdida todavía por el golpe, pero va a estar bien —le dijo con una sonrisa para convencerlo de que no había nada de qué preocuparse.

—¿Un golpe?

—Sí; no recuerda lo que sucedió debido a la severa contusión que tiene en la parte posterior de la cabeza. Estoy seguro de que irá recuperando la memoria a medida que la lesión vaya sanando. Lamentablemente no será agradable para ella acordarse de lo que pasó.

—¿Puedo verla? —Pablo ya no soportaba la ansiedad.

—Por supuesto. Está sedada pero no debe tardar en despertar… —No alcanzó a terminar la frase porque Pablo ya había desaparecido por la puerta de la habitación en donde había instalado a la maestra.

Como le había dicho la asistente del doctor, Juan de Dios seguía a su lado,

sosteniéndole la mano. Tuvo que detenerse para tomar aire antes de acercarse a la cama. Se le humedecieron los ojos al verla en ese estado. Tenía una venda alrededor de la cabeza y la mejilla tiznada. Cuando se acercó advirtió también un corte debajo de los labios.

—Juan de Dios —lo llamó en voz baja—. Tienes que descansar. Yo me quedaré con ella.

El niño se dio media vuelta y lo miró.

—Camila…

A Pablo se le hizo un nudo en la garganta al descubrir que había recuperado el habla.

—Lo sé. —La profunda tristeza que percibió en sus ojos le partió el alma. No conocía los detalles de lo que había sucedido durante el incendio, pero imaginó lo terrible que debía haber sido para un niño de su edad pasar por una experiencia tan dramática—. ¿Por qué no sales al pasillo y le pides al doctor que te ofrezca una taza de chocolate? Te hará bien tener algo caliente en el estómago.

Juan de Dios no se movió. Continuaba apretando la mano de Almudena, como si tuviese miedo de perderla si la soltaba.

—Nada malo le va a pasar estando a mi lado —le aseguró.

—A Camila la dejé sola y el fuego se la llevó —musitó con la voz quebrada —. Es mi culpa que ya no esté.

—No digas eso, Juan de Dios. Tú no tienes culpa de nada.

El niño guardó silencio mientras unas cuantas lágrimas rodaban por su rostro. Pablo también se quedó callado. Deseaba darle un abrazo, pero no lo hizo por temor a incomodarlo. Juan de Dios nunca le había permitido que lo tocase.

Almudena emitió un leve quejido y ambos la miraron. Cuando movió un poco la cabeza, su boca se torció en una mueca de dolor.

—Está despertando. ¿Podrías ir a avisarle al doctor?

Juan de Dios asintió. La soltó muy despacio y abandonó la habitación sin quitarle los ojos de encima. Apenas cerró la puerta, Pablo ocupó su lugar y la tomó de la mano. Se la apretó suavemente para luego comenzar a besarle los dedos. Se dio cuenta de que estaba llorando cuando sintió el sabor salado de sus propias lágrimas en los labios.

—Almudena, mi niña caprichosa. No sé qué habría sido de mí si te perdía. —En ese preciso momento, mientras la contemplaba con los ojos vidriosos, comprendió que estaba perdidamente enamorado de ella. No supo cuándo sucedió, solo era consciente de que la amaba con cada fibra de su ser. Almudena se le había metido debajo de la piel, llegando a ocupar un lugar privilegiado en su corazón; un lugar que siempre había estado destinado a otra mujer.

—Pablo… no soy una niña —logró decir Almudena al tiempo que abría los ojos.

—No, no lo eres. —Había despertado con ganas de discutir. Sin dudas era una buena señal—. ¿Cómo te sientes?

—Me duele mucho. —Se tocó la parte trasera de la cabeza en donde lucía un enorme chichón.

—Juan de Dios fue a buscar al doctor.

—¿Juan de Dios? —preguntó, confusa.

—Sí. No se ha querido separar de ti en ningún momento.

—La escuela… el fuego. —Almudena empezó a recordarlo todo—. Ese hombre me golpeó. —Quiso incorporarse, pero Pablo no se lo permitió—. ¡Camila! ¿Dónde está Camila? ¡Camila! ¡Camila! ¡Noooo!

El alarido de Almudena al evocar lo sucedido fue desgarrador. Pablo pudo contenerla, pero ella luchaba por soltarse. Lo golpeó una y otra vez en el pecho mientras seguía gritando el nombre de la niña que había visto agonizar frente a sus ojos. El cuerpo de Almudena convulsionó durante unos cuantos segundos antes de caer entre los brazos de Pablo. Él le acarició la espalda

mientras la mecía con suaves movimientos. El doctor Silvera, alarmado por los gritos, entró a la habitación para asegurarse de que todo estaba bien. Juan de Dios venía con él.

—Ya está más tranquila, pero dice que le duele mucho la cabeza —comentó Pablo sin siquiera voltearse a verlo. Ahora era él quien no quería separarse de Almudena.

—Le daré un calmante para el dolor. Necesita descansar para poder recuperarse.

—¿Me la puedo llevar a la estancia?

En otras circunstancias, el doctor Silvera hubiese recomendado que no. Sin embargo, era evidente que la cercanía de ese hombre era beneficiosa para la maestra. Tras la crisis que acababa de sufrir, se había refugiado entre sus brazos y parecía estar muy a gusto allí.

—Si me promete que seguirá al pie de las letras mis instrucciones, puede irse. —Salió un momento y regresó con un frasco en la mano. Le dio de beber unas cuantas gotas y lo dejó encima de la mesita de noche—. Debe suministrárselo por la mañana y por la noche y guardar reposo al menos durante dos días. Si duerme demasiado o el dolor de cabeza empeora, me manda a buscar de inmediato.

Pablo asintió. Si hacía falta, no se movería de su lado hasta verla totalmente recuperada.

—¡Déjeme pasar! ¡Necesito verla!

El vozarrón de Diego retumbó en toda la casa. Entró atropelladamente y al ver a Almudena en los brazos de Pablo tuvo que hacer un gran esfuerzo para tragarse las ganas que tenía de romperle la cara al gitano.

—¿Cómo está? —preguntó después de presentarse con el doctor diciendo que era el prometido de la señorita Izaguirre.

Muy a su pesar, Pablo la soltó. Ella protestó y rápidamente volvió a acurrucarse contra su pecho.

—¿Has venido en la volanta? —le preguntó a Diego. No iba a sentirse culpable si Almudena prefería quedarse con él.

—Sí. Apenas uno de los peones llegó a la estancia con la terrible noticia vine al pueblo para ver cómo estaba.

—Será mejor que yo la lleve. —Sin esperar su consentimiento, se puso de pie y levantó a Almudena en brazos. Le hizo señas a Diego de que recogiera la medicina antes de salir de la habitación dando grandes zancadas. Después de acomodar a Almudena en el asiento de la volanta y cubrirla con su chaqueta para protegerla del frío, se despidió del doctor Silvera. Cuando volvió, descubrió que Diego se había sentado junto a ella y le pasaba el brazo por el hombro, marcando su territorio. El abrigo de Pablo, doblado sobre el asiento, no era más que otro gesto de provocación. Decidió ignorarlo para evitar cualquier enfrentamiento innecesario y se ubicó al lado de Juan de Dios. Durante el camino no se dirigieron la palabra en ningún momento. Cuando sin querer sus miradas se encontraban, Pablo comprendió que esa silenciosa contienda que se había iniciado entre ellos por ganarse la atención de Almudena estaba muy lejos de terminar.

RENUNCIAR A LO MÁS QUERIDO

Úrsula bajó de la volanta y se aseguró de que nadie la viera. Había salido de la estancia con la excusa de ir a la iglesia del pueblo y rezar por el alma de la niña que había perecido en el incendio para poder hacerle una visita a Balbuena sin despertar sospechas. En el almacén se encontró con la menor de sus hijas, y al preguntarle por su padre, la muchacha le dijo que no se encontraba en la casa.

—¿Me permitiría esperarlo? Me urge hablar con él —alegó. No podía irse con las manos vacías. Necesitaba de su ayuda para deshacerse del problema en el cual la había metido Mariana antes de que fuese demasiado tarde.

Consuelo se encogió de hombros.

—Como quiera. Venga por aquí. —Dejó a un lado el lápiz con el cual había estado haciendo garabatos buena parte de la mañana y la acompañó hasta el salón de su casa. Llamó a Avelina para que estuviese pendiente de ella y regresó al almacén.

Úrsula estaba tan nerviosa que rechazó la taza de té que le ofreció la criada. Aunque olían muy bien, tampoco probó las masitas de naranja que trajo en una bandeja de plata y que dejó a su disposición por si le apetecía comerlas más tarde. Ignoraba cuándo volvería Balbuena a su casa, pero estaba decidida a esperarlo el tiempo que fuese necesario. Por fortuna, esa tarde, don Álvaro llegó más temprano de lo habitual, y apenas supo que tenía visitas se desvió de su camino para ir al salón. Cuando entró, Úrsula Pacheco estaba parada junto a la ventana. Fiel a su estilo, vestía de negro. El rebozo de lana color celeste

que llevaba sobre los hombros le daba un toque de luz a su aspecto siempre lúgubre.

—Doña Úrsula, ¿qué la trae nuevamente por mi casa? —Esperaba que no viniese a reclamarle el hecho de que la maestra se salvara del incendio. Su idea había sido darle un susto a Medrano, nada más.

Se aproximó a él y se tomó su tiempo para hablar.

—Necesito pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata? —No le gustaba hacer favores si no recibía nada a cambio. Fue hasta la mesita de las bebidas y se sirvió una copa de coñac—. Espero que no tenga nada que ver con lo que sucedió esta mañana en la escuela.

—No, no se trata de eso —le aseguró—. Jamás diré lo que sé. Tanto a usted como a mí nos conviene que la maestra se haya quedado sin su dichosa escuela. Quizá le sea útil incluso para su sueño de convertirse en presidente municipal. Seguramente la gente del pueblo le estará muy agradecida si entre sus promesas de campaña incluye la construcción de una nueva escuela.

Balbuena sonrió. Era increíble la mentalidad de esa mujer. Hubiese sido interesante conocerla más íntimamente.

—La escucho entonces. —Removió el coñac durante unos segundos antes de beberlo.

—Es un asunto delicado y de índole personal. —Se acercó un poco más por temor a que alguien la escuchara—. Mi sobrina cayó en las manos de un hombre que abusó de su inocencia y ahora debo hacerme cargo de un problema indeseado. Usted me entiende, ¿verdad?

Don Álvaro asintió. Ni siquiera le preguntó quién era el culpable de desgraciar a la muchacha porque no era de su incumbencia.

—Yo no conozco a nadie en el pueblo y sería sospechoso que empezara a hacer preguntas incómodas buscando la ayuda que hace falta en estos casos.

—No se preocupe, Úrsula. Hay una mujer que se encarga de *limpiar* a las

muchachas del burdel cuando alguna de ellas se queda preñada. —Se terminó el coñac y se robó una de las masitas de naranja que había horneado su esposa. ¿Por dónde andaría? La hacía atendiendo en el almacén junto a Consuelo, pero no estaba allí ni en la casa—. Vive en un rancho que se cae a pedazos a unas dos leguas del pueblo, por el rumbo de las sierras. Le puedo pedir a Fortunato que la lleve, si hace falta.

Ella aceptó de inmediato su oferta. Debía manejarse con mucha precaución. Pedirle a un peón de la estancia que la acercara hasta el lugar era peligroso. Cualquier indiscreción, por más pequeña que fuese, echaría por tierra sus planes.

—Se lo agradezco mucho, don Álvaro. —No solía ser efusiva con nadie, mucho menos con un hombre al que apenas conocía. Sin embargo, se atrevió a rozarle la mano. Cuando Balbuena se aprovechó de la situación y trató de besarla, ella lo detuvo—. Aquí no, alguien podría vernos —dijo, curvando los labios en una sonrisa seductora. Le desagradaba la idea de intimar con él, pero necesitaba ganar tiempo.

—Veré si Fortunato está en el almacén. —Se volteó y la miró—. Desea finiquitar ese asunto hoy mismo ¿no?

—Cuanto antes, mejor.

—Espere un momento. No vuelva a salir por el almacén. Hay mucho movimiento en el pueblo por lo del incendio y no es conveniente que la vean —dijo, desentendiéndose de la terrible tragedia que había asolado a Cruz del Eje como si no tuviera nada que ver.

Úrsula asintió. No podía estar más de acuerdo con él. Mientras esperaba su regreso, probó una de las masitas. La conversación con Balbuena le había abierto el apetito. Si todo salía según lo planeado, esa misma noche tendría en sus manos la solución del problema.

Fortunato la llevó sin hacer preguntas. Como él también tenía un secreto que ocultar, prefería quedarse callado y obedecer las órdenes del patrón para no

levantar sospechas. Si Balbuena se enteraba de que Ramiro estaba escondiéndose en su rancho y que pensaba huir de Cruz del Eje con su esposa, él también terminaría pagando las consecuencias. Era extraño que una mujer como esa, que venía de la gran ciudad, requiriese de los servicios de la curandera del pueblo. Le picó la curiosidad, pero tenía demasiados problemas como para encima meterse en uno más. Se detuvo frente al rancho de la Pancracia y le dijo que ahí mismo la esperaría. Aunque era una anciana inofensiva que vivía de sus habilidades como hierbera y adivinadora, él siempre le había tenido miedo. Cuando era pequeño, los niños más grandes que solían molestarlo por su escasa estatura, le decían que la bruja Pancracia lo iba a convertir en sapo si no hacía lo que ellos querían. Se sonrió. A pesar de ser un hombre hecho y derecho, todavía se dejaba impresionar por esas tonterías.

La tal Úrsula tardó un cuarto de hora en salir del rancho. Vio que llevaba un paquetito en la mano, que escondió rápidamente en su bolso antes de subirse a la carreta.

—¿La llevo de regreso al pueblo o prefiere que la alcance hasta la estancia?

—Al pueblo, por favor. —El peón de La Querencia seguramente continuaba esperándola frente al almacén.

—Como guste, señora. —Fortunato echó a andar la carreta y se puso a silbar. Guardó silencio cuando se dio cuenta de que su acompañante se había molestado. Él, que estaba acostumbrado a parlotear todo el día con sus vecinos, se sintió cohibido bajo la incisiva mirada que le dedicó la mujer.

Cuando llegaron al pueblo le dijo que diera la vuelta. No podía pasar por la calle principal. Abusando un poco más de la amabilidad de Fortunato, le pidió que la acompañase al almacén. Entraron nuevamente por la parte de atrás, y cuando Consuelo los vio, se quedó pasmada. Ella creía que, en algún descuido suyo, la señora Úrsula se había marchado después de hablar con su padre. Ni

siquiera sospechaba que aún continuaba en la casa. La saludó y siguió enfrascada en sus dibujos.

—Consuelo, ¿dónde anda tu madre? —Don Álvaro se plantó a su lado y miró con desdén los garabatos de su hija. En algunos aspectos, seguía siendo una niña… Una niña fea y simplona. Pensó que tras el fallido compromiso con el maldito de Flores le costaría mucho encontrarle un buen candidato.

—Debe estar en la iglesia —respondió, ciñéndose al plan que habían urdido con Eugenia para cubrir las ausencias de su madre, quien continuaba visitando a Ramiro por las tardes mientras preparaban su viaje a Mendoza. Faltaba muy poco para ese día, y aunque aún le dolía todo lo que había pasado, se decía a sí misma que la felicidad de su madre era lo más importante en ese momento. ¿Qué hubiesen ganado su hermana y ella peleando por un hombre que no las quería? No iba a ser fácil, pero juntas, estaban aprendiendo a olvidarlo.

—¿Qué diantres hace todas las tardes en la iglesia? —despotricó, levantando de un golpe la madera del mostrador para pasar hacia el otro lado —. Será mejor que vaya a buscarla…

—¡No es necesario, padre! —Respiró aliviada cuando vio entrar a su madre por la puerta del almacén—. Mire, ya ha regresado.

Balbuena se giró sobre sus talones y miró a su esposa.

—¡Vaya, hasta que al fin aparecés! —se burló—. Sabía que eras devota, pero de un tiempo a esta parte te la pasás metida en la iglesia—. Soltó una sonora carcajada—. ¿Acaso estás caliente con el cura?

Trinidad ignoró su comentario de mal gusto y pasó a su lado sin siquiera mirarlo. Cuando Álvaro la sujetó del brazo, comprendió que había sido un error.

—¿No escuchaste lo que te dije? —Le apretó la muñeca con fuerza.

—Sí, Álvaro. Te oí. —Alzó la vista y lo enfrentó—. No pensé que te molestaría tanto que vaya. Yo no digo nada cada vez que desaparecés de la

casa para revolcarte con las putas del burdel—. En el mismo instante en que lo dijo, se arrepintió. Consuelo tenía una expresión de horror en el rostro. Ella no tenía por qué pasar por todo aquello.

—Solamente salgo a buscar lo que mi esposa ya no me da. —Balbuena chasqueó la lengua y le acarició el cuello. Las dos copas de coñac que se había bebido más temprano, sumadas a la dosis de láudano que acababa de ingerir, le estaban haciendo perder el control. Se abalanzó encima de su esposa y trató de besarla a la fuerza.

—¡No! —gritó Trinidad antes de darle vuelta la cara de una bofetada. Temiendo su reacción, se alejó de él y se abrazó a su hija.

Don Álvaro trastabilló; sin embargo, logró mantenerse en pie.

—¡Ves que tengo razón! —Se acercó a ambas con la mano en alto en un gesto amenazante—. ¡Sos una inútil, Trinidad! ¡Como mujer ni siquiera servís para calentarme la bragueta! ¡Y como madre dejás mucho que desear! ¡Tus hijas se enredaron con ese maldito de Flores porque no supiste cuidarlas! ¿Dónde estabas cuando intentó mancillar el honor de Eugenia? ¿Qué hacías mientras engatusaba a la ingenua de Consuelo? ¡No me culpés a mí por tus errores, querida! —Miró a su hija, luego a su esposa. No supo cuál de las dos era más patética—. Me voy; esta noche no me esperen a cenar.

Álvaro Balbuena salió del almacén dando un portazo. El golpe hizo que Trinidad y su hija dieran un respingo.

—Ya pasó, cariño.

—¡Lo odio, mamá! ¡Lo odio! —dijo Consuelo echándose a llorar en su hombro.

Trinidad la estrechó entre sus brazos, meciéndola como cuando era pequeña. No podía huir con Ramiro dejando a sus hijas a merced de ese monstruo. Ella también lo odiaba y fue precisamente la fuerza de ese sentimiento lo que la orilló a tomar una decisión definitiva.

*

Esa noche, después de cerciorarse de que Diego se hubiese ido a dormir y que Amparito se encontraba en la cocina con los demás criados, Pablo se acercó hasta la habitación de Almudena y entró sin llamar.

Estaba dormida, pero necesitaba verla, aunque solo fuese un momento antes de hacer lo que tenía que hacer. Se sentó a su lado y colocó su mano encima de la suya. El amor que sentía por ella era tan intenso que le desbordaba el pecho.

Cuando Almudena despertó y lo miró a los ojos, su corazón comenzó a latir más de prisa.

—Pablo… —Estaba algo atontada, seguramente por el calmante que le había recetado el doctor.

—Tienes que descansar, Almudena —le dijo con una sonrisa en los labios. Quería que borrase para siempre esas terribles imágenes que la atormentaban.

Ella asintió. Luego, cuando se dio cuenta de que le sostenía la mano, le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco mareada, pero al menos ya no me duele la cabeza. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No pudimos hacer nada por ella…

Pablo le quitó un mechón de cabello que le caía sobre la frente y deslizó los dedos siguiendo el camino de sus lágrimas hasta detenerse en su boca.

—No te culpes, Almudena, por favor —le suplicó—. Ni tú ni Juan de Dios son responsables de lo que pasó. La persona que está detrás de todo esto cargará en su conciencia con la muerte de Camila, no ustedes.

Almudena sintió escalofríos cuando recordó al sujeto que la había atacado. Aunque no pudo ver su rostro, nunca olvidaría esa mirada diabólica.

—Juan de Dios me salvó la vida. Cuando desperté, estaba gritando mi nombre.

—Lo sé. Yo mismo me sorprendí al descubrir que había recuperado el habla. En la casa del doctor no se separó de ti en ningún momento. Tuve que convencerlo para que saliera y nos dejara a solas.

—¿Querías quedarte a solas conmigo?

Pablo tragó saliva. ¿Cómo haría para ocultarle sus sentimientos? Él no la merecía. No cuando por su causa había estado a punto de perder la vida. El incendio era un mensaje de Balbuena. Un mensaje claro y contundente.

—Almudena, el doctor Silvera dijo que recibiste un golpe en la cabeza.

—Sí. Alguien entró en la escuela y me atacó. Era un hombre con el rostro cubierto.

—¿Te dijo alguna cosa? ¿Mencionó algún nombre?

—No, solo me insultó cuando le di una bofetada.

Sin dudas esa era la reacción de una mujer valiente. Sintió orgullo de ella.

—¿Por qué alguien atentaría contra la escuela? —Se quedó pensativa—. Quizá era a mí a quien quería lastimar.

Pablo no dijo nada.

—Yo me encontraba sola en el aula porque Juan de Dios y Camila habían salido a jugar al patio. Nunca se percató de que ellos también estaban allí. Podría haberme matado con sus propias manos; sin embargo, me golpeó y me dejó tirada en el suelo, exponiéndome a morir en el incendio. ¿Quién podría ser capaz de hacer algo así?

—El mismo hombre que me amenazó con revelar mi secreto si no accedía a su chantaje.

—¿De quién estás hablando?

—De Álvaro Balbuena. El maldito desgraciado quiere quedarse con parte de las tierras de la estancia para vendérselas al ferrocarril. Me dijo que estaba al tanto de lo que había pasado hace tres años en el circo y que lo contaría todo si no aceptaba su oferta. —Se detuvo un instante antes de continuar—. Apenas volvimos de Buenos Aires me buscó para conocer mi respuesta; le

dije que jamás iba a permitir que pusiera sus manos en el patrimonio de don Casimiro. Se enojó mucho y le resté importancia a sus amenazas.

—¿Entonces él mandó a ese hombre para que me hiciera daño?

—Estoy seguro —aseveró.

—¿Cómo supo lo que ocurrió en el circo? ¿Se lo contaste a alguien del pueblo?

—No, el único que conocía mi pasado era Larrea. —Pablo trató de recordar si en algún momento, durante sus visitas al burdel, él mismo podría haber dicho algo de más.

—¿En quién estás pensando? —le preguntó Almudena, arrugando el ceño.

—En Lupe. —Se mesó el cabello, nervioso. No se sentía cómodo hablando con ella sobre ese asunto—. Creo que en uno de nuestros encuentros mencioné el circo. Me preguntó sobre mi anillo y le hablé de mi madre.

—¿Le contaste a esa mujer lo que hiciste?

—¡No, claro que no! Aunque a veces bebí más de la cuenta mientras… estaba con ella, jamás habría cometido semejante imprudencia.

Almudena lo miró con suspicacia.

—Como esa noche en la que volviste borracho en medio de la tormenta.

—No estoy orgulloso de muchas de las cosas que he hecho en mi vida, Almudena —reconoció, clavándole la mirada—, pero la soledad, a veces, se vuelve insoportable.

—Pablo, no es necesario que me des explicaciones.

—Yo quiero dártelas, Almudena.

Ella asintió. Aunque le hablase una vez más del amor que sentía por Coral, sacaría fuerzas de donde no las tuviera para escucharlo.

—El día que dejé Buenos Aires me juré a mí mismo que no iba a volver. La mujer que siempre había amado era feliz con otro hombre y no me quedaba más que resignarme. Intenté olvidarme de ella ocupando mi mente en el trabajo y saciando las necesidades de mi cuerpo en el burdel del pueblo. —Vio que

Almudena hacía un mohín con la boca—. Pero un día recibí la primera carta de Coral y sentí que todo lo que había hecho para arrancarla de mi corazón había sido en vano. Luego llegó otra y recién con la tercera carta reuní el valor suficiente para responderle. Cuando la muerte de don Casimiro me llevó de regreso a Buenos Aires, comprendí que por más esfuerzo que hagamos en torcer nuestro destino, él siempre termina poniendo las cosas en su lugar. Y no solo eso, también nos sorprende mostrándonos un nuevo camino. —Volvió a tomar su mano y se la besó—. Después de amar a Coral, creí que jamás podría sentir lo mismo por otra mujer… pero me equivoqué.

A Almudena se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo que siento por ti es mucho más intenso, Almudena —le confesó—. Mi cariño por ti se mantuvo intacto durante los tres años que estuvimos alejados. Cada vez que traía a mi mente ese paseo que dimos en la alameda poco antes de mi partida me embargaba la nostalgia. Te recordaba como una jovencita risueña y algo tímida, pero cuando volví a verte, descubrí que te habías convertido en una hermosa mujer. Quedé absolutamente prendado de tu belleza la noche de tu cumpleaños. Ahora sé que fue precisamente allí donde empecé a verte con otros ojos. Cuando Coral propuso que fueras la maestra del pueblo, no pensé que aceptarías; tu decisión me tomó por sorpresa y ese cariño que sentía por ti se convirtió en admiración. Estaba ansioso y contaba los días esperando tu llegada al pueblo porque sabía que tu presencia traería alegría a mis días grises. Sin embargo, la aparición de Diego en nuestras vidas lo cambió todo.

—Le estoy muy agradecida por lo que hizo, nada más —le aclaró—. Si me acerqué a él fue para provocar tus celos, Pablo. Sé que obré mal y no te imaginás cuánto me arrepiento de haber involucrado a tu hermano en toda esta historia, pero no comprendía por qué te alejabas de mí, empujándome a sus brazos después de haberme tenido entre los tuyos.

—Porque no te merezco, Almudena. A veces el amor no basta.

—Yo llevo demasiado tiempo con este sentimiento enraizado en mi pecho, Pablo. —Ya no tenía caso ocultar lo que sentía. Era hora de hablarle con el corazón en la mano—. Me enamoré de vos la primera vez que te vi, y aunque amabas a Coral, no me importó. Te admiraba en silencio y te soñaba por las noches, esperando ansiosa el momento de volver a verte. Abandoné mi vida en Buenos Aires para poder estar cerca tuyo. Aun sabiendo que quizá nunca me corresponderías, decidí dejar la cobardía de lado y arriesgarme. Simplemente seguí el consejo de alguien que nos quiere mucho y desea que podamos alcanzar juntos la felicidad.

—Coral…

Almudena asintió.

—Ella fue la primera persona a quien le hablé de lo que sentía; lamentó mucho cuando regresaste a Córdoba y ya no volviste a dar señales de vida.

—Coral sabía mejor que nadie las razones que me obligaban a mantenerme lejos de Buenos Aires. Son esas mismas razones las que ahora me impiden estar contigo, Almudena. —La soltó y se puso de pie. No podía decirle que iba a alejarse de ella definitivamente mientras la miraba a los ojos—. Lo que ocurrió esa noche en el circo marcó mi vida para siempre. Yo también tuve que dejarlo todo y empezar de cero en un lugar desconocido. Quise creer que la distancia y el tiempo, tarde o temprano, me librarían de la culpa, pero la muerte de Román Marchena me perseguirá hasta el fin de mis días.

—Pablo, sé muy bien lo que sucedió la noche en la cual salvaste a Coral de ese hombre y jamás te condené por lo que tuviste que hacer. —Era incómodo tener que hablarle mientras él le daba la espalda. Quiso levantarse, pero estaba demasiado mareada—. A mí no me importa…

—¡Pero a mí sí, Almudena! —Se volteó de repente y la miró a los ojos—. ¿Qué futuro tendrías al lado de un hombre como yo? No puedo ofrecerte la vida que te mereces, mucho menos estar a la altura de lo que tu hermano pretende para ti.

—No metas a Gabriel en esto. Él no va a decirme qué debo hacer o a quién debo querer.

—Izaguirre solo busca procurar tu bienestar y yo no soy la mejor opción; nunca lo fui.

—¡Esa es una decisión que me compete solamente a mí! —El hecho de que mencionara a su hermano levantó sus sospechas—. Hablaste con él, ¿verdad? —Se enojó mucho cuando Pablo asintió—. ¡No deberías haberle hecho caso! Gabriel todavía siente celos de la amistad que tenés con Coral y no dudaría en decirte cualquier cosa con tal de que te alejes de ella o de mí.

—Aunque nunca nos hemos llevado bien, estoy de acuerdo con él —dijo, categórico, mientras clavaba la mirada en la ventana—. Si alguna vez me debatí entre dejarme llevar por lo que siento y pensar en qué es lo mejor para ti, ahora ya no tengo dudas de lo que debo hacer, Almudena.

—Pablo, por favor, no decidas vos también por mí —le suplicó, apartando las mantas para levantarse de la cama. Tambaleándose, logró llegar hasta él—. Te amo y estoy dispuesta a enfrentar lo que sea.

Él se dio media vuelta y la sujetó de los hombros cuando vio que estaba a punto de perder el equilibrio.

—Yo también te amo, Almudena —le confesó, sintiéndose el peor de los canallas por decírselo precisamente ahora que estaba a punto de dejarla—. Dios sabe que no quería enamorarme, que después de sufrir tanto por un amor no correspondido no deseaba abrirle el corazón a nadie. Pero el destino, una vez más, jugó las cartas a su antojo y mi alma gitana se rindió a tus encantos.

Almudena tuvo deseos de reír y de llorar al mismo tiempo. ¡No cabía en sí misma de tanta felicidad! Se arrojó a los brazos de Pablo y recostó la cabeza en su pecho. No podía apartarla de su lado después de semejante revelación.

Él le acarició el cabello y respiró hondo. La delicada fragancia de su perfume francés se mezclaba con el fuerte olor del antiséptico. Cuando se manchó la mano con la sangre de la herida que había traspasado la venda,

cerró los ojos. No podía hacerlo… Almudena había estado a punto de morir por su culpa. ¿Qué más necesitaba para entender que junto a él no le esperaba más que dolor e incertidumbre?

Haciendo acopio de su minada fuerza de voluntad, la apartó un poco y la miró.

—No voy a volver a poner en riesgo tu vida, Almudena. Podrías haber muerto en el incendio y eso jamás me lo hubiese perdonado. —Trató de encontrar las palabras menos dolorosas para hacerla entrar en razón—. Algún día la justicia me hará pagar por lo que hice, y cuando ese momento llegue, no quiero que estés a mi lado. Nunca pensé que llegaría a decir esto, pero… acepta la propuesta de Diego y cásate con él.

—¡No podés pedirme eso, Pablo!

La desesperación que percibió en su mirada casi lo hace flaquear.

—Él te quiere y seguramente hará todo lo posible para hacerte feliz —insistió, con el corazón atravesado en la garganta. Por segunda vez en su vida estaba renunciando a la mujer que amaba—. Yo no puedo quedarme en el pueblo con la amenaza de Balbuena pendiendo sobre mi cabeza. Le cederé mi parte de la herencia a Mariana con la única condición de que no le venda las tierras al ferrocarril, y luego me iré.

—¡Nos iremos juntos! —le propuso ella, con el rostro bañado en lágrimas.

—No puedo llevarte conmigo Almudena, entiéndelo, por favor. —Ahora era Pablo quien suplicaba—. No hagas esto más difícil de lo que ya es. Ni siquiera sé el rumbo que tomará mi vida de ahora en adelante. Necesito tiempo para reflexionar y decidir si vale la pena seguir huyendo de la justicia o si ya es hora de pagar por lo que hice.

Las palabras de Pablo la dejaron sin consuelo. Abatida, se dejó caer en la cama. Sentía que esta vez lo estaba perdiendo para siempre; que no importaba todo el amor que tenía para ofrecerle, él se iría y jamás volvería a verlo. Quería hacerse muy pequeña y desaparecer… quería morir de tanto dolor.

—Quizá hubiese sido mejor no haber salido viva del incendio —dijo en medio de los hipidos—. Me habrías ahorrado todo este sufrimiento, Pablo.

Él se aproximó y se arrodilló frente a ella.

—No digas eso, Almudena. Te amo tanto que me volvería loco si algo te pasara.

Almudena alzó la cabeza y lo miró. La profunda tristeza de sus ojos verdes le atravesó el alma.

—¿Entonces cómo podés pedirme que me case con tu hermano?

—Porque, aunque me duela perderte, tu seguridad y tu felicidad están por encima de todo, incluso de lo que yo sienta por ti. —Le apretó la mano—. Algún día vas a comprender que lo hago por tu propio bien y terminarás agradeciéndomelo.

Ella, dolida y enojada, lo soltó.

—¡Ese maldito día nunca llegará! —Se acostó y le dio la espalda—. Podés irte cuando quieras, Pablo, yo no haré nada para impedírtelo. Ahora si no te importa, me gustaría estar sola.

En silencio, Pablo se alejó hacia la salida. La contempló un momento antes de cerrar la puerta. Apenas puso un pie en el pasillo, se topó con Diego.

—¿Cómo está?

—Ve a verla, Diego. Almudena te necesita más que nunca —le dijo con la voz quebrada.

Mientras se alejaba de la estancia montado en su fiel Gitano, se dijo una y otra vez que había tomado la decisión correcta; que era lo mejor para ambos. Sin embargo, su corazón, ese que ahora sangraba de dolor, se resistía a aceptar que estaba a punto de perder a Almudena para siempre.

*

Mariana despertó en medio de la noche con una intensa punzada en el vientre

que apenas le permitía respirar. Intentó incorporarse, pero al más mínimo movimiento sentía que se desgarraba por dentro. Se quedó muy quieta, esperando que todo pasara. Lolita, presintiendo que algo malo ocurría con su ama, comenzó a arañar el suelo. Retorciéndose de dolor, Mariana gritó el nombre de Ceferino hasta quedarse sin fuerzas. ¡Se moría y quería verlo por última vez para decirle cuánto lo amaba! Percibió un líquido caliente entre sus piernas, y al tocarse, descubrió que se estaba desangrando. Aterrada, se echó a llorar. ¡Úrsula la había engañado! ¡Era mentira que se encontraba bien de salud! ¡Padecía alguna enfermedad grave y ese repugnante tónico que le daba a beber no servía para nada! Tenía el cuerpo bañado en sudor debido a la fiebre y el camisón de algodón le quemaba la piel. Otro pinchazo en el vientre la obligó a doblarse en dos. Aulló de dolor, desesperando a la pobre de Lolita que intentaba subirse a la cama sin éxito. Los gritos de Mariana despertaron a todos en la casa. La primera en llegar fue Úrsula. Ceferino entró inmediatamente detrás de ella y se arrodilló a su lado antes de que le impidiese acercarse a Mariana. Cuando vio las sábanas manchadas de sangre, temió lo peor.

Úrsula se llevó la mano a la boca en un gesto de espanto y retrocedió unos pasos hasta que su cuerpo chocó contra el ropero.

—¡Se muere! ¡Mi niña se muere! —gritó desesperada apenas pudo reaccionar.

—¡No diga eso! ¡Mariana no se va a morir! —le recriminó Ceferino mientras le acariciaba la frente. Estaba ardiendo y se le cerraban los ojos—. Mande a alguien a buscar al doctor enseguida. —Como parecía que no lo había oído, alzó la voz—. ¡No hay tiempo que perder, señora! ¡Haga lo que le digo!

Las criadas aparecieron en ese momento y cumplieron rápidamente con la orden de Ceferino, enviando a uno de los peones al pueblo. También fueron a la cocina y prepararon unas cuantas friegas de alcohol para bajarle la fiebre a

Mariana mientras esperaban al doctor. En el pasillo, Almudena y Diego intentaban enterarse de qué había pasado con Mariana.

—La señorita Larrea está muy mal —les dijo Amparito al pasar.

No pudieron preguntarle nada más porque entró en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué habrá podido ocurrirle? —Almudena suspiró, preocupada. Sentía un gran afecto por Mariana y apenas había hablado con ella durante los últimos días.

—No lo sé. La otra tarde vino a verla el doctor porque no se sentía bien. —Diego aprovechó para propiciar un acercamiento y la rodeó con sus brazos para consolarla—. Creo que se desmayó cuando volvía de la escuela.

Almudena se culpó por no estar más pendiente de ella. Afligida con sus propios problemas, se había olvidado de Mariana. Sabía que tenía la intención de huir con Ceferino, y ahora, de repente, se enfermaba. Quería verla y ofrecerse para lo que le hiciera falta, pero ella todavía se encontraba convaleciente. Por eso no opuso ninguna resistencia cuando Diego la convenció de regresar a su habitación.

Mariana se aferró a la mano de Ceferino con fuerza y lo miró. Ese hombre recio del cual se había enamorado, el mismo que la había hecho suya con tanta ternura y pasión, estaba llorando. Necesitaba decirle cuánto lo amaba, pero las palabras se negaban a salir de su garganta.

—Tranquila, te vas a poner bien. El doctor está en camino.

Mariana asintió. Le costaba mantenerse despierta, aun así se resistía a cerrar los ojos por temor a no volver a abrirlos nunca más. Escuchó que Ceferino le hablaba a la criada y después colocaba un paño húmedo sobre su frente. Las punzadas de dolor ya no eran tan agudas y el sangrado se había detenido; sin embargo, su cuerpo no dejaba de temblar. Cuando Amparito salió de la habitación, Ceferino se dirigió a Úrsula para pedirle una explicación.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

Úrsula no le contestó. Tenía la vista clavada en el suelo y musitaba una retahíla de oraciones mientras se golpeaba el pecho con los puños cerrados. Parecía que una fuerza extraña se hubiese apoderado de ella.

—Es mi culpa… es mi culpa —dijo de repente, levantando la cabeza—. ¡Tenía que hacerlo! ¡No podía permitir semejante atrocidad!

—¿Qué le hizo? —bramó Ceferino al descubrir la razón por la cual Mariana había perdido tanta sangre—. ¡Respóndame!

—Solo quería evitarle la vergüenza de traer a este mundo al bastardo de un salvaje —respondió sin atreverse siquiera a mirarlo—. Le di de beber unas hierbas que conseguí con la curandera del pueblo. Fue por su propio bien, nunca quise lastimarla…

¡Maldita mujer! ¡Mil veces maldita!, pensó Ceferino, reprimiendo el deseo de hacerle pagar por lo que había hecho con sus propias manos.

—No se merece el cariño de Mariana, *señora* —le dijo, enfurecido. —Si la pierdo por su culpa me convertiré en su sombra y me aseguraré de que su espíritu no vuelva a tener un minuto de paz en lo que le resta de vida.

Úrsula no creía en supercherías; sin embargo, la sentencia que acababa de pronunciar Ceferino le provocó un escalofrío.

Cuando llegó el doctor, Ceferino se negó a salir de la habitación. Levantó a Lolita en brazos y fue hasta la ventana. Para tranquilizar a la perra le acarició la cabeza con movimientos circulares. Era una técnica que solía utilizar para amaestrar a los gallos y parecía que funcionaba también con ella.

El doctor Silvera tomó una taza que estaba encima de la mesita de noche y se la llevó a la nariz.

—A pesar de la miel y el limón que utilizaron para disfrazar el verdadero contenido de la infusión, todavía se puede percibir el fuerte olor de la ruda. —Miró a Úrsula—. ¿Usted se la dio de beber?

Ella asintió.

—Pudo provocar una tragedia y lo sabe —dijo, molesto—. La muchacha ha

perdido mucha sangre y si no evacúo los restos del feto de su cavidad uterina ahora mismo puede morir.

—Haga lo que sea necesario, doctor —le pidió Ceferino, desesperado ante la posibilidad de perder a Mariana. Le dolía que su hijo ya no naciera, pero no iba a poder soportar la vida sin ella.

Silvera asintió. Sin perder tiempo, despejó la cama y sacó un frasco de su maletín. Tras embeber un pañuelo con un líquido transparente, lo colocó en el rostro de Mariana con el propósito de adormecerla. Esperó un tiempo prudencial hasta que hiciera efecto y luego le separó las piernas para dar comienzo con el procedimiento.

Ceferino, incapaz de resistirlo, se dio media y apretó a Lolita contra su pecho. Úrsula, en cambio, seguía atentamente todos los movimientos del doctor mientras le rogaba a Dios que su niña se salvase. Más de una hora después, el doctor Silvera arrojó al suelo las sábanas manchadas de sangre y le pidió a Úrsula que le alcanzara una manta limpia para cubrir a Mariana que temblaba por causa de la fiebre.

—Hay que continuar con las friegas de alcohol, y si eso no es suficiente sugiero darle un baño con agua fría dos veces al día para tratar de bajarle la temperatura —explicó, secándose el sudor de la frente con la mano.

Úrsula iba a decile algo, pero Ceferino se le adelantó.

—Haremos todo lo que usted indique, doctor —aseveró, mirándola con desdén. Sentía que después de lo que había provocado, no tenía ningún derecho de estar al lado de Mariana, mucho menos de cuidarla.

—Con la cantidad de éter que le suministré, dormirá toda la noche. —Guardó sus instrumentos médicos en el maletín y contempló a Mariana—. Está muy débil por la gran pérdida de sangre que sufrió y todavía corre el riesgo de morir.

Tanto Úrsula como Ceferino guardaron silencio.

—¿Podría hablar con usted un momento? —preguntó de repente,

acrecentando la preocupación de ambos.

Ceferino le hizo señas de salir al pasillo y cerró la puerta de la habitación.

—¿Qué sucede?

—No quise decírselo delante de la señora Pacheco, pero si la muchacha se salva ya no podrá volver a engendrar otro hijo. Tuve que extirparle parte del útero para detener la infección.

El dolor y la impotencia que embargaban a Ceferino en ese momento le dieron el valor suficiente para regresar a la habitación y exigirle a Úrsula que se fuera.

—¡Usted no puede…!

No se lo volvió a repetir. La sujetó del brazo y la echó fuera bajo la atónita mirada del doctor y los lloriqueos de Lolita.

EL QUE LA HACE LA PAGA

Al llegar al burdel, Pablo ignoró la invitación de una de las muchachas y se dirigió raudamente a la habitación en la cual Balbuena solía retozar con la *madame*. Subió las escaleras como alma que lleva el diablo y entró sin anunciarse.

Efectivamente, don Álvaro se encontraba allí, tendido boca abajo mientras su amante, sentada a su lado, encendía un cigarro. La violenta irrupción de Pablo en el lugar provocó que ambos se sobresaltaran. El candidato a futuro presidente municipal de Cruz del Eje ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando el Payo se inclinó sobre la cama y lo sujetó del brazo, doblándoselo hacia atrás.

El grito de dolor que profirió Balbuena al sentir cómo sus músculos se estiraban hasta casi desgarrarse reverberó en las paredes de la vieja casona, asustando a los demás clientes que esa noche habían dejado sus hogares para rendirse a las mieles de la lujuria. Pablo, enceguecido por la rabia, apretaba con fuerza sin importarle los ruegos de la *madame* ni los chillidos del hombre que había puesto la vida de Almudena en peligro.

—¡Suélteme, desgraciado! —bramó Álvaro Balbuena con apenas un hilo de voz mientras se retorcía de dolor.

Pablo le clavó la rodilla a la altura de los riñones y, con la mano que le quedaba libre, le tiró la cabeza hacia atrás.

—Esto es por lo de la escuela, Balbuena. —Ejerció un poco más de presión, saboreando el sufrimiento de un hombre que, por pura ambición, se

había convertido en el verdugo de la pobre Camila y ahora lloriqueaba como un niño asustado—. ¡Deje en paz a Almudena, porque la próxima vez que me cruce en su camino, no voy a ser tan considerado! —Estampó su rostro contra la almohada, impidiéndole respirar y lo soltó recién cuando Balbuena dejó de luchar. Le echó una fugaz mirada a la *madame* y se alejó hacia la salida con el mismo ímpetu con el cual había llegado.

Cuando se aseguró de que ya no volvería, Balbuena se dio vuelta y contempló la puerta durante unos cuantos segundos sin decir absolutamente nada. Tenía los ojos desorbitados y los labios apretados. El maldito de Medrano lo había tomado por sorpresa; de otro modo, jamás le hubiese permitido que le pusiera una mano encima. Se incorporó y apoyó los pies desnudos en el suelo. Una mueca de dolor le atravesó el rostro al tratar de levantarse.

—Dejame ayudarte —se ofreció la *madame*, todavía impresionada por lo que acababa de ocurrir.

—Yo puedo solo —respondió de mal humor. Se acercó hasta la cómoda y tuvo que apoyarse con firmeza para no caerse. Sabía que aún le quedaba un poco de láudano. Buscó su chaqueta y hurgó en los bolsillos sin suerte.

—¿Buscás esto? —preguntó la *madame*, sosteniendo un frasco de vidrio en la mano.

Balbuena miró por encima de su hombro.

—Dame eso —le exigió.

Ella abandonó la cama y se metió el láudano en el escote del corsé.

—¿Tuviste que ver con el incendio en donde murió la hija de Lupe? —le preguntó, con los brazos en jarra.

Balbuena no respondió. Sus ojos negros estaban fijos en el frasco que se asomaba entre sus abundantes pechos.

—Pablo Medrano te acusó por lo que pasó en la escuela —insistió.

—¡Medrano es un imbécil! —Se acercó con la intención de arrebatarle el

láudano, pero ella fue más rápida y corrió hacia la puerta—. ¡Nunca podrá probar que yo di la orden para que atacasen a la maestra e incendiaran la escuela!

La *madame* sintió asco de haber compartido la cama con un hombre capaz de perpetrar semejante atrocidad. Pensó en el dolor de Lupe y en lo mucho que todas extrañaban a su hija Camila, muerta injustamente a causa de un plan ejecutado por una mente siniestra como la de Álvaro Balbuena.

—Sos un hijo de puta, Álvaro. Te merecés lo peor. —Alzó un dedo en gesto acusatorio—. ¡Ojalá Medrano te hubiese matado! ¡Nos habría hecho un gran favor! —Se dio media vuelta y salió de la habitación antes de que la alcanzara. En el pasillo, se encontró con Lupe. Era evidente que llevaba un buen rato allí, escuchándolo todo.

—Lupe…

La pelirroja, terriblemente consternada después de escuchar la verdad sobre lo sucedido en la escuela, le quitó el frasco de láudano y enfiló hacia la habitación.

La *madame* no hizo nada para impedirle el paso. Lupe tenía derecho a confrontar al culpable de la muerte de su hija; por esa razón, cerró la puerta y se alejó hacia el salón principal con el íntimo deseo de que esa noche su querido Álvaro pagase por lo que había hecho.

Balbuena se sorprendió al ver a la muchacha. Estaba bastante demacrada y parecía que llevaba días sin arreglarse el cabello; aun así, le entraron ganas de probar sus habilidades en la cama. Hacía tiempo que solo se revolcaba con la *madame* y era hora de cambiarla por unas carnes más frescas. Sonrió complacido cuando se acercó a él, abriéndose la bata de seda para tentarlo con su generosa anatomía. Le puso una mano en el pecho y le clavó la mirada. No había dicho ni una sola palabra todavía y ese silencio entre ambos lo excitaba todavía más… También que fuese la puta favorita de Medrano. Cuando comenzó a empujarlo hacia la cama, contorneando sensualmente las

caderas, se olvidó de sus músculos adoloridos y se preparó para disfrutar de ese cuerpo joven que prometía saciar cada uno de sus deseos. Se dejó caer sobre el colchón mientras sus ojos se deleitaban con sus muslos blancos que se asomaban por debajo del calzón.

—Siempre me gustaste, Lupe —le confesó, con la respiración entrecortada.

Ella no dijo nada, solo se limitó a seguir sonriendo mientras se acercaba cada vez más. Cuando se arrodilló encima de él, rozando su pene erecto, Balbuena ahogó un gemido.

Lupe le acarició el pecho cubierto de vello oscuro con una mano mientras en la otra, oculta detrás de su espalda, sostenía el frasco de láudano. Se inclinó hacia delante y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Todo en él le provocaba repulsión; desde sus roncos gimoteos hasta el olor de su cuerpo. Le puso el dedo índice sobre la boca y dijo:

—Cierre los ojos, don Álvaro.

Él, ajeno a las intenciones de Lupe, obedeció.

Ella rompió el frasco, golpeándolo contra el dosel de la cama, y lo acercó a su rostro.

Cuando Balbuena se dio cuenta de lo que pasaba, fue demasiado tarde. Lupe, con la fuerza que le daba el deseo de vengar la muerte de su niña, le enterró el vidrio en el cuello.

Don Álvaro Balbuena, candidato a futuro presidente municipal de Cruz del Eje, se cubrió el corte con ambas manos en un vano intento de detener la sangre.

—Esto es por mi niña, maldito hijo de puta —le susurró Lupe al oído antes de abandonar la cama. Se ató el lazo de la bata de seda y arregló su cabello. Lo que acababa de hacer no le devolvería a Camila, tampoco acabaría con esa tristeza que le oprimía el pecho hasta quitarle el aliento y las ganas de vivir; sin embargo, ver cómo Balbuena se desangraba hasta morir, le provocó cierto alivio. No le importaba pasar el resto de sus días en la cárcel porque ella ya

era prisionera del dolor y la desolación desde el mismo instante en el cual le habían arrebatado a su hija. Se limpió las manos manchadas de sangre y salió al pasillo.

Entró al salón, abriendo las puertas de par en par y miró a los presentes.

—Lo maté. Mi Camila ahora descansa en paz.

*

Ceferino no se separó de Mariana en ningún momento. Veló su sueño durante toda la noche y se ocupó de bajarle la fiebre con las compresas de agua fría que Amparito le había preparado. Lolita, echada en la alfombra, lo acompañaba en la vigilia. Juan de Dios también estaba allí, tendido en la cama hecho un ovillo, con la mano de Mariana debajo de la suya. Había aparecido en plena madrugada con el propósito de cuidarla y él no tuvo corazón para pedirle que se vaya.

—¿Se pondrá bien?

Ceferino aún no se acostumbraba a escuchar su voz.

—No lo sé, Juan de Dios —respondió con un nudo en la garganta—. Ha perdido mucha sangre.

—No quiero que ella también muera. —Los ojos claros del niño se llenaron de lágrimas—. Ya perdí a mi amiga Camila y, antes de llegar aquí, parte de mi familia murió en un incendio en la toldería.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Mi madre fue capturada por el poderoso cacique araucano Calfucurá durante la batalla de Pi Hue. Él la llevó a los pagos de Rivera porque ya había mandado a levantar las tolderías de las salinas. La convirtió en su esposa y, poco tiempo después, nací yo. Un día, el cacique enfermó de unas fiebres, y mi madre, que sabía de hierbas, se ofreció a curarlo. Sabía que si él moría, ella también correría la misma suerte. Cuando Calfucurá mejoró gracias a sus

ungüentos la llamó a su lado y le dijo que yo sería su heredero. A pesar de que mi madre ya no fue maltratada por las demás mujeres de la tribu, después de darme a luz huyó de la toldería y jamás la he vuelto a ver. Me crió mi abuela; ella y dos de mis hermanos quedaron atrapados entre las llamas cuando fuimos atacados por los soldados. A pesar de ser el favorito del cacique, me quedé solo. Por eso decidí seguir los pasos de la mujer que me dio la vida y dejé la toldería.

—¿Te fuiste para ir a buscarla?

—No sabría por dónde empezar. —Se encogió de hombros—. Además, ella nunca me quiso.

Ceferino ahora comprendía el apego que sentía por Mariana y el miedo de perderla.

—Mariana no va a dejarnos, Juan de Dios. —Esbozó una sonrisa esperanzadora al descubrir que la fiebre comenzaba a ceder—. Ninguno de los dos sabríamos cómo vivir sin ella.

Juan de Dios también sonrió. Desde el suelo, Lolita se les unió moviendo la cola.

Ceferino corrió las cortinas para permitir el paso de la luz del sol y regresó a su lado. Cuando Mariana emitió un débil quejido, le acarició el rostro.

—Ceferino…

—Aquí estoy, amor mío. Siempre a tu lado.

Mariana abrió los ojos muy despacio porque le pesaban los párpados. Apenas logró enfocar la vista, se dio cuenta de que había alguien más con ellos que le sujetaba la mano: era Juan de Dios. Verlos a los dos juntos, cuidándola con tanto esmero, le provocó una dicha inmensa. Escuchó los jadeos de Lolita, que intentaba subirse encima de la cama, y al barrer la habitación con la mirada, se preguntó en dónde se habría metido Úrsula. Tenía la cabeza embotada por causa de la fiebre, pero creía recordar que la noche anterior ella había estado acompañándola.

—¿Qué sucedió? —Como si fuese un acto reflejo se tocó el vientre. Las punzadas de dolor habían desaparecido; sin embargo, sintió un gran vacío en el pecho.

—¿No te acordás de nada?

Mariana intentó incorporarse. Con su ayuda y la de Juan de Dios logró sentarse en la cama. Lolita seguía todos los movimientos de su ama desde muy cerca.

—Solo que desperté en medio de la noche con unos dolores insoportables. —La angustia rápidamente se apoderó de ella—. Había sangre, ¡tenía mucha sangre entre las piernas!

Ceferino miró a Juan de Dios.

—¿Por qué no vas a la cocina y le decís a Rita que le prepare a Mariana un tazón de leche? —Necesitaba estar a solas con ella para contarle todo lo que había pasado.

Juan de Dios se puso de pie y, antes de dejar la habitación, la miró y sonrió.

—¿Puedo llevarme a Lolita?

Apenas mencionó su nombre, la perra corrió hacia él y mostró un gran entusiasmo cuando la alzó en brazos.

Mariana, quien ignoraba que ya había recuperado el habla, se quedó boquiabierta.

—Fue en el incendio —le explicó Ceferino—. ¿Úrsula no te lo contó? Todos en la casa lo sabían.

Mariana negó con la cabeza.

—Le salvó la vida a la señorita Izaguirre, pero se siente culpable por no haber podido hacer nada por su amiga Camila. Tenía pavor de perderte a vos también; ambos lo teníamos. —Le besó las manos y la miró—. Cuando el doctor dijo que podías morir, sentí que la tristeza me devoraba las entrañas. Nunca antes había sentido tanto miedo, Mariana.

—Úrsula me dijo que no tenía nada grave, que el desvanecimiento del otro

día era un episodio sin importancia, como los que padecía de niña y que yo ni siquiera recuerdo —le dijo, algo confusa.

Maldijo el nombre de Úrsula Pacheco por engañarla de esa manera.

—Mariana, el desmayo que sufriste se debió a una única razón… estabas encinta. —Le apretó un poco más fuerte las manos—. Cargabas un hijo mío en tu vientre; un hijo que ya nunca va a nacer porque Úrsula nos lo arrebató.

—No… no. —Se negaba a creerlo. No podía ser cierto. Quiso salir corriendo, buscar a Úrsula para que le diera una explicación, pero no tuvo la fuerza suficiente para hacerlo. Llorando desconsolada, se arrojó a los brazos de Ceferino—. ¿Por qué?

Ceferino no tenía una respuesta para darle. Aunque no habría podido evitar que sucediera, de alguna manera se sentía culpable. Si no hubiese posado sus ojos en ella, nada de eso estaría pasando.

—Hay algo más que debés saber, Mariana.

Asustada por el tono grave de su voz, ella se apartó un poco para mirarlo a la cara.

—El daño que sufriste es irreversible. —Ceferino tuvo que respirar hondo antes de continuar—. Ya no podrás volver a quedar embarazada.

Mariana cerró los ojos mientras negaba con la cabeza. Úrsula no solo había asesinado al hijo que llevaba en sus entrañas; también la había privado de convertirse en madre algún día. El cariño y el respeto que siempre había sentido hacia ella quedaron sepultados en el fondo de su corazón, junto al sueño de darle un heredero al hombre que amaba. Ya ni a eso podía aspirar. Haciendo un gran esfuerzo para no volver a llorar, se acarició el vientre.

—Me dejó vacía, Ceferino. Era el fruto de nuestro amor y ella lo mató. —Bajó la mirada porque era incapaz de mirarlo a los ojos—. Jamás podrás ser padre si te quedás a mi lado.

—Mariana, a tu lado es donde quiero estar —dijo él, tomándola del mentón —. Tu amor me basta y me sobra; no necesito nada más para ser feliz.

—Pero no es justo… —insistió ella.

—Injusto sería vivir lejos de vos, Mariana. —Le acomodó un mechón de cabello que le caía en la frente y le sonrió—. Te amo y quiero que seas mi esposa.

La emoción no le permitió esgrimir ninguna otra razón para que desistiera de compartir la vida con una mujer a medias; porque así se sentía ahora, después de perder a su criatura.

—¿Aceptás casarte conmigo?

—¿Estás seguro, Ceferino? —preguntó, temerosa.

—¡Nunca antes estuve tan seguro de querer algo en mi vida, Mariana! —afirmó, dejando la tristeza a un lado y aferrándose a la esperanza de un futuro junto a ella—. Y en este momento lo único que anhelo es convertirte en mi esposa. No me importa lo que diga esa mujer, ya no va a volver a separarnos, no después del daño que nos ha hecho. No se lo permitas, Mariana…

—No lo haré, Ceferino —dijo ella, enjugándose las lágrimas—. Úrsula ya no se interpondrá en nuestro camino. Si es necesario, nos iremos de aquí para que su maldad no vuelva a alcanzarnos. —Hizo un gran esfuerzo en sonreír—. Solo lejos de ella lograremos ser felices, ahora lo sé.

—¿Eso es un sí?

Mariana asintió.

—Mi cuerpo, mi corazón y mi alma te pertenecen, Ceferino Guayquivil.

Ceferino se acercó y la besó.

—Te amo, Mariana. —La miró a los ojos—. Te amaré siempre.

Ella se recostó sobre su pecho y lo abrazó. Rápidamente el calor de su cuerpo le brindó la tranquilidad y el consuelo que necesitaba. De sus labios todavía agrietados por la fiebre brotó un susurro.

—Yo también te amo, Ceferino.

*

Lo primero que hizo Almudena, apenas se sintió mejor, fue buscar a Pablo. No lo encontró en su habitación ni tampoco en el despacho. En la cocina le dijeron que había salido el día anterior y que aún no regresaba. El corazón le dio un vuelco en el pecho al recordar lo que le había dicho antes de desaparecer. ¿Y si ya no volvía a verlo? Pablo no podía irse de esa manera, sin siquiera despedirse. Se cruzó con Úrsula en el salón y le preguntó por Mariana.

—No sé cómo está —le dijo, molesta—. Ese hombre no me ha permitido entrar a verla.

Almudena imaginó que Ceferino tendría una razón muy poderosa para impedirle acercarse a Mariana. La notó demasiado nerviosa y con miedo. Nunca antes la había visto actuar de ese modo. Decidió pasar luego por su habitación para ver cómo se encontraba. Aún no sabía exactamente qué le había ocurrido, y ni siquiera Amparito, que siempre estaba al tanto de lo que ocurría en la estancia, se lo había querido decir.

Se acercó a la ventana y permaneció un largo rato allí, contemplando el campo, con la esperanza de que Pablo volviera de un momento a otro para decirle que quería pasar con ella el resto de su vida. Ahora que tenía la certeza de que la amaba, no podía perderlo. Se giró sobre sus talones cuando escuchó que alguien se acercaba.

—Por la expresión en tu rostro, presiento que esperabas a otra persona —manifestó Diego con seriedad. No iba a fingir que todo estaba bien. La muñequita de porcelana fina le debía una respuesta y él comenzaba a perder la paciencia.

Ella se volteó y no dijo nada.

Diego maldijo en silencio al gitano. Por su culpa, el plan estaba a punto de fracasar. Ya no le bastaba solamente con vengar la muerte de su primo Román, quitándolo del medio. Quería mucho más que eso… Quería que el Payo

sufriese lo indecible antes de tener el placer de pegarle un tiro en medio de los ojos. Y para ello necesitaba tener a Almudena al alcance de la mano.

—Sabes que puedes contarme lo que sea. Más allá de lo que siento por ti, somos amigos —le dijo, mostrándose comprensivo.

Ella lo miró por encima de su hombro y, a pesar de la tristeza en sus ojos verdes, le sonrió.

—Gracias, Diego, pero a veces es mejor guardar silencio, sobre todo si con lo que dirás, vas a lastimar a alguien a quien apreciás mucho.

—Almudena, sé que no estás enamorada de mí. Lo he sabido todo el tiempo —dijo, cambiando de táctica—. Permitiste que te cortejara solamente para darle celos a Pablo, ¿me equivoco?

—No —contestó, sorprendida.

—Seguramente piensas que el agradecimiento y el afecto que sientes por mí no son suficientes para convertirte en mi esposa, pero te prometo que pondré todo de mi parte para que seamos dichosos, Almudena. —Se aproximó a ella, la tomó de la mano y le besó los dedos—. Solo te pido una oportunidad para demostrarte lo mucho que te amo.

—Pablo me ha pedido que acepte tu propuesta de matrimonio; él dice que a tu lado voy a ser feliz —le confió.

Diego sonrió para sus adentros. El imbécil del gitano se la estaba entregando en bandeja de plata.

—Mi hermano es un hombre sabio.

—Pablo es un necio —replicó ella, sin poder resignarse—. Está sacrificando sus propios sentimientos porque cree que no me merece. Quiere alejarse de mí cuando lo único que yo deseo es estar a su lado. Siempre lo he amado, Diego. Dejé mi vida en Buenos Aires y me vine a instalar a este pueblo con la ilusión y el propósito de conquistar su amor. Sabía que no sería sencillo porque el corazón de Pablo ya tenía dueña, sin embargo, he logrado derribar ese muro que construyó a su alrededor y que le impedía enamorarse

de otra mujer. Él me ama, ahora lo sé.

Diego fingió que sus palabras lo habían herido y dejó escapar un suspiro.

—Si Pablo te ama, ¿por qué renuncia a ti?

Almudena lo pensó muy bien antes de responder.

—Son la culpa y el miedo los que hablan más alto que su corazón. Alguien quiso darle un escarmiento y me usó a mí para castigarlo.

—¿De quién estás hablando?

—De Álvaro Balbuena. Ese hombre pretende que Pablo le venda su parte de la estancia para luego negociar con el ferrocarril. Cuando él se negó, lo amenazó con revelar su secreto. Pablo nunca estuvo dispuesto a acceder a su chantaje; solo buscaba ganar algo de tiempo y eso provocó la ira de Balbuena, quien, en represalia, incendió la escuela conmigo en su interior. Por esa razón Pablo decidió alejarse de mí, para protegerme.

—¿Tan grave es ese secreto que mi hermano no quiere que salga a la luz?

Almudena asintió. Necesitaba desahogarse con alguien y Diego siempre estaba ahí para escucharla.

—Pablo se manchó las manos con sangre para defender la honra de la mujer que amaba. —Percibió algo de sorpresa en su mirada; sin embargo, parecía demasiado tranquilo—. Sucedió hace tres años, en Buenos Aires, cuando todavía estaba en el circo. Ese terrible episodio cambió su vida para siempre. Huyó para escapar de la justicia y, gracias a la intervención de don Casimiro Larrea, vino a parar a este lugar. Pero ahora que Balbuena conoce la verdad sobre su pasado, Cruz del Eje ya no es un sitio seguro para él.

—Entonces hizo bien en renunciar a ti, Almudena. ¿Qué clase de vida te espera a su lado? Pablo cometió un delito muy grave y aunque haya sido para salvar a esa mujer, tarde o temprano tendrá que saldar la deuda que tiene con la justicia —le dijo, a sabiendas de que no había justicia posible para el gitano, tan solo le esperaba su ansiada venganza.

—¡Pero yo lo amo, Diego! —A Almudena ni siquiera le preocupaba herir

sus sentimientos. Debía ser sincera con él. Si finalmente aceptaba su propuesta de matrimonio, tenía que escuchar todo lo que tenía para decirle—. Jamás podré amar a otro hombre, no después de haber sido suya.

Después de esa mañana en la cual ambos desaparecieron de la estancia, comenzó a sospechar que habían estado juntos; sin embargo, escucharlo de su propia boca lo dejó estupefacto. Él quería tener el privilegio de ser su primer hombre y el gitano se lo había quitado.

—Almudena… —Tuvo que hacer un gran esfuerzo en fingir que no le importaba—. Lo que pasó entre Pablo y tú es cosa del pasado. Yo estoy dispuesto a olvidarlo todo para ofrecerte una vida sin sobresaltos. Si me aceptas, mi único objetivo será hacerte feliz. Nos iremos a Buenos Aires o a dónde quieras. Incluso podríamos ir a vivir a España, si te apetece.

Abrumada por la nueva propuesta de Diego, Almudena no supo qué responderle. No deseaba volver a alejarse de su familia. Ahora que estaba a punto de perder a Pablo definitivamente los necesitaba más que nunca.

—¿Qué dices? —Le rozó la mejilla con un toque ligero para no incomodarla. Ardía en deseos de besarla y estrecharla entre sus brazos, pero logró contenerse. Debía esperar un poco más.

—Quisiera poder decirte que sí en este mismo instante, Diego. —Se dio media vuelta, evitando cualquier otro acercamiento con él—. No tengo dudas de que harías feliz a cualquier mujer, pero vos no serías feliz al lado mío, no mientras mi corazón le pertenezca a otro hombre.

Diego ya no sabía qué argumento utilizar para convencerla. Si hasta el propio Medrano estaba de acuerdo, ¿por qué ella se resistía a aceptar su oferta de matrimonio?

—No quiero que te precipites en darme una respuesta. Piénsalo bien y luego me buscas. —Antes de que agregara algo más le dio un beso casto en la frente y abandonó el salón a toda prisa.

Almudena dejó escapar un resuello mientras volvía a contemplar el paisaje

serrano a través de la ventana.

Pablo no volvía y ella no sabía qué hacer.

*

Trinidad se despertó sobresaltada al oír que alguien golpeaba a la puerta con insistencia. Aturdida, después de haber estado despierta durante casi toda la noche, le costó discernir qué hora era exactamente. Su mano derecha todavía descansaba debajo de la almohada en donde había escondido la pistola.

—¡Doña Trinidad, despierte! ¡Es la policía! ¡Quieren hablar con usted! —le anunció Avelina incluso antes de entrar en la habitación.

Trinidad se incorporó rápidamente y le pidió que la ayudara a vestirse.

—¿Te han dicho qué querían?

La criada negó con la cabeza.

—No dijeron nada, patrona, pero por la cara que traen debe ser algo muy serio.

Trinidad miró de reojo en dirección a la cama. Había estado esperando a su esposo para acabar con todo de una buena vez, pero Álvaro nunca apareció. Se arregló un poco el cabello al pasar frente al espejo y bajó al vestíbulo con un nudo en la garganta. Sintió alivio de que sus hijas no se hubieran despertado todavía. Si la policía le traía malas noticias, era mejor mantenerlas al margen.

—Buenos días, comisario. —Se atusó el peinado una vez más y trató de sonreír—. ¿Qué puedo hacer por usted?

El comisario venía acompañado por uno de sus oficiales. Llevaba el sombrero en la mano y tenía una expresión circunspecta en su rostro macilento.

—Lamento ser el portador de una noticia tan aciaga, doña Trinidad. —Le echó un rápido vistazo a la mujer de Balbuena. Estaba algo desaliñada, seguramente por causa de una noche en vela esperando la llegada de un esposo

que nunca llegó a la casa, aun así, siempre le había parecido una mujer más que interesante.

Trinidad se aferró al brazo de su criada.

—Se trata de Álvaro, ¿verdad?

El comisario asintió.

—El señor Álvaro Balbuena fue asesinado en el burdel del pueblo.

Trinidad pensó en alguna pelea de borrachos que había terminado en tragedia; por eso cuando la policía le contó los detalles de cómo había muerto, tuvo que sentarse.

—¿Esa mujer lo mató?

—Sí. Ella misma confesó el crimen. Balbuena estuvo detrás del incendio en la escuela en el que murió su hija.

—No puede ser…

—Le encargó el trabajo a un conocido nuestro, un tal *Chúcaro* Molina. Ya he enviado a una cuadrilla de mis mejores hombres para que le sigan el rastro.

Trinidad asintió. Estaba horrorizada. No tanto por la muerte de su esposo sino por lo que había provocado con su falta de escrúpulos y su desmedida ambición. Se le estrujó el corazón al pensar en esa pobre criatura y en el dolor de su madre. Si ella se hubiese atrevido a usar antes esa pistola que ahora guardaba debajo de la almohada podría haberlo evitado.

—El cuerpo de su esposo fue trasladado a la comisaría —le informó—. Esta misma tarde será entregado a la familia para que sea velado.

—¿Puedo preguntarle cómo murió?

El comisario se aclaró la garganta antes de responder.

—Balbuena fue degollado. Según la declaración de uno de los testigos, la madre de la niña utilizó un frasco de láudano que portaba la víctima en el bolsillo de su chaqueta.

Láudano. Eso explicaba la conducta errática que había tenido su esposo durante los últimos meses. También los súbitos cambios de humor y esa

constante agresividad que lo había llevado a levantarle la mano por primera vez en más de veinte años de matrimonio.

Cuando la policía se marchó, subió a la habitación de sus hijas para darles la noticia. A pesar del daño que les había causado, las tres lloraron abrazadas por la muerte de Álvaro Balbuena.

*

Úrsula se alegró cuando le avisaron que Mariana quería hablar con ella. Subió de prisa las escaleras y, tras dar unos golpecitos en la puerta, entró en su habitación. Se detuvo en seco al descubrir que Ceferino y ese niño mestizo que siempre andaba con él la acompañaban.

Mariana le hizo señas de que se acercase, pero ella prefirió quedarse donde estaba.

—Úrsula, me cuesta mucho mirarte a los ojos después de lo que nos has hecho. —Apretó la mano de Ceferino—. Jamás pensé que fueras capaz de llegar a tanto.

Úrsula tragó saliva. Se sentía incómoda con la presencia de esos dos indeseables.

—Lo hice por tu bien y no me arrepiento de nada —replicó con un gesto impasible—. Heredaste el carácter débil de tu madre y te dejaste manipular por el primer hombre que se cruzó en tu camino. Me arrepiento de haberte traído a este lugar. De haber sabido que terminarías arruinando tu vida, jamás hubiésemos salido de Buenos Aires.

—¡Fue tu ambición la que nos trajo a este pueblo! —le recordó—. Yo no deseaba venir, vos me obligaste. Ya no te lo reprocho Úrsula, al contrario, te doy las gracias porque aquí tuve la dicha de encontrar al amor de mi vida.

—¿Cómo pudiste poner tus ojos en un salvaje? —Miró fugazmente a Ceferino—. No te eduqué para que terminases enredada con un sujeto de

semejante calaña, Mariana.

Ella hizo caso omiso a su comentario.

—No voy a discutir eso con usted, señora. Ya no tiene derecho a tomar decisiones por mí, mucho menos después del daño que nos causó.

Úrsula sintió un dolor en el pecho al oír que la trataba con tanta frialdad, precisamente a ella, que la había querido siempre como a una hija.

—Le voy a pedir que regrese a Buenos Aires cuanto antes. Puede quedarse con la casa que me heredó mi tío porque a nosotros no nos hace falta. —Hizo un ademán con la mano cuando Úrsula intentó interrumpirla—. No se preocupe que no pasará ningún apuro económico. El banco seguirá girando la misma suma de dinero todos los meses como ha venido haciéndolo hasta ahora.

—Mariana… mi niña.

—Yo ya no soy su niña, Úrsula —respondió. Le costaba no llorar, pero le había prometido a Ceferino que le demostraría a Úrsula que podía ser fuerte sin ella—. Soy una mujer hecha y derecha que está dispuesta a luchar por lo que más quiere. —Miró a Ceferino y luego le acarició la cabeza a Juan de Dios—. Usted me quitó la posibilidad de convertirme en madre; sin embargo, todo el amor que tenía para brindarle a ese niño que nunca llegó a nacer ya encontró un destinatario.

Los ojos negros de Úrsula se posaron en el mestizo. ¡Mariana no podía estar hablando en serio!

—No ponga esa cara, señora —intervino Ceferino—. Le he pedido a Mariana que se case conmigo y ella aceptó. Si Juan de Dios está de acuerdo, vivirá con nosotros y lo criaremos como a un hijo.

Al niño se le iluminó el rostro. Con los ojos llenos de lágrimas se recostó sobre el regazo de Mariana. Aunque hacía días que podía hablar, se había quedado sin palabras.

—¿Te volviste loca? ¡Jamás lo permitiré!

—¡Usted no puede impedirme nada, *señora*! —le contestó Mariana, alzando

la voz—. ¡Se irá a Buenos Aires y vivirá su vida como mejor le plazca! ¡Yo ya no la necesito! ¡Tengo conmigo todo lo que me hace falta para ser feliz!

—¡Sos una desagradecida! ¡Después de todo lo que hice por vos me tratás así! —rebatió Úrsula, dolida por su maltrato.

—Váyase, por favor. No quiero volver a verla —le pidió Mariana, a punto de quebrarse.

—No me iré todavía, Mariana. Aunque me duela en el alma, me quedaré para ver cómo arruinás tu vida al unirte en matrimonio a un hombre que no te merece. Si te molesta mi presencia, puedo dejar la estancia y mudarme a la pensión del pueblo. Luego de tu boda me iré, y si ese es tu deseo, ya no volverás a saber de mí. —El amor de madre que le había profesado durante todos esos años y la culpa por lo que le había hecho pesaban más que su orgullo.

—Haga lo que quiera, señora —dijo Ceferino, tomando la palabra en lugar de Mariana—. Ya no tenemos nada más que hablar con usted. Le mandaremos a avisar cuándo es la boda, no se preocupe —añadió, con ironía.

Úrsula le dedicó una mirada cargada de desprecio. A pesar de todos sus esfuerzos, había conseguido poner a Mariana en su contra. Alzó la cabeza con altivez y enfiló hacia la puerta en silencio. Ya no tenía nada que hacer en un lugar en donde no la querían. En el pasillo se cruzó con Medrano. Sentía que él también se había burlado de ella; por esa razón ni siquiera le dirigió la palabra. Entró en su habitación y se sentó en la cama. Al mirarse las manos descubrió que estaban temblando. Las lágrimas pugnaban por salir, pero entornó los párpados para no llorar. No les daría ese gusto. Se puso de pie y sacó una valija del ropero. Dejaría la estancia esa misma noche y se instalaría en el pueblo a la espera de novedades. Podrían haberse salido con la suya, sin embargo, jamás la verían derrotada.

*

—Debería ir a descansar a su cuarto —adujo Mariana mientras contemplaba con ternura a Juan de Dios. El niño se había quedado dormido en su regazo y parecía que no tenía intenciones de marcharse.

Ceferino intentó despertarlo, pero él solo emitió un quejido de protesta.

—Si yo estuviese en su lugar, tampoco me querría ir —manifestó el indio, curvando los labios en una sonrisa.

Su atrevido comentario provocó que Mariana se sonrojase. Él se acercó y levantó al niño en brazos. Antes de que se lo llevase, Mariana le dio un beso en la frente. Ceferino le aseguró que regresaría enseguida y salió, dejando la puerta entreabierta.

Apenas unos segundos después, Pablo se asomó, preguntando si podía pasar.

—Adelante. —Mariana bebió un poco de agua y se acomodó la almohada detrás de la cabeza.

—Espero no importunarte. Me encontré con Ceferino y me dijo que podía venir a verte.

—No es molestia, Pablo. —Esbozó una sonrisa—. ¿Has llegado recién? Me dijeron que no estabas en la estancia.

—Volví porque necesitaba hablar contigo. —Se sentó en la orilla de la cama y la miró seriamente—. Llevo tres años viviendo aquí. Todo lo que aprendí sobre el campo y el ganado me lo enseñó tu tío. Yo, que siempre tuve un corazón nómada, terminé echando raíces y amando a estas tierras como si fuesen mías.

—Lo son —repuso Mariana—. Mi tío Casimiro te heredó la mitad de La Querencia porque estuviste a su lado todo este tiempo. Tenés más derecho que yo de quedarte con ellas.

—No, Mariana. Sé que el viejo quería lo mejor para mí y por eso me dejó la mitad de su patrimonio; sin embargo, tú eres su legítima heredera y como

tal, es justo que todo pase a tus manos. —Sacó un sobre del bolsillo de su chaleco y lo dejó encima de la mesita de noche—. Hoy temprano fui a ver al abogado y le pedí que redactara un documento en donde te cedo mi parte de la herencia. Solo hace falta tu firma.

—Pablo, no es necesario.

—Sí lo es. Estoy más que dispuesto a renunciar a todo con una única condición, Mariana.

—Te escucho.

—No quiero que vendas las tierras, mucho menos que aceptes cualquier oferta que venga de la gente del ferrocarril. Balbuena intentó hacerse con ellas de mala manera, pero él ya no es un problema. Está muerto.

—¿Muerto?

Pablo asintió.

—Fue asesinado anoche en el burdel por una de las muchachas. —Le ahorró los detalles del crimen y tampoco le mencionó que poco antes del trágico suceso él lo había ido a buscar.

Mariana apenas conocía a Balbuena, aun así, le causó inquietud enterarse de que estaba muerto. Recordó la reacción de Juan de Dios cuando lo conoció y se le puso la piel de gallina. Ignoraba cuáles eran sus razones para negarse a vender, pero lo vio tan angustiado que no tuvo el valor de decirle que no.

—No te preocupes, Pablo. Ceferino y yo nos aseguraremos de que el ferrocarril nunca ponga sus manos en el patrimonio de mi tío. Sé que durante muchos años le guardé rencor… rencor que Úrsula se encargó de alimentar hablándome siempre mal de él. Creo que nunca le perdonó que mi padre haya muerto implorando su caridad.

—Hay algo más que quiero pedirte. —Volvió a hurgar entre sus ropas y sacó otro sobre—. Es una carta para Almudena. Aunque ya le expliqué por qué me marcho, no tengo el valor de despedirme de ella cara a cara.

Mariana tomó la carta y la dejó junto al documento que debía firmar.

—No quiero entrometerme en tu vida privada, Pablo, pero Almudena y yo nos hemos confiado nuestros secretos y sé que está perdidamente enamorada de vos. ¿Por qué renunciás a su amor?

Pablo suspiró.

—Porque la amo y quiero lo mejor para ella. —Se puso de pie con la intención de marcharse antes de que Mariana siguiera escarbando en la herida —. Y en este momento de mi vida yo no puedo ofrecerle lo que Almudena se merece.

—¿Y pensás que Diego sí puede hacerlo?

—Aunque me muera de los celos al imaginármela en brazos de otro hombre, sé que él la hará feliz.

—¿Cómo podés estar tan seguro? Almudena está enamorada de vos, no de Diego.

—Ya no quiero hablar de ella, Mariana. Mi decisión está tomada y no voy a dar marcha atrás. —Le sonrió mientras se alejaba hacia la puerta—. Me alegra que Ceferino y tú hayan decidido formar una familia con Juan de Dios. Ahora que la estancia es toda tuya, podrán quedarse a vivir aquí.

—Nos casaremos en unos días —le anunció—. Me gustaría mucho que pudieras estar presente en la boda.

—No te prometo nada, Mariana. Por ahora estoy viviendo en el rancho que tengo en el monte, pero me iré hoy mismo.

Mariana asintió. Cuando escuchó que Pablo bajaba las escaleras, se apuró a levantarse. Se puso la bata encima del camisón y tomó la carta. No había tiempo que perder. Debía buscar a Almudena antes de que Ceferino regresara y la obligara a acostarse nuevamente.

La encontró en su habitación, tendida en la cama y con los ojos hinchados de tanto llorar. Al acercarse, se dio cuenta de que ni siquiera la había escuchado entrar.

—Almudena, tengo algo para vos. —Le mostró la carta y recién entonces

logró atraer su atención.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando reconoció la letra de Pablo al ver su nombre escrito en el sobre.

—Me la acaba de dar y vine enseguida a traértela.

—¿Pablo ha vuelto?

—Vino a decirme que renuncia a su parte de la estancia y a pedirme que te entregue esta carta. —Se sentó junto a ella al sentir la debilidad en sus piernas —. No ha dejado La Querencia todavía. Se está quedando en el monte, pero planea irse hoy.

Desesperada por conocer su contenido, Almudena rasgó el sobre con dedos temblorosos y comenzó a leer.

Querida Almudena,

Me faltó valor para decirte adiós mirándote a los ojos, pero me alejo de ti con la convicción de que lo hago por tu bien. Esa verdad que ambos conocemos, y que hoy me impide vivir junto a la mujer que amo, se ha convertido en mi peor verdugo.

No sufras por mí porque no lo merezco. Soy un cobarde que prefiere seguir huyendo de su pasado; por eso quiero que me olvides, Almudena. Intenta ser feliz con Diego que yo me conformaré con saber que estás al lado de alguien que te ofrece lo que yo no puedo darte.

Te amaré siempre, mi dulce Almudena. Me llevo tu sonrisa y el perfume de tu piel grabados a fuego en mi alma.

Olvídame y sé feliz.

Pablo

Con lágrimas en los ojos, Almudena dobló el papel y se lo llevó al pecho.

—Nunca pensé que sufriría tanto al descubrir que Pablo se ha enamorado de mí… Ahora que su corazón finalmente me pertenece, él se va.

—¡Almudena, no todo está perdido! —exclamó Mariana—. ¡Tenés que ir a buscarlo a ese rancho e impedir que se aleje de vos para siempre! ¡Estoy segura de que cuando te vea, no podrá dejarte!

A pesar de la honda tristeza que la embargaba tras leer la carta de Pablo, el entusiasmo de Mariana consiguió levantarle el ánimo. Se enjugó las lágrimas de un manotazo y le puso una sonrisa a su rostro. Ella tenía razón. No podía quedarse allí, sin hacer nada, mientras el hombre que amaba tomaba la peor decisión de su vida. Ella nunca sería feliz con Diego ni con ningún otro. Estaba dispuesta a todo con tal de demostrárselo. Se guardó la carta en el escote del vestido, luego sacó la valija de debajo de la cama y metió unas cuantas prendas en su interior. Le dio un fuerte abrazo de despedida a Mariana y bajó las escaleras en dirección a la cocina para pedir que alguien la llevase hasta el rancho.

Ignorando que alguien la seguía, abandonó la casa con el corazón en un puño.

LA BODA

El funeral de don Álvaro Balbuena, quien se vanagloriaba de convertirse pronto en el primer presidente municipal de Cruz del Eje, fue uno de los menos concurridos del pueblo. Tan solo su esposa y sus dos hijas se acercaron a acompañar sus restos al cementerio después de que se supiera que había sido él quien diera la orden de incendiar la escuela. La mano ejecutora de tan aberrante hecho ya se encontraba tras las rejas. El *Chúcaro*, a quien nunca le había pesado ninguno de los crímenes que cargaba sobre sus hombros, no había podido soportar que una niña hubiese muerto en el fuego por su culpa. Por eso se presentó una mañana en la comisaría para entregarse y contar todo lo que sabía.

Trinidad jamás perdonaría a su esposo. No pensaba en ella, sino en sus hijas. La gente tardaría mucho tiempo en olvidar lo que su padre había hecho y las nefastas circunstancias en las cuales había muerto, degollado en la cama de una de las putas del burdel. Debido a lo ocurrido había aplazado su viaje a Mendoza con Ramiro. Se resistía a dejarlas, sobre todo ahora que se quedarían solas. Llegaron a la casa y las tres rechazaron el té de manzanilla que les ofreció la criada. Mientras las muchachas subían a su habitación para echarse un rato antes de la hora del almuerzo, Trinidad se dirigió al salón y se sirvió algo fuerte. Lo necesitaba. Su vida había cambiado por completo en apenas unas pocas horas y no sabía el rumbo que tomaría tras haberse quedado viuda. Se asomó a la ventana, entonces vio a Ramiro parado al otro lado de la calle. Sintió que le temblaban las piernas. Ya estaba totalmente recuperado,

más que dispuesto a irse con ella para ponerse a salvo. Lo saludó con la mano y él le dedicó una sonrisa a la distancia. Cuando Ramiro se acercó a la casa, se apartó de la ventana. Un par de minutos después, entraba por la puerta del salón y se fundía en un cálido abrazo con ella.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó mientras le acariciaba la espalda.

—El cementerio estaba vacío. Toda esa gente que Álvaro lisonjeó para ganarse sus votos en las elecciones ni siquiera se acercó a despedirlo.

—No me sorprende —repuso Ramiro—. A Balbuena jamás le importó el bienestar del pueblo, solo quería llenarse los bolsillos a su costa.

—No está bien hablar mal de los muertos.

Él se separó para poder mirarla.

—Lo sé, Trinidad, perdoname. Más allá de todo lo que ha hecho, es el padre de tus hijas. —La tomó de la mano y se fueron a sentar—. Imagino lo mal que lo deben estar pasando.

—Mis niñas son más fuertes de lo que pensaba, Ramiro. —Respiró hondo antes de seguir hablando. Había tomado una decisión y esperaba que él la apoyase—. Sin embargo, no puedo irme ahora, cuando más me necesitan. Acaban de perder a su padre, no es justo que también se queden sin su madre.

Ramiro ya lo sospechaba. Incluso desde la tumba, Balbuena seguía interfiriendo en su vida.

—Yo no puedo quedarme en el pueblo, Trinidad. Esta mañana la gente se sorprendía al verme. Todos creen que regresé a Entre Ríos y van a empezar a hacer preguntas. No sé por qué todavía nadie de la milicia ha venido a buscarme, pero no me puedo arriesgar.

—Y yo no quiero que nada malo te pase, Ramiro. Ya estuviste a punto de morir por mi causa y jamás me lo perdonaría. —Le rozó la mejilla con el dorso de la mano—. Te amo y eso nunca va a cambiar; por eso te pido que te vayas cuanto antes a Mendoza y me esperes. Cuando yo sienta que mis hijas están listas para afrontar lo que se viene, me reuniré contigo y cruzaremos la

cordillera para empezar una nueva vida juntos en Chile, como habíamos planeado.

—No voy a soportar estar lejos de vos, Trinidad —le besó los labios con fervor, negándose a dejarla.

La separación sería dolorosa; ella lo sabía mejor que nadie. Se recostó sobre su pecho y cerró los ojos para no llorar.

—Debemos ser valientes, Ramiro. El tiempo pasa rápido y ese amor que sentimos el uno por el otro hará que la distancia no nos pese tanto.

Resignado, él la estrechó entre sus brazos. Dejaría el pueblo esa misma noche y la esperaría. Mientras le susurraba cuánto la amaba, respiró hondo para embriagarse con el olor de su perfume una última vez antes de partir.

*

Apenas la volanta se detuvo en el claro del monte, Almudena bajó de un salto y, levantándose la falda del vestido, caminó presurosa hacia el rancho. Cuando abrió la puerta y descubrió que no había nadie en su interior se sintió desfallecer. Todo estaba ordenado y unos leños terminaban de arder en la chimenea. Encima del jergón en donde Pablo la había hecho suya, encontró un par de clavas de madera talladas a mano. Tomó una de ellas y deslizó el dedo por sus hendiduras, siguiendo el diseño, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Pablo se había ido llevándose con él parte de su alma y no iba a poder resistirlo. Se volteó rápidamente cuando una sombra se recortó contra la pared. El atisbo de esperanza que por un instante iluminó su mirada desapareció cuando vio que solo se trataba de Diego.

—Almudena. —Se aproximó a ella y le quitó la clava de madera de las manos para poder abrazarla—. Lo siento mucho. Salí detrás de ti para impedir que cometieras una locura.

—¡Acabo de perder a Pablo y esta vez es para siempre! —gimoteó, escondiendo el rostro en su pecho para llorar.

Diego barrió el lugar con sus profundos ojos negros. Le complacía haber llegado a tiempo para evitar que Almudena se encontrara con el gitano; sin embargo, era una victoria a medias y sabía muy amarga. ¿Dónde diablo se habría metido? Seguramente le llevaba unas cuantas horas de ventaja como para salir a buscarlo. Además, ¿qué excusa le daría a la muñequita de porcelana fina si se iba detrás de él sin saber el rumbo que había tomado? Por el momento, se ceñiría a la otra parte del plan que la incluía a ella y era igual de placentero.

—Almudena, olvídate de Pablo. Yo estoy dispuesto a casarme contigo sin importar lo que haya pasado entre vosotros —manifestó en un tono comprensivo mientras la sujetaba de la barbilla—. Mi hermano se ha ido y ambos sabemos que no va a volver. Dame la oportunidad de hacerte feliz.

Almudena lo miró directamente a los ojos. Diego tenía razón. Pablo acababa de romperle el corazón por segunda vez en su vida y no quería sumirse nuevamente en la tristeza, llorando por los rincones porque el hombre que amaba había decidido abandonarla.

—Está bien, Diego. Acepto casarme con vos —dijo Almudena por fin, empujada por el dolor y la rabia.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro del andaluz.

—Sé que lo correcto es que hable con tu familia para pedir tu mano formalmente en matrimonio, pero perderíamos mucho tiempo viajando a Buenos Aires y no quiero esperar. —Le enjugó las lágrimas con la yema del dedo y, al pasar, le rozó los labios—. Ansío que te conviertas en mi esposa lo antes posible. —Era mejor asegurarse para evitar cualquier contratiempo.

Almudena asintió. Le daba lo mismo que fuera en unas semanas o al día siguiente. En su carta, Pablo le había pedido que se casara con su hermano y ella le daría el gusto. En el camino de regreso a la estancia escuchaba sin el

menor entusiasmo cómo Diego hacía planes para el futuro. Poco le importaba lo que sucediera con su vida a partir de ahora. La escuela había quedado reducida a cenizas, una de sus alumnas había muerto y Pablo ya no estaba.

—Después de la boda quiero regresar a Buenos Aires. —Ni siquiera lo miró. Sus ojos contemplaban el paisaje serrano que se alzaba más allá de la estancia—. No tiene sentido que me quede más tiempo en el pueblo.

Diego percibió la falta de emoción en sus palabras. Intuía que lo había aceptado por despecho o porque no le quedaba otra salida después de entregarse al gitano. Como fuese, él se aprovecharía de las circunstancias hasta el último momento. Llevar a Almudena Izaguirre al altar y luego disfrutar de ella en su cama era un trofeo demasiado jugoso como para dejarlo pasar. Tenía todo planeado hasta el último detalle y nada podía salir mal. Medrano se había ido; sin embargo, no le preocupaba demasiado. Volvería a dar con su paradero y entonces le haría pagar por la muerte de su primo Román. Eso sería después. Ahora tenía una boda que organizar. Abrazó a la muñequita de porcelana fina y sonrió cuando se dio cuenta de que estaba llorando de nuevo.

*

Gabriel, sobresaltado por el brusco movimiento que hizo el carruaje al tratar de esquivar un surco del camino, abrió los ojos. A su lado, Aitana Heredia dormitaba con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento. Llevaban tres días de viaje y aún faltaban unas cuantas horas para llegar a Cruz del Eje. Esperaba que no fuese demasiado tarde. Jamás se lo perdonaría si ese hombre le hacía daño a su hermana en su afán de vengarse del Payo. Se maldijo una y mil veces por haberle contado sobre la trágica historia que teñía de sangre el nacimiento de Coral con la única intención de alejarlo de Almudena. Lo había hecho para protegerla, pero también por celos. Aunque no tuviese motivos reales de qué preocuparse, todavía le hervía la sangre cada vez que veía a

Medrano al lado de su esposa. De nada servía su arrepentimiento ahora si, por culpa suya, Almudena salía lastimada.

—No se preocupe, Gabriel.

La voz de la gitana lo distrajo de sus pensamientos.

—La Divina Providencia no permitirá que Diego Guzmán se salga con la suya.

Él no estaba tan seguro. La angustia de no saber con qué se encontrarían al llegar le había abierto un agujero en el pecho. Además, llevaba todo el día sin comer y la ansiedad lo tenía con los nervios a flor de piel.

—En parte es mi culpa, Aitana. Jamás debí aceptar que Almudena dejase Buenos Aires y viniera detrás de Medrano. Me pareció una locura en su momento y si hubiese sido más firme con ella nos habríamos evitado varios quebraderos de cabeza. Reconozco que tampoco actué bien cuando hablé con el Payo para hacerle ver que no era sensato enfrentarse a su propio hermano por el amor de una mujer. Lo hice impulsado por los celos.

—Los celos son muy malos consejeros, Gabriel. Que le sirva mi experiencia para darse cuenta de todo el daño que pueden causar. —Se acomodó el escote del vestido. Aunque era imposible que se viera la marca en su cuello, lo hacía por mera costumbre.

—Ahora lo sé —respondió Gabriel apesadumbrado—. Créame que si pudiera volver el tiempo atrás lo habría pensado dos veces antes de abrir la boca.

La conversación fue interrumpida cuando el carruaje de repente se detuvo en medio del camino. Gabriel se asomó por la ventana para descubrir qué sucedía y no notó nada extraño. Aunque todavía era de día, el cielo se había nublado.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Aitana, asustada.

Gabriel abrió la portezuela y, antes de bajar, se tocó la cintura en donde llevaba una pistola.

—Disculpe, patrón —dijo el cochero desde el pescante—. Está anocheciendo y sería mejor buscar un lugar en donde pernoctar y continuar el viaje mañana temprano. —Levantó el brazo y apuntó el dedo hacia una luz que titilaba en medio de la llanura pampeana—. Esa es la posada de los Aguirre. Son buena gente y se come de maravillas.

Gabriel no tenía hambre; tampoco quería detenerse cuando el tiempo corría en su contra.

—¿Cuánto falta para llegar a Cruz del Eje?

El cochero, tras meditarlo durante unos segundos, contestó:

—Poco más de diez leguas.

Gabriel miró a Aitana. Lucía algo cansada, pero se resistía a perder toda una noche mientras su hermana estaba en manos de ese sujeto.

—Pasaremos por la posada solamente para comer algo y descansar un rato. —Vio que el cochero ponía mala cara—. Quiero llegar a Cruz del Eje lo antes posible. Estoy dispuesto a pagarle más de lo que acordamos si retomamos el viaje esta misma noche.

El cochero asintió sin chistar y azuzó a los caballos para que reanudaran el trote apenas Gabriel regresó al interior del carruaje.

La posada de los Aguirre era una construcción de ladrillos a la cal con techo de adobe y ventanucos de madera, que se destacaba del terreno a su alrededor por estar emplazada encima de una loma. En el corral había algunos animales, mientras que un caballo de pelaje rojizo pastaba junto al bebedero. Gabriel ayudó a Aitana a bajarse y, tras darle algunas indicaciones al cochero, caminaron a paso ligero para escapar del frío que calaba hasta los huesos.

Apenas pusieron un pie en el lugar, una mujer entrada en años y en carnes les dio la bienvenida. No había nadie, aunque un plato y un vaso vacío esperaban en una de las mesas. Una gran chimenea de piedra calentaba el ambiente, y rápidamente entraron en calor. Gabriel no tenía deseos de comer, por eso pidió un café bien cargado para mantenerse despierto durante el resto

de la travesía. Aitana, aficionada a los dulces, probó un poco de mazamorra después de que la posadera le aseguró que no había nadie en varias leguas a la redonda que la preparase como ella.

Estaba a punto de dar el primer bocado cuando la puerta de la posada se abrió y alguien ingresó al lugar. Al principio, la gitana pensó que se trataba de un espejismo o que el cansancio acababa de jugarle una mala pasada.

—Pablo…

Cuando Gabriel la escuchó musitar el nombre del Payo se dio media vuelta de un sopetón y entonces lo vio. Allí estaba, en una posada en medio de la nada, se acababan de encontrar con el mismísimo Medrano. Abandonó la silla y se acercó. Estaba tan sorprendido como ellos.

—Izaguirre, ¿qué hace aquí?

—¿Y usted? —replicó Gabriel—. ¿Por qué no está en Cruz del Eje cuidando de mi hermana?

Recién en ese momento Pablo se dio cuenta de que venía acompañado por una mujer. Cuando la vio mejor, descubrió que se trataba de Aitana Heredia.

—¿Aitana?

—Hola, Pablo. —Esbozó una sonrisa para esconder la emoción de volver a verlo después de tanto tiempo.

—¿Qué haces con este hombre? —Pablo no entendía nada.

—Medrano, debemos hablar —terció Gabriel seriamente mientras lo invitaba a sentarse con ellos.

Pablo llevaba cabalgando todo el día y estaba exhausto. Se dejó caer pesadamente en la silla y aceptó gustoso el café que le ofreció la posadera. Cuando se quitó el sombrero, se mesó nerviosamente el cabello hacia atrás para despejarse el rostro. Luego cruzó los brazos sobre su pecho y se dispuso a escuchar lo que Izaguirre tenía para contarle.

Lo primero que hizo el Payo después de conocer toda la verdad fue ponerse abruptamente de pie y tocarse la navaja que traía escondida debajo de la

camisa. Se la había regalado don Casimiro al descubrir su habilidad con la talla de madera y ahora le servía para defenderse.

—¡Debemos regresar a Cruz del Eje ya mismo! —gritó, preso de la desesperación—. ¡En la carta de despedida que le dejé a Almudena le volví a pedir que se casara con mi… con Diego Guzmán y ya pasaron tres días!

—¿Por qué se lo pidió, Medrano?

—¿Usted qué cree, Izaguirre? —replicó molesto el Payo—. Lo que hice en el pasado me ha condenado a vivir una vida a medias, llena de incertidumbre y de culpa. Almudena jamás podría ser feliz al lado de un hombre que se ha ensuciado las manos con sangre.

—Pablo, yo vi lo que pasó esa noche —dijo Aitana con la voz queda. Se sentía mal por haber propiciado su desdicha al callar durante todo ese tiempo.

—La señorita Heredia está dispuesta a declarar lo que sabe para limpiar su nombre ante la justicia, Medrano —intervino Gabriel—. Cuando volvamos a Buenos Aires pondré a su disposición al mejor abogado para que lo asesore. Usted mató a ese hombre para defender la honra de mi esposa, es lo menos que puedo hacer para acabar con su tormento. Cualquier juez con dos dedos de frente lo absolverá de toda culpa.

Pablo guardó silencio. En ese momento, con Almudena en manos de un hombre que buscaba venganza, la posibilidad de librarse de una condena por asesinato quedaba relegada a un segundo plano.

—Lo importante ahora es poner a Almudena a salvo —respondió, calándose el sombrero—. Tenemos casi un día de viaje hasta el pueblo. Será mejor que nos pongamos en marcha ya mismo.

Gabriel dejó unas monedas en la mesa, luego lo siguió hasta afuera para buscar al cochero. Aitana, mientras tanto, le pidió a la posadera que le indicara dónde asearse porque necesitaba quitarse el polvo del camino antes de salir. Afuera, impacientes, la esperaban Izaguirre y el Payo. La noche ya había caído sobre el campo y el rocío de la hierba les mojaba los zapatos. Se

subieron a la volanta y Gabriel golpeó el techo para avisarle al cochero que estaban listos para partir.

Pablo se tocó el anillo gitano que había heredado de su madre y cerró los ojos. Él no era supersticioso, pero necesitaba aferrarse a alguna fuerza tan poderosa como el destino para implorar que nada malo le sucediera a la mujer que amaba con toda el alma.

*

Almudena, con la mirada clavada en el espejo, llevaba un buen rato en silencio mientras Amparito la ayudaba a arreglarse para su boda. Todavía le parecía imposible que estuviese a punto de casarse con Diego cuando apenas un par de semanas atrás creía que por fin había alcanzado la felicidad al lado de Pablo, después de soñar con él durante tanto tiempo. Había sido suya, ¿pero de qué le servía ahora que estaba a punto de unir su vida a otro hombre? Torció la boca en un gesto de fastidio cuando la criada le apretó demasiado el corsé.

—Lo siento, señorita. —Amparito lo había hecho a propósito para sacarla de ese estado de ostracismo en el cual se había sumido desde el mismo instante en el cual Diego Guzmán le anunciara que el cura párroco del pueblo había aceptado casarlos sin tantos remilgos.

El vestido de novia, un modelo sencillo adornado con unos volados de tul, lo había confeccionado doña Adela con sus hábiles manos en apenas tres días. Cuando Almudena pretendió pagarle por su trabajo, la modista se negó a recibir su dinero, alegando que era su obsequio de bodas.

—¿Va a llevar el cabello suelto o prefiere que le haga un rodete?

Almudena se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Me da lo mismo —respondió antes del enésimo suspiro de esa tarde.

Amparito tomó un cepillo y se dispuso a peinarla. Mientras lo hacía, la

observaba con atención. La confianza que había depositado en ella le dio el valor suficiente para hablarle sin tapujos.

—No se enoje con lo que voy a decirle, señorita Izaguirre —se atajó—, pero no entiendo por qué aceptó casarse con el señor Guzmán después de todo lo que hizo para que el patrón se diera cuenta de lo mucho que le importa.

—Pablo ya no está, Amparito, y esta vez se ha ido para siempre. —Abrió uno de los cajones de la cómoda y sacó un sobre arrugado. Era la carta que le había dejado Pablo antes de abandonar La Querencia. Aunque ya conocía su contenido de memoria, se la leyó para que dejase de hacerle preguntas que no hacían más que escarbar en la profunda herida que le había provocado su partida—. ¿Ahora te das cuenta por qué decidí casarme con Diego? El mismo Pablo me lo pidió.

Amparito se quedó callada. Jamás se lo hubiera imaginado. Ella todavía creía que podía convencerla de que estaba a punto de cometer el mayor error de su vida.

—¿Qué haría si el patrón volviese de repente y le dice que se equivocó? ¿Se casaría con otro si él se arrepintiera de la decisión que tomó?

Almudena la taladró con sus intensos ojos verdes a través del espejo. ¿Qué pretendía al meterle esas ideas en la cabeza precisamente ahora que faltaba menos de dos horas para convertirse en la señora de Guzmán?

—Eso no va a suceder, Amparito —zanjó, dando por terminada la conversación.

—¿Se imagina qué pasaría si don Pablo se presentase en la iglesia para impedir que se case con su hermano? —La muchacha se llevó ambas manos al pecho y puso cara de embeleso—. ¡Justo cuando el cura pregunte si hay alguien que se opone al casamiento, el patrón aparece montado en su caballo y se la lleva lejos, delante de las narices del señor Guzmán!

El corazón de Almudena se aceleró. Por un instante se atrevió a soñar que no era solo el deseo de una jovencita enamoradiza, y una sonrisa

esperanzadora iluminó su rostro. Sin embargo, la alegría le duró poco. Le bastó ver el vestido de novia colgado en el ropero para darse cuenta de que nada ni nadie podría salvarla de esa triste realidad que la esperaba apenas atravesara la puerta de su habitación. Una de las cosas que más lamentaba era tener que casarse lejos de sus seres queridos. Aunque sabía que Coral jamás consentiría que uniera su vida a otro hombre que no fuese Pablo, la acompañaría en un momento tan importante.

—Tenés una mente muy fantasiosa, Amparito. —Le quitó el cepillo de las manos para terminar de peinarse por su cuenta y se hizo un rodete poco elaborado a la altura de la nuca al que adornó con un broche de perlas—. ¿Vas a ayudarme con el vestido o tendré que arreglármelas sola?

La criada caminó presurosa hasta el ropero, bajó el vestido con mucho cuidado y lo dejó encima de la cama. Mientras Almudena se vestía de blanco, unas cuantas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Ni siquiera se quiso mirar al espejo cuando Amparito comentó lo bella que estaba. Cerró los ojos, respiró profundo y tomó entre sus manos el ramo que le habían confeccionado en el pueblo. En el cuello llevaba el relicario de plata que le había regalado Pablo. Aunque por dentro se rompía en mil pedazos, salió de la habitación a paso firme. En el pasillo la esperaban Ceferino, Mariana y el pequeño Juan de Dios. A falta de su hermano Gabriel, sería el indio el encargado de acompañarla hasta el altar. Cuando les preguntó por Diego, le dijeron que ya se había marchado. Aceptó el brazo que Ceferino le ofreció para bajar las escaleras y dejó la estancia con una única certeza: su vida, esa que había soñado compartir al lado de Pablo, estaba a punto de cambiar para siempre.

*

Diego tenía los nervios a flor de piel. Los minutos transcurrían y Almudena no llegaba. ¿Y si se había arrepentido? No contaba con semejante contratiempo.

La gente comenzaba a llenar la iglesia y hasta el cura se mostraba inquieto ante la tardanza de la novia. Sabía que Almudena no estaba entusiasmada con la idea de convertirse en su esposa, pero eso no le preocupaba demasiado. A pesar de que no veía el momento de hacerla suya, su prioridad siempre había sido el Payo. Después de sacarse las ganas de tenerla durante la noche de bodas, dejaría el pueblo para encontrar al maldito gitano y cobrarse por fin su venganza. Se puso a caminar delante del altar para tratar de aplacar los nervios mientras de vez en cuando se llevaba la mano a la cintura para acariciar su pistola. Venía preparado ante cualquier eventualidad. No iba a permitir que nada interfiriera en sus planes. Úrsula se le acercó y se acomodó la levita de chaqué, fingiendo que todo estaba bien.

—¿Nervioso?

Diego no le contestó. Ya no tenía por qué soportar sus ironías. Él no tenía la culpa que hubiera fracasado en su intento de casar a su niña Mariana con Medrano para recuperar su parte de la herencia. Le causaba cierta gracia que la muchacha se hubiese rebelado en contra de sus deseos y estuviese a punto de unirse en matrimonio con el indio. Su boda se realizaría en menos de una semana y agradecía que a Almudena no se le hubiese ocurrido que terminaran casándose el mismo día que ellos. ¡Dios lo librase de tener que compartir la ceremonia con un sujeto de esa calaña!

—Es lo más normal del mundo que el novio se ponga nervioso frente al altar, ¿no cree? —respondió, irónico.

—¿Se ha puesto a pensar que quizá la maestra no aparezca? —le dijo con la única intención de fastidiarlo—. Ambos sabemos que aceptó casarse con usted porque Medrano la dejó.

Diego hizo caso omiso a su comentario. No caería en sus provocaciones precisamente ahora, cuando estaba a punto de quedarse con la muñequita de porcelana fina después de arrebatársela al gitano.

—Al menos conseguí lo que me propuse —contestó, devolviéndole la

estocada.

Ambos guardaron silencio cuando el cura se les acercó.

—Muchacho, la novia lleva casi quince minutos de retraso. ¿No quiere enviar a alguien a la estancia para averiguar qué pasa?

—No hace falta, padre. Almudena estará aquí de un momento a otro —le aseguró.

El cura asintió y regresó a hablar con algunos de los invitados mientras continuaban en la espera. Úrsula también volvió a ocupar su sitio cuando comprendió que Diego no deseaba su compañía.

El murmullo de la gente cesó de repente cuando el organista ejecutó los primeros acordes de la marcha nupcial para anunciar la llegada de la novia. Diego se giró sobre sus talones y clavó la mirada en la puerta.

Allí estaba Almudena, prendida al brazo del salvaje, caminando hacia él muy despacio mientras todo el mundo se volteaba para verla. A pesar de su gesto sombrío, lucía bellísima. Se le hizo agua la boca de tan solo pensar que en algunas horas más por fin la haría suya. Lamentaba no ser su primer hombre; sin embargo, le demostraría en la cama lo equivocada que había estado al entregarse al maldito gitano. Puso su mejor sonrisa y le dedicó una mirada hierática a Ceferino cuando él se la entregó frente al altar.

—Estás a punto de convertirme en el hombre más feliz del mundo —le susurró apretándole la mano.

Almudena no dijo nada, apenas se limitó a sonreír. Las palabras que el cura pronunciaba retumbaban en su oído sin llegar realmente a su cerebro. Miraba hacia el frente con un nudo en la garganta y unas ganas inmensas de echarse a llorar. Durante todo el trayecto de la estancia al pueblo se había preguntado una y otra vez si estaba haciendo lo correcto. La boda con Diego era algo que Pablo quería, no ella. La había empujado a los brazos de su hermano sin importarle sus sentimientos y sacrificando los suyos. Cuando escuchó que Diego respondía a la pregunta del sacerdote con un contundente “sí, acepto” se

le encogió el corazón. Ahora era su turno. Estaba a punto de renunciar para siempre al amor de su vida. Cerró los ojos un momento, aun así, no pudo detener las lágrimas que comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—Hija, ¿me has oído?

Almudena sintió que Diego le apretaba con fuerza la mano.

—Lo siento, padre. ¿Podría… podría volver a repetir la pregunta? —Sabía que era en vano, sin embargo, deseaba retrasar el momento de dar el sí.

El cura se mostró comprensivo y se acomodó las gafas en el puente de la nariz antes de continuar con la ceremonia.

—Almudena Izaguirre ¿aceptas por esposo a Diego Guzmán?

La pregunta que el sacerdote de Cruz del Eje tuvo que formular dos veces quedó suspendida en el aire cuando la puerta de la iglesia de abrió de golpe y un hombre irrumpió en el lugar, atrayendo todas las miradas.

—¡Detengan esa boda!

Al escuchar su voz, Almudena soltó la mano de Diego y se dio media vuelta. Su corazón saltó de alegría al ver a Pablo. Quiso correr hacia él, pero le temblaban demasiado las piernas por causa de la emoción.

—¿Qué significa esto? —inquirió Diego, tocándose la pistola.

Pablo se aproximó al altar y se plantó delante de él.

—¡No voy a permitir que lastimes a la mujer que amo con el único propósito de vengarte de mí por lo que hice hace tres años! —le soltó, levantando el brazo en un gesto amenazador.

Acorralado al ser descubierto, Diego se puso detrás de Almudena y la sujetó del cuello. Cuando con un rápido movimiento le colocó la pistola en el pecho, la mayoría de los invitados huyeron despavoridos de la iglesia. Trinidad Balbuena y sus hijas, en cambio, permanecieron en su sitio. Doña Úrsula se acercó a Mariana con la intención de sacarla de allí, pero ella se negó a acompañarla. Ceferino estaba al lado de Pablo y no iba a dejarlo. Le pidió a Amparito que se llevase a Juan de Dios y se sentó en una de las bancas

junto a las Balbuena.

—¡Suéltala, Diego! —le imploró Pablo mientras el cañón de la pistola seguía apoyado en el pecho de Almudena, a la altura de su corazón—. ¡Ella no tiene nada que ver en esto!

Diego deslizó la mano por la garganta de Almudena, obligándola a levantar la cabeza.

—Podría quebrarle el cuello ahora mismo —dijo, ejerciendo un poco más de fuerza— o estrangularla hasta dejarla sin aire. ¡No me costaría nada hacerlo con tal de verte sufrir como un perro, maldito gitano!

—¡Es a mí a quien quieres lastimar! —replicó Pablo, tratando de ganar tiempo mientras Izaguirre y Aitana llegaban con la policía—. ¡Fui yo quien empuñó la daga esa noche! ¡Déjala ir y podrás hacer conmigo lo que quieras!

—Pablo, no —musitó Almudena. A pesar de tener una pistola clavada en el pecho, temía más por lo que le pudiera pasar a él.

El Payo la miró a los ojos.

—Todo va a estar bien, Almudena —le aseguró.

Diego sonrió socarronamente.

—¡No sé cuál de vosotros dos es más patético! —Se inclinó un poco hacia delante y, mientras le hablaba al oído a Almudena, sus ojos cargados de rabia observaban fijamente al culpable de su odio—. Si tú, mi querida muñequita de porcelana fina, por enamorarte de un asesino; o tú, gitano, por renunciar a una mujer así después de haberla probado. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y emitió un gemido de placer, provocando que Almudena se retorciera entre sus brazos.

Pablo apretó los dientes. Aunque solo deseaba saltarle encima para hacerle pagar por su cobardía, debía mantenerse bajo control. No podía poner en riesgo la vida de Almudena.

—Arreglemos nuestras cuentas pendientes sin necesidad de involucrar a nadie. —Se llevó ambas manos a la cintura en un gesto desafiante. Llevaba la

navaja, pero Diego no podía saberlo—. Solo tú y yo, sin armas de por medio.

—Las reglas las impongo yo, Payo.

—Almudena no tiene por qué pagar por mis errores del pasado. Sé que has venido a buscarme para vengar la muerte de tu primo Román. —Percibió el desconcierto en su mirada—. Estoy dispuesto a entregarme a las autoridades y recibir el castigo que merezco; lo único que te pido es que no la lastimes.

—¿Cómo has descubierto quién soy en realidad?

—¿Acaso importa? —retrucó Pablo, oteando por encima de su hombro hacia la puerta. Era prudente que Izaguirre y la policía entrasen a la iglesia por la parte de atrás para tomar a Diego por sorpresa. Si venían por el frente, Almudena podía terminar pagando las consecuencias. Esperaba tener la oportunidad de advertirles a tiempo.

—¡Claro que importa, maldito payo! —Su repentino exabrupto ocasionó que Almudena trastabillara con la alfombra. La sujetó con fuerza para evitar que se liberase de su agarre y le apoyó el cañón de la pistola en la espalda mientras su brazo derecho continuaba alrededor de su cuello—. ¡Nadie en este maldito pueblo lo sabía! ¡Todos creyeron la mentira que fraguamos con mi tío para poder llegar hasta ti sin levantar sospechas! ¡Incluso la dulce de Almudena cayó en mi trampa! Confieso que no esperaba encontrarme con una muñequita como ella en el camino, pero sin darse cuenta, se convirtió en mi mejor aliada. Y esta noche se habría convertido en *mi* mujer si no hubieses interrumpido la ceremonia. Fuiste tú quien le pidió que se casara conmigo antes de largarse, querido hermano; no lo olvides.

—Lo hice y me arrepiento. —Miró a Almudena a los ojos. Se le partió el alma al verla en manos de ese sádico—. Ahora comprendo que alejarme de ella fue un error. Jamás he amado a otra mujer con la misma intensidad, ni siquiera a Coral. Y en nombre de ese amor me hice a un lado para que buscase la felicidad con alguien que no estuviese condenado. No sabes lo que lamento haberme equivocado tanto, Almudena. Perdóname por todo esto.

En medio del llanto y el espanto, ella logró esbozar una sonrisa.

—Te amo, Pablo —balbuceó mientras sentía cómo el cañón de la pistola se hundía cada vez más en su carne.

—¡Qué escena más tierna! —se burló Diego soltando una carcajada—. Siento interrumpir, pero no me has dicho aún cómo te has enterado de todo.

En ese momento, una mujer entró a la iglesia y avanzó por la nave central con andar seguro y la cabeza bien erguida.

—Yo se lo conté.

Cuando Diego escuchó la voz de Aitana Heredia creyó que la gitana le estaba hablando desde la tumba. Sin soltar a Almudena se volteó hacia ella. Al ver a la mujer que creía muerta, se quedó totalmente paralizado.

—No… no es posible. ¡Tú no puedes estar viva! ¡Yo te maté!

Sin un atisbo de duda o de miedo, Aitana se aproximó a él. Se bajó el cuello del vestido para enseñarle las marcas que le había dejado durante su intento de asesinato y lo miró con desprecio.

—Logré sobrevivir, Diego. Parece que no estaba escrito en mi destino que debía morir esa noche.

Diego se puso pálido. La mano con la cual sostenía la pistola había empezado a temblar. Pablo se dio cuenta y creyó que era el momento de actuar. Aprovechando que estaba distraído con la gitana, dio un paso hacia delante para intentar liberar a Almudena.

Ella le hizo una seña moviendo ligeramente la cabeza hacia abajo y, sin esperar su intervención, le dio un fuerte codazo a Diego en el esternón y consiguió soltarse.

Diego, confuso y furioso, profirió una maldición. Acto seguido, alzó el brazo hasta tener en su punto de mira al gitano.

Pablo cubrió a Almudena con su anatomía para protegerla y lo enfrentó.

—¡Hazlo! ¡Si crees que matándome vas a conseguir justicia por la muerte de Román Marchena, dispara! —Se dio unos golpecitos en el pecho,

instándolo a jalar del gatillo mientras empujaba a Almudena para que permaneciera todo el tiempo detrás de él.

—¡Eso es lo que debí haber hecho desde un principio, maldito payo! —vociferó, perdiendo el control—. ¡Quise sacar provecho de la situación cuando conocí a la muñequita de porcelana fina, pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera merecía la pena esperar para hacerla mía! ¡No después de haberse entregado a un hijo de puta como tú! —Se acercó hasta apoyar el cañón de la pistola en la frente sudada de Pablo—. ¡Llegó la hora, Medrano! ¡Hoy vas a pagar por lo que hiciste hace tres años!

—¡No, Diego, por favor, no lo mates! —le suplicó Almudena. Cuando quiso ponerse de escudo entre ambos, Pablo se lo impidió.

—¡Diego, no tienes el derecho de cambiar el destino de nadie! —le gritó Aitana, caminando hacia ellos. Ceferino la detuvo, sujetándola del brazo. Ella lo ignoró y siguió aproximándose al altar—. Lo que pasó esa noche fue culpa de tu primo. Él trató de abusar de Coral y Pablo solo salió en su defensa. Estás dirigiendo todo tu odio hacia la persona equivocada.

—¡Mientes! ¡Siempre has sabido cómo engatusar a los demás, gitana! —la interpeló, sin apartar ni un momento la mirada de su objetivo.

—¿Por qué habría de engañarte, Diego?

—¡Para evitar que cumpla con la promesa que le hice a mi tío en su lecho de muerte! —Una sonrisa malévola le nubló el semblante—. ¡Está escrito que hoy es el día! ¡Pablo Medrano debe morir!

En el preciso instante en el cual Diego Guzmán deslizó su dedo por el gatillo para dispararle a Pablo, se escuchó una fuerte detonación que hizo vibrar las paredes de la iglesia.

Cuando Pablo y Almudena se voltearon, vieron a Gabriel empuñando un arma.

La bala impactó en la pierna derecha de Diego y lo hizo caer al suelo. De inmediato, Ceferino se acercó para patear la pistola lejos de su alcance. Al

hacerlo, se dio cuenta de que era la suya y que Guzmán se la había robado la noche en la cual fueron atacados.

—¡Que alguien me ayude! —pidió Diego a los gritos mientras intentaba detener la sangre que manaba de su herida.

Almudena, acurrucada entre los brazos de Pablo, lo miró.

—Me das mucha pena, Diego. No te deseo el mal, pero ojalá la justicia te haga pagar por todo el daño que has hecho.

—Vamos, Almudena. No pierdas el tiempo con quien no se lo merece. —En la mirada de Pablo no había un ápice de misericordia. No podía sentir lástima por él después de poner en riesgo la vida de la mujer que amaba.

Cuando el comisario del pueblo llegó y les ordenó a dos de sus agentes que esposaran al detenido, ambos buscaron a Gabriel, quien sin dudas se había convertido en el héroe del momento.

Almudena soltó a Pablo para arrojarse a los brazos de su hermano.

—¡Gracias, Gabriel!

—De nada, pequeña. —Le acarició la cabeza mientras cerraba los ojos. No era muy propio de él, pero dejó caer unas cuantas lágrimas mientras acurrucaba en el pecho a su hermana menor.

—Le debo la vida, Izaguirre —dijo Pablo, visiblemente emocionado.

—No es nada, Medrano. Sé que usted habría hecho lo mismo por mí —respondió, aceptando su apretón de manos.

Almudena respiró hondo y los miró a ambos.

—¿Puedo pedirles un favor?

—El que quieras, hermanita.

—Por supuesto, Almudena.

—¿Podrían dejar de llamarse por sus apellidos? —Puso cara de fastidio al tiempo que se llevaba las manos a la cintura—. ¡Es algo que siempre me irritó!

Tras guardar silencio durante unos cuantos segundos, el Payo y Gabriel

estallaron en carcajadas.

*

Nochebuena de 1872, estancia La Querencia, Cruz del Eje, Córdoba

Almudena se apresuró a enjugarse las lágrimas cuando escuchó que la puerta de la habitación se abría. Estaban a punto de celebrar la Navidad y ella llevaba varios días en los cuales se echaba a llorar por cualquier nimiedad.

—¿Qué pasa, cielo? —Pablo se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla húmeda.

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Debería sentirme feliz porque es la primera vez desde que nos casamos que mi familia viene a pasar una temporada en la estancia, sin embargo, no puedo evitar esta nostalgia que me encoge el corazón cada vez que pienso en aquellos que ya no están.

Pablo se sentó a su lado y la envolvió entre sus brazos. Sospechaba que era la cercanía del aniversario de la muerte de su amiga Felicitas Guerrero lo que le provocaba esa angustia. Todavía recordaba el momento exacto en el cual Almudena había recibido la carta con la fatídica noticia de que la muchacha había sido asesinada en su casa del barrio de Barracas por un pretendiente despechado que no aceptaba que se casara con otro. Impresionada por el funesto destino de su amiga, nadie en la estancia se sorprendió cuando Almudena se desmayó después de leer la triste misiva. Al día siguiente, en medio de semejante tragedia, tuvieron una grata sorpresa cuando el doctor les anunció que estaban esperando la llegada de su primer hijo.

Hacía dos semanas que se habían convertido en padres de una hermosa niña que era la luz de sus ojos. Los Izaguirre al completo, incluyendo la madrina de

Almudena, doña Ana De La Cruz y su hijo, el pequeño Julián, habían viajado desde Buenos Aires para conocer a la nueva integrante de la familia y pasar las fiestas en La Querencia. Pensaban aprovechar que estaban todos para bautizar a su hija y devolverles el favor a Coral y Gabriel, pidiéndoles que fueran los padrinos. Ninguno de los dos se decidía todavía por el nombre y esperaban encontrar el indicado antes de la ceremonia. Almudena quería llamarla Felicia, en homenaje a su querida amiga, mientras que a él le gustaba la idea de llamarla Rosario, como su madre.

—Nos están esperando en el salón para conversar un rato antes de la cena —le dijo, para animarla—. Ceferino asegura que Mariana se ha pasado toda la tarde en la cocina, esmerándose en el plato principal mientras que tu nana Eudocia alardea que vamos a chuparnos los dedos con el postre que preparó.

Almudena sonrió. Había logrado convencer a su hermano y a su madre que le permitieran a la negra quedarse en la estancia una temporada para ayudarla con la crianza de su hija. Aunque Mariana se las apañaba para colaborar con ella cuando la necesitaba, tenía suficiente con un esposo y un hijo que atender. Ceferino y Mariana, desafiando los prejuicios sociales, habían dado el sí frente al altar pocos días después de lo sucedido con Diego Guzmán en la iglesia del pueblo. Úrsula, quien no lograba resignarse a la idea de verla casada con el salvaje, asistió a la ceremonia de incógnito, sentándose en la parte de atrás y ocultando su rostro con un velo negro. Según supieron después, había dejado el pueblo para volver a Buenos Aires. A pesar de que Mariana fingiera lo contrario, su partida la había afectado más de lo que se atrevía a reconocer. Casi un año después, tras varias gestiones de índole legal en el juzgado de paz de San Marcos Sierras, lograron obtener la custodia definitiva de Juan de Dios, quien ahora llevaba el apellido Guayquivil. Los tres vivían en La Querencia y Ceferino se había convertido en la mano derecha de Pablo.

—No tengo apetito, pero creo que haré un esfuerzo para no desairar a

ninguna de las dos. —Extendió el brazo hacia su esposo y le tocó un mechón de cabello que le caía en la frente—. Me gusta cuando lo llevás suelto; me trae recuerdos de ese Payo del cual me enamoré a primera vista…

—El día que fui a buscar a Coral a la quinta de tu familia.

Almudena asintió.

—Bastó un guiño de ojos de tu parte para darme cuenta de que mi corazón ya tenía dueño. —Le quitó la cinta con la que se ataba la melena en la nuca y enredó los dedos en su dorada cabellera—. En cambio, a mí, me llevó más de cinco años conquistar el tuyo.

Pablo curvó los labios en una sonrisa seductora.

—Siempre sentí un gran cariño hacia ti, Almudena. Cuando volvimos a encontrarnos y aceptaste venirte a vivir a un lugar como este, tan diferente a todo lo que estabas acostumbrada, empecé a verte con otros ojos.

—Sin embargo, te resistías a aceptar que yo te gustaba.

—Al principio estaba confundido —respondió, dejándose mimar por los dedos de Almudena que continuaba jugando con su cabello—. Había amado a una sola mujer en toda mi vida y no creía posible enamorarme de alguien más. Te deseaba con locura y eso lo sabes mejor que nadie. —Arqueó las cejas y le clavó la mirada—. Sobre todo después de aquella mañana en la posada cuando fingiste que dormías mientras te dabas un baño de tina.

Almudena se sonrojó al recordar ese secreto que mantuvo guardado bajo siete llaves hasta la noche de bodas, momento en el cual creyó oportuno contárselo ¡Tamaña sorpresa se llevó cuando, al día siguiente, Pablo la invitó a meterse en la tina con él!

—No me arrepiento de nada de lo que hice —aseveró, rozándole la mejilla con el dorso de la mano—. Nuestro destino era terminar juntos y Coral siempre lo supo.

—No sé qué hubiera sido de mí si Diego te hacía algo con el único y malsano propósito de lastimarme…

Almudena le cubrió la boca con sus dedos.

—Shhh, no hablemos de eso ahora. —Hacía tiempo que el nombre de Diego ya no se mencionaba en la estancia. Lo último que supieron de él era que estaba purgando su condena en una penitenciaría en las afueras de la ciudad de Córdoba.

El Payo asintió al tiempo que bajaba la vista hasta el escote del camisón por donde se asomaban sus pechos llenos de leche. Ella percibió el deseo en sus ojos verdes, pero debían esperar otras dos semanas más para cumplir la cuarentena que había dispuesto el doctor tras el parto. Cuando él le acarició los labios para luego besarla con una intensidad que le sacudió el alma, Almudena le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a su cuerpo.

—Debo amamantar a la niña antes de bajar —susurró mientras disfrutaba de los besos que su esposo ahora iba sembrando por su cuello.

Pablo emitió un gemido de protesta al tener que abandonar la calidez de su piel.

—Voy contigo. —Se puso de pie y extendió el brazo hacia ella—. Pensaba darte la sorpresa esta noche delante de todos, pero estoy demasiado ansioso de que lo sepas y ya no puedo esperar más.

Almudena le tironeó de la mano y lo miró expectante.

—¿De qué se trata?

Mientras se dirigían abrazados hacia la habitación de su hija, Pablo le contó que el presidente municipal de Cruz del Eje había donado una casa para convertirla en escuela y que podría iniciar el ciclo lectivo en unos pocos meses. La noticia le provocó una gran felicidad. El sueño de tener su propia escuela… el mismo que la había empujado a irse de Buenos Aires dos años antes, y que se truncase por culpa de un hombre sin escrúpulos como Balbuena, estaba a punto de hacerse realidad una vez más.

Se detuvieron en mitad del pasillo al oír voces al otro lado de la puerta. Eran Juan de Dios y Julián, el hermanito de Coral. A pesar de la diferencia de

edad, habían congeniado de inmediato. Se la pasaban todo el día juntos, escapándose del acoso de Manuela y del pequeño Leandro. Permanecieron un momento allí, espiándolos para descubrir de qué estaban hablando antes de entrar.

—¡Es tan bonita! —exclamó Julián con su voz cantarina—. Cuando sea grande voy a casarme con ella.

Juan de Dios lo miró con el ceño arrugado.

—No vas a poder. —Negó firmemente con la cabeza—. Su madre es ahijada de la tuya. Eso te hace casi pariente de ella.

Julián, con ambas manos en el mentón y los codos apoyados en la mesita de noche, hizo un expresivo puchero frunciendo los labios.

—¡Qué pena! —dijo antes de soltar un resuello. A sus cuatro años, Julián De La Cruz era un niño despierto y tan simpático que conquistaba a todos con su dulzura.

Tanto él como Juan de Dios se voltearon cuando se dieron cuenta de que ya no estaban solos.

—Tía Almudena, tío Pablo, no se enojen —se atajó Julián por temor a que los regañasen por haberse metido en la habitación de la niña sin permiso.

—No nos enojamos, Julián. —Almudena le dio un golpecito en la nariz y se inclinó sobre la cuna para tomar a su pequeña en brazos.

—Queríamos ver a Conú —dijo Juan de Dios, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Conú? —preguntó Pablo, intrigado.

—Sí. Tiene la nariz pequeñita y los ojos brillantes como los de una paloma. Conú quiere decir "paloma" en lengua pampa —les explicó.

Pablo y Almudena intercambiaron miradas. Ambos estaban pensando exactamente lo mismo. Apenas los niños abandonaron la habitación, ella se sentó en la silla mecedora para amamantar a su hija y Pablo se arrodilló a su lado.

—¿Te gusta Paloma? —le preguntó él, entusiasmado.

—Paloma Medrano… ¡Suena bien! —respondió Almudena al tiempo que se abría el camisón para ofrecerle el pecho a su niña.

—Es bonito y, según Juan de Dios, acorde con los rasgos de nuestra pequeña.

Almudena asintió. Después de tantas vueltas, habían dado por fin con el nombre indicado. Pensando en ello y mientras escuchaba a Pablo cantar una vieja canción de cuna de origen gitano, se fue adormeciendo.

El Payo se puso de pie y depositó un beso cargado de ternura en su frente.

Él ya llevaba un nombre grabado a fuego en su alma gitana. El de Almudena, su gran amor, su vida entera.

AGRADECIMIENTOS

A Marcelo Guardatti, de Laguna Larga, por brindarme material bibliográfico sobre uno de los hechos que narro en esta novela.

A los descendientes de Felicitas Guerrero, por evacuar mis dudas a la hora de mencionarla en estas páginas.

A mis editoras, Gabriela Vigo y Florencia Cambariere, por seguir creyendo en mis historias.

A Vero Barrueco y a todo el equipo de prensa de Penguin Random House por el gran trabajo que hacen antes, durante y después de la publicación de cada libro.

A los escritores Diego Javier Rojas, Matías Verna, y a los periodistas Rodrigo Fernández, Ignacio Cardone, Paula Bottino y Claudia Bilbao por la difusión de mis obras en Olavarría, mi ciudad.

A los libreros locales Diego y Fernando de Librería El Faro, y Ricardo de Librería Aladino. También a Mónica Figelj por acompañarme en mis presentaciones.

A las siguientes bibliotecas de Olavarría: Héctor Amoroso, Armando Collinet, Coty Laborde, Don Helios Eseverri y 1° de Mayo por brindarme su apoyo y un espacio en donde charlar de libros.

A los maravillosos grupos de lectura que realizan una gran labor difundiendo mis novelas. Gracias de corazón a: Carnaval de Lecturas, Lectoras Marplatenses, Fans de Autoras de Novelas Románticas, Recomiéndame Libros, Espacio para Autores y Lectores, Amigos Literarios sin Fronteras, Adictos a la Lectura Córdoba, Amigas Bonellistas, Lectoras de

Córdoba, Mi Hobby es Leer, Grupo Patagónico de Lectura, Mundos de Papel, Nora Roberts Argentina, Las Abiblofobias Grupo de Lectura, Lectoras Casañistas, Rincón Literario, Bonellistas Unidas, Lectoras/es de Rosario y alrededores y Lectoras/es de Villa María, Córdoba.

A mis queridos lectores, por todo el apoyo y el cariño que me brindan. Gracias infinitas por leer mis historias y recomendarlas.

Ustedes están al otro lado de la página, pero siempre cerca de mi corazón.

¿Qué puede hacer una joven para conquistar el corazón de un hombre enamorado de otra mujer? ¿Qué le está vedado?

Escrita especialmente para dos cautivadores personajes de su exitosa *Embrujo gitano* —el Payo y Almudena, que se robaron el corazón de las lectoras—, *Alma gitana* despliega una red imperceptible de pasión y erotismo en la que los enamorados quedarán atrapados por entero sin siquiera advertirlo.

El progreso del ferrocarril durante los convulsionados tiempos del asesinato de Urquiza, una venganza serenamente planificada, un niño que no puede hablar, una tentación abrasadora, una herencia insospechada. Y una sentencia proverbial que se cumple inexorablemente: “El que las hace las paga”.

Alma gitana es la crónica deliciosa de un amor predestinado. Como solo Andrea Milano lo sabe hacer.

ANDREA MILANO

Vive en Olavarría, provincia de Buenos Aires. Estudió idiomas y se desempeñó como traductora y docente de lenguas extranjeras. Voraz lectora y apasionada de las letras desde muy pequeña, empezó publicando relatos en algunos medios gráficos de su ciudad, hasta que en 2007 editó su primera novela. Es autora de *Pasado imperfecto* (2007), *Corazón impostor* (2010), *Lazos de silencio* (2012), *Susurros desde el más allá* (2013), *La reina de la noche* (2014), *Mala semilla* (2014), *Embrujo gitano* (2016) y *En brazos de mi enemigo* (2018). También publicó obras bajo otros seudónimos: como Sienna Anderson, *Nomeolvides* (2008), *Escondido en tu mirada* (2011) y *La sombra oscura de la duda* (2013), y como Lena Svensson, la saga de Greta Lindberg, compuesta por *La redención y la muerte* (2011), *El cazador y la presa* (2012), *El ángel y el infierno* (2013), *La araña y la mariposa* (2015) y *El azar y la venganza* (2016). Ha participado, además, de la antología *Ay, amor* (P&J, 2015).

Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Milano, Andrea
Alma gitana / Andrea Milano. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2019.
(Narrativa Femenina)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-644-507-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: septiembre de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-507-2

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubrí tu
próxima lectura

Suscribite y recibí
recomendaciones
personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Alma gitana
Primera parte
- Destinos marcados
- El juramento
- Relaciones peligrosas
- Con la noche de cómplice
- Un rayo de esperanza
- Verdades ocultas
- Sueños que se cumplen
- Un guiño del destino
- La magia de estar entre tus brazos
- Ambiciones

Segunda parte
- Un viaje agitado
- El reencuentro
- Primeras impresiones
- El altercado
- Lolita
- Secretos revelados
- Pasiones
- Una cinta de raso celeste

El engaño
Un descubrimiento inesperado
Un milagro con rostro de mujer
El sabor del primer beso
Hermanos y rivales
Puesta en escena
Un plan a pedir de boca
La carta nunca enviada
Hacia el monte
Tormenta de pasiones
El después no importa
No soy hombre para ti
En nombre del progreso
Una puñalada trapera
Lazos de amistad
El décimo mandamiento
Tercera parte
En una posada entre las sierras cordobesas
Mentiras que duelen
El regreso
La voz del dolor
Renunciar a lo más querido
El que la hace la paga
La boda
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora

Otros títulos de la autora
Créditos